OJOS DE VENUS

SAGA DE MARCO LEMURIO III

LUIS MANUEL LÓPEZ ROMÁN

HRM
ediciones
www.hrmediciones.com

OJOS DE VENUS

Marco Lemurio Nº 3

Pese a haber resuelto el misterio de los niños desaparecidos en la Subura, los problemas de Marco Lemurio no parecen haber llegado a su fin. Por un lado, un extraño personaje ha hecho acto de aparición en su vida, dispuesto a ofrecerle a Marco algunas respuestas sobre su pasado y a mostrarle cuáles son los verdaderos límites de sus poderes. Por otro, el pequeño Céfiro comienza a mostrar señales de que su traumática experiencia manos de los sacerdotes de Baco ha dejado una profunda huella en él. Y mientras todo esto trastoca la vida de Marco, en las calles de Roma comienzan a aparecer cadáveres de hombres ancianos asesinados en circunstancias extrañas.

¿Será capaz Marco Lemurio de resolver este nuevo misterio al tiempo que afronta todos los secretos de su propio pasado?

ISBN: 9788417859527
Generado con: QualityEbook v0.87

Ojos de Venus

Saga de Marco Lemurio III

Luis Manuel López Román

www.hrmediciones.com

Introducción

Antes de 'Ojos de Venus'…

ROMA, año 687, *ab urbe condita*. La dictadura de Sila ha dado paso a una etapa de cierta estabilidad, en la que el Senado controla de nuevo la vida política y en la que las guerras civiles y los intentos de golpe de estado parecen ser ya algo del pasado. Una nueva generación de políticos ha surgido a la sombra del dictador y ocupan las altas magistraturas y los mandos militares. De entre todos ellos sobresale la figura de Cneo Pompeyo, conocido como el Grande debido a sus victorias en los campos de batalla.

Pese a esta aparente estabilidad, todo tipo de peligros acechan todavía a la República romana. En el este, el rey Mitrídates del Ponto trata de subvertir a los reinos helenísticos para que se sacudan el yugo romano, sin que los generales enviados contra él logren doblegar la amenaza. En el interior de Roma, no son pocos los políticos que sueñan con llegar al poder por medios fraudulentos para suprimir las reformas impuestas por Sila años antes. Amparados en las sombras, y haciendo uso de su poder e influencia, tejen todo tipo de tramas capaces de desestabilizar las bases de la República.

Mientras tanto, en los barrios populares de Roma, los hombres y las mujeres de la plebe luchan cada día para llevar un plato de comida a la mesa de sus hijos. Su Roma, de madera y barro, de cerámica y adobe, de orines y excrementos, es muy diferente de la que habitan los senadores y caballeros. En estos barrios, llegar con vida a la noche es un milagro cotidiano que no siempre se hace realidad. Los romanos de la plebe conviven con la muerte, el hambre, el frío, el miedo y la miseria. Ciudadanos de la República que han conquistado el Mediterráneo; y, al mismo tiempo, seres que subsisten en ocasiones con un pedazo de pan, un poco de aceite y un puñado de legumbres.

La Subura, ubicada en el corazón de Roma, es uno de estos barrios populares, con sus callejas sinuosas y caóticas, sus *insulae* hacinadas que se elevan hacia el cielo, sus calles sin empedrar y sus pórticos sucios y oscuros. La Subura, el corazón plebeyo de Roma, es la perfecta representación de la dureza que la vida impone a la plebe romana. Un laberinto de tabernas, prostíbulos, tiendas, viviendas, establos y edificios en ruinas en el que solo una daga de hierro empuñada con habilidad supone la diferencia entre la vida y la muerte. Un mundo de placeres ofrecidos a quien puede pagarlos, y de sufrimiento y ruina para quienes se confían demasiado.

En la Subura vive Marco Lemurio, un hombre que acaba de entrar en la treintena y al que, en un primer vistazo, nadie podría achacar ningún elemento peculiar que lo diferenciara del resto de sus vecinos. Mal afeitado, con ropas humildes y remendadas, calzado a punto de desintegrarse por el uso constante y una mirada desconfiada, señal de haber crecido en las calles más duras de Roma. Marco vive en un pequeño apartamento del piso más alto de una *ínsula* pobre y destartalada. Apasionado por el vino y la vida nocturna de tabernas y lupanares, tan numerosos en la Subura, Marco aparenta ser uno más en la masa anónima de la población de Roma.

Sin embargo, Marco Lemurio oculta un secreto. Solo él, de entre todos sus vecinos, puede comprender los misterios y peligros que acechan en las sombras de los callejones. Solo él conoce a las extrañas criaturas que, en lo más profundo de la noche, se deslizan desde las cloacas, corretean por los tejados, se escapan de los cementerios… para cebarse en la incauta población de Roma. Marco Lemurio es un hechicero, un hombre que conoce los arcanos de las artes de la diosa Hécate. Gracias a sus poderes y conocimientos, sumados a su habilidad para embaucar a los más crédulos, Marco se gana la vida de forma discreta, combinando hechizos reales con simples trucos de manos, la elaboración de pociones de efecto auténtico con simples bebedizos, para engañar a los necesitados.

Pese a la aparente sencillez de la vida de Marco Lemurio, él guarda en su corazón una obsesión permanente: averiguar la identidad de los asesinos de su madre, Neóbula, desaparecida en plena dictadura de Sila tras ser acusada de practicar la brujería. Marco era solo un niño el día en que su madre desapareció, víctima de las proscripciones del dictador. Desde entonces, ha consagrado sus esfuerzos a indagar quién formuló la denuncia contra su madre, quién estuvo detrás de aquella muerte violenta que convirtió al pequeño Marco en un huérfano, obligado a

sobrevivir solo en las calles de Roma. Sin embargo, todos los esfuerzos de Marco para tratar de encontrar alguna pista han sido de en vano. Cada una de sus investigaciones parece chocar contra un muro de silencio y miedo. Nadie parece saber nada de la muerte de Neóbula.

Prólogo

Acontecimientos de ‘Oscura Roma’…

TRAS haber culminado con éxito una brillante estafa en casa de una acaudalada familia de caballeros, Marco es atacado de regreso a su hogar por una extraña criatura. Una sombra del Hades, entidad incorpórea capaz de arrancar la vida a un ser humano con solo un soplo de su gélido aliento. Con gran esfuerzo, Marco consigue librarse de la sombra gracias a sus conocimientos de magia. Sin embargo, la aparición de esta extraña criatura convence a Marco de la existencia de otro hechicero en Roma, uno lo suficientemente poderoso como para invocar a un ser con tal poder. De este modo, Marco se ve inmerso en una investigación que le lleva a adentrarse en las luchas políticas entre diversas facciones del Senado, una lucha que arrastra con ella a la plebe y amenaza con anegar de violencia las calles de Roma una vez más. ¿Quién es el misterioso hechicero que ha invocado las sombras del Hades? ¿Qué vinculación tiene en los enfrentamientos entre Pompeyo y sus rivales? Y, sobre todo,… ¿por qué ha sido el propio Marco elegido como objetivo de estas criaturas?

Acontecimientos de ‘La sangre de Baco’…

Una vez resuelto el misterio de las sombras del Hades, no pasan muchos meses antes de que Marco Lemurio se encuentre inmerso en otro caso con elementos sobrenaturales. Para desesperación de las familias del barrio, los niños de la Subura están desapareciendo sin dejar rastro. Niños de la calle, esclavos, mendigos, pero también hijos de comerciantes y artesanos prósperos. Por el barrio corren rumores que hablan de extraños encapuchados que salen por la noche y se ocultan entre las sombras, al acecho de algún niño indefenso. Ante la pasividad

de los políticos y autoridades de la República, insensibles al sufrimiento de la plebe, una familia recurre a los servicios de Marco Lemurio, el único hombre con fama de comprender a las criaturas que pueblan las sombras de la noche. Al tiempo que continúa sus propias pesquisas sobre los asesinos de su madre y se enfrenta a los fantasmas de su propio pasado, Marco se adentra en un sórdido mundo de sectas y fanatismos en el que viejas afrentas amenazan con segar la vida de los más inocentes.

I

Besos comprados

MEMNÓN dejó la jarra de vino sobre la mesa y frunció el ceño. Aquel cliente iba a darle problemas. Lo podía oler en el aire. Tras muchos años en el negocio del vino y el sexo de pago había desarrollado un sexto sentido para detectar a los clientes problemáticos. Él mismo había vendido su cuerpo a otros hombres durante su juventud, hasta que la Fortuna le había sonreído, logrando comprar su libertad para después abrir su propio negocio. Por Júpiter que sabía de lo que hablaba cuando decía que podía leer las intenciones de un cliente con solo verlo entrar por la puerta. Unos, con mirada tímida, acudían avergonzados por primera vez a pagar por los servicios sexuales de un esclavo. Estos eran los que gastaban más en vino, ya que pasaba un buen rato hasta que el alcohol mitigaba la vergüenza y les animaba a marcharse con uno de los chicos. Otros, con más experiencia o menos pudor, entraban y directamente se dirigían al joven con el que querían tener sexo. Pagaban, follaban y se marchaban, sin dar ningún problema.

Había unos pocos, sin embargo, que se sentaban en una de las mesas y se limitaban a esperar, apurando una jarra de vino tras otra, a la espera de que surgiera la ocasión de crear un problema. Una protesta por la calidad del vino, una mirada ceñuda de otro cliente, una insinuación de un esclavo… cualquier excusa les servía para estallar y organizar un altercado.

Memnón pensó que el cliente al que acababa de servir la jarra de vino era un caso evidente de buscador de jaleos. Un borrachín al que habían echado ya de tantas tabernas que solo le quedaban los negocios de peor reputación como el que él mismo regentaba. Su taberna no era conocida ni por el buen vino ni por la calidad de la comida que allí se

servía. A aquel establecimiento se iba a buscar una única cosa: sexo con hombres a un precio moderado. Los que querían vino, comida o mujeres, los buscaban en otro de los muchos establecimientos de la Subura que lo ofrecían.

Memnón miró a su alrededor. No tenía sentido engañarse a sí mismo, el establecimiento que regentaba era un auténtico tugurio. Un semisótano sin iluminación, con cinco mesas destartaladas, taburetes con patas a punto de quebrarse y un grupo de esclavos maduros y fofos moviéndose entre los clientes de forma insinuante. El vino que servía era mediocre, en el mejor de los casos, y los chicos que allí trabajaban no eran especialmente seductores o atractivos. Alguno lo había sido cuando sus mejillas eran sonrosadas y sus carnes firmes… pero aquellos tiempos habían quedado atrás para todos ellos. Lo único que podía llamar la atención de la taberna de Memnón eran los precios, tan bajos, que había acabado por atraer a la peor clientela de toda la Subura. El dueño no se arrepentía por ello. Los pobres también tenían derecho a beber y a follar. Y si lo hacían rápido y sin dar problemas, tanto mejor.

El extraño cliente se sirvió otro vaso de vino y esbozó una estúpida sonrisa que no recibió como respuesta más gesto que un gruñido por parte de Memnón. El hombre lucía una espesa cabellera castaña que le caía sobre la frente en grandes mechones; en su rostro, una barba descuidada que clamaba a gritos por el repaso de la cuchilla de un barbero. Memnón observó su cara y descubrió que, pese a su desaliñado aspecto, era un hombre atractivo que rondaba la treintena. Sus ojos oscuros miraban con curiosidad todo lo que le rodeaba, escudriñaban a los muchachos que pasaban junto a él y los analizaban como si buscaran algo en ellos. Algo que, según parecía, no terminaba de encontrar, porque cuando uno de los esclavos se acercaba y le susurraba algo al oído, sin duda una invitación para ir con él a una habitación o salir un momento al callejón de detrás de la taberna, el cliente siempre negaba con un amable movimiento de cabeza.

Elige ya un culo y fóllatelo, por Apolo, pensó Memnón. Si sigue bebiendo a este ritmo tendré que sacarlo de la taberna a rastras antes o después.

Sin embargo, el cliente no parecía afectado por la cantidad de vino ingerido. Seguía pidiendo una jarra tras otra, mientras observaba a los esclavos y a los clientes que se marchaban con ellos. Cada vez que se abría la puerta, el cliente se giraba para comprobar quién entraba o salía… y regresaba de inmediato a su vaso de vino. Buscara lo que buscara, no estaba entre las personas que se encontraban en el local en

aquel momento.

Memnón miró la luz que entraba por el único ventanuco que iluminaba la taberna, ya había desaparecido casi por completo. La noche caía sobre Roma. El cliente llevaba ya varias horas sentado en la mesa, apurando una jarra tras otra. Decidió que si cuando terminara la que tenía en la mesa no se decidía a marcharse, solo o con la compañía de un esclavo, le invitaría él mismo a que se largara de allí.

Sin embargo, Memnón no tuvo que llegar a aquel extremo, ya que el extraño cliente pareció encontrar lo que andaba buscando.

Caridemo, por supuesto. Un regalo de los dioses a los pobres mortales. Un joven con el pelo rubio y largo, como una cascada de oro fundido cayendo sobre sus hombros de marfil. Ojos verdes brillando en un rostro en el que apenas una leve sombra de barba quebraba la ilusión de hallarse ante una estatua de mármol. Un torso amplio, unos brazos musculosos y un porte que hacía que todo el que se encontraba cerca de él se girara para mirarlo. Bastaba echar un vistazo para darse cuenta de la ascendencia germánica del joven. Tenía un nombre griego, pero por sus venas corría la sangre de los bárbaros del norte.

Memnón observó a Caridemo, cuando el chico salió de una de las cochambrosas habitaciones que estaban a disposición de los clientes. Junto a él iba un hombrecillo enclenque de pelo escaso que, tras dirigir una mirada de absoluta adoración al joven, se dirigió a la puerta de la taberna y desapareció por ella.

El propietario de la taberna sonrió. Todavía no podía creerse la suerte que tenía de contar con Caridemo entre sus trabajadores. Aquel joven, de cuerpo y rostro dignos del mismísimo Apolo, podía haber encontrado trabajo en cualquier lupanar de la ciudad, incluyendo algunos de los más caros y prestigiosos que ofrecían sus selectos servicios a los nobles y caballeros. Sin embargo, por algún motivo, había preferido ganarse la vida allí, en la sucia taberna de Memnón, donde por cada servicio cobraba una décima parte de lo que habría ganado trabajando en otro lugar. Memnón sospechaba que el joven tenía algún poderoso motivo para esconderse y pasar desapercibido. De lo contrario, no se explicaba que alguien con sus atributos físicos eligiera prostituirse en un sitio como aquel. Especialmente si se tenía en cuenta que Caridemo, a diferencia de la mayoría de los hombres que vendían su cuerpo en aquella taberna, era un hombre libre, no un esclavo.

Memnón y él tenían un acuerdo por el cual se repartían las

ganancias del joven a partes casi iguales. El dueño de la taberna ponía la habitación y el vino; Caridemo, su cuerpo. Un negocio que para Memnón había resultado muy provechoso, ya que el joven germano era con diferencia el trabajador que más clientes atraía a lo largo de la jornada.

Cuando Caridemo entró en la habitación, todos los presentes se volvieron hacia él: el mismo Memnón, los escasos clientes, incluso los esclavos, que miraron con un deje de celos y envidia el rostro del recién llegado. Para ellos resultaba imposible competir con aquel dios encarnado y metido al negocio del sexo de pago. Todos sabían que, cuando Caridemo estaba de servicio, tenían que conformarse con los clientes a los que él rechazaba. Algo que no ocurría muy a menudo, ya que Caridemo no demostraba ser especialmente escrupuloso a la hora de llevarse a la cama a unos hombres u otros.

Memnón observó por el rabillo del ojo que el extraño cliente, el hombre, que había estado bebiendo vino sin interesarse por ninguno de sus muchachos, se ponía en pie al descubrir la presencia de Caridemo. Por fin, pensó el tabernero.

Caridemo se dio cuenta de inmediato del interés que había despertado en el extraño personaje. Otros hombres, al verle entrar, habían dejado las conversaciones que estaban teniendo con el resto de esclavos y habían echado a andar hacia él. Muchos habían ido a la taberna solo para contratar los servicios de Caridemo, y no estaban interesados en el resto de chicos. El germano, sin embargo, los rechazó a todos con una sonrisa y un gesto amable, y caminó hacia la mesa, tras la cual se encontraba el nuevo cliente. Memnón sonrió. Como antiguo profesional del sexo, entendía perfectamente la actitud de Caridemo. El resto de clientes eran hombres poco agraciados, algunos incluso con aspecto de no haber visitado unas termas desde que el rey Numa era niño. Resultaba lógico que, estando en disposición de elegir, Caridemo prefiriera llevarse a la cama a un atractivo hombre de treinta años que a uno de aquellos carcamales ansiosos por disfrutar de su cuerpo.

Los clientes rechazados se mostraron más desolados que furiosos. Uno a uno fueron regresando a los lugares donde estaban antes de la entrada de Caridemo, en busca de consuelo en los brazos y los labios de otros esclavos menos exigentes.

—¿Puedo sentarme? —preguntó el germano, con una sonrisa en los labios que dejaba entrever una dentadura blanca e inmaculada.

El cliente asintió y volvió a tomar asiento él mismo. Caridemo le

imitó, pero en lugar de sentarse frente a él, lo hizo acercando un taburete al ocupado por el cliente, de forma que sus piernas quedaban muy próximas bajo la mesa, casi tocándose. Caridemo vestía una túnica de color oscuro, muy corta, sin mangas, de manera que sus brazos y piernas quedaban al descubierto.

Memnón se apresuró a llevar un vaso limpio al joven y a escanciar él mismo el vino de la jarra del cliente.

—¿Cómo te llamas? —preguntó Caridemo.

—Me llamo… Lucio.

Era evidente que el cliente mentía. Caridemo sonrió. ¿Quién decía la verdad en el mundo de los besos comprados y el amor mercenario? Él mismo tampoco se llamaba Caridemo. Su nombre era otro, muy diferente, casi imposible de pronunciar por un hablante de latín.

—Yo me llamo Caridemo —respondió el joven, y se llevó el vaso a la boca para dar un corto trago de vino.

—Lo sé. Si he venido a este sitio, es por ti.

El joven no pudo evitar que un brillo de alarma iluminara sus ojos. No le gustaba que le reconocieran, ni que su fama se extendiera demasiado.

—Si empiezo a ser demasiado conocido tendré que marcharme de aquí respondió sonriendo.

—Pero no te marcharás esta noche, supongo.

—No —dijo, y volvió a beber—. Esta noche no.

—Gracias a los dioses. No me gustaría haber venido en vano.

Caridemo acercó su taburete más aún, de forma que las piernas del joven ya se rozaban de forma descarada con las del cliente.

—¿Y para qué has venido, Lucio? ¿Qué buscas en mí?

—Todo. Todo tú. Ven conmigo. Hasta el amanecer. Puede que incluso más allá.

Caridemo soltó una carcajada.

—Eres ambicioso, no hay duda.

—Puedo pagar lo que me pidas. El dinero no es problema.

—Tampoco lo es para mí, por suerte. ¿Y si te digo que es algo que más que dinero lo que pido a los clientes que quieren todo de mí? ¿Qué estarías dispuesto a darme?

—¿Qué puedo darte además de dinero? Todo lo que no se paga con plata y oro ya lo tienes. Belleza, juventud, libertad.

—Me gusta tu manera de pensar —respondió el germano—. Y

sospecho que no vas a conformarte con que vayamos a una de esas pocilgas a las que el cerdo de Memnón llama habitaciones. Querrás llevarme a otro sitio. A tu casa tal vez.

—Tal vez. Pero, desde luego, no aquí. El perfume de un lirio no se aprecia en medio de un estercolero.

Las carcajadas de Caridemo resonaron en toda la taberna, haciendo que clientes y esclavos desviaran de nuevo su atención hacia él.

—Quién me iba a decir que esta noche iba a follarme a un poeta.

—Soy mucho más que un poeta. Ven conmigo y lo verás.

Caridemo deslizó su mano bajo la mesa y acarició la pierna del cliente. Este dio un respingo al notar el contacto. El germano sonrió.

—¿Estás nervioso? Reaccionas como una vestal primeriza.

—Es mi primera vez… con un hombre.

Caridemo se mordió el labio inferior.

—¿De verdad? ¿Nunca te has follado a uno de tus esclavos? Debes de ser el único romano que no lo hace… Tan mayor y con tan poca experiencia… En fin. Tendremos que hacer que esta primera vez sea memorable.

—¿Vamos, entonces? —dijo el cliente, poniéndose en pie.

—Hay solo un asunto que resolver. Por mi seguridad. Necesito ver el color de tus monedas antes de marcharme. ¿Sabes cuántos muertos de hambre me ofrecen las riquezas de Creso y después de correrse resultan no tener ni un mísero as de bronce? Demasiados, créeme. Habla con Memnón, él te dirá la tarifa y las condiciones. Además, si quieres que me vaya contigo tendrás que dejar aquí una cantidad adicional como fianza. Ya sabes, como cuando alquilas un caballo. Si regreso sano y salvo, podrás recuperar el dinero de la fianza. No vamos a tener problemas con esto, ¿verdad? Lo cierto es que tienes algo que me hace querer irme contigo… Confío en que no me dejes con la miel en los labios a estas alturas.

Caridemo, todavía sentado, comenzó a acariciar la entrepierna del cliente. Este, más relajado, se dejó hacer.

—Ya te dije que el dinero no era problema.

—Habla con Memnón entonces. Yo te espero aquí —dijo Caridemo. Volvió a llenar su vaso de vino. Cuando el cliente se marchaba, le retuvo, agarrándole por la túnica—. Espera. Un anticipo de lo que tendrás si llegas a un acuerdo con Memnón.

Caridemo tiró de la túnica del cliente y le obligó a agacharse, de forma que sus rostros quedaron frente a frente. El germano besó los

labios del cliente, con timidez al principio, con pasión al notar que su pareja entreabría los labios y no oponía resistencia.

—Llega a un acuerdo con Memnón y mis besos serán tuyos hasta el amanecer.

El cliente se dirigió al gran mostrador de madera detrás del cual Memnón no perdía detalle de la escena. El dueño de la taberna había presenciado aquellas negociaciones tantas veces que había perdido la cuenta. Cuando el cliente quería acostarse con Caridemo en las habitaciones del establecimiento, era el mismo germano el que cobraba el servicio. Cuando querían llevarse al joven a otro lugar era Memnón el que se encargaba del cobro, para asegurarse ambos de que no había problemas con el pago y gestionar el asunto de la fianza que servía de seguro a Caridemo. Ambos sabían que si caía en manos de un loco con dinero, aquella fianza no le salvaría de ser maltratado o incluso asesinado. Pero en el mundo de la noche aquel riesgo era una realidad con la que todos los trabajadores sexuales convivían, quisieran o no.

—Supongo que sabes lo que quiero —dijo el cliente.

Memnón, siempre hombre de pocas palabras, fue al grano. Le dijo al cliente una cifra por los servicios sexuales de Caridemo, la cantidad en concepto de fianza que le sería devuelta al regreso del germano y el total de la cuenta por todo el vino que había bebido aquella tarde.

—No negocio. No regateo. Este es el precio —dijo—. Si te interesa, paga. Si no, tengo chicos más baratos.

—Pago —respondió el cliente—. Aunque debería ser delito servir ese vinagre ácido que me has hecho beber.

—No te he visto escupirlo cuando has pedido la cuarta jarra —respondió Memnón sin alterarse. Estaba acostumbrado a que criticaran la escasa calidad del vino de su establecimiento.

El cliente abrió su bolsa y depositó en manos del tabernero las cantidades estipuladas.

—Disfruta —dijo de un modo hosco, y guardó el dinero en una caja de madera.

El cliente se volvió y se encontró con Caridemo sonriente y dispuesto.

—¿Nos vamos? —dijo.

—Tú primero.

Los dos hombres abandonaron el local bajo las miradas envidiosas del resto de clientes. Muchos de ellos no habrían podido pagar una noche entera con Caridemo ni ahorrando sus salarios de varios meses de

trabajo. La mayoría se conformaban con disfrutar de un encuentro fugaz en una de las habitaciones y fantasear con que tenían el dinero suficiente como para disfrutar del fornido germano en exclusiva durante días y días… Aquel maldito extraño, sin embargo, había logrado aquello con lo que muchos solo podían soñar, convirtiéndose de inmediato en el hombre más odiado en aquella parte de la Subura. En el exterior, la noche había caído sobre la ciudad de Roma. Una noche cálida, de principios de septiembre, en la que el verano se resistía a marcharse y el otoño ya dejaba entrever su fría mordida en forma de una brisa fresca que con el tiempo sería heladora, pero que en aquel momento era más un alivio del calor del día que una molestia.

La calle en la que se encontraba la taberna de Memnón estaba muy concurrida, ya que eran muchos los prostíbulos y otros establecimientos que abrían sus puertas en ella. Las luces de las escasas ventanas iluminaban en parte la calle tan oscura como llena de risas, gritos y cánticos procedentes de los locales cercanos. Los romanos apuraban los últimos estertores del verano y celebraban la proximidad de los Grandes Juegos, que comenzarían unos días después y durarían casi todo el mes.

—Es una pena que no hayas traído una litera, Lucio —bromeó Caridemo. Sabía que ninguno de los clientes de la taberna de Memnón habría podido permitirse un medio de transporte tan caro. Ni siquiera uno capaz de pagar toda una noche de sus servicios.

—La próxima vez —respondió con una sonrisa en los labios.

—¿Habrá una próxima vez?

—Depende de cómo transcurra la noche —respondió el cliente.

Caridemo y él echaron a andar y se alejaron de la taberna de Memnón. La mayor parte de las calles estaban tan oscuras que apenas podían verse el uno al otro, pese a caminar muy juntos. Cualquier hombre sensato habría sentido miedo a caminar por aquella zona de la ciudad en plena noche. Sin embargo, ni Caridemo ni su acompañante parecían especialmente preocupados. Como si ambos se sintieran seguros en aquel mundo de sombras.

—¿Está muy lejos tu casa? —preguntó el germano.

—Cerca de la plaza de los curtidores. La que tiene la escultura sin cabeza.

—Entonces, es mejor que vayamos por aquí. Tardaremos menos. Son callejas más estrechas, pero el camino es más corto.

El cliente pareció dudar.

—No es seguro meterse por ahí de noche —dijo.

—¿Tienes miedo? No te preocupes. Nadie te hará nada si vas conmigo.

—A lo mejor eres tú quien me da miedo.

Caridemo prorrumpió en carcajadas.

—No seas tonto. Vayamos por aquí. Tal vez te regale un anticipo antes de llegar a tu casa…

El germano dio un paso al frente y volvió a besar a su cliente. Este, tras unos instantes, se separó de él.

—Aquí no. Hay demasiados ojos indiscretos. Pero me has convencido… vayamos por esas callejas.

El joven sonrió con picardía.

Abandonaron las calles más grandes y se internaron en el laberinto de callejuelas estrechas y enrevesadas, cubiertas por soportales que se sostenían por medio de gruesas columnas de piedra o madera. Los edificios estaban en ocasiones tan próximos unos de otros que por la calzada apenas habría podido circular sin dificultades un carro de pequeño tamaño. La luz de la luna, en su cuarto menguante, apenas lograba arrojar unos débiles rayos de luz entre las sombras que dominaban aquellas calles. Caridemo y su cliente se cruzaron con algunas personas, embozadas en sus capas, la mayoría. Ninguno les prestó atención. Todos ellos tenían asuntos más importantes a los que atender que una pareja de amantes en busca de un lugar en el que retozar.

Tras cruzar una esquina, Caridemo agarró a su cliente por el brazo y le hizo que se diera la vuelta. Lo abrazó por la cintura y, tras besarlo de nuevo, lo atrajo contra su pecho y lo empujó con suavidad hasta que este tuvo su espalda contra una columna de los soportales.

—¿Qué te parece si te doy ese anticipo del que te hablé antes?

—Sí, por favor —dijo el cliente entre jadeos.

Caridemo sonrió y se puso de rodillas. En aquel momento, el silencio en la calle era casi total. Nadie en los alrededores. Ningún ruido procedente de las *insulae* que se elevaban hacia el cielo sobre sus cabezas. Como si el mundo hubiera decidido detenerse para ofrecer una tregua a los amantes que deseaban desfogar su pasión sin ser interrumpidos. El germano miró hacia arriba, aún con la sonrisa en sus labios.

—Recuerda que es un anticipo, únicamente.

—No me tortures más, por Venus…

Caridemo soltó una carcajada y volvió a centrar su atención en la

entrepierna de su cliente. Deslizó las manos por sus piernas hasta llegar a sus muslos, y allí se detuvo para acariciarlos con las yemas de los dedos. El cliente echó la cabeza hacia atrás, en un gesto de éxtasis absoluto.

Cuando la volvió a bajar su rostro había cambiado por completo.

Ya no había ansiedad ni deseo en aquellos ojos. Solo una profunda frialdad en la mirada y un rostro serio, cargado de determinación. El cliente se llevó la mano a la espalda, fingiendo que buscaba una postura más cómoda para entregarse al placer, y extrajo por el cuello de la túnica una larga daga con la hoja curvada. Saltaba a la vista que no era un arma cualquiera. La empuñadura era dorada, y tenía todo tipo de piedras de diferentes colores engarzadas en ella. Sobre la hoja, de aspecto muy afilado, podían verse marcas y extrañas letras que se enlazaban unas con otras por ligaduras curvadas y sinuosas.

El hombre levantó la daga… y en ese preciso momento Caridemo alzó la mirada.

Pero ya no era Caridemo quien estaba arrodillado a los pies del cliente. Los ojos azules del joven germano habían mutado a dos cuencas oscuras en las que dos finas rendijas de color rojo brillaban con luz propia. La piel de la cara, antes de un blanco inmaculado, se había tornado quebradiza y de color verdoso, como si estuviera formada por escamas. Y su sonrisa, aquellos dientes blancos que habían hecho perder la cordura a más de un hombre en Roma, se había convertido en dos hileras de colmillos afilados como agujas.

El hombre no dudó. Descargó la daga contra la criatura con todas sus fuerzas, buscando clavarla en el cuello del que hasta hacía unos instantes era un hermoso joven germano. Caridemo reaccionó con una rapidez sobrenatural, empujando a su atacante contra la pared y tomando impulso para saltar hacia atrás. Un salto imposible de realizar para cualquier mortal, pero que él logró realizar dando una voltereta sobre sí mismo y cayendo en medio de la calle, con las manos y los pies plantados firmemente en el suelo.

—Puta Ceres… Ya la he vuelto a liar —murmuró el hombre, todavía con la daga en la mano.

La cosa que había sido Caridemo comenzó a reír. Una risa que se parecía más al croar de un enorme sapo que a un sonido salido de una garganta humana.

—Así que quieres jugar conmigo, Lucio —graznó la criatura. Su mutación había continuado, y cualquier resto del joven germano había

desaparecido. Sus articulaciones estaban dobladas de una manera totalmente antinatural. Su cuello había desaparecido. El rostro había dado lugar a un hocico pronunciado, en el que los finos colmillos brillaban de manera amenazante.

—No me llamo Lucio —dijo el hombre, con tono resignado—. Aunque supongo que a estas alturas eso ya te da igual.

Se lanzó contra la criatura, esgrimiendo la daga frente a él. El ser, cuyo tamaño había ido creciendo hasta doblar el tamaño que había tenido en su forma humana, volvió a saltar hacia atrás y se encaramó en la fachada de un edificio cercano. Con sus garras trepó por la pared como lo habría hecho un lagarto, dejando grandes agujeros allí donde sus uñas se clavaban.

—Así que también eres capaz de hacer eso…

La criatura se detuvo, aún agarrada al muro, a una distancia segura de su atacante. Era más grande que él, con un físico portentoso y una agilidad extraordinaria. Sin embargo, por algún motivo no se atrevía a atacar.

—Baja aquí y termina de darme ese anticipo que me prometiste. He pagado mucho dinero por esa boca tuya tan fea.

El ser con aspecto de reptil volvió a reír.

—Te habría dejado que me follaras antes de matarte. Ahora morirás igualmente, pero sin haber experimentado el placer de mis besos.

—¿Tú has visto tu aspecto? Primero besaría el culo de un asno que tu boca.

El monstruo, aprovechando que su oponente había bajado la guardia, le lanzó un zarpazo. El hombre, sin embargo, lo esquivó con habilidad y devolvió el golpe, alcanzando a la criatura con el filo de la daga y abriendo una herida en la escamosa piel de su pata. El monstruo siseó como una serpiente y trepó por el muro para ganar distancia. El hombre miró el filo de su propia arma, como si se sorprendiera ante su eficacia.

—¿Quién eres? —dijo la criatura en un graznido. Ya no había burla alguna en su tono.

—No importa quién soy yo. Lo importante es qué eres tú. Y que este no es tu lugar. Voy a devolverte a la oscuridad de la que procedes.

—¿Eres un hechicero? ¿Un cazador de demonios? He matado a decenas como tú en mi vida. No te tengo miedo, mortal. Yo ya bebía sangre humana cuando los de tu estirpe se escondían en cuevas; les daba caza en medio de la noche; y los arrastraba hasta lo más profundo

del bosque con la promesa de mis besos antes de deleitarme con el sabor de su corazón.

El hombre hizo una mueca.

—Tendrías que haber seguido cazando en las cuevas y los bosques. Te has equivocado viniendo a este barrio, demonio. Te has equivocado viniendo a Roma.

El hombre sacó de uno de los bolsillos de su túnica un pequeño cristal de color verde y murmuró unas palabras. De inmediato, el cristal comenzó a iluminarse, de manera tímida al principio, pero inundando inmediatamente después toda la calle con una luz verdosa.

El monstruo aulló de dolor, como si aquella luminosidad le causara un gran sufrimiento. Trató de trepar por el muro para escapar por los tejados de las *insulae*, pero el dolor le hizo perder el equilibrio y caer boca arriba sobre el empedrado de la calle, a escasa distancia de donde se encontraba el hechicero. Este se lanzó sobre la criatura, sin soltar el cristal y la daga, firmemente aferrados cada uno en una mano. El monstruo, sin embargo, reaccionó con agilidad y rodó por el suelo, buscando refugio bajo los soportales y ocultándose de la luz abrasadora tras una columna.

—No tienes escapatoria, demonio —dijo el hombre. Él mismo rodeó una de las columnas de piedra y se encontró con que la criatura había desaparecido. En su lugar estaba de nuevo Caridemo, el joven germano de hermoso rostro. En uno de sus brazos presentaba una herida profunda que sangraba con profusión—. ¿Crees que vas a engañarme adoptando de nuevo tu forma humana?

—Déjame marchar —suplicó. Caridemo alzó el brazo herido para proteger sus ojos de la luz verdosa que aún emanaba del cristal—. Te daré lo que quieras. Me marcharé de Roma y no volveré.

—Y te irás a otra ciudad a seguir matando hombres inocentes…

—¿Inocentes? —Caridemo se echó a reír, y por un momento el hechicero dudó de no estar realmente ante un ser humano—. ¿Sabes quiénes eran los hombres a los que maté? ¿Sabes acaso si sus propias manos no estaban manchadas de sangre?

El joven bajó el brazo y miró al brujo frente a frente. La luz verdosa comenzaba a quemar y a agrietar su piel, que iba adoptando poco a poco una tonalidad oscura y seca, pero a la criatura no parecía ya importarle.

—¿Te sientes tú culpable cuando devoras un buen pedazo de carne de cerdo? ¿Es un asesino el matarife que corta el cuello del cordero

antes de desollarlo y prepararlo para su venta? ¡Eso es lo que sois para los míos! Ganado, carne con la que deleitar nuestros paladares.

—Tus días de comer carne humana han llegado a su fin, demonio.

El brujo se lanzó de nuevo contra su rival, con la daga alzada, dispuesto a darle el golpe final. En su forma humana aquella criatura era mucho más vulnerable y no podía escapar de él trepando por los muros de los edificios colindantes. En unos instantes, todo habría acabado.

O eso pensó el hechicero.

Aquel ataque de frente era lo que Caridemo estaba esperando. El brujo vio al joven germano sonreír y comprendió que algo iba mal. No tuvo tiempo de rectificar sus movimientos. La criatura abrió la boca de una manera completamente antinatural, desencajando su mandíbula. De su interior salió una enorme lengua gruesa y chorreante, que se lanzó sobre el hechicero y le impactó en el pecho, lanzándolo contra el muro y dejándole sin respiración. El cristal cayó al suelo y su luz se apagó de inmediato. La daga también cayó, rebotando contra las losas de piedra con un tintineo.

El brujo maldijo su torpeza y trató de recuperar el aliento y levantarse, pero su rival fue más rápido. Caridemo le golpeó de nuevo con el monstruoso apéndice que salía de su boca. Cuando tuvo al hechicero en el suelo, tumbado de espaldas, alzó la enorme lengua y la balanceó sobre él. La punta comenzó a afilarse hasta llegar a asemejarse a la punta de una lanza. El brujo se dio la vuelta y comprendió que estaba a punto de morir ensartado. Sin embargo, antes de que el monstruo pudiera acabar con la ejecución, una sombra pasó a su lado. Veloz, silenciosa. El hechicero apenas pudo ver qué era lo que estaba ocurriendo. En el silencio de la noche se escuchó un zumbido, seguido de los gritos de dolor de la criatura. La lengua de Caridemo cayó al suelo junto a la daga y el cristal, y comenzó de inmediato a derretirse y a convertirse en un charco de un líquido negro y espeso.

El monstruo se llevó las manos a la boca, de la que salía un manantial de sangre oscura. Sus gritos, humanos al principio, pasaron a ser alaridos bestiales.

El hechicero reculó arrastrándose hasta que su espalda tocó la pared del edificio. Desde allí, sentado, desarmado y confuso, pudo ver a quien le había salvado de una muerte segura. Un hombre con la piel oscura y el pelo y la barba grises. En sus manos llevaba una espada de hoja estrecha y doble filo. Una hoja que había cortado limpiamente la lengua

del monstruo que había estado a punto de matarlo.

El recién llegado no dedicó ni una sola mirada al hechicero caído. Caminó hacia la agonizante criatura que había sido el hermoso Caridemo y, sin que su rostro mudara la expresión, alzó la espada y la descargó sobre el cuello del monstruo, separando la cabeza del cuello. El cuerpo de la criatura se desplomó y comenzó a transformarse en la misma sustancia líquida en la que se había convertido la lengua cortada. La cabeza golpeó contra el muro. Todavía seguía gritando cuando rodó por el suelo hasta chocar contra la basa de una columna de los soportales. Aunque resistió algo más que el resto del cuerpo, no tardó en descomponerse también.

El silencio volvió a adueñarse de la estrecha calleja de la Subura.

El hechicero se puso en pie y recuperó la daga y el cristal. Mientras lo hacía, el hombre de la espada lo miró con una mueca de abierto desprecio en el rostro.

—Lento, torpe y descuidado. De no haber sido por mí, ahora estarías muerto, hijo de Neóbula. Y este demonio, en cambio, vivo, hambriento y listo para cobrarse su siguiente víctima.

—No sabía que podía hacer eso de la lengua en su forma humana. No me hablaste de algo así, Crises.

El hombre enfundó la espada en su vaina.

—Ese es tu problema. Necesitas que te lo digan todo. Que te lo den todo hecho. Ni sabes ni quieres saber. Siempre orgulloso en tu ignorancia y siempre con una excusa lista en los labios con la que disfrazar tus fracasos.

Marco no respondió. Apretó los labios con furia, pero no dijo nada. No había nada que decir. Su fracaso había sido evidente y no había manera de excusarse. Alzó la mirada y miró los ojos de color azul oscuro de Crises.

Aquel hombre se había propuesto complicarle la vida, y por Júpiter, que lo había conseguido.

Desde que había aparecido en el estudio de su madre, casi tres meses antes, la presencia de Crises en la vida de Marco se había convertido en una auténtica molestia. Recordaba perfectamente la noche en la que, tras entrevistarse con Cicerón, en casa de Varrón, había regresado a su casa con la cabeza llena de planes, y se había encontrado con el estudio de Neóbula abierto y a aquel extraño personaje en su interior. Desde aquel momento todo se había complicado.

¿Quién era Crises? Marco no lo sabía. Tras meses de tratar con aquel

extraño personaje, apenas había logrado averiguar nada de acerca de él. Era evidente que conocía a su madre Neóbula, pero por más que Marco había tratado de interrogarle, no había logrado que el anciano le revelara dato alguno acerca de la relación que los había unido a ambos en el pasado. Él hablaba de Neóbula con respeto, incluso con cariño en algunas ocasiones, aunque Marco podía notar un deje de rencor en el tono de sus palabras. Como si aquel extraño personaje guardara en su corazón alguna vieja afrenta que no había sido capaz de olvidar. Por muchas vueltas que Marco le había dado, había sido incapaz de llegar a una conclusión acerca de quién era aquel hombre.

Crises se había presentado en Roma con un objetivo: completar la formación de Marco. No le había explicado qué motivación le había empujado a hacerlo ni si pretendía algo a cambio de aquel entrenamiento. Solo le había revelado que era un deber que tenía que cumplir. Hacia quién tenía ese deber, con quién había contraído aquella responsabilidad, era algo que no había querido decir por mucho que Marco había insistido. Las respuestas de Crises se habían limitado a frases crípticas y de sentido oscuro o ambiguo.

—Tu formación está incompleta, y eso es un peligro para todos. Llegará el momento en el que tus poderes serán requeridos. ¿Aceptas iniciar este camino conmigo?

En un primer momento, Marco se había negado. No tenía motivo alguno para confiar en un extraño que se había presentado en su casa sin más credenciales que su propia palabra de ser un viejo conocido de su madre. En aquel momento, lo único que deseaba Marco era concentrarse en encontrar a Crisógono con las pistas que Cicerón pudiera facilitarle acerca de su paradero.

Aquella noche, tras la negativa de Marco a seguirle, el anciano se había marchado sin insistir. Al día siguiente, sin embargo, con la caída del sol, había regresado. Marco había ignorado su presencia, confiado en que el extraño personaje acabaría por cansarse y desistir. La indiferencia de Marco, pese a todo, no dio fruto alguno. Cada atardecer, Crises se situaba junto a la puerta del estudio de Neóbula y aguardaba a que Marco pasara por allí. No le hablaba, no le hacía gesto alguno. Solo lo miraba con rostro serio. Marco abandonó la estrategia de la indiferencia y trató de echarlo de allí con amenazas, sin resultado alguno. Intentó después negociar con él, e incluso invitarle a un vaso de vino en la taberna. Crises había permanecido impertérrito, impasible ante los cambios de actitud de Marco, día tras día, atardecer tras atardecer. No le interesaba conversar con Marco, y mucho menos

acompañarlo a la taberna. Había ido a Roma para completar su entrenamiento, para finalizar el trabajo que Neóbula había dejado inconcluso. Y eso sería lo único que Marco obtendría de él.

Finalmente, cansado de ver al anciano un día tras otro y corroído por una creciente curiosidad, Marco se había acercado a él. El deseo de averiguar más detalles sobre la desconocida vida de su madre y el miedo a que los vecinos comenzaran a alterarse al ver a aquel hombre haciendo guardia en su puerta cada tarde, hicieron que Marco dejara a un lado su resistencia. Al fin y al cabo, si lo que aquel tipo le proponía era aumentar sus conocimientos, ¿qué había de malo en ello? El hechizo de las llamas en la empuñadura de la daga que había usado contra él la noche en la que se habían conocido podía serle bastante útil en caso de un mal encuentro en las calles de la Subura. Y era más que probable que aquel anciano conociera sortilegios incluso mejores que aquel.

Al décimo día, Marco se había aproximado a él y le había dicho que estaba dispuesto a escuchar lo que tuviera que decirle.

—¿Aceptas iniciar este camino conmigo? —preguntó, repitiendo las mismas palabras que había pronunciado la noche en que se habían conocido.

—Acepto que me muestres los primeros pasos del camino —dijo Marco—. Pero no me puedo comprometer contigo sin saber quién eres o qué pretendes.

—Conoces mi nombre y conoces mi intención, que no es otra que completar tu formación. Con eso debería bastarte por el momento.

—¿De qué conocías a mi madre? —preguntó Marco.

Crises le miró fijamente.

—Quieres ver el final del camino cuando no has recorrido ni el primer tramo de la senda. Si lo que buscas son respuestas, las tendrás. Cuando hayas completado tu formación, no antes. Entonces, y solo entonces, te revelaré todo lo que quieres saber.

Marco suspiró. Aquel discurso ya lo había escuchado con anterioridad. Todos los que decían saber algo acerca del pasado de su madre ocultaban su conocimiento bajo enigmas y palabras oscuras. La anciana Cardixa, la mujer ciega que vivía en la sede del *collegium* del tritón en el Aventino, le había hecho las mismas promesas. Le contaría todo lo que sabía de su madre. Y, sin embargo, después de aquella conversación, parecía haber desaparecido de la tierra. Pese a que había ido varias veces a la sede del *collegium*, Cardixa nunca había estado disponible para charlar con él. ¿Haría Crises lo mismo? ¿Le prometería

unas respuestas que nunca llegarían?

Se preguntó si merecía la pena el riesgo. Marco tenía ya un hilo del que podía tirar para averiguar más cosas de la muerte de Neóbula. Cicerón le había prometido facilitarle la localización exacta de Crisógono, el liberto de Sila que había ordenado su asesinato. Aunque el político no había vuelto a ponerse en contacto con él, Marco confiaba en que lo haría, no tanto porque tuviera fe en la palabra de Cicerón como porque entre ambos mediaba la figura de Varrón, en quien Marco sí tenía una confianza casi plena. De hecho, el propio Varrón había enviado cartas a sus clientes de Pompeya para que se pusieran en contacto con el hombre del que Cicerón les había hablado, aquel que se encargaba de vigilar los movimientos del viejo liberto de Sila. Aunque las cartas no habían recibido aún respuesta, Marco confiaba en que Varrón acabaría logrando dar con el contacto que Cicerón les había facilitado.

¿Merecía la pena en aquellas circunstancias dedicar tiempo a aquel extraño personaje cuando tenía ya tan cerca las posibles soluciones a los enigmas que le atormentaban?

Marco decidió que si Crises no le daba respuestas, o si el obtenerlas resultaba ser un camino imposible de transitar, volvería a dar prioridad a la pista de Crisógono. Al fin y al cabo, no era solo información lo que buscaba en el viejo liberto de Sila. También buscaba venganza. Y aquello era algo que ni Crises ni nadie podrían satisfacerle.

—Andaré este camino contigo —dijo Marco.

—Sígueme entonces.

—Esta noche no. Empezaremos mañana. Tengo un asunto urgente que atender.

Y Marco se marchó, sin dar ocasión al anciano de responder. Realmente, los únicos asuntos a los que tenía que atender aquella noche estaban en el fondo de una jarra de vino y entre las piernas de una esclava. Pero Marco se reservó aquel pequeño placer de decidir él cuándo comenzaría el entrenamiento con Crises.

Con la siguiente caída del sol, el anciano se presentó puntual ante la puerta del estudio de Neóbula. Marco esperaba ver en él algún indicio de enfado por haberlo dejado plantado la noche anterior, pero Crises mostraba un rostro tan inexpresivo y frío como el de los días anteriores.

—¿No tienes que atender ningún asunto esta noche? —preguntó.

Marco negó con la cabeza.

—Comencemos entonces.

En lugar de entrar en el estudio de Neóbula, el lugar donde Marco creía que tendría lugar su formación, Crises salió de la *ínsula* y echó a andar por las calles de Roma. Algunos transeúntes se giraban al cruzarse con él, sorprendidos ante las extrañas ropas que vestía el anciano, pero regresaban de inmediato a sus asuntos. Marco le siguió durante un buen rato hasta que, una vez salieron de la Subura y atravesaron el Foro, llegaron al Campo de Marte, casi vacío a aquella primera hora de la noche. Aquella explanada, consagrada al dios de la guerra y dedicada a la celebración de los comicios y asambleas, solía estar desierta tras la caída del sol. Al llegar a ella, Marco recordó la noche, meses antes, en la que había hecho aquel mismo recorrido juntos Quinto, el esclavo de Varrón, en busca de un cadáver con el que realizar uno de los conjuros de Neóbula. No había pasado demasiado tiempo, pero las circunstancias eran tan distintas que Marco sintió que habían transcurrido siglos desde aquel momento.

¿Qué era lo que Crises se disponía a enseñarle en aquel lugar? Marco había pensado que su entrenamiento consistiría en estudiar los papiros de Neóbula y desentrañar con ayuda del anciano aquellos demasiado complejos o peligrosos. Había mucho conocimiento en el estudio de su madre, al que Marco no se había atrevido a recurrir por miedo a las consecuencias. Sin embargo, Crises, en lugar de ayudarle a navegar por las procelosas aguas de los papiros de Neóbula, le había llevado a una llanura desierta.

El anciano se detuvo y se situó frente a Marco.

—Demuéstrame lo que sabes hacer, hijo de Neóbula.

Marco se encogió de hombros.

—¿Qué quieres que haga?

No le dio tiempo a responder. Crises se lanzó contra él, demostrando una extraordinaria agilidad y un sorprendente vigor para un hombre de su edad. Marco no supo reaccionar. Estaba con la guardia baja; no se esperaba bajo ningún concepto un ataque en aquel momento. Crises le golpeó con fuerza en la garganta con el dorso de la mano, al tiempo que hundía el puño en su estómago. Marco cayó hacia atrás, encogido y sin aire. En el suelo se golpeó la cabeza contra una roca, y durante unos instantes creyó que iba a perder el sentido. Cuando abrió los ojos, sintiendo un punzante dolor en la garganta y el vientre, vio que Crises estaba de pie frente a él, contemplándolo como quien mira una piltrafa de carne desechada por el carnicero.

—Eres más lento, incluso, de lo que me temía. Si en lugar de las

manos desnudas hubiera usado un arma, ahora mismo estarías contemplando tus tripas en el suelo. O tal vez no, porque tu cabeza habría rodado hasta el río.

Marco inspiró para recuperar el aire y se puso en pie. La furia se adueñó de él. Aquel anciano le había golpeado a traición. Amigo de Neóbula o no, iba a darle una buena lección. Alzó los puños y se dispuso a enseñarle un par de trucos aprendidos después de toda una vida de peleas en los callejones de la Subura.

Marco golpeó, una y otra vez. Lanzó puñetazos, patadas, e incluso algún cabezazo. Y todos ellos se perdieron en el aire. Por más que se esforzó, fue incapaz de alcanzar a Crises, que esquivaba todos y cada uno de sus golpes sin mudar la expresión de su rostro. Se movía como si pudiera adivinar los ataques de Marco antes de que él mismo hubiera pensado en ellos.

—Lo dicho; lento y torpe. Un odre de vino con piernas y brazos.

Crises se cansó del baile de golpes y saltos y contraatacó, golpeando de nuevo a Marco, esta vez con más suavidad, en el vientre, al mismo tiempo que con una patada lo desestabilizaba y lo mandaba al suelo. Marco, más atento en esta ocasión, rodó sobre sí mismo y se puso en pie de un sallo. La furia se había adueñado por completo de él. Al dolor de los golpes recibidos se le sumaba la impotencia de no poder descargar sus puños contra aquel extraño anciano. Sonrió, totalmente enajenado por la ira. Si aquel viejo quería jugar de verdad, contaba con un recurso definitivo con el que hacerle frente. Lentamente, se llevó la mano a la lágrima de Perséfone, que ardía sobre su pecho como una brasa encendida. Al hacerlo, escuchó una voz en su interior que le pidió que se detuviera. No merecía la pena desatar un poder como aquel en una simple pelea para medir fuerzas. Marco, poseído por la rabia, ignoró aquella voz. Hacía mucho tiempo que no se sentía tan predispuesto a entregarse al poder de la piedra negra. Que Crises lidiara con el poder de la lágrima si tan seguro estaba de sí mismo.

Le había pedido que le demostrara qué sabía hacer, y Marco se lo Iba a demostrar.

Cerró los ojos y se abandonó a la magia del misterioso objeto.

Crises reaccionó entonces con una velocidad, incluso superior a la que había demostrado hasta aquel momento. Al ver que Marco se llevaba la mano al pecho y se aferraba al colgante, arremetió contra él de nuevo. Pero algo había cambiado en aquella ocasión. La indiferencia y la frialdad de su rostro habían desaparecido dando paso a la

preocupación, al miedo, incluso. Antes de que Marco empezara a sentir que el poder de la piedra se extendía por su cuerpo, Crises le agarró la cabeza, plantando con fuerza las palmas de las manos sobre sus sienes. El anciano murmuró una palabra.

Y Marco cayó al suelo, sin conocimiento, soltando la piedra, que volvió a colgar inerte de su cadena.

Se despertó un rato después, cuando el cielo ya estaba totalmente negro y cuajado de estrellas sobre su cabeza. Todavía le dolían los golpes recibidos, especialmente el de la garganta. Sin embargo, la furia que le había inundado durante la pelea con Crises había desaparecido.

¿Qué había estado a punto de hacer? Marco se recriminó su estupidez… La tentación de usar el poder de la lágrima de Perséfone había estado a punto de derrotarlo. ¿Qué habría ocurrido si Crises no le hubiera detenido a tiempo?

El anciano estaba frente a él, sentado, con las piernas cruzadas.

—Eres un insensato —dijo—. Un niño jugando con fuerzas que no entiende y que desde luego es incapaz de controlar. La situación está peor de lo que me imaginaba. Tenemos mucho que trabajar, hijo de Neóbula.

—He perdido el control —respondió él—. Te pido disculpas. Este objeto…

Crises le cortó antes de que pudiera terminar.

—No hablaremos de tu colgante ahora. Mañana nos encontraremos aquí a la puesta de sol. Te diría que te mantuvieras sobrio y célibe hasta entonces, pues ese es el estado en el que un hombre sabio afrontaría un aprendizaje. Pero sospecho que sería como pedirles a los peces que volaran por el cielo. Me basta por el momento con que no te presentes borracho. ¿Serás capaz de hacerlo?

—Lo intentaré —dijo Marco con sorna.

El anciano se puso en pie y, sin decir nada, se alejó caminando, perdiéndose en la noche.

Marco permaneció sentado, en medio del Campo de Marte, bajo la luz de las estrellas de aquella noche de finales de verano, reflexionando acerca de todo lo que había ocurrido. Y soñando, sin poder evitarlo, con llegar a tener algún día unos poderes como los que Crises había exhibido aquella noche.

En las semanas que siguieron a aquella primera sesión, Marco se reunió casi cada noche con Crises en el Campo de Marte. El anciano no le habló de magia en ningún momento. No hizo mención alguna al

estudio de Neóbula, ni a sus papiros, ni a la extraña habitación tras la cortina en la que Marco no se atrevía a entrar. Tampoco mencionó la lágrima de Perséfone y sus poderes. El esquema de la primera noche se repitió, una sesión tras otra, con resultados casi idénticos. Marco recibía los golpes del anciano; Crises esquivaba los suyos como quien aparta una mosca de su rostro. Después de cada entrenamiento, Marco sentía que la frustración se apoderaba de él. Se sentía magullado y entumecido por los puñetazos y las patadas que recibía. Pero era en su interior donde más notaba el dolor de aquellas peleas simuladas. La frustración de no avanzar, de no conseguir devolver ni uno solo de los golpes recibidos, era uno de los sentimientos más difíciles de gestionar que había albergado su pecho en mucho tiempo. Durante el día, Marco permanecía en la cama hasta tarde. Estaba demasiado cansado y deprimido como para intentar actividad alguna, Céfiro llenaba la despensa y preparaba la comida, sin apenas interactuar con su amo. El joven esclavo había cambiado mucho desde su secuestro a manos de los bacantes. Seguía siendo un muchacho burlón y despistado, pero había en él una sombra de madurez y seriedad que Marco no había visto nunca antes de aquel traumático episodio en el que los dos habían estado a punto de perder la vida. De cualquier modo, él mismo no tenía apenas fuerzas para indagar qué le ocurría a Céfiro, y se limitaba a saludarle con un gruñido cuando se cruzaban, y a reprenderle cuando hacía algo mal o descuidaba sus tareas.

Durante aquellas semanas, Marco no recibió noticia alguna de Cicerón ni de su supuesto cliente en Pompeya. Varrón, a su vez, se limitó a escribirle una carta en la que le informaba de su partida a Oriente junto a Pompeyo. Gabinio había logrado que se aprobara la ley que otorgaba al general poderes casi ilimitados en los mares, y Varrón había sido designado legado para ayudarle a limpiar las aguas de piratas. En su carta, Marco Terencio se mostraba más molesto que excitado ante aquel nombramiento. Lemurio imaginó al noble abordo de un barco, lejos de sus libros, y no pudo evitar esbozar una sonrisa. Trataría de escribirle alguna carta cuando tuviera ocasión, decía Varrón, y pedía encarecidamente a Marco que le enviara noticias de cualquier asunto de interés que pudiera surgir. Marco sabía perfectamente a qué se refería Varrón con asunto de interés; cualquier tema sobrenatural que le sirviera para el libro que estaba escribiendo. Marco debía ponerlo por escrito y llevárselo a Trasíbulo, el esclavo de Varrón, que permanecería en Roma para encargarse de la correspondencia de su amo. Si no quería escribir, podía dictarle el texto directamente a Trasíbulo y él se

encargaría de anotar todo.

Marco había guardado la misiva de Varrón y no había vuelto a pensar en ella. Tenía demasiadas cosas en la cabeza. Especialmente chichones y brechas, producto de los golpes de Crises.

De este modo, entre noches de entrenamiento y días de mal humor, Marco vio cómo se le escapaba el verano.

Finalmente, cuando el mes de *sextilis* estaba a punto de terminar, Marco consiguió golpear a Crises. Fue apenas un roce, un golpe lateral propinado con el puño que tocó de forma superficial el rostro del anciano.

Por supuesto, no dejó marca alguna. Crises, sin embargo, se detuvo y alzó la mano, indicando a Marco que la pelea había terminado.

—Bien. Hemos hecho algún progreso.

—Esto es absurdo… —murmuró Marco, próximo a rendirse—. ¿Cómo podía llamar progreso a un simple roce? ¿De qué le serviría algo así en una pelea real?

—¿Son absurdos los primeros pasos de un niño? Son torpes, lentos, inseguros, y suelen concluir con el pequeño en el suelo llorando y lamentando haber llevado a cabo el intento. Y, aun así, las madres lo celebran como si fuera el mayor logro que hubieran presenciado en su vida. Este pequeño golpe, hijo de Neóbula, constituye tus primeros pasos.

Marco se sentó en el suelo.

—¿De qué sirve todo esto? No es el aprendizaje que necesito. Mi madre jamás me instruyó en el combate. Si hubiera querido hacerlo me habría enviado a las legiones a que me mataran como a mi padre. Es en sus papiros, en su estudio, donde está el conocimiento que preciso. No aquí, bajo las estrellas, recibiendo una paliza tras otra a tus manos.

Crises hizo un amago de sonreír.

—Te pondré un ejemplo que entenderás muy bien. Si van a regalarte varias medidas del mejor vino de Tasos, ¿acaso lo almacenas en un ánfora rota y desvencijada? ¿O compras una magnífica crátera sin grietas para mezclarlo con agua y servirlo a tus invitados?

—Deja de hablar de vino. Estoy muerto de sed…

Crises le ignoró.

—Los conocimientos que te ofrezco son el mejor de los vinos que puedas llegar a probar. Pero tu cuerpo no está preparado para albergarlo. Lo estará, pero todavía no.

—No sé qué crátera sería capaz de resistir todos los golpes que me

has dado a mí…

—Por eso ha llegado el momento de ponerte a prueba. Comprobaremos si estás listo para avanzar. Confío en que no me decepciones, hijo de Neóbula.

—Marco. Me llamo Marco Lemurio.

Como siempre que le corregía acerca de su nombre, Crises no dijo nada. Pasó por alto las palabras de Marco y le indicó que se levantara.

Fue entonces cuando le habló por primera vez de Caridemo, el demonio que se hacía pasar por un hermoso joven germano para cazar a sus víctimas. Y, de ese modo, Marco recibió su primera misión.

Misión que había acabado en un sonoro fracaso.

De no haber sido por Crises, en aquel momento Marco estaría muerto, ensartado por la prodigiosa lengua de la criatura a la que había intentado dar caza. Había pasado días espiando a Caridemo, rondando la taberna en la que ofrecía sus servicios. Le había seguido desde la distancia, haciendo uso de todas sus habilidades para no ser descubierto. Crises le había dado una información muy vaga acerca de aquella criatura, y Marco, observando al joven germano, no podía ni imaginarse de lo que aquel demonio era capaz. Solo sabía de él que tenía la capacidad de cambiar de forma y que se alimentaba de carne humana. Sin embargo, por mucho que se había esforzado, no había sido capaz de seguirlo hasta el lugar donde daba cuenta de sus víctimas. Acercarse demasiado a él habría supuesto poner en riesgo su plan de hacerse pasar por un cliente. Marco confiaba en sus propias habilidades para hacer frente al demonio, pese a la poca información que tenía de las destrezas de la criatura. Al fin y al cabo, no era la primera vez que se enfrentaba a un ser semejante en las calles de Roma.

Contaba además con la daga que Crises le había entregado para ayudarle en su trabajo. Un arma que, según el anciano, tenía el poder de acabar con la vida del demonio con facilidad. Bastaría con que se la clavara en algún punto de su cuerpo y la magia de su filo haría el resto. Como complemento, Marco había cogido el cristal de luz verde, un objeto heredado de su propia madre y cuyos poderes no comprendía muy bien, más allá de haber comprobado que su brillo causaba un daño considerable a algunas criaturas de las sombras.

Pertrechado con la daga y el cristal, Marco se había lanzado a la caza del demonio.

Pero había fracasado.

—La daga, por favor —dijo, extendiendo la mano.

Marco le devolvió el arma. El anciano la guardó entre los pliegues de su ropa.

—Ahora sígueme. Empezaremos de nuevo. Desde el principio.

—No.

Marco se levantó.

—No voy a seguirte otra vez al Campo de Marte. Estoy cansado de tus golpes. Tengo muchos asuntos a los que atender y no puedo seguir perdiendo el tiempo con esto. Ningún conocimiento merece el precio que quieres que pague.

Marco se dio la vuelta. Sabía que la furia que sentía en aquel momento no tenía su origen en Crises ni en sus exigencias. Tampoco en el recuerdo de los golpes recibidos ni en la frustración de no poder devolverlos. Marco estaba enfadado consigo mismo, con su propio fracaso. No podía perdonarse el haber provocado aquella mirada de desprecio en los ojos del anciano. Una parte de él quería continuar el entrenamiento, esforzarse para ser capaz algún día de manejar los puños y la espada como Crises lo hacía. ¿Qué enemigo podría enfrentarse a él si tuviera tal poder? Ni Crisógono ni el mismísimo Pompeyo, con todas sus legiones, serían rivales para alguien con aquellas habilidades.

Sin embargo, otra parte de su ser le gritaba que lo dejara todo, que se olvidara de aquel misterioso personaje y siguiera con su vida. Al fin y al cabo, desde que había entrado al servicio de Varrón no le faltaba el dinero ni el tiempo para gastarlo. ¿Qué necesidad tenía de complicarlo todo aspirando a un poder para el que no había sido llamado?

—Supongo que es lo único que puede esperarse de un romano —dijo Crises en griego. Había reproche en sus palabras, pero también un poso de pena y decepción.

Marco, sin darse la vuelta, respondió, también en griego.

—Este romano se va a su casa. O tal vez a una taberna. Buenas noches, anciano. No vuelvas a buscarme. No me interesa nada de lo que me puedas enseñar.

II

Cachorros del Senado

COMO era de esperar, Marco no se marchó a su casa. Sus pasos le llevaron hasta el lugar donde confluían todos sus caminos, el destino que atraía cada uno de sus pasos: el umbral de la taberna de Quelidón. Una vez allí, se quedó parado, contemplando la discreta puerta de madera, abierta, y los escalones que conducían al interior. Sobre su cabeza pendía un cartel de madera en el que había dibujado una golondrina de color negro, casi borrada por el paso del tiempo.

¿Es aquí donde realmente quiero estar? ¿Es vino lo que pide mi sed? ¿Es este mi camino? Marco negó con la cabeza. La aparición de Crises había sembrado tantas dudas en él que apenas era capaz de pensar con claridad. Durante toda su vida, desde la muerte de su madre, se había negado a sí mismo la capacidad de aumentar sus poderes, de llevar sus conocimientos más allá del punto que Neóbula había considerado adecuado para un chico de quince años. Hasta la noche en la que Céfiro fue secuestrado, meses antes, no se había permitido a sí mismo entrar en el estudio de su madre más que en visitas fugaces. Lo que había allí, lo que aguardaba en su interior, podía, cambiar su vida por completo. Marco era muy consciente de ello. Pero el miedo y la pena siempre le habían mantenido alejado de aquel camino.

La aparición de Crises lo había cambiado todo. En aquel momento tenía la posibilidad de contar con un guía, alguien que le acompañara en el camino, que sin duda Neóbula habría querido que Marco siguiera. ¿Pero era eso lo que el propio Marco deseaba? ¿Estaba dispuesto a pagar los sacrificios y renuncias que aquella senda le exigiría?

—Dentro o fuera. Elige. No te quedes ahí como una puta estatua.

Tito, el portero de la taberna, asomó la cabeza por el umbral de la

puerta.

Marco cerró los ojos con fuerza, seguidamente los volvió a abrir y entró.

La taberna de Quelidón tenía el mismo aspecto con independencia de la hora del día o la estación del año. La ausencia de ventanas hacía que el ambiente fuera muy semejante a mediodía y a medianoche: una penumbra rota por la iluminación de las lucernas y los candiles dispuestos en diversos puntos de la sala. La única diferencia la marcaba el gran hogar de piedra en el que, en invierno, ardía una gran hoguera y en verano se acumulaban el polvo y las telarañas. La taberna era un lugar oscuro, de sombras y luces cambiantes, donde los rostros se confundían, la memoria se desvanecía y los besos se repartían con tanta profusión como el vino barato.

Marco puso un pie en el umbral y respiró hondo. El olor a cerrado, a sudor de hombre y perfumes de mujer, a comida en un puchero y a vino derramado en el suelo, inundó sus fosas nasales. La taberna de Quelidón era un espacio mucho más limpio que otros tugurios en los que había bebido en ocasiones. Los esclavos lo mantenían en orden, con los suelos libres de desperdicios y las mesas despejadas. Sin embargo, décadas de uso continuado habían dejado en el local un olor inconfundible. Un olor de taberna, de prostíbulo barato. Olor de risas, conversaciones, abrazos y sexo pagado al contado. El olor que Marco asociaba con la paz y el hogar.

Aquella noche la taberna estaba especialmente llena. Grupos de hombres bebían vino, sentados en los bancos y taburetes, mientras charlaban, gritaban y lanzaban maldiciones. Algunos de ellos tenían esclavas sentadas sobre sus regazos, y de cuando en cuando dejaban de beber y hablar para besar y manosear a las jóvenes, y no tan jóvenes, siervas. Ellas fingían interés, simulaban rostros de placer y devolvían los besos con tanta pasión como su profesionalidad les exigía. Pero todos, tanto los clientes como ellas mismas, sabían que aquello era una ficción que solo se mantenía por un motivo: el intercambio de monedas que tendría lugar al final de la noche. Monedas de las que las chicas, esclavas, cautivas de guerra o hijas de esclavos, no verían el más mínimo beneficio.

Como cada noche en la que coincidía que tanto su bolsa como la taberna estaban llenas, Marco recurrió a la capacidad de persuasión de Tito para lograr una mesa en la que sentarse. Deslizó con discreción una moneda de bronce en la mano callosa del portero, y este asintió, sin llegar a mirar a Marco a la cara. Sabía lo que aquel gesto quería decir.

Tito tomó la porra de su sitio, junto al quicio de la puerta, y se dirigió al fondo de la taberna. Allí, en una mesa discreta, pequeña, situada junto a la puerta trasera del local, un hombre delgado, de pelo rubio, besaba con pasión a una esclava, mientras sus manos jugueteaban bajo su túnica. Tito golpeó en la mesa con suavidad con la porra, sin decir nada. La chica entendió al instante el mensaje del portero y susurró a su cliente algo al oído. Él no pareció muy convencido con la propuesta en un primer momento, pero al ver que Tito volvía a golpear con la porra en la mesa, con más fuerza en esta ocasión, hizo un gesto de fastidio y se levantó. La esclava le cogió de la mano y lo condujo hasta la puerta, cubierta con una cortina, que daba paso a las escaleras y al piso superior, donde se encontraban las habitaciones.

Tito no se molestó en hacer una señal a Marco, y él no la necesitó. Se dirigió a su mesa y tomó asiento en un taburete, con la espalda reclinada contra la pared. Había pasado toda la tarde y buena parte de la noche bebiendo, a la espera de que Caridemo, el demonio que fingía ser un atractivo joven, hiciera su aparición. Pese a ello, Marco pensó que una jarra más antes de marcharse a dormir no supondría ninguna diferencia. Además, algo tendría que beber para acompañar la cena. La pelea con aquel monstruo le había dejado exhausto y hambriento.

Una de las esclavas de la taberna le vio, con la mesa vacía ante él, sin compañía, y sonrió. Por un instante, la sonrisa de la esclava pareció sincera, como si realmente se alegrara de la llegada de aquel extraño personaje. De inmediato, se dirigió hasta donde se encontraba, esquivando las palmadas y los pellizcos de algunos clientes borrachos junto a los que pasó. Era una joven de cabello largo, negro y ondulado, con los ojos oscuros y unas pestañas largas y espesas. Llegó junto a la mesa de Marco y apoyó una mano en ella, entornando la cadera y esbozando una sonrisa, en esta ocasión más burlona y seductora que alegre.

—¿Buscas compañía? —dijo.

Marco alzó los ojos.

—Alda. —Los ojos de Marco se iluminaron. No, no buscaba compañía. No cualquier compañía, al menos. Pero sí la compañía de aquella joven hispana—. Han pasado varias semanas…

—He estado fuera. Ya sabes…

—Sí, el amo, el amo. El maldito y misterioso amo. La verdad es que yo tampoco he venido mucho por aquí últimamente.

—Lo sé. En la taberna de Quelidón lo sabemos todo. Incluso rumores

que llegan desde la otra punta de la ciudad. Supongo que has estado ocupado.

—Más de lo que me habría gustado… ¿Te quedas conmigo?

—¿No quieres algo de comer antes? ¿O una jarra de vino?

—Tú sí que sabes adivinar lo que mi corazón necesita —dijo Marco sonriendo.

Alda le devolvió la sonrisa y volvió a desaparecer entre la multitud. Marco la miró deslizarse entre la gente, con la habilidad de la esclava acostumbrada a esquivar con amabilidad, pero con firmeza, los requiebros y obscenidades de los clientes.

Alda, Alda, Alda. Ningún nombre había envenenado jamás la mente de Marco como el de la hispana. Desde que la había conocido, meses antes, Marco había sentido cómo la obsesión por ella se iba apoderando de su cabeza, de sus pensamientos. Se negaba a reconocer que estaba enamorado de ella. ¿Qué estúpido se enamoraba de una esclava ajena? Aquello solo ocurría en las comedias, para deleite y risas del público. Un hombre libre no se obsesionaba con una esclava, no se enamoraba de ella… Al menos aquello era lo que Marco había aprendido desde niño.

Sin embargo, por muchas veces que se repitiera a sí mismo que aquellos sentimientos no eran más que fruto de una locura pasajera, no podía sacar el nombre de Alda de sus pensamientos. Ni sus ojos, su pelo, el tacto de su piel, el timbre de su voz. ¿Sentía ella algo parecido? En alguna ocasión Marco había llegado a pensar que sí, que algunos de los besos que ella le había dado, en las noches que hablan pasado juntos, hablan sido verdaderos, no fruto de la obligación. Pero Alda jamás se había permitido confesarle sus sentimientos. Ella era cariñosa con él, sin duda, y, cuando podía, lo elegía entre los muchos clientes que demandaban sus servicios. Pero Marco no sabía si aquello iba más allá del mero sentido práctico que todo esclavo desarrollaba a lo largo de su vida. Al fin y al cabo, Marco era amable con ella, iba siempre aseado y, tenía que reconocerlo, era un hombre bastante atractivo. Tal vez Alda lo elegía simplemente porque estar con él le evitaba caer en manos de clientes mucho peores.

Se frotó las sienes con fuerza. Aquella noche necesitaba olvidarse de Crises, del demonio en el que se había convertido Caridemo y de la sensación de fracaso que le acompañaba desde semanas antes. Besos fingidos o reales, aquella noche necesitaba a Alda entre sus brazos. Ya habría tiempo de entregarse a cavilaciones más adelante.

Sentado en el taburete, Marco apenas podía ver lo que ocurría en la taberna. Había demasiados clientes a su alrededor, algunos de pie, otros sentados, creando un muro humano que le impedía saber qué estaba pasando en la puerta o junto a la barra.

Marco observó que la multitud se apartaba levemente y pensó que se trataba de Alda, que regresaba con el vino y la cena. Pero cuando finalmente la muchedumbre se separó, comprobó que no era la esclava quien se abría paso hasta él. Puso los ojos en blanco y suspiró.

—Saturnino…

El *nomenclator*, vestido de forma pulcra y cuidada, como era su costumbre, saludó a Marco con una sonrisa y tomó asiento frente a él.

—Cualquiera diría que no te alegras de verme —dijo.

Marco alzó las cejas y sonrió con sarcasmo, pero no respondió.

Meses antes, Saturnino había sido lo más parecido a un amigo que había en la vida de Marco. Era un tipo ingenioso, de conversación fluida y amena, respetuoso con la intimidad ajena y, ante todo, un gran compañero de borracheras. Sin embargo, desde que había entablado una relación amorosa con una rica viuda llamada Atia, aquellas virtudes de Saturnino parecían haberse evaporado. Su conversación se había convertido en un interminable monólogo acerca de las bondades de su nueva amante: sus riquezas, sus insaciables apetitos carnales, las fiestas que organizaba, los vínculos que tenía con senadores y caballeros… En más de una ocasión, Marco había tenido que escapar de la taberna y regresar a casa antes de lo que le habría gustado, solo por dejar de escuchar la descripción en detalle del último peinado de Atia realizado por un carísimo esclavo egipcio alquilado en exclusiva para ello.

Marco tenía que reconocer que Saturnino ya había resultado un tanto cargante y presuntuoso antes de conocer a Atia, pero en los últimos meses aquel carácter ligeramente soberbio se había convertido en algo completamente insoportable. Pese a que el matrimonio entre ambos no se había celebrado aún, y Marco dudaba que llegara a producirse, Saturnino ya se comportaba como, si en vez de ser el supuesto hijo bastardo nunca reconocido de un tribuno de la plebe, fuera el primogénito de los Metelos o los Claudios.

—Esta noche no estoy de humor para escuchar hablar de tus nuevos amigos… —dijo Marco.

—¿Mis nuevos amigos? Qué más me gustaría a mí que tener nuevos amigos… No te ofendas, Marco. Siempre tendrás un lugar en mi casa y mi corazón, pero… Bien, ya sabes lo que quiero decir. El caso es que

esas alimañas ricas han vuelto a jugármela. Quieren separarme de Atia a toda costa, y parece que esta vez lo van a conseguir.

—Y supongo que vas a contármelo todo…

Saturnino hizo caso omiso del sarcasmo de Marco y, tal y como este temía, se lo contó todo.

La relación con Atia había marchado muy bien hasta unos días atrás. Los amigos de la viuda, pertenecientes a familias senatoriales menores y de caballeros enriquecidos, habían intentado por todos los medios disuadirla de afianzar un compromiso con alguien como Saturnino. Sin embargo, a pesar de todos sus esfuerzos, la viuda parecía feliz con su nueva pareja, a la que había abierto de par en par las puertas de su *domus*, su despensa, su dormitorio, su bolsa y su corazón. Saturnino aguantaba con estoicismo las insinuaciones de los allegados Atia, sin entrar nunca en sus provocaciones y en sus insultos abiertos. Sabía que en un enfrentamiento con aquellas personas solo podría terminar en una derrota para él y en un distanciamiento respecto a Atia, de modo que se limitaba a encajar los comentarios con una sonrisa sarcástica y con algún comentario ingenioso. Hasta que había estallado la pelea por culpa del collar. El maldito collar.

—Ojos de Venus lo llaman. Ojos de Medusa debería llamarse, porque ha convertido en piedra todas mis posibilidades de ascender socialmente…

—¿Te has peleado con Atia por un collar? —preguntó Marco, más por compromiso que porque estuviera verdaderamente interesado.

—No es un collar. Es el collar. La joya de la que están hablando todas las mujeres en Roma desde hace semanas. ¿No has escuchado hablar del collar ojos de Venus?

Marco pensó que las mujeres con las que él se relacionaba tenían asuntos más importantes a los que atender que joyas y abalorios. Esclavas, mujeres de la Subura, taberneras, tenderas, prostitutas… Ninguna de ellas había escuchado hablar de un tipo de collar conocido como los ojos de Venus. O al menos no habían compartido con Marco sus opiniones al respecto.

—Todas las nobles romanas se matan por poseer un collar de ese tipo. Es una cadena de oro, formada por pequeños eslabones que cuelgan del cuello de forma holgada. En la parte que queda junto al pecho lleva dos zafiros de un color azul muy intenso… Por eso se llama los ojos de Venus. Dicen que llevarlo es como lucir junto al pecho los ojos de la diosa del amor. ¡Maldita Venus y maldita sea su estirpe!

—¿No puede Atia comprarse ella misma el dichoso collar? —preguntó Marco, cada vez más irritado al comprobar que la causa de los problemas que atormentaban a Saturnino no era más que el tonto capricho de una viuda rica. Cualquier persona de cuantas bebían en la taberna en aquellos momentos tenía preocupaciones mucho más importantes que aquella estupidez, que atormentaba a su amigo y lo tenía al borde las lágrimas.

—No, no puede. Ni ella ni nadie. Ese collar solo lo fabrica un orfebre en toda Roma. Un sirio que tiene un pequeño taller cerca del Foro. El jodido usurero se niega a compartir con nadie el secreto de la fabricación del collar y, por mucho que otros han intentado imitarlo, parece que nada más consiguen crear algo semejante a una correa de perro con dos piedras azules colgando de ella. ¡Los ojos de Venus auténticos son los que salen de las manos de ese tipo! Y Atia no se conforma con otra cosa… Pero el orfebre tiene tantos encargos ya, que los últimos que le han hecho un pedido no lo esperan antes del próximo verano. Imagínate, Marco, ¡el próximo verano!

—¿Y qué tienes tú que ver con ese collar, por Mercurio? Estás consiguiendo que se me quiten las ganas de beber…

—Resulta que el maldito collar no es únicamente una joya. Hay toda una leyenda a su alrededor. Dicen que los ojos de Venus es la máxima prueba de amor que puede regalarse, y que la mujer que lo recibe de su amante es bendecida por la diosa de por vida. ¡Pero esto no se cumple si se lo compran ellas mismas! No sé quién se habrá inventado esa historia, pero créeme que me encantaría verle colgado por las pelotas desde lo alto de la Roca Tarpeya.

—Supongo que sabes que es solo una leyenda…

Marco miró a su amigo con escepticismo. ¿Sería tan tonto de haberse creído una historia inventada con un propósito tan evidente de hacer popular una joya y vendérsela a las crédulas matronas ricas? Pensó que si, al fin y al cabo, Lucio había pensado que había sido el filtro de amor preparado por Marco meses antes, lo que había hecho que Atia cayera rendida a sus pies, bien podía creer también en aquella historia del collar.

—¡Por Júpiter que lo sé! ¿Quién se traga estas estupideces hoy en día?

Marco alzó las cejas y miró a su compañero con sarcasmo. Saturnino no captó el gesto.

—Sin duda es una historia inventada por el propio orfebre sirio para

asegurarse las ventas. Esos artesanos orientales saben cómo vender sus productos, claro que sí. Y en este caso ha funcionado; por Plutón que lo ha hecho. La mayoría de las amigas de Atia ya tienen el collar. Y, las que no, lo tendrán en los próximos días, meses a lo sumo. Sus esposos o sus amantes corrieron a encargar uno en cuanto sus mujeres fruncieron un poco el ceño. Pero yo pensé que la moda pasaría… y esperé. Tampoco es que ande precisamente sobrado de dinero…

—Y ahora tu viuda está enfadada porque no le has demostrado tu amor incondicional del mismo modo en el que lo han hecho los maridos de sus amigas.

—Entiéndelo. Todas esas esposas de senadores y caballeros luciendo los ojos de Venus en las fiestas y banquetes, y mi Atia con sus vulgares collares. Todo porque yo no estuve atento a sus deseos…

—Y todo tu plan de convertirte en un acaudalado caballero y dar el salto a la política puede irse por la Cloaca Máxima como una mierda de la letrina.

—Así es… Estoy desesperado, Marco. El sirio no acepta más encargos. No importa que tenga o no el dinero con que pagarle. ¡Hasta le he ofrecido el doble de la cantidad que pide! Pero nada ablanda su corazón de mercader. ¡Ojalá los censores los expulsaran a todos de Roma y los hicieran volver corriendo a sus desiertos!

Marco dio una palmada en la mesa.

—Estimado Saturnino, ¿quieres saber mi opinión? ¿Quieres el consejo de un amigo que está cansado de oírte lloriquear?

Los ojos de Lucio Apuleyo ¿Saturnino? brillaron, en la creencia de que Marco se disponía a ofrecerle una solución a sus problemas. Marco Lemurio, el mismo que había logrado torcer la voluntad de los dioses gracias a sus pociones de amor, acudiría en su ayuda en aquel duro trance.

—Olvídate del collar. Olvídate de esa viuda. Mira a tu alrededor. Este es tu mundo. Vino barato, putas, risas, calles llenas de mierda. Asume lo que eres y disfruta de lo que los dioses te han puesto delante, que no es poco.

Saturnino resopló.

—Ese consejo vale menos que el pedo de un esclavo moribundo.

—Pues es todo lo que tengo para ti esta noche. Ahora, si me disculpas… Espero compañía.

Saturnino volvió a resoplar. Estaba a punto de responder algo, cuando unos gritos en el otro extremo del local llamaron la atención de

los dos amigos. El tono de las conversaciones de los presentes fue bajando a medida que los gritos de la puerta iban subiendo de intensidad. Todos se giraron hacia el lugar de donde procedía el escándalo. Las esclavas dejaron de moverse entre las mesas y los hombres cesaron en sus abrazos, cánticos y discusiones.

Saturnino, curioso impenitente, se puso en pie sobre el taburete en el que estaba sentado para ver por encima de las cabezas de la multitud.

—Por Júpiter —dijo—. Va a haber problemas.

Justo lo que necesitaba hoy, pensó Marco, pero no pudo evitar imitar a su compañero y subirse él mismo a su propia banqueta. Por encima de los cuerpos de los hombres y mujeres que atestaban la taberna aquella noche, Marco y Saturnino vieron con dificultad lo que estaba ocurriendo en la entrada del local. Tres jóvenes zarandeaban a un hombre entre risas y amenazas. Uno de ellos, observó Marco, era apenas un adolescente, mientras los otros dos ya habían superado la veintena. Por el aspecto de sus ropas dedujo que se trataba de chicos de buena familia, caballeros, al menos, tal vez incluso hijos de senadores. El hombre al que golpeaban como si se tratara de un pelele de paja intentaba defenderse. Lanzaba patadas y puñetazos al aire, pero estaba demasiado borracho para acertar en alguno de sus intentos. Los tres jóvenes lo zarandeaban y se burlaban de él. Uno de ellos, el que estaba aún en plena adolescencia, cogió una jarra de vino de una mesa y la derramó sobre la cabeza de la desdichada víctima, que maldecía e invocaba a las divinidades infernales con una voz pastosa en la que apenas se podía adivinar alguna palabra coherente. Ninguno de los presentes en la taberna hizo movimiento alguno. Incluso Tito, el portero, se limitaba a observar la escena desde su rincón junto a la puerta, con el ceño fruncido como única señal de desaprobación.

—Niños ricos —dijo Saturnino en voz baja—. Mal asunto. Vienen a la Subura a emborracharse y a reírse de las putas y sus clientes. ¿Qué se les habrá perdido aquí? Nunca suelen adentrarse tanto en el barrio…

—¿Los conoces? —preguntó Marco.

—A dos de ellos, sí. El más alto es Cayo Escribonio Curión. Su padre fue cónsul hace siete años. Buena familia, partidarios de Sila. El padre hizo carrera en Oriente bajo su mando, y el dictador lo cubrió de honores cuando regresaron.

Marco observó al tal Curión, sin poder evitar que la impotencia y la ira le generaran un nudo en el estómago. Un joven noble de veinte años, hijo de un cónsul, atormentando a un pobre borracho en una

taberna de la Subura. Sabiéndose impune e intocable por la muchedumbre que le miraba entre aterrorizada y fascinada.

—El más joven es Marco Antonio. Famoso por los escándalos que organiza allá donde va. Su padre fue enviado por Sila a eliminar la piratería en las islas griegas… Según cuentan, lo que hizo fue convertirse él en el peor pirata de todos. Saqueó ciudades y templos, y ofendió a cuantos pueblos aliados entraron en contacto con él. Murió algo después en la propia Creta, dejando tres hijos… Su viuda, la madre de este muchacho, es una Julia, que no tardó en casarse con…

—Me hago una idea. No hace falta que te remontes a los tiempos del rey Numa. Otro jodido niño rico.

El joven Antonio era el que parecía disfrutar más con la tortura infligida al pobre borracho. Se reía como un auténtico maníaco cada vez que el pelele caía al suelo o intentaba de forma infructuosa golpearlo a él o a sus compañeros. Su risa, sin embargo, no tenía ningún rastro de alegría. Era una risa cruel, nacida del sufrimiento ajeno.

—El tercero no sé quién es —reconoció Saturnino—. Por su pelo rubio podría ser un Cornelio… Aunque es demasiado alto. No creo que sea de familia senatorial. Si fuera así lo conocería. Tal vez se trate de un Julio y por eso anda por ahí con Marco Antonio… Esos Julios son muy estirados, pero se cuentan de ellos todo tipo de…

Marco dejó de escuchar. Si a Saturnino se le daba la ocasión, podía estar desde el alba hasta el ocaso desgranando el linaje y las conexiones familiares y clientelares de cualquier senador, desde los poderosos Metelos hasta el más insignificante cuestor cuyo abuelo había limpiado las cuadras de Catón. Por norma habitual, Marco, a quien los linajes y las relaciones de los nobles le importaban poco o nada, le dejaba hablar y se limitaba a desconectar de la conversación y pensar en otra cosa.

El borracho zarandeado por los chicos nobles cayó al suelo por última vez, rota ya su resistencia y quebradas su dignidad y sus ganas de luchar. El hombre se quedó en el suelo, llorando, impotente y derrotado.

—Creo que si me los encontrara muertos de sed en un camino no me molestaría ni en echarles una meada en un vaso. Ojalá alguien les diera su merecido —dijo Marco. Como siempre que se enfurecía, la lágrima de Perséfone comenzó a calentarse en su pecho. Marco ignoró la señal de la piedra. Ya tenía bastantes problemas en su vida como para enredarse en una pelea contra tres hijos de senadores. Levantar la mano contra aquellos jóvenes suponía una condena a muerte para cualquier

miembro de la plebe que osara hacerlo. Aquella era una realidad que los romanos aprendían desde niños. Los nobles estaban más allá del alcance de cualquiera de ellos. Eran los amos de Roma y se comportaban como tales.

—Por cosas como esta se creó el tribunado de la plebe en los primeros tiempos de la República —comentó Saturnino, que seguía perdido en sus cavilaciones históricas—. Pero ahora… los tribunos de la plebe son marionetas en manos del Senado. Ah, si mi padre viviera y viera estos abusos, con ese Saturnino vivo no os habríais atrevido…

—Tranquilo, Tiberio Graco —dijo Marco con sorna—. Supongo que Tito pondrá fin a esto en cualquier momento.

Pero el portero no hizo nada. Tenía la boca cerrada en un rictus de rabia e impotencia. Hasta él, que representaba la autoridad más implacable en la taberna de Quelidón, se quedaba inerme ante los abusos de aquel grupo de aristócratas.

Uno de los jóvenes, aquel al que Lucio no había sido capaz de identificar, agarró al hombre, que aún lloraba en el suelo, y lo alzó por el cuello de la túnica. Era un chico grande y fornido, y no le costó demasiado esfuerzo levantar a una sollozante víctima que era apenas un saco de huesos y piel. Con desprecio, lo arrojó al exterior de la taberna, para regocijo y risas de sus acompañantes.

—Ahora huele un poco mejor aquí dentro —comentó, y sus amigos rieron de nuevo. El que Saturnino había identificado como Curión hizo una señal hacia una de las mesas, y sus ocupantes se apresuraron a despejarla. Nadie se atrevió a protestar.

—Que no se diga que Curión no es generoso. ¡Una ronda para todos los buenos ciudadanos! ¡Corre de mi cuenta!

Al instante, el humor y los rostros de los presentes mudaron por completo. La multitud estalló en aplausos y vítores. Poco importaba ya la paliza y la humillación que aquellos chicos habían infligido a un cliente habitual de la taberna hacía solo unos instantes. Los estómagos agradecidos de la plebe romana tenían una memoria muy corta, pensó Marco. Vio al tal Curión arrojando una bolsa llena de monedas a una de las esclavas. Tito hizo una señal a la chica para que llevara el dinero a un lugar seguro y atendiera de inmediato a los clientes que con tanta generosidad estaban pagando. El ambiente en la taberna cambió por completo. De la tensión se pasó en apenas unos instantes a la alegría y el desenfado. El vino comenzó a correr y los recelos y enfados se evaporaron junto con la sed.

Una esclava se acercó a Marco y Lucio con una jarra de vino con la que se dispuso a llenar dos vasos. Lucio lo aceptó con una sonrisa. Marco puso la mano sobre su propio vaso para impedir que la chica escanciara el contenido de la jarra.

—Mis resacas las pago yo —dijo.

La esclava se encogió de hombros y siguió repartiendo el vino que los jóvenes nobles habían pagado.

—Es la primera vez que te veo rechazar una invitación —dijo Lucio.

—Prefiero beber vinagre a aceptar un vaso de vino de esos tres.

—Eres pobre como una rata y orgulloso como una vestal. Mala combinación.

Lucio apuró el vino de un trago y se cambió de sitio a una mesa cercana en busca de alguien con quien seguir compartiendo sus penas. Marco suspiró.

—¿Dónde se había metido Alda, por los dioses?

Esperó un rato, jugando con el vaso vacío en sus manos. Alda no aparecía. Mientras tanto, el vino seguía fluyendo y los hombres estaban cada vez más borrachos. Marco observaba con disimulo la mesa en la que estaban los tres jóvenes ricos. Curión tenía a dos esclavas sentadas sobre sus piernas. Ellas se dejaban tocar y reían ante los intentos que el noble hacía de bajarles las túnicas. Sus dos acompañantes bebían un vaso de vino tras otro. Marco se preguntaba cómo debía de ser la vida de alguien que nacía con la certeza de tener todos los caprichos del mundo conocido a su alcance.

Fue en ese momento cuando Alda hizo su aparición. Llevaba en una mano una jarra de loza, y en la otra dos vasos del mismo material. Miró hacia Marco y sonrió. Él le devolvió la sonrisa. Había sido un día digno de ser olvidado. Su fracaso dando caza al demonio, su amarga pelea con Crises… Pero si la jornada finalizaba en los brazos de aquella hispana, el balance tal vez no sería negativo después de todo.

La noche, sin embargo, no terminó como Marco deseaba.

Alda pasó junto a la mesa en la que los tres nobles bebían y reían. Su rostro, su larga melena y su figura no pasaron desapercibidos para uno de ellos. El más joven, el que Saturnino había identificado como Marco Antonio, extendió el brazo y la agarró por la cintura, obligando a la esclava a sentarse en sus piernas. Alda, con la jarra de vino y los vasos aún en las manos, no pudo hacer nada para impedirlo.

—Tú te quedas conmigo. Puede que toda la noche —dijo el joven Antonio. Sus dos compañeros y las esclavas que estaban con ellos rieron

a coro.

Marco se puso en pie y arrojó al suelo el vaso, que se rompió en una multitud de fragmentos. Saturnino, que observó todo desde una mesa cercana, reaccionó de inmediato. Dejó su propio vaso y se levantó para interponerse entre Marco y la mesa donde estaban los nobles.

—¿Estás loco? ¿Quieres morir esta noche?

—Déjame, Lucio.

Pero su amigo no le hizo caso. Sabía muy bien qué ocurría cuando un miembro de la plebe osaba levantar su mano contra un noble.

Curión observó lo que sucedía por el rabillo del ojo y sonrió con sarcasmo. Susurró algo a una de las esclavas que había sentadas en sus rodillas y señaló hacia donde se encontraba Marco. La chica respondió con una carcajada. Unos instantes después, todo el grupo miraba hacia Marco y Lucio. Curión y el chico fornido sonreían. Antonio no. El joven noble se tomó la actitud de Marco como un desafío. Algo a lo que no estaba acostumbrado. Intentó levantar a Alda para ponerse en pie él mismo, pero la hispana se lo impidió.

—¿Ya quieres que me marche? —dijo, y besó con suavidad el labio inferior de Antonio. Este, apenas un adolescente, le devolvió el beso a la hispana sin dejar de mirar hacia Marco, que permanecía en pie, con el rostro demudado por la furia.

—¿Conoces a ese tipo? —preguntó.

—Sí, es un cliente habitual —respondió ella, en voz tan alta como pudo. A pesar del griterío que reinaba en la taberna, Marco pudo escuchar a la perfección la voz de Alda—. Lleva un tiempo encaprichado conmigo. No es más que un pobre borracho que malvive de lo que estafa a los incautos… Olvídate de él. No merece la pena.

—¿Cómo se llama? —preguntó Antonio, ya más calmado por efecto de los besos, las caricias y las palabras de Alda. Ella, en lugar de responder, cogió la mano del joven y la llevó hasta uno de sus pechos, sin dejar de sonreír.

—Marco Lemurio —dijo una de las esclavas sobre las rodillas de Curión, y se echó a reír.

Antonio asintió… y dejó de mirar hacia Marco para centrar toda su atención en la boca y el cuerpo de Alda.

Lemurio abrió la boca para decir algo, pero Saturnino le obligó a darse la vuelta y dar la espalda a la escena.

—Sé que te gusta esa esclava, y no te lo reprocho. La verdad es que es una auténtica… Lo que quiero decir es que es solo una esclava.

¿Merece la pena hacerse matar por ella? ¿Qué eres, un personaje de comedia?

—¿Y me lo dices tú, que estás jugando a ser el parásito de una rica viuda?

—Eso está mejor. Insúltame a mí todo lo que quieras. Y ahora vámonos. Por la puerta trasera, no quiero que pasemos junto a ellos.

—Nos echan de nuestra propia taberna —murmuró Marco, todavía enfadado.

—Mañana será otro día, el vino será igual de malo y las putas igual de traicioneras. Mejor tirar el escudo y comprar mañana otro.

—¿Qué dices de un escudo, por Mercurio?

—Cosas mías —dijo Lucio, mientras empujaba a su amigo hacia la estrecha puerta que daba a la leñera—. Ahora vámonos.

La noche de septiembre les recibió con un abrazo fresco que ya contenía algo de los aires de otoño. Marco fue hasta el muro del callejón y golpeó los adoquines con furia hasta que los nudillos le sangraron.

—La pared no tiene la culpa, Marco. Y tu mano tampoco. Las cosas siempre han sido así. No vale la pena amargarse por ello. Ocúpate de llenar tu bolsa y esa hispana volverá a ser tuya, tantas noches como puedas pagarla. A ella le da igual que seas hijo de un senador o de un tintorero con las manos manchadas de orina. Lo único que importa ahí dentro es el color de tus monedas.

—No lo entiendes, Lucio.

—¿No lo entiendo? ¡Por los dioses que lo entiendo! Desde que tengo uso de razón. ¿Por qué te crees que llevo toda la vida luchando? Para poder mirar a esos hijos de Plutón a la cara sin que me escupan como única respuesta. Mi padre, Lucio Apuleyo Saturnino, era uno de ellos; fue tribuno de la plebe, aliado de Cayo Mario y…

—¡Nadie piensa que seas hijo de Saturnino! —gritó Marco, dándose la vuelta.

Lucio retrocedió como si le hubieran golpeado en el rostro.

—Eres una rata de la Subura. Como yo —continuó Marco, en voz más baja—. Esos nobles nunca te considerarán uno de los suyos. Aunque te cases con esa Atia, te vistas como ellos o hables griego como el jodido Platón, nada de eso importa.

—¿Tú tampoco lo crees? ¿Tampoco piensas que sea hijo de Saturnino? —preguntó Lucio, como si aquella afirmación fuera lo único que le hubiera importado de las palabras de Marco.

Lemurio no respondió. Tenía dos opciones: decir lo que realmente pensaba a aquel hombre, que era lo más parecido a un amigo que había en su vida, o mentirle una vez más. No fue capaz de decidirse por ninguna de ellas, y optó por guardar silencio. Bajó la mirada hacia el suelo. A medida que la ira se evaporaba, su lugar era ocupado por el remordimiento. No tenía que haber pagado su rabia contra Saturnino.

Cuando Marco alzó de nuevo la mirada, estaba solo en el callejón. Lucio se había marchado. Lemurio resopló. Lo peor de todo era que Saturnino tenía razón. Alda era una esclava que se debía a las órdenes que le diera su amo. Trabajaba en una taberna y su función era la de arrastrar al mayor número de clientes escaleras arriba para que bajaran con la bolsa vacía y el corazón satisfecho, dispuestos a regresar al día siguiente. La bolsa de ese Marco Antonio estaba mucho más llena aquella noche de lo que estaría la de Marco Lemurio en toda su vida. Alda se había limitado a elegir al cliente más prometedor. Había cumplido su papel en aquella tragedia que era la vida. Era él, Marco, quien había olvidado cuál era su sitio. Pateó una piedra, que fue a estrellarse contra el muro, y echó a andar.

Salió del callejón y pasó de nuevo frente a la puerta de la taberna de Quelidón. Del interior llegaban los gritos y risas de clientes y esclavos, animados por la generosidad de Curión y sus amigos. Marco hizo grandes esfuerzos para no echar una mirada al interior, pero aquellas risas se le clavaron en el corazón como puñales. Casi pudo escuchar a Alda diciendo de nuevo que Marco no era más que un pobre borracho que se había encaprichado con ella. Frunció el ceño. ¿Acaso había mentido? ¿Qué era él más que un patético borrachín incapaz de hacer nada con su propia vida más que huir de todo y de todos?

—Eh, Lemurio —dijo una voz a sus espaldas.

Por un instante, Marco temió que Antonio hubiera mandado a algún sicario tras él para darle su merecido. Se llevó la mano a la daga y se dio la vuelta.

No había nadie en el callejón, con excepción de Tito, el portero, apoyado en el quicio de la puerta con su enorme porra balanceándose de una mano a otra.

—Mañana te pagaré lo que te debo —dijo, y se dio la vuelta, deseoso de alejarse de aquel lugar.

—Claro que pagarás. Siempre lo haces. No es eso lo que quiero decirte —continuó Tito.

Marco volvió a girarse. Que él recordara, nunca antes había

escuchado hablar tanto al, por lo habitual, discreto portero.

—Esa esclava, la hispana, te ha salvado la vida esta noche. Piensa en ello y no te hagas mala sangre, Lemurio. Te ha salvado la vida —repitió.

Marco cerró los ojos y asintió. No dijo nada. Se echó la capucha sobre la cabeza y se perdió en la noche de Roma.

III

La Isla Tiberina

MARCO recorrió las calles de la Subura cabizbajo, con el rostro oculto bajo la capucha. En su interior sentía una mezcla de rabia, remordimiento y agotamiento, que le hacía maldecir en voz baja contra los dioses y los hombres. Casi deseaba que algún ratero se cruzara en su camino e intentara robarle. O algún sicario. O un demonio. Cualquier cosa en la que pudiera desahogar su rabia a golpes o magia.

Las palabras de Alda resonaban en su mente. Solo un borracho. No merece la pena. Y Tito, el portero, haciéndole ver la situación de otra manera. Alda le había salvado la vida. ¿Era así como había sucedido? ¿Se había dejado caer en los brazos de ese Antonio para evitar que el joven desatara contra él su furia? Marco suspiró. Una parte de su ser le decía que aquella versión tenía mucha lógica. Pero otra, su parte más irracional, le gritaba que era un estúpido si creía algo así. Alda sencillamente había elegido a otro aquella noche. Otro mejor que él.

Ni la hispana, ni Tito, ni ninguno de los parroquianos que saciaban su sed en la taberna de Quelidón podían sospechar que no era a Marco Lemurio a quien habían salvado la vida aquella noche. De haber llegado a enfrentarse a aquel cachorro del Senado… Marco sabía que no habría podido controlarse. Sus poderes se habrían desatado, y las consecuencias habrían sido desastrosas para lodos, incluido él mismo. Pero una cosa estaba clara: a aquellas horas Marco Antonio no estaría disfrutando de los besos de Alda, sino del aliento y las babas de Cerbero, el perro guardián del reino de los muertos.

Marco fantaseó durante el resto del trayecto con las mil y una formas en las que habría acabado con la vida de Curión y su grupo. Se imaginó invocando demonios, congelando su sangre, convirtiendo sus

narices en nabos… Cosas que sabía que podía hacer y poderes con los que solo podía soñar poblaron sus fantasías de venganza. Aquellas imágenes tranquilizaron su alma, de modo que cuando llegó a su propio callejón, el rictus de ira ya había desaparecido de su rostro y dado paso a una sonrisa de satisfacción.

Su estómago rugía de hambre. Confiaba en que Céfiro hubiera cumplido con sus obligaciones y comprado algo para la cena, aunque ya estuviera fría. De lo contrario, se metería en la cama con el estómago vacío. No se sentía con ganas de echarse de nuevo a las calles en busca de algún establecimiento de comidas o de otra taberna.

Cuando entró en el portal de su *ínsula* el hambre se le quitó de golpe.

—Por Júpiter… —murmuró, quitándose la capucha de la cabeza.

Sentado en el primer tramo de las escaleras, con la espalda muy recta, las manos sobre las rodillas y los ojos cerrados, estaba Crises. El anciano abrió los ojos al escuchar a Marco.

—Hijo de Neóbula —dijo—. No te esperaba antes del amanecer. ¿Se les ha acabado el vino en todas las tabernas de Roma? ¿O ha convencido alguna Lisístrata a las putas para que se declaren en huelga?

—Creí haberte dicho que…

—Que no te interesaba nada de lo que yo pudiera enseñarte. Unas palabras duras, que sospecho que tal vez no sean del todo ciertas.

—Te lo repito. No quiero saber nada más de ti. No más golpes, no más enigmas. Mi vida ya es lo bastante complicada sin tu presencia…

¿Pero era así? ¿Realmente Marco quería que aquel hombre, el único que parecía tener respuestas acerca del pasado de su madre, desapareciera de su vida? ¿Realmente no deseaba alcanzar el poder que Crises le prometía?

Crises se puso en pie. Marco apenas podía verle, ya que la luz de la luna no llegaba a iluminar los escalones.

—Entiendo tu enfado. Reconozco que no te he puesto las cosas fáciles. No lo he hecho como debería. Yo… —El anciano pareció dudar. Por un momento, incluso en medio de la oscuridad, Marco pudo ver una sombra de humanidad bajo la fachada pétrea de indiferencia y distante frialdad que aquel misterioso personaje había demostrado siempre hacia él—. Tu madre te crio como a un romano. No pudo, no supo, o no quiso enseñarte a ver el mundo como lo hacemos nosotros. Quiso protegerte, y para ello te ocultó la verdad. Tu verdad, hijo de Neóbula.

—Tú tampoco me has revelado nada acerca de esa verdad —dijo

Marco, dando un paso al frente.

—No es tan sencillo. No puedo darte un poder que no sabrías utilizar. Te destruirías a ti mismo, y posiblemente harías un daño irreparable a todo lo que te rodea.

—Mi madre…

—¡Tu madre huyó con un romano! —Crises alzó la voz. Por un instante pareció a punto de perder el control de sus emociones. Sin embargo, de inmediato recobró la compostura—. Tu madre escapó a su propio destino, a todo aquello para lo que había sido preparada desde el día de su nacimiento. Neóbula trajo un niño a este mundo de forma irresponsable… y no supo asumir las consecuencias que ello conllevaba.

—¿Qué consecuencias? ¿Para qué había sido preparada mi madre? ¡Déjate de enigmas! —gritó Marco, descontrolado. Toda la furia y la frustración de aquella noche se desataban en aquel momento. No le importaba que los vecinos le escucharan, que descubrieran una parte de sus secretos más íntimos.

—Te lo contaré todo. A su debido momento. Pero ahora…

—¿Qué? ¿Iremos al Campo de Marte a seguir jugando a los gladiadores una noche más? Ya te he dicho que no voy a volver a…

—Volveremos al Campo de Marte. Pero no esta noche. Antes te mostraré un ejemplo de lo que podrías llegar a ser, de lo que podrías llegar a conseguir si asumes tu destino. Si decides aceptar tu herencia. Si aprendes a ser quien naciste para ser. Te he pedido que creas sin ver. Ahora te dejaré que veas para que empieces a creer.

Marco se volvió y golpeó el muro con su ya maltrecha mano. Más enigmas. Más oscuridad.

—Acompáñame esta noche. Quiero mostrarte algo. Después, podrás elegir. Si decides que no te interesa nada de lo que tengo que enseñarte, lo asumiré. Si, por el contrario, tomas la decisión de seguir por el camino que te ha sido marcado, responderé a algunas de tus preguntas y seguiré acompañándote durante un tiempo.

Marco apoyó la otra mano en el muro.

—Solo esta noche. Y nada de golpes.

Crises asintió. En su rostro se dibujó algo parecido a una leve sonrisa.

El anciano no había mentido al decir que no irían al Campo de Marte. Sin embargo, Marco no se libró de una caminata. Salieron de la Subura, cruzaron el Foro y continuaron su camino en dirección al río. En el trayecto no intercambiaron una sola palabra. Crises caminó

sumido en el mutismo más absoluto; Marco, a su vez, iba dando vueltas al enjambre de pensamientos en los que se mezclaban la actitud de Alda, el remordimiento por haber insultado a Saturnino y el temor a estar perdiendo el tiempo al dar otra oportunidad a las locuras de aquel anciano. Finalmente, llegaron a la orilla del Tíber y Marco se decidió a hablar.

—¿Vamos a cruzar al otro lado? —preguntó.

—No exactamente —respondió Crises. Y siguió andando.

Ambos cruzaron el viejo puente de madera que unía el corazón de la ciudad de Roma con la llamada Isla Tiberina. Aquel pequeño islote, acerca de cuya formación se contaban todo tipo de leyendas, estaba ocupado por varios templos y capillas, el más importante de los cuales era el de Esculapio, el dios de la medicina. No había en la isla casas ni comercios, ya que, a pesar de que la presencia de los templos le daba un aire sagrado al lugar, persistía entre los romanos la vieja leyenda de que aquella tierra emergida entre dos brazos del río Tíber continuaba presa de una vieja maldición que se remontaba a tiempos de los reyes. Como consecuencia de ello, la isla se quedaba prácticamente vacía durante la noche, ya que solo los sacerdotes que atendían al culto de los templos vivían en ella de manera continua.

Marco sintió la madera del puente crujir bajo sus pies, y se preguntó cómo aquella estructura, el único camino que unía la Isla Tiberina con el resto de Roma, había permanecido en pie durante tantos siglos como se le achacaban. En comparación con los puentes Emilio y Sublicio, que cruzaban el Tíber más al sur con sus arcos de sólida piedra, el puente de la Isla Tiberina no era más que una triste y endeble pasarela.

—¿Vamos a hacer una ofrenda a Esculapio y a rogar por tu salud, anciano? —preguntó de forma burlona.

Crises no respondió. Se limitó a continuar caminando, más allá del puente, y a dirigirse al extremo sur de la isla. Aquel lugar era una explanada de tierra en la que se celebraban algunas ceremonias relacionadas con el dios de la salud, cuyo cercano templo presidía la escena. La vegetación propia de la orilla del río había invadido parte del espacio, creando un pequeño vergel de juncos y malezas que se inundaba cada vez que el Tíber bajaba más crecido de lo habitual.

—Hemos llegado.

Crises se detuvo y Marco le imitó.

—¿Quién eres? —preguntó el anciano, mientras miraba hacia el río, sin volverse hacia Marco.

Lemurio respondió con un resoplido.

—¿Más juegos de palabras? Tengo los pies en carne viva de tanto paseo y no…

—No sabes quién eres —Crises ignoró las protestas de Marco—. Este es tu principal problema. El árbol sin raíces crece raquítico, con un tronco endeble, y acaba cayendo en cuanto el viento sopla con algo de fuerza. Tú no conoces tus raíces. Y eso tiene que cambiar. Hoy voy a mostrarte de lo que podrías llegar a ser capaz si aceptaras escuchar al corazón que late en tu pecho. Hijo de Neóbula, tienes una lengua de romano. Pero en ti late un corazón que no pertenece a esta tierra. Observa.

Crises alzó los brazos hacia el cielo nocturno, y las holgadas mangas de su túnica cayeron sobre sus hombros. Comenzó a recitar una salmodia que a Marco le resultó totalmente desconocida. El romano dio un paso atrás. Sentía el suficiente respeto por las habilidades de Crises como para temer lo que podía ocurrir a continuación.

Sin embargo, cuando el anciano mago calló no ocurrió nada. A su alrededor solo se escuchaba el rumor de la corriente del río acompañado por el canto de algún ave nocturna que anidaba entre los juncos. Marco esperó. Sabía que el efecto de algunos hechizos no era instantáneo.

En un instante, el rumor del río comenzó a aumentar de tono. Algo sucedía en las aguas. Lo que había sido un suave y constante sonido de agua corriendo entre las rocas se convirtió en el atronador rugido de una corriente desbocada. Frente a ellos, justo delante del extremo sur de la isla, se alzó una enorme columna de agua. Crises mantenía los brazos en alto, con los puños cerrados, como si de alguna manera fuera él quien sostuviera aquella masa acuática con sus manos.

Marco retrocedió otro paso. La columna de agua fue cobrando forma ante él. A pesar de conservar su composición líquida, de alguna manera el enorme chorro comenzó a adoptar una forma concreta en su parte superior. Lo primero que Marco observó fueron dos ojos que se abrieron como cuencas líquidas. Dos fosas nasales estrechas. Y, finalmente, unas enormes fauces que se abrieron y dejaron ver dos hileras de dientes afilados.

Crises había conjurado una colosal serpiente de agua que se elevaba sobre el lecho del río como una *ínsula* de tamaño mediano, desafiando todas las leyes naturales. Marco casi podía escuchar los siseos del animal cuando este abrió la boca y mostró su lengua bífida.

—Imagina ser capaz de conjurar algo así cuando te veas amenazado por tus enemigos —dijo Crises, en un tono de voz que dejaba claro el enorme esfuerzo que el anciano estaba haciendo para mantener aquel hechizo activo al tiempo que pronunciaba aquellas palabras—. Imagina tener el poder de hacer lo mismo, pero con el fuego o con la roca. Crear criaturas tan aterradoras que harían enloquecer al espíritu más sereno. Tener esos monstruos bajo tu control, doblegar su voluntad.

Marco escuchaba las palabras de Crises sin apartar la vista de la monstruosa criatura. La serpiente se balanceaba a un lado y a otro como lo haría un ofidio real. Abría y cerraba la boca en un gesto amenazante, como si estuviera a punto de lanzarse sobre una víctima.

—¿Imaginas poseer este poder? ¿Tener esta capacidad en tus manos?

Lemurio asintió, todavía fascinado por aquella enorme aparición, Él mismo había sido capaz, gracias al entrenamiento de su madre, de conjurar pequeñas ilusiones y juegos de luces. Pero algo así, invocar a una criatura de aquel tamaño y realismo, era algo que estaba totalmente fuera de su alcance.

—¿Es esto lo que deseas? ¿Quieres que te entregue los secretos para alcanzar este poder?

La voz de Crises comenzaba a quebrarse a medida que el agotamiento hacía presa de él.

Marco pensó en Marco Antonio y sus amigos, burlándose de él, humillándolo. Pensó en Crisógono y los asesinos de su madre y en todos los malos encuentros que había tenido en las calles de Roma a lo largo de su vida. Qué diferente habría sido todo de haber tenido él el poder de conjurar y controlar criaturas como aquella colosal serpiente de agua.

—¡Sí! —gritó Marco, haciendo que su voz se impusiera sobre el rugido de las aguas—. ¡Deseo este poder!

Crises movió entonces los brazos y, al hacerlo, la serpiente se lanzó hacia atrás con las fauces abiertas sobre la isla, en el punto exacto en el que se encontraba Marco. Este no pudo evitar dar un grito de terror al ver que el animal caía sobre él dispuesto a engullirlo. Se agachó para tratar de protegerse y se cubrió la cabeza con los brazos.

Sin embargo, cuando esperaba recibir una furiosa dentellada capaz de partir su cuerpo en dos, únicamente sintió que una columna de agua caía sobre él, empapándolo y dejándolo helado.

El silencio volvió a apoderarse del lugar. Marco abrió los ojos y se

limpió la cara con el dorso de la mano. El pelo le caía sobre la frente en húmedos mechones. La túnica se le pegaba al cuerpo.

—Es lo que suponía. Deseas el poder, sí… para usarlo en tu beneficio. Por ese motivo tenemos que seguir entrenando. Solo quien es capaz de desdeñarlo, quien no desea que tal capacidad le sea concedida, es digno de recibir el don. Hécate es caprichosa concediendo sus favores, pero yo no. No estás preparado, hijo de Neóbula. Aunque ahora, al menos, has visto con tus propios ojos de lo que podrías llegar a ser capaz si algún día lo estás.

Marco volvió a limpiarse los ojos y se retiró el pelo de la frente mientras se ponía en pie.

—De acuerdo —dijo, conteniendo la rabia que le producía el estar empapado en medio de la noche y lejos de su casa—. Seguiré tu entrenamiento. Hasta que esté preparado.

Crises esbozó una sonrisa.

—¿Pero era necesario hacer que la serpiente cayera sobre mí? Te habría bastado con enseñármela. —Marco se sentó y se quitó las sandalias para tratar de secarlas golpeándolas contra el suelo de piedra.

—Eso ha sido un pequeño castigo por tu fracaso en la caza de demonio.

Marco torció el gesto. Pese a que su rostro no lo delataba, habría jurado que el anciano estaba muerto de risa en su interior. La sensación, sin embargo, se esfumó casi de inmediato, y Crises volvió a adoptar el rostro serio, inexpresivo y adusto, que era habitual en él.

—Tengo asuntos que atender en los próximos días. Volveré a buscarte cuando haya concluido con ellos.

—Supongo que no merece la pena que te pregunte por esos asuntos…

—Cosas importantes a las que tengo que atender en Roma. La situación en esta ciudad se ha descontrolado desde la muerte de tu madre… y no podemos permitir que siga así.

Marco renunció a indagar más allá. Sabía que Crises se mostraba totalmente hermético en todo lo relativo a Neóbula y su pasado. Sin embargo, no pudo evitar sentir una cierta inquietud al escuchar que el anciano hablaba en plural al decir que no podían permitir que la situación siguiera así. ¿Estaba solo aquel extraño personaje o había más como él?

—Nos veremos, pues, dentro de unos días. Intenta que no te maten hasta entonces —dijo Crises, y echó a andar camino del puente de

madera, sin volver la vista hacia Marco.

IV

Ojos de zafiro

CUANDO MARCO Antonio bajó de nuevo a la sala principal de la taberna de Quelidón, la mayor parte de los clientes ya habían regresado a sus casas o dormían borrachos sobre las mesas. El joven noble de dieciséis años se movía como si cada palmo de tierra que pisaba tuviera que mostrar agradecimiento por el contacto con sus pies. Había pasado casi toda la noche en una habitación con la esclava hispana. Y, desde luego, pensó Marco Antonio, aquella chica valía cada una de las monedas que había pagado por sus servicios. En aquellos momentos entendía al pobre diablo que había estado a punto de plantarle cara por ella. Una mujer así podía hacer enloquecer a cualquier hombre.

Pero no a Marco Antonio, se dijo el muchacho. A su edad, se había acostado ya con tantas mujeres como muchos hombres veteranos que le duplicaban la edad. Las mujeres habían sido siempre su perdición desde que su cuerpo había abandonado la inocencia de la niñez. Esclavas de su propia casa, esclavas de sus amigos, prostitutas, e incluso algunas mujeres libres. En lo que al sexo se refería, el joven Antonio no tenía escrúpulo social alguno. Las mujeres eran su pasión y, según le había dicho una vez su propia madre, serían algún día su perdición.

En Roma comenzaba a extenderse su fama como adolescente disoluto y juerguista. Su amistad con Curión, mayor que él, pero de gustos y costumbres muy semejantes, no hacía sino acrecentar las habladurías y chismorreos. Su madre, una mujer de la familia Julia, apenas podía hacer nada más allá de sermonear a su díscolo hijo y tratar de reconducirlo por el buen camino. El padre de Marco Antonio, muerto años antes, había cosechado una notable fama de hombre corrupto e incompetente durante su mandato como pretor, en el que se

le había encargado limpiar de piratas el Mediterráneo oriental. No solo había fracasado, sino que había sido acusado de cometer pillaje en comunidades aliadas, comportándose él mismo como los propios bandidos a los que se suponía que debía combatir. Marco Antonio tenía dos hermanos, más serios que él mismo, más centrados en recuperar el prestigio familiar, pero, desde el punto de vista del joven Marco, incapaces de limpiarse el culo sin ayuda de una pareja de esclavos. Dos inútiles que habían heredado la incompetencia y la falta de luces de su padre. El único que intentaba meter en vereda al joven con algo de firmeza, pero con escaso éxito, era su padrastro, Publio Cornelio Léntulo Sura, un hombre de vida y carrera no menos turbias que las del padre biológico de Marco Antonio. Léntulo, tras haber alcanzado el consulado y haber disfrutado de los más altos honores que la República brindaba a sus dirigentes, había sido expulsado del Senado por su comportamiento inmoral. Un hombre que, en consecuencia, tampoco contaba con autoridad como para reprender al joven Marco sin que este se echara a reír por la incoherencia entre aquello que exigía a sus hijastros y sus propias costumbres.

Antonio suspiró. Su situación familiar era un auténtico desastre. Tenían dinero, sin duda, y disfrutaban de muchas conexiones con las grandes familias nobles de Roma, pero la mancha de deshonor que tanto su padre como su padrastro habían arrojado sobre ellos era tal que el joven Marco no se permitía engañarse a sí mismo. Sería muy difícil que él mismo llegara a alcanzar el consulado algún día. La cuestura, sin duda. El tribunado de la plebe, tal vez. Podría incluso aspirar a ser pretor si le sonreía la Fortuna. Pero el consulado… Ni él ni sus hermanos podían llegar a alcanzar tal honor en la situación en la que se encontraban.

Para compensar la amargura que le producía este hecho, Marco se entregaba al vino, las mujeres y las fiestas interminables. Y si en Roma hablaban de él…, que hablaran. Con una copa de buen vino en la mano y con la cabeza entre las piernas de una profesional del amor no se escuchaban las críticas de las viejas puritanas. Marco Antonio se despidió de la esclava hispana con un beso, y esta le acarició con ternura antes de retirarse a la zona de descanso. El joven regresó a la mesa en la que sus dos compañeros habían pasado las horas mientras él mismo se desfogaba en las habitaciones del piso de arriba. Curión continuaba bromeando con dos esclavas sentadas sobre sus rodillas, bebiendo una jarra de vino tras otra y sin síntoma alguno de embriaguez. Aquella era una de las cualidades de su amigo que Marco

Antonio más envidiaba: la resistencia al vino. Curión podía beber como un estibador del Foro Boario sin que su pulso o sus andares se resintieran en absoluto.

Su otro amigo, por el contrario, dormía derrumbado sobre la mesa, con un vaso en una mano y la otra colgando casi hasta tocar el suelo.

—¿Qué tal esa hispana? —preguntó Curión al verle llegar.

—Sabes que prefiero las egipcias. Pero no ha estado mal —respondió Antonio, y se volvió hacia su compañero dormido—. Aulo, despierta. Aníbal está a las puertas de Roma y sus hombres van a follarse tu culo.

Antonio sacudió a su compañero con fuerza y este abrió los ojos de golpe, asustado. En un primer momento, no reconoció el lugar en el que se encontraba, pero al ver a Antonio y Curión riendo a carcajadas recordó dónde estaba.

—Hora de volver a casa, Aulo. Allí dormirás la borrachera mejor.

El joven aristócrata se puso en pie y estiró los músculos. Aulo Ebucio era más alto que sus dos compañeros, pero también más desgarbado. Su rostro carecía de la belleza natural de Marco Antonio y de la chispa carismática de Curión.

—¿Ya os marcháis? —preguntó.

—Sí. Quiero llegar antes de que el atriense se levante e informe a Léntulo de mi ausencia. No tengo la cabeza para discursos…

—¿Tú estás harto de discursos? —preguntó Curión—. Tendrías que escuchar a mi padre cuando se junta con sus amigos. Cicerón, Hortensio… Se creen que viven en una obra de Platón. Y me obligan a participar de sus estúpidas reuniones…

—¿Por qué no te quedas a dormir con nosotras? —preguntó a Curión una de las esclavas que había sobre sus rodillas.

—Porque con lo que he bebido esta noche no se me levantaría ni aunque la mismísima Venus se metiera entre las mantas conmigo. Ha sido un placer, chicas, pero ha llegado la hora de volver a casa.

Las dos esclavas hicieron mohines y pusieron cara de fingido disgusto. Curión, curtido en aquel tipo de batallas, sabía que en realidad las dos mujeres estaban deseando que se marchara de una vez para poder ellas mismas retirarse a descansar. Deslizó de forma disimulada una moneda de bronce en la mano de cada una de las chicas y se puso en pie.

Cuando salieron, Tito los despidió con un leve movimiento de su cabeza.

En el exterior, un grupo de esclavos se unió a los tres jóvenes. Era

una cuadrilla de siervos de la casa de Curión padre, especialmente instruidos por el hijo de su amo para que los acompañaran a él y a sus amigos en sus incursiones nocturnas por los barrios más peligrosos de Roma, se mantuvieran siempre en un segundo plano y solo intervinieran si existía un peligro real para ellos. Eran seis hombres fornidos y silenciosos, y en sus cuerpos se podían ver numerosas cicatrices, muestra inequívoca de que todos ellos habían trabajado anteriormente como gladiadores o mercenarios en algún ejército. Un pequeño ejército urbano tan letal como discreto.

—Yo no quiero volver a casa todavía —dijo Ebucio—. Tengo ganas de visitar a una vieja amiga que vive por aquí cerca…

Antonio y Curión miraron a su amigo enarcando las cejas.

—¿Una vieja amiga en este barrio? ¿No has tenido bastantes putas esta noche que necesitas ir a otro lupanar?

Antonio rio ante la gracia de Curión. Aulo Ebucio se limitó a sonreír.

—Descansad —dijo simplemente, e hizo el amago de echar a andar hacia una calleja oscura.

—Espera —dijo Curión, tomándole del brazo—. Llévate a dos de mis hombres. Este barrio no es seguro ni siquiera durante el día. A estas horas de la noche no saldrás vivo de él si te adentras por esas calles tú solo.

Ebucio se libró de él con elegancia, sin dejar de sonreír.

—No te preocupes por mí. Sé cuidarme yo mismo.

—Aulo, no hagas estupideces —intervino Antonio. Incluso borracho como estaba, sabía que un romano del Palatino paseando a solas por las calles de la Subura durante la noche duraría menos que una joven virgen en el lecho de Júpiter—. Vuelve con nosotros, o acepta al menos que te acompañen dos de estos hombres.

—Os lo repito: no necesito vuestra ayuda. No es la primera vez que vengo por aquí. No soy una vestal de culo estrecho como vosotros. Conozco bien este barrio.

Curión y Antonio no insistieron. Sabían que cuando su amigo asumía aquella actitud era inútil insistir.

Aulo Ebucio pertenecía a una familia noble, más noble de hecho que las de Antonio o Curión, ya que ellos eran plebeyos y Ebucio un patricio. Sin embargo, mientras ellos dos contaban entre sus ancestros directos con cónsules y pretores, la familia de Aulo Ebucio hacía siglos que no aportaba un magistrado superior a la República. Algún cuestor, algunos tribunos militares… pero la gloria de los Ebucio hacía tiempo

que se había apagado, y con ella su prestigio y riqueza. Aulo se había criado junto con otros jóvenes de su mismo grupo social gracias a la generosidad de algunas familias senatoriales, que no querían ver a aquella vieja estirpe desaparecer hundida vil la ignominia. Pese a ello, Aulo había crecido carcomido por la envidia y el rencor hacia aquellos que decían ser sus pares en nacimiento, pero que se comportaban y actuaban como lo que realmente eran: sus superiores. Con Curión y Antonio este sentimiento se mitigaba en gran medida gracias a que los gustos de ambos estaban lejos de las costumbres de los más severos hijos de la nobleza. Antonio y Curión se comportaban en numerosas ocasiones como si ellos mismos fueran carreteros del Aventino, algo que facilitaba su relación con el resentido Ebucio. Sin embargo, el vino, el cansancio y las emociones hacían que el rencor de Ebucio buscara una forma de salir al exterior… Y despreciar de aquella manera la ayuda brindada por Curión era una de ellas.

—Ten cuidado —dijo Antonio con sincera preocupación—. Evita las calles más oscuras.

En este barrio todas las calles lo son.

Aulo Ebucio les dio la espalda y echó a andar, internándose en las entrañas de la Subura. Curión esperó unos momentos antes de volverse hacia uno de sus esclavos.

—No le pierdas de vista. Síguelo, que no note tu presencia. Asegúrate de que no sufra daño alguno y de que regrese a salvo a su casa cuando termine de… hacer lo que quiera que vaya a hacer.

El esclavo tragó saliva y asintió. Incluso para un antiguo gladiador como él, curtido en cientos de batallas en la arena, la idea de internarse en lo más profundo de la Subura en medio de la noche no resultaba en absoluto atractiva. Como hombre supersticioso que era, sabía que entre las sombras acechaban criaturas a las que nada podría hacer con sus puños ni su daga. Por supuesto, no osó protestar, ni tan siquiera fruncir el ceño. El amo ordenaba, él obedecía. Aunque la orden consistiera en lanzarse de cabeza a las mismísimas fauces del inframundo.

Aulo Ebucio podía ser orgulloso y resentido, pero no estúpido. No tenía intención de deambular por las calles de Roma sin un rumbo fijo. Incluso borracho como estaba, sabía que hacer algo así era una condena de muerte segura. No, Ebucio sabía muy bien dónde se dirigía. Había hecho aquel mismo camino en numerosas ocasiones a lo largo de los meses anteriores.

La noche con Antonio y Curión había sido divertida, sin duda. Pero

había diversiones a las que Ebucio prefería entregarse en solitario. Placeres que Roma ofrecía a aquellos interesados en descubrirlos, siempre que pudieran pagar por ellos. Placeres que, sin embargo, debían disfrutarse a escondidas, de manera disimulada, para evitar miradas indiscretas y comentarios poco afortunados. La familia de Ebucio había caído en desgracia mucho antes de su propio nacimiento. Sin embargo, aunque las puertas del Senado estaban cerradas para ellos, al menos los salones de la alta sociedad romana seguían estando abiertos. Si aquellos patricios y sus avinagradas esposas supieran a qué se dedicaba Ebucio por las noches…, la caída en desgracia de su familia sería total. Aulo sabía que muchos senadores y caballeros disfrutaban también de aquellos vicios inconfesables a los que él se entregaba, pero, como él mismo, lo hacían de forma velada, en las sombras, fuera de toda reprobación social. Al fin y al cabo, solo Júpiter podía permitirse no tener moral sin que su desvergüenza tuviera consecuencias.

Aulo giró un par de recodos, recorrió unas cuantas callejas y llegó a su destino. En el camino se cruzó con dos hombres, uno de ellos encapuchado, el otro con el rostro descubierto, pero ambos miraron a Ebucio de reojo y con desconfianza, sin detenerse a causarle ningún problema. Se paró en un callejón corto y estrecho cuyas paredes estaban totalmente cubiertas por una hiedra verde y espesa que llegaba hasta el segundo piso de las *insulae*. En medio de las hojas se abrían pequeños ventanucos oscuros y una puerta angosta por la que apenas cabía un hombre sin ponerse de perfil. Sobre la entrada, casi tapado por la maleza, alguien había dibujado lo que parecía ser un sátiro con un descomunal pene erecto entre las piernas y la cabeza cubierta por *un pileus*, el gorro tradicional de los libertos. Aulo se acercó a la puerta y propinó en la madera tres golpes secos con los nudillos.

Pasó un rato sin que ocurriera nada. Ebucio, sin embargo, no pareció impacientarse. Finalmente, la puerta se abrió, apenas un palmo, y por el hueco asomó el rostro de una mujer anciana, surcado de arrugas y cubierto con una capa de maquillaje y pintura que, en lugar de ocultar los estragos de la edad, los acentuaban de forma grotesca.

—Apolo pone la *mentula* —dijo la anciana con una sonrisa en los labios pintados de rojo.

—Y Jacinto pone el culo —respondió Aulo—. Estas contraseñas son cada vez más absurdas…

La mujer se echó a reír y abrió la puerta.

—Rápido, rápido.

El joven obedeció y traspasó el umbral. La anciana tras él. Ambos se internaron en un estrecho pasillo sumido en la más absoluta oscuridad. En la lejanía se escuchaban gritos, algunos de ellos auténticos alaridos, risas y golpes. A medida que avanzaban por el pasillo los sonidos se intensificaban más y más. La anciana golpeaba con su dedo la espalda de Aulo tratando de que fuera más rápido.

—Vamos, vamos. Tengo mucho trabajo.

El pasillo desembocaba en una enorme sala de techos muy altos, iluminada por una miríada de lucernas y antorchas. No había ni una sola ventana en la gran estancia. Aulo miró a su alrededor. Varias decenas de hombres y mujeres, desnudos o semidesnudos, tumbados, sentados o en pie, jóvenes o maduros, fornidos, obesos o delgados sobre enormes almohadones, en lechos mullidos o tirados sobre el suelo, todos ellos se entregaban a satisfacer sus pasiones sexuales de innumerables maneras, de dos en dos, de tres en tres o incluso en soledad, mirando lo que hacían los demás. Aulo contempló sin disimulo ninguno aquel grupo de personas teniendo sexo de forma desenfrenada. Una mujer le miró con lascivia y le guiñó un ojo. El joven sonrió, sin inmutarse.

—¿Quieres unirte? —preguntó la anciana—. Donde caben treinta caben treinta y uno.

—No, no es eso lo que busco esta noche.

—Algo más… privado. ¿Sí?

Aulo explicó a la mujer lo que quería. Ella asintió. En aquel lugar del la Subura, cualquier pasión, cualquier deseo, podía verse satisfecho. Si se estaba dispuesto a pagar por ello, claro.

Horas más tarde, Aulo salió de una de las habitaciones del prostíbulo. Tenía las manos, el rostro y las ropas manchados de salpicaduras de color oscuro. En las comisuras de los labios tenía dos hileras de sangre que le llegaban hasta la barbilla. En el pasillo le esperaba un esclavo, que no pareció sorprenderse por las manchas en la túnica ni en el cuerpo de Aulo.

—¿Sigue viva? —se limitó a preguntar.

—Es posible —dijo Aulo. Entregó al esclavo una bolsa llena de monedas y echó a andar. En aquel pasillo los gritos de placer y dolor se escuchaban con total nitidez. Aulo Ebucio sonrió, satisfecho.

Bajó por una larga escalera de piedra y atravesó la estancia en la que el grupo de hombres y mujeres continuaban teniendo relaciones sexuales, como si el tiempo no hubiera pasado. Aulo observó que la mayoría de participantes de la orgía habían sido sustituidos por rostros

nuevos. Algunos de ellos, sin embargo, eran los mismos a los que Aulo había visto al entrar en el prostíbulo. La anciana de rostro pintado, encargada de organizar aquel negocio y de asegurarse de que cada cliente consiguiera exactamente lo que había ido a buscar, salió al encuentro del joven.

—¿Ha estado todo de tu gusto, domine?

—Sí. Aunque me has mentido con la edad de la chica… Tenía al menos veinte años, y lo sabes bien, vieja estafadora.

—Oh, por Venus que no. Nuestras chicas de la Subura maduran muy rápido y parecen mayores de lo que en realidad son…

—Esa esclava no era de la Subura. A no ser que haya alguna aldea en los confines de la Galia que se llame así. Buenas noches, mujer.

La anciana no respondió. El cliente había pagado, y con eso era suficiente. Ella sabía que, pese a sus quejas, aquel joven regresaría otra noche. Y otra más. Lo que el Sátiro Liberto ofrecía a sus clientes no era tan fácil de encontrar, ni siquiera en la depravada y oscura Subura.

Aulo abandonó el prostíbulo y salió al exterior por la misma puerta por la que había entrado. En el escaso pedazo de cielo que podía verse desde el callejón, el color azabache de la noche comenzaba a aclararse y a dar paso a un tono añil que anunciaba la proximidad de la mañana. Aulo echó a andar a grandes zancadas. Tenía por delante una buena caminata hasta su casa en el Palatino.

Desde el lugar hasta donde se encontraba aquel sórdido prostíbulo, el camino más seguro habría sido dirigirse directamente al Clivus Suburanus, la calle principal de la Subura, la más transitada incluso durante la noche y, por tanto, en la que menos probabilidades había de tener un mal encuentro. Sin embargo, Aulo, convencido de su propia fuerza y aún embriagado por el vino y la brutalidad por la que había pagado en el lupanar, prefirió acortar el camino y callejear hasta desembocar en el Argiletum para salir desde allí al Foro. A aquellas horas de la noche, con el alba a punto de llegar, se sentía casi Invulnerable. El gusto de la sangre en su boca había despertado algo primario en él, salvaje e irracional. Algo que le hacía abandonar toda prudencia. En aquellos momentos se sentía capaz de despedazar a un hombre con sus propias manos.

Giró un par de recodos, saltó por encima del cuerpo de un hombre, sin saber si se trataba de un borracho dormido o un cadáver, atravesó varios soportales y se dispuso a subir una pronunciada cuesta.

Entonces la vio.

Casi oculta, detrás de una gruesa columna de ladrillos toscos, con el cuerpo cubierto por una larga capa de pieles y el rostro escondido detrás de una gran capucha, una mujer, apoyada en el pilar de forma indolente, le miraba de forma provocadora. En un primer momento, Aulo pensó que se trataba de una de las muchas prostitutas que ofrecían sus servicios en aquellos callejones, dispuestas a satisfacer las necesidades de un hombre detrás de una esquina por un par de ases. Sin embargo, había algo en aquella mujer que llamó la atención de Aulo. No era una prostituta callejera. La capa con la que se cubría era de buena calidad, y estaba teñida con unos colores que una simple meretriz callejera no habría podido permitirse. Además, la capucha con la que se tapaba el rostro parecía estar forrada con el pelaje blanco y puro de un armiño o una criatura semejante. No, definitivamente, aquella mujer que le miraba con ojos anhelantes de desafío no era una prostituta de la Subura.

—¿Te has perdido, *domina*? No es este un barrio adecuado para que una mujer de tu categoría pasee a estas horas de la noche.

—Es casi de día —dijo ella. Su voz era dulce y clara. La voz de una mujer joven.

Aulo se acercó. Quería ver el rostro de aquella extraña aparición que se había cruzado en su camino; la enorme capucha lo cubría casi por completo. Pero él, por algún motivo, sentía la necesidad de mirar a los ojos de aquella mujer.

—¿Quieres que te acompañe a algún sitio? —preguntó intentando que su voz, pastosa y torpe por el mucho vino que había bebido a lo largo de la noche, sonara firme y seductora.

—Estoy justo donde quiero estar —dijo ella.

—¿Esperas a alguien?

Aulo estaba ya frente a la mujer. Ella se retiró la capucha de la cabeza. El joven quedó extasiado. Hacía mucho tiempo que no veía un rostro tan bello como aquel.

—A ti.

La mujer se puso de puntillas y besó a Aulo, que inmediatamente se dejó llevar. Lo que había hecho en el prostíbulo le había dejado cansado y saciado, pero la proximidad de aquella mujer despertaba en él un vigor y unas ansias que no había sentido desde la adolescencia. Necesitaba besarla, desnudarla, recorrer su cuerpo con las manos, con la lengua, entregarse a ella y conseguir que ella se entregara a él. El joven abrazó a la extraña y descubrió que tenía un cuerpo firme, de curvas

redondeadas y suaves. Aulo pensó que era lo más parecido que había hecho en su vida a abrazar a una escultura de mármol. La escultura de una diosa.

Ella se separó de él, y aunque Aulo trató de prolongar el beso, ella se zafó con una risa.

—¿Cómo te llamas? —preguntó, aunque la respuesta realmente no le importaba en absoluto.

La mujer no respondió. Se limitó a abrirse la túnica, dejando al descubierto un cuello blanco como el marfil y un escote que ocultaba una irresistible promesa de que lo más hermoso de aquel cuerpo estaba aún por descubrirse.

Aulo se disponía a besar el cuello de la desconocida cuando, al bajar un poco más su túnica, se dio cuenta de que sobre la piel blanca lucían dos objetos brillantes de color azul. Aulo los observó, al principio con indiferencia, con interés y fascinación después. Fue entonces cuando se dio cuenta de que su propio cuerpo no le respondía. Estaba atrapado, con los ojos clavados en las dos luces azules que habían surgido sobre el pecho de la mujer. ¿Qué eran aquellas piedras? ¿Eran acaso los ojos de una diosa? Aulo no estaba seguro. Mientras el joven se preguntaba qué era lo que estaba ocurriendo, las luces azules fueron creciendo, aumentando de tamaño e intensidad, hasta que el mundo que rodeaba a Aulo se convirtió en una explosión de zafiro, brillante, que penetraba en lo más recóndito de su cabeza. El callejón, la mujer, el cielo de Roma, su propio cuerpo, todo desapareció, fundido en una brisa etérea y luminosa. Sintió cómo, de alguna manera, las dos luces lo absorbían, tiraban de él, de todo su ser, y lo convertían en parte de aquel color azulado tan fascinante.

Aulo Ebucio, incapaz de resistirse, se dejó llevar y se perdió en aquella luz, azul que lo envolvía y lo devoraba todo.

V

El carnicero

COMO era su costumbre, Céfiro se despertó antes del alba. Su cuerpo, de naturaleza activa e inquieta, necesitaba pocas horas de sueño. Cada día abría los ojos antes de la salida del sol, cumplía con las obligaciones domésticas que Marco le exigía y se echaba a las calles de Roma para aprovechar la jornada. Para él, Roma era un inmenso mundo de posibilidades abierto a todo aquel que quisiera y supiera aprovecharlas. ¿Cómo permitirse pasar su tan precioso tiempo durmiendo bajo las mantas?

Céfiro fue a la despensa y se llevó a la boca un puñado de aceitunas, que fue masticando mientras barría el pequeño apartamento, limpiaba las migas de la mesa y estiraba las mantas de su lecho. Después de dar cuenta de las aceitunas, regresó a la despensa y se comió dos higos que comenzaban a secarse. Se llenó un vaso de vino rebajado con agua y se dirigió de nuevo al rincón de la pequeña sala en la que estaba su cama. Allí, Junto al tosco saco que le servía de almohada, Céfiro guardaba su posesión más valiosa: un pequeño cofre de madera, de diseño sencillo y aspecto tosco. El niño lo abrió y contempló su contenido. Varias monedas, de diferentes tamaños, con diversos símbolos grabados en ellas. La mayoría eran piezas de bronce, algunas muy antiguas, con el rostro del dios Jano en una de sus caras y una proa de barco en la otra. Pero había también alguna moneda de plata que Céfiro mantenía limpias y brillantes. El esclavo las acarició, las contó y volvió a dejarlas en su sitio. Como hacía cada mañana. Ya queda menos, pensó. Cerró el cofre y lo puso en su lugar. Aquellas monedas eran el fruto de sus esfuerzos; de su trabajo, habría dicho él, en los últimos dos años de su vida. El resultado de sus pequeños hurtos, sus negocios, honrados y no

tan honrados, de los regalos que Marco y alguno de sus amigos le hacían de cuando en cuando. Céfiro había ido ahorrando de forma meticulosa, luchando contra la tentación de gastar en pequeños caprichos, con la mente puesta en un objetivo: reunir la cantidad suficiente para comprar su libertad.

Ser un hombre libre y no depender de ningún amo. Hacer su voluntad en cada momento y no temer que se le condenara a la cruz o algún otro tipo de suplicio por crímenes que a un ciudadano romano apenas le habría supuesto una multa económica. Céfiro sabía que, mientras fuera un esclavo, sus sueños de prosperidad y grandeza estaban tan encadenados como los cautivos de guerra que en ocasiones se vendían en el Foro. Comprar su libertad era el primer paso para construir el resto de sus sueños. Ninguno de ellos se haría realidad si no lograba abandonar su condición de siervo.

El niño estaba agradecido a Marco por todo lo que había hecho por él. Sabía que, de no haberle recogido su amo aquella noche, una década atrás, en la que le había encontrado llorando en la escalinata de un templo, Céfiro habría muerto con toda seguridad. Los niños abandonados y no recogidos eran una realidad cotidiana en Roma. Una realidad que él mismo había visto con sus propios ojos. Le debía la vida a Marco, y Céfiro sabía, porque así lo sentía en su interior, que siempre honraría aquella deuda. Marco era más que su amo; era su hermano, su padre, su amigo. Pero, al mismo tiempo, Céfiro quería mantener aquellos vínculos desde su propia libertad y no desde la obligación del esclavo. Quería amar a Marco como un hijo ama a un padre, no como el perro quiere al amo.

Nunca había hablado con Marco de aquel tema. Tiempo habría de hacerlo en el futuro, cuando el cofre estuviera lleno y las monedas de plata fueran más que las de bronce. ¿Cómo iba a lograrlo? ¿Cómo hacer realidad aquello con lo que casi todos los esclavos soñaban a lo largo de sus vidas sin conseguir acercarse a ello ni un ápice? También para eso, Céfiro tenía un plan. Antes de salir, el pequeño esclavo acudió a despertar al que se había convertido en su inseparable compañero de fatigas y correrías. Ulises, el perro que vivía con ellos desde comienzos de aquel verano, dormía hecho un ovillo a los pies del jergón de Céfiro. A diferencia del niño, el animal podía dormir hasta bien entrada la mañana si nadie lo molestaba. El esclavo lo despertaba cada día, y aunque el perro se hacía de rogar, rodaba sobre sí mismo y se tumbaba boca arriba para que su amo le acariciara la barriga peluda, al final se ponía en pie y movía la cola, feliz y dispuesto a seguir a Céfiro. Lo

sacudió con fuerza para sacarlo del sopor complaciente en el que se encontraba. Ulises ladró una protesta y abrió la boca en un bostezo perruno. Las heridas causadas por los bacantes aún eran evidentes en su cuerpo. Tenía el rabo más corto, le faltaba una oreja y algunas zonas de su pelaje no habían llegado a recuperarse por completo. Céfiro creía que era un perro bastante feo, pero que suplía con una inteligencia casi humana lo que los dioses no le habían dado en el aspecto físico.

—Arriba, compañero. Ya dormirás más tarde.

Ulises ladró y aceptó levantarse, pero no sin antes exigir su ración diaria de caricias y arrumacos. Céfiro se las dio encantado.

Antes de marcharse a la calle, el pequeño esclavo tenía que cumplir una última obligación. Abrió con cuidado la puerta del dormitorio de Marco. Era una rutina que cumplía cada mañana para comprobar si su amo había regresado a casa la noche anterior o si había decidido quedarse a dormir en algún otro sitio. Aquella mañana, Céfiro observó el bulto sobre la cama y pudo escuchar la respiración agitada de Marco en la oscuridad. Procurando no hacer ruido, entró en la habitación, tomó la jofaina con la que su amo se lavaba cada mañana y salió con ella a la sala. Tiró el agua sucia en un cubo de madera que usaban para hacer sus necesidades y volvió a llenar el recipiente con agua limpia, que él mismo había subido de la fuente la noche anterior. Devolvió la jofaina a su lugar y, con ello, dio por concluidas las tareas matutinas impuestas por su durmiente amo. Podía disponer del resto de la mañana para él.

Céfiro cogió el cubo de agua sucia y salió del pequeño apartamento seguido por Ulises. Bajó las escaleras corriendo, saltando los escalones de tres en tres, sin preocuparse demasiado por el hecho de que algo del agua y los orines del cubo salpicaran las paredes. Se cruzó con una vecina, que alzó el puño y maldijo al verse casi arrollada por el niño. Ulises ladró, pero Céfiro no se detuvo. Al pasar frente a la puerta de la casa de Antígona y Periandro echó una mirada de reojo. Algún día tendría que entrar a saludar al anciano. Aunque tratara de obligarle a aprender griego y a recitar los versos de Homero, Periandro era un buen hombre, y Céfiro lo quería como al abuelo que nunca había tenido.

Salió a la calle, corrió a un extremo del callejón y, tras comprobar que nadie le veía, tiró el contenido del cubo al suelo. Todos los vecinos arrojaban allí sus desperdicios, pero solían hacerlo de forma disimulada, para evitar disputas. La boca de alcantarilla más cercana estaba lo bastante lejos como para que nadie se planteara acarrear sus aguas fecales hasta ella. Céfiro regresó al portal de su *ínsula* y dejó el cubo en

el pasillo que desembocaba en el estudio de Neóbula. Aquella tarde, cuando regresara, volvería a subirlo al apartamento.

El sol comenzaba a salir sobre los tejados de Roma. Una mañana fresca del mes de septiembre se abría paso ante las tinieblas de la noche. Céfiro sonrió. Ulises ladró. Un nuevo día comenzaba. El niño echó a correr por las calles y callejas de la Subura.

Cuando llegó a la herrería abandonada que les servía como cuartel general, Céfiro comprobó con satisfacción que la mayor parte de sus compañeros ya estaban allí, tal y como les había indicado la tarde anterior. El niño seguía pensando en ellos como sus amigos, pero sabía que en realidad el término que definía su relación era muy diferente, aunque él lo desconociera. No, aquellos niños y niñas de las calles de la Subura ya no eran sus amigos. Tal vez lo habían sido en un pasado no muy lejano, pero todo había cambiado tras los sucesos de aquel verano.

Céfiro había formado con ellos una banda, como medio de protección en un principio, con objetivos más ambiciosos después. Y desde el primer momento todos habían comprendido que él y solamente él tenía las habilidades, el carisma y la firmeza necesarios para liderar a aquel grupo de huérfanos y rateros que sobrevivían a duras penas en los más duros y despiadados barrios de Roma. En el grupo había chicos mayores que él, algunos entrando ya en la pubertad, pero incluso aquellos que físicamente estaban más desarrollados que el pequeño esclavo habían acabado por asumir su liderazgo y le miraban con el respeto debido. Y aquel que no lo había aceptado así… había tenido que abandonar la Subura en busca de otro lugar en el que buscarse la vida.

Si nadie le contrariaba, Céfiro era un líder comprensivo y amable, un chico de once años al que Marco habría reconocido sin problema como el niño al que había criado en su hogar. Solo cuando su liderazgo se veía amenazado o cuando alguien osaba insultarle, Céfiro sacaba a relucir su lado más terrible, aquel que se había forjado a golpes durante años en las calles y que había terminado por cuajar en el templo de Baco aquel verano. Como era de esperar, sus compañeros se cuidaban mucho de que aquello ocurriera. Alguno todavía tenía cicatrices en su cuerpo que le recordaban lo que sucedía si las órdenes del pequeño caudillo eran cuestionadas.

Céfiro entró en la vieja herrería como el amo entra en sus dominios. Saludó a todos con una sonrisa, palmadas en la espalda y algún comentario gracioso. Lo habitual era que el resto de niños le devolvieran la sonrisa e incluso se permitieran hacer bromas con él. Pero aquella mañana todos miraron al joven esclavo con rostro muy

serio y preocupado. Algo había ocurrido en el transcurso de la noche.

—¿Quién me lo cuenta? Es evidente que ha pasado algo —dijo Céfiro tras tomar asiento en un escabel situado sobre la tarima en la que antaño habla estado la forja de la herrería. Aquel taburete acolchado y recubierto con una tela sucia y rota se había convertido en el escaño desde el que el niño impartía órdenes a sus compañeros. Ulises se sentó junto a él, con su única oreja de punta, vigilante.

Todos permanecieron en silencio, pero poco a poco se fueron apartando y abriendo un pasillo entre el lugar en el que se encontraba Céfiro y uno de los extremos de la vieja herrería. El esclavo los interrogó con la mirada, pero ninguno de ellos dijo nada. Hasta que finalmente el pasillo se abrió del todo. Y entonces no hicieron falta palabras para que Céfiro entendiera la causa de aquellos rostros alicaídos y aquellos ceños fruncidos.

Sentado en un banco corrido, con la espalda pegada contra la pared, había un chico de unos quince años. Tenía el rostro oculto entre las manos y los codos sobre las rodillas.

—Hispalo —dijo Céfiro, levantándose del escabel—. ¿Qué te ha pasado?

El chico alzó la cabeza, dejando que Céfiro viera su rostro, destrozado a causa de una paliza. Tenía los labios hinchados, la nariz torcida e inflamada, varios cortes en las mejillas y la frente. En aquella masa sanguinolenta apenas se entreveían los ojos, dos puntos brillantes arrasados por las lágrimas. Intentó hablar, pero sentía tanto dolor al abrir la boca que apenas se entendió un balbuceo sin sentido.

Céfiro se acercó a él y le indicó que dejara de intentarlo.

—¿Alguien me lo puede explicar? —dijo, dirigiéndose a los demás.

Uno de ellos dio un paso al frente. Crátilo, el chico que había recibido el severo castigo de Céfiro tras el episodio de los encapuchados. Todavía tenía las cicatrices en la espalda de los golpes que el esclavo le había administrado con la fina vara de madera verde. Tan grande como había sido el dolor que había sufrido aquella noche, así de profunda fue la lealtad que Crátilo desarrolló hacia su nuevo líder. Era uno o dos años mayor que él, pero lo trataba con una veneración absoluta desde aquella noche.

—Ha sido Macrón, uno de los carniceros del Arco de los Huesos.

—Lo conozco —dijo Céfiro.

El Arco de los Huesos era un arco de piedra que unía dos insulae en la zona más al sur de la Subura, donde el valle que ocupaba este barrio

comenzaba su ascenso hacia el poco poblado monte Celio. Nadie sabía quién había levantado el arco, ni en qué fecha. Pero la construcción se mantenía en pie, desafiando el paso de los años, sin ninguna utilidad aparente, más allá de ser un símbolo para los romanos que vivían a su alrededor. El arco daba nombre a todo un sector de la ciudad, ocupado en su mayor parte por establos, mataderos y carnicerías. Junto con el Foro Boario, el llamado Arco de los Huesos era el lugar de Roma donde se negociaba un volumen mayor de libras de carne, vísceras y cuero todos los días del año. La mayor parte de los hombres y mujeres que vivían allí se dedicaban al negocio del ganado en alguna de sus variantes, ya fueran criadores, matarifes, desolladores, carniceros o fabricantes de embutidos.

—Hispalo estaba husmeando en su tienda… Macrón le sorprendió robando unas cuantas piezas de lomo de cerdo…

—Nosotros no robamos —dijo Céfiro.

—Sí, quería decir que estaba observando unas cuentas piezas de lomo de cerdo cuando Macrón lo sorprendió. No le dio tiempo a explicarse. El carnicero le dio una paliza con una estaca de madera. Supongo que la misma que utiliza para golpear las piezas de carne dura y hacer que parezca más tierna… Hispalo no ha podido explicarnos mucho más. Apenas se le entiende cuando habla.

Céfiro se volvió hacia el chico herido, en busca de confirmación de aquella historia. Este asintió y trató de decir algo con un gruñido. Ninguno de los niños le entendió hasta que una chica se acercó a él y le pidió que lo repitiera susurrando sin tener que mover mucho los labios. Hispalo lo hizo.

—¿Qué ha dicho? —preguntó Céfiro.

—Dice que quiere matar a ese hijo de puta.

El esclavo sonrió. Ulises, todavía a sus pies, comenzó a aullar.

Aquellos últimos días de verano transcurrían en la ciudad de Roma sin grandes altercados ni noticias políticas que modificaran la vida cotidiana de sus habitantes. Pompeyo, en Oriente, continuaba con las operaciones de limpieza de los mares. Todas las cartas que llegaban a la Urbe desde sus centros de operaciones en Grecia y Asia hablaban de grandes victorias, líderes piratas crucificados y tripulaciones enteras hechas prisioneras. Más allá, en las fronteras del reino del Ponto, Lúculo proseguía con sus esfuerzos para derrotar de forma definitiva al rey Mitrídates, sin que sus prudentes operaciones militares lograran poner punto y final a un conflicto que Roma arrastraba desde tiempos de Sila.

En las provincias occidentales, mientras tanto, los galos y los hispanos se mantenían en calma. Eran buenos tiempos para la República, aunque en el ambiente se respirara una cierta tensión. Como si todos, desde el primer senador hasta el más humilde mendigo, supieran que aquello no podía durar mucho.

En el Arco de los Huesos los negocios marchaban bien. La crisis del precio del trigo les había afectado con especial dureza durante el verano. Si la gente no podía permitirse comprar pan, menos aún podían pagar productos más caros. Como se decía popularmente, cuando el hambre aprieta, la carne es la primera en desaparecer de la despensa. Sin embargo, tras aquellos meses de estrecheces y amenaza de ruina, el cereal había vuelto a fluir a la ciudad de Roma, con la consiguiente bajada de precios de la harina y el pan, y el inmediato aumento del consumo de carne y pescado. Aquella jornada, los matarifes habían sacrificado sus animales, los carniceros habían troceado, despiezado y vendido su mercancía, y los curtidores se habían llevado las pieles a los talleres para trabajar con ellas. Todo había transcurrido dentro de la normalidad de un día de finales de verano en aquel rincón de la Subura.

Macrón, el carnicero, se disponía a cerrar su establecimiento antes de la caída del sol. Había vendido casi todo el género y además había despachado un enorme pedido de carne y embutidos para la despensa de un par de senadores que se contaban entre su clientela más selecta. Por supuesto, aquellos senadores nunca habían puesto un pie en el Arco de los Huesos. Eran sus esclavos quienes se encargaban de comprar la carne y otros productos para abastecer la mesa de sus señores. Sin embargo, Macrón atendía a los esclavos de los nobles como si de los senadores en persona se tratara. Sabía que eran ellos quienes decidían dónde se gastaban las monedas de sus amos. Monedas que en aquellos momentos estaban a buen recaudo en la caja de metal que Macrón escondía en un hueco de la pared del patio detrás de su carnicería.

Sí, había sido un buen día. De no haber sido por el pequeño ratero al que había tenido que dar una lección a primera hora de la mañana, Macrón habría dicho que había sido un día perfecto.

El carnicero era un hombre menudo, cuya baja estatura se compensaba por unos anchos hombros y unos brazos fuertes y peludos. En el rostro lucía una espesa barba rojiza que le hacía objeto de bromas de los otros carniceros que formaban parte de su *collegium*. Le decían que su madre se había acostado con un galo o un germano, o con los dos a la vez. Que aquel color de pelo no era normal en un auténtico romano. Macrón se reía con aquellas chanzas, pues sabía que su padre

había tenido la barba del mismo color que la suya. Tal vez había sido su abuela quien se había acostado con un bárbaro del norte… Macrón no habría puesto la mano en el fuego para negarlo. El carnicero terminó de limpiar con un trapo el mostrador de piedra, teñido de rojo por la cantidad de sangre que había absorbido a lo largo de los años. Aunque contaba con un par de esclavos que hacían por él las tareas más duras, Macrón prefería ser él mismo quien cerrara su local cada día. Si bien confiaba en sus siervos, la edad le habla convertido en un maniático para determinadas cuestiones, y prefería asegurarse de que todo quedaba como era de su gusto en el momento del cierre. Barrió de forma superficial el suelo y se dispuso a cerrar la enorme puerta corredera que Impedía el acceso al local durante la noche. Su propia casa estaba en la parte de atrás del comercio, más allá de un pequeño patio que le servía también de almacén. Aferró la puerta con sus enormes y callosas manazas y tiró de ella.

En el momento en el que estaba a punto de cerrarse del todo, una niña apareció en el umbral. La pequeña parecía asustada. Su respiración era apenas un jadeo entrecortado y sus mejillas estaban llenas de lágrimas. Se movía de un lado a otro, como si los nervios no la permitieran quedarse quieta.

A Macrón no le gustaban los niños. Él mismo se había casado más por obligación que porque quisiera formar una familia. Los dioses habían dispuesto que su mujer muriera al dar a su luz a su primer hijo. El niño nacido en aquel desgraciado parto apenas había tardado unas horas en seguir a su madre hasta el reino de Plutón. Macrón no había vuelto a contraer matrimonio. Hacía tiempo que había tomado la decisión de que sus propiedades, su casa y su humilde negocio de carnicería, los heredaría uno de sus esclavos, previa manumisión. Los dos siervos que trabajaban con él en la carnicería y atendían sus necesidades en su hogar sabían de aquella determinación, y competían entre ellos para ser el más atento y solícito esclavo que un amo pudiera desear, en la esperanza de que la Fortuna les sonriera a ellos en el momento en que su amo decidiera elegir heredero. Macrón no podía estar más satisfecho con la decisión tomada. Tenía dos esclavos responsables y ningún niño alborotando, ensuciando o haciendo ruidos.

—Está cerrado —dijo a la niña—. Vuelve mañana.

Se disponía a cerrar por completo la puerta cuando la pequeña se introdujo en el interior de la carnicería por el estrecho hueco.

—*Domine*, por favor. Necesito ayuda. Hay un hombre en el callejón. Ha metido a mi hermano en un saco y quiere llevárselo. Lleva una

túnica oscura y la cabeza tapada con una capucha…

Macrón miró a la niña con detenimiento. ¿Un encapuchado tratando de llevarse a un niño en el callejón de detrás de su propia carnicería? Frunció el ceño y fue tras el mostrador, de donde sacó un enorme cuchillo de punta afilada. No, no le gustaban los niños. Pero menos aún le gustaban los tipos que querían alborotar en su barrio y romper la tranquilidad que con tanto esfuerzo mantenía el *collegium* de los carniceros.

En el Arco de los Huesos, como en todos los barrios humildes de Roma, habían desaparecido niños durante el verano. Hasta allí habían llegado también los rumores de que eran extraños encapuchados quienes secuestraban a los pequeños durante la noche. Macrón también había oído que habían sido unos locos adoradores de Baco quienes estaban detrás de los secuestros, y que un grupo de veteranos de Mario los había descubierto en un templo río abajo y los habían exterminado.

Macrón no dijo nada. Se limitó a salir de la carnicería, cuchillo en mano, seguido por la niña. Si esos adoradores de Baco, asesinos de niños, habían decidido volver a las andadas, no sería en el Arco de los Huesos donde cometerían sus primeras fechorías. No al menos tan cerca de su carnicería. Daría una lección a aquel encapuchado y correría a informar a Néstor, el magistrado del *collegium*. Él sabría qué hacer después.

—Quédate aquí —dijo a la niña con un gruñido. Se lo pensó mejor y añadió—: Y no entres a mi tienda. O te corto una mano y se la doy de comer a los cerdos.

La niña no respondió y Macrón no esperó a comprobar si obedecía. Estaba acostumbrado a que aquellos pequeños rateros se amedrentaran ante sus amenazas.

La zona del Arco de los Huesos donde estaba la carnicería de Macrón estaba casi desierta a aquellas horas. Las muchas distracciones que acompañaban a la inminente celebración de los *ludí* hacían que los habitantes de la ciudad se marcharan a la zona del foro, al valle del Circo y al Campo de Marte en busca de un poco de diversión después de haber cumplido con sus obligaciones cotidianas.

El callejón estaba a solo unos pasos de la carnicería de Macrón, y el fornido matarife llegó a él en apenas tres zancadas. Era una calleja estrecha, encajonada entre dos *insulae* de cinco pisos, por lo que apenas llegaba la luz del sol hasta su zona más profunda. Macrón se detuvo en la entrada, extrañado. No había allí ningún encapuchado. Al fondo del

callejón había un niño sobre un enorme montón de trozos de ánforas viejas. En una costumbre que, en lo que el carnicero podía recordar, se remontaba a antes de su propio nacimiento, aquella calleja se había usado siempre para tirar los recipientes de barro viejos que no podían ser reparados ni usados. El niño estaba sentado sobre la montaña de pedazos de ánforas de distintos tamaños y colores, con las manos tapándole el rostro. Su cuerpo se agitaba y Macrón pudo escuchar sus sollozos.

El carnicero corrió hacia él. No le preocupaba en exceso que el pequeño estuviera llorando, pero sí que el encapuchado se le hubiera escapado.

—¿Dónde está ese hijo de Cerbero? ¿Has visto por dónde se ha marchado?

El niño no respondió. Siguió llorando con el rostro oculto.

Macrón, de naturaleza poco paciente, empezó a cansarse de aquella situación.

—Niño, no tengo toda la noche…

El carnicero intentó agarrar al pequeño por el hombro, pero este se zafó con agilidad y bajó de un salto al pie de la montaña de trozos de cerámica. Macrón pudo verle el rostro. No había lágrimas en sus ojos. El pequeño cabrón no había estado llorando. Había estado riéndose de él.

Macrón cayó en la realidad de golpe. Todo había sido una broma. O peor aún, una estratagema para apartarlo de su tienda y poder entrar en ella y robarle a placer.

—Malditos bastardos engendros de una zorra fenicia… —comenzó a maldecir mientras alzaba el cuchillo para descargarlo sobre el niño, que todavía lo miraba con una sonrisa en el rostro. Podía quedarse allí y dar su merecido a aquel ladronzuelo. Tal vez cortarle una oreja, o la punta de la lengua… Nada mortal, pero sí algo que les quitara las ganas a él y a sus amigos de volver a intentar robar a Macrón, el carnicero. Podía hacer eso o podía regresar corriendo a su tienda y evitar que los hurtos fueran más graves. Decidió que la segunda opción era la más sensata. Miró al niño, tratando de fijar en su mente los rasgos de su rostro para ajustarle las cuentas más adelante, y se dio la vuelta, para echar a correr.

Se detuvo en seco. Ante él, cerrando la salida del callejón, había un grupo de niños. Macrón pudo contar hasta siete, aunque le pareció que detrás del grupo principal que había aparecido ante él se movían otras figuras. Todos le miraban con una sonrisa en los labios.

—¡Largaos de aquí o vais a probar el filo de mi cuchillo!

Los niños no se movieron. Tres de ellos dieron un paso hacia el carnicero.

—¡Os voy a trinchar como si fuerais pollos de corral! Y después haré relleno de empanadas con vuestra carne…

Macrón apuñaló el aire frente a él. Siguió lanzando amenazas, pero los niños no solo no retrocedieron, sino que siguieron avanzando hacia él lentamente. El carnicero comenzó a preocuparse de verdad. Podía asustar a un par de chiquillos con sus insultos y sus amenazas. ¿Pero enfrentarse a una veintena de ellos? La preocupación se convirtió en auténtico miedo cuando cobró conciencia de un detalle. Él no era el único en aquel callejón que iba armado. Varios de los niños llevaban en las manos pequeños cuchillos y estiletes de aspecto peligroso.

—¿Qué queréis de mí, por Mercurio? ¿Queréis carne? ¿Dinero?

Macrón no sabía qué hacer. Podía intentar abrirse paso a cuchilladas a través del grupo de niños, pero lo más probable era que él mismo se llevara alguna puñalada al tratar de hacerlo. Podía gritar y pedir ayuda a sus vecinos, aunque Macrón sabía que las probabilidades de que algún transeúnte decidiera detenerse y arriesgar su propia vida para ayudarlo eran escasas, por no decir nulas.

Se debatía aún entre las dos opciones cuando algo impactó con fuerza contra su espalda. Macrón se giró. Había olvidado al niño que le había hecho caer en la trampa fingiendo llorar sobre la montaña de piezas de cerámica. El pequeño estaba todavía allí, pero no solo. Junto a él se encontraban otros cuatro niños, que habían permanecido ocultos tras la pila de restos.

Los cinco tenían en las manos trozos de ánforas rotas. Había sido eso lo que había impactado contra la espalda del carnicero: una enorme pieza de barro endurecido con aristas afiladas. Los niños alzaron las manos y arrojaron sobre él una segunda lluvia de proyectiles.

Macrón alzó las manos para tratar de protegerse, sin poder evitar que dos de los trozos le golpearan en el hombro y la mano. Los niños no le dieron tregua. Siguieron recogiendo proyectiles y lanzándolos contra él hasta que el carnicero retrocedió entre gritos de dolor.

—¡Os voy a matar a todos! —exclamó, con más desesperación y miedo que auténtica amenaza en el tono de su voz.

Sin embargo, el sufrimiento de Macrón no había hecho más que empezar. Mientras se protegía el rostro y la cabeza de la lluvia de proyectiles, sintió dos estallidos de dolor en la espalda. Volvió a girarse,

llevándose las manos a las heridas de forma inconsciente. El otro grupo de niños se había aproximado a él y dos de ellos habían aprovechado para clavarle con saña sus pequeños estiletes. Macrón sintió que la sangre corría entre sus dedos. Alzó su propio cuchillo y lanzó una estocada al niño que tenía más cerca, sin lograr alcanzarlo. En aquel momento, una pieza de cerámica impactó en la parte trasera de su cabeza, haciendo que su visión se nublara por unos instantes. Otro proyectil le golpeó en el rostro y abrió una enorme raja en una de sus mejillas. Uno más le impactó en los labios, quebrando varios de sus dientes. Macrón cayó al suelo, gritando.

Uno de los niños aprovechó para pisarle la mano y obligarle a que soltara el cuchillo. El carnicero estaba desarmado y a merced de la turba Infantil.

Macrón se encomendó a los dioses. Sin embargo, cuando esperaba que la muerte le sobreviniera en forma de golpes y puñaladas, los ataques cesaron. El carnicero aguardó, y al comprobar que no ocurría nada, se atrevió a alzar la vista. La sangre manada de las heridas apenas le dejaba ver, pero pudo hacerse una idea de la escena que se desarrollaba frente a él.

El grupo de niños se había situado a su alrededor. Desde el punto de vista de un hombre malherido arrojado en el suelo, sus figuras se antojaban titanes sedientos de sangre.

—Tened piedad. Haré lo que me pidáis… —balbució el hombre.

Uno de los niños dio un paso al frente. Había cogido del suelo el cuchillo de carnicero, y en sus manos infantiles este parecía mucho más grande y amenazador. Se agachó y apuntó a Macrón con su hoja afilada. Junto al pequeño había un perro de color canela, con el pelo erizado, que mostraba los dientes y gruñía amenazador.

—¿Este montón de estiércol es el que te ha dado una paliza esta mañana? —preguntó.

Otro de los niños de la banda se adelantó. Macrón alzó la vista y lo reconoció de inmediato. Era el niño al que había sorprendido robando en su carnicería. Le miró el rostro y vio el resultado de los golpes que él mismo le había propinado. A pesar de haber transcurrido ya varias horas, seguía teniendo la cara hinchada hasta el punto de no parecer un ser humano.

El niño desfigurado asintió. El que había hablado en primer lugar le tendió el cuchillo.

—Es vuestro —dijo.

El carnicero intentó levantarse y echar a correr, pero una tormenta de cuchilladas y proyectiles cayó sobre él. Pese al entusiasmo con el que los niños acometieron su venganza, Macrón tardó un buen rato en dejar de gritar y moverse.

Céfiro asintió complacido.

VI

El buen vecino

PASARON varios días en la vida de Marco sin que ocurriera nada destacable. Se levantaba tarde, casi al mediodía, iba a los baños a lavarse, leía alguno de los papiros de Neóbula, volvía a quedarse dormido con la caída de la tarde y, cuando se despertaba, iba a la taberna de Quelidón. En aquellas noches que pasó en la taberna bebiendo y comiendo, en ocasiones solo, a veces buscando la conversación superficial e intrascendente de algún borracho, Marco no vio a Alda. Una vez más, el amo, el dueño del establecimiento y de todos los esclavos que en él trabajaban, la había enviado a servir a otro lugar. Lemurio preguntó por ella en alguna ocasión, fingiendo un ligero desinterés, pero, como era habitual, nadie quiso darle Información acerca del paradero de la hispana. Él no insistió. Lo último que quería era que alguna de aquellas esclavas chismosas le dijera a Alda que Marco había estado noche tras noche esperándola cual Penélope entregada a su telar. Todavía estaba dolido por lo que había ocurrido con aquellos tres niños ricos días atrás. Marco recordaba las palabras de Tito, el portero. Esa chica te ha salvado la vida. Tal vez tuviera razón y Alda hubiera actuado así para evitar que los tres hijos de senadores tomaran represalias contra él. Tal vez Alda se había limitado a protegerle… Pero ¿y si no era así? ¿Y si su desprecio era genuino y auténtico? Marco pasó las noches entregado a aquellas cavilaciones, vaciando una jarra tras otra, hasta que los vapores del vino nublaban su mente y decidía regresar a su casa. Tampoco vio a Céfiro en todo aquel tiempo. Al menos, no despierto. Marco sabía que el niño estaba bien porque cumplía con todas sus obligaciones. Llenaba la despensa con el dinero que Marco dejaba cada noche sobre la mesa, tenía la casa

aceptablemente limpia, cambiaba el agua y se encargaba de que Ulises no hiciera sus necesidades en el interior del apartamento. Sin embargo, sus horarios eran totalmente opuestos. Marco vivía por la noche; Céfiro saltaba de la cama antes del alba. Lemurio solo veía al pequeño esclavo cuando regresaba de la taberna por la noche y el niño dormía en su jergón al fondo de la pequeña estancia; un bulto que respiraba de forma acompasada bajo una manta de mala calidad. Céfiro dormía como un cíclope borracho, y los ruidos que podía hacer Marco al moverse por la casa a aquellas horas jamás lo despertaban. Alguna noche se había acercado a la cabeza del esclavo y había depositado un suave beso en su cabeza.

Aunque Céfiro estaba bien en apariencia, Marco estaba preocupado por el pequeño. Sabía que la experiencia vivida con los fieles de Baco le había marcado de alguna manera, y temía que aquellas heridas internas pudieran haber causado en el niño más efecto del que podía observarse a simple vista. Marco sabía que en algún momento él tendría que hacer un esfuerzo y sentarse a hablar con Céfiro. Tal vez pasar más tiempo con él… Criarlo de niño había sido relativamente fácil, ya que para ello había contado con la ayuda de Antígona y Periandro, que cubrieron todas las carencias del propio Marco. Sin embargo, a medida que Céfiro crecía, él veía cómo el niño se alejaba lentamente. ¿Qué ocurriría cuando se convirtiera en un adolescente? ¿Y cuándo fuera un hombre? Marco no tenía respuesta para aquellas preguntas. No le gustaba pensar en el futuro. Nunca le había gustado.

También tenía que hacer una visita a Periandro en algún momento. El anciano no se merecía el abandono en el que Marco le había dejado. Además, su relación con Antígona pasaba por un momento cordial y, dado que aquellas treguas no solían durar, era mejor que aprovechara para hacer la visita al viejo profesor de retórica y filosofía antes de que las aguas volvieran a agitarse entre ellos dos. Crises tampoco había vuelto a hacer acto de presencia. Tras haberle mostrado a Marco la magnitud de sus poderes en la Isla Tiberina, el anciano se había esfumado. Fueran cuales fueran los asuntos a los que tenía que atender, parecía que le estaban llevando más tiempo del que el anciano había calculado. De este modo, el entrenamiento que con tanta atención le había propuesto a Marco había quedado suspendido justo en el momento en el que el alumno comenzaba a tener verdadero interés en él.

Aquel día, Marco se despertó con la firme intención de romper con la rutina a la que se había dejado arrastrar. Aquella noche no iría a la

taberna. Esperaría a Céfiro y charlaría con él. Averiguaría cómo se encontraba realmente el pequeño esclavo y a qué dedicaba el tiempo que pasaba fuera de casa. Pasaría también por casa de Varrón a ver a Quinto y preguntar si había algún mensaje de su amo para él. Tal vez hiciera que le enviaran una carta de su parte, apremiándole a que recordara a Cicerón su compromiso de ponerle en contacto con su misterioso cliente de Pompeya, al que aún no habían logrado localizar. Antes del anochecer bajaría a ver a Periandro y le llevaría al anciano algo de comer; algún plato elaborado que le recordara a su Grecia natal. Tal vez comprara un regalo para Antígona, algo que sellara la paz entre ellos de forma definitiva, o al menos de forma duradera.

Sí, Marco estaba dispuesto aquel día a coger las riendas de su vida y a salir del sopor en el que vivía sumido. Saltó de la cama y se puso en pie. Se sentía satisfecho, lleno de energía y feliz, como si todos los planes que tenía en su cabeza ya fueran realidades cumplidas y no solo las intenciones delirantes de un hombre con resaca y remordimientos. Se subió a un taburete y levantó la trampilla que daba acceso a su pequeña e improvisada terraza sobre el tejado de la *ínsula*. De un salto, salió al exterior.

Unas semanas atrás habría resultado imposible salir a la pequeña terraza que Marco había construido sobre el tejado de la *ínsula*. Cuando el sol golpeaba con toda la furia del verano, el tablado se convertía en un auténtico infierno que no remitía hasta la caída de la noche. Sin embargo, a medida que la estación estival iba quedando atrás, comenzaba el periodo del año en el que la estancia en aquel lugar resultaba más agradable. Marco estaba completamente desnudo. Estiró los músculos y lanzó un alarido para despejar los pulmones. Sabía que en aquel sitio nadie podía verle, aunque él sí disfrutaba de una panorámica privilegiada de los tejados del resto de *insular* de la Subura, así como de las colinas que rodeaban el valle en el que el humilde barrio estaba enclavado. Desde el tejado se podían escuchar los gritos en las calles colindantes, aunque llegaban hasta allí apagados y lejanos, como si pertenecieran a un mundo muy diferente. Aquella terraza era el pequeño paraíso de Marco, su oasis de paz, el rincón en el que refugiarse cuando todo amenazaba con derrumbarse.

Se sentó sobre las tablas, con las piernas cruzadas, disfrutando del sol de finales de verano y de la brisa que acariciaba el tejado. Era un aire limpio, sin olores, muy diferente del que se respiraba en las calles. Marco pensó en Crises y su propuesta; en Cicerón y Crisógono; en Céfiro, Antígona y también en Alda. Puso en orden sus pensamientos y,

cuando se sintió con fuerzas para afrontar el nuevo día, bajó de nuevo a su habitación.

En cuanto puso un pie en el suelo, unos golpes en la puerta retumbaron en el reducido apartamento. La pequeña tregua que Marco se había concedido a sí mismo estalló como una burbuja.

—No. Y no insistas. Mi respuesta es no.

Saturnino le miró con desesperación. Parecía capaz de echarse al suelo y abrazarse a las rodillas de Marco para tratar de ablandar su corazón.

—Marco, sabes que nunca te pido nada…

—Excepto algún filtro amoroso, dinero de cuando en cuando…

Marco estaba sentado en uno de los taburetes, contemplando cómo su amigo paseaba nervioso por la pequeña estancia principal del apartamento.

—¿Dinero? ¿Cuándo te he pedido dinero?

—Del filtro amoroso veo que no dices nada…

Marco se había vestido con su túnica para abrir la puerta y recibir a la inoportuna visita que amenazaba con desmontar sus elaborados y ambiciosos planes para aquel día. El visitante no era otro que Saturnino, el mismo que unas noches antes se había marchado muy indignado por las duras palabras que Marco le había dirigido y que, en aquel momento, se presentaba en su umbral con la sonrisa inocente del amigo que ha perdonado todas las ofensas recibidas. La misma sonrisa, pensó Marco, que ponía cada vez que quería pedirle algo. Marco comenzó por disculparse al haber cuestionado a su amigo noches antes, pero Saturnino rechazó sus disculpas con un gesto de la mano, dejando claro que aquello era algo olvidado. Lo que venía a contarle era mucho más importante que una simple pelea. ¡Atia y él se habían reconciliado!

—Enhorabuena… —había dicho Marco, tratando de que el sarcasmo no impregnara el tono de su voz, pero sin conseguirlo del todo.

De hecho, había continuado Saturnino, en las largas conversaciones que habían seguido a la reconciliación, él le había hablado a su prometida de Marco y sus habilidades mágicas. A la viuda le había resultado tan interesante el personaje que había insistido en que Lucio le llevara con él a la próxima fiesta que se celebrara en su casa. Saturnino estaba tan entusiasmado ante la idea de presentar a su amigo en el círculo de Atia, que había solicitado que la fiesta se celebrara cuanto antes. En medio de la vorágine de los preparativos, parecía que el asunto del collar de piedras azules había quedado olvidado.

Marco había escuchado todo aquello con indiferencia al principio, con alarma después y con abierto disgusto al final. Uno de los elementos que más valoraba en su vida era la discreción. Que solo un grupo muy reducido de personas conocieran dónde vivía y a qué se dedicaba. El deseo de pasar desapercibido se había intensificado en los últimos meses debido a los varios intentos de acabar con su vida que había sufrido y a que gracias a la generosidad de Varrón ya no necesitaba captar clientes para ganarse la vida. Lo último que quería en aquellos momentos era que un grupo de senadores y caballeros supieran de su existencia.

Como era de esperar, Marco se había negado en redondo a asistir a la fiesta en casa de Atia. Saturnino, que no concebía que alguien no compartiera sus deseos de medrar socialmente, se mostró sorprendido, casi ofendido, ante aquella respuesta.

—No lo entiendo… Te estoy invitando a cenar. Cualquiera diría que te estoy pidiendo que me ayudes a descargar un carro lleno de sacos… ¡Es una fiesta, por Hércules! Marco, por favor, estoy desesperado.

—Prefiero romperme la espalda descargando sacos a aguantar a esa gente a la que consideras tus nuevos amigos. No insistas. Y ahora tengo que marcharme. Así que si me acompañas…

Saturnino estuvo a punto de decir algo, pero desistió en el último momento. Comprendió que era preferible ahorrar sus energías para excusarse ante Atia que malgastarlas tratando de convencer a Marco. En su desesperación había llegado a creer que podría doblegar la férrea voluntad de su amigo. Era evidente que todo habla sido un error y una pérdida de tiempo.

—Con amigos así, uno no necesita enemigos… —dijo.

—Cuando quieras beber vino y charlar, soy tu hombre. Incluso si en algún momento necesitas dinero y yo lo tengo, puedes contar conmigo. Pero no me pidas que me convierta en el bufón de un grupo de nobles porque eso no lo haría ni por la memoria de mi madre.

Saturnino hizo un mohín de fastidio seguido de un gesto de despedida con la mano y salió del apartamento de Marco mascullando maldiciones.

Lemurio esperó un tiempo prudente para dejar que su amigo llegara hasta el final de la escalera y se perdiera por el laberinto de callejones de la Subura. No quería salir a la calle con él y arriesgarse a que Saturnino decidiera acompañarle para seguir intentando convencerle. Tenía muchas cosas que hacer y todas ellas requerían su atención plena.

Cuando hubo pasado un rato, el propio Marco salió del apartamento y bajó las escaleras. Unos pisos más abajo, sin embargo, tuvo que detenerse. El rellano estaba ocupado por varios hombres de aspecto fornido que rodeaban a un tipo más bajo con una prominente barriga, que colgaba por encima de un cinturón. El grupo estaba situado alrededor de una mujer madura, tras cuyas piernas se ocultaban varios niños y niñas de diferentes edades. La mujer alternaba los gritos con las súplicas, las amenazas, el llanto y los gestos de impotencia y desesperación.

Marco se paró unos escalones antes de llegar al rellano de aquel piso, más por obligación, ya que los hombres bloqueaban el paso por completo, que porque sintiera auténtica curiosidad ante lo que estaba ocurriendo allí. Por otro lado, aquella escena no le resultaba en absoluto extraña. El hombre orondo que parecía liderar al grupo se llamaba Vetio, y era el hombre de confianza del dueño de aquella *ínsula*. Vetio era el encargado de cobrar los alquileres a los inquilinos y asegurarse de que estos no causaran daños al edificio. Cuando un vecino no podía pagar, se le daba un primer aviso. El segundo retraso en el pago conllevaba una amenaza más firme. Un tercer mes sin abonar la cantidad correspondiente acababa de forma irremisible con la visita de Vetio acompañado de sus mercenarios, con el objetivo de echar de la casa al inquilino moroso, con independencia de que este fuera un anciano moribundo o una viuda con hijos a su cargo. El dueño del inmueble no admitía excusas; Vetio, en consecuencia, tampoco.

En el pasado, Marco había tenido algún encontronazo con aquel individuo de nariz bulbosa y trato desagradable. Aunque había llegado a amenazarle, el aura de misterio y peligrosidad que envolvía a Lemurio, en gran medida heredada de su madre, había logrado que Vetio fuera un poco más permisivo con sus retrasos en los pagos. Por fortuna, Marco siempre había acabado por reunir la cantidad adeudada, tanto por su pequeño apartamento como por el estudio de Neóbula en la planta baja. Había pasado meses con la despensa casi vacía, y el hambre había llegado a hacer acto de presencia en su casa. Pero Marco era consciente de la importancia de conservar aquellas dos viviendas que contenían no solo el recuerdo de su madre, sino sus más preciadas posesiones protegidas por diversos encantamientos.

—Solo un mes más, Vetio, por los dioses… Mi esposo sigue en oriente, combate con Lúculo… ¿Es que eso no vale nada en esta ciudad? ¿No puede la mujer de un legionario vivir tranquila mientras su esposo lucha por Roma? Hace tiempo que no me llega nada de su paga…, pero

estoy segura de que eso va a cambiar ahora que Pompeyo va a hacerse cargo de la guerra…

—Ni Pompeyo, ni Lúculo me importan una mierda. Si no hay dinero, no hay casa. Este es el tercer mes que no puedes pagar. Tendrás que buscarte otro sitio en el que criar a tus bastardos. Déjanos pasar, por tu propio bien.

Vetio tenía una voz agrietada y desagradable que le hacía aún más odioso a ojos de sus interlocutores. Junto a él, los cuatro mercenarios permanecían impasibles, con los fornidos brazos cruzados, a la espera de que su líder les diera la orden de actuar.

—Vamos, Vetio… Tal vez podamos encontrar otra forma de saldar esta deuda. ¿Qué me dices?

La voz y el tono de la mujer cambiaron de la súplica a un remedo de seducción que resultaba más patético que efectivo. Con sus hijos abrazados a sus piernas, uno de ellos llorando a gritos con la cara cubierta de mocos, lo último que despertaba aquella mujer eran sentimientos de lujuria.

—Ya saldaste tu deuda así una vez, y créeme que lo que me hiciste no valía un mes del alquiler de esta casa. Esas tetas flácidas hace tiempo que dejaron de valer un as como mucho.

Vetio dio un codazo a uno de sus hombres, y todos prorrumpieron en carcajadas.

La mujer enrojeció y se echó a llorar, desarmada ya, y sin recursos. Una de las hijas, la que parecía más mayor, bajó la cabeza avergonzada y echó a correr hacia el interior de la casa. Era evidente que había entendido las referencias de lo que hablaban su madre y aquel hombre.

—Muy bien, andando. No tengo todo el día.

Los tres matones avanzaron con la firme intención de apartar a la mujer de la entrada de la casa para acceder al interior y sacar sus probablemente escasas posesiones. Ella comenzó a chillar con más fuerza, abrazada a sus hijos con una mano y con la otra aferrada firmemente al marco de la puerta.

—Vetio, qué agradable es oír tu voz en esta escalera.

Marco se sorprendió de escuchar su propia voz imponiéndose sobre los chillidos de la mujer. No le había quedado más remedio que presenciar aquella escena desde unos escalones más arriba. En un primer momento, se había convencido a sí mismo de no intervenir. Aquella mujer, de la que no conocía ni el nombre, formaba parte del grupo de vecinos que no se ahorraban comentarios despectivos hacia

Marco en cada ocasión en la que se encontraban un oído dispuesto a escucharlos. Cada vez que se cruzaba con él en la escalera, ella giraba la cabeza y apartaba a sus hijos, como si su vecino pudiera hacerles algún mal en caso de ponerse los niños a su alcance. Si algo le debía Marco a aquella vecina era rencor, o indiferencia en el mejor de los casos. Por otro lado, aquella no era la primera escena de desahucio que presenciaba en su vida, y con toda seguridad no sería la última. Los precios de los alquileres en Roma habían iniciado hacía ya tiempo una escalada a la que los más humildes no podían hacer frente. Las familias expulsadas de sus casas por propietarios codiciosos eran una realidad habitual en la vida de los habitantes de la Subura. No eran pocos los que se veían reducidos a la vida en las calles o, si podían permitírselo, a subarrendar en otra casa un pequeño cuarto en el que hacinarse toda la familia.

En otras ocasiones que había presenciado escenas así, Marco había pasado de largo. ¿Qué podía haber hecho él, al fin y al cabo? Bastante lucha suponía poder pagar sus propios alquileres y tener la despensa llena.

Aquel día, sin embargo, su bolsa estaba llena. Mientras escuchaba gritar a la mujer y llorar a los niños, las monedas comenzaron a pesarle como lo haría una roca atada a los pies de un hombre arrojado al mar. Marco trató de pensar en las veces que aquella mujer le había humillado, en el desprecio que rezumaba siempre su mirada… pero un pensamiento distinto acabó por abrirse paso en su mente. ¿Qué habría hecho Neóbula, su madre, en aquel momento? ¿Qué habría hecho la mujer que ayudaba en los partos de las mujeres más necesitadas, que visitaba a los niños enfermos en sus lechos, pudieran pagarle o no sus servicios?

Entonces su boca se abrió y las palabras salieron por ella, sin que Marco pudiera contenerlas. Cuando Vetio se dio la vuelta, Marco murmuró una maldición.

—Lemurio. Dejadle pasar, muchacho. Este tipo está al día con sus pagos. Nos dio problemas en el pasado, pero parece que se ha convertido en un romano honorable últimamente…

Vetio hizo una reverencia burlona ante Lemurio y sus hombres, siempre dispuestos a adular a su jefe, se echaron a reír una vez más.

—¿Puedo hablar contigo un momento?

—Si quieres que haga alguna reparación, ya sabes que no…

—No, no quiero que hagas ninguna reparación, maldita rata. La casa

se nos caerá encima antes de que tú abras tu bolsa para cambiar una teja… Quiero hablarte de otro asunto.

Marco sabía que insultar a Vetio ante aquellos matones no era una buena idea, pero, con la seguridad que daba el ser un buen pagador y tener los recibos al día, no pudo contenerse. Vetio, de hecho, no pareció sentirse ofendido por el comentario, y sonrió mientras asentía, dejando claro que, mientras el dinero del alquiler llegara puntual, los insultos rebotaban en él como guijarros lanzados contra un muro. Hizo un gesto a sus hombres para que esperaran junto a la mujer y subió los escalones que le separaban de Lemurio.

—¿No querrás negociar una rebaja del alquiler? Te advierto de que si es eso…

—No, tampoco quiero que me rebajes el alquiler. Aunque los dioses saben que en el Tártaro tiene que haber un lugar para los que cobran a precio de oro un muladar como este…

—Si no te gusta puedes irte a Sicilia a vivir en una choza. Ahí los alquileres son más baratos.

—Me gusta vivir en Roma, gracias. Ahora escúchame.

Marco bajó el tono de voz y Vetio aproximó su oreja a él para poder escucharle.

—¿Cuánto dinero te debe esa mujer? —preguntó.

—Tres meses, nada menos. Su marido estará en Asia dándose la gran vida con Lúculo, y no le manda ni un as a su mujer, el muy…

—Sí, sin duda te preocupa mucho la situación de esta mujer… ¿Y si yo te pagara dos meses? ¿Dejarías que se quedaran un tiempo?

Vetio apartó la cara como si le hubieran abofeteado y dio un paso atrás. Frunció el ceño y miró a Marco de arriba a abajo, como si temiera que en cualquier momento este se echara a reír, desvelando que le había hecho víctima de una broma. Al comprobar que su interlocutor no bromeaba fue él quien se echó a reír.

—Por Vulcano, que esto sí que no me lo esperaba, Lemurio. ¡Creí que ibas a ofrecerme cambiar tu apartamento por la casa de esta mujer una vez la hubiéramos echado a la calle! ¡Y lo que quieres es pagar su alquiler! Bien, bien… Tus motivos tendrás. Las monedas de tu bolsa son tan buenas como las suyas, así que por mi parte no hay problema ninguno.

Vetio le dijo la cantidad. Marco abrió su bolsa, contó las monedas y se las entregó al cobrador, que las guardó con celeridad en su propio zurrón.

—Muchachos, hemos terminado por hoy. Un placer hacer negocios contigo, Lemurio.

La mujer había contemplado la escena en silencio, sin entender muy bien qué era lo que sucedía. Ya no gritaba, pero las lágrimas seguían cayendo por sus mejillas. También los niños se habían quedado en silencio.

Los tres matones comenzaron a bajar por la escalera. Cuando Vetio pasó frente a la mujer se dirigió a ella.

—Sigues debiéndome un mes, pero te concedo un tiempo para que consigas el dinero. ¿Lo ves? No soy tan malo.

La mujer asintió, todavía confusa.

Vetio añadió en tono burlón.

—Ahora puedes ofrecerle a él eso que querías hacerme a mí. Tal vez el brujo sí acepte.

Vetio y sus hombres volvieron a reír y desaparecieron escaleras abajo.

Ella entonces comprendió lo que había ocurrido. Envió con varios empujones y manotazos a sus hijos hasta el interior del apartamento y se limpió las lágrimas con un pliegue de su túnica remendada.

Marco se apresuró a bajar los escalones. Lo último que quería en aquellos momentos era una escena de tierno agradecimiento y disculpas por haberlo tratado mal en el pasado. El dinero que había pagado a Vetio lo daba ya por perdido, pues estaba seguro de que solo con ayuda de la diosa Fortuna su vecina podría reunir las cantidades para seguir pagando el alquiler los meses siguientes. Era imposible que juntara la suma suficiente como para satisfacer la deuda que acababa de contraer con él.

—Espera —dijo ella, en un tono de voz más brusco de lo que Marco esperaba. ¿Era enfado aquello que notaba en su voz?

Marco se detuvo en el rellano.

—¿Por qué has hecho eso? —preguntó ella, apuntándole con el dedo —. ¿Qué esperas conseguir a cambio?

Marco esbozó una sonrisa sarcástica. Debía de haberlo supuesto. El corazón de aquella mujer estaba tan corroído por la miseria y el rencor que no podía concebir que alguien le ofreciera su ayuda sin tener una segunda intención.

—No necesito que nadie se meta en mis asuntos, brujo. Si lo que pretendes es que yo te…

Marco dio un paso al frente, esbozando su mejor cara de brujo

furioso y a punto de conjurar todas las sombras del Tártaro. Una cara que le había procurado muchos éxitos en su vida como estafador.

—No lo he hecho por ti —dijo con voz cavernosa—. A ti no te echaría una meada encima aunque viera que estás ardiendo en llamas. Eres una vieja amargada que se merece acabar en la calle vendiendo su culo por un as detrás de cualquier columna. Lo he hecho por ellos.

Marco señaló hacia el interior de la vivienda, de donde ya se escuchaban gritos de niños jugando, protestando y llorando.

—Ellos no tienen la culpa de que su padre prefiera gastarse su sueldo en putas de Pérgamo, ni de que su madre sea una mujer odiosa y desagradecida a la que los dioses parecen haber metido un palo de escoba por el culo. Merecen tener un techo bajo el que vivir y un trozo de pan que llevarse a la boca. Y si sus padres son lo bastante inútiles como para procurárselo, entonces tendrá que ser el jodido Marco Lemurio el que se asegure de que esos niños no pasen hambre y penurias.

La mujer retrocedió varios pasos, hasta tocar con la espalda en la pared, visiblemente atemorizada. Nunca había visto una reacción así por parte de su vecino, del que había oído todo tipo de historias, pero al que jamás había contemplado enfadado.

—Y no te preocupes por el dinero. Considera saldada esta deuda. No quiero nada de ti.

Marco se dio la vuelta y echó a andar escaleras abajo. Esperaba que la mujer le insultara o que incluso tratara de golpearle. Sin embargo, escuchó a su espalda la puerta de la casa cerrándose de golpe. Mejor así, pensó Lemurio. En su interior bullía una mezcla de sentimientos contradictorios. Por un lado, sentía que había hecho lo correcto. De no haber intervenido él, aquellos niños habrían estado durmiendo en la calle aquella misma noche, a merced de cualquiera que quisiera hacerles daño o llevárselos ante una madre incapaz de defenderlos. Pero por otro se sentía terriblemente estúpido por haber gastado su dinero en ayudar a alguien que no solo no le mostraba agradecimiento, sino que además le insultaba y le despreciaba abiertamente. Maldijo a los dioses, enfadado, sintiendo un dolor casi físico al notar su bolsa considerablemente más vacía de lo que había estado al salir de su casa. Iba tan ensimismado que no se dio cuenta de que, tras la puerta entreabierta de uno de los apartamentos, dos pisos más abajo, alguien que había escuchado toda aquella conversación le salía al paso. Marco caminaba tan deprisa que no pudo evitar el choque con la joven que

acababa de salir al rellano de la primera planta.

—Vaya… —dijo ella—. Vas con prisa.

—Antígona… —murmuró Marco, todavía ofuscado por la escena que acababa de protagonizar con la vecina—. Discúlpame. ¿Te he hecho daño?

—Tranquilo. Ha sido solamente un choque. Creo que sobreviviré.

Antígona se estiró con la palma de la mano las arrugas de la túnica. Marco la miró en silencio.

—He escuchado todo lo que ha pasado allí arriba… —dijo ella, al fin.

Marco resopló.

—No tenías que haberla insultado de esa manera. No es mala mujer. Es únicamente que… no lo está pasando bien. Tiene muchas bocas que alimentar.

—Es evidente que no has escuchado todo lo que ha pasado, entonces —Marco se giró, dispuesto a marcharse. No tenía ánimos para tolerar en aquel momento reproches de nadie. Entre Antígona y él había en aquellos momentos una tregua de coexistencia pacífica y Marco no quería romperla por una discusión sobre una vecina amargada.

—Espera. No tenía que haber empezado por ahí. Ya sabes que tengo cierta tendencia a… regañarte. Supongo que es una costumbre de cuando… ya sabes a lo que me refiero.

—¿Cuándo estábamos juntos? —preguntó él, todavía mirando al hueco de la escalera y dando la espalda a Antígona.

—Sí. A eso me refiero. También he escuchado todo lo anterior. Sé lo que has hecho por esa mujer y por sus hijos. Es muy noble por tu parte, y muy mezquino por la suya el no reconocerlo. Eres un buen hombre, Marco. Los que te conocemos lo sabemos. Y creo que no hay nadie en esta casa que te conozca mejor que yo. Marco se dio la vuelta en ese momento… y se encontró con la puerta de la casa de Antígona cerrándose en sus narices. La joven se había marchado, dejándole con la palabra en la boca.

VII

Un hombre enamorado

MARCO se ahogaba. La opresión en el pecho era brutal. Por más que forcejeaba y trataba de zafarse, los brazos que habían hecho presa en su cuerpo se negaban a aflojarse. Su visión comenzó a nublarse. Si no llevaba de inmediato aire a sus pulmones se desmayaría…

En el momento en el que Marco estaba a punto de perder el sentido, Quinto le soltó y le dejó de nuevo en el suelo. Marco respiró a grandes bocanadas. El mareo le golpeó, haciendo que estuviera a punto de caer al suelo. En lugar de darle una tregua, Quinto le palmeó la espalda con fuerza mientras prorrumpía en carcajadas.

—¡Qué caro te vendes, Lemurio! Desde que el amo se marchó ya no te dejas ver por aquí. Le he pedido al atriense que me diera permiso para ir a verte, pero ya sabes que ese viejo…

—¡Quinto, grandísimo hijo de una gorgona, casi me matas! —exclamó Marco, dejándose caer sobre un taburete para tratar de recobrar las fuerzas y el sentido del equilibrio—. No vuelvas a abrazarme así, pedazo de mula. No me extrañaría que me hubieras roto algún hueso…

—No, no. No tienes nada roto. Créeme que lo sabría. Cuando abrazo fuerte y aprieto de verdad, noto a la perfección cómo se rompen los huesos. Recuerdo una vez, en Nuceria, durante una pelea… Oh, a ese tipo sí que le rompí unos cuantos huesos. Es una sensación inconfundible, como cuando masticas un hueso de pollo y…

—Me hago una idea —interrumpió Marco. A menudo se olvidaba de la fuerza descomunal de Quinto y de cómo él mismo tampoco era siempre consciente del potencial de sus músculos—. Ahora, si no quieres que te denuncie al atriense y te haga colgar en la cruz, di a una

esclava que me traiga un poco de vino. Creo que tengo sangre en la boca… Maldita bestia, seguro que me has reventado por dentro. Si me muero como consecuencia de este abrazo te juro que volveré como fantasma para atormentarte.

Quinto volvió a echarse a reír, pero en aquella ocasión con una risa nerviosa y poco natural. La mención a un fantasma que regresara para perseguirlo le había recordado la escena que él mismo había presenciado junto al Campo de Marte aquel verano… Aquella noche, no muy lejana, había visto a Lemurio devolverle la vida a un cadáver y conseguir que hablara. Si era capaz de eso… seguramente podría conjurar a algún espíritu vengativo. Todavía con la piel de gallina, y antes de que Marco pudiera añadir nada, Quinto desapareció para cumplir su petición.

El patio trasero de la *domus* de Varrón estaba muy tranquilo a aquellas horas de la tarde. El amo estaba lejos, cumpliendo sus obligaciones como legado de Pompeyo en la guerra contra los piratas, y su ausencia imprimía a la casa unos ritmos más lentos y relajados. Las esclavas mantenían limpias las estancias y el atriense se encargaba de que los negocios de su amo siguieran su curso, pero todo ello se hacía con la calma de quien sabe que tiene tiempo sobrado para realizar sus tareas.

Fue el mismo Quinto quien regresó, trayendo consigo no solo una jarra de vino y dos vasos, sino también a Trasíbulo, el esclavo que se encargaba de la correspondencia y la biblioteca de Varrón. Marco, que aún respiraba con dificultad tras el abrazo del antiguo gladiador, saludó al escriba y se dejó servir un vaso de vino que apuró de dos largos tragos. Quinto se sirvió otro para él mismo.

—Ese vino es solo para los invitados. Si el atriense te descubre bebiéndolo, te irás a dormir esta noche con unos cuantos latigazos en la espalda —dijo Trasíbulo, con una sonrisa de indulgencia en los labios.

—El atriense no va a enterarse. Está encerrado con el capataz de la finca de Formias haciendo lo que más le gusta: contar dinero. Además, el único en esta *domus* que sabe dar unos latigazos en condiciones soy yo… Los latigazos del atriense son más suaves que los besos de mi abuela —Quinto se sirvió un segundo vaso de vino—. ¿Quieres un poco, Trasíbulo?

—No, gracias. Tengo cartas que copiar y despachar antes de que caiga la noche. Y hablando de cartas… hace unos días llegó una para ti, Lemurio.

—¿Y cuándo pensabas hacérmela llegar? —preguntó Marco, molesto, aunque algo más aplacado por la magnífica calidad de los vinos de Varrón.

—Mi amo escribe una media de veinte cartas al día. Hay días en que llega a escribir hasta cuarenta. Para sus amigos, para sus clientes, para sus socios, para los administradores de sus fincas… Las envía aquí y nosotros tenemos que despacharlas a sus destinatarios. También me manda fragmentos de las obras que va escribiendo, para que yo las copie y las ordene. Comprenderás que, ante tal cúmulo de trabajo, no eres una prioridad.

—Uno casi me mata y el otro me insulta. Cuando vuelva Varrón me aseguraré de que os venda a un prostíbulo barato. O a una mina de sal. O mejor aún, a un prostíbulo en una mina de sal.

—¿Hay prostíbulos en las minas de sal? —preguntó Quinto, muy intrigado por el tema. Trasíbulo y Marco le ignoraron.

El escriba le tendió a Marco unas tablillas y él, todavía sentado en el taburete, empezó a leerlas en silencio.

Salve Marco Lemurio.

Estoy dictando estas líneas desde la cubierta de un barco frente a las costas de Creta. Las olas hacen que todo se mueva a mi alrededor y que el simple acto de escribir sea para mí un suplicio de borrones y tinta derramada. Puedes hacerte una idea de cuál es mi humor en estos momentos. Seré, por tanto, breve.

En su última carta, Trasíbulo me informa de que no tiene apenas noticias tuyas. ¿He de recordarte la naturaleza de nuestro acuerdo? No te pago para que te bebas mi vino, sino para que me traigas historias. No Importa que yo esté en Roma o no: tu trabajo debe continuar. Durante mi ausencia, Trasíbulo será mis oídos y él se encargará de poner por escrito toda la información que recopiles acerca de los temas que consideres de interés. Confío en tu buen juicio para seleccionar los asuntos que pueden adecuarse a la obra que estoy escribiendo. Debo confesarte, sin embargo, que últimamente han despertado mi curiosidad una serie de leyendas acerca de una criatura llamada estrige. He indagado por mi cuenta y parece que estas historias se cuentan tanto en el sur de Italia como entre los pueblos de la Dacia, e incluso más al norte. Parece ser que es una criatura que se nutre de la sangre de sus víctimas, niños especialmente. Estoy seguro de que tú sabrás más que yo sobre el tema. Algo de información sobre este asunto de las estriges sería una buena forma de justificar el dinero que te pago y de aplacar el

enfado que siento en estos momentos. Espero una larga carta de Trasíbulo con tu informe sobre este tema antes de que llegue el otoño.

Y no, no me olvido del asunto de ese personaje al que tanto interés tienes en encontrar y cuyo nombre no pondré por escrito. He enviado numerosas cartas a Cicerón pidiéndole que te reciba en su casa, pero desconozco si la entrevista entre vosotros se ha producido ya. En caso de que nuestro recién elegido pretor no se haya dignado aún a darte la información que me prometió, Trasíbulo hablará con su esclavo Tirón para que acelere el proceso. Pese a lo enfadado que estoy contigo, no olvidaré mi promesa. Hablaré con el mismo Cneo Pompeyo si es preciso para que le mande una carta él mismo a Cicerón y le recuerde el asunto.

Tú no olvides tu informe sobre las estriges.

Marco devolvió las tablillas a Trasíbulo. Estriges… Marco, por supuesto, había escuchado hablar de aquellas criaturas. En su propio dormitorio guardaba varios papiros en los que se hablaba de ellas, algunos con inquietantes ilustraciones. Sin embargo, nunca se había encontrado con una frente a frente. Supuso que, pese a ello, no le resultaría muy difícil reunir una cantidad de datos lo bastante significativa como para aplacar a Varrón durante un tiempo.

—Has leído la carta, supongo.

—Leo toda la correspondencia de mi amo y hago copias de las cartas más importantes. Varrón tiene intención de publicar algunas dentro de algunos años.

—No creo que esta se encuentre entre ellas…

—No. De hecho, tengo orden de destruir toda correspondencia entre tú y mi amo. Y ahora, vámonos. Quiero dejar este asunto solucionado antes de que se ponga el sol. Quinto, acompáñanos. Ya he avisado al atriense.

Quinto asintió y se dirigió a su barracón para coger sus armas.

—¿Dónde vamos? —preguntó Marco, sin entender.

—¿No has leído la carta? A casa de Cicerón. Voy a hablar con Tirón para que te consiga esa reunión con su amo. Ninguno de nuestros informadores en Pompeya ha oído hablar jamás de ese supuesto cliente, ese Crasipedes, del que te habló Cicerón. Es posible que se trate de una confusión, y que estemos buscando al hombre equivocado. Lo mejor es que lo aclaremos directamente con Marco Tulio, aunque mi amo Varrón no esté presente.

—¿Hoy mismo? Bien… supongo que cuanto antes mejor. ¿Y el asunto de las estriges?

—Necesitarás tiempo para investigar, ¿no es así? Vuelve en unos días y hablaremos.

El tono de Trasíbulo dejaba claro que no compartía con su amo la misma curiosidad por los temas sobrenaturales.

—No crees que existan las estriges, ¿verdad?

—Con sinceridad, no. Como tampoco pienso que haya nada de verdad en las historias que le vendes a Varrón. Pero no me compete a mí opinar acerca de en qué se gasta su dinero el amo. Si le entretienen tus cuentos… bienvenidos sean.

Marco esbozó una sonrisa y no respondió. Estaba acostumbrado a los escépticos que cuestionaban todo aquello que no podían ver con sus ojos o tocar con sus manos. Muchos de ellos eran los primeros en acudir a contratar los servicios de Marco en el momento en el que algo en sus vidas se torcía.

—Si consigo capturar una estrige, la traeré para que te chupe la sangre.

—Si bebe sangre al ritmo que tú bebes vino, estaré perdido.

Marco se echó a reír. Nunca había visto a Trasíbulo tan relajado y sincero. Era evidente que la ausencia del amo hacía que los esclavos se permitieran ciertas licencias. Quinto regresó, armado con una espada corta que quedaba casi oculta entre los pliegues de su túnica. Aunque la ley dictaba que nadie podía ir armado dentro de las murallas de Roma, la violenta realidad de la Urbe imponía unas costumbres muy diferentes. Pocos eran los que se aventuraban a salir a las calles de la ciudad sin llevar algún tipo de arma, aunque fuera un simple cuchillo.

—Podríamos ir en litera —sugirió Marco, recordando la ocasión en la que el propio Varrón le había permitido hacer uso de su cómodo medio de transporte.

—Y también llevarnos un par de esclavas y un cántaro de vino para hacer más ameno el trayecto. ¿Te parece?

Marco resopló ante la ironía de Trasíbulo.

—Desde luego, eres más agradable cuando tu amo está en Roma.

La imponente presencia de Quinto hizo que no tuvieran ningún problema por el camino. Cualquiera con intenciones poco honradas se lo pensaba dos veces antes de asaltar a una pareja que iba acompañada de un gigante como él.

La *domus* de Cicerón se encontraba cerca de la de Varrón, de modo que no tuvieron que caminar mucho. Ambos senadores vivían en la zona intermedia del Capitolio, a medio camino entre el valle del Foro y

la cima de la colina que estaba dominada por el templo de Júpiter Óptimo Máximo. En aquellos momentos, el templo de Júpiter, el edificio de culto más importante de Roma, estaba siendo reconstruido tras haber sido arrasado por un incendio en tiempos de las guerras civiles. Unas obras que se habían alargado ya muchos años y que no tenían visos de terminar a corto plazo.

Marco, Quinto y Trasíbulo rodearon los muros de la *domus* y se dirigieron a las puertas de servicio, destinadas a la entrada y salida de los esclavos, así como de las mercancías que surtían la despensa de Cicerón y su familia. La presencia de Trasíbulo, al que los esclavos de la casa reconocieron de inmediato como siervo de Varrón, les franqueó la entrada sin tener que dar explicaciones. Varrón era uno de los amigos más íntimos de Cicerón, y era habitual que los esclavos de uno y otro visitaran las casas de sus amos para atender diversos asuntos. Trasíbulo, además, solía colaborar con Tirón, el escriba personal de Cicerón, en numerosos asuntos, ya que sus dos amos compartían el mismo apetito voraz por los libros y la misma pasión por la escritura.

Quinto permaneció en el patio mientras Marco y Trasíbulo eran conducidos al interior de la casa.

—Esperad aquí —les dijo una esclava, tras llevarlos a una pequeña estancia casi vacía—. Tirón vendrá enseguida.

—¿Eres muy amigo de ese Tirón? —preguntó Marco, mientras paseaba por la habitación. Suponía que su presencia allí era meramente simbólica, ya que sería Trasíbulo el que conseguiría o no que Cicerón le recibiera en algún momento.

—Por los servicios que prestamos a nuestros amos tenemos varios proyectos en común y solemos pasar bastante tiempo juntos, sí.

—Entiendo… Así que pasáis mucho tiempo juntos —Marco miró a Trasíbulo y le guiñó un ojo.

Trasíbulo se puso rojo de inmediato.

—No, no es lo que tú piensas… Si Varrón llegara a sospechar que…

—Tranquilo, Trasíbulo. Sé que no crees en estas cosas, pero yo mismo estuve a punto de acostarme hace unos días con un demonio que asumía forma humana… No está mi vida como para andar juzgando la de los demás. Si yo te contara con quién me he metido en la cama…

—Ya te he dicho que Tirón y yo no…

En ese momento entró un hombre joven en la habitación y sonrió a Trasíbulo. Entonces, Marco tuvo claro que la relación entre aquellos dos esclavos iba más allá de una simple amistad. Tirón disimuló la sonrisa

al ver que Trasíbulo no estaba solo. El esclavo de Varrón, sin embargo, se mantuvo frío y distante, sin lograr que el rubor desapareciera de sus mejillas.

—Buenas noches, Trasíbulo y… Marco Lemurio, si no me equivoco.

Tirón tenía una voz dulce y un rostro agradable que inspiraba confianza.

—Ese soy yo —respondió Marco. Ante el azoramiento de Trasíbulo se disponía a hablar él mismo, pero el esclavo de Varrón se le adelantó.

—Buenas noches, Tirón —dijo, con una formalidad que únicamente podía ser fingida y que arrancó una sonrisa a Marco. Ver a Trasíbulo pasar aquel mal rato le hacía sentir culpable en parte, pero al mismo tiempo era una dulce venganza por no haberle permitido hacer uso de la litera de Varrón—. Vengo por encargo de mi amo, Marco Terencio Varrón, que como sabrás se encuentra en oriente como legado de Pompeyo.

—Por supuesto —respondió Tirón, ya sin sonreír tras haber entendido que Trasíbulo no deseaba que la verdadera relación entre ambos se dejara ver en aquella entrevista—. Mi amo recibe frecuentes cartas de Marco Terencio.

—Es probable que en alguna de ellas le haya hablado de este hombre, Marco Lemurio. Es un cliente al que mi amo tiene en alta estima. Antes de que Varrón partiera a oriente, Marco Tulio Cicerón le facilitó una información acerca de uno de sus clientes en Pompeya… Información que, por desgracia, no hemos sido capaces de contrastar. Por muchos esfuerzos que hemos hecho no hemos conseguido dar con el paradero de esa persona. Nadie en Pompeya parece conocerle… Mi amo ha escrito al tuyo para interrogarle acerca de este desagradable error, pero aún no hemos recibido respuesta a sus requisitorias…

—Oh, por los dioses, Trasíbulo. No estamos en un poema de Homero —intervino Marco—. Dejaos de formalismos y vayamos al grano. Se ve desde el Aventino que vosotros dos sois amantes, y si no es así deberíais serlo, porque es evidente que os morís de ganas. Dejad de fingir, no estamos ante el colegio de las vestales y no tengo tiempo de tonterías.

—¡Lemurio! —exclamó Trasíbulo, con el color de su rostro pasando del rojo pálido a un tono cercano al morado.

—Ya te he dicho que a mí me da igual con quién se meta cada cual en la cama. Sí, sé que si vuestros amos se enteran os harían crucificar y todas esas cosas que siempre se dicen para meter miedo a los potenciales Espartacos. Pero yo no pienso decir nada a nadie, así que

podéis estar tranquilos. Vamos, Trasíbulo, siéntate. Parece que hubieras visto una estrige.

—¿Una qué? —preguntó Tirón, que no se mostraba en absoluto tan avergonzado como Trasíbulo.

—Es una larga historia. Tirón, escúchame. Tu amo prometió ayudarme con un asunto personal. Darme una cierta información que necesito para encontrar a una persona. Tal vez te suene su nombre… Crisógono. Un liberto de Sila. Al escuchar aquel nombre le tocó a Tirón el turno de ponerse nervioso. Su cara se volvió pálida como la cera de una vela.

—En esta casa todos sabemos quién es Crisógono. No es un nombre que nos arranque una sonrisa precisamente.

—No temas, tampoco yo siento ninguna simpatía por él. Tengo sospechas fundadas de que Crisógono ordenó la muerte de mi madre, hace ya muchos años. Y tu amo sabe dónde puedo encontrar a Crisógono, y prometió darme esa información. Me facilitó un nombre, un tal Crasipedes de Pompeya…, pero haciendo uso de todos los recursos de Varrón no hemos conseguido dar con él. Necesito saber cómo contactar con ese Crasipedes, si es que existe.

Tirón escuchó en silencio y finalmente hizo un gesto con la mano.

—Sentaos, por favor —indicó—. ¿Queréis beber un poco de vino?

—Nunca digo que no a una invitación —dijo Marco. Trasíbulo le miró con furia, todavía sin conseguir articular palabra.

Tirón regresó con tres vasos y una jarra. Sirvió su contenido y le ofreció el primero de los vasos a Trasíbulo, acariciando su mano en el momento en el que este lo tomaba.

—Si mi amo se entera… —murmuró Trasíbulo.

—Nuestros amos ya saben lo nuestro, te lo he dicho muchas veces —respondió Tirón, más tranquilo—. No somos tan discretos como tú te crees.

Tirón acarició de nuevo la mano de Trasíbulo, ya sin disimulo.

—Marco Lemurio, no voy a mentirte. Es casi imposible que mi amo pueda recibirte en una fecha próxima. Ha sido elegido pretor para el año próximo y sus compromisos se han multiplicado. Cada mañana tenemos el *atrium* atestado de gente que quiere verle y solicitarle algo, desde un préstamo hasta que los represente en los tribunales… Marco Tulio está sobrepasado porque tantas visitas le restan tiempo de lectura y escritura, y eso le hace estar permanentemente enfadado. De modo que no puedo prometerte nada.

Trasíbulo abrió los ojos, alarmado.

—¿No es suficiente una recomendación de mi amo Varrón? No pienso que le guste mucho escucharlo.

—Varrón y Pompeyo están en oriente, y todo apunta a que van a permanecer allí una larga temporada. Hablaré con mi amo, pero no hay mucho que yo pueda hacer en este aspecto. Solo recibe a senadores o caballeros muy influyentes.

A diferencia de Trasíbulo, Marco no se alteró. Acostumbrado como estaba a la actitud desdeñosa de los nobles, no esperaba que Cicerón actuara de otra manera a como les estaba relatando Tirón.

—¿No hay entonces ninguna forma de acceder a él? —preguntó.

—Salvo que tengas acceso a los círculos íntimos en los que se mueve Marco Tulio, lo veo difícil. Solo sale de casa para ir a algún compromiso social o para asistir a las reuniones del Senado. La campaña electoral y todo el asunto de la *lex Gabinia* le dejaron agotado. O eso dice él, al menos.

—Nos marchamos, entonces —respondió Trasíbulo, enfadado. Estaba acostumbrado a que la simple mención del nombre de su amo le abriera todas las puertas, y no podía entender que un tipo como Cicerón, que ni siquiera pertenecía a una de las grandes familias nobles de la República, se atreviera a mostrarse tan soberbio con una petición de Varrón.

—Trasíbulo, sabes que no puedo hacer nada… Ya conoces a mi amo.

—Por supuesto que puedes hacer algo. Cicerón come de tu mano cuando te lo propones… Si tú quisieras tendríamos a ese Crasipedes aquí mismo en un…

—De acuerdo, parad los dos. No hagáis de esto un asunto personal. Es a mí a quien afecta —intervino Marco.

—Por supuesto que es un asunto personal. Vámonos, Lemurio.

Marco ignoró al esclavo y se giró de nuevo hacia Tirón.

—¿Puedes decirme al menos cuáles son esos compromisos sociales a los que tiene que acudir en las próximas semanas? Ya que no podrá recibirme en su casa, tal vez yo pueda acercarme a él en alguno de estos eventos.

Tirón esbozó una sonrisa burlona, que hizo que Marco sintiera ganas de estamparle el puño en ella.

—No te ofendas, pero no creo que te muevas por los mismos círculos sociales que mi amo.

—Te sorprendería por qué ambientes me muevo, esclavo. ¿Puedes

darme esa información o no? Tirón miró a Trasíbulo, que seguía con el ceño fruncido y los brazos cruzados, visiblemente molesto.

—Está bien —dijo al fin—. Supongo que eso sí puedo hacerlo. Pero te lo advierto, mi amo va acompañado siempre de una fuerte escolta que no dudará en romperte los brazos si intentas hacer algo extraño.

Podría convertir en rana a los escoltas de tu amo si me lo propusiera, pensó Marco.

—No tengo intención de hacer daño a tu amo, si eso es lo que le preocupa. Es solo información lo que necesito.

—De acuerdo —Tirón sacó del interior de su túnica unas tablillas y las consultó—. Mañana cenará en casa de Apio Claudio… ahí hasta los esclavos que limpian las letrinas son tan secos como un bacalao en el desierto. Dudo que consigas nada. Dos días más tarde tiene ese compromiso de su mujer con la viuda Atia… Él no quiere ir, pero Terencia le obliga, así que no le quedará más remedio que…

La luz se hizo en la cabeza de Marco.

—¿Atia? ¿Una viuda que vive en el Palatino?

—La misma. ¿Por qué? ¿La conoces?

—No —dijo Marco sonriendo—, pero conozco a alguien que sí.

Había dado con el modo de acceder a Cicerón y, de paso, complacer a su amigo Saturnino.

Marco salió al patio y se reunió con Quinto. Trasíbulo le había pedido que se marchara junto con el enorme esclavo. Él se quedaría un rato más en casa de Cicerón para atender unos encargos de Varrón relacionados con su biblioteca. Marco supuso a qué se refería con aquellos encargos, pero no hizo comentario alguno. Dejó que Trasíbulo y Tirón solucionaran su pelea y se marchó. Tenía que encontrar a Saturnino antes de que su amigo decidiera invitar a otra persona a la fiesta en casa de Atia.

—Sé que no te gusta llevar escolta —dijo Quinto al verle aparecer—, pero tengo orden de acompañarte hasta tu casa y luego regresar aquí a recoger a Trasíbulo.

—Sospecho que Trasíbulo tardará en salir. Y yo no voy a mi casa. ¿Conoces la taberna de Quelidón? Puedes acompañarme hasta allí.

—No la conozco, pero no suena a templo de Vesta precisamente.

—El día que me tengas que acompañar a un templo de Vesta empieza a preocuparte. De momento vamos a la taberna.

Quinto y Marco se pusieron en camino. Lemurio caminaba en silencio, sumido en sus propias cavilaciones, mientras Quinto hablaba

encadenando un tema tras otro, respondiéndose él mismo a las preguntas que hacía y prorrumpiendo en sonoras carcajadas de cuando en cuando. Al cabo de un rato, cuando ya habían dejado atrás las cuestas del Capitolio y acababan de cruzar el Foro, el antiguo gladiador comenzó a torcer el gesto y a llevarse las manos al estómago. Se tiró un par de sonoros pedos que hicieron que varios transeúntes se giraran hacia ellos con gesto de desagrado.

—Disculpa —dijo Quinto—, En casa de ese Cicerón me han dado de comer un plato de alubias que han terminado por descomponerme las tripas. No sé si lo sabes, pero soy muy delicado del estómago.

—Nadie lo diría —respondió Marco con una sonrisa. Su compañero tenía el aspecto de ser capaz de devorar un buey entero, cuernos incluidos, y preguntar después por los postres—. Por mi parte, no sufras. Tírate los pedos que necesites.

Quinto respondió a la indulgencia de Marco con una tercera ventosidad, que dejó las dos anteriores como simples silbidos del viento a través de una cerradura.

—Ya me siento mejor —dijo.

Pero unos pasos más adelante, cuando ya se internaban en las callejas de la Subura, el dolor de estómago hizo de nuevo acto de aparición y obligó a Quinto a detenerse y doblarse sobre sí mismo.

—Marco, creo que es más que aire lo que tengo aquí dentro… —dijo —. ¿No podrías ayudarme con alguno de tus hechizos o con alguna poción?

—Te estás cagando después de un atracón de alubias, Quinto, y eso no hay magia que lo solucione. Pero en ese callejón hay unas letrinas baratas. Ve antes de que tengamos un accidente en plena calle. Yo te espero aquí mismo.

Quinto asintió y echó a correr, todavía doblado y abrazándose el vientre. Marco sonrió. En ocasiones Quinto se comportaba como un niño. Un niño enorme que podía partirte la espalda en tres trozos si se lo proponía, pero un niño al fin y al cabo. Se apoyó contra la pared.

—¡Quinto! —gritó antes de que su compañero desapareciera por el callejón.

El gigante se dio la vuelta con el ceño fruncido. Su cara decía claramente que más valía que fuera importante, lo que tenía que decirle, porque no sabía si aguantaría mucho más sin cagarse en la túnica.

—Esas letrinas son… Bueno, intenta que tu culo no toque el agua si

no quieres tener un problema. De hecho, cuanto menos toques, mejor.

Quinto asintió, agradecido por el consejo, y retomó su carrera.

Marco miró al cielo. La tarde comenzaba a convertirse en noche. A aquellas horas era más que probable que Saturnino estuviera en la taberna, ahogando en vino su frustración por no ser lo suficientemente rico o ilustre para complacer a su querida viuda. Frente a él pasaron varias personas, solas y en grupo. Aquella era una calle muy solitaria, sin casi comercios. Apenas una estrecha calleja encerrada entre dos enormes *insulae* de cinco plantas de altura. En aquellos momentos, las calles estaban incluso más vacías de lo habitual, ya que la mayor parte de los habitantes de Roma se habían apresurado, en cuanto sus obligaciones laborales se lo habían permitido, a dirigirse al Foro o la explanada del Circo Máximo para disfrutar de los entretenimientos que se ofrecían con motivo de los primeros días de los *Ludi Romani*. Aunque aún faltaban varias jornadas para que empezaran las carreras de carros, el espectáculo más demandado y esperado; en diversos puntos de la ciudad había cada tarde representaciones teatrales y otros entretenimientos.

Marco, por su parte, odiaba los *ludi*. Aglomeraciones de gente sudorosa que gritaba y se empujaba para ocupar los mejores sitios en las gradas del Circo o de los teatros de madera. Vendedores ambulantes, rateros pendientes de cualquier descuido para aligerar a los viandantes de su bolsa, prostitutas descaradas y nobles que se paseaban con sus literas haciendo que sus esclavos apartaran a todo el mundo de su camino a golpes de estaca. Los días que duraban los *ludi* resultaban perfectos para encerrarse en la taberna, siempre más vacía de lo habitual, y tratar de olvidarse de lo que sucedía en el exterior. Y aquello era lo que Marco se disponía a hacer en el momento que solucionara los temas que tenía entre manos. Estaba sumido en aquellas cavilaciones cuando un hombre delgado, con el cabello fino y escaso, peinado hacia adelante y con aspecto nervioso, se acercó a él con una sonrisa. No parecía una amenaza, de modo que Marco no hizo movimiento alguno. De hecho, habría jurado que el rostro de aquel tipo le resultaba familiar… como si lo hubiera visto en algún sitio no hacía mucho tiempo.

—Amigo, ¿podría indicarme el camino más directo para llegar al Circo Máximo? No conozco esta parte de la ciudad y temo tener un mal encuentro si me pierdo por, estas callejas.

Marco asintió.

—Lo mejor es que subas hasta el *Clivus Suburanus* y evites las…

El hombre hizo un movimiento rápido que Marco no había sido capaz de prever. Cuando se quiso dar cuenta, tenía un puñal junto a la garganta.

El rostro del individuo había perdido todo rasgo de amabilidad y era ya puro odio, ansias y nervios. Sus ojos miraban hacia todas partes, como si esperara un ataque inminente, y su respiración era rápida y entrecortada.

—Tú lo mataste, desgraciado. Tú acabaste con él, que era todo para mí…

Lemurio evaluó la situación. No era la primera vez que se veía en una posición semejante, pues habían sido muchos los que habían logrado arrinconarle y ponerle un filo contra el cuello o una punta de daga apuntando a sus costillas. Sin embargo, por primera vez, desconocía el motivo que empujaba a aquel tipo a querer acabar con su vida. ¿Le habría confundido con otro? Pensó que resultaría muy irónico acabar muerto a manos de un desconocido por error después de haber sobrevivido a amenazas de todo tipo a lo largo de su vida.

—Tú lo mataste —repitió—. Mataste a la criatura más bella que los dioses han creado…

—Espera un momento… —murmuró Marco sin moverse. Sabía reconocer la locura en los ojos de alguien cuando la veía, y aquel hombre estaba completamente enajenado. Si no había hundido su cuchillo en su cuello, todavía era porque quería desahogarse antes y dejar claro a su víctima por qué estaba ocurriendo todo aquello—. No sé a lo que te refieres. ¿A quién he matado? Estoy seguro de que podemos tener una conversación tranquila…

—¡Asesino! —gritó, y llenó de esputos la cara de Marco—. ¡No tengo nada que hablar contigo! ¡Tú lo mataste! Se fue contigo y…, y… Nunca volvió. ¡Mi hermoso Caridemo nunca regresó!

¿Caridemo? En la mente de Marco comenzó a hacerse la luz. Aquel pobre desgraciado era un cliente del demonio al que Crises había matado días antes. En su forma de joven, germano, sin duda, había logrado seducir a numerosos clientes a los que, por algún motivo, no había matado después de acostarse con ellos. Sin duda, el hombre que estaba a punto de acabar con la vida de Marco era uno de ellos.

—¿Caridemo? No conozco a nadie con ese nombre —mintió—, pero si retiras el cuchillo estoy seguro de que puedo ayudarte a localizarlo. Tal vez no esté muerto… Conozco a mucha gente en Roma, ¿sabes?

¿Has oído hablar de Gabinio, el tribuno de la plebe? Pues es intimo amigo mío.

—¡Cállate! No te he matado aún porque quiero que antes confieses y me digas qué hiciste con su cuerpo… Mi hermoso Caridemo se merece unas honras fúnebres adecuadas a su belleza. Yo me encargaré de todo… Yo…, yo…, solo yo le amé de verdad, aunque él se riera cuando me escuchaba decirlo.

Marco pensó en el cuerpo del demonio en su forma real, descomponiéndose en un líquido negro y espeso que quedó sobre los adoquines de una calle de la Subura después de que Crises acabara con él. Pobre desgraciado, no sabes que te salvé la vida aquella noche, se dijo Marco.

—No puedo decirte dónde está el cuerpo de alguien a quien no conozco. Pero insisto en que si apartas ese cuchillo tal vez pueda ayudarte a dar con su paradero. Se me da bien encontrar gente. ¿Has oído hablar de Orfeo? Fui yo quien le ayudó a encontrar a su mujer, que se había perdido.

—No sé quién es ese Orfeo, y me importa una mierda dónde acabara su mujer. O me dices dónde está el cuerpo de Caridemo o…

Todo sucedió a una velocidad de vértigo. El cuchillo desapareció del cuello de Marco y el hombre acabó en el suelo, con el brazo derecho colgando junto a él de forma antinatural y chillando como un cerdo arrastrado hasta el altar de sacrificios. Quinto, que había sido quien lo había apartado de Marco y le había dislocado el hombro en el proceso, sostenía su espada sobre la cabeza del desdichado personaje, dispuesto a descargarla contra él.

—Detente, Quinto. No lo mates.

Quinto puso cara de no entender las palabras de Marco.

—¿No estaba él a punto de cortarte el cuello?

—Sí, pero tiene sus motivos para hacerlo…

Marco se aseguró de que el hombre ya no representaba una amenaza y se agachó junto a él. Desarmado y dolorido, el triste individuo había abandonado toda actitud agresiva y lloraba desconsolado mientras se aferraba el hombro con su brazo sano.

—¡Matadme también a mí como mataste a Caridemo! Ahora estoy seguro de que fuiste tú.

—¿Caridemo? —preguntó Quinto, cada vez más confuso.

—No quieras saberlo —dijo Marco—. Y tú estate quieto. Esto te va a doler.

Agarró con fuerza el cuerpo del hombre y, de un movimiento firme y seguro, le colocó el hombro en su sitio. El hombre gritó como si lo estuvieran torturando, pero al cabo de unos instantes el dolor desapareció y comprobó que era capaz de mover el brazo de nuevo.

—Ya que no me dejas matarlo, podríamos tirarlo dentro de la letrina. Te aseguro que un baño en ese pozo le quitará las ganas de volver a atacarte. Y más después de lo que acabo de dejar allí… Malditas alubias, ya sabía yo que no tenía que haber pedido un segundo cuenco.

Marco hizo caso omiso de las palabras de Quinto y se dirigió al hombre, que seguía llorando.

—Escúchame. Tenías razón en parte de lo que dijiste. Te he mentido, sé quién es Caridemo. Pero no, no lo he matado yo. La noche que me marché con él no llegué ni a salir de la Subura. A un par de calles de la taberna nos asaltaron unos encapuchados. Ya has visto que no soy un gran luchador. Nos derrotaron con facilidad, aunque yo no les interesaba. Se lo llevaron unos tipos que lo habían reconocido como un esclavo fugitivo. No era un hombre libre como decía. Dijeron algo de… Siracusa, sí, eso dijeron. Ves, al menos ahora tienes una pista para empezar a buscar.

—¿Siracusa? —preguntó el hombre, confundido, pero sintiendo que la esperanza de reencontrarse con su amado renacía de nuevo—. ¿No me mientes? Tal vez me estés mintiendo.

—Tienes dos opciones —dijo Marco, con voz más firme—. O me crees y te largas ahora mismo de viaje a Siracusa en el primer barco que salga de Ostia o dejo que mi amigo te corte la cabeza y la tire a la letrina. Tú eliges.

—La letrina, la letrina —dijo Quinto ilusionado.

—Siracusa —dijo el hombre, temiendo que Marco cambiara de opinión y dejara actuar al gigante—. ¿No me mientes, entonces?

—No, no te miento. Vamos, alégrate. Venías a averiguar el paradero de un cadáver y te llevas una pista para encontrar a tu amigo vivo y dispuesto a seguir dándote amor.

El cliente de Caridemo se puso en pie, no muy convencido.

—Que te largues —dijo Quinto, y le dio un golpe en las nalgas con la parte plana de la espada. El hombre echó a correr sin mirar atrás—. ¿Quién es ese Caridemo por el que tanto sufría ese pobre personaje?

—¿De verdad quieres saberlo? —preguntó Marco. Se llevó la mano al cuello y descubrió un pequeño corte. Aquella vez había estado cerca

de dejarse la vida en una calleja de la Subura. Una vez más, Quinto le había salvado la vida.

Quinto recordó de nuevo el momento en el que Marco había devuelto la vida a un cadáver para hacerlo hablar y decidió que no quería saber nada de ese misterioso Caridemo.

—Ve a buscar a Trasíbulo y asegúrate de que llegue a salvo a casa de Varrón. Esta noche ya hemos tenido bastantes emociones. La taberna de Quelidón está ahí mismo, a un par de calles.

—¿Estás seguro? —preguntó Quinto—. ¿Y si vuelve ese loco?

—No te preocupes —respondió Marco. Se llevó la mano a la lágrima de Perséfone que, como siempre que él estaba en peligro, había aumentado de temperatura—. No me cogerá desprevenido dos veces.

VIII

El collegium de carniceros

EN EL mismo momento en el que Marco casi moría asfixiado, presa del entusiasta abrazo de Quinto, en otro punto de la ciudad, un personaje ataviado con ropas femeninas se agachaba junto a un arbusto hecho de madera y paja coloreada, ignorando que un individuo de rostro grotesco y con un enorme falo de madera entre las piernas se aproximaba a él con aviesas intenciones. En efecto, cuando el primero terminó de agacharse para recoger lo que parecían una fresas simuladas y hechas de madera, el segundo hincó con ganas el pene de madera en sus nalgas, provocando en el desdichado un grito y un salto de más de un metro de altura.

—¿Quién osa aprovechar que mi retaguardia está desprotegida para ofender mi pudor? —exclamó desde el suelo, donde había caído abierto de piernas, el personaje vestido de mujer.

El público prorrumpió en carcajadas y aplausos.

El personaje del enorme falo, que iba caracterizado como un sátiro, había salido corriendo para esconderse fuera de la escena. En cuanto el otro, actor, que hacía el papel de una ninfa de los bosques de voluptuosos pechos y caderas, se hubo levantado y se disponía de nuevo a agacharse para recoger las falsas fresas, el sátiro volvió a aparecer por un extremo del escenario, haciendo un gesto al público para que guardara silencio y se convirtiera así en cómplice de sus fechorías. Pese a la petición, una parle de los asistentes a la comedia se echó a reír de nuevo, y hubo quien advirtió a la ninfa del inminente ataque sexual del que iba a ser víctima si no se incorporaba y vigilaba su trasero.

Céfiro, sentado en lo más alto de las gradas de madera, estaba exultante. Había pocas cosas en el mundo que le gustaran más que una

buena comedia o un mimo, con trama sencilla, personajes predecibles, máscaras grotescas y chistes de contenido sexual más o menos explícitos. Desde que, siendo todavía muy niño, Marco le había llevado a una representación teatral, Céfiro se había enamorado de aquel espectáculo, y aprovechaba cada ocasión que se le presentaba para ver las comedias que se ponían en escena.

La comedia que Céfiro estaba viendo aquella tarde en compañía de algunos de los miembros de su banda era una sencilla representación de un solo acto escrita por un autor poco conocido. La trama no tenía ninguna coherencia, ya que no consistía en más que una sucesión de escenas cómicas sin apenas relación entre sí y en las que los personajes, todos ellos estereotipos reconocibles por las máscaras que llevaban los actores, hacían exactamente aquello que el público esperaba que hicieran. Aquel era el teatro que fascinaba a Céfiro. En alguna ocasión Marco le había llevado a ver comedias más elaboradas, copiadas de originales griegos, e incluso alguna tragedia en la que dioses y hombres sufrían a manos del destino. Céfiro las había disfrutado, sin duda, pero su goce había estado muy lejos de alcanzar los niveles que experimentaba al ser espectador de aquel teatro callejero y casi improvisado. Donde hubiera un sátiro con un buen falo de madera, nada tenían que hacer los héroes homéricos ni los complicados versos calcados de los modelos áticos.

Por supuesto, aquel teatro que enamoraba a Céfiro y a las clases populares de Roma rara vez se representaba en los grandes escenarios de madera que se levantaban en el Foro o el Campo de Marte con motivo de las grandes celebraciones. Esos espacios teatrales, siempre de madera y siempre provisionales, estaban reservados para las obras de los grandes autores y, por supuesto, las localidades principales solían ser ocupadas por caballeros y senadores, mientras que el pueblo llano era relegado a las últimas lilas.

Las obras que gustaban a Céfiro eran representadas en las plazas de los barrios populares, como la Subura o el Aventino. Se montaban en simples tablados de madera frente a un público que, en el mejor de los casos, podía acomodarse en un graderío levantado el día anterior y que, en muchas ocasiones, no tenía más remedio que sentarse en el suelo porque la compañía de actores escenificaba la comedia en plena calle sin escenario ninguno. En aquellos espectáculos, además, rara vez se hacía distinción entre libres y esclavos, ya que en las calles más humildes la diferencia entre unos y otros era casi imperceptible. No había asientos reservados para los ricos, aunque por supuesto los

prebostes del barrio, magistrados de *collegia*, dueños de grandes talleres o comercios, siempre conseguían abrirse paso hasta las primeras filas si se lo proponían gracias a la fuerza de sus sirvientes. Un teatro popular y callejero, donde la medida de los versos era una cuestión secundaria, la música se hacía con simples instrumentos toscos y los actores trabajaban por una pieza de cobre o incluso un plato de comida en una taberna.

Después de que el sátiro hubiera intentado penetrar con su enorme falo a la ninfa varias veces, para gran deleite del público, apareció en escena otra criatura monstruosa que parecía ser un cíclope y que lucía entre las piernas un falso miembro viril más grande, incluso, que el del calenturiento fauno. Aprovechando un descuido del sátiro, fue el cíclope el que acabó saciando sus apetitos en las nalgas del pobre desdichado, mientras la ninfa lo veía todo tras un arbusto, muerta de risa. Dado que incluso aquellas obras callejeras solían mantener unos mínimos límites de decoro que rara vez se atrevían a superar, la escena fue ahorrada al público y se desarrolló fuera del escenario. Lo que los asistentes escucharon, en medio de una salva de aplausos y carcajadas, fueron los gritos de súplica del fauno y los jadeos de placer del cíclope. En ese momento, la ninfa se dirigió al público para concluir la obra.

—Así es como acaban todos los sátiros que no saben contener sus Impulsos. ¡Con el culo roto como un viejo cántaro arrojado al vertedero! Así que, hombres que no sabéis moderar vuestras pasiones, ¡cuidado! ¡No sea que las ganas que tenéis de clavar la espada os lleven a vosotros a convertir vuestro culo en una vaina para el hierro de otro! Si tenéis compasión del viejo sátiro, gritad para que el cíclope termine rápido su faena. ¡Y si os ha gustado esta obra, regaladnos vuestro aplauso! El público se puso en pie y, tal y como la ninfa había pedido, prorrumpió en aplausos, vítores, piropos y comentarios mordaces. Céfiro pateó en el suelo y aplaudió hasta que le dolieron las manos. A sus once años había algunas referencias sexuales que no entendía, pero reía igualmente cuando los adultos lo hacían. Sus compañeros de correrías aplaudieron también. Algunos no eran especialmente aficionados al teatro, pero todos sabían que aquellas representaciones eran un momento sagrado para el que se había convertido en su líder, y mostraban tanto entusiasmo como podían, aunque fuera fingido.

Terminada la actuación, los artistas pasaron entre el público con sus bolsas de arpillera abiertas para que los asistentes pudieran obsequiarles con la cantidad que cada uno considerara oportuna. Las monedas de bronce resonaban al caer en el fondo de los sacos, muestra inequívoca

de que la obra había gustado. No siempre era así. Céfiro había presenciado algunas comedias en las que el público había abucheado a los actores hasta el punto de que estos habían tenido que detener la actuación. En una ocasión, incluso, los artistas habían tenido que salir corriendo ante un público enfurecido que, con el propio Céfiro entre ellos, había comenzado a lanzarles todo tipo de alimentos podridos y objetos más contundentes. Los espectadores eran soberanos en sus decisiones y premiaban o castigaban a los actores en la medida de su capacidad para enamorarles con su arte.

—Pulo, echa un par de ases de la caja común —dijo Céfiro a uno de sus secuaces. El aludido asintió. Era un niño de alrededor de doce años, delgado como un junco y con un ojo casi cerrado por una malformación de nacimiento. Pese a que aquel defecto le confería un aspecto poco inteligente, Pulo había demostrado ser el mejor haciendo cálculos y llevando las cuentas comunes de la banda, por lo que, por votación unánime, había asumido el cargo no oficial de tesorero. Arrojó las dos piezas de bronce a la bolsa del actor que había hecho de sátiro y este le recompensó con una exagerada reverencia.

—Y ahora separaos. Hay muchos peces en este río deseando ser pescados. Nos veremos en la herrería.

Los niños obedecieron a Céfiro. Bajaron de las gradas de madera y se mezclaron con el público que abandonaba el teatro. Todos habían captado la referencia al río y los peces. En la jerga que habían desarrollado, se referían con estos términos a una aglomeración de personas incautas a las que sería sencillo despojar de sus bolsas sin ser descubiertos. Los niños y niñas desaparecieron entre la muchedumbre y Céfiro echó a andar por una de las callejas que salían de la plaza en la que se había levantado el teatro. Había caminado apenas unos pasos cuando escuchó un ladrido a su lado. Ulises había esperado con paciencia a que terminara la representación, tumbado bajo las gradas de madera, y al ver a su amo salir del recinto echó a correr tras él moviendo la cola con alegría.

Céfiro no se molestó en tratar de afanar la bolsa a alguno de los muchos transeúntes que paseaban por aquella zona de la Subura disfrutando del ambiente de fiesta. Su papel en la banda desde aquel verano había pasado a ser otro, y ya no se dedicaba a aquellas pequeñas tareas que conllevaban además un riesgo añadido. Como esclavo que era, si era sorprendido robando, la ley actuaría con extrema dureza contra él. Eso en el caso de que llegaran a llevarlo ante un tribunal. Lo más probable era que la víctima se tomara la justicia por su mano y se

limitara a apalear al pequeño ratero, hasta la muerte si tal era su capricho.

Se limitó a regresar caminando junto a Ulises, dejando tiempo a sus compañeros para que dieran cuenta de las propiedades de los incautos y pudieran regresar ellos también a la herrería abandonada que les servía de cuartel general y guarida. Céfiro no estaba preocupado por ellos. Eran niños de la calle, como él mismo, y sabían que, en caso de ser sorprendidos, su velocidad y su habilidad para escabullirse podían ser lo único que los salvara de la muerte. Todos habían convivido con el peligro desde el mismo Instante de su nacimiento, sabían lo que era sufrir el dolor, la humillación y el hambre. Por supuesto, ellos tampoco eran niños indefensos. Bajo sus ropas raídas ocultaban estiletes y pequeños cuchillos que podían llegar a ser letales en caso de verse sus portadores acorralados.

Céfiro caminaba por la Subura con una sonrisa en los labios. Cada vez que recordaba alguna escena especialmente divertida, de la obra de teatro, se echaba a reír. Ulises, como si él también pudiera participar del recuerdo, ladraba como respuesta y daba brincos alrededor de su amo. Céfiro entonces le acariciaba la cabeza o le daba un suave puntapié a modo de broma, que el perro recibía arrojándose al suelo y rodando sobre sí mismo.

Sí, pensó Céfiro, aquel día no podía ir mejor.

—¿Han llegado ya todos? —preguntó el esclavo tras entrar en la herrería.

A pesar de que en la estancia había ya reunidos un grupo considerable de niños y niñas, ninguno respondió. La herrería estaba sumida en la oscuridad, con excepción de dos círculos de luz proyectados por dos pequeñas lucernas situadas junto a las paredes. La luz de la tarde apenas entraba ya en un local que incluso en pleno día resultaba oscuro.

Céfiro comprendió que algo iba mal. Miró los rostros de sus compañeros. Unos se mordían los labios con preocupación, otros miraban al suelo, alguno lloraba disimuladamente. Observó que la cara de uno de los mayores presentaba señales de haber recibido golpes. Golpes muy recientes.

—¿Qué ha ocurrido? —preguntó. Ulises comenzó a ladrar hacia una de las esquinas de la herrería.

Una de las niñas pequeñas señaló hacia el mismo lugar al que el perro dirigía sus ladridos. Ulises pasó de los ladridos a los gruñidos. El

pelo de su lomo se erizó, amenazante.

—Por Venus que me esperaba a alguien más grande —dijo una voz desde las sombras. Un instante después, un hombre entró en uno de los círculos de luz. Céfiro se llevó la mano a su pequeño estilete de forma disimulada y observó al recién llegado.

Era un hombre que rondaba la cuarentena, con el pelo negro y abundante salpicado de canas plateadas. Sus andares eran gráciles; sus movimientos y su mirada, seguros, propios de quien está acostumbrado a que la gente se aparte de su camino y a que obedezcan sus órdenes. Aunque era de complexión delgada, su pecho ancho y sus brazos denotaban que en sus días la actividad física era una constante. El hombre sonrió, mostrando una dentadura blanca y cuidada, algo totalmente inusual en aquella zona tan humilde de Roma.

—Eres el esclavo al que llaman Céfiro, supongo —dijo.

—Lo soy —contestó, sin poder evitar que un nudo se cerrara en su garganta. Su autoridad en aquel lugar se cimentaba sobre el prestigio y el miedo. Cuando un adulto entraba en escena de forma imprevista, Céfiro no podía evitar sentirse de nuevo como lo que era: un niño que no levantaba cinco pies del suelo. Sin embargo, no podía permitir que su expresión o sus palabras revelaran el miedo que sentía, o todo lo que había construido en aquellos meses podría venirse abajo.

Ulises, que tan amenazador se había mostrado cuando ladraba a las sombras, metió el rabo entre las patas y corrió a esconderse tras las piernas del grupo de niños.

El hombre caminó por la estancia, mirando a su alrededor con una sonrisa de indulgencia en los labios. Llegó incluso a revolver el pelo de uno de los niños en un gesto de cariño y complicidad que quedó deslucido por el gesto de terror con el que el pequeño lo recibió. El personaje, finalmente, se sentó en el escabel que el propio Céfiro usaba como si fuera su trono.

—Céfiro, seré muy directo contigo. Has cometido un error. Me debes algo, y no me gusta la gente que no paga sus deudas. ¿Eres uno de esos, Céfiro? ¿Eres de los que dejan deudas sin pagar?

El esclavo miró al hombre a los ojos, tratando de desentrañar cuáles eran sus auténticas intenciones. No sabía a lo que se refería. Jamás había pedido dinero prestado a nadie. A su corta edad conocía tantos casos de hombres hundidos en la miseria por las deudas que se había prometido a sí mismo, muchas veces, que nunca caería en aquel error tan común entre los romanos. ¿Qué era lo que le debía él a aquel

personaje?

—Pero por Júpiter que he empezado mal… No me he presentado. Me llamo Néstor, y tengo el honor del ser el magistrado del *collegium* de carniceros del Arco de los Huesos.

Céfiro sintió un nudo en el estómago. Por supuesto que había oído hablar de Néstor. Todo el mundo en la Subura sabía quién era, aunque no le pusiera rostro por no haberse cruzado nunca con él. El *collegium* de los carniceros controlaba todo el comercio de ganado y carne en la Subura, y había incluso quien decía que tenía influencia también más allá del barrio, en los diversos *collegia* del Foro Boario y el Aventino. Fuera esto cierto o no, Néstor era una de las personas más poderosas de la Subura. Un hombre del que se decía que había construido todo su poder partiendo de la nada, a base de brutalidad, inteligencia y oportunismo.

—¿Sabes cuál es la función del magistrado de un *collegium*, Céfiro? —preguntó, con una sonrisa en los labios.

—Es el jefe del *collegium* —respondió el niño, intentado que su voz sonara firme y segura.

—No, en absoluto. Un *collegium* no tiene jefes. Es una asociación de iguales. De vecinos, de trabajadores, que se unen para defender sus intereses y proteger a sus familias. El magistrado no es un jefe, es un servidor del *collegium*. Su función es la de administrar el tesoro común, reunir a la asamblea, conocer las necesidades de cada miembro, especialmente de aquellos más débiles. Un magistrado es como un padre que se preocupa por sus hijos. Por supuesto que en ocasiones tiene que tomar decisiones difíciles, algunas incluso duras y violentas. ¿Pero qué padre en Roma no tiene que recurrir a estos extremos de cuando en cuando? Todo es poco cuando se trata de proteger a los tuyos y hacer lo mejor para ellos. El magistrado es el responsable de que la familia que forma el *collegium* viva segura y pueda desarrollar sus actividades. ¿Y qué hace un padre cuando alguien causa daño a uno de sus hijos? ¿Qué es lo que un *pater familias* hace en esos casos, Céfiro?

El niño no respondió. Poco a poco, lo que estaba ocurriendo comenzaba a tener sentido en su cabeza. El Arco de los Huesos. Carniceros. Un miembro del *collegium* que había sufrido un daño…

—Tú y los tuyos matasteis a uno de los míos. Encontramos el cadáver de Macrón en un callejón, cerca de su tienda. Estaba destrozado. Como si una jauría de alimañas hubiera caído sobre él y hubiera despedazado su carne con sus pequeños y afilados dientes.

¿Quién podía haber hecho algo así a un honrado comerciante de la Subura? Por suerte, uno de sus esclavos lo presenció todo desde una ventana. No tuvo el valor de salir a la calle para ayudar a su amo y, llegado el caso, morir junto a él, como habría sido su deber. Ya ha sido castigado por ello. Pero antes nos contó todo lo que vio. Un grupo de niños había engañado a Macrón, le había rodeado en el callejón y lo había matado a golpes y puñaladas. Puedes imaginarte cuál fue nuestra reacción al escuchar esta historia… Un miembro del *collegium* sacrificado como un vulgar verraco. En un primer momento, quisimos echarnos a las calles de la Subura y devolver el golpe con todas nuestras fuerzas. Que la sangre lavara la sangre. Sin embargo, conseguí contener a mis hombres. Tras los sucesos de este verano, la gente no vería con buenos ojos que un respetable *collegium* desencadenara una matanza de niños en las calles. Aunque estos niños no sean más que simples rateros y esclavos fugitivos que infectan nuestros barrios con sus robos y sus crímenes… No, las buenas gentes de la Subura no habrían entendido una reacción así. De modo que decidimos esperar, investigar y dar con los culpables. El golpe debía ser devuelto, pero se haría con precisión casi quirúrgica, como hacen esos médicos griegos cuando tienen que amputar un miembro gangrenado…

Néstor había ido dando vueltas alrededor de Céfiro, lanzando miradas ocasionales al resto de los niños, que contemplaban la escena en silencio. Todos ellos habían escuchado hablar del magistrado del *collegium* del Arco de los Huesos. Y sabían muy bien de lo que era capaz.

—Ahórrame cualquier tipo de excusa o engaño. Sabemos que fuisteis vosotros los que matasteis a Macrón. Y sabemos por qué lo hicisteis. Dio una paliza a uno de los vuestros. ¡Por Venus que tal vez pensabais que teníais razones para tratar de darle un escarmiento! Aunque aquella paliza fuera consecuencia de un intento de robo, entiendo que no consientas que nadie toque un pelo a uno de los tuyos. Céfiro, no somos tan diferentes, al fin y al cabo. Pero hay algo que tienes que entender. Un principio que no puedes olvidar si quieres sobrevivir en las calles de Roma. La proporción. La adecuada proporción. Uno no quema la casa del vecino porque este le ha mirado mal. No envenenamos su pozo como venganza porque su perro ladró durante la noche. Si olvidamos la proporcionalidad en nuestras respuestas, todo nuestro mundo se convertiría en un caos. Y eso es algo que no podemos consentir. Céfiro. ¿Entiendes lo que te digo?

El esclavo no sabía cómo responder. Dar la razón a aquel hombre

podía quitarle toda su autoridad ante su banda. Pero llevarle la contraria podía tener consecuencias aún peores… para todos ellos.

—Tenemos que restaurar el equilibrio en la Subura, Céfiro. No podemos dejar esto así, entiéndelo. Mis hombres no van a perdonar la muerte violenta de uno de los suyos. Están muy enfadados, ¿sabes? Por Venus, tal vez quieras comprobarlo por ti mismo. Sal a la calle y pregúntales.

—Esta es mi casa —dijo, sacando redaños de no sabía muy bien dónde—, nadie me manda salir a la calle aquí. Sal tú conmigo si quieres que vea algo.

El magistrado abrió mucho los ojos y enarcó las cejas, sorprendido.

—Pequeño, tienes más cojones que muchos veteranos curtidos en la guerra. Y también tienes razón, esta es tu casa. Y la casa de un hombre es sagrada. Salgamos juntos.

Céfiro asintió haciendo un gesto a Néstor para que fuera él delante. Los niños les abrieron el paso. En un extremo de la estancia, Ulises gimió.

El magistrado y el esclavo salieron a la calle, donde la oscuridad de la noche era ya casi total. La escena que se abrió ante ellos hizo que a Céfiro le corriera un escalofrío por la espalda.

Decenas de hombres rodeaban la vieja herrería. Hombres altos, bajos, ancianos y jóvenes, con tonos de piel que iban desde la palidez de los bárbaros del norte al negro de los africanos. Todos ellos llevaban en las manos antorchas que arrojaban una luz fantasmagórica en el callejón, iluminando sus rostros de ceños fruncidos, labios apretados y ojos cargados de furia. Todos portaban algún tipo de arma, en las manos o colgando de sus cinturones. Céfiro observó que la mayoría llevaban cuchillos de carnicero, ya fueran largos y estrechos o anchos y gruesos, de los utilizados para partir los huesos de las reses.

Céfiro tragó saliva. Estaba muy cerca de echarse a llorar. La frase que había dirigido a Néstor para obligarle a salir con él había agotado los últimos restos de valor que quedaban en su pequeño cuerpo. Volvió a tragar saliva y apretó los puños con rabia. No podía hacer nada. Sus compañeros y él estaban a merced de aquel grupo de hombres sedientos de sangre.

Por un instante, Céfiro estuvo tentado de echar a correr, de tratar de dar esquinazo a los carniceros y salvar su propia vida, aunque ello supusiera una condena a muerte para sus compañeros que estaban encerrados en el interior de la herrería. Correría hasta su casa y se

refugiaría junto a Marco. Marco… Él sabría qué hacer. Conocería algún hechizo o algún truco para convertir a aquellos hombres en ranas y arrojarlos al Tíber para que se los llevara la corriente. O tal vez pudiera conjurar un demonio de fuego que los abrasara y…

Mientras Céfiro estaba sumido en sus cavilaciones y hacía cálculos de por dónde podría efectuar su huida, Néstor se agachó junto a él y le susurró al oído:

—Un líder que huye es un líder muerto. Si echas a correr ahora te encontraremos y te mataremos, a ti y a todos los tuyos. Y si no lo hacemos nosotros, nos encargaremos de que sean tus amigos los que lo hagan para vengar tu traición. No seas estúpido, Céfiro. No lo estropees más. Un líder no huye.

El esclavo se giró hacia su interlocutor.

—No me insultes. Al menos concédeme eso. No he pensado huir en ningún momento —mintió.

Néstor sonrió con indulgencia. Había captado las intenciones de Céfiro a la perfección, pero decidió no profundizar en el orgullo herido del muchacho.

—Hablemos de cómo solucionar esta situación, ¿te parece?

El esclavo asintió.

—Podríamos mataros a todos y tirar vuestros cuerpos a las cloacas. Sabes que podríamos hacerlo. Pero una vez más caeríamos en el mismo error: no respetaríamos la proporción del castigo y la ofensa. Y así nunca alcanzaríamos el equilibrio. Por eso, te propongo una solución más sencilla y menos sangrienta. Me ha costado convencer a mis hombres de ello, pero finalmente se han avenido a aceptar este acuerdo. Valora lo que te ofrezco, Céfiro, por los dioses. Mira a ese hombre de allí.

Néstor señaló a un personaje de casi dos metros, con una barba negra que le llegaba hasta el pecho y una boca en la que faltaban varias piezas de dientes. El hombre respiraba de forma acelerada, como si luchara por contener una enorme furia y estuviera deseando lanzarse al ataque con el enorme cuchillo que sostenía en su mano derecha.

—Se llama Lisandro. Su madre era una esclava tracia, y dicen que su padre era un oso… Me ha pedido varias veces que le conceda el honor de matarte a ti con sus propias manos para poder comerse después tu hígado y tu corazón. Parece ser que en la tribu de su madre es un ritual bastante frecuente… Ya sabes cómo son, esos bárbaros. Le he convencido de que contenga su rabia… Pero no sé si me obedecerá

durante demasiado tiempo. Ya te lo he dicho: un magistrado es un padre, no un jefe.

—¿Qué es lo que me propones?

—La vida de uno de los tuyos. Es lo justo. Cae uno mío, cae uno tuyo y volvemos a instaurar el equilibrio. No es que la vida de un honrado carnicero y la de un ratero de las calles valgan lo mismo, claro, pero no nos enredaremos en sutilezas. Entréganos al mismo muchacho al que Macrón golpeó. Y todo esto quedará olvidado.

—¿Qué haréis con él?

Néstor miró al cielo con gesto de hartazgo.

—Matarlo, por supuesto. Pero te haré una nueva concesión en honor al valor que has demostrado esta noche. Otro en tu lugar se habría cagado en la túnica y se habría abrazado a mis rodillas en cuanto me hubiera visto aparecer. Pero tú…, no lo has hecho. Te has ganado mi respeto muchacho, y por eso te garantizo que tu amigo no sufrirá. Yo mismo me encargaré de que todo sea rápido.

—¿Y si me niego?

—Moriréis todos, Lisandro se comerá tu corazón y en los próximos días la Subura se convertirá en un campo de batalla entre los nuestros y aquellos que traten de vengaros. Todo más sucio, más complicado y con ninguna ganancia. ¿Es eso lo que quieres?

—No —dijo Céfiro—. Supongo que no.

—Cogeré al muchacho entonces…

Néstor se levantó y se dispuso a entrar en la herrería de nuevo. Céfiro le agarró del brazo con firmeza.

—Espera. Yo mismo te lo traeré. Acepto el acuerdo, pero seré yo quien se lo comunique a los míos, mirándoles a los ojos.

Néstor sonrió.

—Por Venus, Céfiro, que has sido todo un descubrimiento.

El esclavo no respondió. Con los ojos anegados en unas lágrimas, que ya no era capaz de controlar, entró en la herrería. Sus ojos lloraban, pero su rostro era pura determinación.

El resto de los niños le miraron, ansiosos por saber qué es lo que iba a ocurrir con ellos. Alguno se había asomado de forma discreta cuando Céfiro había salido junto al magistrado, y habían narrado a los demás entre susurros la escena que se desarrollaba en el exterior. Sabían que cualquier intento de huida era inútil. Estaban atrapados, y una simple orden por parte de Néstor bastaría para que aquellos hombres furiosos los masacraran como a conejos atrapados en sus madrigueras.

—He llegado a un acuerdo con el magistrado de los carniceros —comenzó a decir Céfiro, tratando de aparentar firmeza—. Renuncian a la venganza que les corresponde por la muerte de ese carnicero…

Los rostros de los muchachos se relajaron de modo evidente. Alguno Incluso suspiró, aliviado.

—Solo quieren una cosa… Que les entreguemos a uno de los nuestros a cambio de perdonar la vida del resto. Una vida a cambio de otra, para restaurar el equilibrio.

Los niños y niñas dieron un paso atrás, como si temieran que Céfiro pudiera elegirlos como las víctimas propiciatorias de aquel sacrificio si estaban demasiado cerca de él.

—He aceptado el trato —concluyó Céfiro—. Después, todo esto quedará olvidado para siempre.

Ninguno respondió. Céfiro recorrió con la mirada los rostros de sus compañeros, fantasmagóricos y siniestros, debido a la oscilante y tímida luz que arrojaban las lucernas.

—¿Quién? —dijo una niña al fin, rompiendo el silencio.

—Hispalo —respondió Céfiro con tono fúnebre.

Los niños ahogaron un gemido. El interpelado dio un grito mal articulado por las heridas que aún le impedían hablar con soltura. Los que estaban a su lado se separaron de él. Hispalo se dejó caer al suelo de rodillas. Miró a sus compañeros, suplicante. Sollozó, golpeó el suelo con las palmas de las manos y se arrastró hasta Céfiro para abrazarse a sus rodillas. Este le tocó el pelo con suavidad, pero no hizo ningún gesto más.

—La decisión está tomada. El sacrificio de uno para salvar a muchos.

No hay más opción.

Los niños asintieron.

Hispalo entonces se puso en pie y trató de golpear a Céfiro en un último intento desesperado de salvarse de su destino. De haber podido hablar articulando las palabras, habría intentado convencer a sus compañeros de que eligieran a otro, que entregaran a aquel esclavo que se había convertido en su líder y que había sido el que habla tenido la idea de matar a aquel carnicero. Sin embargo, ni sus palabras ni sus golpes llegaron a su destino. Tres chicos mayores lo agarraron por los brazos, y todo lo que salió de su boca fueron gemidos y alaridos sin sentido.

—Llevadlo fuera —dijo Céfiro. Por algún motivo, aquella actitud de Hispalo, servil primero y agresiva después, le había hecho que fuera

más llevadero el dictar su sentencia. Si el niño hubiera respondido con dignidad, aceptando el sacrificio y avanzando con serenidad hacia la muerte, Céfiro no sabía si habría sido capaz de permitir que lo entregaran a los carniceros.

El esclavo salió al exterior, junto con los tres chicos que arrastraban al sollozante Hispalo. Una vez fuera, hizo un gesto para que lo soltaran y lo dejaran caer al pie del magistrado, que observaba todo expectante. Hispalo cayó al suelo, pero fue levantado de inmediato por tres hombres, que lo arrastraron más allá del círculo de luz formado por las antorchas. El niño gritó y lloró hasta que sus llantos se perdieron en la distancia.

Poco apoco, los carniceros fueron desapareciendo calle arriba. Néstor permaneció en silencio frente a la herrería hasta que todos los demás se hubieron marchado. Solo entonces se acercó a Céfiro y le aferró por el hombro.

—Eres un joven interesante, Céfiro. Ven a verme dentro de unos días, cuando se hayan calmado los ánimos. Pregunta por mí en el Arco de los Huesos, te dirán dónde encontrarme. Tengo cosas que proponerte.

El magistrado hizo una señal y tres hombres aparecieron de entre las sombras, dispuestos a escoltar al que se había presentado como el padre y guardián del bienestar de todos ellos.

Cuando hubieron desaparecido por las callejas de la Subura, Céfiro se dejó caer contra el muro exterior de la herrería. Ulises salió del local abandonado y se restregó contra las piernas de su amo. El perro miró a las sombras que se cernían calle arriba y ladró con furia.

—Ahora ladras, chucho cobarde —murmuró Céfiro, pero le acarició la cabeza con cariño. No tenía nada que reprochar al animal cuando él mismo había estado a punto de echar a correr, abandonando a sus compañeros a su suerte.

Céfiro sintió que las ganas de llorar lo derrotaban, pero decidió resistir un poco más. La poca autoridad que le quedaba ante el resto de la banda se resquebrajaría en el instante en el que descubrieran que su líder, el mismo que había entregado a uno de los suyos a la muerte, no era más que un niño asustado al que cualquier adulto podía hacer llorar. Tenía que aguantar hasta que estuviera solo, en su casa, y una vez allí dejar que las lágrimas fluyeran sin más.

Los niños y niñas esperaron un rato en el interior de la herrería, y al ver que su líder no entraba de nuevo salieron ellos también al exterior.

Encontraron a Céfiro muy serio, con la mirada perdida en la oscuridad de la calle. Sus ojos estaban secos, sin lágrimas. Todos entendieron que no era el momento de grandes discursos ni explicaciones.

—¿Qué hacemos ahora? —preguntó uno de los chicos mayores.

—Volved a vuestras casas —dijo Céfiro—. Mañana será otro día.

Todos asintieron y se dispusieron a dispersarse para regresar a los lugares que cada uno de ellos llamaba hogar, dejando a Céfiro a solas con Ulises, que lamía las manos de su amo con cariño.

IX

Marco Antonio

AQUELLA noche, Marco se quedó sorprendido al descubrir que, pese a estar en plena época de los *Ludí*, la taberna de Quelidón presentaba una afluencia de clientes más que considerable. Lo habitual en aquellas fechas era que solo los parroquianos más fieles acudieran a la taberna cada noche, ya que el grueso de la población de Roma se dispersaba por la ciudad en busca de las diversiones que ofrecían los organizadores de los Juegos: obras teatrales, luchas de gladiadores, carreras, banquetes y repartos de comida… Contra lo que esperaba, Marco se encontró con que la taberna presentaba el aspecto de un día normal, sin fiestas en las calles.

Aunque en otra ocasión habría reaccionado con enfado, aquella noche lo único que deseaba era encontrar a Saturnino para confirmarle su asistencia a la fiesta de Atia. Si todo salía como había planeado, en aquella casa podría abordar a Cicerón y lograr que le diera la información que tanto necesitaba y que el recién electo pretor se negaba a darle, pese a habérselo prometido a Varrón. A aquellas alturas, Marco tenía claro que Cicerón le había mentido la noche en la que había aceptado ayudarle a encontrar a Crisógono. No existía ningún Crasipedes en Pompeya. De ser un hombre real, los emisarios que Varrón había enviado a Pompeya ya habrían dado con él. Por algún motivo, Cicerón se había quitado de en medio a Marco dándole un nombre falso, arriesgándose incluso a ofender a Varrón, uno de sus mejores amigos y un importante aliado político. Marco se encontraba en el mismo lugar que meses antes, sin pista sólida alguna para dar con Crisógono. Pero no estaba dispuesto a darse por vencido. Encontraría a Cicerón y le obligaría a dar cumplimiento al compromiso que había

adquirido ante Varrón.

Pero para conseguirlo tenía antes que hablar con Saturnino y evitar que la invitación que él mismo había rechazado de forma tajante aquella misma tarde se extendiera a otra persona y dejara a Marco fuera.

Cuando puso un pie en el interior de la taberna, con la intención de dirigirse a su mesa habitual y desde allí buscar a Saturnino o preguntar por él a alguno de los parroquianos, la enorme porra de Tito, el portero, se interpuso en su camino.

—Te buscan, Lemurio —dijo, sin siquiera levantarse del taburete en el que estaba sentado junto a la puerta.

—Salvo que el que me busca sea Saturnino, no tengo tiempo —dijo, y trató de apartar la enorme estaca para avanzar.

El brazo férreo de Tito no se movió un ápice por mucho que Marco empujó.

—No, no es ese presumido amigo tuyo el que te busca. Es alguien importante. Arriba, en las habitaciones.

—Ya te he dicho que no tengo tiempo…

—Por tu propio bien, sube —insistió Tito, y con un gesto invitó a Marco a que mirara hacia el interior de la taberna. Lemurio se dio cuenta entonces de que una parte considerable de los hombres que había sentados en las mesas o acodados en la barra le miraban con el ceño fruncido y cara de tener cuentas pendientes con él. Solo unos pocos seguían bebiendo y charlando, ajenos a la entrada de Marco.

—¿Quiénes son estos tipos? —preguntó, dudando entre hacer caso a Tito o echar a correr por las callejas de la Subura. Buscó entre los rostros de los presentes a alguno conocido, alguien a quien hubiera ofendido o a quien debiera dinero… pero no lo encontró. Aquellos hombres tenían aspecto de ser o esclavos entrenados como guardaespaldas o mercenarios de los que vendían su espada y su daga al mejor postor, fueran lo que fueran, ellos sí conocían a Marco, aunque él no a ellos.

—Tú, sube. Primera habitación a la derecha —dijo Tito, y solo entonces bajó la porra.

—¿La habitación grande? Ya puede ser importante el que quiere hablar conmigo…

La habitación a la que el portero había hecho referencia era la más lujosa con la que contaba aquel establecimiento, si es que podía denominarse así a una estancia con una cama, dos *triclinia* en los que

tenderse para cenar, una mesa baja y algún mueble de madera carcomida. En comparación con el resto de estancias en las que las chicas y chicos de la taberna ofrecían sus servicios sexuales, aquella habitación era un palacio, y estaba reservada a aquellos clientes que podían pagar un precio más alto por pasar una noche en ella. Marco nunca la había utilizado, y únicamente conocía el interior por los breves vistazos que había echado desde el pasillo.

Marco pasó por la sala principal de la taberna en dirección a las escaleras que conducían al piso de arriba. Los hombres le siguieron con la mirada, como si quisieran dejar claro que no iban a perderle de vista. Pese a sus rostros furiosos, ninguno de ellos hizo gesto alguno de amenaza, y Marco se atrevió incluso a hacer un comentario burlón.

—Miradme todo lo que queráis, pero tened claro que este culo no está en venta.

Una de las esclavas se echó a reír y Marco le guiñó un ojo.

Frente a la puerta de la habitación había otros dos hombres fornidos haciendo guardia. Marco comenzó a preocuparse. Si la situación se complicaba allí dentro, tendría muy difícil escapar. Sabía que la política de Tito era la de no permitir la violencia en el interior de la taberna, y salvo las ocasiones en las que las peleas escapaban a su control, era muy estricto en aquel asunto. ¿Permitiría el fornido portero que alguien tendiera una emboscada a Marco en una de las habitaciones? Tito y él estaban lejos de ser amigos, pero Marco creía que, después de tantos años de beber hasta la inconsciencia en aquel lugar, al menos le habría hecho una señal para advertirle del peligro en caso de existir un riesgo real para él.

—Me han dicho que me esperan ahí dentro —dijo Marco a uno de los matones.

El aludido emitió un gruñido y abrió la puerta, indicando a Marco que pasara. Traspasó el umbral y comenzó a hablar sin dar a sus interlocutores ocasión de comenzar la conversación.

—Si os debo dinero dadme una cifra y pagaré. Si os he ofendido en algo os pido disculpas. Si os he hecho algún servicio cuyos resultados no han sido satisfactorios…

Marco guardó silencio. Quien le aguardaba en aquella habitación no era un antiguo cliente, ni un prestamista. De hecho, ni siquiera era un hombre, sino apenas un adolescente que no podía superar los dieciséis años. Un adolescente cuyo rostro Marco reconoció de inmediato.

Era el mismo joven que se había encarado con él hacía ya varias

noches. El mismo que le había arrebatado a Alda de sus brazos. El mismo que, de no haber sido por la oportuna intervención de la esclava, habría dado orden a sus hombres de que le propinaran a Marco una paliza en aquel mismo establecimiento. Estaba tumbado sobre una de los *triclinia*, bebiendo vino de una copa metálica.

Marco buscó en sus recuerdos el nombre de aquel chico. ¿Curión? ¿Antonio? Saturnino le había desgranado la vida y relaciones familiares del joven, pero, como era habitual, Marco no le había prestado atención.

—Marco Lemurio —dijo—. Supongo que me recuerdas…

—Lo cierto es que no —respondió él, incapaz de contenerse ante la posibilidad de ofender al joven noble que con tanta prepotencia había actuado noches atrás.

—Tienes mala memoria, entonces. Estuve a punto de ordenar que te cosieran a puñaladas. Tal vez lo haga, después de todo…

Marco sintió tras él el movimiento de los dos hombres que custodiaban la puerta, situándose en aquellos momentos a sus espaldas.

—Mucha gente quiere verme muerto. Aunque reconozco que nadie tan joven como tú. ¿Me dirás tu nombre al menos antes de dar la orden de que me maten?

—Me llamo Marco Antonio —dijo, e hizo un gesto a los dos matones para que se retiraran—. Lo de matarte puede esperar, siempre que seas capaz de contener tu lengua. Ya me han dicho que Varrón, e incluso Pompeyo, te tienen en una cierta estima… Lo último que necesito en estos momentos es buscarme problemas con ellos. Además, necesito tu ayuda. Dicen que eres el único hombre de la Subura capaz de solucionar un problema que tengo entre manos.

—No me interesa —dijo Marco—. En esta parte de la ciudad cada cual soluciona sus propios asuntos.

—Por Venus que me sorprende que aún no te hayan mandado matar. Hay alguien más poderoso que Varrón protegiéndote si has conseguido llegar vivo hasta tu edad hablando de ese modo al hijo de un senador.

—No soy tan viejo —respondió Marco.

Antonio suspiró y, por un momento, Lemurio vio en su rostro una sombra de madurez que no correspondía con sus rasgos de adolescente. Como si aquel joven hubiera tenido que hacer frente ya a situaciones que no le correspondían por edad. Era un muchacho borracho y pendenciero, sin duda; pero también latía en su interior algo mucho más profundo, una ambición que aún no había comenzado a florecer.

—Siéntate, Lemurio. Escucha lo que tengo que pedirte, al menos. Y sobre todo escucha qué es lo que estoy dispuesto a ofrecerte a cambio.

Marco asintió a regañadientes. Nada que aquel niño rico le ofreciera compensaba la posibilidad de que Saturnino se le escapara aquella noche y él perdiera la posibilidad de asistir a la fiesta en casa de Atia. Pero no le quedaba más remedio que escuchar al menos su propuesta. Se sentó en uno de los *triclinia*, sin recostarse, frente a Marco Antonio.

—La última noche que estuve aquí… —comenzó.

—¿La noche en la que casi ordenaste que me mataran? —interrumpió Marco. Antonio le ignoró.

—… iba acompañado por dos amigos. Uno de ellos decidió seguir la fiesta por su cuenta cuando nos marchamos de esta taberna. Le recomendamos que no se internara en los callejones de este barrio él solo, pero no quiso escucharnos. Aun así, hicimos que uno de nuestros esclavos lo siguiera, por precaución. Mi amigo pasó un rato en un prostíbulo y cuando salió de él… bien, fue entonces cuando ocurrió algo extraño. En una calleja una mujer se acercó a él…, y lo mató.

—Las putas de la Subura pueden ser muy traicioneras. No veo qué hay de extraño en ello. Pero lamento lo ocurrido con tu amigo —mintió Marco. No lo lamentaba en absoluto.

—Sé de putas traicioneras lo mismo que tú de vino barato. No, no fue una puñalada lo que lo mató. Si hubiera sido así, no estaría recurriendo a ti.

—¿Qué ocurrió entonces?

Marco Antonio pronunció un nombre en voz alta, y uno de los esclavos que hacía guardia en la puerta entró en la habitación.

—Cuéntale a este hombre lo que viste la noche en la que murió Aulo Ebucio.

El esclavo titubeó. Comenzó a hablar, pero la lengua se le trababa y las palabras no formaban frases con sentido. Marco observó que tenía miedo de hablar del tema. Como si al evocar el recuerdo conjurara por accidente aquello mismo que había visto y que tanto le había aterrado. Era algo que había contemplado en multitud de ocasiones, en especial en hombres y mujeres de las clases más bajas. Por primera vez comenzó a sentir interés en el asunto. Aquel hombre había presenciado algo que le había afectado de verdad.

Marco Antonio, sin embargo, no reaccionó con la misma paciencia que Lemurio ante los titubeos del esclavo.

—¡Por Júpiter, déjate de miedos y supersticiones y habla claro o le

echaré de comer el cuerpo de tus hijos a los perros de mi hermano!

El rostro del joven mudó por completo. De la serenidad que había demostrado ante las provocaciones de Marco pasó a una cólera que le hizo enrojecer y que inyectó sus ojos en sangre.

Lemurio entendió que aquel chico podía llegar a ser un personaje peligroso si se le contrariaba. Acostumbrado como estaba a tratar casos como aquel en los que un hombre se veía bloqueado por el miedo, decidió tomar las riendas de la conversación.

—Habla sin recelo. Sea lo que sea lo que viste aquella noche, no puede hacerte daño en este lugar.

El esclavo pareció relajarse.

—Fue una mujer, *domine*. O al menos tenía rostro de mujer. Aunque yo creo que era otra cosa… tal vez una estrige. Mi madre me hablaba a menudo de ellas. Todavía me dan miedo, *domine*.

Marco reprimió una sonrisa. Si, realmente, el tal Aulo Ebucio había sido víctima de una estrige solucionaría dos problemas en uno. Se ganaría el favor de aquel niño rico y además tendría el informe que Varrón le pedía con tanta insistencia.

—Tú cuéntame lo que viste —dijo.

—Aulo Ebucio salió de aquel prostíbulo y echó a andar por las calles de este maldito barrio; como me habían ordenado, le seguí. Soy muy bueno siguiendo a la gente sin que se dé cuenta. Aunque soy grande, puedo moverme de forma silenciosa. Y por los dioses que eso fue lo que hice. Pero al girar una calleja me encontré con que Aulo Ebucio se estaba acercando a una mujer. A esa mujer… Iba cubierta por una larga capa de pieles, con el rostro tapado. Sus ropas eran… como las ropas de las mujeres de los senadores. De calidad. No pude verle la cara, *domine*, solo las manos y la figura que se marcaba bajo la capa de pieles. Era joven, sin duda, y por la actitud de Aulo Ebucio supongo que muy hermosa… Si hubiera sido fea no se habría acercado así a ella. Nadie se arrima a una puta fea cuando acaba de salir de un prostíbulo. Por Venus que tenía que ser hermosa.

—¿Qué ocurrió? —preguntó Marco. Aquella descripción de una mujer joven y hermosa, cubierta con ricas ropas, no cuadraba en absoluto con el aspecto físico de las prostitutas que ofrecían su cuerpo en las calles de la Subura. Aquellas que se veían obligadas a venderse en plena calle lo hacían porque ninguna taberna o prostíbulo estaban interesados en sus servicios, ya que eran o demasiado viejas o poco atractivas. Ninguna mujer joven y hermosa en su sano juicio habría

preferido vender sexo en las calles, arriesgándose a hacer frente a todos los peligros de la Roma nocturna.

—Aulo Ebucio y la estrige… quiero decir la mujer, se besaron. Ella retiró de su cabeza la capucha de pieles, pero no pude ver su cara. Entonces de su cuerpo empezó a salir una luz azul. Brillaba como si fuera una antorcha encendida, y aquellas llamas azules los envolvieron, a ella y a Aulo Ebucio. Nunca he visto nada igual, domine. La luz era tan potente que tuve que apartar la mirada. Los ojos me ardían, *domine*. No pude seguir vigilando…

—Debería ordenar que te sacaran los ojos como castigo —dijo Marco Antonio, ya más calmado, y bebió un largo trago de vino de su copa.

—¿Y después? ¿Qué pasó? —preguntó Lemurio.

—Cuando la luz azul desapareció, la mujer ya no estaba. Y Aulo Ebucio estaba tirado en el suelo. Pero ya no era él, claro. O sí, era él, pero no igual… Ebucio estaba… viejo. Se había convertido en un anciano. Tenía el pelo blanco y la piel arrugada. No sé explicarlo mejor, *domine*. Los dioses no me dieron el don de la palabra.

—Da gracias a que los dioses te dieron el don de caminar sin cagarte encima —dijo Marco Antonio—. Márchate. Lo que pasó a continuación puedo contarlo yo mismo.

El hombre asintió y salió de la habitación tras hacer un gesto con la cabeza a Marco Lemurio. El significado era claro: gracias por tu comprensión.

—El pobre desgraciado cogió el cuerpo y fue con él a casa de Curión, su amo. Él me hizo llamar de inmediato. No sabía si confiar en lo que el esclavo le contaba o mandarlo crucificar por no haber cumplido sus órdenes y haber tratado de engañarlo llevándole el cuerpo de un pobre viejo… El esclavo juraba por todos los dioses que aquel era el cuerpo de Ebucio. Pero lo que nos trajo era el cadáver de un hombre de más de ochenta años. Analizamos el cuerpo del anciano de arriba a abajo. Desde luego, iba vestido con las mismas ropas que Ebucio había llevado aquella noche.

Antonio hizo una pausa para observar el rostro de Marco Lemurio y tratar de comprobar si su interlocutor estaba tomándose en serio aquel asunto. Marco escuchaba atentamente, sin dar muestra alguna de pensar que todo aquello podía tratarse de una broma o un invento.

—Solo cabían dos posibilidades —continuó—, o el esclavo había asesinado a Aulo y había vestido un cadáver cualquiera con sus ropas para tratar de engañarnos o… bueno, esto es difícil de creer, pero la

única alternativa es que el cuerpo envejecido fuera realmente el del mismo Ebucio. Curión me llamó imbécil, me dijo que era una vieja crédula y que el esclavo había conseguido su objetivo de embaucarme. Para él estaba claro que Ebucio había sido asesinado, y estaba dispuesto a mandar que crucificaran al esclavo en el patio de su casa. Yo no lo tenía tan claro, así que le pedí que esperara unos días, de modo que me diera tiempo para aclarar la situación.

Había además otra prueba que podíamos hacer al cadáver. Ebucio tenía una característica física peculiar. Algo que únicamente sus amigos más íntimos sabíamos. Sugerí a Curión que comprobáramos si aquel cadáver también tenía esa característica.

—¿Puedo preguntar qué característica era?

Marco había quedado atrapado por la historia contra su propia voluntad. A pesar de que se había obligado a sí mismo a no distraerse y poner el loco en sus propios asuntos, aquella trama acabó por absorberlo.

—Ebucio tenía un pene… más grande que el resto de los hombres.

—Muchos hombres tienen el pene grande.

Marco Antonio frunció el ceño, incómodo ante la idea de revelar un detalle tan íntimo del que había sido su amigo.

—No, el caso de Ebucio era especial. Era un pene muy grande, enorme. Nos lo enseñó alguna vez, estando borrachos y te aseguro que nunca he visto cosa igual. Se podría pensar que un atributo así es una bendición de los dioses… pero en el caso de Aulo era casi una maldición. Puedes creerme, Lemurio, no estoy exagerando. Ese defecto físico le volvía loco, le atormentaba… Su vida sexual era muy extraña. Y no le culpo. ¡Yo no habría sabido qué hacer con una *mentula* tan monstruosa! Aquello parecía un castigo de los dioses en lugar de un pene. Dudo que ninguna mujer pudiera llegar a tener eso dentro de ella sin morirse de dolor…

—¿Y el cadáver…?

—¡Tenía la *mentula* como el jodido dios Príapo! En realidad no era tan grande como yo la recordaba… pero ya sabes lo que dicen, que a medida que nos hacemos viejos… En fin, era desde luego más grande que lo que se supone que un viejo de ochenta años tiene entre las piernas. Para mí aquello fue prueba más que suficiente. El esclavo estaba diciendo la verdad. Curión, sin embargo, se aferraba a la idea de que nuestro amigo había sido asesinado y que el hecho de que aquel viejo tuviera un pene tan notable era una simple coincidencia. Insistía

en culpar al esclavo del crimen… Para evitar que ese pobre desgraciado fuera crucificado, tuve que comprárselo a Curión y llevarlo a mi propia casa. Pagué por él una auténtica fortuna.

—Todo un detalle por tu parte el salvarle la vida.

Antonio dio una palmada en el trlclinio.

—No, por Júpiter, no lo hice por salvarle la vida. Pero necesitaba que el único testigo de lo que había ocurrido aquella noche siguiera vivo. Solo él puede conducirme hasta el culpable. O la culpable, si es que dice la verdad.

—¿Por qué esa obsesión por saber qué ocurrió con tu amigo? ¿Tanto afecto le tenías?

—Si… y no. No me interpretes mal, Ebucio era un buen compañero de borracheras. Un tipo divertido cuando no se dejaba llevar por sus manías. Pero no es venganza lo que busco, si es eso lo que estás preguntando. Necesito encontrar a su asesina porque Curión me ha desafiado a hacerlo. Hemos apostado una importante cantidad a que puedo demostrar que ese anciano muerto es en realidad nuestro amigo Ebucio. Quiero encontrar a la culpable, a la persona capaz de obrar un prodigio así, para darle una lección a ese presuntuoso de Curión. Y ahí es donde entras tú, Lemurio. He hecho algunas indagaciones y varias personas me han dicho que eres el hombre más indicado para un trabajo así. No voy a mentirte, con algunas indagaciones quiero decir que he sobornado a algunas de las putas de esta taberna y todas me han dicho lo mismo. El cazador de licántropos, te llaman. Si eres capaz de capturar un hombre lobo, no tendrás problema en encontrar a esta estrige, o hechicera, o lo que quiera que sea, y traérmela. ¿Me equivoco?

Marco suspiró. Una vez más su fama se había extendido más allá de lo que él mismo había deseado. En aquel momento se arrepintió de haber usado algunas de sus historias y trucos mágicos para encandilar a las esclavas de la taberna y lograr de ellas una jarra de vino gratis o un rato más entre las sábanas.

—¿Y qué gano yo con todo esto? —preguntó.

—Podría ofrecerte dinero, pero sospecho que tu relación con esa rata de biblioteca de Varrón ya te permite llenar la despensa… También podría amenazarte y lograr que lo hicieras gratis…

Me encantaría verte intentarlo, pensó Marco.

—… pero prefiero llevarme bien contigo. Así que he considerado en ofrecerte un precio justo por tus servicios. Algo que, por lo que vi la

otra noche, creo que no podrás rechazar.

—Te escucho.

—La esclava hispana. La compraré y te la regalaré. Tú eliges si quieres que la libere antes o si prefieres conservarla como esclava.

Aquello cogió a Marco por sorpresa. De todas las cosas que habían pasado por su cabeza que aquel chico podía ofrecerle a cambio de su ayuda, nada se había aproximado ni remotamente a la propuesta que le acababa de hacer. La libertad de Alda… Marco parpadeó varias veces. Sabía que mostrar asombro en una negociación era la mejor manera de conseguir que el oponente se sintiera seguro para presionar y conseguir lo que deseaba. Pese a ello, no pudo evitar llevarse la mano al rostro y rascarse el mentón.

—Imposible. El dueño de esta taberna jamás vende a sus esclavos. Todo el mundo lo sabe.

—Por favor, Lemurio. Lo que en la Subura consideráis como verdades absolutas son solo endebles ideas que se pueden derribar con dos manos desnudas. Una —dijo abriendo una mano—, el dinero; la otra, las influencias. El dueño de esta taberna me venderá a esa esclava sin problema alguno. ¿Cuántas hay como ella en Roma? ¿Decenas? ¿Cientos? ¿Miles? Tienes que estar muy enamorado de ella si crees que su amo rechazará una bolsa de oro a cambio de la chica.

—Nadie sabe quién es el dueño de esta taberna.

—Yo lo averiguaré. Te lo aseguro.

—¿Y si no lo consigues? Supongamos que doy con esa extraña mujer que convierte a los hombres en ancianos muertos y la llevo hasta ti. Pero si tú no averiguas quién es el dueño de la taberna, o no consigues convencerle de que te venda a la esclava, ¿en qué situación quedo yo?

—Oh, por el culo de Venus, te conseguiré diez esclavas hispanas que se parezcan a ella. ¿Qué tiene esa mujer que tanto te obsesiona? Tampoco era tan buena en la cama…

Marco estuvo a punto de levantarse y marcharse de aquella habitación sin escuchar más. Se obligó a sí mismo a recordar que la persona que estaba sentada frente a él, por muchas ínfulas de grandeza que tuviera, no era más que un niño rico de dieciséis años al que la vida había convencido de que podía hacer y decir lo que le viniera en gana sin temor a las represalias.

—Te conseguiré la libertad de esa hispana, Lemurio. Tú consígueme a esa criatura capaz de envejecer a un hombre hasta la muerte.

Marco se disponía a esbozar una excusa para rechazar aquella

propuesta, pero las palabras se le congelaron en la boca. Estaba enamorado de Alda, no podía negarlo. Tanto como no lo había estado jamás de ninguna otra mujer. Y era solo la condición servil de la hispana lo que se interponía entre ellos. Si Alda se convertía en una mujer libre, la barrera desaparecería.

—De acuerdo —dijo Marco—. Te traeré a esa mujer.

Antonio dio una palmada en la mesa y sonrió, mostrando una perfecta dentadura blanca.

—Buena decisión, por Júpiter. Quién nos iba a decir que tú y yo acabaríamos haciendo negocios… Y eso que estuve a punto de hacer que te mataran la otra noche.

Antonio se echó a reír, y Lemurio le respondió con una mueca sarcástica.

El joven Antonio bajó al salón de la taberna, acompañado por dos de sus hombres y seguido a una distancia prudente por Marco. Desde lo alto de la escalera dio un grito y se dirigió a los hombres que bebían en las mesas, muchos de los cuales eran mercenarios que estaban a su servicio.

—¡Una ronda a la salud de Marco Antonio! —gritó, y todos los presentes respondieron con vítores y ovaciones. Incluso algunas de las esclavas, que por lo general no mostraban un especial entusiasmo cuando alguien invitaba a beber, sonrieron y se unieron al griterío.

Marco enarcó las cejas. Aquel chico estaba convirtiéndose en un personaje muy popular en la taberna. Era joven, guapo, rico y tenía una personalidad tan carismática como arrogante. Pensó que Antonio tenía todos los ingredientes para convertirse en un político poderoso en el futuro si sabía conservar aquel amor del pueblo y lo combinaba con su fortuna y sus contactos familiares. Mientras las esclavas servían una ronda de vino a cuenta del joven noble, Marco se deslizó con disimulo hasta el fondo de la taberna. Los hombres que le habían recibido con miradas hoscas y amenazantes ya no le prestaban atención. Sin duda, al ver que su patrón regresaba del piso de arriba, sonriente, y con ganas de hacer gala de su generosidad, habían deducido que cualquier amenaza que pudiera suponer el tal Lemurio ya no existía. De hecho, uno de los hombres, cuando Marco pasó junto a él, le palmeó con fuerza las nalgas y se echó a reír.

—¿Seguro que ese culo no está en venta? —dijo, haciendo que sus compañeros de mesa se sumaran a las risas.

Marco ignoró la provocación y se sentó en su mesa habitual. Cuando

una de las esclavas se acercó a él para ofrecerle un vaso de vino pagado por Antonio, Marco estuvo a punto de rechazarlo. Sin embargo, recordó que su bolsa se había quedado casi vacía como consecuencia de su intervención en el intento de desahucio de su vecina, por lo que decidió dejar la dignidad a un lado por aquella noche y aceptar la invitación.

Se sentía bastante estúpido por haber asumido la misión de encontrar a aquella extraña mujer capaz de envejecer a los hombres hasta la muerte. Tenía la sospecha de que, en el improbable caso de que él tuviera éxito y la encontrara, aquel niño rico olvidaría su palabra y Alda seguiría siendo una esclava atada a aquella taberna y a los misteriosos designios del desconocido amo. Pese a ello, había algo en él que le empujaba hacia aquella investigación. No había duda de que si lo que Antonio le había contado era cierto, estaba ante la obra de una hechicera o de una criatura de la noche. Marco pensó en Marcia, la esposa de Tito Pomponio, que había resultado ser una poderosa bruja capaz de invocar a las sombras del Hades para librarse de sus enemigos. ¿Había más hechiceras así en Roma? ¿Estarían sus propios poderes y su conocimiento a la altura de un enfrentamiento semejante? Si había salido con vida de la pelea con Marcia, había sido gracias a la lágrima de Perséfone que colgaba en su cuello y, desde luego, no por sus propias habilidades… ¿Y si la lágrima fallaba? Marco dio un trago de vino. No tenía sentido especular con eso en aquel momento. Antes de darle vueltas a cómo enfrentarse a aquella criatura, tendría que encontrarla.

—Y antes de eso, tengo otro asunto que resolver —murmuró, y volvió a dar un largo trago.

Estuvo un rato esperando y bebiendo a costa de un Marco Antonio que aquella noche, coreado por sus hombres y por los clientes de la taberna, se había convertido en el tipo más popular de aquella zona de la Subura. De su bolsa no paraban de salir monedas con las que se pagaban una ronda tras otra de vino, escanciado por unas frustradas esclavas que habían confiado en que aquella noche de *ludi* sería tranquila en la taberna. De hecho, en las calles de los alrededores se había corrido la voz de que un joven noble estaba invitando a todo aquel que quisiera beber a su salud y la de sus antepasados, y muchos habían preferido acercarse a la taberna, seducidos por el vino gratis, antes que disfrutar de los placeres que brindaban los juegos.

Marco continuó bebiendo en silencio, ajeno a la algarabía general, a sabiendas de que el joven Marco Antonio le lanzaba una mirada de cuando en cuando, como si le instara a que levantara el culo del taburete y comenzara a investigar el asunto para el que le había

contratado. Lemurio no hizo caso de las insinuaciones, y solo la entrada en la taberna de la persona a la que estaba esperando le hizo moverse de su sitio.

Saturnino entró en el local con el rostro iluminado por una sonrisa; sonrisa que se esfumó cuando descubrió a Marco en su mesa habitual. Para evitar encontrarse con él, se dirigió hacia otro lugar de la taberna y se sentó junto a un grupo de bebedores a los que conocía de vista. Marco suspiró. Saturnino aún seguía enfadado por su negativa a acompañarle a la fiesta de Atia. Se puso en pie y, con su propio vaso en la mano, se acercó donde se encontraba su amigo.

—Lucio…

—Ahora no puedo, estoy bebiendo con estos amigos —dijo sin mirar a Marco.

—¿Sí? Dime el nombre de alguno de ellos.

Saturnino miró azorado las caras de los hombres que le acompañaban.

—Pues… ahora mismo no los recuerdo. Pero sé que a este tipo le abandonó su mujer y se escapó con un centurión…

El aludido gruñó una respuesta que Marco no fue capaz de entender.

—Eh, sin insultar. Yo no tengo la culpa de que te huelan los pies y tu mujer prefiriera…

Marco agarró del hombro a Saturnino y le obligó a que se levantara de la mesa en la que el resto de los hombres comenzaban a mirarle con el ceño fruncido, enfadados por aquellas impertinencias.

—Escucha, no seas rencoroso. Tengo una buena noticia que darte. Lo he estado pensando y he decidido acompañarte a esa fiesta. ¿Qué me dices?

Saturnino esbozó una sonrisa que intentó borrar de inmediato.

—¿Por qué crees que la invitación sigue en pie? Podría haber invitado a otra persona. Tengo muchos amigos deseando acompañarme.

—¿Has invitado a otra persona? —preguntó Marco, que comenzaba a cansarse de la actitud orgullosa de su amigo.

—¡Claro que no, por Júpiter! ¿A quién quieres que lleve? ¿Al tipo que le huelen los pies o a este otro que habla latín como si fuera un sapo croando en su charca? O tal vez podría ir con Tito, el portero, que tiene tanta conversación como un trozo de madera…

—Vamos a mi mesa, antes de que tus amigos te rompan una jarra en la cabeza…

Marco se llevó a Saturnino a su rincón y le obligó a sentarse con él.

Una esclava se acercó a ellos y llenó sus vasos, una vez más cortesía de Marco Antonio.

—Veo que hoy sí aceptas el vino de ese niño rico —dijo Saturnino con sorna.

—Es una larga historia… Ahora escúchame. ¿Sabes si Marco Tulio Cicerón y su mujer acudirán a la fiesta de tu amiga Atia?

—Eso parece, sí. Cicerón está muy solicitado desde que se ha sabido que Pompeyo y él son amigos personales. Y más aún desde que ha sido elegido pretor en las últimas elecciones. Atia ha conseguido que su mujer, Terencia, le prometa que irá a la fiesta y llevará con ella a su marido. Será el invitado de honor, claro, y… —Saturnino hizo una pausa y miró a Marco con el ceño fruncido, como si acabara de recordar o descubrir algo—. Un momento, ¿Por eso has cambiado de idea? ¿Quieres conseguir algo de Cicerón?

—Es probable. Sea como sea, no tienes por qué preocuparte. Me comportaré bien y no te daré motivos para avergonzarte ante tus amigos ricos.

—Y ya que vienes podrías hacer uno de tus trucos de magia… Convertir en comadreja a alguno de los amigos de Atia o sacar culebras de la manga de alguno…

Marco dio un trago de vino y sonrió.

—Haré algo mucho mejor que eso.

Marco y Saturnino bebieron y comieron juntos hasta que Lemurio se levantó de la mesa con intención de marcharse. Intentó pagar al menos una parte de lo que habla consumido, pero la esclava que les atendía le indicó que todos los gastos aquella noche corrían de cuenta de Marco Antonio. El joven estaba sentado en una silla, con una esclava sentada en cada una de sus piernas, y narraba historias a un auditorio que se mostraba encantado de contar con tan generoso amigo. Marco observó que, incluso el hombre al que días atrás habían humillado y apaleado, Antonio y sus amigos, estaba en aquellos momentos sentado cerca del joven y reía de forma ostentosa todos los chistes que este contaba. Por un instante, se arrepintió de haber aceptado aquella invitación. No soportaba el servilismo con el que actuaban algunas personas, vendiendo su dignidad a cambio de una jarra de vino.

El propio Saturnino se había puesto en pie en dos ocasiones para proponer un brindis a la salud de Antonio, de su padre y de su abuelo, regalando al auditorio todo tipo de anécdotas acerca de la gloriosa trayectoria política y militar de tan ilustres ancestros. El joven Antonio

había agradecido aquellas palabras, ordenando a las esclavas que trajeran más vino y que sirvieran también algo de cena a los presentes. Saturnino había vuelto a sentarse con una sonrisa en los labios. Desde luego, había pensado Marco, su amigo dominaba el arte de la adulación a los nobles y sabía cómo lograr que le abrieran sus bolsas y sus corazones.

—Me marcho —dijo Marco—. Tengo cosas que hacer por la mañana.

—Sí. Ir a las termas y volver a casa a echarte la siesta —comentó Saturnino, que estaba cada vez más borracho—. Te acompaño. Yo sí que tengo asuntos que atender por la mañana.

Para evitar pasar junto a Antonio y sus hombres, Marco abandonó la taberna por la puerta trasera, cruzando el estrecho cuarto que se empleaba para almacenar la leña de la chimenea y las cocinas. Una vez en el exterior, ambos amigos agradecieron el golpe de aire fresco en sus rostros abotargados por el vino y el calor de la taberna.

—Cuento contigo para la fiesta, entonces —dijo Saturnino.

—No me lo perdería por nada.

—Pasaré por tu casa a buscarte, para que no te pierdas por el camino —la mirada de Saturnino dejó muy claro que con aquella expresión quería decir para que Marco no se arrepintiera en el último momento—. Tal vez te dé una sorpresa.

Marco no preguntó a qué se refería su amigo con aquello de una sorpresa. Tenía ganas de llegar a su casa y comenzar a investigar acerca de la misteriosa mujer que convertía a los jóvenes en ancianos. Tal vez en los papiros de Neóbula pudiera encontrar alguna referencia a criaturas que fueran capaces de hacer algo así.

—Te acompaño un tramo. Me apetece caminar —dijo Saturnino.

—No quieres llegar a casa de Atia apestando a vino…

—El amor es un combate eterno, Marco. Y tan importante es contar con las armas adecuadas como saber elegir el momento de la batalla.

—No me jodas, Calimaco. Guárdate los versos para tu mujer…

—¿Quién es ese Calimaco? —preguntó Saturnino, sin mucho interés.

Ambos echaron a andar por las calles de la Subura, más transitadas de lo habitual a causa de los juegos. Saturnino, que parecía haber olvidado su enfado por la anterior negativa de Marco a ir como invitado a la fiesta de Atia, llevaba el peso de la conversación. Una vez más, volvió a sacar el asunto del collar de piedras azules que todas las mujeres ricas de Roma, con excepción de su amada, parecían lucir. Ambos giraron una esquina y se internaron en una calle estrecha y

desierta, abierta entre dos *insulae* de varias plantas de altura. En el centro de la calleja, frente a lo que parecía ser un pequeño templo encajado entre los dos grandes edificios, había un pequeño altar sobre el que ardían varias lucernas. Cuando pasaron frente al templo, Marco alzó la mano para que Saturnino se detuviera.

—Alguien nos está siguiendo.

Saturnino, que pese a sus ínfulas de grandeza se había criado en la Subura y sabía cómo moverse por sus calles, sacó una daga, al mismo tiempo que Marco hacía lo mismo con la suya. Los dos aguardaron en silencio por si alguien aparecía tras la esquina. Una ligera brisa movió las llamas de las lucernas y llegó a apagar una de ellas.

—¿Estás seguro de que alguien nos sigue? —preguntó Saturnino, al ver que no aparecía nadie.

Marco no respondió.

—Sea como sea, aquí nos separamos. Ya he caminado bastante y tus paranoias van a acabar volviéndome tan loco como tú. Me marcho a casa.

—Ten cuidado, Lucio. Estoy seguro de que alguien viene tras nosotros desde hace rato —dijo Marco.

Ambos guardaron sus dagas y se despidieron. Marco observó a su amigo subir por la calle y desaparecer antes de retomar su camino. Trató de que sus pasos hicieran el menor ruido posible, en la idea de escuchar si la persona que había caminado tras ellos continuaba siguiéndole a él hasta su casa. Sin embargo, no volvió a escuchar nada. Marco supuso que Saturnino tenía razón y todo había sido una paranoia suya. Aceleró el paso para llegar a su casa cuanto antes.

Finalmente, el misterioso perseguidor, si es que existía, no le dio alcance. O bien había perdido interés o había ido detrás de Saturnino al entender que era una víctima más accesible. Marco estaba tranquilo. Había visto a su amigo salir bien parado de asaltos en la calle haciendo uso de su prodigiosa facilidad verbal y sacando la daga en el momento preciso.

Caminó hasta el portal de su *ínsula* y se encontró con una escena con la que no contaba. Un hombre enorme dormitaba sentado en la entrada con la cabeza apoyada en el quicio de la puerta. Pese a lo incómodo de la postura, roncaba con la boca abierta, como si estuviera entregado al más reparador de los sueños.

—Quinto… —murmuró Marco. Se había despedido del esclavo de Varrón aquella misma tarde tras el encuentro con el obsesivo amante

del demonio que se hacía llamar Caridemo. Se suponía que el antiguo gladiador tenía que regresar a casa de Cicerón para recoger a Trasíbulo y llevarlo de vuelta a su *domus* sano y salvo. ¿Qué hacía en su casa a aquellas horas de la noche?

Marco se agachó junto al esclavo y lo zarandeó con suavidad. La reacción de Quinto le cogió totalmente por sorpresa. El enorme hombretón no había terminado de abrir los ojos cuando su mano ya se había cerrado en torno al cuello de Marco, dura como el mármol. Lemurio trató de zafarse, pero sus golpes y movimientos fueron tan inútiles como si estuviera golpeando una escultura de mármol.

—Quinto —dijo con un hilo de voz—, grandísimo hijo de puta, soy yo… Suéltame…

En el momento en el que recobró la conciencia y se dio cuenta de dónde estaba y a quién acababa de atrapar, Quinto saltó su presa y se apresuró a ayudar a Marco a ponerse en pie.

—Marco… Lo siento. No quería hacerte daño. Es un acto reflejo, ¿sabes? De niño me pasó algo durante la noche y… bueno es una larga historia. Por lo menos no te he matado. Una vez, unos compañeros míos en las legiones trataron de hacerme una broma mientras dormía y… digamos que dos de ellos no han vuelto a poder masticar la comida de la…

—Me hago una idea —respondió Marco, que se había llevado la mano al cuello dolorido y miraba a Quinto con ojos cargados de odio—. Maldito saco de entrañas podridas, casi me matas otra vez… Esta mañana con un abrazo y ahora… ¿Qué estás haciendo aquí? ¿No tenías que acompañar a Trasíbulo a casa?

—Oh, y lo hice. Por el camino tuve que parar otra vez en una letrina para cagar, ya sabes, las alubias que comí en casa de ese Cicerón… Pero después recogí a Trasíbulo y lo dejé a salvo en su habitación. Estaba triste el pobre muchacho. ¿Sabes? Yo creo que está enamorado de alguna de las esclavas de Cicerón…

Más bien de uno de los esclavos, pensó Marco. Si Trasíbulo había salido triste de casa de Cicerón, eso significaba que su pelea con Tirón no se había solucionado.

—No me interesa la vida de Trasíbulo. Quiero saber qué estás haciendo aquí, dormido en el portal de mi casa.

—Claro, claro. —El esclavo rebuscó algo en su bolsa y sacó unas tablillas con el sello roto—. Hemos recibido un nuevo saco de cartas del amo Varrón. Y cuando digo un saco me refiero a uno casi tan grande

como tú, lleno de papiros enrollados y tablillas como esta. Trasíbulo me ordenó que te trajera esta de inmediato; después de leerla él, por supuesto. ¿Me dirás lo que pone, Marco? Yo no sé leer esa letra tan curvada y pequeña que usa el amo.

—¿Hay alguna letra que sepas leer? —preguntó Marco, y cogió la tablilla.

Quinto comenzó a explicarle que era capaz de entender las letras grandes y rectas que se empleaban para decorar los monumentos, e incluso algunas de las que usaban los que pintaban cualquier cosa en las paredes de los prostíbulos y las tabernas.

—Aunque estas son más fáciles de entender, porque siempre hablan de lo mismo. Pollas, coños y cosas así. Ah, y muchas veces vienen con dibujos al lado, para que los tipos como yo lo tengamos más fácil…

Marco dejó de escuchar a Quinto y se concentró en la lectura de la carta. Había pasado de no saber nada de Varrón en casi un mes a leer dos cartas suyas en el mismo día.

Salve, Marco Lemurio.

Hace solo cinco días que salió de mis manos mi anterior carta para ti. Aunque confío plenamente en mis mensajeros y en Trasíbulo, no ocurre lo mismo contigo y tu seriedad con el trato que nos une en estos momentos. Es posible que recibas las dos cartas al mismo tiempo, así que seré breve y directo.

Una persona de mi confianza que sabe de mi interés en el tema de las estriges me ha enviado una carta muy interesante acerca de una serie de muertes que se están produciendo en la ciudad de Pompeya, en la Campania. Hombres, mujeres y niños están apareciendo en sus lechos, muertos y cubiertos de sangre. Todo el mundo en la ciudad está preocupado y ya hay quien habla de que una estrige ronda por las tierras del Vesubio. Es una oportunidad única para que recojas información de primera mano sobre el tema y completes los datos que ya poseas sobre esta criatura.

No se me olvida, por supuesto, que es en Pompeya donde, según Cicerón, se encuentra el hombre al que buscas. Aunque aún no hayamos conseguido dar con ese Crasipedes, es posible que puedas encontrarlo tú mismo si viajas a Pompeya. Ya tienes dos motivos para hacer el viaje.

Ponte en marcha de inmediato y parte hacia Pompeya tan pronto como te sea posible. Una vez allí, busca la casa de Cneo Petronio y reúnete con él. Es uno de mis clientes y se encargará de buscarte alojamiento y de ponerte en contacto con algunas personas que te

ayudarán en tu búsqueda. A diferencia del hombre del que nos habló Cicerón, Cneo Patronio sí existe.

Llévate también contigo a mi esclavo, Quinto. Sé que habéis entablado una buena amistad desde que llegó a mi casa, así que no te resultará una compañía molesta. Además, me sentiré más tranquilo si él viaja contigo. Quinto pondrá el músculo y la espada en caso de ser necesario llegar a utilizarlos.

Imagino la cara con la que estás leyendo estas líneas. Borra ese ceño fruncido y alégrate: la Campania es una región muy agradable en otoño.

Espero una carta tuya que me confirme que has llegado a Pompeya antes de que caiga el invierno. Entrégale tus informes y cartas a Cneo. Petronio y él se encargarán de hacérnoslos llegar a mí dondequiera que esté y a Trasíbulo en Roma.

Si tú vales, ego valeo.

Marco resopló. ¿Pompeya? No podía marcharse a Pompeya en aquellos momentos. Aquel viaje al sur que le proponía Varrón podría llevarle varios meses. Si partía en aquel mismo momento, tal y como su patrón le sugería, podría no regresar a Roma hasta bien entrado el invierno. ¿Qué pasaría con su propio entrenamiento con Crises? Tendría que suspenderlo todo, con el riesgo de que el anciano desapareciera de nuevo, y con él todas las respuestas acerca del pasado de Neóbula. Hasta el encargo que el joven Marco Antonio le había hecho sobre la misteriosa hechicera quedaría en suspenso…

Por otro lado, si Cicerón al menos había sido sincero con aquello, era en Pompeya donde se ocultaba el maldito Crisógono… Varrón tenía mucha razón al decir que, solo desplazándose hasta allí, él mismo lograría ponerse tras la pista definitiva del asesino de su madre.

Marco respiró hondo. ¿Qué hacer? ¿Dar prioridad a los asuntos que le retenían en Roma o partir de inmediato hacia la Campania para contentar a su patrón?

—¿Qué pone en la carta? —preguntó Quinto, impaciente. Marco supuso que Trasíbulo le había dado ya alguna pista de que el contenido de aquella misiva le afectaba en cierta forma.

—Varrón quiere que viaje a Pompeya, y que tú vengas conmigo.

La cara de Quinto se iluminó como habría hecho el rostro de un niño al recibir un regalo inesperado. El esclavo incluso se puso a dar palmas y pequeños saltos.

—¡Pompeya! Viví allí una temporada, cuando era gladiador. Sol, buen vino, tantas tabernas como moscas hay en una mierda de

caballo… ¿Cuándo nos vamos? ¡Tengo que volver a casa de Varrón a preparar mis cosas!

—No tengas tanta prisa —dijo Marco, que no había podido evitar una sonrisa al ver la ilusión con la que Quinto había recibido la noticia —, tengo asuntos que resolver en Roma que no pueden esperar. Viajaremos a Pompeya, pero lo haremos dentro de unos días, cuando terminen los juegos. No antes.

X

Un pater familias

CUANDO la mujer vio la gota de sangre caer desde la punta de su nariz hasta el suelo, tuvo la certeza de que su marido iba a matarla.

Ya la había golpeado en muchas otras ocasiones. De hecho, las palizas habían sido constantes desde que el matrimonio entre ambos se había formalizado dos décadas atrás. Sin embargo, nunca antes había tenido aquella sensación: una certeza absoluta, desgarradora y total, de que aquella noche su marido no se conformaría con golpearla. Aquella noche el hombre con el que convivía, el *pater familias* que regía su destino y el de sus hijos, iba a matarla.

—Levántate —dijo él.

Ella no obedeció y el marido repitió la orden. Al verse desobedecido por segunda vez, el hombre agarró a su esposa de los cabellos y la arrojó con furia contra el otro extremo de la habitación. La mujer se golpeó la trente contra el muro y quedó en el suelo de nuevo, inmóvil.

—Levántate —repitió por segunda vez. La mujer no escuchó nada. El golpe la había dejado inconsciente. Aquello le salvó la vida.

El marido respiraba como un toro furioso a punto de embestir. Al ver que ella no obedecía, comenzó a gritar, a amenazar y a dar golpes en las paredes y los escasos muebles. Un rato después, tras comprobar que su esposa no se levantaba, comenzó a tranquilizarse.

—Llevadla a su cama —ordenó a una de las esclavas. Dos siervas habían asistido aterrorizadas desde el umbral de la puerta de la habitación, y solo al escuchar aquel mandato se decidieron a intervenir. Agarraron a su ama entre las dos con dificultad y, tras verificar con disimulo que la mujer estaba viva a pesar de los golpes, la levantaron y la sacaron de la estancia, a salvo de la ira de su amo.

—Si esta vez no llega a quedarse inconsciente, la habría matado —murmuró una de ellas ya en el pasillo.

—Cállate. ¿Quieres que nos oiga y seamos nosotras las próximas? —dijo la otra, en voz muy baja, apenas un susurro.

—Si vuelve a pegarme a mí, lo mato yo misma. Prefiero acabar en la cruz que morir a manos de ese cerdo.

La otra esclava no respondió. Sabía que aquellas palabras cargadas de rabia y odio quedarían en nada. Todas las esclavas de la casa en algún momento de sus vidas habían sufrido a manos de aquel amo golpes, palizas y abusos de todo tipo. Y ninguna había llegado a alzar la voz contra él. Una de las más jóvenes había llegado incluso a perder un ojo como consecuencia de los ataques de rabia de aquel hombre que gobernaba la casa con mano de hierro. Pero no había nada que hacer. El *pater familias* era amo y señor de todo lo que vivía bajo aquel techo, ya fuera humano, objeto o animal. Él decidía sobre la vida y la muerte de su familia y sus esclavos, y aunque la ley en principio le impedía quitar la vida a sus hijos o a su mujer sin consecuencias legales, la realidad era muy diferente a lo que dictaban aquellos textos grabados en bronce. En aquella casa, la ley la marcaba la voluntad del amo. No había más.

El *pater familias* se llamaba Manio Polio, y era un miembro de la clase de los caballeros gracias a la herencia recibida de su padre. Su patrimonio, sin embargo, más que saneado en el momento de la muerte de su progenitor, había ido menguando con el paso de los años debido a la torpeza y la desidia de Polio. Había heredado el dinero y los negocios familiares, pero desde luego no la habilidad para mantenerlos, y mucho menos para continuar con su desarrollo. Y a medida que el patrimonio de la familia iba desapareciendo como el humo, el carácter de Polio se agriaba más y más. Aquel hombre, que ya había sido un joven de natural hosco y violento, había acabado por convertirse en una criatura que solo encontraba solaz para sus propias preocupaciones, causando sufrimiento a sus más allegados. Las palizas a su mujer, sus hijos y sus esclavos se habían convertido en una constante en aquella *domus*, hasta el punto de que muchos de ellos ya no recordaban un tiempo en el que hubiera pasado un día sin que el amo golpeara a alguno de los que vivían bajo aquel techo.

Aquella noche, la excusa para golpear con saña a su esposa la había encontrado en una supuesta holgazanería de los esclavos que, según Polio, era consecuencia directa de la indolencia con la que ella se encargaba de los asuntos de la casa. La pelea había comenzado con un intercambio de gritos y terminado con la mujer en el suelo inconsciente.

—Que alguien me traiga mi capa. Voy a salir —dijo Polio con voz autoritaria. Era un hombre de talla pequeña, y aquella estatura por debajo de la media había contribuido a aumentar sus complejos y, con ello, su natural desagradable y violento. Para compensar su falta de estatura hablaba siempre a gritos y en un tono que pretendía ser firme.

Una joven esclava apareció a la carrera en la habitación y ofreció a su amo la prenda que este había pedido. Ninguna orden se acataba en aquella casa con más celeridad que la de facilitar a Polio su salida de la *domus*. Los momentos en los que *el pater* estaba ausente eran los únicos en los que los sirvientes y la familia podían disfrutar de una cierta tranquilidad sin temor a verse envueltos en una pelea.

Polio se cubrió con la capa y descubrió una pequeña mancha en uno de los pliegues.

—¿Qué significa esto? —preguntó.

La esclava, una chica que aún no había cumplido los veinte años, le miró con expresión aterrorizada.

—No lo sé, *domine*… Preguntaré al responsable por…

Polio agarró a la chica del rostro y apretó sus mejillas, obligándola a acercarse a su propia cara. La esclava rompió a llorar sin poder evitarlo.

—Esta noche te quiero en mi cama. Jugaremos un rato.

Ella asintió y Polio la soltó de golpe. La chica bajó el rostro, tratando de ocultar las lágrimas y de adoptar la actitud más humilde que fue capaz. No pudo reprimir un escalofrío que le recorrió todo el cuerpo, Compartir el lecho del amo era una pesadilla para cualquiera de las esclavas de aquella casa. Polio no se conformaba con tener sexo con ellas. El simple acto sexual hacía tiempo que había dejado de complacerle. El amo de aquella casa se comportaba en la cama igual que en el resto de facetas de su vida: solo la violencia, el sufrimiento ajeno, causar un dolor cuanto más extremo mejor, satisfacía sus necesidades.

—No tardaré mucho en regresar.

Polio se dirigió a la puerta de la casa, donde un fornido esclavo hacía guardia todo el día. El siervo, al ver llegar al amo, levantó la enorme barra de hierro que servía para bloquear el portón y le franqueó el paso. Por un instante pensó en ofrecerse como escolta. Al fin y al cabo, la noche ya había caído y, aunque el barrio en el que vivían no era de los más peligrosos de Roma, siempre existía el riesgo de tener un mal encuentro en las calles. Sin embargo, el esclavo optó por guardar silencio. Si el amo deseaba que le acompañara, se lo pediría; si no

quería compañía, se limitaría a cerrar la puerta tras él sin decir nada. El esclavo se permitió incluso elevar una plegaria a los dioses para que aquel paseo nocturno deparara alguna sorpresa desagradable para el odiado amo. Si Polio no volvía, todos en aquella casa, comenzando por su mujer y sus hijos, serían mucho más felices.

Como ya suponía, Polio no le pidió que le acompañara. El amo salió de la casa, miró a un lado y al otro de la calle y echó a andar con paso apresurado. Mientras caminaba, se frotaba las sudorosas manos una contra la otra. Estaba muy nervioso. De hecho, la pelea con su mujer había sido fruto de esos nervios en cuyo origen ella no tenía nada que ver. Polio sabía perfectamente que había pagado con su esposa un asunto del que ella no tenía culpa ninguna. Podía ser violento, incluso malvado, pero no era estúpido. Era muy consciente de las ocasiones en las que maltrataba a su familia y esclavos, así como del motivo por el que se comportaba así. De algún modo, aquellas explosiones de ira le servían para aplacar sus propios remordimientos y sentimientos de culpa e impotencia. Hasta cierto punto, se decía él mismo siempre, aquellas palizas eran la forma de que todo el mundo en aquella casa compartiera la enorme responsabilidad que había sobre sus hombros. Polio no se alejó mucho. No era un hombre hábil con las armas, y su escasa estatura se sumaba a una musculatura poco desarrollada por falta de ejercicio físico. En definitiva, era una víctima perfecta para cualquiera de los muchos ladrones que acechaban en las sombras de la noche romana. Por aquel motivo, se limitó a rodear el perímetro de su propia *domus*, con cuidado y atento a cualquier movimiento que pudiera percibir a su alrededor, hasta llegar aun callejón que se abría junto a la parte trasera de la casa. Allí, oculto tras las columnas de un soportal, había una figura que aguardaba. Polio se acercó a ella, frotándose las manos cada vez con más fuerza.

—Buenas noches —dijo nervioso. Todo rastro del hombre autoritario y enérgico que había demostrado ser en el interior de la casa se había esfumado por completo.

—¿Tienes lo que acordamos? —el extraño dio un paso al frente y salió a la luz. Era un tipo de mirada dura, con el pelo muy corto y una enorme cicatriz que le atravesaba el lado izquierdo de la cara, desde la sien hasta la barbilla.

—No… No todo. Me ha sido imposible reunir la cantidad que…

El hombre sacó una daga y, con un movimiento certero, agarró a Polio del cuello y le puso el filo contra la garganta.

—Polio, Polio… Te dijimos que nada de retrasos con los pagos, fuimos muy generosos contigo cuando lo necesitaste. ¿Y ahora tú no cumples con tu parte del trato? ¿Qué podemos hacer contigo, Polio? Dímelo.

—Lo… Lo siento. No he encontrado a nadie que me preste más dinero…

—¡Mira delante de ti, por Mercurio! Tienes una casa enorme, un montón de esclavos, fincas y casas por toda Italia. ¿Qué quieres decir con eso de que nadie te presta dinero? ¿Te estás riendo de mí, rata enana?

—He vendido casi todas las fincas y casas… No me queda casi nada.

—Tú lo has dicho. Casi nada. Y eso significa que te queda algo.

El hombre soltó a Polio, más porque temía que se meara encima de puro terror que porque deseara acabar con su sufrimiento.

—Te amenazaría, con matar a tu mujer y a tus hijos si no supiera que tu familia te importa menos que salvar tu culo flaco. Así que seré muy claro. Tienes hasta el último día de los juegos para reunir la cantidad que nos debes. Si te retrasas uno solo, le cortaré un dedo. Si son dos, te sacaré un ojo. Y si te retrasas tres… desearás no habernos conocido nunca. ¿Me has entendido, Polio?

—Perfectamente —dijo él en voz muy baja.

—¿A qué le tienes más apego, a tu casa o a tu ojo? Tú decides, Polio.

El hombre se internó en el callejón a oscuras y desapareció. Polio aguardó un tiempo prudente antes de empezar a maldecir y amenazar. Todavía en voz baja, por supuesto, no quería arriesgarse a que aquel matón le escuchara y decidiera volver. Fingió que tenía una espada y la clavaba en el vientre de su agresor, apuñalando el aire. Susurró insultos y amenazas que se perdieron en el aire de la noche.

—¿Un ojo? Yo te enseñaré lo que le pasa a quien amenaza a Manio Polio… ¿Qué vas a hacer ahora sin ojos, tú, un matón de segunda? ¿A quién vas a atemorizar ahora estando ciego?

A pesar de aquellas amenazas, Polio no se sentía mejor. En su interior bullía un torrente de rabia y frustración que lo devoraba. Golpeó con la palma de la mano el muro que había frente a él, pero eso tampoco logró que sus ánimos mejoraran. Polio se conocía a sí mismo a la perfección. Sabía que lo único que le calmaría sería ver el rostro de terror y respeto en su mujer o en alguna de las esclavas. Necesitaba sentirse fuerte, poderoso e invulnerable después del encuentro con aquel matón que le había recordado lo que era: un triste personaje que

había dilapidado el patrimonio heredado de su padre y que estaba a punto de tener que vender su magnífica casa para evitar que le cortaran el cuello unos prestamistas.

Polio maldijo el momento en el que había decidido comenzar a pedir dinero prestado. Sus fincas no producían lo suficiente como para pagar el nivel de vida al que estaba acostumbrado. Las cenas, las ricas túnicas que vestía, las literas con las que se paseaba por Roma…, todo aquello tenía un precio, uno que Polio no podía pagar con lo que generaban sus menguantes negocios familiares. ¿Cómo lo había conseguido su padre? Aquella era una pregunta que se había hecho muchas veces, sin encontrar respuesta.

Suspiró. El amanecer tal vez le trajera alguna respuesta a todos sus problemas. Por el momento, tenía una esclava esperándole en su dormitorio, dispuesta a recibir con sumisión todas las humillaciones y los golpes que Manio Polio quisiera propinarle.

Estaba a punto de marcharse, cuando escuchó unos pasos que se dirigían hacia él desde la oscuridad. Polio sintió un nudo en el estómago. ¿Y si aquel matón había cambiado de idea y había decidido no concederle finalmente aquellos días para reunir el dinero? Todas las amenazas, todas las fintas al aire con una espada inexistente se desvanecieron en el aire ante la posibilidad de que alguien le escuchara. Polio volvió a ser el hombre débil y servil que era en cuanto ponía un pie en la calle.

Sin embargo, casi de inmediato, todos sus temores se esfumaron como antes lo había hecho su valor. La figura que caminaba hacia él no era la de un hombre fornido, sino una mucho más menuda y grácil. Una mujer, cubierta con una capa de pieles con capucha, avanzaba hacia él con paso rápido y nervioso, como si alguien la estuviera persiguiendo. Polio se relajó. Una mujer era algo con lo que podía lidiar sin problemas.

Al ver a Polio, ella se detuvo, como si lo estuviera observando de lejos. Finalmente, al concluir que no era un peligro para ella, se acercó.

—Disculpa, *domine* —dijo la mujer—. ¿Cuál es el camino más rápido y seguro para llegar al foro? Me he despistado y temo tener un mal encuentro en las calles.

Polio la observó con detenimiento. Aunque iba cubierta con una capucha, pudo ver parte de su cara. Tenía el rostro hermoso, con unos ojos claros, cuyo color no fue capaz de precisar en medio de aquella oscuridad. La mujer no podía tener más de veinticinco años, y tenía el

pelo rubio oscuro recogido en algún tipo de tocado que la capucha le impedía apreciar. Por la calidad de sus ropas y lo cuidado de su cutis era evidente que era de buena familia. No había peligro para Polio, en definitiva.

—Estás muy lejos del foro, muchacha. Si vas por la calle tú sola acabarás muerta.

La joven se acercó a Polio y le tocó el brazo. El hombre dio un respingo al creer que aquella extraña mujer pretendía hacerle daño… y se relajó de Inmediato al comprobar que el contacto se convertía en caricia.

—¿Tal vez podrías invitarme a pasar la noche en tu casa? —dijo ella, con voz insinuante.

Pollo no pudo evitar que el vello de su cuerpo se erizara. En su larga vida, únicamente las esclavas de los prostíbulos se hablan mostrado interesadas en tener contacto físico con él. Su propia esposa, que se había casado con él por disposición paterna, no solo no le había demostrado jamás sentimiento alguno de atracción, sino que no podía evitar que en su rostro apareciera un gesto de desagrado cada vez que su marido la arrastraba a tener relaciones sexuales. En aquellas circunstancias no pudo evitar sospechar de aquella extraña que había aparecido en medio de la noche y se había mostrado tan cariñosa con él sin causa aparente. Era evidente que la mujer tenía intenciones ocultas.

—No estoy interesado —dijo, y dio un paso atrás. ¿Pero no lo estaba? Algo dentro de Polio le incitaba a retirar la capucha del rostro de la mujer y descubrir qué ocultaba.

Como si esta hubiera podido leerle la mente, se retiró la capucha y dejó al descubierto por completo su cara y su cabello. Un rostro joven y hermoso en el que destacaban dos grandes ojos de un color azul muy intenso. El pelo rizado le caía en sinuosos bucles sobre los hombros.

—¿No estás interesado? —dijo ella, y volvió a tomarle del brazo.

Polio sintió que su voluntad se resquebrajaba. Había algo en aquellos ojos azules que anulaban toda su cordura y le invitaban a abandonarse a los deseos de aquella extraña mujer. Sin retirar el brazo, miró a la joven de arriba a abajo y descubrió que sobre el pecho lucía un colgante dorado con dos piedras azules que combinaban a la perfección con el color de sus ojos.

—¿No estás interesado, Manio Polio? —repitió ella.

—¿Cómo…? —el hombre iba a preguntar cómo sabía su nombre, pero la mujer silenció sus palabras con un beso. Él se resistió durante

unos instantes…, y acabó por abandonarse a la dulzura de sus labios.

Cuando se separaron, ella se había abrazado a su cintura. El rostro de Polio estaba justo frente al de la extraña, y él podía oler su perfume y sentir su aliento sobre su piel. Al ser de una estatura reducida, sus ojos quedaban frente a frente, y Polio sintió que su consciencia se perdía en el color azul de las pupilas de la joven.

—¿Quién eres? —acertó a preguntar. Polio estaba muy excitado. Sentía una arrebatadora necesidad de poseer a aquella mujer en ese mismo lugar, de bajar su túnica para contemplar sus pechos, el resto de su cuerpo.

—Quién soy yo no tiene mucha importancia —respondió ella—. Lo Importante aquí, Manio Polio, es quién eres tú.

Las piedras del colgante comenzaron a emitir un fulgor azulado que Iluminó el rostro de los dos. En un primer momento, Polio pensó que aquella luz procedía de los ojos de la mujer, del mismo tono y con un brillo muy semejante. Solo cuando el resplandor azul le envolvió por completo comprendió que aquella aura procedía del colgante y no de los ojos de la mujer. Y, para entonces, su voluntad había quedado casi anulada, como si aquel torbellino azulado hubiera absorbido cualquier capacidad de raciocinio.

—¿Qué me estás haciendo…? —balbuceó con apenas un hilo de voz. Las piernas estaban a punto de dejar de sostenerle. Las dos piedras del colgante habían pasado de emitir luz a, de alguna manera, absorber todo lo que había a su alrededor. Polio sentía como si todo lo que le rodeaba, la calle, el cielo estrellado, él mismo, se viera atraído hacia el colgante, arrastrado por una inmensa fuerza ante la que nada podía resistirse. Los ojos del hombre solamente podían mirar aquella sima azul que amenazaba con engullirlo.

—Estoy haciendo justicia, Polio —dijo la mujer. La dulzura habla desaparecido de su voz. Seguía muy pegada a él, agarrándolo por la cintura e Impidiendo que el hombre cayera al suelo—. Justicia para todas las mujeres a las que has golpeado, torturado y humillado a lo largo de tu vida. Justicia para una mujer que algún día habría acabado muerta bajo tus puños. Justicia para esas esclavas a las que has matado y cuyos cuerpos ordenaste abandonar en cualquier vertedero. Justicia para tus hijos, que tendrán la oportunidad de crecer lejos de una basura de ser humano como tú. Eso es lo que estoy haciendo. Justicia.

Polio escuchó solo una parte de las palabras de la mujer. A mitad del discurso, sus oídos ya estaban inutilizados. Para él únicamente existía el

torbellino azul que giraba a su alrededor y le absorbía hasta sus profundidades Infinitas. Todo lo que Manio Polio era y había sido acabó atrapado en el interior de las dos piedras que reposaban sobre el pecho de la misteriosa mujer.

Cuando el fulgor azul comenzó a disminuir, ella retiró con violencia sus brazos de la cintura de Polio, como si la simple Idea de haber estado en contacto con él le produjera un asco insoportable. El hombre cayó al suelo y se golpeó la cabeza, sin sentir ya dolor. Polio estaba muerto antes de que la mujer le hubiera soltado. Ella contempló a su víctima. El hombre de mediana edad había desaparecido. En su lugar, se encontraba el cuerpo de un anciano decrépito, desdentado, con la piel seca y llena de arrugas. En su cabeza solo quedaban algunos cabellos, todos ellos de un blanco sucio y quebradizo. La mujer miró aquel despojo por un instante y se volvió a echar la capucha sobre la cabeza. Se dio la vuelta y regresó por la calleja por la que había aparecido.

Las piedras de su colgante refulgieron una última vez, como la bestia que se relame satisfecha después de haberse saciado en la carne de su presa.

XI

Músculos duros, huesos frágiles

EN EL mismo momento en el que la vida de Manio Polio era absorbida por la misteriosa fuerza de las dos piedras azules, en lo más profundo de la Subura, Marco se despedía de Quinto y se disponía finalmente a entrar en el portal de su casa. El enorme gladiador se había mostrado reticente a dejarlo marchar, insistiendo en que las órdenes de Varrón debían ser obedecidas al pie de la letra. Si el amo había dicho que tenían que partir a Pompeya, tendrían que hacerlo a la mañana siguiente. ¡Y empezar los preparativos aquella misma noche! Marco en un primer momento se había sorprendido de la insistencia de Quinto, pero pronto comprendió que en aquel asunto había algo más que la simple fidelidad del esclavo hacia el amo. Por algún motivo, Quinto ardía en deseos de viajar a Pompeya y había encontrado en aquella carta de Varrón la excusa perfecta para hacerlo. Solo cuando Marco le dejó claro que solamente si le ataba de pies y manos y le metía en un saco podría llevarle al sur de Italia, antes de que transcurrieran unos cuantos días, el antiguo gladiador cedió y se resignó a esperar.

—Confío en que el amo no se enfade conmigo… ¿Estás seguro de…?

—Quinto, estoy totalmente seguro. Tu amo está a mucha distancia luchando contra los piratas o cortándole las uñas al dios Neptuno, o lo que quiera que Pompeyo le haya ordenado… En cualquier caso, tiene cosas más importantes que hacer que preocuparse por nuestra partida inmediata. Vete a dormir. Ya te avisaré cuando esté listo.

Marco sabía que sus palabras no eran del todo ciertas. Varrón era capaz de estar dirigiendo una flota de cientos de barcos, al tiempo que se preocupaba de otras decenas de asuntos, sobre todo si estaban relacionados con sus libros.

—De acuerdo —se resignó el esclavo—. Buenas noches, entonces.

—Ve con cuidado.

Marco sonrió, y se disponía a darse la vuelta cuando vio a lo lejos una figura que bajaba por el callejón, caminando de una forma tan peculiar que Lemurio no pudo evitar detenerse para fijarse en él. La persona que se acercaba hacia ellos era de una estatura muy baja, apenas más alto que un niño, y andaba renqueando, como si tuviera una pierna mucho más corta que la otra. Marco pudo observar a pesar de la oscuridad y la distancia que el individuo tenía los hombros desalineados, con uno de ellos casi a la altura de la oreja y el otro colgando mucho más bajo. Enarcó las cejas, extrañado. Aquel callejón no conducía a ningún sitio, era un camino sin salida en el que apenas había un par de comercios que, de cualquier modo, a aquellas horas de la noche estaban cerrados. Solo quienes vivían en alguna de las *insulae* que daban a la calleja entraban por él. ¿Quién era aquel extraño personaje de cuerpo deforme? Marco creía conocer de vista a todos sus vecinos, y desde luego un hombre con un físico tan peculiar jamás le habría pasado desapercibido.

—Quinto, espera —dijo. Marco obedeció a su instinto. Resultaba ridículo pensar que aquel diminuto hombrecillo contrahecho pudiera resultar una amenaza para el enorme esclavo, incluso aunque este no contara con sus espectaculares habilidades con la espada. Sin embargo, algo en su interior le decía que aquel no era un hombre corriente, y que su aparición en el callejón a aquellas horas de la noche no era una casualidad.

Como si quisiera confirmar sus sospechas, la lágrima de Perséfone comenzó a calentarse en su pecho. Marco la tocó con la punta de los dedos y se dio cuenta de que casi podía sentir la pequeña piedra vibrar.

—¿Qué quieres? Tengo un largo camino hasta casa, Marco —dijo Quinto, todavía enfurruñado por la negativa de su compañero a partir hacia Pompeya en cuanto el sol apareciera en el horizonte.

—Ese hombre que viene hacia nosotros no me gusta. Quédate a mi lado.

—¿Ese enano con joroba? —preguntó el esclavo con sorna—. Hasta tú podrías ganarle en una pelea. Pero si apenas levanta unos pies del suelo y camina como una mula coja y borracha… ¿Quieres que le dé un susto?

—Quinto, no hagas nada. Por Hécate, quédate aquí. Hay algo en él…

Pero Quinto no obedeció. En tres grandes zancadas se plantó ante el peculiar individuo, que lentamente y con sus pasos irregulares ya había llegado casi hasta el portal de la *ínsula* de Marco.

—Venga, viejo sileno, vete a tu casa, que asustas a los niños con tu joroba. Vamos, fuera, fuera.

Quinto hizo un gesto con las manos al hombre como quien espanta a un animal doméstico molesto.

Marco, que seguía plantado frente al portal, pudo ver mejor al recién llegado. No solo su cuerpo era deforme; también su rostro resultaba muy peculiar. Sus cejas y sus ojos eran completamente asimétricos, como si buscaran estar en línea con sus hombros. Su nariz era pequeña, afilada y con la punta hacia abajo. Pero lo peor de todo eran sus gestos. El hombre no paraba de gesticular de forma grotesca, haciendo todo tipo de muecas con los labios y las fosas nasales, abriendo y cerrando los ojos, a veces en guiños, a veces los dos juntos.

Al ver a Quinto frente a él, el hombre se detuvo y miró al gigante de los pies a la cabeza. En medio de sus gestos involuntarios apareció una sonrisa que dejó entrever una dentadura afilada.

—Hombre grande. Músculos duros, huesos frágiles —y como si lo que acababa de decir fuera la broma más graciosa que había escuchado en su vida, se echó a reír a grandes y chillonas carcajadas.

Quinto miró hacia atrás y puso un gesto de desconcierto hacia Marco.

—Es solo un loco. Parece uno de esos enanos deformes que algunos feriantes llevan en jaulas… ¿Es eso? ¿Te has escapado de tu amo aprovechando un descuidó?

El hombrecillo dejó de reír.

—No amo. Maestro. Y yo no escapo de él. Él es toda mi vida. Y él ordena que le lleve a Marco Lemurio a su presencia. Tú aparta o yo te hago daño.

Marco escuchó las palabras del hombre y sintió un escalofrío recorriendo su espalda. ¿Quién era aquel extraño personaje que conocía su nombre y quién era el maestro al que se refería? Tal vez Crises había enviado a un amigo suyo para buscarle y llevarlo ante él… Negó con la cabeza. La lágrima de Perséfone ardía ya como una pequeña brasa negra, hasta el punto de que Marco tuvo que sacar el colgante fuera de la túnica para evitar que le quemara la piel. Aquel objeto nunca había reaccionado con tanta energía ante la presencia de Crises. No, aquel hombrecillo no podía venir de parte del anciano… El maestro. ¿Dónde

había escuchado aquello?

Súbitamente, un recuerdo acudió a su memoria, golpeándolo con fuerza.

—Quinto, apártate de él —dijo Marco echando a correr hacia el esclavo.

Pero Quinto, confiado en la diferencia de tamaño que había entre él y la criatura que acababa de amenazarle, no hizo caso.

—¿Cómo vas a hacerme daño tú? Lo que he cagado hace rato en la letrina era más grande que…

—¡Quinto, corre!

El hombrecillo amplió la sonrisa y con su mano derecha hizo un movimiento brusco en el aire. No llegó a tocar a Quinto, pero el enorme esclavo salió volando por el callejón como una hoja de árbol arrastrada por un súbito vendaval hasta chocar contra el muro de la *ínsula.*

Marco dio un grito y se detuvo a escasa distancia del personaje. En su cabeza retumbaba la palabra maestro, pero no con la voz del hombrecillo, sino con una voz femenina que Marco había escuchado meses atrás. La voz de una mujer que había estado a punto de acabar con él invocando tres sombras del Hades para que dieran buena cuenta de su vida. Marcia, la esposa de Tito Pomponio, la discreta matrona que había resultado ser una poderosa hechicera, también había hablado de un misterioso maestro antes de morir víctima de las ingobernables fuerzas que se ocultaban en la lagrima de Perséfone. ¿Se trataba del mismo maestro del que hablaba aquel personaje?

—¿Quién eres? —preguntó Marco, mirando fijamente al recién llegado. Observó por el rabillo del ojo que Quinto se ponía en pie con dificultades. El golpe sin duda le había afectado, pero no parecía haberse hecho ninguna herida de gravedad. Pensó que tras haber asistido a un prodigio como el que había obrado el hombrecillo deforme, Quinto no intentaría intervenir de nuevo. Sin embargo, Marco subestimó el amor propio del antiguo gladiador que no estaba acostumbrado a ser derribado.

—Maldito enano deforme… —gruñó el esclavo, y se lanzó a la carrera contra su agresor.

Quinto no llegó ni a acercarse a él. El extraño levantó la mano, abrió la palma y susurró una palabra, consiguiendo que el esclavo se quedara congelado en plena carrera, como si una fuerza divina atenazara sus miembros. El hombrecillo levantó la mano y Quinto se elevó en el aire. Su rostro contraído y los gruñidos que salían de su garganta eran una

muestra de que estaba haciendo un enorme esfuerzo por moverse, sin lograrlo en absoluto.

—Músculos duros, huesos frágiles, como dije. Ahora yo rompo todos tus huesos.

El hombre cerró los dedos de la mano como si estuviera estrujando una fruta invisible. Quinto, aún colgado en el aire, aulló de dolor.

—¡Suéltalo! —gritó Marco, sin saber bien cómo actuar. Los poderes de aquel personaje superaban en mucho a los suyos propios. Si no hacía algo, no había duda de que acabaría con la vida del esclavo como un niño que aplasta un insecto bajo la suela de su sandalia. ¿Pero qué podía hacer él contra un poder semejante? Nunca en su vida había visto a nadie controlar el cuerpo de otra persona con un simple gesto de la mano.

—Si yo suelto, él hace daño. Yo hago daño antes y cumplo orden del maestro después.

Cerró un poco más los dedos y los gritos de Quinto se convirtieron en alaridos desesperados.

Marco dejó de dudar. Solo había una posibilidad de enfrentarse a aquel personaje, y era dejar que otra criatura lo hiciera en su lugar. Se llevó la mano a la lágrima de Perséfone y permitió que la voluntad de la piedra se impusiera sobre la suya propia. Antes de abandonarse por completo a la presencia que emanaba del colgante, Marco escuchó en su cabeza varias voces. No supo si eran recuerdos que le asaltaban en aquel momento o si era su imaginación delirando ante el embate de aquel poderoso objeto.

La primera voz fue la de Crises: *No eres más que un romano borracho incapaz de comprender los poderes con los que juegas.*

La segunda fue la de la vieja Cardixa, la anciana númida que vivía en el Aventino: *Has abierto una puerta que no sabes si podrás cerrar.*

La tercera, la que Marco escuchó con menos claridad, como si llegara desde un sitio mucho más lejano, era de su madre Neóbula: *Recuerda quién eres.*

Después, Marco ya no escuchó nada más. Como si fuera un prisionero dentro de su propio cuerpo, su propia conciencia quedó arrinconada. Los brazos y las piernas no le obedecían, su boca no pronunciaba palabras. Sometido al poder de la lágrima de Perséfone, Marco se convirtió en una criatura de la noche.

Sus pupilas se inundaron de un color púrpura brillante, casi negro, al tiempo que su cabello castaño se oscurecía hasta adoptar un tono

azabache. La piel de su rostro perdió todo color propio de la vida y se volvió de un blanco absoluto, un color que solo los cadáveres o las estatuas de mármol podían presentar. La criatura abrió la boca y mostró unos colmillos afilados y crueles. Cuando soltó la piedra, esta se había vuelto completamente blanca.

Al observar la transformación que se había operado en Marco, el hombrecillo hizo un gesto con la mano como si arrojara alguna inmundicia y, de inmediato, el cuerpo de Quinto volvió a estrellarse contra el muro, con más fuerza en aquella ocasión.

—Maestro no cuenta esto, no, no. Más difícil llevar a Marco Lemurio si demonio ocupa su cuerpo.

La criatura que se había apoderado del cuerpo de Marco se lanzó contra el hombrecillo y este dio un salto a un lado, demostrando una notable agilidad para alguien que tenía las piernas tan descompensadas. El demonio rugió y se lanzó de nuevo a la carga, con la boca abierta y las manos convertidas en garras letales. Su rival alzó la mano y susurró una palabra, logrando que el demonio quedara detenido en el aire, del mismo modo que había hecho con Quinto. Sin embargo, era evidente que mantener a aquel ser controlado le suponía un esfuerzo muy superior al que había tenido que emplear para doblegar al esclavo. El hombrecillo gesticulaba como si hubiera perdido el control de su rostro. Unas gruesas gotas de sudor comenzaron a deslizarse por su frente.

El demonio, al verse atrapado por la magia de su rival, comenzó a rugir y a gritar amenazas en una lengua ininteligible para el oído humano. Las venas y arterias del cuello de Marco se hincharon con un color negruzco que contrastaba con el pálido color de la piel.

—Demonio no puede quedar en ese cuerpo. Maestro quiere Marco Lemurio y maestro… tendrá… a Marco… Lemurio.

Haciendo un enorme esfuerzo, el hombrecillo sacó de un bolsillo lo que parecía una esfera diminuta de color verdoso. Mientras mantenía la mano derecha alzada para contener el ataque de la bestia, con los dedos de la mano izquierda tomó la esfera y la levantó por encima de su cabeza.

—Ojo del dios cocodrilo, demonio. Vuelve a tu piedra, sí. Vuelve ahí dentro y deja a Marco Lemurio para el maestro. Ojo del dios cocodrilo, sí. ¿Quieres que el ojo me susurre tu nombre, demonio? *Sobek khalinestra ptequerion…*

Al escuchar aquellas palabras, el demonio gritó aún con más fuerza. Los ojos de Marco, teñidos de color morado, parecían a punto de salirse

de sus órbitas. Con un enorme esfuerzo, el ser logró avanzar dos pasos hacia su enemigo, consiguiendo que el hombrecillo dudara por un instante. Si el demonio lograba acerarse más podría alcanzarlo con uno de sus golpes o dentelladas.

—Sobek khalinestra ptequerion…— repitió, pero supo que, por algún motivo, aquel hechizo que era capaz de atemorizar a muchos demonios no estaba haciendo efecto en aquel.

La criatura dio dos pasos más y el hombrecillo no tuvo más remedio que liberarla de su presa para dar un salto él mismo hacia atrás y zafarse del ataque.

—Tú me has enfadado, Sí Marco Lemurio muere, amo se pone furioso. Pero yo no muero hoy aquí, no. No bebes mi sangre esta noche, engendro.

El demonio se lanzó de nuevo al ataque y el hombrecillo no trató de repetir el hechizo para paralizarlo. Con las dos manos levantó la pequeña esfera hacia el cielo y él mismo miró a las alturas.

—¡Sobek khalinestra ptequerion ablanakhaterion djet!— gritó, con una voz mucho más grave de la que había empleado hasta aquel momento.

La esfera comenzó a emitir un fulgor verdoso y, como si el demonio hubiera comprendido de pronto la amenaza que se cernía sobre él, cambió el rumbo de su ataque y se refugió en la penumbra del portal de la *ínsula*, a resguardo de la luz verde.

—¿No quieres que sepa tu nombre? —dijo el hombrecillo, recuperando su tono de voz—. Demonio cobarde comprende ahora.

La criatura rugió, agachada en las sombras del portal…, y una nueva transformación comenzó a operarse en el cuerpo de Marco. El color morado de sus ojos se fue reduciendo y en su lugar reapareció el blanco y el castaño del iris. El pelo negro volvió a dar paso al tono más claro, mientras la piel recobraba en parte algo del color de los seres vivos. Al mismo tiempo, la lágrima de Perséfone volvió a su color negro original y lentamente se fue enfriando.

En el momento en el que Marco recuperó la conciencia no pudo evitar que una acometida de náuseas le hiciera vomitar junto a las escaleras. Todo el cuerpo le temblaba, presa de una súbita debilidad. Trató de moverse, pero las piernas no le respondían. Sentía la garganta dolorida como si hubiera estado gritando a pleno pulmón toda la tarde.

—No…, —susurró, con la mirada clavada en las losas del suelo. No podía creer lo que había ocurrido. Aunque había presenciado todo desde la semiinconsciencia en la que se sumía cada vez que dejaba que

la lágrima de Perséfone operara sobre él sus efectos, tenía una vaga idea de cómo se había desarrollado la pelea. Aquel hombrecillo le había derrotado. Su magia había sido más poderosa que la de la piedra. ¿Qué podía hacer? ¿Qué otro truco le quedaba para enfrentarse a él? Marco se sintió completamente derrotado.

Se llevó la mano a la lágrima de Perséfone. Estaba fría, inerte. No emanaba de ella energía ninguna. Aquella había sido la primera vez en la que el poder de aquella piedra heredada de su madre no había sido suficiente para acabar con sus enemigos. Hasta aquel momento se había sentido hasta cierto punto invulnerable al notar el roce del colgante contra su pecho, sabiendo que en cualquier momento podía recurrir a sus poderes si se sentía realmente amenazado.

Hasta aquel día.

—Marco Lemurio viene conmigo y no intenta resistirse. Yo ya cansado y enfadado.

Con un gran esfuerzo, Marco levantó la cabeza. El hombrecillo estaba frente a él, mirándolo con una sonrisa torcida en los labios. A pesar de su tranquilidad aparente, su rostro presentaba señales del enorme esfuerzo que había tenido que hacer para salir victorioso en la batalla que acababa de librar. Su frente seguía perlada de sudor y su respiración era rápida y agitada.

—¿Marco Lemurio camina o tengo que arrastrar? —dijo. La idea de que algún conocido le viera siendo arrastrado por las calles de Roma por aquel hombre diminuto y contrahecho arrancó a Marco una sonrisa que se borró de inmediato. Si había sido capaz de levantar a Quinto por los aires, sin duda podría llevar a Marco contra su voluntad hasta lo más alto del Capitolio si así lo deseaba.

—Lárgate de mi vista, enano hijo de Plutón. Marco Lemurio no va a ningún sitio.

—Arrastro, entonces —dijo, y levantó la mano con la palma abierta.

Marco cerró los ojos, resignado a ser víctima de la magia del extraño hechicero. Sin embargo, mientras esperaba que una fuerza sobrenatural hiciera presa de su cuerpo y le levantara del suelo o tirara de él, escuchó a su lado un ruido metálico, seguido de un gemido de dolor.

Marco abrió los ojos. Frente a él, plantada en el primer peldaño de la escalera, con el rostro emanando furia, había una mujer. Su cabello estaba encrespado y su ceño fruncido. En la mano derecha sostenía un objeto de aspecto contundente. A los pies de la mujer yacía el hombrecillo, inconsciente, sin duda por el golpe que ella acababa de

propinarle en la cabeza.

Marco pensó por un instante que de algún modo había invocado a una criatura monstruosa del Hades para que acudiera en su ayuda. Una especie de gorgona que había barrido con su fuerza casi divina al hechicero que estaba a punto de capturarlo. Se Incorporó, quedando sentado con la espalda contra la pared. Sus sienes latían con fuerza, añadiendo más confusión a su percepción de la escena. Marco dudó entre postrarse ante la criatura y darle las gracias o ponerse a la defensiva, por si aquel engendro decidía que él mismo sería su siguiente víctima. Abrió la boca para hablar, pero el ser recién surgido de las sombras se le adelantó.

—Estamos en paz —dijo, con una voz más humana de lo que Marco habría esperado.

Lemurio parpadeó varias veces y finalmente entendió lo que había ocurrido. La criatura que había frente a él no era una hija de Medusa salida de las entrañas de la tierra. No, era una presencia también temible, pero mucho más cotidiana. Empuñando todavía con fuerza una sartén de hierro, la misma vecina a la que Marco había salvado aquella tarde de ser desahuciada junto con sus hijos, le miraba con una mezcla de asco y superioridad.

—Y deja de montar escándalo en el portal. Algunos queremos dormir —dijo, y se dio la vuelta para desaparecer escalera arriba.

Pese al dolor que sentía en todo el cuerpo y al mareo que todavía dominaba su cabeza, Marco no pudo evitar echarse a reír. Salvado por la última persona del mundo a la que habría pedido ayuda… Apoyado en la pared, logró ponerse en pie con dificultad. Se agachó junto al pequeño hechicero y comprobó que todavía respiraba. Marco le palpó la cabeza con cuidado y descubrió una pequeña herida de la que manaba un fino hilo de sangre junto a la coronilla.

—¿Qué hago ahora contigo? —murmuró. No podía dejar allí a un tipo tan peligroso que, además, había amenazado con llevarle ante la presencia de alguien a quien él llamaba el maestro. ¿Debía atarlo y encerrarlo en el estudio de su madre o tal vez subirlo hasta su propio apartamento? Por un instante, Marco se planteó incluso meterlo en un saco cerrado y arrojarlo al Tíber o a una cloaca para que se ahogara bajo los residuos de cualquier letrina…

—Letrina… ¡Quinto!

El recuerdo del esclavo, arrojado contra el muro después de haber estado a punto de le rompieran todos los huesos de su cuerpo, volvió a

él por asociación de ideas. Marco salió corriendo al callejón y encontró a Quinto sentado contra el muro, rascándose la cabeza y mirando a su alrededor con gesto confuso.

—Malditos brujos y maldita sea vuestra estirpe… —murmuró al ver llegar a Marco—. ¿Dónde está ese enano con cara de *mentula*? Esta vez no me va a pillar desprevenido. Voy a cogerlo y a meterle la cabeza por el culo de una yegua…

—Quinto, tranquilo. Déjame que compruebe si estás herido.

El esclavo, que como antiguo legionario y gladiador conocía a la perfección las consecuencias de una herida o una lesión mal curada, se quedó quieto mientras Marco palpaba sus músculos en busca de contusiones o señales de algún daño interno. Cuando verificó que Quinto no tenía nada más grave que algunos raspones producidos por los choques contra el muro, pasó a examinar su cabeza.

—Huesos frágiles me ha dicho que tengo. Estos huesos han aguantado golpes que habrían convertido su joroba en unas gachas sin grumos… ¿Dónde está esa pulga chupa cojones de perro sarnoso?

—Está fuera de combate. No hay de qué preocuparse —dijo Marco, dando una palmada a Quinto para indicarle que había terminado de revisar su estado. El mareo del propio Marco había comenzado a remitir, aunque el dolor de garganta persistía.

—¿Cómo ha podido hacer eso de levantarme del suelo sin tocarme? —preguntó Quinto, y se puso en pie—. No, no me lo digas. No quiero haberlo. Magia, jodida magia. Si tú fuiste capaz de hacer hablar a aquel muerto, supongo que lo que ese grano del culo de Plutón me ha hecho a mí es de lo más normal para ti….

—Lo cierto es que no. Lo que ese tipo ha hecho esta noche es cualquier cosa menos normal. Ahora acompáñame. Lo ataremos y decidiremos qué hacer con él.

—¿Has podido derrotarlo tú solo? —preguntó Quinto con asombro, mientras ambos se dirigían hacia el portal de la *ínsula.*

—Esto…, sí. Podría decirse que sí. Le he derrotado con… mis poderes.

El esclavo miró a su amigo con admiración.

—Me siento más tranquilo al saber que tu magia es más poderosa que la de esos tipos extraños. Y, por cierto, ¿cómo es que sabía tu nombre? ¿Quién es ese maestro del que habló? Y, sobre todo, ¿por qué hablaba como si le hubieran dado un golpe en la cabeza de pequeño?

—No tengo respuestas para ninguna de esas preguntas. Ambos

entraron en el portal y escudriñaron la oscuridad.

—¿Dónde lo has dejado? —preguntó Quinto, mientras cerraba los puños, dispuesto a cobrarse al menos una pequeña venganza sobre el hechicero.

—Ahí mismo, al pie de la escalera —dijo Marco, señalando el lugar en el que había caído el extraño personaje al ser golpeado por la mujer.

Sobre las losas de piedra del portal había una pequeña mancha de sangre. Y ni rastro del hechicero que había estado a punto de matarlos a los dos.

XII

El arco de los Huesos

A MARCO le costó un buen rato convencer a Quinto de que no se preocupara por él y regresara a casa de Varrón. El enorme esclavo insistió en quedarse haciendo guardia frente a la puerta de Marco, sin atender a los razonamientos de que si aquel hechicero regresaba de nada le servirían ni sus músculos ni si habilidad con la espada. Quinto se empeñaba en asegurar que le habían derrotado solamente porque le habían cogido desprevenido, cosa que no ocurriría de nuevo. Solo cuando Marco le amenazó con partir al día siguiente hacia Pompeya, sin permitir que le acompañara el esclavo, cedió y aceptó marcharse.

—Quiero que antes de irte me jures una cosa. Si vuelves a encontrarte con ese tipo extraño, echarás a correr. Nada de enfrentarte a él por tu cuenta, ni de meterle la cabeza en el culo de un burro ni cosas semejantes.

—Sabes que yo solo podría…

—No, no podrías. No seas terco. Ese hechicero es capaz de romperte el cuello con el chasquido de sus dedos. Si te vuelves a encontrar con él, sal corriendo.

—Nunca he salido corriendo y no voy a empezar a hacerlo ahora por un jodido enano —respondió Quinto, enfurruñado.

Marco, a sabiendas de que aquel hombre era obstinado como un jabalí herido, decidió utilizar la única baza que creía que daría resultado: su miedo a lo sobrenatural.

—Como quieras… Tendré que ponerte un escolta, entonces. Invocaré a un espíritu errante para que te siga día y noche y te proteja en caso de que lo necesites. Un fantasma que camine a tu lado, duerma a tu lado…

—¡De acuerdo, de acuerdo, por Júpiter, te juro que si veo a ese bicho deforme daré media vuelta y saldré corriendo! No invoques a ninguna de esas cosas… Ya he tenido bastantes sustos para una buena temporada.

Marco sonrió y, tras dar una palmada a Quinto en el hombro, se despidió de él.

—Gracias por luchar hoy a mi lado. En unos días partiremos a Pompeya.

—¡Sí, rumbo al sur! —gritó el esclavo, sin preocuparse lo más mínimo por el hecho de que estuvieran en el portal de una *ínsula* en medio de la noche, y los vecinos ya entregados al descanso podían acordarse de todos sus ancestros. Quinto devolvió la palmada a Marco, haciendo que este estuviera a punto de caer al suelo, y salió a la calle con una sonrisa en los labios. El recuerdo de que había estado a punto de morir a manos de un misterioso hechicero ya casi se había borrado de su mente.

Marco le contempló alejarse durante unos instantes e inició la subida de las escaleras que le separaban de su propio apartamento. Cada nueve o diez escalones tenía que pararse a recuperar el aliento y evitar que el mareo le hiciera caer. La pelea contra aquel hechicero le había dejado fuera de combate, aunque hubiera sido solo su cuerpo y no su voluntad el que había participado en este. Combate en el que además había sido derrotado de forma estrepitosa.

Mientras subía las escaleras, volvió a palpar la piedra negra del colgante. ¿Volvería aquel objeto a dar muestra de sus poderes o había conseguido el hechicero destruir todas sus propiedades? ¿Se había cerrado para siempre la puerta que se abría cada vez que Marco se abandonaba a la voluntad de la lágrima de Perséfone? Las respuestas tendrían que esperar… En aquel momento, Marco apenas tenía energías para alcanzar su propia casa y dejarse caer sobre la cama.

Cuando llegó a la puerta de su apartamento, en el último piso de la *ínsula*, la abrió y entró en la pequeña estancia que hacía las veces de salón. Todo estaba a oscuras. Marco cerró la puerta tras de sí y se dirigió hacia su propio dormitorio. Pero algo impactó contra sus rodillas en medio de la habitación y, debido a su estado de debilidad absoluta, lo tiró al suelo. Marco manoteó para quitarse de encima a aquello que se había lanzado contra él, y tardó unos instantes en darse cuenta de que no se trataba de un nuevo enemigo.

Era el pequeño Céfiro, abrazado a su cintura y con el rostro pegado

a su cuerpo mientras lloraba desconsolado.

—Parece que no soy el único que ha tenido un mal día…

Marco aguardó sentado en el suelo hasta que Céfiro se calmó y dejó de llorar. Llevaba varios días sin ver al pequeño esclavo más que como un bulto bajo las mantas cuando regresaba a casa cada noche. Y, desde luego, hacía mucho más tiempo que no le veía llorar de aquel modo. Ni cuando los bacantes habían estado a punto de matarlos a los dos y degollado al pequeño Aulo, el hijo del panadero; delante de ellos, Céfiro había reaccionado de aquella manera. Algo le había ocurrido al niño aquel día que había quebrado por completo su resistencia.

—¿Todo bien? —preguntó Marco cuando el niño hubo dejado de llorar por completo. El esclavo estaba más calmado, pero permanecía con el rostro pegado a la túnica de Marco, como si se avergonzara de lo que acababa de suceder y no quisiera que su amo pudiera verle la cara.

—No —dijo el niño.

—¿Quieres hablar de ello?

—No —repitió.

—De acuerdo —dijo Marco, tan cansado, que sentía cómo los párpados se le cerraban como si dos seres invisibles estuvieran tirando de ellos hacia abajo—. Mañana será otro día. Para los dos. Tal vez con la luz del sol te apetezca hablar del tema.

Céfiro no respondió nada y permaneció un rato en silencio abrazado a su amo. Finalmente, separó la cabeza y miró a Marco a los ojos.

—¿Puedo dormir está noche contigo? —preguntó.

—Claro. Vamos a la cama.

Marco revolvió el pelo del pequeño Céfiro y se puso en pie.

—Para una noche que no vienes apestando a vino hay que aprovechar…

El amo trató de dar un suave capón al esclavo, pero este se zafó del golpe entre risas.

Fuera lo que fuera lo que atormentaba a Céfiro, la presencia de Marco había conseguido alejar en parte el problema.

Ajeno a todo lo sucedido, Ulises roncaba plácidamente enroscado sobre sí mismo en un rincón de la sala.

Marco se quedó dormido casi en el mismo momento en el que su cuerpo tocó el tosco colchón de su cama. Céfiro, sin embargo, no consiguió conciliar el sueño hasta mucho después. Las imágenes de lo que había vivido aquella noche se negaban a abandonar su cabeza. Y era una de ellas, el rostro de Hispalo demudado por el terror al ser

arrastrado por los hombres de Néstor, la que le atormentaba con más fuerza. Por algún motivo, aquella escena le había impactado mucho más que todo lo vivido aquel verano con los sanguinarios fieles del culto de Baco. Hispalo no había sufrido ningún tipo de violencia ante sus ojos; Néstor le había ahorrado aquel espectáculo y, de hecho, le había prometido que el niño no sufriría. ¿Qué era eso en comparación con ver caer muerto al hijo del carnicero con el cuello rajado por un cuchillo? Pero la visión de Aulo muerto no le atormentaba, era algo que había asumido y aceptado como una vivencia más. La mirada de Hispalo era lo que envenenaba su mente y le impedía pensar en otra cosa.

Céfiro se cambió de postura en la cama y, al hacerlo, dio una patada a Marco, que gruñó en sueños el nombre de Quinto y algo acerca de un enano cojo antes de seguir durmiendo plácidamente. El niño no prestó atención. Estaba sumido en sus propias cavilaciones acerca de lo que había ocurrido con su particular *collegium* infantil aquel día y, sobre todo, acerca de cómo podrían organizarse él y sus compañeros desde el día siguiente. ¿Habría sido sincero Néstor al decirle que todo quedaba saldado y las ofensas perdonadas? ¿O buscaría cobrarse una venganza más cruel y prolongada sobre Céfiro y los suyos?

El niño negó con la cabeza. Aquello era absurdo. De haber querido, los miembros del *collegium* de carniceros habrían podido matarlos a todos aquella misma noche. Eran muchos, más fuertes, y estaban armados. Si Céfiro y los niños seguían vivos, era únicamente porque Néstor así lo había querido y dispuesto.

Sin embargo, una decisión podía revocarse… El magistrado del Arco de los Huesos no sería tan compasivo una segunda vez. Céfiro tenía claro que un segundo movimiento en falso, por su parte, acabaría con un baño de sangre. Tanto él como los niños a los que había reclutado tenían que ser muy cuidadosos, al menos durante un tiempo, para no ofender a ningún miembro del *collegium* de carniceros más importante de la Subura. Al día siguiente hablaría con los niños y niñas del grupo y les daría instrucciones muy precisas al respecto. Nada de rondar por la zona del Arco de los Huesos, nada de molestar a ningún carnicero de la Subura, nada de aligerar bolsas ajenas que pudieran estar relacionadas con Néstor o sus hombres. El barrio era muy grande, y los niños podían ganarse la vida sin volver a interferir con los asuntos de aquel magistrado que había resultado ser tan frío como vengativo.

Céfiro intentaba centrarse en los planes de futuro, pensar en la creciente suma de monedas que guardaba en su camastro y que le acercaban cada día más a la libertad. Trató de crear esquemas mentales,

cavilando a qué zonas de la ciudad podría mandar a sus chicos, en qué casas podían colarse para tratar de robar algo… Pero no lo logró. La cara de Hispalo, mirándolo con sorpresa, con odio, con decepción, no le dejaba pasar página.

El hijo del carnicero había muerto de una manera brutal ante sus propios ojos; pero Céfiro no había sido el responsable de su muerte. El caso de Hispalo era todo lo contrario. Había sido él, Céfiro, quien había tomado la decisión de matar a Macrón, el carnicero, para vengar una ofensa que, al haber afectado a uno de sus compañeros, había hecho suya. Aquel cabrón de pelo rojizo había pagado por haberse atrevido a levantar la mano contra uno de los suyos. Pero, como consecuencia, Céfiro había sido humillado y uno de sus chicos había muerto también.

La muerte de Hispalo era única y exclusivamente culpa suya y de nadie más.

¿Tendría que vivir con la imagen de su rostro acusándole cada noche en el momento que cerrara los ojos? Céfiro no tenía respuesta para aquella pregunta. Finalmente, Iras dar muchas vueltas en la cama y empujar a Marco varias veces, Céfiro acabó por quedarse dormido. Pero antes, tomó una decisión.

Néstor, el magistrado del *collegium* del Arco de los Huesos, miraba atentamente el vuelo de una mosca. De fondo escuchaba como una letanía a uno de sus hombres recitando una lista de reses, piezas de carne y nombres de ganaderos y comerciantes. Néstor no le prestaba atención. Aquella parte de su labor, la mera administración de los bienes del *collegium*, el control de las mercancías que entraban y salían, de los precios marcados por igual para todos los miembros, era con diferencia la que más le aburría. Con gusto habría delegado por completo aquella función en uno de sus subordinados, de haber podido hacerlo.

Néstor lanzó la mano de modo súbito y atrapó la mosca en pleno vuelo.

—Mía —dijo.

El hombre que estaba leyendo la lista de unas tablillas que sostenía en la mano dejó de hablar.

—¿Continúo? —preguntó.

—Continúa —dijo el magistrado. Y su subordinado retomó la monótona letanía, a sabiendas de que su superior apenas le prestaba atención.

Néstor abrió la mano y la mosca salió volando; de forma torpe al

principio, con más soltura en cuanto se recuperó de las consecuencias de haber sido atrapado por una zarpa gigante. El magistrado la miró y sonrió, mostrando unos dientes blancos y bien alineados que habían hecho suspirar a más de una mujer y a no pocos hombres de la Subura. En Roma, llegar a los cuarenta años y disfrutar de una dentadura blanca y completa era un privilegio al alcance de muy pocos. Néstor lo sabía, y cada vez que tenía la ocasión los mostraba, estaban casi inmaculados. Siguió el vuelo de la mosca hasta que el animal, atraído por algún estímulo, salió por la ventana y desapareció de la vista del magistrado.

Néstor pensó que los hombres y las mujeres del Arco de los Huesos eran como aquella mosca. Creían volar libres, disfrutaban de la primera mierda que se encontraban y se posaban en ella para darse un banquete. Ignoraban, sin embargo, que todos ellos estaban vivos y libres porque él así lo permitía. Porque Néstor, en su infinita bondad y sabiduría, decidía abrir la mano y dejarlos marchar cada vez que uno de ellos le pedía un favor, un préstamo o simplemente pasaba por delante de su casa o le dirigían la palabra. No era un hombre piadoso. Cumplía con los ritos del *collegium*, por supuesto, pues aquello formaba parte de lo que se esperaba de él como magistrado. Pero en lo que se refería a su opinión personal, los dioses no interferían especialmente en su propia vida. Existieran o no, aquello era algo que no le interesaba y que no marcaba diferencia alguna para él.

Néstor solo reconocía un dios en aquel rincón de la Subura: él mismo. En una Roma en la que senadores y magistrados jamás se interesaban por lo que sucedía en los barrios populares, salvo cuando querían recabar votos y apoyos, él, como magistrado de uno de los *collegia* más importantes de la ciudad, era el depositario de un poder que rayaba lo absoluto. Él daba de comer a huérfanos y viudas, impartía justicia, dictaba precios y calidades de los productos, sufragaba la construcción y la reparación de casas y talleres, ejercía de sacerdote, daba su bendición a los recién nacidos y despedía a los muertos, pronunciando los discursos fúnebres. Néstor era la cabeza pensante y la mano ejecutora en aquel cuerpo que era el Arco de los Huesos. Era, en definitiva, lo más parecido a un dios que alguna vez había paseado por aquellas calles llenas de barro, sangre de reses sacrificadas y heces de vaca.

—Esto es todo —dijo el hombre que sostenía las tablillas en sus manos.

Néstor asintió, complacido. No había prestado atención a la larga lista, pero estaba convencido de que todas las cifras anotadas en

aquellas tablillas eran veraces, exactas y precisas. El hombre que las había leído, un liberto llamado Antifrón, que como esclavo se había dedicado toda su vida a administrar los bienes de un rico comerciante de Mesina, era lo más parecido a una persona de confianza que tenía Néstor. Aun así, con frecuencia él mismo revisaba las tablillas para comprobar que todo estuviera orden.

—Bien —dijo satisfecho—. Siguiente asunto de la mañana.

Néstor miró hacia la ventana por la que poco antes había salido volando la mosca. Un ventanuco pequeño y estrecho situado a gran altura, casi en el techo de la estancia. La luz del amanecer apenas penetraba aún por ella. Era muy temprano, y a pesar de ello la actividad a su alrededor era frenética. Él mismo conocía a muchos magistrados de *collegia* que, aprovechándose de su cargo y su preeminencia, no se levantaban de la cama hasta que el sol estaba alto en el cielo. Aquel, desde luego, no era su estilo. Siendo niño había empezado a trabajar como aprendiz en una vieja carnicería del Arco de los Huesos, y solo a base de tesón, esfuerzo y ambición había llegado a abrir su propio negocio y a escalar hasta tener el liderazgo del *collegium* que controlaba a todos los productores y vendedores de carne de aquella parte de la Subura. No había sido roncando entre las sábanas como había llegado a ser quien era. De hecho, Néstor despreciaba profundamente a los hombres que se permitían aquel tipo de molicie.

—Hanón y Ezequiel insisten una vez más en que los precios que se han decidido para el cordero y la cabra son demasiado bajos. Quieren convocar una asamblea para presentar el problema.

—Si ese cartaginés y ese judío decidieran los precios de la carne en el barrio, todos nuestros clientes se irían a comprar al mismo Foro Boario. Hablaré con ellos hoy mismo. Más cosas.

—Ayer a última hora ingresé en la caja común el dinero recibido de manos del hombre de Gabinio. Anoté todo y las cuentas están al día.

Néstor asintió. El *collegium* de carniceros del Arco de los Huesos había destacado aquel año por su apoyo incondicional a los intereses de Pompeyo y los suyos. En los disturbios que habían asolado Roma aquel verano, los hombres de Néstor habían usado sus cuchillos para mucho más que los habituales sacrificios de reses. Gracias a ellos, la influencia de los enemigos de Pompeyo era casi nula en aquella zona de la Subura. Por supuesto, el tribuno de la plebe, Gabinio, actuando en nombre del general Cneo Pompeyo, había sabido recompensar aquella fidelidad con generosas donaciones a la caja común del *collegium.*

—En cuanto acaben los juegos tendremos que presentar, nuestros respetos al nuevo tribuno de la plebe, ese tal Cayo Manilio. No podemos perder esa conexión.

Antifrón hizo una anotación en una de las tablillas con su punzón y continuó desgranando los asuntos de importancia de la jornada.

—La viuda de Celso nos pide que coloquemos a su hijo mayor como aprendiz en alguna de las carnicerías.

—¿El hijo de Celso? ¿Cuántos años tiene? ¿Cuatro?

—Siete —respondió Antifrón con seguridad—. Hace tres que su padre murió en aquel accidente. Han cobrado puntualmente desde entonces las ayudas de la caja común. Pero la mujer dice que el muchacho ya tiene edad para aprender el oficio de su padre.

Néstor volvió a asentir.

—Cuanto antes comiencen a trabajar y se despeguen de los pechos de la madre, mejor para ellos. Le buscaremos un puesto al muchacho.

—Y, por supuesto, se reducirá la cuantía de las ayudas que la madre recibe… Una boca menos que alimentar. Por otro lado, hay que decidir cual de los dos libertos de Macrón se queda con la carnicería de su amo. Ya se están realizando los trámites para que el pretor certifique su libertad cuanto antes. Pero solo uno de ellos puede quedarse con el negocio, claro. ¿Has pensado en ello?

El magistrado se llevó la mano al rostro y se rascó la mejilla.

—Que no tengan tanta prisa. Las cenizas de la pira de su amo aún están calientes, y esos dos esclavos ya están peleando por quedarse con la mejor parte de la herencia. Que vengan mañana a primera hora. Me entrevistaré con ellos y tomaré una decisión. Es probable que decida echarlos del barrio a los dos a patadas y entregue la carnicería de Macrón a uno de los nuestros. Al fin y al cabo, ninguno de ellos movió un dedo mientras esos niños mataban a su amo a puñaladas.

—Y hablando de eso… Hay alguien que quiere verte. Lleva esperando en la puerta desde antes del amanecer. Le hemos dicho que se marchara, que no recibías a nadie que no fuera miembro del *collegium* sin concertar una cita previa… Pero él sigue ahí, sentado frente a la puerta. ¿Quieres que lo echemos?

—¿Quién es? Si viene a pedir dinero o favores tendrá que volver otro día. Hoy no estoy de humor para escuchar suplicantes.

—Uno de esos niños que se reúnen en la vieja herrería, al otro lado del Clivus Suburanus. Tiene el nombre de un viento… Bóreas, Euro… Algo así.

—¿Céfiro? —preguntó el magistrado sorprendido.

—Eso es, Céfiro. ¿No será uno de los que mataron a Macrón? Hay que estar muy loco para presentarse aquí después de lo que hicieron.

Néstor sonrió. Antifrón se encargaba de la parte administrativa del *collegium*, y no estaba al día de otros asuntos más mundanos, como los necesarios ajustes de cuentas que de cuando en cuando se veían obligados a llevar a cabo. El liberto no habla sido uno de los hombres que le habían acompañado la noche anterior y, por tanto, no conocía el rostro del líder de la banda de rateros que habían asesinado a Macrón.

—No, no está loco —dijo—. Pero tiene más cojones que muchos de los nuestros. Hazlo pasar de inmediato.

—¿Seguro? Hay gente que lleva días esperando para…

—Hazlo pasar, he dicho.

El tono de Néstor no admitía réplica. Podía ser dialogante en ocasiones, e incluso animar a sus hombres a que expresaran su opinión siempre que se diera un debate. Pero una vez había tomado una decisión y la había expuesto, no admitía réplica ni excusa. En aquel *collegium*, la voluntad de Néstor se cumplía al instante.

Céfiro aguardaba sentado en un portal, a la sombra del enorme arco que daba nombre a aquella región de la Subura. Ulises dormitaba a sus pies, respirando con calma. A su alrededor flotaba un ambiente cargado de un olor dulzón y empalagoso de carne y sangre al que los que vivían en aquel lugar estaban acostumbrados, pero que hacía arrugar la nariz a quienes pasaban por allí de forma ocasional. La calle que transcurría bajo el arco estaba llena de establecimientos dedicados al comercio de la carne, muchos de ellos con sus propios establos en los que se mantenía con vida a las reses antes de sacrificarlas. La carne era un producto que se corrompía con facilidad, de modo que el tiempo que pasaba desde que el animal era sacrificado y despiezado hasta que era despachado al cliente tenía que ser corto para evitar que el producto estuviera en mal estado. Algunos establecimientos estaban especializados en carne fresca de cerdo, otros en cordero o aves de corral. Los mostradores de muchas de las tiendas estaban llenos de embutidos de diversos grosores, salazones o carnes ahumadas. Pese a que la carne era un producto que no todos los romanos podían permitirse, en la Urbe vivían las suficientes familias adineradas como para que aquella colmena de carnicerías, casquerías y charcuterías resultara rentable.

Aquella mañana, Céfiro había saltado de la cama en cuanto hubo

notado algo de claridad entrando por la trampilla abierta del techo. Apenas había podido dormir debido a las imágenes que le atormentaban, pero, a pesar del cansancio, algo le había empujado a salir del lecho muy temprano para regocijo de Marco, que sin despertarse notó el aumento de espacio disponible y se estiró satisfecho en cuanto Céfiro se hubo levantado. Se sentía tan ansioso que ni siquiera se había molestado en comer algo antes de salir de la casa. Por supuesto, las tareas, que con tanto afán intentaba atender el resto de los días, se quedaron sin hacer aquella mañana. Con suerte, Marco no se daría cuenta, había pensado Céfiro. Con su fiel Ulises trotando junto a él, el niño había bajado las escaleras y se había lanzado a las calles de la Subura con un objetivo claro en mente: el Arco de los Huesos.

Néstor le había dicho que dejara pasar unos días antes de ir a verle. Pero Céfiro no podía esperar más. Necesitaba ver a aquel hombre y sondear cuáles eran sus intenciones. Antes de reorganizar las actividades de su banda tenía que asegurarse de que no se produjeran nuevos choques con el *collegium* de los carniceros.

Pese a que llegó muy temprano al enorme arco y aunque el primer hombre con el que se cruzó le indicó de inmediato cuál era la casa de Néstor, el magistrado, Céfiro, no consiguió que lo recibieran. El hombre que vigilaba la puerta era uno de los que había presenciado su humillación la noche anterior, y reconoció su rostro de inmediato. Tras amenazarlo con ensartarlos en un espeto y ponerlos a él y al perro a cocinarse al fuego, le lanzó una patada, que Céfiro esquivó con agilidad.

No, Néstor no le recibiría. Que diera gracias de seguir vivo, él y las otras alimañas que eran sus amigos, y se marchara de inmediato por donde había venido. Céfiro, sin embargo, insistió: el propio Néstor le había dicho que fuera a verle y no se movería de aquel lugar hasta ser recibido. Para dar énfasis a sus palabras se sentó frente a la puerta de la casa del magistrado, dispuesto a estar allí todo el día si era necesario. Estaba seguro de que en el momento en que Néstor saliera por la puerta le reconocería y aceptaría hablar con él.

Pronto el hambre hizo su aparición. Justo junto a la casa del magistrado había una tienda que vendía todo tipo de embutidos y empanadas calientes que, según iban saliendo del horno, eran despachadas a los clientes que las llevaban a sus casas o las comían en el mismo mostrador del establecimiento. Cada vez que se abría la puerta del horno y una nueva empanada llegaba al mostrador, Céfiro sentía que su estómago rugía como un león famélico. Aunque tenía alguna moneda de bronce en su bolsa, se obligó a permanecer sentado

frente a la puerta de la casa del magistrado. No quería que nadie interpretara su hambre como una señal de debilidad.

Varios hombres del *collegium* pasaron junto a él y le dedicaron miradas torvas y amenazantes. Todos ellos le recordaban de los acontecimientos de la noche anterior, y solo la orden expresa de su líder de no tocar a ninguno de aquellos niños les impedía meter a Céfiro en un saco y arrojárselo a los cerdos para que le devoraran las orejas, la nariz y todo lo que pudieran aprovechar de él antes de que el niño lograra escapar. Uno de los hombres, un tipo con una nariz gorda y bulbosa, escupió junto a los pies del esclavo. Céfiro se fijó bien en su cara, dispuesto a no olvidar aquel rostro y a cobrarse aquella ofensa en algún momento. Pese a la rabia que le corroía por dentro, no respondió a las provocaciones. En el Arco de los Huesos su vida valía tanto como la orden que Néstor había dado de no tocarle. Si alguno de aquellos carniceros decidía que la palabra de su líder no tenía el peso suficiente… Céfiro sería un niño muerto.

Finalmente, una de las ventanas del piso superior se abrió y un hombre se asomó para gritar al portero que hacía guardia en la única entrada.

—Néstor dice que dejes pasar al chico.

El portero puso cara de sorprendido ante aquella orden.

—¿Seguro? ¿Sabe que es esa comadreja que…?

—Lo sabe, lo sabe. Tú deja que pase. Néstor sabe lo que se hace.

Y ante aquella afirmación, el portero no puso objeción alguna. Hizo un gesto a Céfiro, que desde su lugar en el portal de enfrente había escuchado toda la conversación.

—Todavía haremos salchichas con tus entrañas. No te confíes —dijo el portero cuando el niño pasó a su lado.

—Ya sé yo lo que te gusta a ti hacer con las salchichas, *cinaede* —respondió Céfiro sin arredrarse. Sabía que enfadar a aquellos hombres era lo último que necesitaba en aquellos momentos, pero no pudo contenerse.

El portero levantó el puño en una clara amenaza, pero Céfiro pasó de largo y el golpe nunca llegó a producirse. Antifrón estaba esperando al niño junto a un pequeño larario en el que ardían cuatro lucernas. Aquel pequeño santuario dedicado a los dioses del hogar era el corazón espiritual de la casa, el sitio en el que se realizaban los sacrificios y ofrendas a los antepasados y las divinidades protectoras del *collegium.*

—Néstor te recibirá ahora. Deja todas las armas que lleves en esta

mesa, junto al larario. Nadie las tocará hasta que te marches y las recuperes. El perro también tendrá que esperar aquí.

Céfiro dudó si Ulises obedecería aquella orden y aceptaría separarse de él. El animal, sin embargo, como si hubiera entendido las palabras de aquel hombre desconocido, se enroscó junto al altar y se quedó dormido de inmediato, agradecido por la agradable temperatura que reinaba en el Interior de la casa. El propio Céfiro se sintió más tranquilo una vez hubo visto que Ulises se permitía continuar con su siesta. El perro había demostrado en numerosas ocasiones que era un perfecto cobarde; pero también estaba dotado de un sentido especial para detectar el peligro, para él y para su amo. Si Ulises estaba relajado, no había amenaza alguna que temer. El esclavo sacó de su túnica el largo y fino estilete que siempre llevaba con él y lo dejó sobre la mesa.

—¿No llevas más armas?

—¿Quieres registrarme? —preguntó el niño.

Antifrón negó con la cabeza e indicó a Céfiro el camino que conducía al pasillo. El esclavo echó a andar tras su guía. Los muros de la casa estaban decorados hasta media altura con un tono pardusco, casi rojo, mientras la parte superior presentaba pinturas con diferentes escenas que el niño no fue capaz de identificar, junto con ornamentos vegetales y abstractos. Pensó que aquel sitio parecía más la casa de un senador que la sede de un *collegium* de carniceros de la Subura. Sin duda, a aquella gente debían de irle bien los negocios si podían permitirse tener su sede en un lugar así.

—Ahí dentro. El magistrado te espera.

El niño abrió la puerta y entró en una estancia amplia, iluminada solo por el pequeño ventanuco junto al techo. En el centro de la habitación, sentado tras una mesa de madera, se encontraba Néstor, el mismo hombre que la noche anterior había dado la orden de matar a Hispalo.

El magistrado leía tinas tablillas en el momento en el que Céfiro entró en la habitación, y las dejó sobre el tablero de la mesa en cuanto se percató de que tenía compañía.

—Céfiro —dijo, y sonrió, mostrando su perfecta hilera de dientes blancos—. Veo que eres un jovencito muy madrugador.

—Vivo al lado de un corral y el gallo no me deja dormir hasta tarde —mintió.

—Da las gracias a ese gallo, entonces. Los dioses favorecen a los hombres que dan los buenos días al sol. ¿Qué puedo hacer por ti?

Confío en que el asunto de anoche haya quedado zanjado. No me gusta dar vueltas innecesarias a los temas desagradables… Pero siéntate, por Venus. ¿Dónde están mis modales? Ayer me acogiste en tu casa con toda la amabilidad y hoy que eres tú quien me honra con tu visita, me comporto como si fuera uno de esos bárbaros del norte… ¿Quieres comer algo?

Antes de que Céfiro pudiera contestar, Néstor dio una orden y Antifrón entró en la habitación.

—Tráenos vino, agua y algo de comer —dijo, y se volvió hacia Céfiro—, ¿Qué te parece una de esas empanadas que preparan en la carnicería de aquí al lado? Su olor lleva toda la mañana atormentándome.

Antifrón desapareció con la misma discreción con la que había entrado.

—¿Y bien? ¿En qué puedo ayudarte?

Céfiro, al verse atendido de aquella forma tan amable y solícita, no supo qué decir. Se quedó completamente en blanco. No se había preparado para una recepción así. Había sospechado que Néstor lo despacharía en el mejor de los casos con una palmada amable en la espalda y una recomendación de no volver a meter la nariz en los asuntos del Arco de los Huesos. Sin embargo, allí estaba él, sentado frente a uno de los hombres más poderosos de la Subura, que le había abierto las puertas de su casa, le había ofrecido sentarse frente a él y compartir su desayuno. ¿Cómo se comportaba uno en aquel tipo de situaciones? Por un instante, Céfiro se arrepintió de haber seguido el impulso de visitar a Néstor de modo precipitado. Al fin y al cabo, ¿qué era lo que tenía que decirle que corriera tanta prisa?

—¿Te ha comido la lengua una comadreja? —preguntó el magistrado, y se echó a reír—. No te preocupes. Te entiendo. Te sientes como me sentirla yo si mañana me ofrecieran recostarme en un *triclinium* con uno de los cónsules. No habías pensado que te recibiría así, ¿verdad? Supongo que te esperabas insultos, amenazas o algo parecido. ¿Me equivoco?

Céfiro negó con la cabeza, todavía bloqueado.

—Y, sin embargo, todo tiene una explicación, Céfiro. Como te dije anoche, soy un hombre práctico y justo. Práctico, porque intento que todo lo que hago tenga un objetivo muy concreto y palpable. Un beneficio, para mí o para la comunidad. Y justo, porque creo en el principio del equilibrio y su conservación. Anoche fue mi faceta de

hombre justo la que conociste. Vosotros, tú y tus amigos, quebrasteis el equilibrio de nuestra sociedad. La ofensa se pagó y este se restableció. Asunto concluido. Mientras no hagáis algo que rompa ese equilibro de nuevo, podéis estar tranquilos. No os metáis en los asuntos del *collegium* de carniceros, no perjudiquéis a ningún habitante del Arco de los Huesos, y no habrá más problemas entre nosotros. ¿Era esto lo que te preocupaba? ¿Que hubiera más represalias?

El niño asintió en silencio.

—Es lógico. Si en lugar de dar conmigo hubieras molestado al magistrado de algún otro *collegium*, seguramente todos estaríais muertos a estas horas. Pero, como también te dije ayer, eso no habría beneficiado a nadie en absoluto… Los muertos no trabajan, Céfiro, no generan riqueza, no comen, no beben, no follan con putas… En definitiva, no me interesan; me interesan los vivos y qué es lo que pueden hacer por mí y por mi gente. Y es aquí cuando llegamos a mi segunda faceta, la de hombre práctico.

Néstor se puso en pie y caminó hasta la parte delantera de la mesa.

—Hay algo en ti, Céfiro, que me llama poderosamente la atención. Anoche podías haberte cagado en la túnica. Por Mercurio, ¿quién podría habértelo reprochado? Un hijo de perra como yo se presenta en tu casa junto con decenas de carniceros cabreados y armados con cuchillos. ¡Es algo que haría que al mismo Cerbero se le metieran las pelotas dentro de la barriga! Cualquiera habría salido corriendo, dejando a sus compañeros atrás, o se habría tirado a mis pies para suplicar. Pero tú no lo hiciste. Te mantuviste en tu lugar, fuiste frío, asumiste la realidad y tomaste la mejor decisión para el grupo. No hay muchos hombres que sean capaces de hacer algo así. Y, desde luego, no creo que haya muchos niños con tanto valor con… ¿Cuántos años tienes? ¿Doce? ¿Trece?

—Once —dijo Céfiro.

—¡Once años! —Néstor dio una palmada en la mesa—. Con esa edad yo todavía estaba limpiándome la leche materna de los labios. Y tú ya has formado tu propia banda, imponiéndote a chicos mayores que tú. Has solucionado un conflicto nada menos que con el *collegium* de carniceros del Arco de los Huesos…, y al día siguiente te has presentado en casa de su magistrado para zanjar el asunto de forma definitiva. ¿Cómo quieres que reciba a alguien así? ¡Por los dioses que ofrecerte asiento y empanada es lo mínimo que puedo hacer!

El magistrado se situó detrás de Céfiro y le agarró por los hombros.

—¿Y qué tiene todo esto que ver con el hecho de que sea un hombre práctico? Muy sencillo. Te quiero a mi lado, Céfiro. Quiero que trabajes para mí.

El esclavo sintió un escalofrío al escuchar aquellas palabras. ¿Que trabajara para él? ¿Realmente el hombre que le había amenazado de muerte la noche anterior le estaba ofreciendo que trabajara para él?

—Veo el desconcierto en tu rostro… lo entiendo. No quiero que me interpretes mal. No puedo reclutarte para el *collegium*. Eso iría en contra de nuestros estatutos. Solo admitimos profesionales de nuestro gremio que residan en este barrio. Y, por supuesto, no admitimos esclavos. Pero hay otras formas en las que puedes serme útil. Pequeños trabajos, encargos concretos para ti y para tus chicos que, por supuesto, tendrán su recompensa y harán que tanto yo como mis hombres os consideremos de los nuestros, hasta cierto punto… ¿Qué me dices?

Céfiro respiró hondo y sonrió.

—Digo que tengo ganas de probar esa empanada.

El magistrado se echó a reír a grandes carcajadas.

XIII

El Sátiro Liberto

MARCO pasó los siguientes días sumido en una inquietud constante.

La pelea contra el extraño hechicero, que había estado a punto de derrotarlo, le había abierto los ojos a la verdadera dimensión de su vulnerabilidad. Había alguien, a quien aquel individuo había llamado el maestro, que andaba tras él y, en vista de la brutalidad con la que había actuado su esbirro, no se detendría hasta que lograra capturarlo. Marco no tenía ni la más remota idea de quién era aquel maestro ni por qué quería que lo llevaran a su presencia. Sin embargo, sospechaba que de algún modo estaba relacionado con Marcia, la bruja a la que él mismo había dado muerte meses antes.

Un nuevo enigma que se sumaba a las ya excesivas inquietudes que atormentaban su mente. Cuando Marco se detenía a reflexionar, Imaginaba su vida como una enorme madeja compuesta por decenas de hilos cuyos cabos se presentaban ante él, invitándole a que tirara de ellos y tratara de desenredar aquel embrollo. ¿Tenía alguna relación aquel maestro con la muerte de su madre? ¿Había algún vínculo con la extraña mujer que convertía a los hombres en ancianos antes de dejarlos morir? ¿Qué tenía que ver la aparición inesperada de Crises en su vida con todos aquellos asuntos?

Marco había recorrido en aquellos días los principales establecimientos en los que, de modo más o menos discreto, se vendían productos e instrumentos destinados a la práctica de la magia y la hechicería. Nunca le había gustado relacionarse con los hombres y mujeres que pertenecían a aquel mundo, ya que aquello habría puesto en peligro su muy preciado anonimato. Sin embargo, fue la única manera que se le ocurrió de indagar acerca de la identidad del

misterioso hechicero. Preguntó en tiendas, interrogó a curanderos y adivinos, de cuyos poderes Marco tenía razones fundadas para dudar, recorrió las tabernas más lúgubres y misteriosas e incluso fue al cementerio de las Esquilias esperando encontrar a la vieja Canidia, sin éxito. Pese a sus esfuerzos, nadie supo darle información acerca de un misterioso mago enano y contrahecho. Algo muy significativo, ya que de haber visto alguno a aquel tipo con un físico tan peculiar y una forma de hablar tan curiosa no lo habrían olvidado con facilidad.

Pero nadie en Roma lo conocía. El hechicero parecía haber surgido de la nada y a la nada había regresado.

Por otro lado, Crises también parecía haberse esfumado. Tras la demostración de poder que le había hecho en la isla Tiberina días antes, el anciano no había vuelto a dar señales de vida. Justo en el momento en el que había conseguido despertar de verdad el interés de Marco, había decidido desaparecer.

Además, Marco sentía el encargo de Varrón de marchar a Pompeya cuanto antes, como una enorme espada que colgaba sobre su cabeza, amenazando con caer en cualquier momento. Podía ganar unos días para ocuparse de sus propios asuntos antes de emprender el camino hacia el sur, pero en el momento en que Varrón empezara a sospechar que sus órdenes no se estaban cumpliendo, podían surgir los problemas. Por supuesto, Marco podía ignorar al que se había convertido en su benefactor y continuar centrado en sus asuntos, pero aquello supondría arriesgarse a perder una fuente de ingresos cómoda y segura a la que ya se había acostumbrado.

Ante aquel desolador panorama y a la espera de poder abordar a Cicerón en la fiesta de la amante de Saturnino, Marco decidió dedicar su tiempo al único tema en el que podía avanzar en alguna medida: la investigación que Marco Antonio le había encargado.

El primer paso que tenía que dar era interrogar al esclavo que había sido testigo de la muerte de Aulo Ebucio. Para evitar que Curión, su anterior amo, lo castigara con la muerte, Antonio había decidido comprar al desdichado siervo. Marco, tras informarse de dónde vivía la familia de Antonio, se puso en marcha una mañana con intención de averiguar todo lo que pudiera sobre el asunto.

Como Saturnino le había contado la noche en la que había conocido al joven aristócrata, Marco Antonio era el menor de tres hermanos, todos ellos hijos de una patricia llamada Julia, a la que la desgracia familiar parecía haberse empeñado en perseguir. La familia de los Julios

presumía de un ilustre linaje, pero con excepción de una de sus ramas, que había logrado emparentar con el gran Cayo Mario casando con él a una de sus hijas, era una estirpe que había perdido casi todo su relumbre. No eran ricos y apenas habían aportado cónsules y pretores a la República en los últimos siglos. La madre de Marco Antonio parecía haber iniciado una cierta mejora al casarse con un hombre de la familia Antonia, un linaje plebeyo que había medrado gracias a las habilidades oratorias del más prestigioso de sus miembros, el conocido como Marco Antonio el Orador. Julia se había casado con un hijo del Orador, en la esperanza de que este heredara al menos una parte de las habilidades que habían llevado a su padre hasta la cima. El Antonio con el que se desposó, sin embargo, demostró más ambición que inteligencia y mucha más capacidad para la crueldad y la cólera que para la administración de los asuntos públicos y militares. Tras obtener un mando extraordinario en Creta para combatir la piratería en los mares, el padre de Marco Antonio se había visto envuelto en todo tipo de acusaciones de corrupción y castigos injustificados a los pueblos aliados de Roma. Finalmente, había muerto en la propia Creta en extrañas circunstancias, dejando a una esposa con tres niños en una situación económica más que precaria. Como se esperaba de una matrona romana que aún podía considerarse joven, Julia se había casado de nuevo, en esta ocasión con un miembro de las élites encumbradas durante la dictadura de Sila: Lucio Cornelio Léntulo Sura. Aunque Léntulo había demostrado algo más de talla política que su primer marido, también resultó ser un digno sucesor en el amor al dinero fácil y el poco respeto a las leyes. Como cuestor había sido acusado nada menos que por el dictador Sila de malversación de fondos, aunque el asunto finalmente no había llegado a plasmarse en una condena firme. Lejos de aprender la lección, Léntulo había seguido viviendo al límite de la legalidad, contrayendo deudas de forma constante y uniéndose a cualquier intrigante que prometiera una ganancia fácil en poco tiempo. Pese a sus muchas deudas y las acusaciones de inmoralidad que se vertían contra él en todos los círculos de la clase alta romana, Léntulo había llegado a ser cónsul… solo para ser expulsado del Senado unos años más tarde como consecuencia de su vida disipada y su poca observancia de la moralidad que se suponía a los miembros de esta cámara.

Y mientras todo esto ocurría, los hijos de Julia crecieron sin control paterno alguno y sin que su padrastro se interesara por ellos, más allá de echarles en cara de cuando en cuando lo gravosos que resultaban para su patrimonio y lo poco prometedoras que parecían sus carreras.

De los tres hermanos, era Marco Antonio el que resultó una fuente mayor de decepciones para su, por otro lado, poco interesado padrastro. El joven se había entregado desde la más tierna adolescencia a una vida de indolencia y placeres en la que el vino y las prostitutas se mezclaban con actrices, sicarios, bailarinas y todo tipo de personajes de los bajos fondos romanos. Julia, desesperada, y sin poder contar con el apoyo de un esposo que había renunciado a enderezar a aquellos hijos que no consideraba suyos, se vio desbordada ante la personalidad indomable de su hijo pequeño.

A aquella *domus* llegó Marco Lemurio una mañana del mes de septiembre, dispuesto a entrevistarse con uno de los esclavos que en ella servían. Acostumbrado como estaba a ser atendido de forma preferente e inmediata en la casa de Varrón, y siendo como era esta su única experiencia acudiendo a la *domus* de un miembro de la nobleza sin haber sido llamado previamente, se sorprendió de la larga cola de personas que aguardaban en la calle a ser recibidos por Léntulo, el *pater familias*. Hombres de todo tipo, desde algunos vestidos con la humildad y los harapos de las clases populares hasta personajes opulentos, que se hacían sostener una sombrilla por un esclavo para evitar que el sol les diera en el rostro, aguardaban con cara circunspecta a que el atriense les informara de que serían recibidos. Muchos de ellos, sobre todo los más humildes, se marcharían de aquel lugar igual que habían llegado, sin tener la oportunidad de presentar su problema o su petición al dueño de la casa. Marco resopló al ver aquel panorama. No estaba dispuesto a perder la mañana en la calle cuando lo único que quería era entrevistarse con uno de los esclavos. Sin duda existían otros medios más directos y rápidos de acceder a aquella casa. Al fin y al cabo, era con Mateo Antonio y con uno de sus esclavos con quien él quería hablar, no con el *pater familias.*

Dejó atrás la entrada principal en la que se agolpaban todos los clientes de Léntulo y rodeó la *domus* hasta llegar a la parte trasera, donde un muro, varios pies más alto que el mismo Marco, separaba la calle del patio por el que se introducían a la casa las mercancías, los carros y las literas y sillas de mano. A aquellas horas del día la puerta trasera estaba abierta, ya que los esclavos se encontraban en plena faena de descargar un carro de provisiones para abastecer la despensa del amo y su familia. Marco pensó simplemente en colarse en el interior, fingiendo que era un trabajador más, pero dedujo que si le atrapaban haciéndose pasar por otra persona podría llegar a tener serios problemas. Finalmente, se dirigió al esclavo que parecía tener algún

rango superior y daba órdenes a los demás. Esbozó su sonrisa más encantadora y le tocó suavemente el hombro.

—Buenos días, amigo. Quiero hablar con…

Marco se detuvo. No sabía cómo se llamaba el esclavo que Antonio había comprado a Curión.

—¡Ponte a la cola en la puerta principal, como todos los demás! —respondió el esclavo antes de que Marco pudiera añadir algo más.

—No soy cliente del señor de esta casa. Es con otra persona con quien quiero hablar…

—¿Sí? Pues envíale una carta y deja de hacerme perder mi tiempo… ¡Vamos, sacos de sebo, estas ánforas no se van a descargar solas!

—Soy amigo de tu amo, Marco Antonio, y…

—Todo el mundo es amigo de mi amo Marco Antonio. Si me dieran un as por cada amigo de ese muchacho que viene por aquí… Putas, bufones, taberneros… ¡Hasta alguna jovencita noble con un bastardo creciendo en su barriga! Y a todos les digo lo mismo. ¡Habla con el jodido atriense, que para eso está!

Marco torció el gesto. Aquello Iba a ser más complicado de lo que parecía.

—En realidad, con quien quiero hablar es con un esclavo… Uno que ha llegado a esta casa hace poco. Lo compraron de la casa de Curión y…

¿Y qué? Marco no tenía más datos que ofrecer. Recordaba vagamente al hombre tembloroso que le había contado entre balbuceos lo que había visto la noche en la que Aulo Ebucio había muerto, pero apenas se había fijado en detalles de su rostro o su cuerpo. ¿Cómo podía describírselo a aquel capataz atareado que estaba deseando perderle de vista?

Sin embargo, por una vez, la diosa Fortuna decidió sonreír al hijo de Neóbula.

—Creo que soy yo al que buscas —dijo una voz desde detrás del carro. Un instante después, apareció un hombre fornido cargando un ánfora a su espalda. El esclavo se dirigió al interior del patio sin que Marco pudiera ver apenas su rostro.

—¡Espera! —dijo Marco—. Tengo que hablar contigo de un asunto. Tu amo Antonio me ha encargado…

—¡No distraigas a mis hombres! —intervino el capataz, amenazando a Marco con el puño—. O te marchas de aquí ahora mismo o entre todos te vamos a dar tal paliza que…

—Está bien, está bien… —intervino una voz desde dentro del patio—. Para una vez que uno que dice ser amigo mío lo es de verdad y no viene con una factura bajo el brazo… Déjalo pasar, Pólux. A este sí que lo conozco.

El capataz miró a Marco con el ceño fruncido y le hizo un gesto para que traspasara las grandes puertas que daban acceso al patio. En el interior, tumbado sobre una pila de sacos, y vestido con una simple túnica, como sí acabara de levantarse de la cama, estaba el joven Marco Antonio.

—Lemurio. Bienvenido a mi casa… A la casa de mi padrastro, más bien, como él se complace en recordarme cada día.

Marco observó al joven noble con detenimiento. El chico estaba borracho como un pez en un cubo de vino. Tenía los ojos enrojecidos y su voz sonaba torpe y pastosa. O había empezado a beber muy temprano o, lo que era más probable, no había llegado a acostarse después de una noche de juerga. Por un instante sintió una cierta simpatía por el chico. El tipo de simpatía que siente un borracho irredento cuando está sobrio y se cruza con otro hombre ebrio camino de su casa. Sin embargo, le vino a la mente la imagen del joven Antonio zarandeando a un pobre hombre en la taberna y obligando a Alda a sentarse en su regazo, y el desprecio que había sentido por aquel niño rico, la noche en la que le había conocido, renació en su interior.

—He venido a hablar con el esclavo —dijo, señalando al hombre que se había identificado como el siervo de Curión. El esclavo fingió no haber escuchado a Marco y se escabulló de nuevo detrás del carro, como si tratara de pasar desapercibido a toda costa—. Necesito información para avanzar en mi investigación.

Marco Antonio trató de ponerse en pie, pero un súbito mareo le obligó a dejarse caer de nuevo sobre los sacos. El joven se echó a reír.

—Joder con ese licor sirio… Es verdad que sería capaz de tumbar al mismo Baco… ¡Eh, tú, esclavo! No recuerdo su nombre… Sí, tú, el que compré a Curión para evitar que le arrancara la piel a tiras. Por aquí quieren hablar contigo. Y más te vale que cuentes a mi amigo Lemurio todo lo que viste aquella noche o volverás corriendo a casa de Curión suplicando que te crucifique.

El esclavo no pudo continuar intentando zafarse del asunto. Descargó el ánfora que llevaba en aquellos momentos y se dirigió con los hombros caídos hacia su amo.

—*Domine*, ya os conté todo lo que vi… Hablar de estas cosas puede

atraer a los *lemures* y a otras criaturas. Por los dioses, *domine*, dejad que olvide este asunto…

—Menos lloriqueos, pareces mi madre. ¿Sabes cómo se llama este hombre? Lemurio, Marco Lemurio. Y se llama así porque desayuna cada día dos o tres *lemures* de esos que tanto temes. Este tipo puede hacer que el sol salga en medio de la noche y que nieve en pleno verano. O eso me han dicho… Así que menos historias de viejas y responde a todo lo que te pregunte.

El hombre asintió, no muy convencido. Miró a Marco de arriba a abajo, dejando claro con su expresión que no podía creerse que un personaje con un aspecto tan vulgar como el que Lemurio presentaba fuera capaz de realizar aquellos prodigios de los que había hablado su amo.

—Vayamos a ese extremo del patio, debajo de aquel árbol. No te robaré mucho tiempo —dijo Marco—, Y estate tranquilo: los *lemures* no vendrán a visitarte hoy. Ya te lo dije la noche en la que hablamos en la taberna. No tienes nada que temer.

El esclavo siguió a Marco hasta el lugar indicado y, bajo la mirada socarrona de Antonio, que los vigilaba desde su trono de sacos de arpillera, bajó la cabeza, a la espera de que llegaran las preguntas.

—Cuéntame otra vez lo que viste aquella noche.

El hombre repitió la misma historia que Marco había escuchado días antes en la taberna de Quelidón. Los mismos balbuceos, las mismas dudas, los mismos miedos… y ningún elemento nuevo. Cuando concluyó, Marco trató de hacerle recordar detalles que tal vez había pasado por alto al no considerarlos importantes, pero que podrían serlo para avanzar en su investigación. No logró que el esclavo pudiera decirle absolutamente nada de utilidad. Frustrado, hizo una última pregunta.

—Dime al menos el nombre del prostíbulo en el que estuvo Ebucio aquella noche. Tal vez allí puedan decirme algo interesante.

—Oh, eso sí lo sé. —La cara del hombre se iluminó por un instante, alegre de poder arrojar algo de luz en aquel asunto tan oscuro. Sin embargo, de inmediato volvió a fruncir el ceño—. Bueno, puedo describir el sitio, pero no conozco el nombre. Nunca he frecuentado ese tipo de establecimientos… Como nací esclavo, yo…

—Sí, claro, yo tampoco frecuento las tabernas —dijo Marco con sorna—. ¿Cómo era ese prostíbulo?

—Estaba en un callejón muy estrecho, y tenía toda la fachada

cubierta con hiedra. Entre las hojas asomaba un cartel de madera, con una imagen muy gastada, muy vieja. Creo que era un centauro o una hidra… No conozco bien esas criaturas. Pero desde luego, fuera lo que fuera, tenía una mentula enorme, eso sí lo recuerdo.

—¿Un sátiro? ¿Era un hombre con patas de cabra y el pene erecto?

—¡Sí, un sátiro, eso es! Y llevaba también un gorro en la cabeza, o eso creo.

—El Sátiro Liberto —dijo Marco, sin poder evitar que un nudo se le cerrara en el estómago—. De vuelta a la Subura, entonces.

Marco se consideraba una criatura de la noche. Tanto por su oficio como por sus aficiones, desde que su madre había desaparecido y él mismo se había convertido en el único amo de su vida y su destino, sus actividades ser habían desarrollado sobre todo desde el ocaso hasta el alba. Hasta que había conocido la taberna de Quelidón y había decidido que aquel sería su segundo hogar, Marco había deambulado de taberna en taberna, familiarizándose con todos y cada uno de los establecimientos de la Subura en los que uno podía tomarse un vaso de vino a un precio razonable. Había disfrutado de caldos de calidad que no podía permitirse y había bebido líquidos inmundos en tugurios donde las ratas correteaban entre las piernas de los clientes. Aquellos habían sido años de descender a los más bajos fondos en busca de compañía con la que entregarse a una buena borrachera y tal vez acabar entre las sábanas por alguna moneda más.

Sin embargo, existían locales en los que Marco nunca se había aventurado. Lo que él buscaba era vino, comida y sexo esporádico, sin grandes perversiones. Le bastaba con una esclava complaciente y dispuesta a entregarse a él y hacerle compañía hasta que el sueño le derrotara. Otros establecimientos, sin embargo, ofrecían distracciones que nunca habían llamado su atención. Violencia extrema, prácticas brutales y todo tipo de juegos que desafiaban incluso los más retorcidos relatos reflejados en las historias de los poetas. Marco no encontraba placer en la violencia ni en la humillación de la pareja. Entendía y aceptaba que en el mundo había hombres libres y había esclavos, pero su madre le había enseñado a respetar la dignidad de todos los seres humanos, con independencia de la posición que ocuparan en la sociedad. Lo que aquellos prostíbulos ofrecían a sus clientes sencillamente no era para él.

El Sátiro Liberto era uno de aquellos lugares. En la Subura se contaban lodo tipo de historias acerca de aquel prostíbulo selecto al que

solamente aquellos que tenían la bolsa llena, e incluso no siempre, podían acceder. Se decía que en aquel establecimiento uno podía saciar sus más oscuros deseos, fueran cuales fueran, si podía pagar por ellos. Los que gestionaban el Sátiro Liberto compraban en el mercado los esclavos más bellos y caros, pero también los más baratos, aquellos con deformidades o incluso enfermedades, sin fijarse en la edad, el sexo o la procedencia, pues sabían que a todos ellos podían darles algún uso con alguno de sus clientes. Muchos no duraban con vida más allá de unos días, meses a lo sumo, y solo los más hábiles en los juegos sexuales o los más hermosos acababan ganándose un puesto fijo y seguro en aquel local.

Si Aulo Ebucio había pasado la noche allí antes de morir, sin duda había ido en busca de alguna diversión poco convencional. Algo de lo que en su propia casa no podía disfrutar sin que ello fuera motivo de escándalo. Era probable que lo que le había ocurrido después estuviera relacionado con lo que había hecho en el Sátiro. Y Marco estaba dispuesto a averiguarlo.

Cuando llegó hasta la puerta del local, la tarde comenzaba a caer sobre Roma. Marco había realizado una parada en su camino desde la *domus* de Antonio hasta aquel rincón de la Subura para comer algo en la taberna de Quelidón. Tenía la esperanza de encontrarse con Alda. Había dado muchas vueltas acerca de si revelarle a la hispana que la recompensa por llevar aquella investigación a buen puerto podía ser la compra de su libertad, sin llegar a ninguna conclusión. ¿Y si ella no quería ser liberada de aquella manera? ¿Y si prefería seguir siendo esclava en la taberna, sometida al extraño amo del que nadie sabía nada, en lugar de depender de Marco, garante de su libertad? No estaba preparado para afrontar aquellas preguntas. Por aquel motivo, era mejor que Alda no supiera nada por el momento. Al fin y al cabo, existía la posibilidad de que Marco fracasara en su investigación y la hispana, en consecuencia, siguiera siendo esclava en aquella taberna el resto de su vida.

Por suerte para Marco y sus muchas dudas, Alda no estaba allí aquel día, por lo que este, atendido por otra esclava, pudo comer y beber sin tener que enfrentarse a aquel dilema. El vino y la comida le hicieron sentirse más reconfortado y con fuerzas para acometer su visita al Sátiro Liberto.

La fachada del edificio estaba cubierta de hiedra, tal y como el esclavo de Antonio lo había descrito. Entre las hojas y las ramas de las enredaderas cantaban todo tipo de pájaros que habían hecho allí sus

nidos, creando una cacofonía que, aunque podía resultar agradable a algunos, a Marco se le antojó profundamente irritante. En medio del follaje podía verse el cartelón de madera con el desgastado dibujo del sátiro con el pene erecto y el gorro de liberto. Un poco más abajo se encontraba la puerta del prostíbulo, cerrada, con un pequeño ventanuco en su parte superior. Marco golpeó la puerta. Hasta donde él sabía, aquella era la única entrada al establecimiento.

El ventanuco se abrió y Marco pudo ver los ojos pequeños de una mujer anciana.

—Apolo pone la *mentula* —dijo la mujer.

Marco trató de mantener el rostro serio ante aquella frase de saludo sin sentido. Era evidente que se trataba de algún tipo de contraseña.

—Y… Diana enseña el…

No tuvo ocasión de terminar la frase. El ventanuco se cerró con un inerte golpe y la anciana desapareció.

—¡Espera! —gritó Marco, y golpeó la puerta con el puño—. No soy un cliente. Pero hay un asunto importante que debo tratar con vosotros.

Tras unos instantes, el ventanuco volvió a abrirse.

—Sin contraseña, no se entra. Vete a meterla en otra parte, desgraciado.

Marco logró introducir la mano en el hueco e impedir que el ventanuco se cerrara de nuevo a costa de pillarse los dedos. Tuvo que ahogar un grito de dolor y empujar para evitar que la anciana cerrara la portezuela y le amputara la mano entera en el intento.

—¡Espera! Vengo de parte de alguien importante… Un importante cliente que… No querrás que mi amo se enfade, te lo aseguro.

La mujer volvió a abrir y se asomó de nuevo.

—¿Qué cliente? —preguntó.

Marco dudó. Sabía que si no respondía de inmediato aquella portezuela se cerraría de nuevo y en aquella ocasión no tendría más oportunidades de convencer a la mujer que había al otro lado. ¿A quién podía invocar que hiera lo suficiente importante como para causar temor y al mismo tiempo lo bastante depravado como para ser cliente asiduo de un establecimiento como aquel? ¿Varrón? No, Varrón no se habría dejado caer por un prostíbulo de la Subura ni aunque le hubieran llevado a punta de espada. ¿Pompeyo? Por lo que Marco sabía, al general solamente le interesaban la gloria de las armas y el poder político que emanaba de ellas.

—Aulo Gabinio —dijo al fin al recordar al tribuno de la plebe cuyo

nombre era venerado en todo el barrio.

—¿Y por qué no envía Gabinio al esclavo habitual? A ti no te he visto nunca.

Marco respiró aliviado. Al menos había acertado al pensar que Gabinio había sido cliente de aquel antro. Ahora únicamente le faltaba conseguir que la mujer se creyera que él venía de su parte.

—Está enfermo. Por eso me envía a mí. Abre la puerta y te explicaré lo que necesito saber. No te robaré mucho tiempo.

El ventanuco se cerró de nuevo, haciendo que Marco torciera el gesto de impotencia. Al momento, sin embargo, se abrió toda la puerta con un chirrido de las bisagras. Marco contempló a la anciana, una mujer de pequeño tamaño, vestida y maquillada como una cortesana oriental y con un peinado que apenas se sostenía con los pocos pelos que le quedaban en la cabeza.

—Hace meses que no vemos a Gabinio por aquí. Supongo que el tribunado de la plebe le mantiene muy ocupado. O tal vez ahora tiene dinero para que le lleven las putas a su propia casa.

—Un poco de las dos cosas —dijo Marco sonriendo—. Escucha, *domina*… No recuerdo tu nombre.

—Filis —dijo la extravagante anciana.

—Oh sí, Filis. Mi amo me dijo que fuera especialmente amable contigo. De hecho, me amenazó con hacerme azotar si no te hablaba con el respeto debido. Nadie conoce su oficio como Filis, me dijo. La mejor de toda la Subura. Sabe leer los corazones de los hombres solo con echar un ojo al bulto que tienen en las piernas…

—Menos halagos —dijo ella, aunque era evidente por la leve sonrisa que había aparecido en la comisura de sus labios que las palabras de Marco habían dado en su objetivo—. Vamos dentro, no me gusta hablar aquí, en la calle. El otro esclavo de Gabinio era bastante más discreto.

—También era más feo, no me lo negarás.

La mujer asintió y se apartó de la puerta para que Marco entrara en el local. Lemurio habría preferido tener aquella conversación allí mismo para poder echar a correr en caso de que su engaño fuera descubierto. No le quedó más remedio, pese a ello, que entrar en el prostíbulo y seguir los pasos de la anciana. Condujo a Marco por un pasillo decorado con todo tipo de pinturas eróticas en las que hombres con mujeres, mujeres con mujeres y hombres con hombres practicaban sexo en todo tipo de posturas. Lemurio las contempló con interés a medida que

avanzaba por el corredor.

Por Apolo, que nunca había pensado que con la boca se pudiera…, pensó, pero la anciana interrumpió su pensamiento al detenerse e indicarle que entrara en una sala cuya puerta era una simple cortina. Marco obedeció. En el interior se encontró con una estancia muy sencilla iluminada por dos lucernas y con una mesa redonda y tres taburetes como único mobiliario.

—Sé breve, no tengo todo el día. Te recibo solo porque Aulo Gabinio fue uno de nuestros mejores clientes en su momento y confío en que vuelva por aquí cuando sus obligaciones políticas se lo permitan.

—Oh, sí, mi amo está deseando volver. No para de hablar de las chicas de este establecimiento y de cómo…

—¿Chicas? —preguntó la anciana extrañada.

—¿He dicho chicas? Quería decir chicos. Mi amo es muy versátil, ya lo sabes.

—Sí, tan versátil como el jodido Ganímedes. Versátil dice… Ahora vamos al asunto. ¿Qué es lo que quiere Gabinio de nosotros?

Marco se aclaró la garganta y comenzó a hablar.

—Un joven amigo suyo llamado Aulo Ebucio vino a tu establecimiento una noche hace ya unos cuantos días. El caso es que aquí se le pierde la pista y su familia no ha vuelto a saber nada de él. Mi amo se ha interesado por este asunto y confía en que tal vez vosotros podáis arrojar algo de luz sobre este tema. La familia del muchacho se teme lo peor.

La anciana arrugó el entrecejo.

—No damos información de nuestros clientes. Norma de la casa.

—Por supuesto, mi amo también me advirtió que dirías eso. Vuestra discreción es uno de los motivos por los que tanta gente os elige para saciar sus pasiones. Pero en este caso, sin embargo, os conviene ser más flexibles y romper vuestra norma. El asunto es el siguiente: la familia de Ebucio va a presentar una denuncia ante el pretor en la que se os acusará de la muerte del muchacho. Habrá investigaciones, juicios… ya sabes cómo son esas cosas. Al enterarse de ello, Gabinio me envió de inmediato para daros la oportunidad de dar el primer paso y ahorraros problemas. Si me ofrecéis algún indicio de lo que pudo haber ocurrido esa noche, tal vez demos con el paradero del joven y todo esto se quede en una mala pesadilla. Sería lo mejor para todos, ¿no crees, *domina*?

La mujer no respondió. Era evidente que estaba valorando varias opciones, y una de ella era la de echar a aquel farsante a patadas del

establecimiento que era su casa. Se llevó un dedo con una uña extremadamente larga a los dientes y se golpeó un colmillo con él, como si aquel gesto la ayudara a pensar con más fluidez.

—Esto es malo, muy malo —dijo finalmente—. El Sátiro nunca se había visto envuelto en ningún tipo de escándalo y ahora parece que nos brotan como setas en otoño. Mal asunto… Ese Ebucio no es el primero de nuestros clientes que desaparece en los últimos días… Y ya se empiezan a rumorear cosas por ahí. Tonterías, por supuesto… Que si envenenamos a nuestros clientes, que si una de nuestras chicas los mata cuando salen de aquí… ¡Absurdo! En los años que han pasado desde que abrimos el Sátiro jamás nos hemos visto metidos en un problema semejante. ¿Estás seguro de que no encontraron el cuerpo de ese Ebucio en ningún sitio? Aunque tal vez no se le reconociera fácilmente…

—¿A qué te refieres, *domina*? —preguntó Marco, mostrando un interés que ya no pertenecía a su actuación como esclavo de Gabinio.

—Nuestros esclavos dicen que han encontrado en las calles de la Subura a dos de nuestros clientes. No tan importantes como ese Ebucio, desde luego, pero sí lo bastante ricos como para poder pagar nuestros precios. Dos hombres con gustos… peculiares. Como todos los que vienen aquí, supongo. Si no, se limitarían a metérsela a sus esclavas y no tendrían que pagar tanto.

—¿Qué les ocurrió?

—Cuando salieron de aquí eran hombres maduros. No jóvenes, desde luego. Ya habían visto muchos veranos; pero sí hombres sanos, maduros en plenitud de su vigor. Lo que encontraron de ellos eran despojos, solamente. Piel, huesos y cabellos blancos. Yo no me creo ni una palabra, pero los esclavos dicen que alguien cayó sobre ellos cuando salían de aquí y los envejeció hasta la muerte con una extraña brujería… ¡Cuentos de aldeanos!

—Cuentos de aldeanos capaces de acabar con la reputación de un establecimiento como este. Si los clientes tienen miedo no vendrán.

—Lo sé, lo sé. No te creas que no lo hemos pensado. Pero ¿qué puedo hacer yo? Simplemente soy una honrarla comerciante que busca abrirse camino en este barrio de mierda. Al final tendré que llamar a ese Marco Lemurio del que todos hablan para que solucione este problema…

Marco tragó saliva y trató de fingir indiferencia tras escuchar su propio nombre.

—Podemos empezar por averiguar qué es lo que ocurrió. Tal vez si

me permitieras hablar con la chica con la que Ebucio estuvo aquella noche pueda averiguar algo más.

—Oh, para eso sí que vas a necesitar a ese Lemurio o algún otro hechicero capaz de traer de vuelta a los muertos. La chica murió al día siguiente. Ese Aulo Ebucio no dejaba mucho de ellas cuando terminaba…

Y la anciana se echó a reír, como si el hecho de que un hombre disfrutara torturando hasta la muerte a una de sus esclavas fuera la idea más divertida que se le podía ocurrir. Marco tragó saliva de nuevo y se obligó a esbozar una sonrisa. Las historias que había oído de aquel lugar eran ciertas.

—¿Y qué hay de las chicas que estuvieron con los otros dos hombres? ¿También están muertas?

—Bueno, una sí lo está. Uno de aquellos hombres tenía gustos y apetencias muy parecidos a los de Ebucio. Le gustaban más jóvenes, eso sí. El otro no era tan bruto; la última que estuvo con él sí sobrevivió. Aunque ahora ya solo sirve para limpiar las letrinas, claro. No hay mucha gente que pagaría por acostarse con ella en su estado.

—¿Puede hablar al menos?

—Sí, sí, hablar sí puede. Haremos una cosa. Te dejaré hablar con ella y tú le contarás a Gabinio que el Sátiro está dispuesto a colaborar en todo a cambio de su protección y de que no permita que este asunto llegue a los tribunales. ¿Estamos de acuerdo? ¿Puedes hacer tal trato en nombre de tu amo?

Marco sonrió de nuevo, tratando de disimular el asco que sentía ante la mujer.

—Mi amo Gabinio estará encantado de extender a vosotros su protección.

La mujer trajo a la muchacha ante Marco a empujones, como quien conduce a un ternero reticente hasta el matadero. La muchacha lloraba en silencio, tratando de contener las lágrimas sin lograrlo. Iba vestida con unos harapos que apenas bastaban para cubrir su cuerpo. La chica era muy joven, no había cumplido aún los veinte años, pero en la mirada del único ojo que le quedaba en el rostro había un poso de pena y sufrimiento propios de una mujer de mucha más edad.

La mitad de la cara de la joven había desaparecido. En esos momentos era únicamente una enorme cicatriz de carne lacerada e informe en la que se adivinaba la cuenca de un ojo y los restos de las comisuras de los labios. El cabello de la mitad de la cabeza también

había desaparecido, y solo en el otro lado del cráneo crecían algunos cabellos rubios y cortos. Marco tardó en darse cuenta de que aquellas heridas eran el resultado de una enorme quemadura. La chica presentaba también lesiones parecidas en los hombros y en el cuello, pero ninguna tan espectacular como la que había desfigurado el rostro. A lo largo de su vida, Marco había visto a algunas personas afectadas por heridas de fuego como aquella. Los incendios eran habituales en los barrios populares de Roma, y cuando uno se desataba sorprendía a hombres, mujeres y niños allí donde se encontraban hasta que las llamas eran controladas o se extinguían por falta de combustible. Sin embargo, las heridas de la muchacha no se habían producido en un incendio. Había sido un hombre quien las había causado. Un hombre que había pagado por ello, que había sentido placer, desfigurando de aquella manera a una chica joven que solo había podido gritar y suplicar para que todo terminara cuanto antes. Por supuesto, la tortura no había terminado hasta que aquel hombre se había saciado. Al fin y al cabo, era una esclava solamente. Marco pensó en que alguien pudiera hacer algo semejante con Céfiro y sintió ganas de estrangular allí mismo a la vieja pintarrajeada como un actor de pantomimas.

—¿Se lo hizo él? El último cliente que estuvo con ella, el que desapareció.

—Evidentemente —dijo ella, y dio un último empujón a la chica, que trastabilló hasta lograr apoyarse en la pared.

—Déjanos a solas —pidió Marco—. Es evidente que te tiene miedo.

—Claro que me tiene miedo —dijo ella—. Todos en esta casa lo tienen. Y hacen bien.

La mujer se sentó en un taburete, dejando claro que no tenía intención alguna de marcharse para que pudiera hablar con la esclava a solas. Dijera lo que dijera, ella también lo escucharía.

Marco se acercó a la chica y extendió una mano para acariciar su rostro quemado en una muestra de cercanía y afecto para ganarse su confianza y lograr que se tranquilizara. La joven, sin embargo, se apartó de inmediato, alejándose de la mano de Marco. Él la bajó de inmediato. Comprendió que el único contacto masculino que la esclava había conocido en su vida había sido para causarle daño o buscar placer sexual en su cuerpo. No conocía caricia alguna que no tuviera un doble filo.

—Yo no la tocaría mucho. Lleva toda la mañana limpiando la letrina. Tiene tanta mierda bajo las uñas como para llenar la Cloaca

Máxima.

La anciana volvió a romper a reír y Marco tuvo que hacer de nuevo un enorme esfuerzo para no sacar su daga y hundírsela en su cráneo de gallina vieja.

—Solo quiero hacerte unas preguntas. Y después podrás volver a…

—¡Limpiar mierda! —completó la alcahueta.

Marco se volvió hacia ella con rabia y a punto estuvo de prorrumpir en insultos.

—¿Algún problema, esclavo? —dijo con sorna. Se sabía ama y señora de aquel lugar y utilizaba su poder para humillar a quien consideraba oportuno.

—No, ningún problema —dijo Marco. Ya ajustaremos cuentas, pensó, y se volvió hacia la esclava—. Necesitamos saber qué ocurrió con el hombre que te hizo esto. Y con otros dos clientes.

—Yo no sé nada, *domine.*

—No le des ese tratamiento. Es un esclavo, únicamente, igual que tú —interrumpió de nuevo la anciana.

—Tal vez puedas recordar algo que te contara. Algún problema que tuviera, algún enemigo del que te hablara aquella noche.

—No habló mucho. Solo… Solo hizo…

La chica se echó a llorar al recordar lo ocurrido.

—No te preocupes. No hace falta que hablemos de lo que te hizo ese malnacido.

La chica alzó la vista y por un Instante Marco vio en su único ojo un brillo diferente al ver su rostro.

—Como te he dicho, no sé nada, —Es lo que yo suponía— intervino la alcahueta —. Tendrás que buscar en otro lado. Si esos hombres han desaparecido, no tiene nada que ver con el Sátiro Liberto. Nuestros clientes pueden estar tranquilos.

La cortina de la habitación se abrió en ese momento y entró en la estancia un hombrecillo enclenque con una espesa mata de pelo gris en su cabeza.

—*Domina*, os necesitan arriba. Hay un problema con un cliente.

—¿El griego? —preguntó ella.

—El mismo.

—Sabía que ese corintio hijo de puta nos daría problemas. Voy ahora mismo. ¡Vosotros esperad aquí! ¡No vayas a fugarte con ella! Es la joya de este establecimiento.

La anciana salió de la habitación entre risas que parecían el cloqueo de una gallina, seguida por el hombrecillo.

Al verse solos, el rostro de la chica cambió por completo. Dio un paso adelante y clavó su único ojo en Marco.

—Sé quién eres, Marco Lemurio. Estuve un tiempo en la taberna de Quelidón antes de que mi amo me vendiera para servir en este lugar.

Marco sintió una daga de hielo clavarse en su pecho. Si aquella chica, esclava o no, descubría su tapadera, tendría problemas para salir de ese lugar.

—¿Vas a delatarme? —preguntó él.

—No —respondió la joven de inmediato—. Todas las chicas de la taberna decían que eras un buen hombre. Pero es mejor que te marches de aquí. No sería bueno para ti que creyeran que eres cliente de este lugar…, por tu propio bien.

—¿A qué te refieres?

—La dama azul. Ella es la que está detrás de la muerte de esos hombres. Y caerá sobre ti si piensa que eres uno de ellos…, hombres que únicamente disfrutan con el dolor de las mujeres. No eres de esos, ¿verdad?

—No, no lo soy, te lo aseguro. Pero necesito que me cuentes más acerca de esa dama azul. ¿Quién es? ¿Cómo puedo encontrarla?

La chica sonrió con su media boca.

—No hay nada que te pueda contar. Ni yo ni ninguna de las esclavas de este antro maldito por los dioses. Nadie sabe nada de ella. Solo que aparece y se cobra la vida de algunos de los hombres que nos hacen daño. Algunos dicen que es una hechicera. Otros que es una furia, una gorgona, una estrige… ¿Sabes lo que yo creo? Que es la misma diosa Venus que se ha cansado de ver a las mujeres sufrir y ha bajado al mundo a vengarse envuelta en un halo de luz azul. Eso es lo que pienso.

Marco trató de acercarse a ella, pero la joven volvió a dar un paso atrás.

—Tiene que haber algo más. Alguien con quien pueda hablar. Algún nombre.

—No te molestes en intentarlo, Lemurio. No te dirán nada porque nadie lo sabe. ¿Y sabes qué? Aunque lo supiéramos, tampoco te lo diríamos. Esa mujer, sea diosa o mortal, ha hecho más por nosotros que nadie a quien hayamos conocido. ¿Crees que la traicionaríamos si conociéramos algo de ella?

—Tengo que encontrarla…

—¿Y después qué? ¿Matarla? ¿Por qué? ¿Por haber empujado a la muerte a tres monstruos que nos causaron a mí y a mis compañeras un sufrimiento indecible? ¿Le darás caza para vengar a esos hombres? Tal vez no seas tan bueno como me dijeron en la taberna… Tal vez solamente seas un hombre más. Márchate de aquí. Déjanos con nuestro dolor y con nuestra esperanza de que la dama azul algún día vendrá y derribará estos muros. Márchate si no quieres que ella te dé caza a ti, cazador de licántropos.

Marco no respondió. Miró a la joven durante un rato y ella le sostuvo la mirada. Estuvo tentado de insistir, pero comprendió que no tenía sentido. Aquella esclava tenía razón. ¿Por qué iban a ayudarle a encontrar a la mujer que había vengado sus heridas? ¿Por qué iban a colaborar, a desenmascarar a la única persona que las había ayudado, aunque fuera simplemente acabando con los hombres que habían torturado o matado a sus compañeras?

—Me marcho, entonces —dijo finalmente.

—No vuelvas por aquí, Lemurio. Olvídate de este asunto. O la dama azul irá a por ti.

XIV

Artes curativas

—¿NO creerías que iba a dejar que fueras así vestido a la fiesta de Atia?

Marco se encogió de hombros.

—¿Qué tiene de malo mi ropa?

—Nada, si eres un esclavo que se dedica a amontonar mierda de vaca en una finca.

—Sabía que esto de la fiesta era una mala idea…

—Fuiste tú quien me suplicó que te llevara. Yo ya tenía varios candidatos para acompañarme. Y ninguno habría puesto tantas pegas. Ahora guarda estas ropas y ven conmigo. Tienes una cita con el barbero.

Marco resopló y aceptó el hato de ropajes que Saturnino le ofrecía. Su amigo se había presentado pasado al mediodía en casa de Marco y le había arrastrado fuera de la cama. La fiesta de Atia se celebraría aquella misma noche, y era lo último que le apetecía en el mundo. Desde su visita al Sátiro Liberto, todos los problemas y asuntos que tenía entre manos, y que antes se le antojaban prioritarios, habían pasado a un segundo plano. La misteriosa dama azul se había convertido en una obsesión para él. Y estaba seguro de que fuera quien fuera aquella misteriosa mujer no la encontraría en una estúpida tiesta organizada por una viuda rica.

Sí, aquella fiesta era la ocasión perfecta para abordar a Marco Tulio Cicerón para recordarle el compromiso que había contraído con él ante Varrón de revelarle el paradero de Crisógono, el hombre que había dado la orden de asesinar a su madre. Marco tenía aquella idea en

mente. Pero por algún motivo aquel asunto había perdido importancia para él… como si la luz azul con la que imaginaba a aquella misteriosa mujer hubiera eclipsado la que durante años había sido su gran obsesión.

—Vamos, déjate de reflexiones. Se nos echa el tiempo encima y asegurarme de que estés aseado y presentable es solo una de las cosas que tengo que hacer hoy.

Marco siguió a su amigo escaleras abajo de mala gana y protestando cada vez que tenía ocasión. Saturnino le condujo hasta las termas que él mismo solía utilizar para asearse y cultivar sus relaciones sociales, pero en cuanto Marco escuchó el precio que pretendían cobrarles por la entrada, se negó en redondo a entrar, amenazando a su amigo con presentarse en la fiesta sucio, mal vestido y borracho si le obligaba a gastarse su dinero en aquel lugar.

—No pago ese precio por lavarme el culo ni aunque la misma Venus me frotara la espalda.

—De acuerdo, llévame a la charca infecta en la que te lavas tú.

Marco sonrió, satisfecho de haberse salido con la suya, y condujo a Saturnino hasta las termas de Escila, su establecimiento de baños preferido. En cuanto vio el aspecto de la fachada, llena de desconchones y con una entrada que parecía la puerta trasera de una taberna de baja estofa, le tocó el turno a Lucio de protestar airadamente.

—Ni loco voy a desnudarme en ese sitio. Y mucho menos a meterme en el agua de sus piscinas.

—Está limpia. Y la entrada cuesta dos ases, nada más.

Tras una breve discusión en la que Marco tuvo que hacer varias promesas acerca de los trucos de magia con los que embelesaría a los amigos de Atia aquella noche, Saturnino accedió a entrar. La enorme mujer que custodiaba la puerta, y cuyo mote de Escila daba su nombre popular a las termas, les cobró con gesto hosco el precio, les recordó las normas y les permitió pasar, a la vez que gruñía.

—¿Te acuestas con ella, verdad? —preguntó Saturnino una vez estuvieron en el vestuario.

—Siempre me ha rechazado —respondió Marco—. Pon tus ropas en los huecos más altos. Son los más seguros.

Saturnino, feliz de no haber llevado con él nada de valor, obedeció y dejó sus pertenencias donde Marco le indicó.

El agua caliente y, contra todas las expectativas de Lucio, limpia, acabó por minar sus reticencias. Relajado, flotando en la piscina del

caldarium, tuvo que reconocer que no era necesario pagar una pequeña fortuna para disfrutar de un buen baño. Tras nadar en el *frigidarium* para estirar los músculos y limpiarse los restos de suciedad con un lienzo de color blanco, los dos amigos salieron de las termas, pulcros y felices. Saturnino caminaba tan relajado que parecía flotar sobre sus pies. Marco, pese a todo, no conseguía quitarse de la cabeza a la misteriosa dama azul.

—¿Podemos ir a mi barbero o también te resistirás?

—Si pagas tú… —respondió Marco.

El barbero de Saturnino no resultó ser tan caro como las termas a las que solía ir. De hecho, no era más que un liberto egipcio que cada mañana colocaba en el extremo de una plaza un taburete, para que se sentaran sus clientes, y una pequeña mesa de madera en la que alinear sus navajas y otros instrumentos de trabajo. Con tanta habilidad como rapidez, rasuraba las barbas y cortaba los cabellos a gusto del cliente que, en cuanto había descrito al hábil barbero lo que deseaba, solo veía a su alrededor un torbellino de manos, instrumentos de metal y pelos volando. Incluso Marco, que tenía cierta tendencia a descuidar su aspecto por dejadez y mala organización de su tiempo, se prometió a sí mismo acudir a contratar los servicios de aquel egipcio con más regularidad.

Cuando ambos amigos estuvieron listos se contemplaron en un pequeño espejo que el barbero ofrecía a sus clientes para que comprobaran el resultado de su trabajo.

—Ahora hasta pareces un ciudadano romano —comentó Saturnino.

—Tú, en cambio, sigues pareciendo un eunuco sirio.

—Nunca has sabido apreciar el buen gusto. ¿Una jarra de vino antes de la comida?

Tras refrescarse en una taberna cercana, Saturnino se separó de Marco, no sin antes recordarle que pasaría a recogerle por su casa a la hora acordada y amenazarle con cortarle la *mentula* si no se ponía las ropas que le había dejado prestadas. Lemurio, satisfecho con el baño, la comida y el vino, asintió a todo con tal de que Saturnino se marchara y le dejara regresar a su casa para poder dormir un rato. Aquella noche debía centrar toda su atención en lograr que Cicerón le concediera un rato de charla y le facilitara la información que necesitaba. Tenía que conseguir desterrar de su mente a la dama azul al menos por una noche. Con el alba, y una vez conociera el paradero del escurridizo Crisógono, podría centrarse en la búsqueda de la misteriosa mujer.

O en la identidad del hechicero de cuerpo contrahecho. O en su entrenamiento con Crises. O incluso en la profecía que el extraño ser al que había invocado en un cadáver en el Campo de Marte le había hecho meses antes. O en la extraña actitud de Céfiro…

Demasiados problemas, pensó Marco, sintiendo que la tranquilidad que había logrado alcanzar gracias al baño en las termas se evaporaba a medida que todos aquellos recuerdos de asuntos pendientes le alcanzaban. La cabeza empezó a dolerle, no sabía si por efecto del vino barato al que Saturnino le había invitado o por la acumulación de preocupaciones.

—Necesito dormir un rato —dijo en voz baja. El sol comenzaba a caer sobre los tejados de Roma, y la hora a la que su amigo iba a pasar a buscarle no tardaría en llegar. Marco apuró el paso para llegar a su casa, saboreando el momento de dejarse caer sobre la almohada.

Cuando llegó al portal, sin embargo, se encontró con que alguien le estaba esperando en las escaleras.

—Por Mercurio, esto de encontrarme gente en el portal empieza a resultar molesto… —murmuró.

El anciano Crises estaba sentado en el tercer escalón de piedra, con la cabeza y la espalda apoyadas en la pared. Tenía los ojos cerrados y parecía dormitar aprovechando la agradable temperatura del portal, sumido siempre en la penumbra y a salvo de la inclemencia de los rayos del sol.

Si algo quedaba en Marco del efecto del baño caliente, el afeitado y el vino, se disipó por completo al ver la figura de Crises. Aunque él se empeñara, el anciano no iba a permitirle descansar. Marco podría darse por satisfecho si le permitía ir a la fiesta en casa de Atia sin soltarle uno de sus sermones acerca de su desaforado amor por la bebida y las mujeres y su nula responsabilidad para con su propia formación. Marco suspiró y caminó hacia el personaje que en aquellos últimos meses se había convertido en lo más semejante a un maestro que había conocido nunca.

Esperaba que, como era su costumbre, Crises se pusiera en pie, recto y estirado como una vara, en el momento en el que percibiera la presencia de Marco cerca de él. En aquella ocasión, sin embargo, no se movió de posición. Aquel fue el primer indicio de que algo no marchaba bien. El anciano estaba vivo, desde luego, porque su pecho subía y bajaba de forma rítmica, aunque acelerada. Pero más allá de aquella respiración, Crises no dio señales de vida, incluso cuando Marco se

arrodilló junto a él.

—Crises… —murmuró Marco. El hombre no respondió. Lemurio le sacudió con suavidad, haciendo que el brazo de Crises cayera sobre el escalón dejando a la vista el hombro—. Mierda…

La parte alta del brazo izquierdo del anciano y todo el hombro estaban surcados por profundas heridas longitudinales que sangraban con profusión. Crises no estaba dormido. Se había desmayado por la pérdida de sangre. Solo entonces se dio cuenta Marco de lo pálido que estaba su rostro. Si no detenía la hemorragia de inmediato, el anciano moriría en cuestión de horas.

—Da gracias a que dije que no a aquella segunda jarra de vino. Si tardo un poco más, te habría encontrado muerto… y contigo habrían muerto también todas las respuestas que me debes.

Tras inspeccionar su cuerpo en busca de otras heridas y comprobar que no parecía haber más daños que los causados en el hombro izquierdo, Marco levantó con cuidado a Crises, metiendo su cabeza bajo el brazo sano y tirando de él. Por un instante pensó en subirlo hasta su apartamento para atenderlo sobre la cama, pero comprendió que era un tramo demasiado largo de escaleras como para arrastrar un fardo tan pesado. Se le pasó por la cabeza la posibilidad de llevarlo a casa de Periandro, en la segunda planta, pero incluso aquella subida se le antojó imposible si quería que el anciano tuviera alguna posibilidad de sobrevivir. Finalmente, decidió llevarlo al estudio de Neóbula. No habla allí lecho alguno en el que echarlo y tendría que atenderlo sobre el suelo, pero incluso así era la mejor opción disponible. En el momento en el que comenzó a andar por el portal descubrió unos ojos pequeños y asustados mirándole desde lo alto de la escalera. Era uno de los niños del edificio, que contemplaba entre el terror y la curiosidad la escena. El pequeño, al verse descubierto, se levantó y echó a correr escaleras arriba.

—¡Niño! ¡Eh, tú! ¡Espera! —gritó Marco, pero el sonido de los pasos del niño corriendo sobre los escalones no se detuvo—. ¡Te daré dos ases si bajas aquí, pequeño bastardo!

Los pasos se interrumpieron y un momento después volvieron a retumbar en el hueco de la escalera, en aquella ocasión más cerca cada vez. El niño volvió a colocarse en el mismo lugar en el que Marco le había descubierto.

—¿Es verdad lo de los dos ases? ¿No me mientes?

—¿Sabes cuál es la casa de Periandro?

El niño negó con la cabeza.

—¿Y Antígona? Es una chica joven, con el pelo moreno, recogido en una trenza.

—¿La chica que siempre huele a flores? —preguntó el niño.

Marco asintió. No conocía a ninguna otra vecina en aquella *ínsula* que oliera a algo que no fuera ajo y cebollas, así que supuso que el niño se refería a Antígona.

—La misma. Sube a su casa y llama a la puerta. Si está, dile que baje al estudio de Neóbula… al estudio de Marco. Dile que es urgente, que necesito su ayuda.

—¿Y me darás los dos ases?

—¡Y te daré los dos ases, maldito usurero! ¡Corre ahora!

El niño volvió a subir las escaleras. Marco, que no confiaba en que aquel emisario cumpliera con su cometido, llevó a Crises a rastras hasta el interior del estudio. El local no era muy grande. Apenas una sala sin ventanas y con las paredes cubiertas de estanterías llenas de pergaminos, botes y redomas. Una de las paredes estaba cubierta por una gruesa cortina que separaba aquella habitación de otra en la que Marco nunca se había atrevido a entrar. En el centro había una mesa vieja con una silla desvencijada junto a ella. Marco apartó los dos muebles como pudo y dejó a Crises en el suelo, con cuidado de que no se golpeara la zona herida. Si actuaba con rapidez, el anciano se salvaría. Había visto a su madre curar a personas con heridas mucho más graves. Él no tenía la habilidad ni los conocimientos de Neóbula como curandera; sin embargo, creía poder ocuparse de Crises y salvarle la vida con un poco de ayuda de los dioses.

Sobre la mesa ardía una pequeña lucerna que Marco había estado usando la noche anterior para consultar unos papiros. Puso más aceite en su interior para avivar la llama y la situó junto a Crises para iluminar la zona herida. El anciano continuaba inconsciente y sus ropas seguían empapándose con la sangre que manaba de las heridas. Marco llenó un recipiente con un agua que no estaba tan limpia como le habría gustado y sacó de un pequeño baúl algunos trozos de lienzo blanco. Además, cogió de los estantes saquillos con polvos, raíces y otros ingredientes.

Lo primero que hizo fue retirar los restos de tela de los ropajes que se habían mezclado con la carne y la sangre. Los fue apartando uno a uno, con gran cuidado para no causar más daños, y los dejó a un lado. Mientras lo hacía, todo pensamiento ajeno a lo que tenía entre manos había desaparecido. Aquella había sido una de las principales

enseñanzas de Neóbula, una de las que mejor había aprendido Marco. Sus artes, ya fueran hechizos o técnicas curativas, precisaban de atención completa, exclusiva. Si otros pensamientos y preocupaciones se mezclaban en su cabeza con los pasos a dar y los ingredientes que debía utilizar en su proporción exacta, el fracaso estaba asegurado. En aquel momento, ni la dama azul ni la fiesta de Saturnino ni el paradero de Crisógono tenían importancia alguna. Solo estaban Marco, sus manos, y la herida que debía sanar.

—Ayudadme, Hécate, Perséfone, dioses del Inframundo —entonó—. Este hombre no está preparado aún para Caronte. Dadme serenidad para acertar en mi labor.

Se disponía a mezclar en un cuenco el contenido de los saquillos cuando alguien entró en la estancia. Marco se giró, confundido, al ver que no se trataba de una mujer, sino de un joven al que en un primer momento no reconoció.

—Aristóbulo —dijo—. ¿Qué haces…?

En ese momento, Marco recordó. Aristóbulo, el hermoso esclavo de Tito Pomponio al que Varrón había liberado, se había quedado a vivir con Antígona y Periandro después de que ella ayudara a Marco a curarle las heridas que los hombres de su anterior amo le habían causado. El niño debía de haber subido hasta la casa de Periando, pero no había sido Antígona, sino Aristóbulo quien había abierto la puerta y recibido el mensaje.

—¿Cómo que qué hago? Has enviado a un pequeño ratero a buscar ayuda. El muy fenicio me ha pedido tres ases a cambio de contarme lo que ocurría con un tal Marco. Tienes suerte de que tuviera dinero encima en ese momento. ¿Quién es este hombre? ¿Otra de tus víctimas?

—Sí, y por eso estoy tratando de salvarle la vida. Déjate de preguntas y haz lo que te diga. De momento sujeta la lucerna muy cerca de mis manos, pero no lo bastante como para quemarme con ella.

Aristóbulo no hizo más comentarios y se limitó a obedecer a Marco. Su propio rostro, surcado por dos largas cicatrices que se cruzaban sobre la nariz, era una muestra de lo que las artes curativas de Lemurio podían conseguir si se le dejaba trabajar. En lugar de quedar completamente desfigurado, Aristóbulo había logrado conservar un cierto remedo de la antigua belleza de su rostro, y todo había sido gracias al hombre que en aquel momento trataba de salvar la vida a un anciano con el hombro desgarrado.

—¿Qué tipo de animal ha podido causarle esas heridas? —dijo

Aristóbulo en voz baja.

—Ya habrá tiempo de averiguarlo.

Marco volvió a concentrarse. Fue mezclando el polvo de algunos saquillos con el líquido de las redomas hasta formar una pasta espesa de color marrón. Mientras lo hacía, pronunciaba en voz baja palabras que Aristóbulo no fue capaz de entender. Cuando terminó, sacó la daga que guardaba bajo sus ropas.

—Hécate, mi sangre por tus favores —dijo, y pasó el filo del arma por su propio brazo, dejando que la sangre que de inmediato brotó de la herida cayera sobre la pasta y la tiñera de color rojo oscuro. Tras esto, cogió uno de los lienzos limpios y se lo aplicó sobre la herida, antes de remover de nuevo el ungüento para lograr que la sangre se mezclara con el resto de ingredientes con uniformidad.

—Hécate, mi sangre por tus favores —repitió—. Deja la lucerna en el suelo. Ahora necesito que te pongas detrás de él y le sujetes por la espalda. Trata de inmovilizarlo.

—¿Inmovilizarlo? Si está casi muerto.

—Tú haz lo que te digo. Este cabrón es más fuerte de lo que parece.

Aristóbulo obedeció. Se situó tras el cuerpo del anciano y lo incorporó con suavidad, de modo que su cabeza quedó reposando sobre el regazo. Tras esto, agarró con las manos los dos brazos de Crises, que no hizo movimiento alguno.

—Viejo, esto te va a escocer —dijo Marco, y aplicó la pasta con sus propias manos sobre las heridas abiertas.

La reacción fue instantánea. Crises abrió los ojos y comenzó a gritar y a moverse, tratando de quitarse de encima a Marco y a Aristóbulo. Movió las piernas para tratar de incorporarse y luchó para liberar los brazos de la presa del liberto griego mientras profería todo tipo de maldiciones. De no haber estado tan débil por la pérdida de sangre, sin duda Crises habría logrado levantarse presa del dolor y el delirio. Los músculos de Aristóbulo y la pericia de Marco bastaron para mantenerlo tumbado. Lemurio extendió con habilidad la pasta sobre las heridas hasta que el brazo y el hombro quedaron cubiertos por completo. Solo entonces, cuando el cuenco estuvo vacío y Marco dejó de aplicar el ungüento sobre su piel, Crises se tranquilizó y volvió a caer en un profundo sopor.

—Si esto no lo cura, nada lo hará —dijo Marco. Se levantó y estiró los músculos. Aristóbulo seguía sentado con la cabeza de Crises sobre sus piernas—. ¿Podrías encargarte de él esta noche? No creo que se

despierte, pero estaría bien si le dieras de beber, a pequeños sorbos, agua o incluso un caldo. Ha perdido mucha sangre y tiene que recuperar fuerzas. Y por supuesto no lo muevas de donde está hasta que yo regrese.

El liberto puso una cara de sorprendido que no tardó en mudarse en indignación.

—¿Cómo que si puedo encargarme de él esta noche? ¡No sé ni quién es! No pensarás marcharte y dejarme aquí con este hombre moribundo…

—Me quedaría con vosotros, pero tengo un compromiso.

Marco comenzó a recoger los materiales que había empleado y a colocarlos de nuevo en su lugar. Con el agua restante lavó el cuenco a conciencia, de modo que no quedara en él ni rastro de la pasta con la que había curado a Crises. Su propia herida en el brazo había dejado ya de sangrar.

—¿Te marchas a una fiesta y me dejas aquí? Marco Lemurio eres un…

—Un buen hombre, sí, lo sé. Te curé a ti la cara y ahora he curado a este pobre anciano. No hace falta que me lo agradezcáis.

Aristóbulo siguió insultando y amenazando, pero Marco solamente respondió con una sonrisa. Sabía que el liberto no sería capaz de abandonar a Crises sin atenderlo.

—Cuando vuelva pasaré por aquí a ver cómo está. Tal vez puedas pedir a Antígona que te haga compañía y te ayude.

—¿Y te marchas a una fiesta sin más?

—Oh, no, la fiesta es más tarde. Ahora voy a dormir un poco. Me siento como si llevara despierto desde tiempos de Aníbal…

XV

El ilusionista

MARCO se sintió un tanto miserable al dejar a Aristóbulo solo, con Crises. Sabía que el anciano estaba fuera de peligro. Antes de marcharse del estudio de su madre había vuelto a comprobar las heridas del hombro y el brazo y se había cerciorado de que el proceso de cicatrización, acelerado por medios sobrenaturales, había comenzado a dar sus frutos. Las heridas ya no sangraban y Crises dormía tranquilo. Lo más probable era que se despertara al día siguiente, con el cuerpo débil, un hambre de lobo y un dolor palpitante en el lugar donde había recibido las heridas.

Aquellas heridas… ¿Qué podía haber causado un daño así a un luchador tan excepcional como Crises había demostrado ser? ¿Algún tipo de demonio? Marco supuso que una vez se despertara el anciano le contaría cómo había acabado moribundo en el portal de su *ínsula*. Siempre y cuando no decidiera sumar un secreto más a la larga lista que atesoraba con celo.

Había dado a Aristóbulo las últimas instrucciones de cómo cuidar a Crises y, tras advertirle de que no tocara absolutamente ninguno de cuantos objetos había en el estudio bajo amenaza de convertirse en una culebra de agua, se había marchado, escuchando todo tipo de improperios y maldiciones por parte del liberto griego.

En la escalera, se encontró con el niño que había avisado a Aristóbulo sentado en el mismo sitio donde Marco lo había visto por primera vez.

—¿Y mis dos ases?

—Largo de aquí, si no quieres que te use para hacer una sopa.

El niño, que había escuchado todo tipo de historias acerca del

misterioso hechicero que habitaba en el piso superior de la *ínsula*, echó a correr y se ocultó tras la puerta de su propia casa, desde donde arrojó a Marco lo que parecía ser una cebolla en avanzado estado de putrefacción. Marco gruñó hacia la puerta y el niño la cerró de golpe.

Subió hasta su pequeño apartamento y, sin detenerse ni un instante en verificar si Céfiro estaba en casa, se dirigió hacia su cama y se dejó caer en ella. Marco se quedó dormido casi al instante.

Cuando alguien golpeó la puerta, sacándole de su sueño, Marco maldijo a los dioses. Habría jurado que acababa de cerrar los ojos. Sin embargo, cuando los abrió, comprobó que la luz que entraba por la trampilla era anaranjada y tenue. La tarde se había echado encima y su cuerpo apenas parecía haber descansado.

Los golpes en la puerta se repitieron, con más furia en aquella ocasión.

Marco se levantó de la cama, pero alguien se le adelantó en abrir la puerta.

—¿Está tu amo? Por los dioses, dime que tu amo está en casa y no se ha metido en ningún lío.

La voz de Saturnino sonaba preocupada. Realmente no se creía que fuera a ser capaz de arrastrar a Marco Lemurio hasta una fiesta en casa de una mujer noble.

—Está en su habitación. Durmiendo —respondió la voz de Céfiro—. ¿Quieres que lo despierte?

—No hace falta que nadie me despierte… Ya estoy aquí.

Ulises ladró, feliz al ver a uno de sus amos, y corrió hasta Marco para plantarle las patas en la barriga de un salto. Lemurio acarició al animal y lo obligó a bajar de nuevo al suelo. Solamente entonces se dio cuenta del rostro horrorizado con el que Saturnino lo contemplaba.

—Pero…, pero… Esa sangre… ¡Pareces un carnicero recién salido de una matanza! ¡No puedes ir así a la fiesta!

Marco miró a su amigo, vestido con una túnica que saltaba a la vista que le había costado una pequeña fortuna.

—Tranquilo. La sangre se lava. Céfiro, prepárame una palangana con agua.

—¿Y ese brazo? ¡Si te dejé sano y salvo hace solo unas horas! ¿Quién le ha apuñalado?

—Me caí por las escaleras. Deja ya de gimotear. Pareces una vestal vieja y fea. Siéntate ahí y tómate un vaso de vino. Estaré listo en un momento.

Céfiro no pudo evitar echarse a reír ante la desesperación de Saturnino y la tranquilidad de su amo. Para Marco, aquella risa fue un bálsamo más eficaz que el que cualquier hechicero hubiera podido preparar. Por algún motivo, el niño volvía a reír. Hasta en sus movimientos se veía más alegría de la que había demostrado en los últimos meses. Algo le había ocurrido a Céfiro desde que le había pedido dormir con él varias noches antes. Pero, una vez más, Marco no tenía tiempo de averiguarlo.

Con ayuda del esclavo, Marco se aseó y se puso un vendaje limpio y discreto en la herida del brazo. En unos instantes, todo resto de sangre y de los productos que había usado para curar a Crises desapareció. Céfiro ayudó a Marco a ponerse la túnica que Saturnino le había prestado y a ajustarla con un cinturón de cuero.

—¿Cómo estoy? —preguntó.

—Disfrazado como un actor de comedia —dijo el niño, pero no pudo reprimir que en su mirada asomara un brillo de admiración al ver a su amo ataviado como un personaje importante.

—Bien. Porque así es exactamente como me siento. ¿Nos vamos?

Saturnino había observado toda la escena mientras bebía un vaso de vino. A medida que la sangre y la mugre desaparecían del rostro y el cuerpo de Marco se había ido tranquilizando. Finalmente, el aspecto de su amigo terminó por aplacar sus miedos por completo. Con el pelo corto, la barba rasurada y aquella túnica, Marco podía pasar por un miembro de la clase de los caballeros sin problema.

—Cómo te gusta hacerme sufrir… —dijo, y apuró el vaso de vino de un sorbo.

—Céfiro, tengo una tarea para ti —dijo Marco—. Antes de acostarte baja al estudio, Encontrarás allí a Aristóbulo, el chico que ahora vive con Antígona y Periandro.

—¿El que tiene la cara marcada?

Marco asintió.

—Está cuidando a un hombre al que he curado hace un rato. Seguramente proteste y aproveche tu llegada para insultarme. Asegúrate de que está bien y echa un vistazo al hombre dormido. Si está inquieto puedes darle tres gotas de la poción para dormir que guardo en mi baúl, ya sabes cuál es. Recuerda: solo tres gotas, ni una más. Y asegúrate de que Aristóbulo no toque nada de lo que hay en el estudio.

Céfiro tomó nota mentalmente de todas las instrucciones de Marco. Eran raras las ocasiones en las que su amo le había permitido entrar en

el estudio de Neóbula, y le pareció extraño que hubiera permitido que ese Aristóbulo, que según él sabía era casi un desconocido, pudiera pasar la noche allí cuidando de otro extraño. Sin embargo, Céfiro no dijo nada. Tenía en la cabeza preocupaciones y planes más importantes que los asuntos de su amo, por extravagantes que estos pudieran parecer.

—Me gustaría hablar contigo un día de estos. Tal vez podamos ir a comer algo a ese termopolio cerca del Campo de Marte que tanto te gusta —dijo Marco, y revolvió el pelo de Céfiro.

—Ese lugar lleva cerrado dos años —dijo el niño.

Su amo enarcó las cejas.

—¿Tanto tiempo ha pasado desde la última vez que fuimos?

—Sí. Ha pasado mucho tiempo.

Marco miró a Céfiro de arriba a abajo y por primera vez se dio cuenta de los cambios físicos que el cuerpo del esclavo había experimentado en los últimos meses. Era más alto, su nariz más ancha, e incluso su voz tenía un tono más grave. ¿Cuántos años tenía? Marco habría jurado que Céfiro acababa de cumplir los diez años, pero no habría podido jurar si se equivocaba y el niño tenía ya once o incluso doce.

Estaba a punto de decir algo cuando Saturnino lo agarró del brazo y tiró de él.

—Tenemos prisa.

—Un momento —pidió Marco—. Necesito coger algo antes.

Marco regresó a su habitación y rebuscó entre las estanterías, atestadas de todo tipo de trastos, papiros, botellas y cajas. Cuando encontró lo que buscaba, lo guardó en un pliegue de su túnica y regresó a la sala.

—Listo —dijo.

Los dos amigos salieron del pequeño apartamento, dejando solamente a Céfiro con Ulises, que ladró dos veces como despedida. Bajaron las escaleras en silencio. Cuando se cruzaron con una vecina anciana que solía escupir y blasfemar al paso de Marco, esta les miró con humildad e incluso agachó la cabeza en señal de respeto. Era evidente que no había reconocido a Marco vestido con aquella túnica y con el pelo corto y limpio.

—Vieja bruja —murmuró él. Saturnino sonrió.

Cruzaban el portal a grandes zancadas cuando una voz surgida desde el pasillo lateral los detuvo.

—¿Te marchas, grandísimo sinvergüenza?

Marco se paró justo a tiempo de ver venir hacia él a una mujer de pelo negro recogido en una trenza. Antígona salió del estudio de Neóbula con el ceño fruncido.

—Tengo… un compromiso —balbuceó él. ¿Por qué si había sido capaz ele convencer a Aristóbulo y dejarlo al cargo de Crises, todo se desmoronaba en cuanto Antígona entraba en escena?

—Sí, una fiesta. Ya me lo ha contado Aristóbulo. Y desde luego vas vestido para la ocasión.

Miró a Marco de arriba a abajo con el rostro pétreo, inexpresivo. Lemurio estaba a punto de esbozar una excusa cuando algo en su cabeza le dijo que aquello no solo no funcionaría con Antígona, sino que tendría justamente el efecto contrario.

—Espérame fuera —pidió a Saturnino. Por un momento pareció que este iba a protestar, pero al ver el rostro serio de Marco asintió y salió del portal. Entonces Marco se volvió hacia la joven—. Antígona… Esta vez no ha sido culpa mía. No sé qué le ha ocurrido a ese hombre. Se llama Crises y dice ser un antiguo conocido de mi madre. No sé mucho más de él. Alguien le atacó y lo encontré malherido en la escalera. ¿Podrías cuidar de él esta noche? Creo que está fuera de peligro, pero no puedo estar completamente seguro. Yo… necesito que ese hombre viva. Tiene información de mi madre que necesito que me cuente. Te lo compensaré, te lo prometo. El rostro de Antígona se suavizó al escuchar las palabras de Marco, pero su ceño continuó fruncido.

—Cuidaré de él. Una vez más. Como si ni Aristóbulo ni yo tuviéramos más cosas que hacer que atender tus necesidades. Como si el mundo girara alrededor de Marco Lemurio…

—Antígona…

—No digas nada, Marco. Después de tantos años contigo, sé cómo eres. Cuidaré de este hombre. Espero que viva para revelarte todo lo que necesitas saber sobre tu madre. Tal vez eso te cure también a ti.

La joven esbozó una sonrisa, aunque Marco no supo descifrar si era un gesto sarcástico, compasivo o triste.

—Ahora vete. Te están esperando. Disfruta de tu fiesta.

—En cuanto regrese me ocuparé yo mismo del anciano. Te debo un favor.

—¿Uno? —dijo ella, y se dio la vuelta para regresar al estudio de Neóbula.

Marco suspiró y salió del portal. Saturnino lo esperaba, nada menos

que junto a una lujosa silla de mano sostenida por cuatro fornidos esclavos que miraban al frente, impertérritos. El tapizado era de color carmesí, y tanto la madera como el hierro del armazón que la sostenía estaba pintado de color dorado.

—¿Y esto? —preguntó.

—No creerías que íbamos a llegar a la fiesta caminando. ¿Quieres que piensen que somos dos ratas pobres de la Subura?

—Eso es exactamente lo que somos.

—Bueno —dijo Saturnino, e hizo un gesto a los esclavos para que bajaran la silla a la altura suficiente para poder subirse en ella—, siempre he dicho que uno es lo que la gente cree que es. Hagamos que esos ricos cabrones supongan que somos de los suyos.

Aquella era la primera vez que Marco montaba en una silla de aquel tipo. Ya había atravesado las calles de Roma una lujosa litera cortesía de Varrón, pero aquella experiencia había sido muy diferente. Mientras la litera tenía cortinas que aislaban a los pasajeros de lo que ocurría en las calles, aquella silla estaba completamente abierta y todo el mundo podía ver quienes iban sentados sobre ella. Saturnino disfrutaba del viaje fingiendo que para él era una experiencia habitual recorrer Roma en un vehículo como aquel; Marco, sin embargo, trataba de ocultar su rostro para que nadie lo reconociera. Hizo todo el viaje con la cabeza apoyada sobre una mano de forma que la cara quedara prácticamente oculta. Saturnino reía y hablaba de nimiedades, saludando con la mano a todo aquel que se quedaba mirándolos. Marco mientras tanto permanecía en silencio y elevaba plegarias silenciosas a los dioses para que los esclavos porteadores llegan a su destino cuanto antes.

—¿Qué te pasa? Ni que la silla tuviera espinas que se te clavan en culo… ¿Sabes lo que he pagado por alquilar este cacharro toda la noche?

—Más de lo que deberías, eso seguro.

—Disfruta por una vez en tu vida, Lemurio. No vas a verte en otra Igual en mucho tiempo.

—Ojalá nunca me vea en otra igual. Los dioses me dieron pies para caminar.

—Y la *mentula* para mear. Y no por eso dejas de usarla para otras cosas.

Finalmente, los porteadores iniciaron la subida por una cuesta inclinada y, tras un par de giros, llegaron a su destino, la *domus* de Atia. La casa situada en una de las laderas del Palatino, no era de las más

lujosas de Roma, pero la fortuna del difunto esposo de Atia le había permitido construir una mansión más que digna para un miembro de la clase de los caballeros sin especial influencia política. La entrada principal tenía las dos puertas abiertas y varios esclavos portando antorchas se encontraban alineados a los lados, creando un pasillo para dar la bienvenida a los invitados. Las literas, carros y sillas de mano iban desfilando ante las puertas y dejando a sus pasajeros, todos ellos nobles o caballeros bien vestidos, que se saludaban y entraban al interior tras ser recibidos por el atriense. Cuando les tocó el turno a Saturnino y Marco, los esclavos se inclinaron para permitirles descender de silla. Lucio les ordenó que esperaran con el resto de los sirvientes hasta que él les llamara para llevar a Marco de vuelta a su casa.

El atriense, al ver acerarse a Saturnino, puso un gesto de desagrado que no se molestó en disimular. Marco comprendió que a los esclavos la casa, o una parte de ellos, al menos, el hecho de que su ama se hubiera enamorado de un pobre hombre de la Subura no les hacía ninguna gracia.

—Lucio Apuleyo —saludó el esclavo con tono de sorna, dejando claro que le recibía con aquel nombre porque así se le había ordenado y no porque creyera que tenía derecho a usarlo. Saturnino, sin embargo, no reaccionó. Sonrió al atriense y entró en la *domus* con paso firme, como si se sintiera ya el amo y señor de aquella casa.

Al ver a Lucio entrar, los invitados que acababan de llegar y aquellos que estaban bajando de sus literas en aquel momento le miraron con descaro y cuchichearon entre ellos. Algunos se taparon los rostros para ocultar sus risas. Otros rieron abiertamente, e incluso alguno llegó a permitirse señalar a Saturnino con el dedo.

Marco observó la escena y se le encogió el corazón. Suponía que algo así podía ocurrir. Por muy enamorada que estuviera aquella viuda, era evidente que su círculo de amistades y familiares jamás aceptarían a Lucio entre los suyos. Si Saturnino aún no había reaccionado ante aquella situación, solo podía deberse a dos cosas: o bien estaba cegado por su propia ambición, o bien era consciente de ello y simplemente fingía no darse cuenta de aquellos desprecios. Fuera como fuera, pensó Marco, aquello no podía acabar bien de ninguna de las maneras.

Hora de interpretar tu papel, se dijo. Esbozó una sonrisa, agachó la cabeza y trató de poner su mirada más ladina y misteriosa, aquella con la que se había ganado la vida desde la muerte de su madre timando y engañando a hombres y mujeres como los invitados a aquella fiesta. Tenía que hacerse pasar por un oscuro brujo, capaz de ver el porvenir,

conjurar a las almas de los difuntos, torcer las voluntades de los mortales y apaciguar a las bestias. Un brujo que, además, estaba dispuesto a poner todos aquellos poderes al servicio de quien pudiera pagarlos. Un papel que Marco dominaba a la perfección.

—No te separes de mí —dijo Saturnino—. Lo primero que haré será presentarte a Atia.

Marco se dejó guiar por los pasillos de la casa señorial, todos ellos decorados con pinturas de motivos vegetales y abstractos. Pensó en las pinturas que había visto en las paredes del Sátiro Liberto y sonrió. Tal vez la viuda tuviera imágenes semejantes en alguna de sus habitaciones, pero desde luego no en la zona de la casa destinada a atender las visitas. Pasaron por varios salones de tamaño mediano en los que algunos grupos de invitados reían y bebían copas de vino, que eran escanciadas por solícitas esclavas que portaban grandes jarras. Saturnino saludaba a algunos de ellos y recibía a cambio gestos de reconocimiento y sonrisas. Sonrisas que se borraban de los rostros en el momento en que Saturnino se daba la vuelta para convertirse en miradas de burla o absoluto desprecio.

Finalmente, salieron a un jardín con un pequeño estanque en el centro, rodeado de plantas que florecían en aquella época del año. También en aquel lugar había invitados bebiendo y charlando, algunos de pie, otros sentados en los bancos de piedra. Marco se fijó en los rostros de todos ellos, tratando de encontrar la cara redonda y seria de Cicerón. No recordaba con detalle el rostro del hombre que había sido nombrado pretor para el año siguiente, pero estaba seguro de que lo reconocería si lo veía.

Marco no encontró a Cicerón, pero sí pudo fijarse en un curioso detalle. Muchas de las mujeres lucían un collar muy semejante que brillaba en sus escotados pechos. Un colgante dorado con dos grandes piedras azules engarzadas entre sus eslabones. Recordó entonces la historia que Saturnino le había contado días atrás acerca de un collar que se había hecho famoso entre las mujeres ricas de Roma y que él no podía permitirse regalar a su Atia. Los Ojos de Venus.

—Ahí está —dijo Saturnino, señalando a un grupo de personas que conversaban bajo el dintel de una puerta.

Marco le siguió hasta ellos y pudo ver cómo una mujer sonreía al descubrir a Lucio acercarse. La única sonrisa sincera que había visto desde que había entrado en aquella casa.

Atia era una matrona que ya había dejado atrás la juventud. De talla

mediana, busto amplio y caderas rotundas, su rostro era el de una mujer que había aceptado su edad y no trataba de ocultarla con postizos en el pelo ni polvos en el rostro. Llevaba el cabello moreno recogido en un peinado que a fuerza de ser complejo y elaborado parecía sencillo y natural.

—Lucio —dijo ella, separándose del grupo y tomando las manos de Saturnino—, por fin has llegado. Temía que hubieras olvidado nuestra pequeña recepción.

—¿Cómo podría olvidarlo? —Saturnino se llevó la mano de Atia a los labios y depositó en ella un suave beso—. Te presento a mi amigo Marco Lemurio. Es el hombre del que te he hablado.

—Bienvenido a mi casa, Marco Lemurio. Es cierto que Lucio habla mucho de ti.

—Cosas buenas, espero —dijo él, esbozando la más encantadora de sus sonrisas.

—Cosas buenas… y no tan buenas.

Atia y el grupo de hombres y mujeres que había tras ella se echaron a reír, seguidos de Saturnino, que se unió al coro con un gorjeo falso que pretendía ser una carcajada. Marco tuvo que reprimir las ganas de hundir el puño en la cara de su amigo y sonrió también.

—¿Y ese nombre? Lemurio. Nunca lo había escuchado antes.

—Era el *cognomen* de mi padre. Siempre le interesaron los fantasmas. Igual que a mí. He heredado de él su nombre, pero por fortuna tengo los ojos de mi madre.

Atia volvió a reír.

—Confío en que esta noche podamos ver una demostración de tus habilidades. Algo que no resulte demasiado inquietante para el resto de los invitados. Me harías muy feliz si nos complacieras haciendo alguno de los trucos de los que Saturnino me ha hablado.

—Estaré encantado de mostraros mis… trucos.

El grupo que estaba detrás de Atia miraba a Marco con interés, del mismo modo que lo habría hecho si su anfitriona hubiera decidido comprar una colección de animales exóticos para exhibirlos en su jardín. Los hombres sonreían levemente, pero en sus miradas no había rastro alguno de simpatía. Sus ojos decían claramente que le consideraban un bufón, un mero entretenimiento con el que pasar la noche. Algunas de las mujeres, sin embargo, le miraban con un punto de miedo mezclado con algo de deseo. Marco representaba el mundo prohibido que les estaba vedado a todas ellas como matronas romanas

que eran.

Lemurio pensó que nada le habría gustado más en aquellos momentos que hacer uno de sus trucos. En concreto, uno que consistiera en invocar a una bestia del Hades que destripara a todos aquellos nobles y ricos presuntuosos.

—He oído que el pretor Cicerón nos acompañará esta noche —dijo Marco, tragándose sus verdaderos pensamientos.

—Oh sí. Marco Tulio y su esposa Terencia cenarán con nosotros hoy. Pero no creo que se queden hasta muy tarde. No son aves nocturnas. Costumbres de la gente de campo, supongo.

Ante aquel comentario mordaz, la respuesta sí fue una sonora carcajada por parte de todos los que la escucharon. Marco, que no entendía el motivo de las risas, miró de reojo a Saturnino en busca de alguna explicación, pero solo se encontró con que su amigo había vuelto a sumarse a las carcajadas del resto.

—Me parece que he visto a un conocido. Voy a acercarme a saludar. ¿Me acompañas, Lucio?

Saturnino fulminó a Marco con la mirada, pero finalmente asintió ante la posibilidad de que su amigo hiciera algún comentario poco oportuno. Se disculparon con Atia y sus amigos y se alejaron hacia el otro extremo del jardín.

—¿Qué te ha parecido Atia? —preguntó Saturnino.

—Encantadora. Casi tanto como esa risa estúpida que te sale cuando estás con ella. Escúchame. ¿Por qué se han reído así de Cicerón? ¿Qué es eso de las costumbres de la gente de campo?

Saturnino cogió a Marco del brazo y lo sacó del jardín por un pasillo lateral en el que nadie pudiera escuchar su conversación.

—Cicerón llegó de la ciudad de Arpino cuando era joven. Su padre tenía mucho dinero, era alguien importante en su región, pero no era nadie en comparación con la aristocracia romana. Atia y sus amigos… son romanos con varias generaciones de romanos entre sus ancestros. Cicerón no puede presumir de lo mismo. Por eso lo desprecian.

—Pero será pretor el próximo año…

—Y será cónsul algún día si sigue llevando bien su carrera política. Pero eso no borrará la realidad: su padre no era nadie en Roma. Cicerón es un hombre nuevo, que ha llegado donde está gracias a su oratoria y a sus contactos con Pompeyo. Aunque se convierta en censor o en príncipe del Senado, esta gente seguirá mirándole como un campesino recién llegado de sus fincas. Así es Roma, Marco. También pasa en la

Subura. El mendigo muerto de hambre mira de forma altiva al labriego de Formias que vende sus hortalizas en día de mercado solamente porque a él lo parieron en una letrina del Foro. Este mundo no es tan diferente del nuestro.

Marco no respondió. No entendía la obsesión de Saturnino por formar parte de aquella sociedad hipócrita donde incluso a los hombres que regían los destinos de la República se los criticaba por haber nacido de una u otra madre. Prefirió cambiar de tema, pues temió que si seguía dando vueltas a aquellos asuntos no sería capaz de interpretar a su personaje.

—Volvamos con Atia —dijo Lucio.

—Adelántate tú. Necesito estar un momento a solas.

Saturnino asintió, no muy convencido. No le gustaba la idea de abandonar a Marco en aquel lugar, sin que nadie supervisara lo que hacía o lo que decía. Pese a ello, se dio la vuelta y regresó al jardín.

Marco cerró los ojos y respiró hondo. El Cicerón que había conocido en casa de Varrón no había despertado ninguna simpatía en él. Le había parecido un hombre pusilánime y egoísta. Sin embargo, escuchar aquellas risas a costa de los orígenes del pretor recién elegido hizo que naciera en el interior de Marco un cierto respeto. Si Cicerón había llegado donde estaba en aquel mundo de risas y fingimientos, partiendo de una familia de orígenes desconocidos, tal vez era un personaje al que merecía la pena tener en cuenta.

Cuando abrió los ojos, descubrió que alguien lo miraba desde el extremo del pasillo que daba al jardín. Se trataba de una mujer de pelo rubio, recogido en un sencillo moño que dejaba su cuello a la vista y su rostro al descubierto. Llevaba un vestido vaporoso de tonos azulados a juego con el colgante que lucía sobre el pecho, una vez más el mismo que había visto en el escote de varias damas aquella noche. Miraba a Marco con interés, como si tratara de adivinar algo, escudriñando su cuerpo y su rostro.

—¿Os conozco, *domina*? —preguntó él.

Ella ensanchó su sonrisa.

—No lo creo. No hace mucho que estoy en Roma.

Marco se acercó a ella y descubrió, bajo la luz de las antorchas, que el rostro de la mujer era excepcionalmente hermoso. Sus ojos eran tan azules como las piedras del collar que lucía en el pecho. Pero fue su boca lo que llamó la atención de Marco. Unos labios entreabiertos que dejaban ver los dos incisivos, blancos y ligeramente más largos que el

resto de los dientes.

—Me llamo Flavia —dijo ella—. Nunca te había visto en este tipo de fiestas. No sueles asistir a estos eventos, ¿verdad?

—Así es. Me llamo Marco Lemurio. No suelen invitarme a estas casas Y cuando me lo hacen, me obligan a entrar y salir por las puertas traseras.

—Lemurio… Un nombre curioso. ¿Estás casado, Marco?

—No. Los dioses no han puesto aún en mi camino a la mujer capaz de aguantar mis muchos defectos. ¿Y vos? ¿Estáis casada, *domina*?

—Como la dueña de esta casa, soy viuda. Mi marido falleció hace tres años, en nuestra Tarquinia natal. Vivo con mi padre desde entonces.

—¿Sois de Etruria entonces?

—¿Conoces mi tierra? —preguntó ella con interés.

—He hecho algún viaje al norte, pero rara vez salgo de Roma. Mis compromisos profesionales me atan aquí.

Marco tuvo que reprimir una carcajada al terminar de decir aquello. En ocasiones le resultaba muy difícil permanecer en su papel del misterioso y solícito hechicero al servicio de las clases altas de Roma. Sin embargo, había algo en aquella mujer llamada Flavia, algo en el brillo de sus ojos, en la forma en la que se curvaban sus labios, que le hacían querer saber más de ella.

—No te preguntaré por esos compromisos profesionales. Temo que la imagen que tengo de ti hasta el momento se estropee.

—Tal vez pueda ofreceros esos servicios en el futuro, si llegáis necesitarlos.

Marco dio un paso más y se acercó a la joven. Ella no se movió. Al estar tan cerca, Flavia tenía que alzar levemente la cabeza para mirar a lo ojos de Marco.

—No todas las mujeres buscamos un hombre que nos proteja, Marco Lemurio.

—No todos los hombres soñamos con tener una mujer a la que proteger respondió él, sin apartar la mirada.

Flavia dejó de sonreír y ladeó la cabeza.

—Eres un tipo interesante, Lemurio. Desde luego, tienes un alto concepto de ti mismo. Seguiremos charlando en otra ocasión, si los dioses así lo quieren.

—Será un placer para mí —dijo Marco, y dio un paso atrás para permitir que Flavia saliera al jardín y se mezclara entre la

muchedumbre de invitados y esclavos que servían vino.

—¿Qué haces? —le preguntó Saturnino, que apareció entre aquella misma multitud entre la que Flavia se había perdido—. Vamos a pasar ya al salón. Van a servir la cena. ¿Con quién hablabas?

—Con una mujer —dijo Marco, tratando de seguir a Flavia en aquel mar de cabezas y cuerpos, sin conseguirlo.

—¿La conozco?

—No lo sé. Se llama Flavia. Viuda. De Tarquinia. Lleva poco tiempo en Roma —Marco respondió a Lucio sin mirarle, todavía con la vista perdida en la muchedumbre.

—Preguntaré más tarde a Atia si te interesa. Quién sabe. Puede que tú también encuentres una viuda de la que enamorarte.

Marco salió de su ensimismamiento para hacerle un gesto obsceno a su amigo.

La cena se sirvió en varios salones al mismo tiempo, ya que era imposible atender a todos los invitados en una única estancia. El salón principal, una habitación con mosaicos en el suelo que Atia destinaba exclusivamente a ocasiones como aquella, acogió a la propia anfitriona y sus invitados más importantes, mientras los menos ilustres eran relegados a los salones secundarios. En cada espacio se habían dispuesto diversos *triclinia* en los que cabían seis personas tumbadas, siendo el de Atia el que ocupaba el centro del salón y con el resto extendiéndose desde este hacia los muros en forma de espiral.

Lucio se sorprendió al verse acomodado en uno de los *triclinia* más alejados del diván de Atia, pero una vez más fingió sentirse complacido con la decisión. Marco, poco deseoso de ahondar en la patética situación de su amigo, no comentó nada. Cada vez tenía más claro que todas las historias que Saturnino le había contado acerca de su inminente boda con la viuda estaban solo en la mente imaginativa del pobre enamorado. Los esclavos indicaron a Lemurio su lugar, en el mismo diván que Lucio, y compartiendo el *triclinium* con dos matrimonios a los que Saturnino conocía, pero que no tenían el más mínimo interés para Marco. Se acomodó sobre los cojines, preguntándose cómo iba a apañarse para comer en aquella posición. Como todos los miembros de las clases populares de Roma, Marco no estaba acostumbrado a comer reclinado en un diván, una práctica heredada de los griegos del sur y los etruscos del norte que únicamente había calado entre los nobles y los caballeros.

Con el codo apoyado en dos enormes cojines de plumas, se dedicó a

buscar una vez más a Flavia entre los comensales que iban ocupando sus lugares en la enorme estancia, sin conseguir encontrar su cabellera rubia ni su vestido azulado. ¿Realmente era real aquella conversación o había tenido un sueño mientras estaba despierto?

Saturnino se enfrascó en una conversación intrascendente con los dos hombres y las dos mujeres que estaban acostados frente a ellos. Para muchos romanos conservadores, el hecho de que las damas compartieran diván con los varones durante una cena habría resultado intolerable. En casa de Atia, sin embargo, el *mos maiorum*, las decentes y sobrias costumbres de los antepasados, se relajaban y dejaban paso a nuevos placeres para los sentidos.

Marco sonreía y asentía cuando se dirigían directamente a él, pero se mantenía al margen de una conversación que no le resultaba en absoluto interesante. A partir de la segunda copa de vino, comenzó a rechazar a la esclava responsable de mantener sus vasos llenos. Aquella noche necesitaba estar sobrio y atento para ganarse la atención de Cicerón… si es que el político llegaba a aparecer.

Como si con el pensamiento hubiera sido capaz de invocar su presencia, en aquel preciso momento Atia y sus acompañantes se levantaron ante la llegada del invitado de honor. Marco Tulio Cicerón y su esposa Terencia entraron en la estancia y se dirigieron directos al centro de la sala, donde se les había reservado un lugar destacado. El orador y su mujer saludaron con cortesía a todos los presentes, pero Marco pudo observar que ambos se sentían profundamente incómodos en aquel sitio. Cicerón sonreía de forma forzada, y se movía con pasos inseguros. Lo mismo ocurría con su esposa, Terencia, vestida de manera elegante, pero visiblemente a disgusto con aquellas ropas y un peinado que apenas le dejaba mover la cabeza. El gran orador, el hombre capaz de moverse por los tribunales y por la tribuna de los oradores como si su único destino en la vida fuera ese, se mostraba torpe y dubitativo en una fiesta en la que él era el foco de atención.

Marco entendió por qué los nobles y los ricos de Roma se reían de aquel personaje. Cicerón no había nacido en medio de aquellos lujos. No estaba acostumbrado a los grandes banquetes ni a los refinamientos de la ciudad. Se había criado en un entorno de abundancia, aunque austero, en un hogar que se parecía más a la frugal Roma que había combatido contra Aníbal varias generaciones antes que a aquella capital del lujo y la corrupción que había llegado a ser. Durante los años que había durado su carrera política hasta aquel momento, el orador había tratado de habituarse a ello, de adoptar las costumbres y gustos que

triunfaban en Roma y en cuyo dominio se ganaba uno la etiqueta de hombre sofisticado. Pero era evidente que, pese a todos sus esfuerzos, no lo había conseguido. Hasta cierto punto, el recién elegido pretor seguía siendo un simple patán recién llegado de los campos.

Al ver a Cicerón moverse de aquella manera, dudar, rectificar al confundirse, al ver las gotas de sudor cayendo por su frente, notó que la antipatía que había llegado a sentir por aquel personaje comenzaba a menguar.

—Y entonces mi amigo Marco chasqueó los dedos y aquel galo enorme cayó al suelo, dormido como una piedra. ¿Verdad, Marco?

Saturnino sacó a Marco de su ensimismamiento con una sacudida de su hombro.

—¿Cómo? —preguntó él confundido.

—Les estaba contando el día en que ese gigante galo intentó matarnos porque decía que yo le había mirado mal. Fue una noche gloriosa.

—Sí, gloriosa —respondió Marco—. Como gloriosa fue la meada que se te escapó cuando el tipo te agarró por el cuello y amenazó con arrancarte la cabeza. Suerte que yo estaba allí.

Los dos hombres miraron a Marco con una expresión entre la curiosidad y el abierto desprecio. Las dos mujeres simplemente ocultaron su rostro, avergonzadas. Él fingió no haber visto nada y dio un corto trago de su copa. Comenzaba a cansarse de aquel juego. Quería hablar con Cicerón cuanto antes y regresar a su casa.

—Qué bromista —dijo Saturnino tras dar una patada disimulada a su amigo—. Vaya, ya van a servir la cena.

En el momento en el que Cicerón y Terencia se hubieron acomodado en su diván, Atia dio una palmada y los esclavos comenzaron a desfilar por la estancia cargados con bandejas llenas de comida, que depositaron en las mesas bajas dispuestas en medio de cada *triclinium*.

—Si algo me gusta de las fiestas de Atia es la originalidad de sus platos. Son únicos en Roma —comentó una de las mujeres reclinadas frente a Marco y Saturnino mientras daba palmadas de alegría.

Marco no pudo sino dar la razón a aquella mujer. Los platos que desfilaron frente a él aquella noche eran desde luego originales, hasta el punto de que muchos de ellos contenían ingredientes que él no había visto nunca. Carnes sazonadas con especias traídas del otro extremo del mundo. Pescados de tamaños inverosímiles acompañados con frutas de los colores más diversos. Platos que fingían ser una cosa, pero que, en

realidad, eran otra, tales como pollos asados, que estaban elaborados con carne de cerdo o cochinillos, que eran pasteles dulces y rellenos de miel.

Saturnino trataba de aparentar que nada de aquello le sorprendía, pero Marco vio en sus ojos que incluso a él le desbordaba la fastuosidad de aquel banquete. Las grandes bandejas eran abandonadas en las mesas por los esclavos para que los comensales degustaran su contenido a placer, pero era tan poco el tiempo que transcurría entre la llegada de un plato y el siguiente que apenas daba tiempo a disfrutarlo. Tras probar dos o tres de aquellos manjares, Marco decidió que tenía suficiente. Su paladar, hecho a los guisos sencillos que solían verse en las mesas de la Subura, no estaba acostumbrado a aquellos sabores tan fuertes y a contrastes tan rápidos, por lo que acabó por limitarse a mordisquear un pedazo de pan mojado en algunas de las salsas que acompañaban a los platos.

No fue solo el sabor y la textura de esas comidas lo que impidió a Marco comer y disfrutar de aquel singular banquete. Mientras intentaba tragar, se fijó en como muchas de las bandejas regresaban a las cocinas sin que nadie las hubiera tocado. Pensó en las dificultades que la mayor parte de las familias de la Subura tenían para llenar la despensa y saciar el hambre de sus hijos, y en cómo aquellos hombres y mujeres se limitaban a llevarse a la boca un minúsculo pedazo de carne o pescado antes de ordenar a los esclavos que retiraran las fuentes y trajeran la siguiente. Marco sabía que nada de aquello se desaprovecharía, por supuesto. Los esclavos de Atia darían buena cuenta de aquellas sobras durante varios días, y seguramente una parte sería repartida a los clientes de las familias con más necesidad y menos orgullo para aceptar comida de sus patrones. Sin embargo, el contraste entre la visión del obeso comensal tumbado frente a él, por cuya barbilla goteaba una sala de color rojizo, y el recuerdo de los hijos de su desagradable vecina, condenados todos ellos al hambre o a tener que vender sus cuerpos para conseguir un trozo de pan, hizo que el estómago de Marco se cerrara, negándose a admitir más comida.

—Finge, al menos, que disfrutas —susurró Saturnino en su oído, cansado de ver la cara de amargura de su amigo sumido en el silencio.

—No se me da tan bien como a ti.

—Yo no estoy fingiendo. Estoy disfrutando.

—Sí, ese es tu gran problema.

Saturnino no respondió, y se giró para hacer un comentario a la

pareja tumbada a su derecha acerca de la ingeniosa forma de cisne del pastel de carne que acababan de servirles.

—Parece que fuera el mismo Júpiter tumbado en el plato. Cuidado, *domina*, no os confunda con una Leda —dijo Saturnino. Las dos mujeres rieron a carcajadas, mientras sus maridos se limitaban a sonreír ante la picardía del hombre, al que consideraban el último capricho de Atia.

Cuando la última bandeja fue retirada y el tono de las conversaciones en el salón comenzaba a subir de volumen debido a los efectos del vino, Atia se puso en pie y empezó a dar palmas para llamar la atención de los comensales. Poco a poco, todos los presentes fueron guardando silencio y volviéndose hacia la anfitriona. Los esclavos dejaron de recorrer la sala y se retiraron a las esquinas, a la espera de que su ama les diera alguna orden.

—Queridos amigos, espero que estéis disfrutando de esta humilde cena. No puedo sino daros las gracias por vuestra presencia aquí esta noche.

Los comensales rompieron a aplaudir.

—Hemos charlado, hemos comido y hemos bebido. Hemos derramado un poco de vino en el suelo para los dioses del Inframundo y hemos quemado incienso en los pebeteros para los dioses que habitan las alturas. Tanto nuestros corazones como los de las divinidades se encuentran reconfortados esta noche. Y ahora… llega el momento que os prometí a muchos de vosotros. Mi querido amigo Lucio Apuleyo nos ha traído a un invitado muy especial que nos deleitará con sus habilidades. Marco Lemurio, estamos en tus manos.

Atia hizo una señal con la mano hacia el *triclinium* en el que se encontraba Marco. Saturnino, al verse observado, sonrió y saludó para que quedara claro que eran él y su amigo de quienes hablaba Atia. Marco, sin embargo, sintió un nudo en la garganta. En ningún momento había esperado que le hicieran actuar ante todos los invitados. Había creído que tal vez le pedirían hacer algún truco ante un pequeño auditorio en un momento dado de la noche, pero ni en sus peores pesadillas había llegado a imaginarse que se convertiría en la atracción principal de la fiesta.

Tragó saliva. Todo el mundo le estaba mirando. No tenía escapatoria. Pensó que habría preferido combatir a una veintena de demonios armado solamente con un palo a tener que enfrentarse a aquella situación. Poco a poco, se levantó del diván. Todos aquellos hombres y mujeres le miraban con atención, aguardando a que hiciera o

dijera algo digno de las expectativas que Atia había despertado en su presentación. Entre aquellos rostros, Marco vio el de Marco Tulio Cicerón, redondo y pálido. Era evidente que estaba aburrido y con ganas de marcharse. Marco solo tendría aquella oportunidad para llamar su atención.

Respiró hondo. Recordó el modo en el que había tenido que ganarse la vida cuando su madre había muerto, engañando con sus trucos a los crédulos que se dejaban enredar por sus patrañas, al tiempo que hacía uso en ocasiones de sus conocimientos sobre la magia auténtica para hacer más efectivas sus actuaciones. En aquellos momentos se había arriesgado a que alguien le denunciara por ejercer la brujería. Era únicamente un adolescente huérfano, indefenso, pero el hambre y la necesidad le habían empujado a las calles a ganarse la vida. ¿Qué era aquel auditorio de hombres y mujeres ritos, felices y medio borrachos en comparación con todos los que había embaucado en su vida? Se llevó la mano a uno de los bolsillos de su túnica y notó el tacto del objeto que había cogido de su habitación antes de salir de su casa. Con aquello debería bastar para hacer de aquella experiencia un espectáculo formidable.

Esbozó una sonrisa maligna y misteriosa y comenzó a hablar.

—Ilustres invitados de la no menos ilustre *domina* de la casa, gracias por vuestra amabilidad al acogerme en esta fiesta. Me llamo Marco Lemurio. Esta noche os pido vuestra atención… y también vuestra indulgencia. Lo que veréis aquí hoy puede embaucar vuestros sentidos, penetrar en vuestros sueños, evocar vuestras peores pesadillas o vuestros deseos más ocultos. Sin embargo, nada de lo que aquí ocurra será real. Todo será un truco, producto de mis habilidades y de vuestras mentes.

—¡Tranquilo, nadie te denunciará por brujo! Tenemos aquí a uno de los pretores del próximo año —gritó una voz desde el fondo de la sala. Un coro de carcajadas respondió a aquella intervención espontánea. Marco sonrió. Aquello era justo lo que quería escuchar. Lo último que necesitaba en aquellos momentos era una denuncia por brujería ante el pretor.

—¿Puedo entonces contar con la venia de nuestro ilustre magistrado?

Marco caminó lentamente hacia el centro de la estancia, rodeando los diversos *triclinia*, y se dirigió directamente a Cicerón, que al verse interpelado alzó la cabeza y comenzó a prestar atención a un

espectáculo que no parecía interesarle en absoluto. Miró a Marco y arrugó el entrecejo. Conocía de algo aquel rostro… ¿Pero de dónde?

—Por favor, adelante. ¿Qué tipo de invitado sería si arrastrara a los tribunales a un amigo de mi querida Atia?

Los invitados aplaudieron y Marco hizo una señal con la cabeza en señal de agradecimiento. En las dos puertas de la sala se habían agolpado otros invitados, relegados a los salones secundarios durante la fiesta, pero deseosos de asistir al espectáculo.

—Comencemos, entonces. Pero antes… bajemos las luces. A los dioses infernales y las criaturas que medran en sus estancias no les gusta el brillo de las antorchas y las lucernas. Con seis de esas grandes bastará para darnos luz. No temáis, no voy a robaros las bolsas aprovechando la oscuridad.

Al menos no esta noche, pensó Marco.

Atia hizo una señal a los esclavos para que siguieran las instrucciones de Marco. Todos los sirvientes, con excepción de seis, apagaron las antorchas, lucernas y pebeteros que alumbraban la estancia, dejando la habitación en una densa penumbra donde las únicas luces eran cambiantes y tenues. Los rostros, iluminados solo por el brillo de aquellas pocas antorchas, parecían formas monstruosas en las que los rasgos se afilaban y deformaban según incidiera en ellos la luz del fuego. Algunas mujeres y no pocos hombres se apretaron más contra sus compañeros de diván, en busca de un cuerpo al que poder agarrarse en caso de que la demostración que el misterioso personaje se disponía a hacer fuera más aterradora de lo esperado.

El ambiente estaba listo. Marco, sin perder de vista a Cicerón, sacó de los pliegues de su túnica el objeto que había estado palpando desde un rato antes. Lo alzó ante todos los presentes con teatralidad, sosteniéndolo con la mano derecha.

Era una esfera de cristal, totalmente transparente. La luz de las antorchas refulgió en su superficie.

—¿Veis este objeto? ¿Todos los presentes podéis verlo? Es una esfera. Una simple esfera, vacía. Hermosa, sí, pero de apariencia inofensiva. Y, sin embargo, en ella se condensa la sabiduría y la experiencia de centenares de generaciones de hechiceros. Mi padre la recibió del suyo, y él de manos de su progenitor, y así hasta que se pierde en la memoria de mi familia. La esfera no fue creada en Roma, sino muy lejos de las orillas del Tíber, junto a las fuentes de otro río. El Nilo. Allí, en las riberas del río sagrado de los egipcios, mucho tiempo

antes de que se levantaran las murallas de Troya, siete magos se reunieron para depositar todos sus conocimientos en un objeto, de modo que este fuera capaz de los más increíbles prodigios que los mortales hubieran visto. ¿Por qué salió la esfera de Egipto? Lo desconozco. ¿Cómo llegó esta esfera a manos de mi familia? No lo sé. Pero aquí está hoy, en mis manos. Y yo, ilustre público, pongo hoy su poder a vuestro servicio.

Marco murmuró una palabra y pasó la mano izquierda sobre la superficie de la esfera. El objeto se iluminó de inmediato con una luz verde que inundó la estancia, arrancando una exclamación de asombro a todos los presentes. Un hombre incluso llegó a dejar caer una copa de vino al suelo, recibiendo una reprimenda Inmediata de su esposa.

—¿Quién quiere ser el primero en probar sus poderes? —preguntó Marco—. ¿Nuestra anfitriona tal vez?

Atia sonrió nerviosa y atemorizada.

—¿Cuáles son esos poderes?

—Haced una pregunta y la esfera me mostrará la respuesta. Pero debo advertiros que las respuestas que ofrece no siempre resultan sencillas de entender, ni claras. Y en demasiadas ocasiones no son lo que queremos escuchar… Algunos hombres han enloquecido tratando de desentrañar el significado de sus respuestas. Otros se han dejado la vida intentando escapar al destino que la esfera les había marcado… Pero estoy seguro de que este no será vuestro caso. ¿Queréis probar?

La viuda asintió e hizo un gesto a Marco para que se acercara más a ella. Él aproximó la esfera al rostro de Atia, bañándolo con su luz verdosa. Algunos de los invitados se levantaron y otros se alzaron sobre los divanes para ver la escena.

—Haced vuestra pregunta, *domina.*

Ella pensó unos instantes y habló.

—¿Conseguiré algún día tener un colgante Ojos de Venus? —preguntó directamente a la esfera. Cuando terminó de hablar, la luz del objeto parpadeó y cambió hasta adoptar una tonalidad verdosa.

Algunos de los presentes prorrumpieron en carcajadas ante la banalidad de la pregunta. Otros, sin embargo, contuvieron la respiración, temerosos de que el hechicero se ofendiera ante un uso tan material y vulgar del artefacto mágico que tenía en las manos. Marco, sin embargo, sonrió con benevolencia y retiró la esfera del rostro de Atia para aproximarlo al suyo. Se concentró en mirar en el interior del objeto, como si estuviera observando una escena o leyendo un texto. El

color verde de la esfera se fue haciendo cada vez más acentuado. Solo cuando todos se hubieron callado de nuevo, Marco retiró la bola de su rostro.

—Solo hay un Ojos de Venus. Y nunca será vuestro. Algo por lo que deberéis dar gracias a los dioses.

Atia hizo un exagerado mohín de disgusto.

—Parece que me quedaré sin el collar entonces… ¿Quién quiere ser el siguiente?

Uno por uno, Marco fue repitiendo el mismo procedimiento con todos los invitados que se mostraron interesados en hacer preguntas a la esfera mágica. En cada uno de los casos, Marco ofreció respuestas ambiguas que podían ser interpretadas de diferentes maneras según la voluntad del oyente. Alguno de ellos llegó incluso a ofenderse ligeramente ante la mordacidad de las respuestas del hechicero, aunque siempre acababan sonriendo con indulgencia.

—¿No querrá nuestro pretor hacer una pregunta a la esfera? —dijo Marco, ofreciendo el artefacto a Cicerón.

—No te ofendas, pero no creo en este tipo de cosas —dijo, mientras alzaba la mano para rechazar el ofrecimiento.

—Oh, vamos, Marco Tulio —intervino la esposa del pretor—. ¿Ni siquiera en una noche de fiesta puedes ser un poco menos serio? Mañana volverás a tus libros de filosofía. Haz una pregunta a la maldita bola.

Muchas de las mujeres aplaudieron las palabras de Terencia, la esposa de Cicerón. El político frunció el ceño, molesto al haber quedado en evidencia ante tanta gente, pero optó por dejar a un lado el conflicto y se volvió de nuevo hacia Marco Lemurio, asintiendo con la cabeza. Sin embargo, cuando tuvo la esfera ante él, no supo qué decir.

—No sé qué preguntar… —dijo, visiblemente incómodo.

—Pregunta por tu futuro político —volvió a intervenir su esposa. SI llegarás a ser cónsul, censor…

Murmullos de aprobación general.

—De acuerdo —Cicerón clavó la mirada en la esfera—. ¿Cómo será mi futuro político en la República?

La esfera reaccionó a la voz de Cicerón, como lo había hecho ante las preguntas del resto de los invitados, asumiendo un color verde brillante que, en aquella ocasión, era especialmente oscuro. Marco alzó el artefacto y se perdió en la contemplación de su interior.

—Salvaréis Roma del fuego. Extirparéis del cuerpo de la República

aquello que amenaza su existencia. Roma os saludará como un nuevo Rómulo… y después lo olvidará todo. Más adelante…

Marco miró a los ojos de Cicerón y después de nuevo al interior de la esfera, que continuaba emitiendo una luz verdosa. El pretor había mudado su rostro del escepticismo inicial al interés sincero.

—¿Qué ocurrirá más adelante? —preguntó.

—No… No hay nada más, *domine*. Eso es todo.

Marco pasó la mano izquierda sobre la esfera y esta se apagó, volviendo a sumir la sala en la penumbra, solo quebrada por la luz titilante de las antorchas. Con un gesto teatral, guardó la bola de cristal bajo los pliegues de la túnica y se dirigió al público.

—Recordad, ilustres amigos, que todo lo que habéis visto aquí esta noche ha sido producto de una ensoñación. Sed indulgentes con mis errores y considerad cuanto habéis escuchado como una broma de los dioses. Buenas noches.

Hombres y mujeres se pusieron en pie para aplaudir con pasión a Marco. En medio del atronador aplauso, Atia dio orden a los esclavos para que volvieran a encender las antorchas y los pebeteros apagados, de modo que el gran salón se iluminó de nuevo y devolvió a los presentes a la realidad. Marco hizo una leve reverencia y levantó la mano para saludar. Saturnino, situado aún en un extremo de la sala, aplaudía a rabiar, orgulloso de su amigo y satisfecho de haber tenido la idea de haberle llevado a la fiesta.

Marco, intentando permanecer ajeno a las adulaciones que escuchaba, no perdía de vista a Cicerón. El político, todavía tumbado en el diván, aplaudía también, aunque con menos entusiasmo que el resto, mientras miraba a Marco con el ceño fruncido. Al encontrarse las miradas de los dos, el pretor hizo una señal al hechicero. Él comprendió, y asintió. Su plan había dado resultado… aunque cerca había estado de echarlo todo a perder.

Marco sintió que una gota de sudor caía desde su frente, surcaba su mejilla y llegaba hasta el mentón. Todo había ido bien hasta que había llegado el turno de preguntar de Cicerón. Marco creía conocer el alcance de los poderes de la esfera de cristal. Era uno más de tantos artefactos de propiedades extrañas que había heredado de su madre Neóbula. Sabía cómo despertar su esencia y lograr que se encendiera con una luz propia y cambiante. Aquella bola le había sido de mucha utilidad en los tiempos en los que se había ganado la vida estafando a crédulos, comerciantes y senadores, ansiosos de soluciones rápidas para

sus complejos problemas. Como tantas veces había hecho en el pasado, aquella noche había fingido mirar en el Interior de la esfera y había inventado ingeniosas respuestas capaces de hacer que los demandantes se sintieran satisfechos. Sin embargo, en aquella ocasión algo había cambiado, al menos con dos de las preguntas.

La primera había ocurrido cuando la bola escuchó las palabras de Atia. Marco había mirado en el interior de la luz verde mientras trataba de inventar una frase ingeniosa… cuando la propia bola, de alguna manera, le había ofrecido la respuesta. En medio de la luz había aparecido una imagen: el collar llamado Ojos de Venus. Pero Marco supo que el que estaba viendo no era una burda imitación como los que lucían las mujeres en aquella fiesta. Era el único, el original. Marco supo que había uno solamente, y que Atia nunca lo tendría. Y una voz susurró, sin que él pudiera adivinar si lo hacía en su oído o en su mente, que ella sería afortunada por librarse de aquella maldición…

Marco había respondido a Atia, y las risas que provocó la reacción de la viuda acabaron por quebrar las sensaciones que le habían embargado. Con las siguientes preguntas no había sentido nada extraño: todas las respuestas habían sido inventadas por él. La bola se había limitado a cambiar sus luces, de los tonos azulados o los verdosos. Marco llegó incluso a creer que lo ocurrido con la primera pregunta había sido solo producto de su imaginación, sugestionada por su propia y magistral puesta en escena.

Sin embargo, cuando le tocó el turno a Cicerón, aquello había vuelto a ocurrir. Marco había vuelto a mirar dentro de la bola y, en medio de las luces verdes, había visualizado, de forma confusa y caótica, varias escenas, acompañadas una vez más de susurros en su cabeza. La esfera le había dado la respuesta a aquella pregunta.

Y, en ella, Marco había podido ver en parte el futuro de Roma.

Marco fue conducido por uno de los esclavos de Atia a una pequeña sala en la que le sirvieron una copa de vino que él aceptó encantado, pidiendo al siervo que dejara la jarra sobre la mesa. Todavía no había alcanzado el objetivo que se había marcado en aquella fiesta, pero la parte más compleja ya había quedado atrás y pensó que podía permitirse una pequeña licencia. Además, la actuación le habla dejado la garganta reseca y su cuerpo clamaba por un trago de vino. Salir del salón principal no le había resultado nada fácil. Todos los invitados querían hablar con él, hacerle preguntas, contratar sus servicios… En el momento en el que el rumor de los aplausos se había apagado, hombres y mujeres se habían precipitado sobre él, y Marco a duras penas había

logrado regresar a su diván junto a Saturnino. Su amigo, sin embargo, no tardó en intentar sacar ventaja de la popularidad de su invitado, diciendo a todo el que quiso escucharle lo vieja y profunda que era la amistad que les unía y cómo Marco era incapaz de negarle un favor.

Marco comenzó a sentirse superado por la situación. El éxito de su actuación había desbordado todas sus expectativas, y en aquel momento no sabía cómo gestionar su recién nacida popularidad.

Finalmente, fue la propia Atia la que rescató a Marco. La anfitriona se había abierto paso entre los invitados, pidiendo disculpas y afirmando que tenía que llevarse a Marco Lemurio unos momentos a un lugar más tranquilo. Lo tomó del brazo y lo llevó junto a un esclavo fornido al que dio la orden de que condujera al hechicero al estudio de su difunto esposo. Marco, aturdido, se dejó llevar, confiando en que fuera Cicerón el que estaba detrás de aquella decisión de Atia.

Sus deseos no tardaron en verse cumplidos. Al poco rato de estar en aquella sala, sentado en un pequeño e incómodo taburete, Marco vio cómo la puerta se abría y el mismo esclavo que le había llevado a él hacía una señal para que el pretor Cicerón entrara en la estancia. Marco se puso en pie y dejó la copa de vino en la mesa.

—*Domine*. ¿Queréis hablar conmigo?

—Buena actuación la de esta noche —dijo Cicerón, mientras miraba a Marco a los ojos. La actitud del político había cambiado por completo. El torpe e incómodo invitado, que se movía con escasa habilidad en medio de una fiesta, volvía a ser el hombre severo y con aplomo que era capaz de poner a sus pies a los jurados más difíciles de convencer—. No hay duda de que eres un profesional de… este tipo de espectáculos.

—Hay que ganarse la vida —respondió Marco, sosteniendo la mirada de su interlocutor.

—Supongo que, como tú mismo has dicho con mucha prudencia, todas las palabras que han salido de tu boca esta noche no son más que un producto de tu imaginación. Pero… necesito saberlo. Me avergüenzo de haberme dejado enredar por tu puesta en escena, pero no dormiré tranquilo esta noche si no te hago esta pregunta. ¿Viste algo realmente en esa bola? ¿Hay algo de verdad en lo que me dijiste?

Marco esbozó una sonrisa.

—¿Por qué debería decíroslo?

Cicerón abrió los ojos como si acabaran de abofetearlo.

—Vaya… Esto sí que no me lo esperaba. ¿Es una cuestión de dinero?

—No. Es una cuestión de honradez. Quien no ofrece respuestas no

merece pedirlas.

—¿A qué te refieres? —preguntó Cicerón desconcertado.

—En casa de Marco Terencio Varrón, hace unos meses, asumisteis un compromiso y no lo cumplisteis. Me distéis una información… que ha resultado ser falsa.

Cicerón abrió la boca, confundido… y entonces recordó.

—Marco Lemurio… Ahora sé de qué me sonaba tu nombre y tu rostro. Eres el hombre que quería saber el paradero de Crisógono. Este año ha sido terrible para mí… por favor, no me tengas en cuenta mi mala memoria…

—Puedo perdonar la mala memoria. Lo que no perdono tan fácilmente es la mentira. Me distéis un nombre, el de un supuesto cliente vuestro en Pompeya. El nombre de quien debía indicarme dónde se encuentra la villa de Crisógono en Pompeya. Pero resulta que no hay nadie en toda la ciudad que se llama así…, ni siquiera Varrón con todos sus recursos ha sido capaz de dar con él. Me mentisteis, por algún motivo. Desde entonces trato de acceder a vos para tratar de saber la verdad, pero es difícil llegar hasta el famoso Marco Tulio Cicerón cuando uno es un simple ciudadano cuyo rostro se olvida con tanta facilidad…

Cicerón suspiró. Tomó asiento en uno de los taburetes y se llevó el rostro a las manos.

—¿Has organizado todo esto para poder hablar conmigo?

—Necesito encontrar a Crisógono. No pararé hasta lograrlo. Necesito saber dónde está.

—No le mentí sin un motivo, Marco Lemurio. Te lo dije aquella noche y te lo repito ahora. No sabes dónde le estás metiendo. Imagina que encuentras un avispero en el tejado de tu casa y al tratar de quitarlo recibes una veintena de picaduras. Imagina que tus heridas sanan, y que alguien te pide que le indiques dónde está el avispero porque tienes intención de darle una patada. ¿Le dirías dónde está el avispero?

—No habría necesidad. Yo mismo habría quemado el avispero antes de llegar a esa situación. No sería tan cobarde de esperar a que otro lo hiciera por mí…

Cicerón se puso en pie, con los labios apretados.

—¡No sabes todo lo que hizo ese hombre! ¡No sabes de lo que fue capaz, ni de cuánta gente hay en Roma que le debe favores! Si sale de su escondrijo, si lo molestamos y él busca venganza, podría volver a sumir a la República en una guerra civil. ¿Es eso lo que quieres,

Lemurio? ¿Sumir a Roma en el caos?

—No me importa Roma. No me importa nada. Solo quiero encontrar al asesino de mi madre para averiguar por qué lo hizo. Y para clavarle un puñal en el corazón después. Que el mundo arda después de eso.

—Eres un inconsciente.

—Me lo han dicho muchas veces.

Cicerón suspiró y volvió a sentarse.

—De acuerdo… Que los dioses nos protejan, pero te daré un nombre. Uno verdadero en esta ocasión. Él te acogerá en Pompeya, si lo necesitas, y te indicará dónde está la villa de Crisógono.

—¿Sin mentiras esta vez?

Cicerón asintió.

—Sabía que venir a esta fiesta era un error… —murmuró.

—Habría conseguido hablar con vos de un modo u otro. Soy inconsciente, pero también testarudo.

—Es una mala combinación, Marco Lemurio. Acabarás muerto un día de estos por tu estupidez.

—Sí, eso también me lo han dicho muchas veces. Desde que era niño. Y aquí sigo.

Cicerón fingió no escuchar estas últimas palabras y se dirigió a la mesa del estudio, sobre la que había dispuesto material de escritura. Por su aspecto, era evidente que hacía tiempo que nadie lo utilizaba, ya que Atia no había heredado el interés por los negocios de su difunto esposo y en pocas ocasiones entraba en aquella habitación. Cicerón tomó un pedazo de papiro y comenzó a escribir en él. Cuando terminó, dejó caer un pequeño puñado de arena sobre la superficie para acelerar el proceso de secado.

—Minucio Críspulo. Ese es el hombre al que debes buscar en Pompeya. Es un viejo cliente de mi familia. Él te ayudará a encontrar a quien buscas. Solo te pido que no le pongas en riesgo a él ni a su familia. Haz lo que tengas que hacer…, pero intenta que los demás no paguen por ello.

—Así lo haré.

Cuando la tinta se hubo secado, Cicerón enrolló el papiro y lo cerró con un poco de cera derretida sobre la que imprimó el sello de su anillo.

—Entrégale esta carta y te dará las respuestas que necesites.

—Gracias, Marco Tulio. Partiré a Pompeya en los próximos días.

Marco hizo un gesto con la cabeza en señal de respeto e hizo

ademán de marcharse.

—Un momento —le detuvo Cicerón—, Tú ya tienes tus respuestas. Al menos las que dependen de mí. Creo que es justo que ahora yo obtenga las mías. ¿Viste algo en esa esfera? ¿Hay algo de verdad en lo que dijiste?

Marco se detuvo en seco. ¿Debía confesar a Cicerón lo que había visto en el interior de la esfera? ¿Podía estar seguro de la veracidad de lo que aquel artefacto le había mostrado?

—La esfera muestra muchas cosas. Algunas se cumplen; otras, en cambio, nunca llegan a suceder… —dijo sin darse la vuelta, dando todavía la espalda a su interlocutor. ¿Pero era aquello cierto? ¿O era solo parte de la puesta en escena que Marco había inventado para hacer uso de dicha esfera? ¿Era una enseñanza que había recibido de su madre o era fruto de su propia imaginación?

—¿Entonces debo fiarme que esa cosa puede predecir el futuro de los hombres? —preguntó Cicerón.

—¿No lo creéis cuando los arúspices leen en las entrañas de los animales sacrificados? ¿Y cuándo los augures trazan señales en el cielo e interpretan el vuelo de los pájaros?

—Esa es la religión de nuestros ancestros. Y aun así tampoco es que me inspire mucha confianza… Leer el futuro en una bola de cristal es…

—Superstición, ya. Habladurías. Engaños para embaucar a las mentes simples. He oído esta historia muchas veces. ¿No deseáis saber lo que vi en la bola entonces?

—Sí —respondió Cicerón, no muy convencido—. Deseo saberlo. Después decidiré si lo creo o no.

—Bien —Marco volvió a darse la vuelta—. Las palabras que os dije son la interpretación de lo que vi. No me preguntéis cómo ni me pidáis que os describa imágenes; la esfera no funciona así. Salvaréis Roma de las llamas y se os saludará como un nuevo padre de la patria… para olvidar todo después.

—Eso ya me lo dijiste antes. Pero había más, ¿verdad? Algo que no quisiste contarme delante del resto de invitados.

Marco asintió.

—Hay algo más. Pero esto no me atrevo a interpretarlo. Fueron dos imágenes, muy rápidas… no sé qué significan. Tal vez la esfera se equivoque. Como os he dicho…

—¿Qué viste? —insistió Cicerón.

—Una casa —dijo al fin Marco—. Una casa derruida hasta los

cimientos. Y unas manos. Unas manos cortadas por el filo de una espada y clavadas en unas gigantes puertas de madera. Eso es lo que vi en la esfera, *domine*.

Cicerón no pudo reprimir un escalofrío que le recorrió todo el cuerpo.

XVI

El auriga

CUANDO MARCO regresó al jardín donde parte de los invitados habían regresado tras la cena, descubrió cuán efímera y caprichosa es la diosa Fama. Al terminar la reunión con Cicerón pensó que, en cuanto apareciera de nuevo en los salones de Atia, todo el mundo se abalanzarla de nuevo sobre él para tratar de arrancarle el secreto de la extraña esfera, contratar sus servicios o simplemente dejarse ver en su compañía. La idea de verse rodeado de hombres y mujeres interesados en él no le resultaba en absoluto seductora. Marco había disfrutado siempre de una vida tan anónima como su peculiar oficio le permitía. Era más tranquilo y, sobre lodo, más seguro. La celebridad era un camino peligroso para quien se ganaba la vida jugando con las fuerzas sobrenaturales, y aquello era algo que Neóbula había aprendido muy bien. Su actuación aquella noche había roto con una de sus normas más sagradas: no llamar la atención. Cumplido su objetivo, tendría que hacer todo lo posible para conseguir que aquellos senadores y caballeros se olvidaran cuanto antes del nombre de Marco Lemurio.

Pero el olvido llegó antes de lo que él mismo había podido esperar. El regreso de Marco pasó desapercibido. La atención de los invitarlos había cambiado de foco. Todos los presentes en el jardín contemplaban ensimismados a un hombre que acababa de llegar a casa de Atia. Marco, situado desde una discreta posición bajo la columnata del peristilo, observó al recién llegado mientras elevaba unas palabras de agradecimiento a los dioses por el hecho de que su momento de fama hubiera sido tan breve. El hombre era, desde luego, digno de recibir atención. Era muy alto, más que la mayoría de los presentes, y lucía un cabello largo y ensortijado recogido a los lados de su frente con una

cinta de color blanco. Su cuerpo era una muestra evidente de que aquel hombre se entregaba cada día al ejercicio físico intenso. Todos los hombres estrechaban su mano y todas las mujeres sonreían ante su paso con admiración. No había duda de que aquel hombre era un personaje famoso en Roma, aunque Marco no tenía ni la más remota idea de quién era.

Saturnino fue el único que se dio cuenta de que el hechicero había regresado. Con cortesía y regalando sonrisas a todo aquel con quien se cruzaba, se abrió paso en medio de la multitud que atestaba el jardín para llegar junto a Marco.

—¿Has conseguido lo que querías? —preguntó.

—Eso espero —respondió Marco. Sabía que Saturnino no le preguntaría nada más. Estaba acostumbrado al muro de silencio que Marco había levantado a su alrededor en todo lo que se refería a su pasado y la misteriosa muerte de su madre. En algunas ocasiones había intentado indagar en estos temas, siempre sin éxito, y finalmente había abandonado cualquier esperanza de saber algo más— .

—¿Quién es ese hombre?

—¿De verdad no lo sabes? A veces cuesta creer que vivas en Roma… ¿Cuánto hace que no asistes a las carreras de carros del circo?

—Fui un par de veces, de pequeño. Y otra más, hace unos años, con Céfiro. Me parece un espectáculo absurdo. Caballos dando vueltas y más vueltas arrastrando a unos tipos vestidos de blanco o de rojo… Tengo mejores cosas en las que perder el tiempo.

—Sí. Como mezclar mierda de murciélago con babas de perro y venderlo a hombres de *mentula* flácida.

—No sería la primera vez que me pides un poco de esa mierda de murciélago para ayudarte con tu *mentula*. ¿Tengo que recordarte que…?

—No, no tienes que recordarme nada. ¿Quieres saber quién es el hombre por el que están babeando todas las mujeres de la casa y la mitad de los hombres?

Marco asintió.

—Se llama Clímaco. Es el mejor auriga que ha visto la ciudad de Roma en los últimos tiempos. En las carreras de cuadrigas resulta imbatible. Desde que corre con el equipo de los blancos, los rojos han perdido todas y cada una de las carreras en las que él ha participado. Corre como si el carro y los caballos fueran una extensión de su propio cuerpo. Verle en acción es un auténtico espectáculo…

—Y además es guapo —dijo Marco mientras miraba la sonrisa

inmaculada del tal Clímaco.

—Y rico. Muy rico. Dicen que casi tanto como el mismo Craso.

—¿Y ha ganado esa fortuna conduciendo un carro? —preguntó Marco, extrañado de que aquella actividad generara tantas ganancias. Desde luego sabía que las carreras despertaban auténticas pasiones entre el pueblo y las clases altas de Roma, pero nunca se había planteado la magnitud del negocio que se movía alrededor de aquel espectáculo.

—No es solo conducir un carro. Es mucho más. Clímaco es el rostro del equipo de los blancos, y despierta pasiones allí donde va. Le invitan a las mejores fiestas, a los banquetes, le hacen todo tipo de regalos y agasajos solamente por el placer de disfrutar un rato de su presencia. Y las apuestas, claro… En cada carrera se mueven, de una bolsa a otra, millones de sestercios por apuestas perdidas y ganadas. Clímaco y los demás corredores, por supuesto, se llevan su parte siempre, ganen o pierdan. Se dice de él además que no solo es buen conductor. Ha sabido invertir el dinero ganado y multiplicarlo. O tal vez ha sabido hacerse rodear de gente que sabe cómo hacerlo. El caso es que el tipo es ahora rico, famoso y muy influyente.

—Qué interesante —dijo Marco con sarcasmo—. Despídeme de Atia.

Me marcho a casa.

—¿Cómo? No puedes irte sin más. Tienes que despedirte tú mismo o se sentirá insultada. Y al final pagaré yo por ello… Aguarda aquí. La buscaré.

Marco puso gesto de fastidio, pero no se movió de su sitio. Permaneció casi oculto tras una de las columnas, observando con discreción a la multitud que se turnaba para acercarse al célebre auriga y disfrutar de unos instantes de su atención. El hombre sonreía a todos y los trataba como si fueran viejos amigos a los que estuviera encantado de ver de nuevo. Bromeaba con los hombres y coqueteaba con las mujeres, que respondían a sus halagos con risas nerviosas.

—¿No te unes al coro de aduladores del gran héroe? —preguntó una voz junto a él.

Marco miró a su lado y se encontró a la fascinante mujer de ojos azules con la que había charlado antes de la cena. Ella también contemplaba al auriga y su cohorte de aduladores, con un rostro entre divertido y asqueado.

—No lo conocía —reconoció Marco—. No soy aficionado a las carreras.

—Qué extraño en un romano.

—Soy un romano poco habitual.

—Sí, ya he podido verlo durante la cena.

Marco no supo si en el tono de Flavia había un deje de desprecio y reprobación o era simplemente una impresión suya.

—No le hicisteis ninguna pregunta a la esfera.

—No necesito que un trilero de poca monta se invente mi futuro mientras hace juegos de luces con sus manos.

Marco encajó el golpe intentando que los efectos de aquel insulto no se dejaran ver en su rostro.

—Duras palabras —dijo, mirando a Flavia a los ojos—. Lamento haber causado esa imagen. Supongo que cuando uno tiene la vida solucionada puede permitirse juzgar la forma en la que los demás llenan su despensa.

Flavia rio.

—Sabes devolver los golpes, Lemurio.

—Tal vez sea porque me he llevado muchos. No soy un famoso conductor de carros rico y guapo como él —dijo señalando a Clímaco.

—¿Le envidias? —preguntó ella.

—Envidio su bolsa llena de monedas, sí. Pero no el modo en la que la gente lo rodea y lo halaga.

—Tampoco su bolsa de monedas resulta envidiable. No hay en ese hombre nada digno de admiración.

Flavia se dio la vuelta y entró en uno de los salones laterales, ya vacío de invitados. Solo quedaba allí un grupo de esclavos que recogía las bandejas con los restos de comida y apagaban las lucernas y pebeteros que hablan quedado encendidos. Ignorando a los sirvientes, Flavia se dejó caer sobre un diván. Marco la siguió e hizo lo mismo en el diván de al lado, de forma que sus rostros quedaron muy cerca.

—¿Te gustan las historias, Marco Lemurio?

—Me encantan, *domina*. Como trilero de poca monta que soy, las historias forman parte de mi vida; cuanto más fantasiosas, mejor.

—Te contaré una, entonces. Por supuesto, como tú mismo dijiste en tu actuación, todo lo que vas a escuchar es una mera invención para deleite de tus sentidos. No te creas ni una palabra de lo que voy a decirte.

Los esclavos, al ver que dos de los invitados habían decidido hacer uso de aquel pequeño salón, se retiraron con disimulo, dejando algunas

lucernas para iluminar de un modo tenue la estancia. Pronto, Marco y Flavia se encontraron a solas en medio de un silencio que únicamente rompían los rumores de las lejanas conversaciones procedentes del jardín.

—Mi historia trata de un hombre muy hermoso. Tanto que hasta las mismas diosas y algún que otro dios habrían dado gustosos un pedazo de su inmortalidad por compartir con él el lecho hasta el amanecer. Nuestro hombre era joven, apuesto, y muy rico. Había hecho una enorme fortuna… pongamos que… en las carreras de carros.

—Muy apropiado —dijo Marco. La luz de las lucernas arrojaba sobre el rostro y el cabello de Flavia un resplandor anaranjado y cálido que hacía que sus ojos azules resaltaran incluso más con el tono de su piel. Sobre su escote, las dos piedras de su colgante Ojos de Venus lanzaban destellos iridiscentes.

—Aquel hombre tenía todo lo que los mortales pueden soñar. Y, por supuesto, podía tener a la mujer y al hombre que se le antojara. ¿Cómo iba a resistirse un simple mortal a algo que ni los dioses habrían podido rechazar? Pero él no se conformaba con una sola mujer… Necesitaba tenerlas a todas. Necesitaba saber que todas y cada una de las mujeres de… Atenas… estaban dispuestas a caer en sus brazos. Por supuesto, en cuanto seducía a una, la olvidaba, y no importaba cuánto sufriera ella o cuánto implorara su amor, él la ignoraba y pasaba a por la siguiente conquista. De este modo, en poco tiempo el hombre dejó tras él un reguero de mujeres deshonradas e hijos bastardos nunca reconocidos. Jamás derramó una lágrima por ellas; jamás se arrepintió de sus actos. Algunas de las mujeres sufrieron… y le olvidaron.

Otras, en cambio, vivieron toda su vida y envejecieron suspirando por el recuerdo perpetuo de aquellos brazos. Pero hubo una de ellas que sufrió un destino especialmente cruel… Su esposo, al enterarse de que la mujer le había sido infiel, la repudió, deshonrada, pero no antes de golpearla a placer hasta dejarla medio muerta. Ella resistió los golpes con la entereza que solo los filósofos y los desesperados son capaces de demostrar. Al fin y al cabo, el desamor y la humillación la habían golpeado con mucha más fuerza de la que aquel marido iracundo era capaz de imprimir a sus golpes. Ella no llegó a abandonar la casa de su esposo. No en vida, al menos. Aquella misma noche se colgó de una de las vigas del jardín. Su familia trató de ocultar aquel escándalo y jamás se habló de infidelidad, de repudios o golpes. Y, cómo no podía ser de otra manera, nadie acusó al hermoso auriga de ser el causante de la desgracia de aquella mujer. El silencio que cayó sobre la muerte de

aquella joven fue más pesado que la lápida en la que inscribieron su nombre.

Flavia cerró los ojos. Había narrado la historia mirando fijamente a los ojos oscuros de Marco, logrando que él, de algún modo, quedara preso de su color azul y del ensalmo de sus palabras.

—Esa es toda la historia —dijo ella al fin, abriendo de nuevo los ojos.

—Un malnacido, ese auriga, sin duda.

—Un malnacido, él y el esposo de la mujer, y todos los que arrojaron tierra sobre el asunto y se negaron a cobrarse cumplida venganza de aquella muerte. Así es vuestro mundo.

—¿Qué mundo?

—El mundo de los hombres, Marco Lemurio. ¿Cuál si no?

Él guardó silencio durante unos instantes antes de responder.

—Tenéis una curiosa visión de la realidad si creéis que mi mundo es el mismo que el de los hombres que hay ahí fuera. Aunque supongo que esta maldita túnica prestada que llevo puesta contribuye a daros esa imagen.

Flavia sonrió.

—Prestada tu túnica o no, nada cambia. ¿No golpea el porquero a su mujer igual que lo hace el cónsul? ¿No impone el jornalero a su hija con quién ha de casarse del mismo modo que lo hace el rico comerciante? No, Lemurio, el mundo de los hombres puede parecer diferente, pero la esencia es la misma. Todas las mujeres compartimos un mismo y cruel destino.

—¿Y qué puede hacerse? Así es como funciona el mundo. Ni los hombres ni las mujeres podemos cambiarlo.

Flavia alargó la mano y acarició el rostro de su interlocutor.

—Tal vez no podamos cambiar el mundo. Pero podemos hacer algo de justicia. Y eso, aunque parezca poco, ya será mucho.

Marco iba a responder, pero ella le silenció poniendo un dedo sobre sus labios.

—No digas nada más. Tengo la extraña sensación de que tú eres ligeramente diferente… no lo estropees. Puede que sea esta luz, o puede que no seas un trilero y tengas poderes reales al fin y al cabo. Ha sido un placer charlar contigo, Marco. Tal vez volvamos a vernos.

Flavia se levantó y se dispuso a alejarse.

—Sería más fácil que nos volviéramos a ver si supiera dónde encontraros.

Ella se dio la vuelta. Ya no sonreía.

—Es mejor que no trates de buscarme. Conserva mi recuerdo, si así lo deseas. Es lo que yo haré con el tuyo —dijo, y salió del pequeño salón seguida del vaporoso vuelo de su vestido azul.

—¿Dónde te habías metido? —preguntó Saturnino, cuando por fin encontró a Marco—. Pensaba que te habrías marchado sin despedirte y sin presentar tus respetos a Atia.

—¿Tan grosero crees que soy? —dijo Marco, que en efecto estaba a punto de dirigirse a la puerta de salida para marcharse a casa en ese momento—. Estaba charlando con la mujer de la que te hablé.

—Bien, bien. Acompáñame. Te despediré de Atia y te acompañaré a tomar la silla de mano para que los esclavos te lleven a casa en ella.

—Puedo ir caminando. No necesito tu jodida silla. —A Marco le horrorizaba la idea de volver a recorrer las calles de Roma en aquel pedestal móvil desde el que todo el mundo podía verlo. Ya había tenido bastantes ojos pendientes de él aquella noche.

—Con lo que he pagado por ella más vale que alguien la aproveche. O la usas tú o haré que paseen a uno de los perros de Atia por toda la ciudad.

—Me alegro por el perro. ¿Podemos ir ya a despedirnos de tu querida viuda?

Saturnino frunció al ceño al escuchar que Marco se refería con tal designación a la mujer que amaba, pero no dijo nada. La noche había ido mucho mejor de lo que él había esperado y su amigo se había portado razonablemente bien. No había necesidad de reñirle después de que hubiera cumplido con su parte.

Marco atravesó el jardín, siguiendo los pasos de Saturnino, y en el camino se cruzó con hombres y mujeres que, al verle, recordaron de pronto su actuación y trataron de entablar conversación con él. Se disculpó con amabilidad fingida y continuó caminando. El papel comenzaba a quedarle grande. Si dos o tres personas más se acercaban a él para pedirle que les preparara una poción, o les curara el reuma acabaría por dar una mala contestación. Necesitaba volver a su casa cuanto antes para ocuparse de los asuntos que tenía pendientes. Finalmente, consiguió llegar hasta un extremo del gran salón en el que Atia, tumbada todavía sobre uno de los divanes, conversaba animadamente con un grupo de invitados.

—Atia —dijo Saturnino—, mi amigo Marco desea despedirse.

—Oh, no puede ser. ¿Tan temprano? —dijo ella.

—Sí, *domina*. Despertar a las fuerzas del inframundo resulta agotador.

—¿Hay algo que pueda hacer para convencerte de lo contrario? Muchas de mis amigas están deseosas de ver algo más de tus… habilidades —Atia hizo un mohín de pena fingida, que fue respondido por las risas de sus acompañantes.

—Sin duda, habrá más ocasiones —respondió Marco, simulando también una sonrisa.

—Márchate, entonces. Pero prométeme que volverás a mi casa en más ocasiones. Soy muy generosa con mis amigos.

—Eso salta a la vista…

En ese momento intervino Saturnino, incapaz de no intentar llevarse su pequeña porción de la gloria y la fama que su amigo había cosechado aquella noche.

—Yo, Lucio Apuleyo Saturnino, juro ante los dioses que traeré de vuelta a este hombre…

—¿Cómo te atreves? —bramó una voz tras él—. ¿Cómo te atreves a jurar ante los dioses después de usar ese nombre al que no tienes derecho?

Todos los presentes en el grupo de Atia guardaron silencio. En unos Instantes, todos los invitados que permanecían en el salón dejaron de hablar. Saturnino y Marco se apartaron y todos pudieron ver a quien había prorrumpido en gritos.

Se trataba de una mujer madura que ya había superado ampliamente la cuarentena. Era menuda y delgada, con el rostro afilado y unos ojos pequeños que en aquellos momentos brillaban de ira. Junto a ella, un joven igual de flaco miraba la escena con una leve sonrisa en los labios. Ambos Iban vestidos con ricos ropajes que denotaban su pertenencia a las clases más altas de la ciudad.

Atia se incorporó y quedó sentada sobre el diván.

—Apuleya… Me juraste que…

—Sí, Atia, te lo juré. Te juré que vendría a tu fiesta. Te juré que me tragaría mis palabras. Te juré que aguantaría la humillación que supone verte junto a este impostor —dijo señalando a Saturnino—. Pero escuchar que usa el nombre de mi padre de esa forma, en público, poniendo a los dioses como testigos, es mucho más de lo que yo o cualquiera podría soportar.

El rostro de Saturnino enrojeció. Abrió la boca para hablar, pero no encontró palabras en su interior.

—¡No te atrevas a decir nada más en mi presencia! —continuó la mujer, cada vez más enfurecida—. Debería arrastrarte hasta el tribunal del pretor y hacer que te arrojaran desde la roca Tarpeya o algo peor por usar un nombre al que no tienes derecho. Tú, el hijo de una ramera, usando el nombre de mi padre para engañar a personas de buena voluntad… ¡Qué tiempos tenemos que vivir en los que una familia honrada tiene que soportar una ofensa así!

—¿Quién es esta loca? —susurró Marco en el oído de Saturnino— ¿De qué esta hablando?

—Es… es… —intentó responder Lucio con apenas un hilo de voz— Es mi hermana…

—¡No! —gritó ella y dio tres zancadas hasta donde se encontraba los dos amigos—. ¡No! ¡No oses decir que soy tu hermana! Jamás mi padre engendró en una ramera hijo alguno. Yo soy la única hija de Lucio Apuleyo Saturnino. ¡La única que puede llevar su nombre! Tú, grandísimo impostor carne de cruz, hijo de esclavos, perro cubierto de sarna… ¡Tú no llevas la sangre de Saturnino y no tienes derecho a usar ese nombre! Dinos cómo te llamas. Dinos cuál fue el nombre de esclavo que te puso tu padre, algún pobre miserable de la Subura. ¡Dinos cuál es tu nombre y deja de fingir!

—Ese es mi único nombre —respondió Saturnino, con la mirada clavada en el suelo. Estaba hundido, casi agachado, como si cada una de las palabras que aquella mujer pronunciaba fuera una roca que arrojaba sobre su espalda.

A su alrededor todos los invitados contemplaban la escena en silencio. Algunos tenían el semblante serio y miraban a Saturnino con un desprecio que ya no se molestaban en disimular. Otros prescindían del odio y simplemente sonreían ante la caída del embaucador al que todos ellos llevaban meses deseando ver en aquella situación.

—¡Mentira! —dijo ella, tomando de la mano al joven que había a su lado—. ¡De tu boca no salen más que mentiras! ¿Te atreves a afirmar que ese es tu nombre en presencia de mi hijo? ¡Este, este es el único descendiente varón de Lucio Apuleyo Saturnino! Lleva el nombre de su padre, Marco Emilio Lépido, pero la sangre de los Apuleyos también corre por sus venas.

El chico miró a Saturnino, desafiante. Era evidente que estaba disfrutando de aquella escena.

—Si existiera justicia en este mundo, si hubiera todavía hombres como aquellos que postraron a Cartago y a Corinto… si existieran

todavía hombres de verdad, ciudadanos auténticos, te sacarían de esta casa a patadas y te arrojarían al río para que flotaras con la mierda y la basura…

—Apuleya, por los dioses… Me juraste, me prometiste… —Atia se había puesto en pie y se interpuso entre su amante y la airada noble romana—. ¿No tienes ni una pizca de compasión hacia mí? ¿Ni un poco de respeto por el nombre de mi difunto marido?

La mujer se volvió hacia la anfitriona, con el rostro demudado por la furia. Un mechón de su complicado peinado se soltó y cayó sobre su frente.

—¿Respeto por el nombre de tu difunto esposo? ¿Tú, que has metido en tu lecho de viuda al hijo de una ramera, que has alentado sus delirios, sus mentiras, que has insultado a toda la clase de los caballeros y has permitido que en tu casa se haga burla del nombre de una casa senatorial…?

¡Tú te atreves a pedir respeto por el nombre de tu difunto esposo? ¡Tú eres peor que él!

Atia dio tres pasos atrás como si acabaran de abofetearla. Las lágrimas comenzaron a caer por sus mejillas y el labio inferior le tembló incontrolable.

—Yo… No me merezco esto… Apuleya, eres injusta…

—Me marcho —sentenció—. He aguantado estar bajo el mismo techo que este impostor, y todo lo he hecho por la amistad que sentía hacia ti. Me prometiste que le sentarías en un rincón, que su presencia pasaría desapercibida. Fui tan estúpida que te creí. Acepté venir porque mi hijo me convenció. Pero nunca más, ¿me oyes? Nunca más. No volveremos a la casa en la que se nos insulta. Se acabaron para nosotros las fiestas de Atia. Y nos encargaremos de que ninguno de nuestros amigos pise de nuevo esta *domus* manchada por la infamia. ¡Vámonos, hijo!

La mujer se recompuso el cabello y comenzó a llamar a gritos a esclavos para que prepararan su litera. El joven Lépido, su hijo, se demoró un poco más. Dio un paso hacia el todavía hundido Saturnino y le habló de forma que todos los presentes pudieran oírle.

—Yo no soy tan compasivo como mi madre. Si te vuelvo a sorprender usando el nombre de mi abuelo, me aseguraré de que vayas a darle explicaciones a él en persona en el inframundo. Porque yo mismo te cortaré la cabeza, farsante.

En aquel momento una mano se cerró en torno al brazo del joven.

Marco Lemurio había permanecido impertérrito mientras se desarrollaba la violenta escena. Al ver a su amigo siendo amenazado de forma tan directa, no pudo evitar intervenir.

—No hay mayor necio que aquel que hace amenazas que no es capaz de cumplir. ¿Cuántas cabezas has cortado tú, niño?

El joven apartó el brazo con rabia.

—¿Cómo te atreves? Te aseguro que te arrepentirás de esto.

—No será esta noche, te lo aseguro.

El joven Lépido miró a su alrededor, en busca de alguien que se pusiera de su lado. Encontró rostros amistosos que le miraban con comprensión, pero ninguno que demostrara que estaba dispuesto a dar un paso al frente para enfrentarse al hechicero que los había fascinado a todos con su magia.

Al verse solo ante un hombre más maduro, fornido y con más recursos que él, Lépido lanzó una última mirada de desprecio y salió del salón por el mismo lugar por el que lo había hecho su madre.

En el momento en el que el joven desapareció, los invitados comenzaron a murmurar entre ellos mientras miraban a Saturnino y a Marco. Cualquier simpatía que podía haber despertado el hechicero en aquel auditorio gracias a su actuación se había esfumado cuando este había decidido ofender a uno de los de su clase. Nadie había apoyado a Lépido ante un posible enfrentamiento con Marco, pero eso no quería decir que estuvieran dispuestos a ignorar lo que allí había ocurrido ante sus ojos.

—Vámonos de aquí —dijo Marco a Saturnino. Este ignoró a su amigo y se volvió hacia Atia, que lloraba desconsolada en brazos de otra mujer, las dos reclinadas sobre los mullidos cojines del diván.

—Atia… Yo… Lo siento… —dijo con voz entrecortada. De algún modo se sentía responsable de la humillante escena que se acababa de desarrollar.

—Márchate, por favor —respondió ella entre sollozos, sin sacar el rostro del regazo de su protectora amiga.

—De acuerdo. Vendré mañana temprano…

La voz de Saturnino era apenas un susurro rasgado por una infinita tristeza.

—No. No vengas. Yo te haré llamar cuando quiera verte.

Saturnino asintió en silencio. Estaba todo dicho.

—Vámonos —Marco cogió a su amigo del brazo y tiró de él para que lo acompañara. Lucio caminó con la vista clavada en el suelo. No se

sentía capaz de hacer frente a las miradas de desprecio de los invitados. Llevaba meses fingiendo que las burlas y los desprecios de aquellas personas no hacían mella en su ánimo. Lo único que le importaba era su propio convencimiento acerca de su linaje y contar con el amor y la aprobación de Atia. En esos momentos todo aquello se derrumbaba ante sus ojos.

Marco, sin embargo, mantuvo la cabeza alta y la mirada desafiante, logrando que no pocos de los senadores y caballeros presentes retiraran la cabeza al cruzarse con él. Antes de salir al jardín buscó de nuevo a Flavia entre los rostros anónimos que cuchicheaban, una vez más sin hallar rastro alguna de la mujer.

—Parece que he llegado en lo mejor de la fiesta —dijo Clímaco el auriga cuando Marco y Saturnino hubieron abandonado el salón y se alejaban ya por el jardín. Con excepción de Atia, que continuaba llorando desconsolada, todos los invitados rieron ante el ingenioso comentario del apuesto personaje.

Uno de los esclavos escoltó a Marco y Saturnino hasta la entrada principal, donde les esperaba, con rostro triunfal, el atriense. Era evidente que aquel hombre había disfrutado al presenciar la caída en desgracia del amante al que había despreciado desde el mismo momento en el que había puesto un pie en la casa de su ama.

—¿Pido su silla de mano, *domine*? —preguntó con una sonrisa que desbordaba su rostro estrecho y mezquino.

—Pide la silla, sí. Pero antes una última cuestión… —dijo Marco—. Borra esa sonrisa de tu cara o me llevaré tus cojones en una bolsa como recuerdo.

El esclavo, que en su estado de ánimo triunfal no se esperaba aquel comentario, borró, en efecto, la sonrisa y salió del pasillo a toda velocidad.

Marco se sintió un poco mejor, pero su euforia se evaporó de inmediato al girarse hacia su amigo y encontrarse con su rostro de absoluta miseria y hundimiento.

—Alegra esa cara, Lucio. Mira el lado bueno. Al final no será el perro de Atia el que aproveche la silla de mano.

XVII

Respuestas

LOS DOS amigos volvieron a recorrer las calles de Roma, encaramados en lo alto de la silla alquilada y transportada a toda velocidad desde las laderas del Palatino hasta el valle de la Subura. Pese a que hicieron el mismo recorrido en sentido inverso, el viaje no podía haber sido más diferente que el que habían realizado unas horas antes. Si en la primera ocasión era Saturnino el que charlaba animoso, durante el regreso fue Marco el que mantuvo la conversación mientras su amigo permanecía sumido en el silencio. Marco habló de la impresión que le había causado Clímaco, de su conversación con la fascinante Flavia, de lo que le haría al estirado de Lépido si en alguna ocasión llegaba a perderse por las calles de la Subura y se cruzaba con él… Habló y habló sin saber muy bien qué decir y sin tener ningunas ganas de hacerlo, pero a sabiendas de que el silencio los dejaría a los dos solos con la enorme pena que embargaba a Saturnino. Y aquello era más de lo que Marco se sentía capaz de gestionar aquella noche. Podía afrontar el hacerse cargo de una charla banal y superficial en la que no encontraba respuesta; no se veía, sin embargo, con fuerzas para tocar temas trascendentales.

—¿Quieres que pasemos un rato por la taberna? —preguntó Marco, a sabiendas de que él mismo no podría quedarse mucho tiempo. Tenía que regresar a su casa para comprobar el estado de Grises y averiguar qué era lo que le había ocurrido al anciano aquel día y cómo había acabado herido de aquella manera.

—No. Te dejaré a ti en tu casa y después me llevarán a mí a la mía. Únicamente quiero meterme en la cama —dijo Saturnino. Marco no insistió. Era la primera vez desde que había conocido a Lucio que le escuchaba rechazar una visita a la taberna.

Cuando finalmente llegaron al callejón de Marco y este se bajó a tierra de un salto, Saturnino se animó finalmente a decir algo.

—Marco, ¿puedo preguntarte algo? —dijo—. Pero tienes que jurarme que me dirás la verdad. Júramelo… Por la memoria de tu madre.

Marco dudó. No le gustaba hacer juramentos. Aquella era una costumbre que muchos hombres tomaban en vano, pero no él. Finalmente asintió.

—Te lo juro por la memoria de mi madre. Te diré la verdad.

—¿Tú piensas que soy hijo de Lucio Apuleyo Saturnino? ¿Me crees cuando te digo que ese es mi nombre legítimo? ¿O también piensas que soy un farsante?

Marco dio una patada a una piedra, que rebotó contra el muro de la *ínsula*. Los cuatro esclavos que portaban la silla se movían nerviosos e impacientes. Estaban deseando acabar con aquel servicio, regresar a su hogar y poder descansar. Aquella cháchara, intrascendente para ellos, no les interesaba en absoluto.

—No sé si eres el hijo de Saturnino. No sé si tienes derecho a usar ese nombre. No sé si lo que te dijo tu madre acerca de la identidad de tu padre era cierto o no —dijo Marco—. Pero sí pienso que tú estás convencido de ello. Creo que no mientes cuando dices ser hijo de Saturnino… aunque puedas estar equivocado.

Saturnino asintió, tratando de que ocultar las lágrimas.

—Supongo que tendré que conformarme con eso —dijo— Buenas noches. Y… gracias por lo que has hecho esta noche.

Marco no sabía si se refería al hecho de haber ido a la fiesta, a su actuación con la esfera mágica o al momento en el que le había defendido de su supuesto sobrino, el joven Lépido. Fuera como fuera, esbozó una sonrisa y entró en el portal de su *ínsula.*

—¿Qué hace despierto? Le dije a Aristóbulo que si despertaba le dierais unas gotas de esta redoma.

—Intenta dárselas tú mismo —dijo Céfiro—. Este viejo tozudo tiene más fuerza que un toro.

El pequeño esclavo había bajado al estudio de Neóbula para echar una mano, tal y como Marco le había pedido. Se había encontrado con Antígona luchando para no quedarse dormida. La joven estaba agotada por algún motivo, y Céfiro la había convencido para que regresara a su casa y tratara de dormir unas horas. Mintió al decir que él mismo llevaba toda la tarde durmiendo y estaba fresco y descansado. La joven

le había mirado con recelo, pero había acabado por ceder y Céfiro se había quedado a solas con Crises, que todavía dormía un sueño ligero e inquieto.

—Cuando se despertó intenté darle esas gotas, pero se ha negado —se excusó Céfiro, contrariado de haberse convertido en víctima del enfado de su amo, pese a haber intentado hacer todo lo que le habían pedido.

—El niño no tiene la culpa —dijo Crises con un hilo de voz—. Ni diez hombres podrían obligarme a tomar algo que no deseo beber.

El anciano estaba sentado en el suelo, con el hombro y el brazo heridos inmovilizados. Pese a que aún estaba débil, su rostro había recuperado algo de su color.

—Fanfarrón hasta en las puertas de la muerte —dijo Marco—. ¿Ha comido algo al menos?

—Le he bajado un poco del caldo que nos sobró de ayer. A eso no se ha negado.

Marco se arrodilló junto a Crises y comenzó a revisar el estado de la herida. El anciano se dejó hacer sin protestar ni presentar resistencia. Los profundos arañazos que habían lacerado su carne hasta casi arrancarle el brazo habían comenzado a cerrarse gracias al efecto mágico del emplasto preparado por Marco.

—Tu madre tuvo un buen aprendiz —dijo Crises—. En las artes curativas, al menos…

—Supongo que es lo más parecido a un cumplido que obtendré de ti…

Crises cerró los ojos y suspiró. Era evidente que las heridas seguían causándole un notable dolor que se sumaba al picor del proceso de cicatrización.

Pese a ello, no se quejaba; únicamente torcía levemente el labio cuando Marco tocaba una zona especialmente sensible.

—En unos días estarás como nuevo —sentenció—. Tuviste suerte de que te encontrara antes de que te desangraras del todo.

—La suerte no existe. Llamamos así a los caminos del destino que no somos capaces de entender.

—Por esto, Céfiro, te dije que le dieras las gotas. Ahora nos atormentará con sus frases sentenciosas…

El niño sonrió… y la boca se le abrió en un enorme bostezo.

—Sube a dormir. Yo me encargaré de él el resto de la noche. Céfiro se despidió de Crises.

—Seguiremos charlando en otra ocasión, joven Céfiro. Eres un muchacho muy interesante.

—No le llenes de humo la cabeza a mi esclavo —dijo Marco—. Vamos, Céfiro, a casa.

Cuando estuvieron solos, Marco se sentó en la destartalada silla. También él se encontraba muy cansado, pero no estaba dispuesto a marcharse a dormir antes de intentar arrancarle al anciano algunas respuestas.

—¿Vas a contarme cómo te hiciste esas heridas? ¿Te atacó un perro cuando intentabas robar manzanas en algún huerto?

Crises miró a Marco y después dejó que su vista se desplazara por todos y cada uno de los rincones del estudio de Neóbula. Meditó durante unos instantes, abrió la boca como si fuera a decir algo, y la volvió a cerrar. Miró de nuevo la pesada cortina que separaba el estudio de la misteriosa estancia secreta. Suspiró.

—No estás preparado. Todavía no…

Marco dio una palmada sobre la mesa.

—Claro. El tonto y beodo romano no está preparado. Después de haber recibido palos en todo su cuerpo, de que le hayan tirado una serpiente de agua encima, no está preparado. Después de haberse pasado la vida sobreviviendo en las calles, leyendo estos papiros sin ayuda de nadie, intentando conocer los poderes de todos estos objetos… no, el romano no está preparado. ¿Y cuándo lo estará? Dime, viejo. ¿Cuándo estaré preparado para que me cuentes lo que sabes?

Marco se levantó, furioso, sintiendo como toda la ira que había contenido en su interior a lo largo de aquella noche brotaba de forma imparable.

—Acepté seguir tu entrenamiento. Te creí. Y desapareciste durante días. Ahora regresas, te encuentro medio muerto en la escalera de mi casa, te salvo la vida… ¿Y me dices que todavía no estoy preparado? ¡Por los dioses que eres peor que un grano en el culo! ¿Dónde has estado todos estos años en los que me moría de frío y hambre? ¿Dónde estabas tú con tus poderes y tus conocimientos? ¿Dónde estabas hace dos noches cuando ese enano contrahecho casi me mata con su magia de…?

Crises había escuchado aquella perorata impasible, sin que su rostro cambiara su expresión en absoluto. Había seguido a Marco con la mirada mientras se movía por el pequeño estudio, haciendo aspavientos y señalando a uno y otro lugar. Fue solo en aquel momento, cuando

escuchó la mención al misterioso hechicero que había estado a punto de matar a Marco y a Quinto haciendo uso de la magia, cuando su rostro mudó por completo. De la indiferencia y la frialdad pasó a la sorpresa y el interés repentinos.

—¿Un enano haciendo magia? ¿De qué estás hablando?

—Oh, vaya, eso sí te interesa. Todo lo demás te da absolutamente Igual, pero te hablo de un enano que hace magia y…

—¡No estoy bromeando! Siéntate, por los dioses.

Marco reprimió una sonrisa. Por algún motivo, ver a Crises nervioso le había tranquilizado a él mismo. Se sentó de nuevo en la silla.

—¿Estás hablando de un hechicero real o de… o de un simple embaucador?

—Parece que ahora soy yo el que tiene las respuestas y tú las preguntas.

—Esta es una cuestión seria…

—¿Y no lo es mi deseo de saber quién era mi madre y de qué la conoces? ¿Crees que mis preguntas son caprichos de niño y las tuyas cuestiones trascendentales? —Marco alzó la voz más de lo que le habría gustado y comenzaba a perder el control de nuevo.

Crises bajó la mirada y respiró hondo. Por primera vez hizo una mueca de dolor.

—Eres igual que tu madre. Testarudo y orgulloso.

—También he heredado sus ojos y su pelo oscuro. Pero eso no cambia nada.

El anciano le miró de arriba a abajo.

—Has heredado mucho más que eso —dijo, e hizo una pausa—. Está bien. Te daré las respuestas que tanto ansías. Una parte al menos… Y que los dioses nos protejan. El tiempo se nos echa encima…

Marco, que estaba preparado para una larga discusión de la que sabía que no sacaría nada, se quedó helado. ¿Realmente iba Crises a revelarle lo que sabía? ¿Era posible que aquel hombre estuviera dispuesto a arrojar luz sobre las tinieblas que habían anegado su alma durante toda su vida adulta?

—Pero antes háblame de ese hechicero enano. Es esencial que me cuentes todo lo que sepas.

Con la esperanza de recibir a cambio las respuestas que tanto ansiaba escuchar, Marco comenzó a hablar. Le contó a Crises todo lo que había sucedido siete noches antes, cuando él y Quinto se habían encontrado en el callejón con el misterioso mago de cuerpo deformado

y peculiar forma de hablar. Detalló cómo había levantado a Quinto en el aire con un simple gesto de su mano y cómo también estuvo a punto de matar a Marco a pesar de que él había empleado la lágrima de Perséfone para combatirlo.

—¿Usaste la lágrima de Perséfone? ¿Y aun así ese tipo estuvo a punto de matarte?

—Sí… Hizo algo… no lo recuerdo bien… Ya sabes que cuando el poder de la lágrima se apodera de ti, tu consciencia pasa a un segundo plano.

—No, no lo sé. Jamás he utilizado un artefacto semejante. Solo los estúpidos juegan con poderes que no saben controlar.

—¿Vamos a empezar otra vez con los insultos o prefieres que termine de contarte la historia?

Ante el silencio de Crises, Marco continuó hablando de cómo aquel hombre había estado a punto de matarlo y de la oportuna intervención de su furiosa vecina, que lo dejó inconsciente de un oportuno golpe en la cabeza.

—¿Qué fue de él? —preguntó Crises—. ¿Lo mataste?

—No. Tuve que atender a mi amigo… lo creía muerto, pero nada más estaba aturdido por el golpe. Cuando regresé al portal, el hechicero había desaparecido. No he vuelto a saber nada de él.

—Mal asunto —murmuró Crises—. Otro mago en Roma. Esto es una mala señal…

—En realidad… es posible que haya más. Y eso que ya maté a otra esta primavera.

Crises abrió los ojos hasta el punto de que parecían a punto de salirse de sus órbitas. Trató de ponerse en pie, pero el dolor en el hombro lo devolvió al suelo.

—¿Más hechiceros? ¿Qué quieres decir? No hay… no hay más hechiceros en Roma que tú, yo y… No los hay, no es posible.

—Ponte cómodo, entonces. Parece que tengo otra historia que contarte.

Marco narró a Crises la historia de las sombras que le habían atacado aquella primavera y el modo en el que había acabado por descubrir, más por casualidad que por dotes de investigador, que era Marcia, la esposa del rico comerciante Tito Pomponio, la hechicera que estaba detrás de aquellas criaturas. Contó la forma en la que había acabado con ella haciendo uso de la lágrima de Perséfone, que en aquella ocasión sí había bastado para hacer frente a los poderes de su

rival.

—¿Y esa hechicera sí está muerta? —preguntó Crises.

—Tan muerta como el jodido Rómulo. Su marido juró matarme, y casi lo consigue… aunque esa es otra historia.

—¿Y dices que es posible que haya más hechiceros además de esos dos?

—Esto no lo tengo tan claro… Tanto Marcia como el enano mencionaron a un maestro. Como si hubiera alguien ante el que rendían cuentas, alguien a quien estaban subordinados. De hecho, el tipo ese de la joroba pretendía llevarme ante él cuando me atacó. O eso dijo, al menos.

—Un maestro —repitió Crises. Un maestro… Ayúdame a levantarme. Esto es más grave de lo que me temía…

Marco obedeció. Sujetó a Crises por el brazo sano y tiró de él para que pudiera ponerse en pie. El anciano, una vez erguido, comenzó a caminar por la pequeña estancia, reflexionando mientras contemplaba los rollos de papiro.

—Neóbula era mi hermana —dijo al fin, todavía dando la espalda a Marco—. Mi hermana pequeña.

Marco sintió que el aire se le escapaba del pecho. No se esperaba aquella revelación. No tan de golpe, sin previo aviso.

—¿Eres mi tío? —preguntó.

—Lo soy. Tu sangre es mi sangre. El agua de Tesalia corre por nuestro interior, su tierra, sus rocas forman nuestros músculos y huesos, nuestra piel. Tu madre se marchó de allí contra la voluntad de los nuestros. Escapó de una vida en la que no creía y vino a Roma. Aquí conoció a tu padre, ese Lemurio, con el que te engendró. Olvidó lo que era, olvidó para qué había sido entrenada. Olvidó sus obligaciones y dio la espalda a su familia. Tu madre, mi hermana, nos traicionó a todos.

—¿A todos? ¿Quiénes son todos?

—Cuando nuestro padre, tu abuelo, murió, me dio una orden. Encuentra a Neóbula y enmienda el error. Eso es lo que hice. Tardé años en dar con ella. ¿Quién iba a suponer que había corrido a ocultarse en esta ciudad? Recorrí las ciudades griegas, los reinos orientales, viajé por el Nilo, la patria de nuestros ancestros, desde Alejandría hasta las cataratas. Pero era Roma el lugar donde Neóbula estaba, viviendo una vida que no era la suya. Cuando llegué aquí, me encontré con que mis peores presagios se habían cumplido. Mi hermana estaba muerta. Llegaba varios años tarde. Pero te encontré a ti… hijo del romano… y

de ella, mi querida Neóbula. Te observé desde lejos. Me costó creer que hubiera algo de ella en ti. Borracho, pendenciero, vividor, irresponsable…

—Volvemos a los insultos —murmuró Marco sin poder evitarlo.

—Pero las órdenes de mi padre en su lecho de muerte eran claras. Debía enmendar el error de mi hermana. Debía darte al menos una oportunidad. Debía entrenarte. Y eso es lo que intenté. Eso es lo que intento.

Marco aguardó en silencio durante un rato, a la espera de que Crises continuara su historia. Pensó en la revelación que acababa de escuchar. Sabía que su madre procedía de Tesalia, ella nunca le había ocultado aquel dato. Pero, hasta aquel momento, Marco había supuesto que Neóbula había sido una esclava manumitida, que había conseguido la ciudadanía romana de la mano de un amo generoso. Las revelaciones de Crises mostraban una realidad muy distinta. Neóbula había tenido una familia libre en Tesalia, un padre, un hermano… de los que había escapado por algún motivo.

Pensó también en lo que Crises había dicho acerca del río Nilo, hablando de él como la patria de sus ancestros, Y recordó las palabras pronunciadas por el engendro al que había devuelto a la vida meses antes, en el Campo de Marte. Hijo de las fuentes de Tesalia, y nieto de las fuentes del Nilo, había dicho aquella criatura…

Mientras Marco se entregaba a sus cavilaciones, el anciano no dijo nada más. Se quedó inmóvil como una estatua, con el brazo sano agarrando su hombro herido, con la mirada clavada en las estanterías de Neóbula, en silencio.

—¿Eso es todo? —preguntó Marco finalmente—. ¿Quiénes son esos a los que mi madre traicionó? ¿Qué es lo que se supone que debías hacer cuando la encontraras? ¿Está todo esto relacionado con su muerte?

—Las respuestas siempre conducen a nuevas preguntas. Nada sé acerca de la muerte de Neóbula, más allá de lo que tú mismo me has contado. Desconozco quién estuvo detrás de ello. Porque si lo supiera te aseguro que Ies daría caza, uno a uno, y les haría pagar por su crimen. Dicho esto, solo te contaré algo más hoy. Y después los dos descansaremos. Ha sido un día largo.

—Oh, vamos, yo te he contado todo lo de esos hechiceros. Ya habrá tiempo de descansar. ¿Tienes algo que hacer mañana temprano?

—Es precisamente lo que me has contado lo que me empuja a

obligarme esta noche al descanso. Mañana temprano habré de salir a buscar mis propias respuestas. Pero escucha ahora lo que me queda por decirte, sobrino.

Por algún motivo, Marco sintió una cierta calidez en el corazón al escuchar que Crises lo llamaba de aquella manera. Había crecido sin más familia que su madre, y cuando ella fue asesinada se quedó completamente solo. Era la primera vez desde entonces que alguien se refería a él con un apelativo familiar. Sobrino… Marco no pudo evitar sonreír. ¿Tendría más familia en la Tesalia de la que Crises había hablado?

—Cuando te he dicho que tu madre olvidó sus obligaciones, no he sido del todo exacto. De algún modo, siguió cumpliendo con el mandato que se nos había dado al nacer. A su manera, claro.

—¿Cuál es ese mandato? ¿Puedes contarme eso al menos?

—Sí. Puedo y debo. Porque tú, como hijo de Neóbula y como heredero de sus artes y sus conocimientos, estás también atado a él.

Eso ya lo veremos, pensó Marco, pero no quiso interrumpir a Crises.

—Perteneces a una estirpe de magos, sobrino. Una familia cuyos orígenes son tan antiguos como la misma raza humana. Durante generaciones hemos recibido los dones de la magia. Somos hijos de Hécate, favoritos de la diosa, y eso nos concede grandes poderes y amplios conocimientos con los que el resto de los mortales solamente son capaces de fantasear. Pero a cambio de ellos, estamos obligados a cumplir una misión. Impedir que esas artes caigan en malas manos. Controlar la existencia de otros magos, buscar artefactos mágicos, acabar con las criaturas cuya existencia se salga del orden natural marcado por los dioses. Para eso se nos dieron nuestros poderes. No para utilizarlos en nuestro beneficio… ni tampoco para ayudar a nuestros semejantes.

—Mi madre sí usaba sus conocimientos para ayudar a los demás.

—Lo sé. Esa fue una parte de su traición. No la más grave, sin duda. Pero una traición al fin y al cabo.

—Entonces somos… magos que cazan a otros magos.

—Desde tu simple y práctico punto de vista romano podría definirse así, tal vez. Aunque es mucho más complejo. Si decides asumir quién eres, con tiempo y con esfuerzo, llegarás a entenderlo todo.

Marco ocultó la cara entre las manos. Llevaba años esperando a que llegara aquel momento. Siempre había imaginado que en el instante en que descubriera algún tipo de información acerca de sus orígenes, de la

auténtica identidad de su madre, todo en su cabeza encajaría a la perfección, la luz triunfaría sobre las tinieblas de su alma. Sin embargo, no había sido así. Crises le había revelado quién era en realidad… pero se sentía más perdido que nunca.

—Quiero enseñarte una última cosa. Después te retirarás y me dejarás descansar.

Crises fue hasta la cortina que separaba las dos habitaciones y la agarró con la mano.

—¿Quieres saber lo que hay al otro lado? —preguntó.

Marco notó que el corazón se le encogía. Al ver a Crises agarrar la cortina estuvo a punto de levantarse para apartarle de ella. No le correspondía a aquel hombre descorrerla y revelar qué había al otro lado. Marco había pasado su vida obsesionado con aquel espacio secreto y cerrado. Un espacio que había envenenado sus sueños, que había llegado a hacerle dudar de su propia cordura y le había hecho plantearse cuántos de los recuerdos que guardaba en su mente eran reales y cuáles fruto de su imaginación.

—Mi madre nunca quiso que viera lo que hay más allá de la cortina.

—Tenía sus razones. Lo hizo para protegerte. Si hubieras intentado entrar ahí, tú solo,… es probable que hubieras muerto. Y eso, en el mejor de los casos.

—¿Y tú? ¿Tus poderes te permiten entrar ahí sin que nada te suceda?

—No. Para mí también supondría una dura prueba. Pero podemos descorrer la cortina y hacer que te enfrentes a tus miedos sin necesidad de penetrar en la habitación. Con eso terminaremos nuestra conversación esta noche, si es lo que deseas.

—No sé lo que deseo.

Crises soltó la cortina.

—Lo dejaremos así, entonces.

Marco se puso en pie.

—No. Espera. Quiero saberlo. Necesito saber qué hay detrás.

El anciano asintió y volvió a tomar el trozo de tela. Marco dio un paso al frente y agarró la cortina también.

—Lo haré yo —dijo—. Perdona, mamá. Tantos años después, sigo desobedeciéndote.

Marco cerró los ojos y dio un tirón. La cortina se corrió lentamente, levantando una nube de polvo acumulado tras más de una década sin que nadie la tocara ni la moviera de su sitio. Cuando la hubo retirado

del todo, abrió los ojos de nuevo y se enfrentó a aquello que lo había obsesionado y aterrorizado durante toda su vida.

Al otro lado de la cortina no había nada.

Descubrió una sala, muy semejante al resto del estudio de Neóbula. Con la única diferencia de que en el cuarto que había más allá de la cortina no había estanterías ni mesa ni sillas ni objetos de ningún tipo.

La habitación estaba completamente vacía.

—No hay nada… musitó Marco —, Todo este tiempo… y no hay nada.

—Eso parece —dijo Crises, terminando de retirar la cortina—. Pero la apariencia y la realidad no siempre coinciden, como ya deberías saber. En esa habitación hay mucho más de lo que a simple vista podría deducirse. Acércate a mí. Pero cuidado, no pises más allá del límite que marca la cortina.

Marco obedeció y se situó junto al anciano.

—Dices que la habitación está vacía. Mira otra vez. El techo, las paredes, el suelo. Observa con atención.

Lemurio intentó afinar la vista para fijarse en lo que Crises le señalaba. Las únicas fuentes de luz eran las lucernas que había sobre la mesa, pero apenas bastaban para iluminar el propio estudio y no alcanzaban para arrojar claridad en la estancia recién descubierta.

—No veo nada.

—Porque no sabes mirar —dijo Crises, y abrió la mano del brazo sano a la altura de su propio rostro. Murmuró unas palabras y sopló. Aunque en su palma no había habido nada antes, un polvo de color plateado se esparció frente a él e inundó la habitación. Los diminutos granos de arena parecían brillar con luz propia. Flotaron unos instantes en el aire y fueron acercándose lentamente hacia las paredes, el suelo y el techo, hasta posarse en ellos—. Mira otra vez.

Cuando Marco observó de nuevo la pequeña estancia, todos los muros presentaban una gran multitud de formas abstractas, dibujos, marcas y letras que brillaban con el polvo plateado que Crises había arrojado. En el techo, situada exactamente en su centro, una espiral se abría hasta abarcar toda la superficie y, en su interior, albergaba otras señales, algunas de las cuales Marco reconoció como símbolos mágicos de enorme poder. Miró con atención suelos y paredes, tratando de entender alguna de las marcas. Pudo leer algunas palabras, pero el resto le eran completamente desconocidas.

—¿Qué es esto? —preguntó.

—Una cámara de vacío mágico. Una estancia de destrucción. Cualquier objeto o artefacto mágico que sea introducido en él pierde de forma inmediata todos sus poderes. Esos símbolos y marcas absorben su magia, dejan el objeto seco, vacío, inerte. En la mayor parte de los casos, el objeto en cuestión queda reducido a cenizas.

—¿Quieres decir que si entro ahí con la lágrima de Perséfone esta perderá sus poderes? —preguntó Marco, llevándose de manera inconsciente la mano al colgante que pendía en su pecho. La lágrima no había vuelto a dar señales de vida desde que el pequeño hechicero jorobado había conseguido derrotarle.

—Sí. Pero no lo haría sin defenderse. Cuanto más poderoso es un objeto, más se resiste a los efectos de la cámara. Las marcas de la pared intentan absorber la magia, pero el objeto trata de retenerla. Se desata una enorme cantidad de energía. Solo un hechicero entrenado para resistir a esas fuerzas podría resistir estar dentro de la cámara en esos momentos. Si lo intentara una persona normal… moriría o enloquecería. ¿Entiendes ahora por qué tu madre te prohibió entrar en esta habitación?

Marco miró de nuevo la estancia. El efecto del polvo plateado de Crises comenzaba a diluirse y las marcas empezaban a desaparecer de nuevo, invisibles al ojo no entrenado.

—¿Qué ocurre si alguien entra sin portar un objeto mágico con él? ¿Existe peligro entonces?

—Sí. La magia de los objetos que han sido anulados aquí no desaparece, se queda de algún modo atrapado en las marcas y señales. Si la habitación ha sido utilizada para inutilizar objetos poderosos, la magia que queda en ella será también muy poderosa. Una magia pura, no contenida ya en ningún recipiente. Magia libre, incontrolada. ¿Qué crees que pasaría si alguien sin formación se somete a la influencia de esta?

—Quedaría destrozado, supongo.

—En efecto, así sería.

Marco miró al interior de la habitación, ya oscura de nuevo. Recordó el sueño que había tenido tantas veces, en el que se veía a sí mismo como un niño llorando en medio de aquel mismo cuarto. ¿Había sido realmente un sueño? ¿O era uno de aquellos recuerdos que volvían a él en momentos en los que su mente bajaba la guardia?

—¿Y si un niño entrara en esta habitación? ¿Qué pasaría entonces?

Crises alzó las cejas.

—No entiendo la pregunta. ¿Quién querría someter a un niño a algo semejante? Solo una mente enferma o perversa…

—Olvídalo. Es una estupidez.

Marco estaba convencido de que aquello había sido solo una ensoñación fruto de su agotamiento físico y mental. Pero en aquel momento las dudas le acometieron.

Crises volvió a correr la cortina.

—La existencia de esta cámara me demuestra que tu madre no olvidó por completo la misión para la que fue entrenada. Siguió buscando objetos mágicos y anulando sus poderes para evitar que cayeran en manos poco adecuadas. Eso la redime… en parte. Te enseñaré a usar el poder de esta cámara, cuando estés listo para ello. Mientras tanto, mantente alejado de ella. Sigue siendo peligrosa para ti.

Crises regresó al centro del estudio y se dejó caer en el suelo, en el mismo lugar en el que Marco le había encontrado al regresar de la fiesta de Atia.

—Descansemos ahora. Ve a dormir y no dejes que las revelaciones que hoy has escuchado turben tus sueños. Te necesitaré fuerte y atento.

—Me debes una respuesta aún. Una sencilla. Después te dejaré descansar.

Crises suspiró.

—¿De qué se trata? No te contaré nada más de tu madre esta noche.

—No es sobre Neóbula. Es sobre ti. ¿Cómo te hiciste esas heridas?

Antes de escuchar la respuesta, Marco se arrodilló junto al anciano para revisar los cortes y desgarros una vez más.

—Un combate en el que subestimé a mi oponente. No volverá a suceder.

—¿Ahora vas buscando pelea por las calles de Roma?

—No fue una pelea de taberna como esas en las que tú sueles verte envuelto. Fue un combate a muerte para cumplir con mi misión. Ya te lo dije. Nos dedicamos a cazar hechiceros y a darles muerte. Es nuestro objetivo en la vida y debemos cumplirlo.

—¿Te enfrentaste con otro más? ¿Aquí en Roma?

Crises asintió.

—Además de los hechiceros de los que hoy me has hablado, hay una más. Una mujer africana. Anciana y ciega, pero muy poderosa a su manera.

Me sorprendió con la guardia baja. Como te he dicho, la subestimé y

ella aprovechó mi estupidez. Las cicatrices que queden en mi piel me recordarán siempre que la compasión es el primer paso hacia la derrota.

Marco escuchó las palabras de Crises en silencio, tratando de que el anciano no se percatara del efecto que habían tenido en él. Se concentró en terminar de limpiar y comprobar las heridas con la cabeza gacha.

Una mujer anciana, africana y ciega. Cardixa. La mujer que vivía junto a los hombres del *collegium* del tritón en el Aventino. Marco no había vuelto a verla después de que el asunto de las sombras del Hades se hubiera aclarado. La anciana nunca había querido recibirle de nuevo, y los hombres del *collegium* la excusaban y protegían como una implacable escolta. ¿Cuántas mujeres ancianas, ciegas y de piel negra había en Roma? ¿Y cuántas de ellas estaban relacionadas de alguna forma con la hechicería? No había duda. Había sido Cardixa quien, de algún modo, había logrado causar a Crises aquellas heridas.

—¿Murió? La hechicera, quiero decir.

—No lo creo. Escapó, malherida, pero escapó. Hizo uso de una magia que nunca antes había visto. En cuanto me encuentre mejor la buscaré para acabar el trabajo.

—Espera unos días al menos. Soy buen curandero, pero ni el mismo Esculapio podría sanar estas heridas sin reposo.

Marco se puso en pie.

—Descansa, anciano. Mañana vendré a ver cómo estás y te bajaré algo de comer.

—Buenas noches —dijo Crises, y cerró los ojos. Cuando Marco estaba ya en la puerta del estudio, y se disponía a cerrarla, añadió una palabra más—. Sobrino.

XVIII

La bruja del Aventino

AQUELLA noche, Marco apenas pudo dormir. Entró y salió de un estado de duermevela en el que él mismo no habría sido capaz de diferenciar los pensamientos conscientes de los sueños. Por su cabeza desfilaron todo tipo de imágenes, todas ellas relacionadas de algún modo con lo que Crises le había revelado acerca de su identidad, de la identidad de su familia, acerca de quién era su madre y de dónde procedía. Neóbula había escapado de su Tesalia natal, y Marco comenzaba a comprender por qué. Había nacido dentro de una estirpe de brujos que la habían entrenado para convertirla en una poderosa hechicera. Pero a cambio de aquellos poderes, Neóbula debía asumir una obligación. Matar a otros brujos, destruir todos los objetos mágicos que encontrara en su camino; usar sus conocimientos únicamente para la consecución de aquella meta. Prohibido quedaba su uso para el provecho propio, así como para ayudar a otras personas.

Marco, tendido en el lecho en medio de la oscuridad, pensó en su madre, trató de reunir cuantos recuerdos atesoraba de ella, si había algo de lo que estaba seguro era de que Neóbula había puesto sus conocimientos al servicio de sus semejantes. Él mismo la recordaba curando enfermos, preparando pociones, incluso expulsando espíritus y criaturas que atormentaban a fumillas humildes. Y todos cuantos la habían conocido y habían hablado de ella con Marco habían confirmado aquellos recuerdos.

¿Cazar a otros hechiceros? No era capaz de imaginar a su madre haciendo algo semejante. No, a menos que esos magos fueran un peligro para ella o para otras personas.

Y estaba el tema de Cardixa. La anciana númida había afirmado ante

Marco el día que la había conocido que entre ella y Neóbula no había mediado amistad, pero sí respeto mutuo. De haber cumplido con el mandato bajo el que había sido criada, Neóbula tendría que haber dado muerte a Cardixa. Pero no lo había hecho. Había respetado la vida de aquella mujer ciega y, de hecho, por el tono en el que la anciana había hablado de Neóbula, era más que probable que ambas hubieran intercambiado conocimientos en alguna ocasión.

Pero Crises, el hermano de su madre, había tratado de matarla. Había intentado finalizar la tarea que Neóbula no quiso acometer. Y todo, ¿por qué? ¿Por una absurda promesa hecha a un mago griego muerto muchos años antes? ¿Merecía Cardixa morir solo por sus conocimientos acerca de la magia y la hechicería?

Marco se giró en la cama, buscando encontrar una postura en la que el sueño finalmente le derrotara. No sirvió de nada. Los pensamientos y las dudas seguían bullendo en su cabeza como trozos de comida en una olla hirviendo.

¿En qué lugar le dejaba todo aquello? Crises pretendía entrenarlo, culminar la formación que su madre había empezado a darle. ¿Pero a cambio de qué? ¿Estaba Marco dispuesto a convertirse en un implacable cazador de hechiceros, a ser una criatura fría y despiadada como el mismo Crises? Tenía muchas dudas en su corazón, pero había algo que tenía claro. No estaba dispuesto a sacrificar tanto a cambio del conocimiento que aquel anciano le ofrecía. Aquella no era la vida que él deseaba, como tampoco había sido la vida con la que su madre se había conformado.

Si Crises se empeñaba en que aquel fuera el único camino… tendría que prescindir de las enseñanzas del anciano. Por muy espectaculares que fueran las serpientes de agua que este era capaz de conjurar, había hechos más importantes en la vida de Marco a los que no estaba dispuesto a renunciar. Comenzando por su derecho a respetar la vida de aquellas personas que no solo no le habían causado daño alguno, sino que lo habían ayudado en su camino. Personas como la vieja Cardixa. Marco tomó una decisión. En cuanto los primeros rayos de sol se filtraran entre los maderos del techo de la habitación, saldría hacia el Aventino a advertir a la anciana númida de que corría peligro.

Cuando Marco salió de su habitación, sorprendió a Céfiro barriendo la sala. El niño no pudo reprimir la cara de asombro al ver a su amo despierto tan temprano.

—¿Te has caído de la cama? —preguntó.

—Tengo cosas que hacer —respondió Marco, que a pesar de su determinación estaba de muy mal humor tras haber dormido nada más que unas pocas horas de forma intermitente. Ver el estado de su despensa, casi vacía, y recordar las bandejas de comida que había visto en la fiesta de Atia la noche anterior no mejoraron su estado de ánimo. Cogió un trozo de pan duro y lo mojó en vino para reblandecerlo y poder tragarlo—. Compra algo de comida hoy. Y lleva un poco de lo que compres a Periandro. No estaría mal que te quedaras con él un rato y le dieras conversación… aprenderías algo. Después prepara algo de comer y llévaselo al hombre que descansa en el estudio de mi madre. Que sea consistente, con algo de carne, tiene que recuperar fuerzas.

—Yo también tengo cosas que hacer —dijo Céfiro con el ceño fruncido.

—Cuando termines tus obligaciones, no antes.

Marco terminó de comerse el pan y dio un largo trago de vino. Aquel frugal desayuno no le había saciado, pero no tenía tiempo de comer nada más elaborado. Confiaba en que Crises durmiera aquel día hasta tarde, aunque estuviera tumbado en el incómodo suelo del estudio. Incluso aunque madrugara, el estado en el que se encontraban sus heridas no le permitiría ir muy lejos. Mucho menos tratar de enfrentarse de nuevo con Cardixa… Pero con aquel anciano testarudo uno nunca podía estar seguro de nada. Era preferible adelantarse y asegurar que la mujer númida al menos estaba advertida de la identidad de su agresor y del peligro que corría.

—Sí, amo —dijo Céfiro con tono sombrío.

Marco gruñó una protesta y salló de la casa, corriendo escaleras abajo. Al pasar por el portal echó un vistazo a la puerta del estudio y descubrió que estaba cerrada, tal y como él mismo la había dejado la noche anterior.

Estuvo tentado de entrar a comprobar si Crises había pasado una buena noche, pero no quiso arriesgarse a que el anciano descubriera que tramaba algo. Se pasaría a verle cuando hubiera advertido a Cardixa, no antes.

Cuando salió a la calle el sol le dio de lleno en el rostro. Las temperaturas habían vuelto a subir en Roma, como si el verano, reticente a marcharse, se tomara una última venganza antes de rendirse ante la llegada del frescor y las lluvias del otoño. Marco pensó en el largo camino a pie que le separaba del Aventino y suspiró. En aquel momento no le habría importado contar con la silla de mano que había

alquilado Saturnino para hacer al menos una parte del trayecto.

Recorrió la Subura, que bullía de actividad a aquella hora de la mañana. Los dueños de los termoplios anunciaban su comida recién hecha, mientras los artesanos montaban sus puestos al tiempo que espantaban a los rateros y los niños demasiado curiosos. Tintoreros, zapateros, carpinteros de todo tipo, herreros y fabricantes de cuerdas y objetos de esparto se afanaban para mostrar al público sus mercancías, y lograr ser los elegidos por la masa de mujeres y esclavos que ya se habían lanzado a las calles para adquirir los productos que necesitaban en sus hogares. Cada varias manzanas, Marco se encontraba con algún maestro que daba clase a sus discípulos en plena calle, tratando de inculcar en los pequeños el conocimiento de las primeras letras latinas y griegas, mientras los niños, sentados en humildes taburetes, garrapateaban signos de trazo torpe en sus tablillas de cera. A esta turbamulta de hombres, mujeres y niños gritando y desgañitándose por hacerse oír, se sumaban todo tipo de animales como caballos, burros, cabras, rebaños de ovejas, algún cerdo extraviado y bueyes que tiraban con mansedumbre de enormes carros cargados de pesadas mercancías.

La Subura en todo su esplendor, pensó Marco mientras se abría paso en medio de la muchedumbre y hacía esfuerzos para avanzar, al tiempo que procuraba que ningún ladrón le aligerara el peso de su bolsa de monedas, ya de por sí bastante mermada.

Cuando llegó al foro, el panorama que encontró fue muy semejante, aunque en aquel espacio, corazón de la ciudad de Roma, las humildes túnicas y las capas raídas se mezclaban con telas de calidad y estolas vaporosas de tejidos caros. Además de los carros con mercancías, en aquel punto había numerosas literas y sillas de mano que llevaban a senadores y caballeros de un lugar a otro de la ciudad para que pudieran cumplir con sus obligaciones sin verse en la necesidad de mezclarse con el pueblo llano. Al fin y al cabo, faltaban muchos meses para que se produjeran las siguientes elecciones, y ninguno de aquellos políticos tenían en aquel momento necesidad alguna de resultar cercanos o simpáticos a los votantes de la plebe.

Tras acometer la inclinada subida al Aventino, Marco se sintió exhausto. Como le había ocurrido en cada ocasión que había realizado una visita a sus amigos del *collegium* del tritón, hizo una parada en la plaza frente a la cual se encontraba su sede y sumergió la cabeza en la fuente que daba nombre a aquella asociación. Después, ya refrescado, bebió agua del caño que sobresalía de la concha de piedra sostenida por un hombre con cola de pez. Marco se sentó en el borde de la fuente

para recuperar las fuerzas y esperar a que su pelo se secara. En aquel lugar se encontraba cuando un hombre se acercó a él, sonriendo.

—Mucho tiempo sin vernos, Lemurio.

Los dos hombres se saludaron con afecto. Marco miró a Publio, el magistrado de aquel *collegium* del Aventino, y pensó en cómo había cambiado su relación a lo largo de aquel año. De recibirle con gesto hosco y puñal en mano, había pasado a convertirse en un amigo sincero y agradecido por los servicios que Marco les había prestado a él y los suyos.

—El Aventino tiene cuestas muy empinadas —dijo—. Cada vez se me hace más difícil subir hasta aquí.

—¿Excusas baratas a estas alturas? —Publio se echó a reír. Resultaba evidente que los tiempos en los que el *collegium* tenía que luchar por su supervivencia en las calles de Roma habían quedado atrás. Como protegidos que eran de Pompeyo, el triunfo del general y sus aliados, que se había saldado con la concesión de un mando extraordinario para luchar contra la piratería en los mares, había tenido su reflejo en ellos. Publio sonreía, radiante y relajado—. Vamos, tómate una jarra de vino con nosotros. ¿Qué te trae por nuestra colina? ¿Has venido al templo de Ceres? Por los dioses que eso sí que me parecería una novedad.

Publio condujo a Marco al interior del edificio que servía de sede al *collegium* del tritón, apenas un conjunto de edificaciones levantadas alrededor de un gran patio a la sombra de una enorme higuera de aspecto vetusto y recio. Algunos hombres bebían vino y jugaban a los dados en las largas mesas que se usaban para las reuniones de la cofradía, y al ver entrar a Marco lo saludaron con afecto. Todos ellos recordaban el papel que había jugado Marco en el descubrimiento del hombre responsable del asesinato de uno de los suyos meses antes. Publio hizo una seña a una niña, y esta fue corriendo al interior y regresó con una jarra de vino y dos vasos. Marco aceptó con gusto la invitación. El agua de la fuente apenas había hecho mella en su sed. Tras dejar el vino en la mesa, la niña no tardó en regresar con un plato lleno de aceitunas y trozos de un embutido duro y picante.

—Publio, tengo que pedirte algo…

—¿Otra vez? Raro es el día que te pasas por aquí solo por el placer de saludar a los amigos.

—Esto será sencillo. Necesito ver a Cardixa. Tengo que hablar con ella. Es importante.

La alegría del rostro del magistrado se evaporó al instante.

—Cardixa no recibe visitas. No se encuentra bien y no desea ver a nadie.

—Sí, eso es lo que me has dicho cada vez que he preguntado por ella. Pero en esta ocasión es diferente. No son preguntas lo que traigo, sino una advertencia. Por su propia seguridad, tiene que escucharme. Es posible que Cardixa esté en peligro.

—¿Peligro? ¿Aquí? Quienquiera que pretenda hacerle daño tendría que matar a decenas de hombres antes de llegar a ella. Estás en el sitio más seguro del Aventino, Marco Lemurio. No hay peligro alguno para Cardixa, te lo aseguro.

Publio engulló un puñado de aceitunas y fue escupiendo los huesos uno a uno.

—No lo entiendes. Tengo que hablar con ella. Sé que anoche regresó herida. ¿Tengo razón?

El magistrado dio un puñetazo en la mesa que hizo que el resto de los hombres, repartidos en las mesas, se giraran hacia ellos.

—¿Y cómo puedes saber tú eso? ¿Acaso has tenido algo que ver? Por los dioses, Lemurio, que si no estuviera convencido de que eres un amigo leal, sacaría a pasear el cuchillo ahora mismo.

—Lo sé… porque simplemente lo sé. No puedo decirte más. Pero por Mercurio sabes que yo no soy una amenaza para Cardixa ni para nadie de este *collegium*. Vengo precisamente a advertirle de esa amenaza.

Publio se levantó.

—Lo siento, pero no te permitiré verla. Y esta es mi última palabra. En ese momento, la niña que les había servido el vino y la comida regresó corriendo, se encaramó a uno de los bancos y susurró algo al oído de Publio. Este la escuchó con atención y frunció el ceño.

—¿Estás segura de que ha dicho eso? —preguntó. La niña volvió a susurrar en su oído—. ¡Está bien! Qué difícil es intentar dirigir esta casa de locos…

El magistrado se volvió hacia Marco y, tras escupir el último hueso de aceituna en el suelo del patio, le agarró del hombro.

—Cardixa quiere verte. Ha oído tu voz y ha decidido que tiene fuerzas para hablar contigo. Pero te advierto una cosa, Lemurio —Publio cerró su enorme manaza sobre el hombro de Marco para dar firmeza a sus palabras—. Esa mujer lleva con nosotros mucho tiempo. La mayoría de nosotros le debemos la vida. De no haber sido por ella, la noche en que llegué aquí con tres puñaladas en el vientre y las tripas

casi colgando hasta las rodillas habría muerto con toda seguridad. Muchos de los hombres de este *collegium* tienen historias parecidas a la mía. Así que, por tu propio bien, espero que no tengas nada que ver en esa amenaza de la que hablas.

—Veo que la amistad es un sentimiento muy voluble en el Aventino —dijo Marco.

Publio enrojeció ante aquella ofensa, pero no soltó el hombro de su interlocutor.

—Todo en esta ciudad es voluble. Tanto como lo somos los hombres y las mujeres que vivimos en ella. Compórtate como un amigo, y tanto yo como mi gente responderemos de igual manera. Como hemos hecho hasta ahora —Nunca te he dado motivos para creer lo contrario.

—Y ojalá no sea hoy el día en el que me los des. Acompáñame.

Publio condujo a Marco al interior del edificio principal, a una sala que ya le era familiar por sus muchas visitas anteriores. En uno de los extremos, varias lucernas y velas ardían a los pies de la tosca estatua de madera que representaba a la diosa Venus, protectora del *collegium*. Marco pensó en la última vez que había estado en aquella estancia, aguardando a que los miembros de la cofradía le dieran su veredicto acerca de si le ayudarían a desentrañar el misterio de los niños desaparecidos en la Subura durante el verano. En aquel mismo lugar se había encontrado con una extraña criatura, un enorme animal de pelaje negro y brillante con los ojos verdes, que solo ante la visión de la lágrima de Perséfone en la mano de Marco se había retirado al interior del edificio. Marco tragó saliva. Confiaba en que aquel monstruo que el *collegium* sin duda ocultaba en alguna jaula no hiciera acto de presencia aquel día.

Publio escoltó a Marco hasta la habitación de Cardixa, que resultó ser un cuarto pequeño y modesto, con un ventanuco casi junto al techo como única fuente de luz y ventilación. La mujer estaba tumbada en la cama, recostada sobre unos almohadones. Tenía los ojos cerrados y respiraba con dificultad. Marco se sorprendió de lo mucho que había envejecido Cardixa en los meses que habían transcurrido desde la última vez que la había visto. Ya entonces la mujer númida le había parecido una anciana que podría rondar los ochenta años, aunque se mantenía robusta y con andares y voz enérgicos y firmes. La mujer que tenía ante él en aquel momento era mucho más delgada y el tono de su piel negro incluso parecía haber palidecido y asumido un matiz amarillento y apergaminado.

Junto al cabecero de la cama, una esclava también anciana velaba su sueño y humedecía de cuando en cuando con un paño la frente calenturienta de la enferma.

Al escuchar que alguien entraba en la habitación, Cardixa abrió sus ojos, velados por una eterna niebla blanca.

—Hijo de Neóbula —murmuró con voz agrietada—. Ha pasado mucho tiempo.

—No por deseo mío —dijo él—. He venido a verte en varias ocasiones. Pero tus amigos han resultado ser unos guardianes formidables.

Publio gruñó una protesta, pero Cardixa, sin embargo, sonrió. Una sonrisa débil y cargada de tristeza.

—No tenía más respuestas para ti, Lemurio. Te dije cuanto sé. Yo… necesitaba reflexionar acerca de lo que iba a ocurrir —Cardixa comenzó a toser doblándose sobre sí misma. Fue entonces cuando Marco se percató que tenía la espalda y el cuello cubiertos de vendas que, aunque presentaban aspecto de haber sido cambiadas recientemente, comenzaban ya a teñirse con finas líneas rojas que delataban la presencia de heridas sin cicatrizar—. Espero que perdones a esta vieja bruja.

—No hay nada que perdonar. Pero ahora debes escucharme —dijo Marco—. Estás en peligro, Cardixa.

La anciana volvió a sufrir un ataque de tos, pero finalmente logró controlarlo y la tos dio paso a la risa. Cuando también logró dominar las carcajadas, hizo una señal con la mano hacia el lugar donde estaba Publio.

—Hijo mío, Publio, déjame a solas con él. No temas por la vieja Cardixa. Ya estoy más allá de todo peligro. Y el hijo de Neóbula… este Marco Lemurio… ha demostrado que es un buen hombre y un amigo fiel. No vuelvas a dudar de sus intenciones, Publio. Y ahora, márchate. Quiero que sea este joven quien me acompañe en el día de hoy.

—Cardixa…

—¿Vas a llevarme la contraria después de tantos años, niño tonto? Márchate. Y llévate a esta buena mujer que con tanto celo me ha atendido. Necesito quedarme a solas con Marco. Hoy… quiero estar con uno de míos.

El magistrado no volvió a protestar. Hizo que la anciana esclava se levantara y salió tras ella, no sin antes lanzar una mirada de advertencia a Lemurio.

Cuando se hubo cerrado la puerta, Cardixa extendió la mano.

—Ven, siéntate junto a mí. Deja que toque tu rostro.

Marco tomó la mano de la anciana y la guio hasta su propia cara. La mujer palpó sus mejillas, su frente, su nariz, sus labios, sus ojos.

—Eres un hombre guapo… aunque tu mirada es triste. Mucho es lo que has tenido que sufrir, hijo de Neóbula. Viniste a mí con muchas preguntas, y algunas las pude resolver. Y hoy noto en tu espíritu que has encontrado otras respuestas por tu cuenta. Respuestas que no han traído a tu corazón la paz que tanto anhelabas…

—Tienes razón en todo, Cardixa, pero ahora tienes que escucharme. Hay un hombre que…

—¿Quiere matarme? Sí, a punto estuvo de conseguirlo anoche. Tal vez debí dejarme matar… tonta de mí… Al fin y al cabo, solamente hubiera adelantado unos días lo que los dioses ya habían dispuesto. Pero la sangre de Numidia es fuerte, y arde en mi anterior, obligándome a luchar cuando me provocan. No, no me mató, y sospecho que tampoco yo lo maté a él. Por suerte para ti, Marco, pues ese hombre tenía respuestas que sin duda quieres escuchar…

—Ese hombre volverá en cuanto se recupere de sus heridas. Volverá para acabar lo que empezó.

—¿Lo que empezó? No, él no lo empezó. No fue él quien arrugó mi piel y debilitó mis huesos. La muerte nos persigue desde el momento en el que nacemos, y lleva tiempo cerca de mí, acechándome. El hombre, del que hablas, solo habría precipitado con su espada lo que el tiempo ya había hecho inevitable.

La tos volvió a asaltar a la anciana. Una tos seca que hizo temer a Marco que la mujer se quedara inerte entre sus brazos en cualquiera de las acometidas. Finalmente, se calmó.

—¿No vas a hacer nada, entonces? —preguntó Marco.

—No hay nada que pueda hacer, salvo esperar. ¿Quieres esperar conmigo, hijo de Neóbula? ¿Me harás compañía en este último trance? A cambio de tu paciencia y de que sostengas mi mano, te hablaré de tu madre, si eso es lo que deseas. Oh, nada trascendente que te revele algo nuevo de ella. Solamente historias y recuerdos de una vieja que tuvo en tu madre no solo a una confidente y una aliada, sino una amiga. Y te hablaré de Numidia, de las arenas infinitas de mi tierra, de los atardeceres en el desierto y del rugido del león en las montañas. No siempre fui ciega, Marco, y tengo poderosos recuerdos de aquellos lugares donde nací y crecí. ¿Te quedarás conmigo hasta que salga la

luna? En aquella ocasión fue Lemurio quien acarició el rostro de la anciana. Sus ojos ciegos habían comenzado a llorar lágrimas muy pequeñas que se perdían entre los pliegues de su cara arrugarla.

—Me quedaré contigo, Cardixa. Hasta que salga la luna.

Cardixa habló, y Marco escuchó. En algún momento, Publio regresó y, al comprobar que Cardixa charlaba con ánimo, volvió a marcharse. Los esclavos llevaron comida y vino a Marco, y este lo agradeció. La anciana no probó bocado ni bebió agua. Se limitó a seguir hablando y hablando, con los ojos ciegos perdidos en las paredes y el techo de la estancia. En algunos momentos Marco, que escuchaba en silencio, dudó si la mujer le habla a él o se dirigía a otra persona a la que solo ella podía intuir en su mundo de sombras. A medida que pasaba el día, Cardixa se perdía en su mundo de recuerdos, anécdotas y descripciones, sin tener ya muy claro quién era la persona que había junto a ella. En alguna ocasión llamó a Marco por algún extraño nombre africano, y él apretó su mano, dándose por aludido y arrancando una sonrisa a la anciana.

Cuando empezó a caer la tarde, Marco se convenció del todo. Cardixa estaba muriendo y no había nada que ni él ni nadie pudiera hacer para evitarlo. No eran las heridas causadas por Crises las que mataban a hechicera númida. Aquellos cortes y tajos realizados por una espada solo habían acelerado la debilidad que consumía a la mujer desde hacía ya mucho tiempo. Pese a ello, Marco maldijo el nombre de Crises en silencio. ¿Que mal había hecho aquella mujer a nadie? ¿Qué justicia había en dar muerte a una anciana que ya tenía un pie en la tumba?

En los escasos ratos en los que Cardixa pareció quedarse dormida, Marco aprovechó para salir y usar la letrina. En la sala común del *collegium se* habían reunido casi todos sus miembros, y bebían vino en silencio o charlaban entre ellos en voz muy baja. Todos miraron a Marco con rostro de agradecimiento. Cardixa era para ellos una figura esencial en sus vidas. La idea de que aquel grupo pudiera continuar sin su presencia constante se les antojaba absurda, inconcebible.

—Gracias por acompañarla en este trance —dijo Publio.

—Gracias a vosotros por admitirme aquí en un día como este.

Marco regresó junto a Cardixa que, ya despierta, se movía agitada en el lecho.

—¿Ha caído ya la noche? preguntó ella.

—Casi. El sol se está poniendo.

—Bien. El momento se acerca…

—No trates de hablar, Cardixa. Descansa.

Marco volvió a sentarse junto a la cama y acarició el cabello blanco y ensortijado de la mujer.

—Tiempo tendré de descansar. El sol no volverá a verme sobre la tierra. Será esta luna la que me diga adiós. La misma luna que me vio nacer, allá lejos, más allá del mar…

—No tiene que ser así.

—Y, sin embargo, así será. Ahora escúchame, Marco, pues tengo una última historia que contarte. La más importante de todas. El hombre que vino a matarme… yo sabía que tarde o temprano aparecería en Roma. Le he esperado toda mi vida. Si hubiera llegado hace unos años, es posible que el resultado de nuestro enfrentamiento hubiera sido otro. Pero vino buscando a una poderosa hechicera, y se encontró a una simple anciana… capaz de dar un último zarpazo. Sé quién es ese hombre, pues tu madre me habló de él. Neóbula también sabía que acabaría por encontrarla de un modo u otro.

—¿Mi madre te habló de él?

Cardixa asintió.

—Me habló de él, su hermano, y del resto de su estirpe, así como de su misión. Neóbula le temía, no solo por lo que podría haberle hecho a ella, sino por lo que podría hacerte a ti.

—¿A mí? ¿Qué podría hacerme a mí? Lo único que ha hecho ha sido intentar entrenarme…

—Recuerda quién eres, Marco. Recuerda de quién eres heredero. Tu madre siguió su propio camino, tuvo el coraje de crear su propia senda para ella y para su hijo. Pero no estás obligado a ser quien no quieres ser. Sé tú mismo. Sé un Lemurio si eso es lo que te dicta el corazón.

Marco, que no había entendido bien a qué se refería la anciana, dijo que sí con la cabeza y le limpió el sudor con un paño. Al menos, en medio de aquellos delirios, Cardixa le había confirmado que Crises era el hermano de su madre. En eso no le había mentido.

Pasaron un rato en silencio hasta que el sol se puso por completo y la noche cayó sobre Roma.

—La luna brilla en el cielo. Noto su presencia, siento su llamada. Ha llegado la hora.

Cardixa intentó levantarse, pero las fuerzas le fallaron y volvió a caer sobre el colchón.

—Ayúdame a levantarme —pidió.

—Tienes que descansar.

—Ayúdame o lo haré yo sola si me veo obligada a ello.

Marco no se atrevió a discutir. Permitió que Cardixa se apoyara en sus hombros primero y, una vez ya estuvo en pie, se aferrara a su brazo para caminar lentamente. Poco a poco, ambos salieron a la sala común. Al verles llegar, los hombres del *collegium* se levantaron también.

—¿Cómo se te ocurre sacarla de la cama? —dijo Publio alarmado.

—Porque así se lo he pedido yo, Publio. Marco solo cumple mis deseos. Y lo hará de ahora en adelante. De modo que, pase lo que pase, veáis lo que veáis, tened claro que nada debéis reprocharle a este hombre. Es Cardixa quien en pleno uso de sus facultades toma sus decisiones, ¿Lo habéis entendido?

La mayoría de hombres permanecieron en silencio, mientras otros asentían. Muchos no habían visto a la anciana desde varios días atrás quedaron consternados al ver su estado de debilidad.

—Habéis sido la mejor familia que una anciana extranjera podría desear. Todos y cada uno de vosotros, muchachos, habéis sido los hijos que mi vientre nunca engendró. Así os he querido y así os recordaré cuando viaje más allá de las arenas infinitas, más allá de la tierra en las que los etíopes celebran sus banquetes junto a los dioses. Era una extranjera cuando los ejércitos de Mario me trajeron aquí desde mi amada África, hace ya treinta años. Era una extranjera y así me sentí, pero el Aventino se ha metido en mis huesos y hoy soy casi tan romana como hija del desierto. Gracias, mis queridos muchachos, por la vida dichosa que me habéis brindado. Desde allá donde vaya os mandaré mi protección y mis buenos deseos.

—Cardixa, por favor… —dijo uno de los hombres más jóvenes del *collegium*, un muchacho que apenas había empezado a afeitarse—. No nos dejes.

—No es potestad de los mortales decidir cuándo nacemos, y tampoco lo es decidir cuándo morimos. Ahora apartaos. Marco me acompañará esta noche a contemplar la luna una última vez. Os pido que no nos sigáis más allá del arco de la entrada. Conceded a vuestra querida Cardixa este último deseo.

La mujer echó a andar, tomada del brazo de Marco. Aunque no podía verlos, dirigió sus ojos muertos a los rostros de todos los hombres y mujeres presentes en la sala, y para todos y cada uno de ellos tuvo un último gesto de cariño y complicidad. Los más recios lograron contener las lágrimas, pero fueron muy pocos. La mayoría de los hombres se

dejaron llevar por la emoción de lo que sabían que era la despedida final de alguien muy querido.

En el patio, Cardixa caminó hasta el tronco de la higuera y puso la palma de la mano sobre él.

—Tú eres más viejo que yo, y mucho más sabio. Cuida de mis niños, buen árbol. Dales sombra con tus ramas y ofréceles tus frutos más dulces. Mantente fuerte, pues se acercan tiempos difíciles para todos.

Acarició la corteza del árbol y echó a andar hacia el arco de la entrada. Los hombres y mujeres del *collegium* habían salido al exterior y se habían situado entre las mesas y bancos para ver partir a la anciana. Ninguno dijo nada cuando ella, acompañada de Marco, atravesó el arco y se perdió en la noche romana.

—¿Crees que podrás llevarme hasta lo alto de la colina? A la explanada junto al templo de Ceres. Es posible que me fallen las fuerzas…

—Yo tendré fuerzas para los dos —dijo él. Y las tuvo.

El Aventino había sido desde los orígenes de Roma la colina de la plebe. Mientras los patricios ocupaban las tierras bajas del foro y las laderas del Capitolio y el Palatino, los más pobres, los artesanos, jornaleros, tenderos y demás trabajadores, construían sus cabañas y casas en aquella pequeña montaña, más allá del valle del Circo Máximo. Era allí, en el Aventino, donde los plebeyos se habían retirado cuando los abusos de los patricios fueron ya insoportables, donde habían nombrado a los primeros tribunos de la plebe y donde habían erigido sus santuarios sagrados, los templos de Ceres, Líber y Libera. Con el paso del tiempo, aquellos templos se habían convertido en lugares de culto a los que asistían tanto ricos como pobres, patricios y plebeyos, caballeros y vulgares hombres del pueblo. Pese a todo, la cima del Aventino había conservado un aire místico para la plebe, que sabía que en aquella colina se había fraguado su identidad como grupo.

Cuando Cardixa llegó a la explanada del templo, casi en la cumbre de la colina, Marco casi tenía que llevarla en brazos. Como había vaticinado, las fuerzas habían comenzado a abandonarla al poco de iniciar la subida Solo con una inmensa fuerza de voluntad y con la ayuda paciente de Marco, la anciana consiguió alcanzar su objetivo.

El templo de Ceres, una hermosa construcción de piedra remodelada en numerosas ocasiones que imitaba los grandes templos del sur de Italia quedaba a su izquierda, tapando el firmamento con su inmensa mole de columnas y tejados. A la derecha se abría la explanada en la

que el pueblo se reunía para presenciar los rituales y sacrificios en los días de fiesta. A aquellas horas de la noche, el lugar estaba desierto.

Cardixa se soltó de Marco y, de alguna manera, encontró fuerzas para echar a andar sola.

—Ahora, hijo de Neóbula, me despido también de ti. Esa bruja griega puede estar orgullosa del hijo que educó, ya lo creo que sí… Tan romano como el mismo Tíber, pero un buen hombre a pesar de ello.

La anciana acarició el rostro de Marco.

—Veas lo que veas, no te acerques. Todo terminará pronto. Tal vez nos veamos… en otra vida.

La mujer númida dio la espalda a Marco y echó a andar por la explanada hasta situarse en su centro. Una vez allí, alzó la cabeza al cielo. Aquella noche brillaba sobre Roma una magnífica luna llena en todo su esplendor, solo manchada por algún jirón de nube ocasional que pasaba frente a ella y volvía a perderse en la oscuridad infinita del firmamento.

Marco se mantuvo muy quieto en su sitio. Si la anciana había decidido morir en aquel lugar, lo único que podía hacer él era respetar sus deseos. Supuso que Cardixa se tumbaría en el suelo a esperar lo inevitable, o que tal vez sacaría de los pliegues de su ropa algún veneno para beberlo y acelerar el proceso o hacerlo menos doloroso.

Ni en sus más oscuros pensamientos habría Marco imaginado lo que sucedió a continuación. Cardixa comenzó a emitir un gruñido sordo, muy débil al principio, pero cada vez más grave y potente. La mujer se agachó, inclinándose sobre su propio vientre, hasta que sus manos tocaron el suelo. Todo su cuerpo temblaba como si bajo la piel bullera un líquido hirviendo.

—Qué… —comenzó a decir Marco, pero no pudo terminar.

Las formas del cuerpo de Cardixa comenzaron a cambiar. El aspecto humano de la hechicera dio paso primero a una forma indefinida y temblorosa, de color muy oscuro, que poco a poco fue cobrando un aspecto diferente, más grande, más estilizado. Las ropas se rompieron y cayeron al suelo, dejando a la luz de la luna la nueva piel de la mujer, ya no humana, sino bestial, cubierta de un pelo negro y brillante. Finalmente, el gruñido se convirtió en un rugido desgarrador capaz de helar el alma al hombre más valiente.

Cardixa se había convertido en un enorme felino de color negro que rugía a la luna con la cabeza alzada hacia el firmamento.

—Eras tú… —murmuró.

Marco comprendió de pronto muchas cosas. El animal que había visto meses atrás en la sede del *collegium* del tritón no era otro que la vieja Cardixa en su forma animal. De alguna manera, aquella hechicera númida tenía el don, o tal vez la maldición, de convertirse en una enorme pantera negra, tan hermosa como letal. Aquel día, ya lejano, el animal no había atacado a Marco, aunque, mientras contemplaba a la moribunda bestia, él no supo decir si había sido porque le había reconocido o porque se había atemorizado al ver que estaba a punto de utilizar la lágrima de Perséfone para defenderse.

Marco también entendió entonces el origen de las heridas de Crises. El hermano de Neóbula se había enfrentado a Cardixa en su forma animal y había pagado un alto precio. La hechicera también había recibido profundas heridas que habían acelerado el proceso de la enfermedad que ya la estaba matando, pero había sido Crises el que había estado más cerca de la muerte en el transcurso de aquella pelea.

—Apártate —dijo una voz desde la escalinata del templo situada a su izquierda. Marco se giró y se encontró con el rostro de Crises, con el brazo herido sostenido con un tosco cabestrillo y el brazo sano empuñando su larga espada—. Debí de haber imaginado que algo así ocurriría…

Pese a estar herido, Crises descendió las escaleras del templo de dos ágiles saltos. Alzó la espada y apuntó con ella a Marco.

—Mantente al margen. Voy a terminar lo que empecé ayer. Esa criatura no volverá a sorprenderme con la guardia baja.

En lugar de obedecer las órdenes del anciano, Marco corrió a interponerse entre Crises y la bestia en la que se había transformado Cardixa. La pantera, al darse cuenta de lo que estaba ocurriendo, dejó de rugir a la luna y se volvió hacia ellos con movimientos muy lentos.

—No voy a permitirte que hagas nada. Esa mujer ha venido hasta aquí para morir en paz con el mundo. Tu espada no es necesaria.

—Esos monstruos son letales hasta su último aliento. ¿Piensas que ella te perdonaría la vida si te pusieras a su alcance? Apártate ahora, romano, y deja que cumpla con mi cometido.

—Tendrás que pasar por encima de mí —Marco sacó su propia saga del interior de su túnica. Aquel cuchillo resultaba totalmente inofensivo en comparación con la espada de Crises, pero Marco pensó que el gesto al menos demostraría que estaba determinado a luchar si le obligaban a ello. Incluso estando herido Crises, aquella disputa solo podía saldarse con Marco muerto desangrado en el suelo.

—¿Crees que no lo haría? ¿Crees que dudaría un instante en atravesar con mi espada al hijo de mi hermana si este se interpusiera en el camino de mi misión?

—Supongo que lo harías sin titubear. Los monstruos como tú no se detienen ante nadie ni ante nada. Creo que me matarías, como también habrías matado a mi madre, de haber sido ella la que se hubiera interpuesto entre tú y tus víctimas.

Crises no respondió. Las palabras de Marco no hicieron mella alguna en su expresión de dureza y determinación absolutas.

—Tan estúpido. Tan soberbio. Tan romano… —dijo Crises en voz baja—. Habría podido hacer de ti un gran hechicero.

—Me conformaré con ser un trilero de poca monta —respondió Marco, recordando súbitamente el apelativo que Flavia le había dedicado durante su conversación la noche anterior—. Siempre será mejor eso que ser un asesino.

Crises hizo un gesto con la espada, señal de que la conversación había terminado y se disponía a cargar contra él. Marco apretó los dientes. Si conseguía resistir dos de las arremetidas del anciano, antes de morder el polvo, podía considerarse afortunado.

Sin embargo, la lucha no llegó a darse.

Detrás de Marco, la pantera rugió una última vez. Un rugido poderoso que hizo que todos los perros del Aventino comenzaran a ladrar aterrados como respuesta. Tras aquel rugido, la criatura se desplomó en el suelo, con los ojos cerrados.

Cardixa había muerto.

Marco, al ver al animal caer, se desentendió de Crises y corrió junto a él. Cuando llegó, la pantera había desaparecido y en su lugar encontró el cuerpo de una anciana africana, completamente desnuda. Marco intentó buscar algún resto de vida en ella, pero no lo encontró. Su vida había terminado de la forma en que ella había elegido, convertida en la enorme bestia que había latido siempre en su interior, rugiendo a su amada luna y sintiéndose libre y poderosa una última vez.

—Descansa, Cardixa. Y si encuentras a mi madre al otro lado, dale recuerdos de su hijo. Dile que todavía la echo de menos.

Cerró los ojos cubiertos de niebla de Cardixa y volvió a ponerse en pie, dispuesto a enfrentarse a Crises si el anciano aún lo deseaba. Sin embargo, cuando se giró, descubrió que la explanada del templo estaba desierta de nuevo. Crises había desaparecido.

Desolado por la muerte de Cardixa, Marco regresó a la Subura.

Habla llevado el cuerpo muerto y desnudo de la anciana hasta la sede del *collegium* del tritón para que fueran ellos, su familia, quienes se encargaran de los ritos fúnebres de la vieja hechicera. Tal y como ella les había indicado, ninguno osó cuestionar a Marco ni culparle de la muerte de Cardixa. Aceptaron su cuerpo, lo dejaron sobre una de las mesas de la gran sala de asambleas y lloraron sobre él. Publio llegó incluso a pedir a Marco que se quedara con ellos y participara de las ceremonias funerarias. Él, sin embargo, rechazó la invitación. Estaba muy cansado, dijo, y deseaba llorar su pena en solitario.

Nada se dijo acerca de la capacidad de Cardixa para convertirse en un enorme y letal felino. Si los miembros del *collegium* conocían aquella habilidad de la hechicera númida, no comentaron nada, al menos no delante de Marco.

Lemurio dejó a los miembros del *collegium* llorando la muerte de su amiga e inició el descenso de la colina. Como había dicho, necesitaba pasar su dolor lejos de aquel lugar. Había visto a Cardixa solo tres veces en su vida, pero aquel largo día pasado con ella, escuchando sus historias, sus recuerdos de juventud, le habían hecho llegar a sentirse muy unido a la anciana.

Sus pasos, no tan errantes como él creía, le llevaron finalmente hasta la taberna de Quelidón. Marco saludó a Tito con un gesto que el portero respondió con un gruñido. Ocupó su mesa, vacía aquella noche, y pidió una jarra de vino. Había apurado dos vasos sin apenas levantar la mirada de la mesa cuando una mujer se sentó junto a él y le acarició el pelo.

—Alda… —murmuró Marco, y esbozó una sonrisa triste.

—¿Y esos ojos enrojecidos? —preguntó ella—. ¿Has estado llorando, cazador de licántropos?

—Hoy he perdido a una vieja amiga.

—Lo lamento… Te dejaré solo con tu duelo entonces.

Alda se dispuso a levantarse cuando Marco la detuvo, agarrándola por el brazo.

—No, espera. Tengo algo que… decirte.

Marco no pensó en lo que hacía. Había decidido no contar nada a hispana de la propuesta de Marco Antonio. Al fin y al cabo, las posibilidades de que encontrara a la extraña mujer que había acabado con la vida de Aulo Ebucio eran muy remotas, y la posible liberación de Alda era, en consecuencia, una quimera en aquellos momentos. No quería despertar en la esclava falsas esperanzas que tal vez no sería

capaz de cumplir… Y, sin embargo, al ver sus ojos oscuros, su rostro marcado por una sincera compasión ante la tristeza de Marco, no pudo evitar sincerarse con ella.

—¿Qué me responderías si te dijera que puedo estar en condiciones de conseguir tu libertad?

Alda retiró la mano de Marco de su brazo con suavidad.

—Te respondería que no es la primera vez que me prometen algo así. Pero aquí sigo, siendo esclava.

—Esto es diferente. Yo…

—Marco, escúchame. No me hagas esto. Tú no. No lo necesitas. No tienes que engañarme… No juegues conmigo, por favor. No seas… uno más.

Por un instante, Marco sintió como si la máscara con la cual Alda ocultaba su verdadero ser, el rostro de profesional del sexo de pago que usaba para seducir a sus clientes, se resquebrajara y la hispana le dejara ver sus auténticas facciones.

—No es un engaño. Imagina que pudieras ser libre, que yo consiguiera tu libertad. ¿Qué harías…?

Ella no le dejó terminar. Se levantó del taburete con expresión dolida.

—Te dejo que bebas a la salud de tu amiga. Buenas noches, Marco.

—Alda, no…

La hispana se perdió entre la multitud y Marco renunció a ir tras ella. Si había pensado que en el momento en el que él mencionara la palabra libertad ella caería rendida en sus brazos, la reacción de la hispana aquella noche le demostraba que estaba equivocado. Alda, simplemente, no le había creído. Había rechazado su propuesta como si se tratara de un truco para tratar de arrastrarla a la cama.

Marco se golpeó la frente con la palma de la mano y dio un largo trago de vino. En aquel momento, además de triste por la muerte de Cardixa y dolido por el papel que en ello había tenido Crises, se sentía estúpido y torpe por lo que acababa de ocurrir entre Alda y él. Aquella noche no podía acabar de un modo peor.

IXX

Nuevos amigos

A REGAÑADIENTES, Céfiro cumplió con las tareas que Marco le había indicado antes de marcharse aquella mañana. Terminó de limpiar la casa, bajó a la calle y compró algunas cosas en las tiendas más cercanas al callejón. Sabía que si se alejaba un poco más podía encontrar mejores precios y calidades, pero aquella mañana no tenía tiempo para perderlo ahorrándole a su amo unas monedas. Para evitarse el engorro de tener que cocinar, compró un guiso en un termopolio que ofrecía comidas ya preparadas a un precio razonable para que los clientes lo consumieran en la calle o en sus casas. Supuso que el anciano tendría fuerzas suficientes para poder comerse un plato de garbanzos con un caldo espeso y algún trozo diminuto de carne de pollo.

Sin embargo, cuando entró en el estudio de Neóbula, se encontró con que el hombre al que había dejado bajo el cuidado de Marco la noche anterior ya no estaba allí. En algún momento de la mañana se había marchado, sin dejar tras él ni rastro de su presencia. Céfiro no se detuvo a indagar. Dejó el recipiente con el guiso sobre la mesa por si el hombre regresaba y cerró la puerta del estudio, libre ya de poder dedicarse a sus propios asuntos.

En lugar de dirigirse hacia la vieja herrería abandonada donde se reunía con sus compañeros, aquella mañana Céfiro puso rumbo al Arco de los Huesos. Néstor le había citado en la sede del *collegium* de carniceros, y ya llegaba tarde a su cita. El niño hizo el camino tan rápido como le permitieron sus cortas piernas y la muchedumbre que atestaban algunas de las calles que tuvo que atravesar. Finalmente, llegó a la sede del *collegium* casi sin resuello por la carrera. En aquella ocasión el portero no puso impedimento ninguno a que entrara, ya que

Néstor le había advertido de la llegada de Céfiro.

—Te esperaba a primera hora de la mañana —dijo el magistrado, que a aquellas horas ya había revisado junto a Antifrón todos los asuntos y las cuentas del *collegium*— . ¿No te ha despertado hoy el gallo?

—He llegado en cuanto me ha sido posible. Mi amo me ha impuesto algunas tareas.

Néstor hizo un gesto de asentimiento y comprensión.

—Tu amo… Algún día tendremos que hablar de ese amo tuyo. ¿Estás satisfecho con tu vida de esclavo?

—¿Qué esclavo lo está? —respondió el niño sin dudarlo.

—Te sorprendería cómo algunos hombres asumen su papel servil sin cuestionar para nada su suerte. Pero es evidente que tú no eres de esos, ¿Naciste siendo esclavo?

—Mi amo me recogió en la calle cuando era muy pequeño. No tengo recuerdo de haber sido otra cosa.

—¿Te trata bien?

—Sí —dijo Céfiro de inmediato. Por algún motivo, aquel interrogatorio no le estaba gustando. No quería que Néstor tuviera en su cabeza a Marco, El magistrado de aquel *collegium* era un hombre peligroso—. Marco es mi amo, pero también es como un hermano mayor.

—Un hermano mayor te habría concedido la libertad hace tiempo —respondió Néstor, mirando al niño con ojos maliciosos. Ante aquella afirmación, Céfiro no encontró respuesta alguna—. No hablemos de eso ahora. Has llegado tarde…, pero a tiempo. Tengo un encargo para ti; algo sencillo para empezar. Antifrón, di a Lisandro que entre.

El hombre que hacía las veces de secretario de Néstor y contable del *collegium* salió de la habitación y regresó casi al momento acompañado de un personaje al que Céfiro recordaba perfectamente. Grande, con una barba negra que le llegaba casi hasta la cintura y una mirada enloquecida. Era el hombre del que Néstor le había dicho que su madre era una osa tracia la noche en la que los carniceros habían asaltado la vieja herrería.

—¿Qué hace esta cagada de cabra aquí? —preguntó, señalando a Céfiro—. ¿Has cambiado de idea y vas a dejar que lo mate?

El niño sintió un escalofrío recorriendo toda su espalda.

—No solo no voy a dejar que lo mates, sino que hoy vas a convertirte en su maestro. Sí, Lisandro, me has oído bien. Hoy Céfiro va

a acompañarte mientras solucionas el asunto de ese curtidor que no quiere pagar. Observará todo lo que haces, de qué modo, y tomará buena nota de todo ello. ¿De acuerdo, Céfiro?

Antes de que el niño pudiera responder, el enorme carnicero dio un paso al frente y se golpeó la palma de la mano con el puño.

—¿Qué? ¿Has perdido el juicio? Por Vulcano que no pienso ir a ninguna parte con la comadreja que asesinó a Macrón. Que dé gracias a los dioses porque no le meto aquí mismo un espeto por el culo y lo aso para dárselo de comer a mis clientes.

—No creo haberte preguntado si te parecía bien, Lisandro.

—¡Esto es una puta locura! Que perdonemos la vida a estas ratas para evitar una guerra en la Subura me parece bien. Pero que los admitamos cerca de nosotros y les permitamos entrar en nuestra sede es un insulto a la memoria de nuestro compañero. ¡Exijo que esta decisión sea sometida a consulta en una asamblea!

Néstor se puso en pie, haciendo que Lisandro guardara silencio de inmediato. El tracio era bastante más alto que este y, sin embargo, al levantarse el magistrado, pareció encogerse y hacerse más pequeño.

—Antifrón, lleva fuera a Céfiro. Dale un trozo de empanada y un vaso de vino con agua. Y dejadnos solos.

El aludido obedeció de inmediato. Agarró al niño por los hombros y lo sacó fuera, sin darle ocasión a decir nada. Al salir, cerró la puerta tras él. Condujo a Céfiro a otra sala, hizo que se sentara en un taburete y, sin dirigirle la palabra, puso ante él un plato con un trozo de empanada y un vaso de agua, con apenas unas gotas de vino. El esclavo se quedó muy quieto sobre el taburete, y solamente se movió para alcanzar el trozo de empanada y llevárselo a la boca. Apenas dio un trago al contenido del vaso. Aunque era evidente que la mezcla apenas llevaba vino, no quiso arriesgarse a que el alcohol se le subiera a la cabeza. Tenía que estar muy atento y ágil si quería demostrar a Néstor de lo que era capaz.

Finalmente, escuchó la puerta del despacho personal del magistrado abrirse. Néstor y Lisandro salieron por ella. El primero lucía la sonrisa radiante de quien acaba de imponer a otro su voluntad; Lisandro, a su vez, tenía el ceño fruncido, pero llevaba la cabeza gacha en señal de humildad. Céfiro se preguntó que habría podido decirle Néstor a aquel hombre que le superaba en tamaño y fuerza para doblegar su determinación de aquella manera.

—Confío en que Lisandro me traiga un buen informe de tu

actuación, Céfiro —dijo Néstor—. Es uno de nuestros mejores hombres. Aprende de él tanto como puedas.

—¿Qué es lo que tengo que hacer? —preguntó el niño.

—Estarte callado y no separarte de mí —dijo Lisandro, dócil, pero incapaz de refrenar su lengua.

Néstor volvió a sonreír.

—Sí, hoy nos conformaremos con que observes. Tu momento llegará. Ahora marchaos. Solucionad este problema antes del mediodía y todos quedaremos satisfechos.

Céfiro caminó por las calles junto al enorme Lisandro, tratando de seguir el paso que marcaban sus largas zancadas. En el Arco de los Huesos, las personas con las que se cruzaban los miraban con respeto y reconocimiento; cuando salieron de aquella zona de la Subura, estas se tornaron en abierto temor. Céfiro sintió un punto de envidia hacia aquel hombre enorme, de barba espesa y mirada furiosa, que hacía que todos a su alrededor se echaran a temblar. Una vez más volvió a preguntarse qué había hecho Néstor para aplacar sus protestas y devolverle a la obediencia.

—¿Tú también eres carnicero? —preguntó Céfiro para tratar de romper el hielo. La única respuesta que recibió fue un gruñido ininteligible. El esclavo desistió de entablar una conversación. Lisandro se había resignado a su compañía, pero eso no implicaba que aceptara tener una relación cordial con él. No se habían alejado mucho del Arco de los Huesos cuando el tracio se detuvo frente a un establecimiento que, por las mercancías que exhibía junto a la puerta, Céfiro pudo identificar de inmediato como una curtiduría. El olor a cuero inundaba el ambiente a pesar de la suave brisa que corría por la calle.

—Tú a mi lado y sin molestar —dijo Lisandro.

Céfiro entró en el establecimiento siguiendo los pasos del enorme tracio. El niño pensó que aquel negocio debía de ser bastante próspero a juzgar por las calidades de los artículos que allí se vendían. La tienda era un cuarto de pequeño tamaño, ya que la mayor parte del género se exponía en el exterior. El lugar estaba en silencio, pero hasta él llegaban ruidos de la parte trasera donde Céfiro dedujo que se encontraba el taller.

Una muchacha vigilaba la tienda, atenta a la entrada de algún cliente. Al ver entrar a Lisandro y a Céfiro, su rostro de aburrimiento mudó en alarma. Se levantó del taburete y echó a correr hacia la parte trasera de la tienda. Lisandro no hizo amago alguno de seguirla. Se

limitó a sentarse en la misma banqueta donde había estado la niña y esperar. Céfiro se situó junto a él, en silencio, dispuesto a aprender todo lo que pudiera de lo que estaba a punto de ocurrir en aquel sitio.

Tras un rato apareció en la tienda un hombre casi tan alto como Lisandro. Llevaba en las manos dos guantes y un largo delantal de cuero le cubría desde el pecho hasta las rodillas.

—¿Qué quieres? Ya le dije a tu magistrado todo lo que tenía que decir. Mi negocio no está en el Arco de los Huesos ni trabajo en el mercado de la carne. No me uniré a vosotros.

Lisandro se levantó con lentitud, gruñendo como si le dolieran las rodillas al incorporarse.

—Creo que no has entendido la gravedad del asunto. Ser parte del *collegium* no es una decisión voluntaria. Es una obligación para todos los que nos dedicamos a un mismo negocio. Verás, tú trabajas el cuero. El cuero se obtiene del ganado, igual que la carne y todo lo que nosotros vendemos. Es evidente que pertenecemos al mismo negocio.

—Compro las pieles fuera de Roma. No tengo ningún trato con los ganaderos que os venden la carne a vosotros. No, no trabajamos en el misino negocio.

Lisandro abrió los brazos.

—Pero esto va mucho más allá de los negocios. Somos una gran familia y…

—Ahórrate toda esa mierda de la gran familia que cuida de sus miembros. Ese tal Néstor ya vomitó todas sus palabras baratas las dos veces que estuvo aquí, y hablaba mucho mejor que tú.

Lisandro se echó a reír.

—Es verdad que el jodido Néstor habla mucho mejor que yo. Y por eso me ha enviado a mí. Porque el tiempo de las palabras ya se ha pasado.

El tracio levantó el puño, dispuesto a descargarlo sobre un mostrador lleno de bolsas de cuero de diferentes tamaños. Sin embargo, el curtidor fue mucho más rápido que él. Dio dos zancadas, le agarró del brazo y descargó su otro puño sobre el estómago de Lisandro. El enorme tracio soltó todo el aire que tenía en los pulmones y se dobló sobre sí mismo. Trató de defenderse golpeando a su rival, pero una vez más el curtidor se le adelantó y le clavó el codo en la espalda, tirándolo al suelo. Lisandro era más fuerte que él, pero mucho más lento y torpe.

—Hace falta algo más que un barbudo cabrón para venir a amenazarme en mi propia casa. Dile a Néstor que no…

El hombre sintió un profundo dolor en la espalda. Se dio la vuelta, esperando encontrarse a otro de los hombres del *collegium* del Arco de los Huesos. No había nadie detrás de él. Se llevó la mano a la espalda y encontró la fuente del dolor. Un pequeño estilete afilado que alguien le había clavado cerca de los riñones. Lo sacó de un tirón y de inmediato empezó a sentir cómo sus ropas se manchaban de sangre.

Lisandro aprovechó el momento de confusión de su rival para, todavía desde el suelo, lanzar una patada contra su rodilla derecha. La articulación se rompió con un fuerte chasquido y el curtidor, tras lanzar un grito de dolor, cayó al suelo, desde donde comenzó a pedir ayuda a gritos.

Un grupo de esclavos, vestidos de manera muy semejante a la de su amo, entraron en la tienda y se quedaron mirando, intimidados ante el porte del tracio y la escena que se desarrollaba ante sus ojos.

—Llevaos a vuestro amo y curadle las heridas. No creo que muera de esto, pero es probable que se quede cojo de por vida. Y tú —dijo agachándose junto al curtidor, que ya solo era capaz de gemir de dolor aferrado a su rodilla herida—, piénsate bien lo que te he dicho. Te daremos unos días para que te recuperes. Después vendrás a nuestra sede a formalizar tu entrada en el *collegium*. Beberemos a la salud de los dioses y olvidaremos estos inicios tan poco agradables. Lo haremos así o… la próxima vez será algo más que la rodilla lo que pierdas.

Lisandro se incorporó. Hizo un amago de lanzarse hacia los esclavos que observaban la escena y estos echaron a correr hacia el interior del taller. El enorme tracio se echó a reír.

—Cobardes de mierda… Espero que este desgraciado os crucifique a todos por no defenderle. ¡Vamos, rata, ya puedes salir de tu escondite!

Céfiro se asomó desde detrás del mostrador. Comprobó que no había peligro y se reunió con Lisandro, no sin antes recuperar su estilete, todavía manchado de sangre. El niño llevaba la cabeza gacha, temeroso de lo que el tracio pudiera hacerle o decirle después de su actuación. Había sido él quien había clavado el pequeño puñal en la espalda del curtidor al ver que este derribaba a su compañero con facilidad. Después de aquello, sin embargo, había corrido a ocultarse, a la espera de ver desde una posición segura cómo se desarrollaban los acontecimientos.

—Pequeña rata traicionera… —dijo, y lanzó las manos hacia Céfiro.

El niño, creyendo que aquel hombre pretendía cogerlo del cuello, se echó hacia atrás, pero no lo hizo con suficiente rapidez. Se vio

levantado en vilo por el carnicero y llevado por los aires hasta la calle. Céfiro pensó por un instante en clavarle el estilete del mismo modo que había hecho con el curtidor. Pero cuando se disponía a hincar el filo en el costado de su compañero, descubrió que este no solo no estaba furioso, sino que había prorrumpido en carcajadas —. Vaya con la rata… Clava sus dientes en el momento preciso y se escapa entre las piernas. Muchacho, de no haber sido por ti, ese tipo me habría roto todos los huesos. ¡Néstor tenía razón! Mejor tenerte con nosotros que por ahí correteando sin control…

—Gracias… supongo… ¿Podrías bajarme al suelo? La verdad es que me estás apretando mucho y me cuesta respirar…

Lisandro dejó a Céfiro en el suelo y le palmeó en la espalda, con tanta tuerza que casi lo hizo caer sobre los adoquines.

—¿Qué pasará si se niega a formar parle del *collegium*? —preguntó.

—Quemaremos su tienda y mataremos a sus esclavos. Eso haremos. Céfiro tragó saliva. Pensó una vez más en su amigo Hispalo y en la manera en la que el propio Lisandro y otros carniceros del *collegium* se lo habían llevado para vengarse de la muerte de uno de los suyos. Si eran capaces de matar a un niño a sangre fría, sin duda no titubearían en prender fuego a un edificio y matar a unos cuantos esclavos. Néstor y sus hombres no se andaban con tonterías.

Regresaron hasta el Arco de los Huesos por el mismo camino, pero Lisandro actuó de modo muy diferente en aquella ocasión. Su humor hosco y su negativa a hablar dio paso a una actitud de franca camaradería hacia Céfiro. Respondía a sus preguntas, hacía bromas con él e incluso se lo presentaba a algunos hombres y mujeres con los que se cruzaron. Este es Céfiro, decía, un nuevo amigo del *collegium*. Aprendeos su cara, es una rata peligrosa si no os andáis con cuidado. Y se echaba a reír a carcajadas.

Cuando llegaron a la sede del *collegium*, Néstor los recibió de inmediato.

—¿Y bien? —dijo en cuanto vio entrar a la pareja.

—Aceptará ser uno de los nuestros —respondió Linsandro—. Tardará unos días en venir por aquí… le he dejado la rodilla un poco machacada. ¡Y aquí nuestro amigo le ha pegado un buen tajo en la espalda!

Lisandro volvió a levantar a Céfiro y lo sentó sobre su hombro.

Néstor sonrió al comprobar el cambio de actitud de su hombre hacia el pequeño esclavo.

—Contádmelo todo.

El tracio empezó a hablar y poco a poco la pequeña sala se fue llenando de miembros del *collegium*, deseosos de escuchar aquella historia. Los mismos hombres que noches antes habían estado a punto de matarlo a él y a sus compañeros, celebraban en aquel momento el valor de Céfiro, le revolvían el pelo y le palmeaban la espalda con afecto sincero. Mientras Lisandro narraba los sucesos que habían tenido lugar en la curtiduría, adornándolos hasta el punto de que Céfiro no pudo evitar sonrojarse, alguien sacó varias jarras de vino y todos acabaron brindando a la salud del nuevo amigo del *collegium*.

Néstor, sentado detrás de su mesa, sonreía satisfecho, sin perder de vista a Céfiro.

Pasó un buen rato antes de que alguien comentara que debía volver pura atender su negocio. Los demás, fastidiados ante aquel comentario que había estropeado su diversión, apuraron el vino de sus vasos y se fueron marchando uno tras otro. Uno de los últimos en llegar, que se había perdido la fantasiosa historia de Lisandro, apareció entusiasmado por las novedades que acababa de escuchar en los alrededores del Circo Máximo.

—Clímaco el auriga no se ha presentado hoy para los entrenamientos. Han ido a buscarlo a su casa, pero nadie es capaz de encontrarlo. El pánico se ha apoderado del equipo de los blancos, desde los simples seguidores hasta los palafreneros. Los corredores de apuestas están desesperados. ¡Todo el mundo quiere anular sus apuestas hasta que Clímaco dé señales de vida!

Pese al entusiasmo con el que contó estas novedades, sus compañeros apenas les dieron importancia. Muchos de ellos eran fervientes apasionados de las carreras, y no pocos se declaraban seguidores del equipo de los blancos, pero en aquella ocasión eran Céfiro y Lisandro los que acaparaban toda su atención. Céfiro, que como todos los niños de Roma había escuchado hablar del gran Clímaco y sus innumerables victorias llevando las riendas de su cuadriga, tampoco se detuvo a pensar en la desaparición del personaje. Estaba tan feliz al sentirse el centro de aquella reunión que nada de lo que ocurriera en el mundo exterior le preocupaba lo más mínimo.

Finalmente, a mediodía, todos los miembros del *collegium* se marcharon para atender sus obligaciones, dejando solos a Céfiro, Néstor y un visiblemente ebrio Lisandro. El tracio se levantó con dificultades y se disculpó por tener que retirarse también él.

—No puedo dejar la carnicería sola todo el día, ¡no sea que alguna rata se cuele y me sise unas monedas! —dijo, y rompió en carcajadas tras palmear de nuevo a Céfiro en la nuca con su enorme manaza.

Cuando se quedaron solos, Néstor cerró la puerta de la sala y volvió a sentarse frente a Céfiro.

—¿Qué has aprendido hoy, Céfiro?

—Que no hay que enfrentarse al *collegium* de los carniceros —dijo con seguridad.

—Sin duda. Pero sospecho que esa lección ya la asimilaste el día que fuimos a verte a ti y a tus amigos. No creo que lo que has visto hoy haya sido más revelador que lo que presenciaste aquella noche. ¿Qué más había aprendido?

El niño meditó unos instantes antes de responder. Por mucho que se esforzó, no encontró una respuesta.

—Te daré una pista. ¿Cómo ha reaccionado Lisandro esta mañana al saber que tú le acompañarías a ver al curtidor?

—Mal. Creí que iba a arrancarme la cabeza de un mordisco…

—Y lo habría hecho de no haber intervenido yo, te lo aseguro. Sin embargo, habéis vivido una experiencia juntos… una experiencia, digamos, intensa. ¿Y qué ha pasado? ¿Cómo se ha comportado Lisandro contigo a partir de ese momento?

—Como si fuéramos viejos amigos. Casi me rompe la espalda de tantas palmadas y abrazos…

—Exacto. Como si fuerais viejos amigos. Tú has salvado a Lisandro, has demostrado tu valor, te has expuesto por él… Te has comportado como lo haría un amigo fiel. A partir de ese momento ese tracio con corazón de oso te ha reconocido como uno de los suyos. Y así será hasta que ocurra algo que le lleve a pensar lo contrario. Porque así es cómo funcionamos, cómo sentimos en este *collegium*. Somos una familia, Céfiro, ya te lo dije. Y las familias cuidan de sus miembros, los protegen. Ahora tú eres en cierto sentido parte de la nuestra.

—¿En cierto sentido? —preguntó Céfiro, confuso.

—Sí, por supuesto. El *collegium* está formado por los carniceros, sus mujeres, sus hijos, los aprendices… incluso nuestros esclavos forman parte de él de alguna manera. Tú, por el momento, no eres parte del *collegium*, No puedes serlo porque eres esclavo, propiedad de otro hombre ajeno a nosotros. Si algún día obtuvieras la libertad, podrías entrar como aprendiz en alguno de los negocios, y algún día llegar a ser un carnicero y, como tal, miembro de pleno derecho de este *collegium.*

—Pero mientras sea esclavo…

—Así es. Mientras seas esclavo de otro hombre serás bienvenido aquí, te trataremos como a un amigo… Pero no serás parte de esta familia. No por completo. Es una pena, pero así es la realidad. Céfiro agachó la cabeza. Desde hacía tiempo su condición de esclavo le pesaba como una losa sobre los hombros, como una carga que debiera llevar consigo a todas partes, que le impedía abrir sus alas y volar hasta las alturas que su imaginación y su ambición le pedían. Pensó en su pequeño cofre, oculto bajo su camastro. El lugar en el que guardaba el fruto de sus esfuerzos, sus hurtos y sus pequeños negocios. Tan vacío, tan difícil de llenar. También en Marco, su amo, y por un instante una pequeña semilla de rencor hacia él anidó en su corazón. Sabía que era absurdo culpar a Marco de su condición. De hecho, si estaba vivo era gracias a él. Le había recogido de la calle cuando era solo un niño, se había ocupado de él y le había tratado más como un hermano pequeño que como a un sirviente. Y, sin embargo, Céfiro seguía teniendo la condición de esclavo, y Marco podría haberle vendido en cualquier momento que se le antojara, así como podía obligarlo a hacer todo aquello que se le ocurriera. Marco le quería, le trataba con afecto…, pero nunca se había planteado entregarle la libertad.

—Claro que hay algo que podemos hacer —dijo Néstor.

—¿Qué? —preguntó Céfiro, ansioso—. ¿Qué podemos hacer?

—En ocasiones, el *collegium* compra esclavos con su caja común. No es muy habitual, y muchos de los miembros son reacios a hacerlo. Pero habida cuenta de cómo te han recibido esta tarde, no creo que me cueste mucho convencerlos. Después podríamos liberarte y entrarías a trabajar como aprendiz en alguna de nuestras carnicerías. Puede que incluso en la mía.

Céfiro no pudo evitar que una sonrisa iluminara su rostro.

—¿De verdad podríais hacer algo así?

—Podemos intentarlo. Siempre que tu amo esté de acuerdo, claro.

El niño se puso en pie de un salto.

—No os preocupéis por Marco. Yo hablaré con él.

XX

Un día en las carreras

—¿HAS perdido el juicio? Por supuesto que no voy a venderte al *collegium* de carniceros del Arco de los Huesos. ¿Quién te ha metido esa absurda idea en la cabeza?

Céfiro recibió aquella respuesta, como si Marco le hubiera golpeado con el puño en el estómago. Comprendió de inmediato que no había elegido un buen momento para plantear la cuestión. Su amo había llegado con los ojos enrojecidos, y dado que no olía demasiado a vino y no se tambaleaba al caminar, aquello era signo inequívoco de que había estado llorando sin que el alcohol tuviera nada que ver en su tristeza. Era evidente que estaba furioso con alguien, que le habían hecho daño aquella noche. Céfiro pensó que tal vez se debía al anciano herido al que hablan atendido la noche anterior, o tal vez a la fiesta a la que Marco habla acudido muy elegante. Fuera lo que fuera lo que le había puesto furioso, aquella no había sido la mejor noche para hablar a Marco de la propuesta de compra que le había planteado Néstor.

Sin embargo, Céfiro no había podido contenerse. La idea de alcanzar la libertad, aunque fuera a costa de pasar un tiempo siendo esclavo del *collegium* de carniceros, le resultaba tan tentadora que apenas podía dejar de imaginar cómo sería su vida a partir de ese momento. Néstor le había planteado todo con una claridad y una sencillez que a Céfiro ni se le había pasado por la cabeza la idea de que Marco no estuviera de acuerdo. Al fin y al cabo, él cobraría un dinero que no le vendría nada mal y solo perdería una boca que alimentar, que apenas compensaba con sus pocas tareas el gasto que generaba. Además, aquella compra tampoco suponía que Marco y él tuvieran que dejar de verse. Céfiro quería a Marco, y tenía claro que su antiguo amo seguiría en su vida

una vez alcanzara la libertad.

Pero Marco ni siquiera se había parado a reflexionar acerca de la propuesta. Su rostro había enrojecido de ira, su ceño se había fruncido y había comenzado a despotricar, mientras paseaba por la pequeña sala del apartamento.

—¿Crees que las vidas que tienen esos esclavos de los *collegia* son mejores que la tuya? ¿Quieres pasarte el día recogiendo mierda de vaca, limpiando la sangre derramada por los matarifes? ¿O acaso tu sueño es despiezar los cuerpos de los terneros y corderos? ¿Qué es lo que tanto te atrae de esa vida?

—No quiero ser esclavo del *collegium* de los carniceros —respondió Céfiro, sin saber bien qué argumentar. Aquella negativa tan violenta de Marco le había cogido por sorpresa. En ningún momento había pensado argumentos para defender su deseo de ser vendido.

—¿No es eso lo que me has dicho? ¿Que qué me parecería la idea de venderte a esos carniceros del Arco de los Huesos? ¿Acaso te he entendido mal?

Marco se sentó en una de las sillas de madera y apoyó la frente en su mano abierta.

—No, no lo has entendido mal. Te he pedido que me vendas a ese *collegium*... Porque ellos me han prometido concederme la libertad si lo haces. No quiero ser el esclavo de los carniceros. Ni tampoco el tuyo... Lo que quiero, Marco, es ser libre.

Marco se puso en pie de forma tan súbita que dejó caer la silla al suelo.

—¿Libre? ¿Quieres ser libre? ¿Qué sabes tú de lo que significa ser libre? ¿Qué sabes tú de lo que supone la libertad? Desde que eres niño has tenido techo, comida, protección. Has aprendido a leer y a escribir en latín, y también habrías aprendido a hacerlo en griego si te hubieras dignado a continuar con las lecciones de Periandro. ¿Y qué has tenido que hacer a cambio? ¿Barrer la casa, bajar a por agua a la fuente? ¿Crees que tu vida es muy diferente de la de los niños libres de la Subura? Baja a casa de la vecina y pregunta a alguna de sus hijas qué es lo que tienen que hacer para ayudar a su madre a pagar el alquiler. ¡Y compáralo con lo que haces tú cada mañana, cada día!

Céfiro no se arredró ante los gritos de Marco. Dio dos pasos al frente y se encaró con él.

—¡No entiendes nada! ¡No sabes lo que se siente al ser esclavo!

—¡No, por supuesto que no! Yo lo único que entiendo es que un

grupo de hijos de puta se lleven a mi madre y me dejen solo en el mundo con quince años. Yo solamente sé lo que es pasar hambre, frío, de tener que robar para evitar que me echaran de esta casa. Entiendo de tener que estafar a ricos y pobres para llenar la despensa, de vender pociones a hombres desesperados para comprarte unas sandalias nuevas porque tus jodidos pies crecen casi cada mes. Entiendo de preocuparme por ti tanto como lo hago por mí, porque, libre o no, siempre te he tratado como a un hermano, como a un hijo. Eso es lo que entiendo, Céfiro. Aunque supongo que esto no es suficiente para ti.

El niño se quedó en silencio, con la respiración agitada por la rabia. Las lágrimas habían comenzado a correr por sus mejillas. Tenía los puños apretados y se mordía el labio con fuerza. Cuando finalmente habló, lo hizo apenas con un hilo de voz.

—Si tanto te preocupas por mí… ¿Por qué no me concedes tú mismo la libertad? Hazlo y así no tendré que pedirte que me vendas a los carniceros.

Marco levantó la silla del suelo y volvió a sentarse en ella. Apoyó los codos en las piernas y escondió la cabeza entre las manos.

—Eres tú el que no entiendes nada…

—¿Qué es lo que tengo que entender? Quiero ser libre, Marco. Quiero dejar de ser esclavo. Y solo tú puedes concederme eso…

—Serás un hombre libre, Céfiro. Te lo prometo, libre. Pero no un niño libre. Cuando llegue el momento, te liberaré. Iremos juntos al foro y haremos una ceremonia de manumisión. Cuando llegue el momento. No antes.

—¿Y cuándo llegará ese momento? ¿Cuándo tú seas un anciano? ¿Cuando encuentres a otra persona que barra tu casa y vacíe tu palangana de mierda? Pues ese momento nunca llegará porque nadie quiere estar a tu lado. Yo solo sigo aquí porque soy un esclavo. ¡Mira cómo Antígona se marchó en el momento en el que…!

Marco se levantó de la silla y propinó un golpe a Céfiro, que tumbó al niño y lo arrojó al suelo.

—Cállate. Por tu propio bien, cállate.

En aquel momento en el que las emociones se adueñaron por completo de él y mil pensamientos se agolparon en su cabeza al mismo tiempo, una sensación se abrió paso en la mente de Marco. La lágrima de Perséfone, inerte y fría desde la pelea, con el extraño mago jorobado, se calentó hasta llegar a hacerle daño en la piel del pecho. Lo que vivía en el colgante había regresado, y tenía ganas de sangre.

Marco cerró los puños y se obligó a controlarse. Era la primera vez en su vida que golpeaba a Céfiro de aquella manera. Cuando era más pequeño le había propinado algún azote en los momentos en los que se veía superado por sus travesuras y no estaban Antígona y Periandro disponibles para hacerse cargo del niño. Pero aquel golpe no había sido el cachete que se da a un niño rebelde. Había sido un golpe de un adulto cargado de rabia hacia otro adulto.

Céfiro se quedó en el suelo, llorando en silencio contra la pared, tratando de controlar el llanto sin conseguirlo.

Cuando Marco logró controlarse dio un paso al frente, sin atreverse a agacharse junto al niño.

—Céfiro, lo siento. Lo siento mucho. Nunca debí haberte golpeado así.

El esclavo se dio la vuelta y, cargado de rabia, se puso en pie. Miró a Marco con los ojos entornados y las mejillas aún empapadas por las lágrimas.

—Te odio —dijo—. Te odio y te odiaré toda mi vida.

En aquella ocasión fue Marco el que sintió como si un toro le hubiera embestido en la boca del estómago. Céfiro le había dicho cosas mucho peores que aquella en sus numerosas rabietas y explosiones de ira. Pero nunca había visto Marco una mirada como aquella en los ojos del niño. Sus ojos destilaban tanto o más odio que las palabras que acababa de pronunciar.

Estaba perdiendo a Céfiro. O tal vez ya le había perdido para siempre. Durante los años que habían pasado desde que recogiera al niño en la calle había aprendido a lidiar con él, con sus cambios de humor y sus constantes desafíos. Había aprendido, en ocasiones a costa de peleas y gritos, a respetar sus tiempos y sus espacios, a consentir sus pequeños caprichos y a prohibir tajantemente sus deseos más alocados. Marco se sentía capaz de guiar a un niño curioso y desafiante, pero no de enfrentarse a un joven adolescente que reclamaba algo que él no estaba dispuesto a darle porque sabía que no era lo mejor para él.

—Céfiro…

El niño no dio ocasión a Marco para que terminara de hablar. Se enjugó las lágrimas con el dorso de la mano y echó a correr hacia la puerta.

—¡Te odio! —volvió a gritar.

Y salió dando un portazo.

Marco se quedó quieto en medio de la sala. Pensó en salir corriendo

detrás de Céfiro, pero no consiguió moverse del sitio. Se sentía agotado. Las revelaciones de Crises, descubrir la verdadera y cruel naturaleza del anciano, conocer al fin los verdaderos orígenes de su madre, la muerte de Cardixa tras su transformación en un enorme felino de color negro, era más de lo que se sentía capaz de resistir en un mismo día.

No tenía sentido tratar de alcanzar a Céfiro corriendo tras él por las calles de Roma. El niño conocía la Subura mejor que el propio Marco, y sabía dónde estaba cada recoveco en el que poder ocultarse cuando no quería ser descubierto. Correr tras el pequeño esclavo habría sido como tratar de pescar una trucha con las manos desnudas en medio de un río caudaloso.

Marco permaneció aturdido y ensimismado, hasta que un gemido procedente de una esquina de la sala le sacó de su estupor. Ulises, que había seguido durmiendo mientras Céfiro y él se peleaban, acababa de despertarse para echar un vistazo a su alrededor, dar un par de vueltas sobre sí mismo y volver a enroscarse para caer de nuevo dormido.

—Buena idea, perro. Mañana será otro día.

Marco entró en su habitación y se dejó caer sobre la cama.

Cuando Marco se levantó al día siguiente lo hizo por causa de los ladridos de Ulises. Céfiro no había regresado al pequeño apartamento. Todo en la sala estaba exactamente igual que lo había dejado la noche anterior. Solo el perro había cambiado su actitud por completo. Rascaba la puerta, mientras gemía desesperado por salir. Marco se preguntó si el perro estaba en tal estado por una imperiosa necesidad de vaciar la vejiga o por inquietud ante la ausencia de su joven amo. Al recordar las no escasas ocasiones en las que el perro le había dejado un regalo en forma de charco de orina o de lustroso excremento en medio de la sala, supuso que se trataba de la segunda opción. Le abrió la puerta y el animal echó a correr escaleras abajo, ladrando feliz.

—Maldito perro feo —murmuró Marco—. Cuida de Céfiro, si lo encuentras.

Marco volvió a la cama, dispuesto a dormir otro rato, pero una vez estuvo tumbado sobre el irregular colchón de su cama, se encontró con que no era capaz de conciliar el sueño. Pese a la altura en la que se encontraba el apartamento, llegaban hasta él los gritos y otros ruidos de la calle. La mañana estaba ya bien avanzada. Marco pensó en lo que había vivido el día anterior, y tuvo que convencerse a sí mismo de que todo aquello no había sido un sueño. La transformación de Cardixa en un enorme felino negro, su silueta majestuosa rugiendo a la luna junto a

la mole del templo de Ceres, y su cuerpo desplomándose para dejarse morir bajo la noche estrellada. Y Crises, dispuesto a acabar con la vieja hechicera africana… El hermano de su madre habría matado a Cardixa sin dudarlo de no habérsele adelantado la enfermedad y las heridas que él mismo le había causado la noche anterior.

Marco se imaginó a sí mismo vestido con las ropas de Crises, empuñando la espada del mismo modo que el anciano. Altivo, frío, silencioso, letal. Poderoso, sabio, seguro de sí mismo. Y con las manos manchadas de sangre de cuantos hechiceros o magos de algún tipo se habían cruzado en su camino. Fueran culpables de algún crimen o inocentes. Aquella era la vida para la que él había nacido. Aquel era, según Crises, su destino. Como había sido el destino de su madre. O el que le habría esperado si ella no hubiera decidido escapar de todo para ocultarse en Roma.

—No —musitó, con la boca pegada al almohadón—. No, ese no soy yo… Mi madre escapó de esa vida…, y yo también lo haré. No seguiré ese camino.

En aquel momento, una idea se abrió paso en la cabeza de Marco. Si no aceptaba unirse a Crises, si rechazaba formarse con él y doblegarse a la estricta disciplina de su extraño grupo de cazadores de magos… ¿se limitaría el anciano a marcharse sin más? ¿En qué se convertiría a ojos de Crises si no aceptaba seguir la senda que le había marcado?

Sería un mago más al que matar. Un lamentable hechicero sin apenas habilidades al que aquel viejo griego podría liquidar susurrando unas palabras.

¿Sería Crises capaz de matarlo? ¿Podría matar al hijo de su propia hermana?

No seas estúpido, dijo una voz en su mente. Por supuesto que podría hacerlo. Habría matado a la propia Neóbula de no habérsele adelantado otro. Ese viejo está tan loco como una rata encerrada en el fondo de un ánfora. Te matará a ti y a todo el que se cruce en su delirante empresa.

Marco se dio la vuelta en la cama y se quedó mirando el cielo a través de la trampilla abierta.

—Pues entonces estoy bien jodido…

Y como siempre que estaba perdido, se vistió y corrió a encontrarse a sí mismo en una taberna.

Aquel día, la taberna de Quelidón estaba especialmente llena, y Marco tuvo que abrir su ya bastante menguada bolsa para lograr que Tito, el portero, le despejara una vez más su mesa favorita. Una vez

instalado en ella, pidió algo de comer y una jarra de vino, y se limitó a hundirse en sus propios pensamientos hasta que una esclava le sirvió lo que había pedido. Solo la aparición de Alda lo sacó del ánimo sombrío en el que estaba sumido.

—Tienes mala cara, cazador de licántropos —dijo ella, con una sonrisa cansada en el rostro. Marco observó que la hispana no presentaba un aspecto mucho mejor que el suyo. Sus ojos aparecían hundidos y oscuros, y el color de su piel era más pálido de lo habitual. Sin embargo, con su sonrisa y sus movimientos intentaba compensar aquel rostro cansado en el que la sombra de la derrota y la desesperación de una vida de sufrimiento y privaciones comenzaban a hacer mella.

No obstante, lo que más sorprendió a Marco, lo que más le dolió, es que en su actitud y sus palabras parecía que nada de lo que él le había propuesto la noche anterior tuviera la menor importancia para ella. Como si aquella conversación jamás hubiera tenido lugar.

—No me llames así —pidió él. Por primera vez en su vida no se sentía cómodo con aquel apelativo.

—¿Cómo quieres que te llame, entonces?

La joven hispana se sentó junto a él en un taburete. Pese a su cansancio, estaba dispuesta a iniciar el usual juego de seducción que solía concluir con ambos en la cama y la bolsa de Marco más vacía de lo que ya estaba.

—Marco. Y yo te llamaré Alda. Y ojalá te lo pueda susurrar al oído cada mañana del resto de nuestras vidas… ¿Has pensado en lo que te dije?

La expresión del rostro de la esclava cambió por completo. La sonrisa seductora desapareció, y solo quedó agotamiento y hartazgo. El rostro de una mujer a la que los hombres habían reducido a un pedazo de carne que pasaba de mano en mano desde que era casi una niña.

—Déjalo, Marco, por favor… No me haces ningún bien diciéndome cosas así. Sabes que eso de lo que hablas no es posible. No juegues conmigo, te lo pido por tus dioses y los míos.

—Solo dime si has pensado en ello… Si has meditado acerca de lo que te propuse. Yo me encargaré de lo demás.

—No, Marco, no he meditado acerca de ello. Como tampoco meditaría si algún cliente me prometiera enseñarme a volar moviendo los brazos, hacer que el sol saliera durante la noche o transformar al bueno de Tito en rana… No tengo tiempo para preocuparme de locuras,

para fantasear con cosas que jamás llegarán a ser realidad. Porque cuando me entrego a esos sueños, siempre me despierto. ¿Sabes, Marco? Siempre. Abro los ojos, miro lo que me rodea, miro esta taberna, miro los otros sitios en los que me obligan a trabajar… y entonces el sueño se convierte en un puñal clavado en mi corazón, en un recuerdo cruel de lo que nunca tendré. Ni yo ni ninguna de las chicas que trabajamos en este lugar. No me hagas soñar con tus palabras, porque luego te marcharás, seguirás con tu vida, y yo me quedaré aquí, esperando al siguiente que quiera que me abra de piernas para él a cambio de unas monedas y de mil promesas…

Marco apretó los labios. Nunca había visto a Alda hablar de aquella manera. Miró a la hispana como si acabara de verla por primera vez, privada por fin de todo artificio, de toda máscara, de todo fingimiento obligado por su condición de esclava. Marco miró a Alda y descubrió que lo que vela en aquellos momentos, aquella mujer despojada de su disfraz de meretriz complaciente, le gustaba incluso más de lo que le había gustado antes de aquel día.

Tiempo después, al recordar esa escena, Marco comprendería que había sido en aquel momento cuando había visto por primera vez a la mujer libre que latía presa bajo la piel de una esclava. La mujer libre que Alda podría haber sido, la que podría llegar a ser si él conseguía liberarla.

Intentó coger su mano, pero Alda la apartó con suavidad.

—Lo que hoy es un sueño, mañana podría ser una realidad —dijo—. Solo necesito una respuesta. ¿Querrías estar conmigo si fueras libre? Dime solamente eso, Alda.

Ella se levantó.

—No me encuentro bien… Necesito descansar un momento. Le diré a otra de las chicas que venga contigo.

—No quiero a otra de las chicas. Te quiero a ti.

—Sí. Eso me han dicho muchas veces… Discúlpame.

La hispana se alejó caminando entre las mesas, casi corriendo, y desapareció escaleras arriba. Marco volvió a concentrarse en el vino y la comida. Se preguntó si todo aquello merecía la pena. ¿Y si conseguía liberarla, pero ella no aceptaba estar con él? No podía obligar a una mujer libre que se casara con él y pretender que aquello fuera el principio de una agradable convivencia familiar. Por supuesto que conocía casos de hombres que liberaban a sus esclavas para casarse con ellas, pero lo habitual era que las esposas conservaran siempre una

actitud servil hacia su marido, como si fueran incapaces de olvidar el estrato social del que procedían y a quién le debían el haber salido de aquella condición. ¿Era algo así lo que Marco deseaba? ¿Una esposa que fuera en realidad una esclava?

—¿Puedo emborracharme contigo? Tienes una cara tan triste que al menos así la mía pasará desapercibida.

Saturnino, que había aguardado oculto entre la multitud a que Marco se quedara solo, se sentó en el mismo taburete que unos instantes antes había ocupado Alda. Marco, sin apenas levantar la mirada de la mesa, le hizo un gesto para que se sirviera él también un vaso de vino.

—Sigues obsesionado con la esclava hispana…

—No quiero hablar de ello —dijo Marco, sombrío.

—Mejor. Ya tengo bastante con mis propias penas…

Saturnino bebió en silencio, y Marco siguió cavilando con el vaso junto a los labios. Al cabo de un rato, Lucio, cansado de hacerse el interesante sin obtener resultados, volvió a hablar.

—¿No vas a preguntarme qué tal estoy después de la escena de la fiesta? A veces cuesta creer que seas un ser humano…

Marco levantó los ojos por fin.

—¿Qué tal estás? —preguntó desganado.

—Mal, cómo quieres que esté. Esa Apuleya y su hijo estirado me humillaron delante de todo el mundo… y no supe responder como se merecían.

—¿Qué podrías haber hecho? Son ricos y tú no. Son nobles y tú no, Pueden hacerte lo que quieran. Tu primer error fue mezclarte con esa gente…

—Haber respondido al menos… Mi hermana Apuleya… porque es mi hermana lo quiera ella o no… ha obligado a Atia a dejarme, ¿sabes? No me recibe en su casa, sus esclavos han llegado a amenazarme de muerte si me vuelven a ver por allí. Yo sé que ella me ama. ¡Por Júpiter que lo sé! Pero no puede arriesgarse a que su círculo social le dé la espalda… La entiendo.., pero cómo debe de estar sufriendo. Más incluso que yo. Mi pobre Atia…

Marco levantó las cejas, fascinado ante la capacidad de su amigo para autoconvencerse del amor incondicional que la rica viuda supuestamente sentía por él.

—Mira el lado bueno. Ya no tendrás que gastarte una fortuna en comprarle ese horrible collar de piedras azules.

—Flaco consuelo para quien ha estado a punto de alcanzar la

riqueza… y el amor, claro, y el amor.

—Claro, el amor. ¿Qué sería de nosotros sin el amor?

Los dos amigos sonrieron con amargura.

—Hablando del collar y de las desgracias del amor. Tengo información que tal vez te interese.

—¿Sobre ese collar de los ojos de Venus? Lo dudo mucho…

—Y sobre la mujer con la que estuviste hablando en la fiesta de Atia. He averiguado quién es. ¿Te interesa?

Marco se encogió de hombros.

—No especialmente. Pero ya que te has molestado…

—Se llama Flavia, y llegó a Roma hace unos meses. Procede de Tarquinia, al norte. Parece ser que tiene antepasados relacionados con las casas nobles etruscas de esa ciudad… pero ya sabes lo que pasa, cualquier destripaterrones que llega a Roma desde el norte o el sur afirma ser descendiente de algún héroe homérico…

Marco se tragó las ganas de hacer un comentario acerca de los pobres de solemnidad que pretendían hacerse pasar por hijos ilegítimos de algún lamoso senador muerto tiempo atrás. Se mordió el labio inferior y continuó escuchando.

—Según me han contado, es viuda. Su marido murió hace unos años, de modo que ella decidió volver a casa de su padre, un anciano al que ha traído a Roma con ella. Desde que llegó comenzó a relacionarse con familias de caballeros y senadores. Tiene dinero, desde luego. De hecho, parece ser que el collar Ojos de Venus original es el suyo, y fue ella la que lo puso de moda de alguna manera. El orfebre sirio se limitó a copiar el modelo que Flavia trajo de Etruria. Vive en una casa cerca de Atia, en la parte baja del Palatino. Puedo darte la dirección exacta, si te interesa. Que a mí me haya ido mal con una viuda no significa que tú no puedas intentarlo…

Marco no supo decir si Saturnino hablaba en serio o estaba bromeando.

—Por su forma de hablar de los hombres, dudo que esté interesada en que un cualquiera ande cortejándola… No, gracias. Ya tengo bastantes problemas en mi vida. Esa mujer ha pasado malas experiencias con los hombres. Tendrías que haber escuchado cómo hablaba de ese auriga que se presentó en la fiesta… Si las palabras pudieran convertirse en puñales, ese tipo estaría hoy ardiendo sobre su pira funeraria.

—¿Clímaco? ¿El auriga de los blancos?

—No recuerdo cómo se llama. Las carreras me interesan tan poco como las viudas ricas.

—A veces me cuesta creer que vivas en Roma… ¿No has escuchado lo que ha ocurrido con él? Ha desaparecido sin dejar rastro. Toda la ciudad habla de ello. Mañana correrría en la carrera más importante de los juegos. Hasta yo había apostado a que ganaba por varias vueltas de ventaja… Todo el mundo le busca con desesperación. Unos para llevarle al Circo y obligarlo a correr, y otros para asegurarse de que está muerto y no vuelve a acercarse a un caballo.

Marco sintió como una luz se encendía en su cabeza. En aquel momento, varias piezas que antes habían flotado inconexas encajaron por primera vez. Cerró los ojos. ¿Tenía algo que ver las palabras que aquella Flavia le había dicho acerca de Clímaco con su desaparición? ¿Había alguna relación con lo que le había comentado la esclava desfigurada del Sátiro Liberto? ¿Sería Flavia la mujer que buscaba? Era una pista muy endeble, pero si conseguía encontrar alguna relación entre la desaparición del auriga y la del amigo de Marco Antonio, estaría más cerca de encontrar a la extraña hechicera…

—Me marcho —dijo poniéndose en pie. En aquellos momentos, Marco sentía la necesidad de olvidarse del asunto de Crises, incluso de su propia búsqueda del asesino de Neóbula. Todo lo relacionado con el pasado de su familia le parecía en aquel instante sucio y desagradable, y Marco pensó que le vendría bien entregarse a un asunto totalmente diferente.

—¿Por lo del auriga? Creía que las carreras no te interesaban.

—Y no me interesan. Pero tengo otros asuntos entre manos —mintió.

—Asuntos entre manos… Claro. Vas a buscar la casa de Flavia, ¿verdad? Al final la idea de seducir a una viuda rica no te resulta tan despreciable…

—Tómate este vino a mi salud y déjate de darle vueltas a lo de las viudas. Vivirás más tranquilo.

—Y más pobre… —musitó Saturnino con tono deprimido.

Marco le dio un apretón en el hombro y se dirigió hacia la puerta.

—Apúntame lo de hoy, Tito. Mañana vendré a pagar —dijo, al pasar junto al portero. Este le respondió con un gruñido de enfado. Marco era de los pocos clientes de la taberna de Quelidón a los que se permitía dejar una deuda pendiente.

Con paso decidido, Marco se sumó a la corriente humana que

atestaba las calles de la Subura.

La explanada del Circo Máximo era en aquellas fechas uno de los puntos de Roma donde bullía una mayor actividad. Con los grandes juegos a punto de concluir, eran muchos los romanos y visitantes foráneos que rondaban la zona para disfrutar de las muchas atracciones que se ofrecían desde el alba hasta el ocaso. Aunque aquel día no había carreras de carros programadas, la muchedumbre atestaba los alrededores de la estructura de gradas de madera que se levantaba para acoger al público. Había espectáculos de todo tipo, vendedores ambulantes y, sobre todo, corredores de apuestas, que veían cómo durante el tiempo de los juegos sus ganancias se multiplicaban por diez.

El espectáculo de las carreras era la gran pasión de los romanos. Nada podía compararse al interés que despertaban aquellos eventos. Pocos eran los ciudadanos, libertos y esclavos que no se sentían identificados con uno de los dos equipos que competían, los blancos y los azules, como pocos eran los que no asistían al menos a una o dos carreras durante los juegos. El fervor que despertaba el ver a los aurigas luchando para controlar sus carros tirados por dos, tres o cuatro enormes y poderosos caballos encendía a los espectadores como ningún otro espectáculo lograba. Las caídas, a menudo mortales, los choques, la incertidumbre de la victoria, el aspecto físico de los aurigas y sus bestias, sudorosos y de mirada altiva… Un espectáculo que enamoraba a los romanos y que movía en cada ocasión montañas de dinero.

Un espectáculo que, sin embargo, jamás había logrado seducir a Marco Lemurio. La idea de pasar horas mirando cómo un grupo de hombres musculosos y caballos daban vueltas alrededor de una estructura de piedra se le antojaba totalmente absurda. Como le ocurría con el teatro, en alguna ocasión se había visto forzado a ir a las carreras para satisfacer la curiosidad de Céfiro. Sin embargo, mientras el esclavo no perdía detalle del espectáculo y se entregaba con pasión a los gritos y vítores del resto del público, él se entretenía observando a los asistentes y analizando sus reacciones en cada momento.

De no haber tenido lugar la pelea entre Céfiro y él la noche anterior, Marco habría buscado al niño para que le ayudara a investigar en los alrededores del Circo Máximo alguna pista que le hiciera avanzar en su investigación. Sin embargo, en aquellas circunstancias supuso que el pequeño esclavo no estaría precisamente dispuesto a colaborar, así que prefirió encargarse él mismo de todo, a sabiendas de que jamás podría igualar la habilidad de Céfiro para moverse entre la gente y hacer las preguntas adecuadas a las personas indicadas.

La explanada del Circo estaba presidida en aquellos momentos por la gran estructura de gradas de madera levantada con ocasión de los *ludi*. Aunque algunos elementos de los empleados en las carreras, como los arcos por los que salían los carros o algunos edificios de servicio, ya se habían construido en piedra, la mayor parte de aquella mole se montaba y desmontaba cada vez que había un espectáculo. Como ocurría con los teatros, los senadores, responsables últimos de las construcciones que se levantaban en Roma, se mostraban recelosos a construir edificios de ocio permanentes, en la creencia de que podrían convertirse en focos de tumultos y depravación propios de las ciudades griegas y orientales.

A la sombra de las gradas de madera situaban sus puestos la mayor parte de los corredores de apuestas, y hacia ellos se dirigió Marco, dispuesto a averiguar lo que pudiera acerca de la desaparición de Clímaco.

Al aproximarse, Marco pudo comprobar que el tema de la desaparición del auriga era el que ocupaba todas las conversaciones, tanto de los corredores de apuestas como de sus clientes. Un hombre grueso discutía con otro que estaba detrás de un mostrador y agitaba una tablilla con anotaciones.

—Ya te lo he dicho, las apuestas no se cancelan en ninguna circunstancia. ¡No se devuelve el dinero!

—Sin Clímaco las condiciones de las carreras han cambiado. ¡Deberíamos poder anular nuestras apuestas! ¡Es un dinero perdido!

—Es la misma situación que si tu caballo favorito se rompe una pata el día de la carrera. Tendrías que haber hecho un sacrificio a la diosa Fortuna antes de apostar tu dinero —dijo el corredor de apuestas sin perder la calma. Tras él había dos fornidos esclavos que le garantizaban que ningún cliente airado usara la fuerza contra él—. Y ahora lárgate de aquí y deja de molestarme. Hay más gente que quiere apostar.

—¿Quién va a querer apostar con Clímaco fuera de las carreras? ¡Ahora cualquier inútil puede ganar! —gritó el hombre grueso con el rostro rojo por la ira. Había apostado una gran cantidad por la victoria del auriga desaparecido, una apuesta en la que obtendría pocas ganancias, pero que resultaba muy segura. La ausencia de Clímaco había echado por tierra sus planes de obtener una pequeña suma de dinero, y en aquellos momentos se arriesgaba, de hecho, a la perspectiva de una pérdida total del capital apostado.

—En eso consisten las apuestas. ¿No has jugado nunca a los dados?

Los tipos tan tontos no deberían apostar, ni a las carreras, ni a ningún otro juego. ¿Quieres ganar dinero seguro? ¡Pues ponte a trabajar, maldito gordo!

Un coro de risas respondió al mordaz comentario del corredor de apuestas. El cliente levantó el puño, dispuesto a estamparlo sobre el rostro de su interlocutor. Uno de los esclavos, al ver aquel gesto, dio un paso al frente, y aquello bastó para disuadir al agresor, que se dio la vuelta y se marchó profiriendo insultos y maldiciones contra dioses y hombres.

—¡Vamos, amigos, animaos! Puede que Clímaco aparezca en cualquier momento. ¡O puede que no! ¿Quién quiere apostar a una victoria total de los blancos, incluso sin su gran estrella? ¡Hacía tiempo que no se pagaba tan bien una victoria de este equipo! ¿Quién quiere ganarse unos sestercios para comprar un bonito vestido a su mujer?

Pese a los esfuerzos del corredor, eran pocos los que se animaban a hacer algún tipo de apuesta. Jugarse el dinero a favor de los blancos en ausencia de Clímaco era un riesgo considerable, ya que este equipo se había acostumbrado a la presencia de su mejor conductor y el resto de los aurigas de la facción no se acercaban ni de lejos a su habilidad. Por otro ludo, si uno apostaba en contra de los blancos, se arriesgaba a la incierta posibilidad de que Clímaco reapareciera en cualquier momento y echara por tierra cualquier esperanza de resultar ganador. De hecho, había quien opinaba que todo aquel asunto de la desaparición no había sido más que una estratagema urdida por alguien, puede que por los mismos corredores de apuestas, para animar a la gente a poner su dinero en contra de los blancos y hacer que Clímaco apareciera en el último momento y cambiara así todas las estadísticas.

Marco se abrió paso entre los presentes, que como él mismo estaban allí más en busca de información que por auténtico interés en apostar, y llegó hasta el mostrador. El corredor de apuestas, un hombre delgado y de nariz afilada en cuyo cuello se marcaba la nuez de forma prominente, le sonrió como un zorro habría sonreído a una gallina perdida en el bosque.

—¿Qué me dices, amigo? ¿Quieres apostar? Tienes cara de ser seguidor de los rojos. Puede que mañana los dioses os den una alegría después de tanto tiempo de sufrir. ¿Qué me dices? Habrá más de veinte carreras mañana en la clausura de los juegos. ¿Quieres apostar en alguna de ellas?

Marco intentó poner la expresión más crédula e inocente posible.

Miró, con los ojos entrecerrados, las tablillas que había colgadas detrás del mostrador. En ellas se mostraba el estado de las apuestas, la cantidad de gente que había apostado por uno u otro equipo o por algún auriga en concreto en cada una de las carreras.

—Lo cierto es que no estoy muy seguro… Es la primera vez que vengo a Roma. Vivo en el norte, en una finca aislada, cerca de Fiesole, y no sé mucho de estos temas. Acabo de recibir una cantidad de dinero de un pariente que ha fallecido y no sé si debería arriesgarlo en esto… Parece muy difícil.

Los ojos del corredor de apuestas se iluminaron ante aquella presa tan sencilla. Un campesino rico que recalaba en Roma por primera vez con la bolsa llena de monedas era el cliente perfecto para su negocio. Nervioso ante la perspectiva de la ganancia o la pérdida, abrumado por la grandeza del circo, deseoso de entregarse a los placeres que la ciudad le ofrecía… Si sabía regalarle el oído de forma adecuada, aquel pardillo podía suponer una ganancia considerable para él.

—¿Difícil? ¡En absoluto! Lo difícil aquí es no ganar dinero. Hay apuestas que son casi seguras. Claro que las hay más arriesgadas, pero, amigo mío, ahí está la emoción del asunto. ¿Qué me dices? ¿Quieres volver a Fiesole con la bolsa un poco más llena? Siempre he escuchado decir que las gentes de esa zona son valientes como un germano y sabios como un ateniense. No creo que a alguien como tú le resulte difícil ganarse unas monedas.

—No sé… He escuchado en la taberna que ha desaparecido uno de los mejores aurigas… ¿No hace eso que el resultado de las carreras de mañana sea más impredecible?

—En absoluto. Solo hace que sea más emocionante. Le diré lo que haremos. Si hace una apuesta fuerte le daré un pase especial para una de las mejores zonas de la *ima cavea*. Desde ahí las carreras no se ven… ¡Se viven! Una experiencia única para contar a sus amigos en Fiesole.

—Suena bien, sí… —Marco seguía mirando las tablillas mientras se rascaba el mentón y sonreía al corredor de apuestas con un rostro tan inocente que rozaba la imbecilidad—. Pero me sigue preocupando lo de la desaparición de ese auriga… ¿Podrías decirme qué le ha pasado exactamente? Solamente por estar más seguro… Me da miedo que detrás de esto pueda haber un intento de amañar las carreras…

—Aquí no se amaña nada, todo es real como la propia vida, *domine*. *Clímaco* es un gran auriga, en eso estamos todos de acuerdo. Pero tiene un defecto, un vicio que no puede controlar. Y yo siempre he dicho que

acabaría por ser su perdición. Le gustan las mujeres más que al propio Júpiter. Cada noche con una diferente. Hasta con dos o tres al mismo tiempo. Es guapo, es rico, es más famoso que el jodido Pompeyo… y ellas caen rendidas a sus pies, no lo pueden evitar. ¡Hasta yo le ofrecería mi culo si me lo pidiera con cariño! Pero claro… incluso las mujeres más mansas pueden cansarse de que se las utilice de la forma en la que él lo hace, no sé si me entiende. No puedes acostarte con las hijas y las mujeres de medio Senado sin que eso le pase factura…

—¿Crees que lo han asesinado, entonces? —preguntó Marco con la boca abierta, fingiendo asombro.

—No podría jurarlo, pero es lo más probable. Dicen por ahí que se le vio en compañía de una mujer extraña, de aspecto noble. Parece ser que Clímaco la llevó a su propia casa en su litera personal. Trataban de pasar desapercibidos, pero en Roma hasta las cloacas tienen ojos para ver y boca para chismorrear. No me extrañaría que el marido de esa mujer rica les sorprendiera juntos y les clavara una espada en la espalda. ¡Ensartándolos a los dos mientras aún estaban follando! Es lo que haría yo, desde luego, si me encontrara a mi mujer en una situación así. Pero ya está bien de cháchara. ¿Hacemos unas apuestas? ¿Blancos o rojos? ¿Algún auriga en concreto? Tengo aquí la lista de los corredores y sus caballos, y…

—¿Quién te contó lo de esa mujer con la que vieron a Clímaco? —preguntó Marco, perdiendo por un instante el rostro de provinciano crédulo. Fue solo un instante, pero bastó para que el corredor de apuestas, un hombre que conocía los trucos del oficio a la perfección, comprendiera que aquel extraño personaje no estaba realmente dispuesto a gastar ni un solo as en su establecimiento.

—Deja de hacerme perder el tiempo. Aquí se viene a apostar. Si lo que quieres es conversación, paga a una puta del Aventino y que ella responda a tus preguntas.

—Solo quiero saber quién…

El corredor de apuestas hizo una señal a uno de los dos esclavos que había tras él y este reaccionó agarrando a Marco de la pechera de la túnica y empujándolo hacia atrás. Marco cayó al suelo, y casi de inmediato se formó a su alrededor un corro de hombres y mujeres que reían mientras le señalaban.

—¡Lárgate de aquí, etrusco imbécil! Vienen a Roma oliendo a mierda de vaca y se creen que pueden hacernos perder el tiempo —gritó el corredor—. Como vuelva a verte cerca de mi puesto, les ordenaré a

estos dos que te arranquen el hígado y te lo pongan delante para que puedas adivinar tu propio futuro. ¡Fuera de aquí!

Marco se levantó y se sacudió la túnica. Hizo un esfuerzo para continuar metido en el papel de hombre del campo recién llegado a Roma y se limitó a alejarse de allí con paso inseguro y rostro asustado, mientras comprobaba bajo sus ropas que todas sus pertenencias siguieran en el mismo sitio. Continuó escuchando las risas, hasta que los que le habían visto caer encontraron algo mejor a lo que dedicar su atención.

Clímaco se había marchado en compañía de una mujer de aspecto noble. Una pieza más que encajaba a la perfección en la imagen que Marco trataba de recomponer. Según el esclavo que había sido testigo de su muerte, Ebucio también había sido víctima de una misteriosa mujer vestida con ricos ropajes. Incluso la esclava del Sátiro Liberto, horriblemente desfigurada tras su desgraciado encuentro con un cliente, había hablado de una mujer que había aparecido para vengarlas y hacer pagar a los hombres por sus agresiones. Como el amigo de Marco Antonio, Clímaco también era conocido por la forma en la que trataba a las mujeres. Aunque Ebucio iba un paso más allá, deleitándose en la tortura y la destrucción física de sus víctimas, el auriga se complacía en engañarlas, seducirlas, utilizarlas y abandonarlas después, sin pararse a recapacitar en los efectos de sus acciones. Desde luego, pensó Marco, el patrón coincidía.

Si podía demostrar que Clímaco también había muerto de un modo sobrenatural, envejecido por obra de la magia hasta que la vida se le había escapado, tendría un hilo de unión directo entre ambos casos. Y ya solo restaría encontrar a la mujer que estaba detrás de aquellas muertes.

Pero para ello tendría que averiguar qué había ocurrido con el auriga Clímaco la noche en la que había desaparecido. Tenía que seguir su pista desde el último lugar en el que se le había visto con vida y, según le había dicho el corredor de apuestas, aquel sitio no era otro que el propio Circo Máximo que en aquellos momentos se alzaba ante él.

Marco no sabía nada del funcionamiento del mundo de los aurigas. Tenía una vaga noción de la existencia de dos equipos, pero desconocía los detalles de cómo se organizaban. Aunque aquel día no había carreras programadas, observó que la gente entraba y salía del Circo, por lo que dedujo que había algo interesante en el interior. Decidió comenzar su investigación por allí.

Asumiendo de nuevo el papel de un campesino recién llegado a Roma, se acercó a un hombre que acababa de salir por una de las puertas del recinto y lo abordó con una sonrisa estúpida en el rostro, y esforzándose porque su voz adoptara un acento diferente al propio de los habitantes del Lacio.

—Disculpe, *domine*. Había escuchado que hoy no había carreras. ¿De dónde sale toda esta gente?

El hombre resultó ser uno de esos habitantes de Roma que, aunque fueran pobres de solemnidad, se permitían el lujo de mirar con desprecio a todo aquel que procedía del campo o de una ciudad pequeña.

—¿De qué cueva has salido tú? Venimos de ver los entrenamientos de los blancos. Si te das prisa todavía llegarás a ver las últimas vueltas.

Y le dio la espalda a Marco con gesto de burla.

—Jodido cretino —dijo Marco en voz baja, recuperando ya su propia voz, Pese a todo, la respuesta le había convencido de la idoneidad de comenzar a Investigar en aquel lugar. Los blancos eran los compañeros de Clímaco, y tal vez entre ellos lograra recabar alguna pista.

Se unió a un grupo de hombres que atravesaba una de las puertas del Circo Máximo y, tras subir unas escaleras, salió a las gradas más bajas, las ocupadas por el público, al que se permitía asistir a algunos de los entrenamientos. Las gradas del Circo tenían una base fija de piedra y una estructura de madera que se levantaba durante las grandes festividades y volvía a retirarse al acabar los festejos. Aquel día, las gradas no estaban ni de lejos tan llenas como llegaban a estarlo en una jornada de carreras. Sin embargo, Marco observó que había una cantidad de público nada desdeñable ocupando diversos puntos del graderío, entretenidos viendo los ejercicios de entrenamiento de los aurigas y los caballos o entregados a sus propios negocios. Comprobó también que no eran pocas las mujeres que ofrecían servicios sexuales a los presentes, más o menos ocultas en las entradas y salidas de las gradas.

Más abajo, en la arena, tres aurigas del mismo equipo competían en una simulación de carrera, a menos velocidad de lo que llegaban a alcanzar en una competición real. Marco los observó por unos instantes y dedujo que estaban entrenando a los caballos para que lograran hacer los giros lo más cerrados posible, de forma que la distancia recorrida fuera menor y, en consecuencia, disminuyera el tiempo dedicado en

cada vuelta. Aunque no era en absoluto un apasionado de aquel tipo de espectáculos, quedó impresionado al comprobar la habilidad de los conductores para controlar cada uno a cuatro grandes y sudorosas bestias que tiraban de los carros de forma ordenada y eficiente, corriendo todos en la misma dirección. Los caballos obedecían las órdenes de los aurigas con absoluta precisión, como si animales y hombre fueran en realidad parte de un mismo organismo y este solamente tuviera que pensar para que los animales reaccionaran.

Marco bajó las gradas a grandes saltos, esquivando a los hombres y mujeres sentados, y logró aproximarse a la barrera que separaba la *cavea* de la arena. Era absurdo intentar interrogar al público. Si quería saber algo seguro de la desaparición de Clímaco, tenía que hablar directamente con sus compañeros de equipo. La barrera que separaba las gradas de la pista era uno de los espacios más codiciados durante las carreras, ya que era en aquella fila desde donde se veía mejor el espectáculo. Como ocurría en el teatro, aquellos asientos estaban reservados a los senadores, caballeros y sus familias, mientras los miembros de la plebe solo podían disfrutar de ellos durante los entrenamientos. Los días de carrera, los pobres se velan relegados a las partes medias y superiores de la *cavea*, desde donde los carros se veían más pequeños y se perdían algunos detalles de la competición. Marco se Inclinó sobre la barrera y observó a un muchacho joven que parecía ser un esclavo dedicado al cuidado de los caballos. En aquel momento, llevaba de las riendas a un ejemplar de color negro brillante que acababa de ser desuncido tras un duro entrenamiento. El chico acariciaba el cuello del animal mientras caminaba junto a él y parecía estar susurrándole algo cerca del oído, gestos ante los cuales el caballo movía la cabeza y relinchaba contento.

—Eh, chico. Acércate un momento. Quiero preguntarte una cosa.

El muchacho se giró hacia Marco y, sin perder la sonrisa, le hizo un gesto obsceno con los dedos. Tras ello, siguió caminando junto al caballo y ambos desaparecieron por uno de los arcos que daban a las cuadras donde se atendía a los animales.

—Será hijo de Cerbero… —murmuró Marco.

Observó que, cerca de él, uno de los aurigas se bajaba del carro y, tras entregarle las riendas a un esclavo, echaba a andar cerca del muro.

—¡Qué buenos giros! Si corres así en los entrenamientos, no quiero ni imaginar cómo lo harás mañana en la carrera… —dijo Marco, inclinándose tanto sobre la barrera que su cuerpo casi colgaba sobre ella

—. Me pregunto si podrías responderme a una duda que me ha surgido…

El auriga fue más educado que el palafrenero. En lugar de hacer un gesto obsceno a Marco, se limitó a ignorar su presencia y continuó caminando hasta desaparecer también él por una de las puertas que daban a la arena.

—Ojalá te rompas los dientes mañana, desgraciado —dijo Marco, sin Intentar ocultar su enfado. Se disponía a abordar a otro hombre que pasaba cerca de él, cuando cobró conciencia de la escena que se desarrollaba a su alrededor. Decenas de hombres y mujeres gritaban a los aurigas, sus ayudantes y entrenadores. Colgados sobre la barrera, como estaba el mismo Marco, les preguntaban cosas, y algunos incluso los insultaban o les hacían comentarios mordaces de tipo sexual. Tanto los aurigas como el resto de los miembros que conformaban el equipo se limitaban a ignorar aquellos gritos. Marco comprendió que aquellos hombres estaban acostumbrados a entrenar bajo aquella presión en forma de voces humanas que se dirigían a ellos desde las gradas De hecho, en los días de carreras, el griterío debía de ser mucho peor, y sin duda los comentarios de los seguidores del equipo rival resultaban mucho más ofensivos y mordaces.

—No te molestes. Esos desgraciados se creen descendientes del mismo Cincinato. ¡Y eso que las madres de la mayoría de ellos estaban hace años chupando *mentulae* entre los arcos de la entrada!

Marco se giró y se encontró con un hombre grueso de piel grisácea que masticaba lo que parecía una rama fina y desgastada. Llevaba los escasos y sucios cabellos peinados sobre la frente, de modo que creía disimular su calva cubierta de escamas de piel muerta.

—Mira todos esos hombres —continuó, señalando a la multitud que se agolpaba junto a la barrera—, están desesperados porque algunos de los aurigas les dé una pista de su estado físico o el de sus caballos, de alguna lesión… cualquier cosa que los ayude a apostar y ganarse unos ases. Pero pierden el tiempo. Esos hijos de mala meretriz tienen bien aprendido su oficio. Y también sus esclavos… Yo mismo he llegado a intentar sobornarlos en alguna ocasión, pero no abren la boca.

Marco puso gesto de fastidio.

—¿Vienes mucho a las carreras? —preguntó.

—¿Yo? Más de lo que me gustaría… Hay hombres que lo pierden todo jugando a los dados, y a otros se les escapa el contenido de su bolsa entre las piernas de cualquier ramera… Lo mío son las carreras.

De joven me contaminé con este veneno, y una vez se te mete dentro ya no lo consigues sacar. Me paso los días esperando a que lleguen las fiestas y se celebren carreras, y cuando estas empiezan lo pierdo todo y juro a los dioses que no volveré a poner un pie en este lugar… Hasta que llegan los siguientes juegos.

El hombre escupió sobre la grada un trozo de madera que se había desprendido de la ramita.

—¿Y por qué estoy contándote esto a ti? No sé ni quién eres…

—Un hombre de Fiesole, recién llegado a…

—¡Oh, por Plutón, guárdate esa mierda para quien se la crea! Reconozco a un romano cuando lo veo, por mucho que trate de fingir otro acento. Hasta me atrevería a decir que vienes de la Subura por tu forma de hablar… Tienes de etrusco lo mismo que yo de cartaginés. ¡Nada!

Marco enarcó las cejas. No tenía sentido tratar de engañar a aquel tipo.

—Tienes razón… A ti no puedo engañarte. Ando en busca de información y creí que podría sacarles algo a los aurigas o a sus esclavos.

—De la Subura o no, eres más tonto que una piedra. Si quieres información acerca de las carreras para apostar, olvídate de conseguirla por aquí. El que sabe algo no lo comparte. Y el que lo hace es que en realidad no sabe nada o simplemente le interesa mentir para sacar provecho. Este mundo es más complicado de lo que parece… Si no, todos seríamos ricos como el jodido Craso.

—No me interesan las apuestas. Busco información acerca de una persona que solía venir mucho por aquí.

El hombre volvió a escupir.

—Eso ya es otro asunto. Si quieres saber quién entra, quién sale y con quién, tienes que preguntar a las que se pasan los días y las noches entre las columnas y los arcos del Circo. Ellas son las que no se pierden un solo movimiento.

El hombre señaló hacia la parte más alta de las gradas, zona donde una mujer charlaba con un joven mientras le acariciaba el rostro con un dedo de forma insinuante. El chico trató de introducir una mano por debajo del vestido de ella, y aunque en un principio la mujer se dejó hacer, acabó por apartarlo de un empujón. Se levantó enfadada y se alejó del lugar mientras el joven se reía y la insultaba.

—¿Las putas? —preguntó Marco.

—¿Quién si no? Ellas y sus chulos son los que mejor saben quién es quién en el Circo. En los días que hay carreras se ocultan para evitar cruzarse con las mujeres de los senadores y los caballeros. Ya sabes que no está bien visto que las matronas vean a las profesionales del amor. Como si esas damas ricas no se abrieran de piernas ante el primer esclavo joven que les pone ojos tiernos… En fin… Lo dicho, que en los días de carreras no las verás por aquí, entre las gradas, sino ocultas por ahí abajo, entre los arcos. Pero en días como hoy… por Venus que son las auténticas señoras del lugar.

—Hablaré con ellas, entonces —dijo Marco.

—Más vale que lleves la bolsa llena. Esas chicas no abren la boca si no es a cambio de unas monedas. Ni para dar información, ni para… Ya me entiendes.

—Perfectamente —respondió Marco—. Gracias por tu consejo. Y suerte mañana con las apuestas.

—La diosa Fortuna es más puta que cualquiera de las mujeres que rondan hoy por aquí. No creo que me sonría mañana…, ni nunca, si te soy sincero. Pero yo seguiré viniendo, qué remedio. Ten un buen día, hombre de la Subura que quiere hacerse pasar por gañán de campo.

Marco asintió y emprendió el ascenso por las gradas hasta una de las puertas del recinto. Las prostitutas hacían su trabajo, más o menos, ocultas entre los pasillos y los arcos que se abrían bajo el graderío y daban al exterior. Algunas incluso atendían a los clientes allí mismo, entre dos columnas. Marco echó un vistazo a su alrededor y contó hasta cinco mujeres ofreciéndose de forma insinuante a cualquier hombre que pasaba cerca de ellas. A diferencia de las que trabajaban en prostíbulos, las que buscaban sus clientes en la calle presentaban un aspecto más descuidado y degradado. Aquellas que eran demasiado mayores o tenían defectos físicos evidentes eran las que se veían obligadas a trabajar en las calles, sujetas a las inclemencias del tiempo y sin contar con más protección ante los posibles clientes violentos que la que les ofreciera el proxeneta que se quedaba con parte de sus ganancias. En aquellos arcos se prostituían además aquellas mujeres libres que eran empujadas a tal oficio por la miseria y sentían demasiada vergüenza como para pedir trabajo en un burdel de modo permanente o estable.

Marco nunca había recurrido a los servicios sexuales de una mujer fuera de una taberna o un prostíbulo, y su conocimiento de las mujeres que trabajaban en la calle era casi nulo. Pese a ello, no tuvo que esperar mucho hasta que una de ellas, al verle indeciso y dubitativo, se adelantó

para abordarle antes de que lo hiciera alguna de sus compañeras. Al fin y al cabo, acostumbradas como estaban a tener como clientes a tipos físicamente desagradables, un hombre como Marco resultaba un atractivo mal menor para ellas.

—¿Buscas a alguien? —preguntó. Era una mujer que había dejado la juventud atrás hacía tiempo, y junto con ella se había desvanecido cualquier atractivo físico natural. Trataba de compensar aquellas carencias con pinturas, un complicado peinado y una ropa insinuante que pretendía ser lujosa, pero que apenas podía ocultar los muchos remiendos y desgarros que presentaba. Marco dudó si volver a asumir el papel de campesino con el que había intentado embaucar al corredor de apuestas. A la luz de que aquel papel de oriundo de Fiesole no le había proporcionado hasta aquel momento ningún beneficio, decidió prescindir de él. Si el peculiar aficionado a las carreras con el que estuvo hablando había logrado detectar su acento de la Subura, era muy probable que aquella mujer, que por su aspecto estaba acostumbrada a tratar en las calles con todo tipo de personas, descubriera también que trataba de aparentar ser quien no era.

—Es posible —respondió él.

—¿Y ves algo que te guste?

Marco miró a la mujer de arriba a abajo y pensó que el único deseo que despertaba en él aquel cuerpo era el de compasión. La mujer estaba muy delgada, y era evidente que había pasado hambre en más de una ocasión reciente.

—Hoy no busco sexo —dijo Marco—. Solo alguien que pueda responder algunas preguntas.

La mirada seductora de la mujer se convirtió en abierta desconfianza. Dio un paso atrás y se cubrió el pecho con el manto.

—Aquí no ofrecemos respuestas. Búscalas en otra parte.

—Pagaré por tu tiempo. De forma generosa.

Marco sacó varias monedas de bronce y se las tendió a la prostituta. Ella las miró con desprecio.

—Mis palabras valen más que mi cuerpo. Por ese dinero puedo aliviarte detrás de una columna. Pero si quieres hablar… te va a costar algo más.

Él abrió la bolsa y añadió unas pocas monedas.

—Habrá más si tus respuestas me convencen.

La mujer asintió y, tras tomar las monedas y guardarlas en su propia bolsa, oculta bajo el vestido, condujo a Marco a un lugar oscuro entre

dos columnas. La luz del sol se filtraba entre las gradas de madera, creando un ambiente de contrastes que acentuaban la sensación de clandestinidad.

—¿Qué quieres saber? —preguntó ella. Su tono de voz era muy diferente del que había emplearlo al abordar a Marco por primera vez.

—Clímaco, el auriga. ¿Qué sabes de él? ¿Visteis tú o alguna de tus compañeras algo extraño la noche en la que desapareció?

Ella se apoyó en la columna.

—¿Por qué te interesa saberlo? ¿Se ha acostado con tu mujer, acaso?

—No estoy casado, por suerte o por desgracia. Represento a un hombre que gasta mucho dinero en las apuestas… Alguien importante que no puede verse asociado con estos temas. Antes de apostar en las carreras de mañana necesita saber si Clímaco ha desaparecido realmente o si va a regresar por sorpresa en el último momento.

La mujer miró a Marco a los ojos durante unos instantes.

—Estás mintiendo. Después de una vida en la calle, sé reconocer cuando un hombre miente y cuando dice la verdad. No te interesan las carreras, ¿verdad? Es otro motivo el que te ha traído aquí.

—No creo que mis motivos sean relevantes. ¿Supone alguna diferencia para ti?

La prostituta volvió a quedarse en silencio, como si dudara acerca de qué responder. Marco observó movimientos a su alrededor. Otras mujeres se habían aproximado a ellos con discreción y se ocultaban entre las columnas y los arcos, observándolos.

—¿Eres amigo de ese Clímaco? —preguntó, al fin.

—No lo conozco en persona. Como te he dicho, me mueve el interés del hombre que me ha contratado. Nada más. Si Clímaco está muerto, mi cliente quiere saberlo para apostar en consecuencia. No hay intenciones ocultas aquí.

—Sigues mintiendo… —dijo ella, e hizo una señal a alguien detrás de Marco—. No nos gustan los mentirosos.

En un momento, Marco se vio rodeado por un grupo de seis mujeres, de un aspecto muy semejante al de la prostituta con la que había estado hablando. Todas maduras, pintadas y peinadas de forma extravagante, con ropas que en su momento fueron coloridas y que lucían ya desgastadas y raídas. Ante la amenaza, Marco se llevó la mano a la daga y retiró el manto para que pudiera verse el mango del arma antes de desenfundarla.

—No quiero problemas —dijo—. Solo respuestas.

—Hay preguntas que ya suponen un problema en el momento en el que son formuladas.

Las mujeres se limitaron a situarse en corro alrededor de Marco, sin aproximarse a él. Lemurio sabía que aquellas prostitutas estaban muy lejos de ser matronas indefensas. Eran seres de las calles de Roma, curtidas en los ambientes más duros de la ciudad. Mujeres que habían pasado por experiencias de miseria, penuria, maltrato y violencia, y que habían sobrevivido a todo ello a fuerza de tesón y dureza. Si se decidían a hacerle daño, Marco podría quitarse de en medio a algunas, pero tendría problemas para escapar con vida de aquel lugar cerrado. Supuso que merecía la pena hacer un último intento de encontrar una solución dialogada.

—No lo entiendo. ¿Qué os molesta tanto de mis preguntas acerca de ese Clímaco?

—Resulta curioso que nos preguntes a nosotras… ¿Por qué no lo has hecho a los otros corredores o a los esclavos?

Marco esbozó una sonrisa sarcástica.

—¿Crees que no lo he intentado? No hay forma de acceder a ellos… Alguien me sugirió que probara suerte con vosotras. Que sois las únicas que veis todo lo que ocurre por aquí.

—Mal consejo te ha dado, amigo.

—¿Tenéis algo que ver con la muerte de ese auriga? —Marco, nervioso, acabó por sacar su daga. La lágrima de Perséfone comenzó a calentarse en su pecho. Sin embargo, él sabía que no podía recurrir a ella. Liberar al demonio del colgante en el Circo Máximo habría podido desencadenar una matanza de la que no quería sentirse responsable.

Varias de las prostitutas sacaron también pequeños cuchillos de los pliegues de sus mangas y sus vestidos. Una de ellas lanzó una estocada a Marco, más para amedrentarle que porque quisiera realmente alcanzarlo con el filo. La mujer se echó a reír, mostrando una dentadura a la que le fallaban varias piezas.

—Vamos, muchacho, no nos hagas enfadar, dinos qué es lo que quieres saber, en realidad —dijo entre risas—. Algunas corearon las carcajadas, mientras lanzaban puñaladas a Marco. Este las esquivó con facilidad, consciente de que hasta aquel momento solo estaban jugando con él. En el momento en el que alguna de aquellas cuchilladas buscara realmente clavarse en su cuerpo, la situación cambiaría.

Una pareja de hombres pasó junto al lugar bajo las gradas en el que las mujeres habían acorralado a Marco. Echaron un vistazo de soslayo y

continuaron caminando como si allí no ocurriera nada. Las escenas de peleas bajo las gradas eran algo muy habitual con las que todos los aficionados a las carreras habían acabado por familiarizarse.

—O confiesas a qué has venido realmente o vas a marcharte de aquí con varios agujeros en la túnica —dijo la primera prostituta con la que Marco había hablado.

—Ya os lo he dicho. Me ha contratado un caballero interesado en apostar. No os oculto nada.

—Es una pena que insistas en tus mentiras…

Las estocadas comenzaron a ser cada vez más certeras y cercanas al cuerpo de Marco. No pasaría mucho tiempo antes de que una de aquellas mujeres se cansara de jugar y decidiera acabar con aquel asunto. No podía limitarse a esperar. Con un movimiento rápido, Marco lanzó el brazo que sostenía su propio puñal contra una de las mujeres armadas. Ella dio un salto hacia atrás, riéndose de la torpeza de su atacante. El golpe no alcanzó su objetivo, pero Marco consiguió lo que quería. Una de las prostitutas que no empuñaba arma alguna se distrajo y él, con un rápido movimiento, consiguió situarse detrás de ella y, tras agarrarla del pelo con fuerza, le acercó el filo del puñal a la garganta.

—Todas quietas si no queréis que le corte el cuello a vuestra amiga —dijo.

—¿Qué dices? ¡Esta puta no es nuestra amiga! Por nosotras como si la cortas en trozos y la tiras al río para que se la coman los peces.

Pese a que algunas de las prostitutas asintieron, Marco pudo ver que aquellas palabras no eran más que un intento de minar su determinación. A aquellas mujeres les preocupaba la suerte que corriera la que tenía aferrada entre su brazo y su daga.

A pesar de que Marco no había llegado a tocarla con el filo del puñal, la mujer prorrumpió en gritos.

—¡Ay! Este cabrón tiene algo en el pecho que abrasa como un tizón. ¡Se me quema la ropa!

Marco no hizo caso de aquellos gritos, aunque supo exactamente a lo que se refería. La lágrima de Perséfone había alcanzado una temperatura tan alta como Marco nunca había sentido. Tan caliente estaba la piedra, que traspasaba su propia túnica y el vestido de la mujer hasta llegar a quemarla a ella también.

—Tirad vuestras armas o le corto el cuello. Último aviso.

—Miradle a los ojos —dijo una de ellas—. Este tipo no es de los que cortan cuellos, así como así. No tiene lo que hay que tener. ¡Seguro que

es un niño bonito del Palatino disfrazado de pobre para pasear entre las putas y reírse de nosotras!

Marco reaccionó a aquellas palabras clavando con suavidad la punta de la daga en el cuello de la mujer. De inmediato brotó un hilo de sangre.

—No me pongáis a prueba. Por vuestro propio bien. No quiero hacerte daño, pero lo haré si tengo que elegir entre ella y yo. No tengo intención de morir aquí.

Las mujeres dudaron por primera vez. Ninguna de ellas dijo nada. Marco tenía la espalda cubierta por una gruesa columna de madera, de modo que era imposible que alguien se acercara por detrás y liberara a su compañera. Solo tenían dos opciones: o tiraban las armas y dejaban que escapara o se resignaban a ver morir a una de las suyas y se lanzaban sobre el agresor.

Marco, que no tenía ninguna intención de degollar a su presa, estaba a punto de empujar a la mujer hacia el grupo para salir corriendo cuando una voz ronca surgió tras el corro de prostitutas. En un primer momento Marco pensó que era la de un hombre. Sin embargo, cuando ellas se apartaron para dejar paso, observó que se trataba de una mujer baja y rolliza vestida de forma incluso más estrafalaria que el resto.

—Calma, calma. Vamos a solucionar esto como buenas ciudadanas que somos. Por el coño de Venus que parecéis esclavas germanas luchando por la *mentula* del amo. Apartaos, apartaos. Dejad que la vieja Dite solucione este problema.

Al ver a la recién llegada, Marco dudó si se trataba de una mujer de rasgos y voz masculinos o de un hombre vestido de prostituta. La anchura de sus hombros, sus andares y la dureza de los rasgos del rostro hacían suponer que se trataba de un hombre. Sin embargo, no se habría atrevido a afirmarlo con seguridad. En el submundo de la prostitución existían hombres que se vestían de mujeres para satisfacer a los clientes que buscaban ese tipo de servicios. Marco incluso había oído hablar de personas que tenían rasgos físicos y sexuales propios de los dos sexos, aunque él nunca había visto a nadie así.

—¿Y bien, hombre guapo? ¿Qué tal si bajas esa daga y charlamos un rato? Estas putas maleducadas te han puesto nervioso, ¿verdad? Vamos, vamos, baja el puñal y deja que esta niña se marche.

La niña en cuestión, que había superado ampliamente los treinta años hacía tiempo, asintió a modo de súplica.

—Solo cuando ellas tiren sus armas.

—Estas putas tienen más puñales escondidos que dientes en la boca. Aunque tiren estos te pueden sacar otro antes de que te dieras cuenta. Entiende que por la fuerza no vas a salir de aquí vivo. En el momento que den un grito caerán sobre ti otras treinta putas, seis o siete chulos y algún cliente deseoso de ganarse los favores de estas hermosas damas… Vamos, vamos, yo te aseguro que si tus intenciones son buenas nadie va a hacerte daño y podrás marcharte a casa. Haz caso a la vieja Dite, que sabe de esto.

—Dite, no te entrometas. Este tipo…

La extraña mujer abofeteó a la prostituta, que le había respondido con un golpe más rápido que un rayo.

—¡A callar! ¿Qué os tengo dicho? ¡Donde se come no se caga! Si se corre la voz de que este sitio es peligroso, se acabaron los clientes mínimamente decentes. ¿Queréis volver a chupar pollas de vagabundos y enfermos? No, ¿verdad? Pues entonces a hacerme caso todas. Que yo ya ponía el culo en estos arcos cuando vosotras erais niñas de teta. Guardad las armas como pide este buen hombre, vamos.

Ellas aceptaron a regañadientes y las dagas desaparecieron de nuevo entre los pliegues de su ropa.

Marco aceptó aquel gesto de buena voluntad, aunque sabía que, como había dicho la tal Dite, los puñales podían volver a aparecer en cualquier momento. Apartó su arma del cuello de la mujer y la soltó para que regresara con sus compañeras. La prostituta se llevó la mano a la herida del cuello y al ver la sangre se puso a llorar.

—¡Ay, que me muero! ¡Que este malnacido me ha matado y vosotras ahí tan tranquilas!

—Cállate, anda, que solo es un arañazo. Vete a lavar y a descansar un rato —dijo la recién llegada. Después se volvió hacia Marco, que todavía sostenía su propia daga en la mano—. Ahora tú y yo vamos a hablar un poco. ¿Qué es lo que has hecho para enfadar así a mis amigas? ¿Te has follado a una y no quieres pagar lo convenido?

—Solo he hecho una pregunta —dijo Marco—. Eso es todo.

—¿Y tanto enfado por una pregunta? —dijo ella con su voz ronca— ¿Qué les has preguntado? ¿Que cómo hacen para tener las tetas tan fofas?

Dos de las mujeres se rieron. Marco se dio cuenta de que Dite se esforzaba por rebajar la tensión en el ambiente.

—¡Por lo menos nuestras tetas son de verdad! —dijo una, y más prostitutas se unieron a las risas.

—Mira con lo que sale esta… Para lo que te sirven de verdad, más te valdría tener dos pelotas de lana bajo el vestido…

—Ha preguntado por Clímaco el auriga —dijo la primera mujer con la que Marco había hablado. De todas, aquella era la que mantenía el rostro más serio y una mirada más dura clavada en él. En ningún momento había llegado a sumarse a las risas del resto.

Marco observó que el ceño de Dite se fruncía levemente antes de que consiguiera ocultar el gesto de disgusto y volviera a asumir una expresión de calma y conciliación.

—Dice que le ha contratado un caballero interesado en las apuestas para averiguar qué ha sido del auriga. Pero es mentira. Yo misma juraría por Venus que es mentira.

—Bueno, bueno… Sea mentira o no, eso no nos afecta en absoluto. Nosotras no tenemos nada que ver con la desaparición de ese auriga, ¿verdad, compañeras? No tenemos nada que ocultar, y por eso tampoco hay motivos para enfadarse con este hombre tan curioso que tantas preguntas hace.

Entonces, me marcho dijo Marco bajando la daga —, SI no tenéis la información que necesito la buscaré en otro lado.

—Tranquilo —dijo Dite dando paso hacia Marco con las palmas de las manos abiertas para demostrar sus buenas intenciones—. Que no tengamos nada que ver con el tema no implica que no sepamos dónde puedes encontrar tus respuestas. Además, o mucho me equivoco o has pagado a Petina para que te facilitara la información. ¿No es así, Petina? ¿Te has guardado unas buenas monedas de este hombre?

La aludida asintió a desgana.

—Entonces, no puede marcharse sin recibir algo a cambio, ¿no creéis? ¿Qué somos, putas o estafadoras? ¿Cómo te llamas, guapo?

—Lucio Apuleyo —mintió Marco.

—Tú te llamas Lucio Apuleyo, tanto como yo me llamo Dite… Pero tendrá que bastar con eso. Bien, Lucio, ¿quieres saber qué pasó con ese auriga o ya has perdido el interés? Puedo llevarte a un sitio donde tal vez sepan algo sobre ese tema.

—Quiero saberlo. Pero te lo advierto: no intentes jugármela. Mi daga no es mi arma más poderosa.

Marco se dio cuenta tarde de que aquella última frase podría ser utilizada por Dite para sacarle un doble sentido.

—¡Vaya con el amigo Lucio! Así que tienes otra arma poderosa con la que sorprendernos a todas… Y a mí que me gustaría verlo.

Dite hizo un amago de agarrar la entrepierna de Marco y este dio un salto atrás, quedando nuevamente con la espalda contra la columna. El grupo de mujeres se echó a reír, y en aquella ocasión hasta la seria Petina se sumó al coro de risas.

—Ven conmigo, Lucio, y tal vez encuentres las respuestas que buscas. ¿Quién sabe? A lo mejor nos hagamos amigos y me dejes ver tu… arma.

Nuevo estallido de risas. Marco se unió con una leve sonrisa sarcástica.

—De momento dejaré todas mis armas envainadas. Te acompañaré. Pero vendrás tú sola.

—Por supuesto que iré yo sola. Estas putas tienen que ganarse el jornal y bastante han descansado ya. ¡Vamos, chicas, a mover el culo por ahí, que la despensa no se llena sola! Y tú, Lucio, vente con Dite. Deja que presuma por una vez de acompañante guapo.

El grupo de prostitutas fue dispersándose poco a poco, y solo cuando se vio a solas con Dite, Marco guardó su propia daga y se separó de la columna. No se fiaba de aquella peculiar mujer de aspecto masculino. El hecho de que hubiera intervenido en medio de la pelea que estaba a punto de estallar podía haber tenido como objetivo simplemente evitar que algunas de sus compañeras resultaran heridas. Agotaría aquella posibilidad de averiguar el paradero de Clímaco, pero no estaba dispuesto a dejarse llevar de nuevo a un callejón sin salida, como había resultado ser aquella galería bajo las gradas del circo.

XXI

El templo de Venus

MIENTRAS caminaba con Dite por la calle, Marco observó nuevos detalles del físico de la mujer que le hicieron dudar de nuevo acerca de su sexo. Vista a la luz del día, era evidente la ligera sombra de barba que quedaba en el mentón, por mucho que uno se afanara en pasar la cuchilla por ella. Sus brazos estaban completamente depilados, pero sus manos eran grandes y recias, con dedos gruesos y largos. Marco intentó que sus miradas hacia el físico de su acompañante fueran lo más disimuladas que pudo. Sin embargo, Dite finalmente se dio cuenta.

—Tratas de adivinar si soy un hombre o una mujer —dijo.

—¡No! —respondió Marco—. Quiero decir… es evidente que eres… una mujer.

Dite se echó a reír. Marco esperaba que le diera alguna explicación respecto a aquel tema, pero ella guardó silencio. Lemurio supuso que aquella ambigüedad era una de las estrategias que usaba para atraer la curiosidad de algunos clientes que quisieran averiguar qué había realmente bajo su túnica, previo pago de una cantidad de dinero.

Se alejaron de la explanada del Circo, dejando atrás las multitudes que se agolpaban para ver los entrenamientos e interesarse por el estado de las apuestas para las carreras del día siguiente. Marco observó que sus pasos los llevaban hacia la colina del Aventino, pero en lugar de enfilar las calles que ascendían a lo alto de la montaña, rodearon la ladera hasta llegar a la falda opuesta al lugar donde se encontraba el Circo. Dejaron el Tíber a su derecha y, antes de llegar al puerto fluvial conocido como el Emporium, se internaron en las callejas que ascendían a la colina desde aquel punto. No tardaron mucho en detenerse ante un edificio de aspecto humilde que presentaba rasgos de haber tenido una

cierta grandeza en el pasado. Se trataba de un templo de piedra, con cinco columnas de mármol y una fachada que en su momento estuvo adornada con vivos colores, pero que por entonces aparecía desconchada y cubierta de mugre, hongos y musgos nacidos gracias a la humedad propiciada por la cercanía del río. Entre las columnas, entrando y saliendo del recinto, Marco observó a un grupo de mujeres vestidas y acicaladas de forma muy semejante a la propia Dite. Rostros pintados, vestidos ceñidos o vaporosos, capas de colores vistosos y peinados complejos que no dejaban lugar a la duda acerca de cuál era el oficio de aquellas mujeres.

—No conocías este templo de Venus, ¿verdad? Algunos lo denominan el templo de Venus Meretrix. Aunque más de uno se escandalizaría al escuchar que se llama así a la diosa… Pero de este modo es como la adoramos aquí. Esta Venus es la diosa de las putas, que también necesitamos una divinidad que nos proteja, como todos los demás.

—No frecuento mucho los templos, si te soy sincero.

—Este es un templo muy especial. Ven conmigo, y no te separes mucho.

Cuando Dite y Marco se acercaron a la escalinata, todas las mujeres presentes miraron con recelo. Las que estaban charlando guardaron silencio. La tensión podía respirarse en el ambiente, y Marco se preguntó si no habría cometido un error siguiendo a Dite hasta aquel sitio. En la galería, bajo las gradas del circo habría tenido alguna posibilidad de escapar. En el interior de aquel templo, rodeado como estaría de mujeres que, ya sin conocer sus intenciones, le miraban con franca hostilidad, su vida no valdría ni medio as de bronce.

—¿Quieres que entre contigo ahí?

—¿Al templo? No, amigo mío. Los hombres no podéis poner un pie en ese recinto sagrado. Solo mujeres, y cuanto más putas sean, mejor. Tú sígueme, que vamos a hablar con alguien que tal vez tenga respuestas a tus preguntas.

Una vez en la parte alta de las escalinatas, Dite condujo a Marco a un lateral del edificio, un estrecho y corto callejón donde había una puerta abierta que daba al edificio colindante. La oscuridad más allá de aquella puerta era absoluta.

—No voy a entrar ahí contigo, gracias. Prefiero que me mates aquí, bajo el cielo.

—Si quisiera que te mataran un grupo de putas enfadadas, me

habría limitado a mirar cómo te cosían a puñaladas en el circo. Pero no tengo interés en convencerte. Tú sabrás si quieres respuestas o no…

Dite desapareció en el interior del edificio. Marco se quedó cavilando unos instantes. Dijera lo que dijera, no confiaba en esa mujer. Lo que le esperaba más allá de aquella puerta bien podría ser una muerte segura. Sin embargo, sabía que si se daba la vuelta y regresaba a la Subura, era muy probable que jamás llegara a averiguar qué había ocurrido con Clímaco y, en consecuencia, nunca podría relacionar su desaparición con la misteriosa hechicera que había acabado con el amigo de Antonio. Pensó en Alda, en su rostro cansado, su mirada que cada día perdía un poco de brillo. ¿Qué ocurriría con la hispana cuando su cuerpo envejeciera, cuando sus formas ya no atrajeran a los clientes de la taberna? Marco nunca había visto a una esclava madura trabajando en la taberna de Quelidón. Aunque nadie hablaba de ello, todos sabían que cuando las esclavas perdían el atractivo de la juventud eran enviadas a otros puestos de trabajo o a un destino peor aún. ¿Qué haría el dueño de la taberna con Alda cuando ya no fuera capaz de atraer a los clientes hasta su cama? ¿La echaría a la calle para que se convirtiera en una de las prostitutas demacradas y consumidas por la miseria a la que había conocido en el circo? ¿Acabaría siendo como aquellas mujeres gastadas y derrotadas que vendían sus cuerpos por un puñado de ases bajo cualquier pórtico?

—Venus Meretrix, esto lo hago por una de tus protegidas… así que, si existes, se me propicia en el día de hoy —murmuró Marco, y echó a andar hacia el umbral de la puerta.

Cuando entró, sus ojos tardaron en acostumbrarse a la diferencia de iluminación. Estaba en un pasillo estrecho, al final del cual pudo distinguir las rotundas formas de la silueta de Dite sosteniendo una pequeña lucerna con una llama tenue y mortecina.

—La curiosidad ha podido más que el miedo —dijo ella con tono sarcástico—. Ven conmigo, Lucio. Quiero que conozcas a alguien.

Marco caminó por el pasillo tras los pasos de Dite hasta llegar a una pequeña estancia en la que había dos divanes y tres taburetes. A pesar de la escasa iluminación, pudo ver que las paredes estaban adornadas con viejas pinturas casi borradas. Marco pudo distinguir a algunos dioses a la luz de la pequeña llama. Un joven Mercurio con su gorro y sus alas en los pies. Una diosa Venus sosteniendo en la mano una paloma blanca; Apolo con la lira; Marte cubierto con una pesada armadura de aspecto antiguo. Los movimientos de la llama hacían que los ojos de los dioses casi parecieran moverse, como si buscaran algo

por la habitación.

En una de las esquinas había un pequeño altar presidido por una escultura metálica que representaba a una divinidad femenina que Marco identificó como Venus, tal y como los griegos solían representar a su diosa Afrodita en las estatuas antiguas. Observó que se trataba de una pieza de gran hermosura, no una de las toscas figuras que adornaban la mayor parte de los altares domésticos de la plebe. El artista había logrado plasmar el rostro de la diosa con notable precisión, logrando darle un aire triste, como si lo que había frente a ella le produjera una profunda y eterna pena.

Junto a la estatuilla ardían varios pebeteros que llenaban la habitación con un humo ligero y de aroma agradable. Marco inspiró aquel aroma, sin ser capaz de identificar cuál era el producto que se quemaba en el interior de los recipientes de barro.

—Siéntate aquí. Vuelvo enseguida con alguien.

Marco obedeció, pero en el momento en que Dite se hubo marchado de la pequeña estancia sacó un objeto de unos de los bolsillos de su túnica. Era una pequeña redoma de barro que cabía en la palma de la mano. En su interior había un líquido preparado por el mismo Marco, una vieja recela que le había enseñado su madre antes de morir. Un producto inofensivo cuyo único efecto al derramarse y entrar en contacto con el aire era que generaba un humo espeso de color gris que despedía un desagradable olor a azufre. Una estratagema incapaz de hacer daño a un enemigo, pero que permitía al que la utilizaba generar confusión y ganar unos instantes preciosos para poder escapar.

Dite regresó al rato junto con una muchacha cuyo físico contrastaba poderosamente con el de todas las mujeres que Marco había visto en la entrada del templo. Se trataba de una chica joven, de apenas veinte años, con un rostro dulce de cutis claro y ojos verdes sobre una nariz menuda y un poco respingona. La túnica que llevaba se ceñía a su cuerpo con naturalidad, mostrando unas formas esbeltas de cintura estrecha y caderas y pecho no muy amplios. La muchacha llevaba una bandeja con una jarra y varios vasos.

—Enseguida vendrá a quien esperamos —dijo Dite, y se recostó ella misma en el diván que había frente a Marco—. ¿Beberás conmigo, Lucio? En honor a nuestra diosa.

—Nunca rechazo beber en honor a Venus. Es la última diosa a la que me gustaría enfadar.

—No sea que se enfade y haga que esa verga vuestra no vuelva a

levantarse, ¿verdad? —dijo ella, y Marco no supo si se trataba de un comentario jocoso o de una crítica real. Probablemente, se trataba de las dos cosas.

La muchacha sirvió dos vasos de vino y tendió uno a Marco y el otro a Dite. Ella misma se sentó en uno de los taburetes y adoptó una postura recatada. Lemurio pensó que aquella chica se movía y comportaba como si se hubiera criado en el seno de una familia rica.

—¿Me cambiarías el vaso? —preguntó él—. Caprichos de un hombre desconfiado.

—¿Crees que quiero envenenarte? Ya te lo he dicho. Si hubiera querido ahora mismo, tu cadáver estaría bajo una montaña de mierda de caballo.

—Junto con el de algunas de tus amigas. ¿O crees que iba a dejarme matar sin llevarme a alguna por delante?

—Ay, por Juno, no recordaba esa arma secreta de la que nos hablaste… Toma mi vaso y dame el tuyo. Estoy muerta de sed.

Intercambiaron los vasos y Dite bebió un largo trago para demostrar a Marco que no había peligro alguno en aquel líquido. Él hizo lo mismo, y comprobó que aquel vino, más allá de una calidad cuestionable, no parecía tener el regusto de ninguna sustancia tóxica que él conociera.

—¿Qué tal nuestro vino envenenado? —preguntó ella.

—Los he bebido mejores…

—Que nos perdone el rey de Egipto por servirle un caldo tan humilde como las putas que le han abierto las puertas de su casa.

Marco no respondió a la provocación.

—¿A quién estamos esperando? —preguntó.

—Paciencia, paciencia. Esperamos a alguien que puede tener respuestas para ti, ya te lo dije. Pagaste un dinero a mi amiga Petina y obtendrás algo a cambio. Ninguna hija de Venus cobra sin dar a cada cliente lo que ha pedido o al menos lo que se merece.

—¿Tú también trabajas en el Circo? —dijo Marco dirigiéndose a la muchacha que les observaba en silencio y sin tocar el vino.

La joven sonrió y bajó la mirada, ruborizada.

—¿Ella? —intervino Dite—. Ella no es puta, no te hagas ilusiones. Esta chica es una invitada en el templo de la Venus Meretrix. La diosa la ha acogido para que cure sus heridas y reconstruya su vida en la medida en que pueda hacerlo. A eso nos dedicamos aquí, Lucio. A coser vidas rotas. No solo rezamos plegarias y hacemos sacrificios de palomas blancas. Sobre todo, arreglamos vidas que otros rompen.

Marco comenzaba a sentir que sus sentidos se embotaban, como si llevara bebiendo toda la mañana en lugar de haber probado un único vaso de vino. Claro, que también había pasado por la taberna de Quelidón antes de ir al Circo y allí había vaciado una jarra junto a Saturnino sin apenas comer nada… Dejó el vaso sobre una pequeña mesilla junto al diván. No quería emborracharse y sentirse torpe. Aunque Dite parecía ser de confianza, necesitaba mantener todos sus sentidos alerta.

—¿Puedo preguntar cómo o quién te causó esas heridas de las que ella habla?

—¿Qué interés puede tener para ti la historia de una pobre chica refugiada en un templo? —preguntó Dite, interfiriendo de nuevo.

—¿No sabe hablar ella? ¿O la tenéis sujeta a un voto de silencio?

—Nuestra diosa no impone silencios a sus fieles. No, no fue Venus quien arrebató el don de la palabra a esta joven. Fue un hombre.

La muchacha apartó el rostro una vez más, ya sin sonreír.

—Ahora que lo pienso, su historia tal vez te resulte interesante… Puede que incluso aprendas algo de ella, Lucio. ¿Quieres que te la cuente? Siempre que mi pequeña Popilia esté de acuerdo.

Marco asintió, y la aludida imitó su gesto. Dite se aclaró la garganta con un trago de vino y comenzó a hablar con su peculiar y profunda voz.

—Aunque hoy la veas aquí, rodeada de putas viejas que no han visto una moneda de plata en toda su vida, Popilia nació en una familia noble. Según supimos, después de que ella llegara aquí, uno de sus bisabuelos llegó incluso a ser cónsul en tiempos de Rómulo… o de la guerra con Aníbal, qué sé yo de esos temas… Era rica, joven y con esta carita podría haberse ganado el corazón de cualquiera. La casaron muy pronto, con catorce años, y a diferencia de lo que suele ocurrir, el matrimonio fue feliz, ¿verdad, querida mía?

Popilia asintió de nuevo, sin poder evitar que una lágrima rodara por su mejilla. Marco tuvo que hacer un esfuerzo para centrarse en las palabras que Dite pronunciaba. Aunque había dejado de beber vino, sentía los párpados cada vez más pesados y el rostro entumecido.

—Su esposo era un hombre joven, de rango senatorial. También era guapo, como ella, y ambicioso. Con solo veinte años ya había destacado en las legiones y toda Roma hablaba de él como una de las grandes promesas de su generación. Él pasaba mucho tiempo fuera, como es habitual en los de su clase. Y mi Popilia, enamorada como estaba, le

echaba terriblemente de menos… Una joven sola, encerrada en una casa enorme, sin más obligaciones que ver a las flores nacer, abrirse y morir en los jardines. Siempre he dicho que la ociosidad es la madre de todos los problemas… Popilia cometió un error. Abrió las puertas de su casa a otro hombre. También guapo, incluso más que su esposo. Un varón con el que todas las mujeres de Roma soñaban en silencio.

—Clímaco —murmuró Marco, con una voz pastosa y torpe. Se preguntó qué le estaba pasando para reaccionar así con un simple vaso de vino. Observó a Dite en busca de algún síntoma semejante, sin encontrar nada. Era imposible que el vino tuviera alguna sustancia. Los dos habían bebido de la misma jarra e incluso habían intercambiado los vasos. Y, sin embargo, él se sentía cada vez más adormecido mientras ella continuaba hablando sin demostrar efecto alguno en su cuerpo. La joven Popilia, sin embargo, pese a que las lágrimas caían ya por sus mejillas, tuvo que reprimir un bostezo, como si a ella también le estuviera costando mantenerse despierta.

—Clímaco —repitió—. El auriga que buscas con tanto interés. Popilia le abrió las puertas de su casa y poco después también las piernas…

La muchacha dio una palmada a Dite en el brazo, reprendiéndola por hacer aquella afirmación tan poco delicada.

—No seas remilgada, cariño. Aquí nuestro amigo Lucio sabe que somos putas y hablamos como tales. Te lo follaste, Popilia, y no hay necesidad de llamar a las cosas de otra manera. Y como tú se lo follaron decenas de matronas romanas. Ese Clímaco sabía cómo lograr que las puertas de las casas se le abrieran solo mostrando su sonrisa… Cometiste un error, es cierto. ¿Y quién no lo ha cometido? Si me dieran un as por cada *mentula* que desearía no haber… Pero, en fin, eso no viene al caso. La cuestión es que a Clímaco no le bastó con gozar del cuerpo de mi pequeña Popilia. De hecho, no era eso lo único que buscaba. Quería que su marido se enterara de lo que había ocurrido. Parece ser que en alguna ocasión le había insultado, o había apostado contra él… No lo sé, y francamente no me importa. El marido de Popilia se enteró de lo que había ocurrido, por supuesto. Clímaco y sus amigos se encargaron de ello. Y cuando llegó a casa ya no era aquel esposo dulce y servicial que Popilia había conocido. El monstruo había dejado caer su careta, Lucio. El hombre mostraba su verdadera cara al fin.

Marco intentó levantarse del diván, y descubrió que apenas podía alzar los brazos con dificultad. A su alrededor, veía que las figuras de los dioses pintadas en las paredes comenzaban a moverse. Mercurio

doblaba las rodillas, a punto de echar a volar, pero sin llegar a hacerlo. Venus sonreía y señalaba a Marco. Apolo llevaba uno de sus dedos a la lira y pulsaba una cuerda sin arrancar ningún sonido.

—¿Qué me está pasando? —dijo.

Dite le ignoró, y continuó con su historia.

—Aquella noche, Popilia conoció el significado de la palabra dolor, Aquel bastardo no se conformó con golpearla y humillarla ante los esclavos.

Según le habían contado, era ella quien había seducido al auriga. Con palabras dulces como la miel había arrastrado a aquel pobre muchacho virginal hasta un lecho de perdición… ¡Por los dioses que había que ser imbécil para creerse algo así! Pero su esposo decidió que Popilia no volviera a hacer uso de su lengua para seducir a ningún hombre. Aquella noche se la cortó con un cuchillo afilado. Y después de aquello la echó de su casa… Repudiada, vomitando sangre, llena de marcas de golpes, con la ropa desgarrada… Popilia trató de encontrar refugio en casa de sus padres. Pero el auriga, ese Clímaco al que buscas, también se había encargado de que su familia se enterara de lo que había ocurrido entre ellos. ¡De lo que según él había ocurrido! Popilia aporreó la puerta, gritó, lloró y suplicó sin palabras. Pero la casa de sus padres, la que había sido la suya propia hasta el día de su boda, permaneció cerrada para ella. Desesperada, comenzó a deambular por las calles de Roma. Y así la encontramos nosotras. Moribunda por la pérdida de sangre. Enloquecida por el dolor y la rabia. Así es como esta pequeña hija de senadores con el rostro de una diosa acabó viviendo entre las putas del Aventino y el Circo. ¿Te ha gustado mi historia, Lucio? ¿Te ha parecido Interesante? ¿Digna de contarla a tus amigos en vuestra próxima noche de borrachera?

Marco volvió a intentar levantarse y, en aquella ocasión, se cayó al suelo. Pensó en abrir la pequeña redoma que llevaba en la mano, pero comprendió que aquello no serviría para nada. Llenar aquella habitación de humo mientras él apenas podía moverse sería una completa pérdida de tiempo.

—Humo —musitó, comprendiendo de forma súbita—. Humo… El incienso. El incienso del altar.

—Ya empiezas a comprender —Dite se levantó del diván y acarició el cabello de la joven Popilia, que al escuchar su propia historia contada de manera cruda y brutal había roto a llorar ya de forma abierta. La muchacha se recostó en el regazo de Dite y, poco a poco, se quedó

dormida—. ¿Pensabas que te íbamos a dejar marchar sin más? Hacías bien en desconfiar… pero has sido más tonto de lo que creía. Nosotras estamos acostumbradas a ese incienso. Lo respiramos aquí día y noche para mitigar sus efectos. No te negaré que estoy un poco mareada, pero nada en comparación con lo que tú estás sintiendo ahora misino. Nos lo trae una de nuestras chicas. Una siria que tiene relación con comerciantes de su tierra… Es perfecto para adormecer a los clientes cuando no queremos que se pongan pesados. Pero no te preocupes, no es mortal. Te quedarás dormido, como mi pequeña Popilia, y en unas horas te despertarás con un leve dolor de cabeza. Eso, si no decidimos cortarte el cuello, claro.

—Venus… Venus…

Marco deliraba. Seguía escuchando la voz de Dite y podía ver a la mujer de rasgos masculinos frente a él, pero toda su atención estaba puesta en la figura de la diosa pintada en la pared. Los movimientos de Venus eran ya totalmente libres y realistas. La diosa se atusaba el pelo, sonreía con rostro cruel y lo señalaba como si se estuviera riendo de su situación. Marco se sentía humillado, pero al mismo tiempo no podía evitar sentir un profundo deseo sexual al mirar las formas femeninas de la diosa, apenas cubiertas por su larga y rubia cabellera. Se echó a reír sin poder evitarlo, y sus propias carcajadas le parecieron lejanas y apagadas.

—Nuestra amiga ha llegado. ¿Sigues buscando respuestas, Lucio? Tal vez ella pueda ofrecértelas.

En medio de la bruma que nublaba su mente, Marco vio cómo la diosa Venus salía de la pared y caminaba hacia él. La divinidad se agachó y le acarició la frente, haciendo que Marco se estremeciera de placer.

—Le conozco —dijo la diosa—. No es Lucio su nombre. Os ha engañado.

—Qué sorpresa —respondió Dite—. Lucio, Quinto o como quiera que se llame, qué queréis que hagamos con él. Preguntaba por el auriga con mucha insistencia. Podría traernos problemas.

—Llevadlo a mi casa. Que duerma unas horas. Quiero hablar con él antes de tomar una decisión.

En un último destello de consciencia, Marco logró mirar fijamente a los ojos de la diosa Venus. Descubrió que eran azules. De un azul tan profundo como él no había visto nunca. Pensó que un hombre podría perderse en medio de la inmensidad azul de aquellos ojos, sin querer

salir nunca de ella.

Con aquel pensamiento en mente, Marco acabó quedándose dormido, derrotado por los efectos del incienso.

XXII

Negro y azul

COMO DITE había pronosticado, Marco se despertó horas después, desorientado y con un intenso dolor de cabeza al que acompañaban unas desagradables náuseas. Lo que le sacó de su sopor fueron los ladridos de un perro en algún sitio cercano. Antes de abrir los ojos, Marco pensó que se encontraba en su propia casa y era Ulises el que perturbaba su sueño. Tras maldecir al molesto animal entre dientes y gruñir alguna amenaza, finalmente se dio cuenta de que ni estaba en su apartamento de la Subura ni era Ulises el perro que ladraba.

Recordó las últimas palabras que había escuchado de boca de la prostituta que le había conducido a aquella extraña sala junto al templo de Venus. Te despertarás en unas horas… si no decidimos cortarte el cuello. Marco se llevó la mano a la garganta y no encontró herida alguna. Se revisó el resto del cuerpo y comprobó que estaba ileso. Le sorprendió encontrar en su lugar todas sus posesiones, incluidas la daga que siempre llevaba con él y la pequeña redoma que había tenido lista para usar en caso de ser atacado. La pequeña botella de barro ya no estaba en su mano, sino en uno de los bolsillos de su túnica. Por algún motivo, aquellas mujeres habían decidido no hacerle daño. No solo eso, sino que le habían considerado tan inofensivo que no se habían molestado ni en desarmarle.

Miró a su alrededor. Era noche cerrada, y la estancia en la que se encontraba estaba iluminada por dos grandes lámparas que colgaban de las paredes. Marco se sintió incapaz de adivinar si era el comienzo de la noche o ya estaba avanzada hacia el alba. La sensación de desorientación era completa. Aunque había dormido varias horas, pues apenas era mediodía cuando Dite le había conducido al templo de

Venus en la falda del Aventino, y ya era noche cerrada, no tenía sensación de que hubiera pasado el tiempo ni de haber disfrutado de un sueño reparador. De hecho, todo su cuerpo le pedía a gritos que volviera a tumbarse y se durmiera de nuevo.

Se frotó los ojos y se incorporó, comprobando que sus piernas y brazos volvían a responderle. En su mente se agolpaban todo tipo de imágenes, algunas reales y otras que él sabía que tenía que haber imaginado. Recordaba a Dite y ala joven que le habían presentado como Popilia, ambas reales, pero también al dios Apolo tocando la lira y a Venus saliendo de la pared para burlarse de él mientras le acariciaba el rostro con lascivia. También había elementos que Marco no habría podido jurar si eran auténticos o su mente los había soñado bajo el efecto del incienso, como la historia de la joven a la que habían arrancado la lengua como venganza por una infidelidad. Solo cuando sus pies hubieron tocado el suelo, Marco se sintió que estaba despierto por completo y que el mundo que le rodeaba no era ya el de los sueños.

Estaba en la habitación de lo que parecía una lujosa casa. Tanto el mobiliario como las pinturas de las paredes denotaban la buena situación económica del propietario de aquella vivienda. El contraste con el ambiente en el que le habían recibido las prostitutas del templo de Venus era inmenso. Por mucho que le dio vueltas, Marco no fue capaz de encontrar una explicación a por qué había pasado de caer dormido en un tugurio de la ladera del Aventino a despertarse en una estancia como aquella.

Si quería averiguarlo, tendría que salir de aquella habitación.

Con andares todavía ligeramente torpes por efecto del incienso, Marco salió y se encontró en un magnífico jardín iluminado también con lámparas y antorchas. Miró al cielo abierto sobre el peristilo y descubrió una noche negra llena de estrellas. A su alrededor, el jardín se mostraba en todo su esplendor de final de verano, con flores abiertas de diversos colores y un pequeño estanque en el centro en el que varios peces de color naranja nadaban entre las plantas acuáticas. Marco se sintió tentado de sentarse en uno de los bancos de piedra a disfrutar de la agradable temperatura y del rumor del agua, cayendo al estanque desde un pequeño caño de bronce que salía de una roca.

Un ruido tras él le alertó antes de que pudiera hacer nada. Marco se dio la vuelta, llevándose la mano a la daga de forma inconsciente.

Tras él había una joven que lo miraba con el rostro serio y los brazos cruzados. Él la reconoció de inmediato.

—Eres… Popilia, ¿verdad?

La muchacha asintió. Marco estuvo a punto de preguntarle dónde se encontraban, pero entonces recordó la historia de Dite. Aquella chica no habría podido responderle, incluso aunque hubiera querido hacerlo. Si lo que la prostituta le había contado era cierto, su esposo le había cortado la lengua como castigo por una infidelidad. Una infidelidad cometida nada menos que con el auriga Clímaco, el hombre al que él trataba de encontrar.

—Lamento mucho lo que te ocurrió. Nadie debería pasar por lo que tú has pasado. Y menos por una simple infidelidad.

Popilia se encogió de hombros. Marco no supo interpretar si con aquel gesto ella quería expresar indiferencia acerca de si su castigo había sido justo o no, o si, por el contrario, era una muestra de que lo que opinara él acerca de su historia le traía completamente sin cuidado. Supuso que, por la expresión fría y la mirada de desprecio que había en su rostro, la segunda posibilidad era la más factible.

—Supongo que no puedes decirme dónde nos encontramos… —dijo Marco.

Ella reaccionó a la pregunta, dándose la vuelta y abandonando el jardín tras dos columnas que estaban completamente cubiertas por una espesa mata de hiedra.

—¡Espera! —Marco echó a correr tras la joven, pero al rodear las columnas descubrió que no había rastro de ella. Frente a él se abría un pasillo estrecho y bien iluminado, y Marco decidió que aquel camino era tan bueno como cualquier otro para tratar de buscar una salida de aquella casa. Una vez estuviera en el exterior trataría de orientarse para regresar a la Subura.

—Si es que sigo en Roma… —murmuró. Pensó que la idea de que le hubieran llevado lejos de la ciudad resultaba absurda. Era imposible que el sueño en el que aquel incienso le había hecho caer fuera tan profundo como para que alguien hubiera podido llevar su cuerpo tan lejos sin que él se hubiera despertado en ningún momento.

Recorrió el pasillo sin detenerse, y al llegar al final giró un recodo y descubrió que el siguiente tramo ya no estaba iluminado, sino sumido por completo en las sombras. Pensó en dar la vuelta y buscar otro camino, pero finalmente decidió continuar por el mismo pasillo. De haber querido hacerle daño, aquellas mujeres ya le habrían matado. Le habían tenido a su completa merced durante horas, y no solo no le habían matado, sino que no se habían molestado ni en quitarle la daga.

Un poco de oscuridad no era motivo para darse la vuelta.

Marco echó a andar y cuando llegó hasta la mitad del pasillo descubrió que al final, iluminado bajo un ventanuco por el que entraba algo de luz de una habitación colindante, había una figura humana sentada en lo que parecía ser una silla con un amplio respaldo. A juzgar por la silueta, que era todo lo que Marco podía ver, se trataba de un hombre enjuto, casi esquelético, sentado con la cabeza ladeada y caída sobre uno de los hombros. Por un instante, debido a aquella postura tan poco natural, Marco se preguntó si aquel hombre estaría muerto, pero al fijarse mejor observó que había un ligero movimiento rítmico en su cuerpo, fruto de una respiración lenta y pausada.

Siguió caminando con cautela hasta llegar cerca de la figura, y entonces pudo Marco comprobar que se trataba de un anciano, con unos pocos cabellos blancos peinados sobre las orejas. Sus ojos estaban abiertos, pero no miraban a Marco. Estaban perdidos en algún punto indeterminado a medio camino entre el suelo y el techo. Tenía la boca medio abierta, y un hilo de baba caía sobre la barbilla y llegaba a manchar la túnica limpia y con hermosos bordados que lucía.

—Buenas noches —dijo Marco, sin grandes esperanzas de ser escuchado. Aquel anciano estaba en un estado catatónico y vivía al margen de la realidad—. ¿Tendría a bien indicarme la salida de esta casa, *domine*?

Como era de esperar, el anciano no reaccionó.

Marco se acercó a él. Para continuar por aquel pasillo tenía que pasar junto al anciano sentado en la silla. Sabía que aquel hombre era inofensivo, que en el estado en el que se encontraba no sería capaz de hacerle el más mínimo daño y, sin embargo, al pasar a su lado, Marco contuvo la respiración, como si esperara que en cualquier momento el anciano pudiera levantarse de la silla y agarrarle con sus manos de dedos afilados.

—¿Buscas algo, Lemurio? O tal vez debería llamarte Lucio…

Marco sintió como si el corazón fuera a salírsele del pecho al escuchar una voz tras él, en la parte del pasillo sumida en las sombras. Miró al anciano, pero este continuaba perdido en su mundo de tinieblas eternas. En ese mismo instante escuchó unos pasos y una nueva figura entró en la zona iluminada.

—Flavia… Tú…

—Sí, Marco Lemurio. Yo.

La mujer a la que Marco había conocido en casa de Atia lucía en

aquel momento más radiante, incluso que en la noche de la fiesta. Su vestido blanco caía en suaves ondas desde sus hombros hasta sus tobillos, dejando al descubierto solo el pecho, sobre el cual destacaban las formas sinuosas del colgante de piedras azules, y los brazos. La noche en la que la había conocido, Flavia había llevado el pelo recogido, pero en aquella ocasión su cabellera rubia caía en bucles naturales sobre los hombros.

—¿Es esta tu casa?

—¿De quién si no? —respondió ella, y dio un paso hacia Marco—. Supongo que te preguntas qué haces aquí.

—Me hago una ligera idea… ¿Eres amiga de esas mujeres del templo de Venus?

—Sí, Dite y las demás son mis amigas, si es que pueden definirse así. Digamos que son… mis protegidas. La joven Popilia vive aquí, conmigo. Creo que ya te contaron su historia, antes de que te quedaras dormido. No deberías beber si no eres capaz de resistir los efectos del vino.

—Lo cierto es que tolero bastante bien la bebida, siempre y cuando me la sirvan sin darme a respirar un extraño veneno capaz de tumbar a un oso pardo.

Flavia sonrió, rodeó al anciano y se situó junto a Marco.

—¿Es tu padre? —preguntó él.

—Preguntas y más preguntas. Es esa curiosidad la que te ha traído hasta aquí.

—He estado en sitios peores, créeme.

Ella miró a Marco con sus profundos ojos azules, sin perder la sonrisa.

—Te creo, Marco Lemurio. Pero no hablemos en medio del pasillo. Acompáñame, por favor. Haré que te traigan algo de comer y un vino mejor que aquel que Dite te sirvió.

—Lo cierto es que tengo bastante hambre… Pero agradecería que prescindiéramos del incienso esta vez.

—No necesito de esos trucos. Puedes estar tranquilo.

Marco siguió a Flavia por los pasillos de la casa, y en su recorrido se dio cuenta de que aquella *domus* era mucho más grande de lo que había supuesto en un primer momento. Desde luego, no tenía nada que envidiar en tamaño, mobiliario y decoración a las grandes casas de los potentados de Roma que Marco había tenido ocasión de visitar. En su camino no se cruzaron con ningún esclavo, algo que llamó mucho su atención.

—¿No tienes esclavos en esta casa?

—Pocos. Llevo una vida sencilla. Pero no te preocupes, te atenderán como te mereces.

Llegaron a un pequeño salón en el que había dos divanes dispuestos junto a una mesa baja en la que alguien había dejado todo tipo de alimentos: frutas, embutidos, queso, rebanadas de pan y aceitunas negras. La estancia tenía dos grandes ventanas que daban al mismo jardín en el que Marco se había encontrado con Popilia. Desde aquel lugar se podía escuchar el rumor monótono y sedante del agua cayendo del caño hasta el pequeño estanque.

—Supongo que, si a estas alturas no me habéis matado, no tengo que temer que la comida esté envenenada.

—No todas las mujeres matan con venenos, Lemurio.

—Basta con que lo haga una para que tenga que arrepentirme de haber probado esa comida…

Se reclinaron en los divanes, y Flavia fue la primera en tomar una aceituna con los dedos y llevársela a la boca. En aquel momento entró una esclava con una jarra metálica en la mano. Marco observó su rostro y la reconoció de inmediato. ¿Cómo olvidar aquella cara desfigurada por una enorme quemadura que casi había borrado sus rasgos?

—Tú eres… la chica del Sátiro Liberto… —dijo él. Aunque la joven vestía ropas más cuidadas y limpias y el escaso cabello que le quedaba en la mitad de la cabeza parecía más limpio y brillante, no había duda de que era la misma esclava con la que había hablado en aquel sórdido prostíbulo de la Subura días antes.

—Lo era —dijo Flavia—. Ahora vive en esta casa, conmigo.

—No entiendo nada… —murmuró Marco.

Pero aquello no era cierto. Cada vez lo veía todo más claro. Aquella chica había hablado de una diosa que protegía a todas las mujeres que eran víctimas de malos tratos por parte de los hombres. Hombres como Ebucio, como Clímaco, el auriga, como tantos otros que consideraban que las mujeres eran seres creados solo para su placer y disfrute. La dama azul, así la había llamado. ¿Era Flavia la mujer que se ocultaba bajo aquel nombre?

De una manera o de otra, Flavia estaba relacionada con aquellas extrañas desapariciones. Y Marco estaba dispuesto a llegar hasta el final del asunto.

—¿Fue este el hombre que estuvo haciendo preguntas en tu antigua casa? —preguntó Flavia. La esclava miró a Marco con los ojos llenos

odio y asintió.

—Fue él. Quería saber qué había ocurrido con el tipo aquel que mató a Corina. Dijo que era un esclavo, que investigaba en nombre de su amo. Pero mintió.

—Escucha… Todo tiene una…

Flavia alzó la mano para hacer callar a Marco.

—Puedes retirarte a descansar, pequeña. Él mismo servirá el vino.

—Haz que pague, *domina*. Haz que pague por lo que sus amigos nos hicieron. Yo le dejé marchar aquel día… me habían dicho que era un buen hombre… pero estaban equivocadas. No existen los hombres buenos.

Marco estuvo a punto de intervenir para explicar que él no conocía de nada a aquellos hombres que les habían causado tanto daño, y mucho menos era amigo suyo. Pero guardó silencio, al entender que de nada servirían sus palabras. Había estado en el Sátiro Liberto interesándose por el paradero de uno de ellos, y días más tarde se había paseado por el Circo tratando de averiguar qué había ocurrido con otro. Todos los indicios apuntaban a que, aunque no fuera amigo de los hombres desaparecidos, al menos estaba unido a ellos de alguna manera.

La chica desfigurada se marchó y dejó a solas a Flavia y Marco.

—¿Sirves el vino, Lemurio? Está mezclado con agua. No soporto el vino puro.

Marco se levantó y escanció el contenido de la jarra en dos copas dispuestas en la mesa antes de regresar con una de ellas a su diván. Iba a comenzar a hablar, pero Flavia se le adelantó.

—¿Cuántos años tienes, Marco Lemurio? —preguntó ella.

—Treinta.

—¿Y aún sigues soltero? No es algo habitual.

—No he conocido ninguna mujer interesada en unir su vida a la mía. No tengo familia con compromisos que cumplir, ni un patrimonio que pueda interesar a ningún padre deseoso de casar a sus hijas. Ya viste a lo que me dedico… ¿Cómo dijiste? Trilero de poca monta… Algo así.

—No seas rencoroso. Esa noche estaba enfadada.

—No lo estabas la primera vez que hablamos. Pero tu humor cambió al final de la fiesta. Espero que no tuviera nada que ver con mi actuación.

Flavia sonrió y negó con la cabeza, ocultando su boca detrás de la copa de vino. Con un movimiento lento se quitó las sandalias y se

quedó descalza, con los pies acariciando la tela con la que estaba tapizado el diván.

—No. Tú no tuviste nada que ver. No eres tan importante.

—¿Qué ocurrió entonces?

—Puedes suponerlo. La llegada de alguien a quien detestaba con todo mi ser… y el hecho de ver que todos los invitados acudían a agasajar a esa persona como las moscas acuden a posarse sobre la miel. O sobre los excrementos frescos de un caballo… Todos los invitados se comportaron como moscas… excepto tú. Solo tú, en medio de aquella multitud, miraste a aquel tipo con desprecio, como si fueras capaz de ver más allá de su apuesto rostro. Fue ahí cuando descubrí que eras… un hombre especial.

Marco vio en la mención a Clímaco la ocasión perfecta para preguntar acerca del paradero del auriga, pero el rumbo que siguieron las palabras de Flavia le dejó paralizado y con la palabra en la boca. Ella bajó la copa y se mordió el labio inferior con suavidad. En ese mismo momento hizo un movimiento con el cuello que tuvo como resultado que parte de su melena cayó sobre el rostro y que uno de los tirantes de su vestido se deslizara desde el hombro.

Marco tragó saliva. Se consideraba un hombre curtido en las lides del amor, alguien que no se arredraba ante una situación en la que una mujer trataba de seducirle. Estaba acostumbrado desde muy joven al trato con las mujeres, tanto las esclavas que buscaban su dinero como las libres que en ocasiones se fijaban en su atractivo. En aquel momento, sin embargo, sentía un nudo en el estómago que le impedía hablar. Pensó en Saturnino y sus insinuaciones acerca de su posible interés en enamorar a una rica viuda como él mismo había hecho. Hasta aquel momento, Marco jamás se había planteado la posibilidad de que Flavia pudiera sentirse atraída por alguien como él. A pesar de sus dudas, creyó que era evidente para cualquiera que tuviera ojos en el rostro que aquella mujer estaba tratando de seducirle.

Si alguna duda le quedaba a Marco de las intenciones de Flavia, ella se encargó de disiparlas de inmediato. Se levantó de su diván y, con el vestido colgando y casi dejando al descubierto uno de sus pechos, se sentó junto a Marco, cerca de sus pies.

—¿Eres un hombre especial, Marco Lemurio?

—Sí… supongo que sí, soy especial.

Marco escuchó su propia voz y se sintió tan estúpido como un muchacho de quince años al que su padre hubiera llevado al prostíbulo

por primera vez. Sus palabras habían salido en apenas un hilo de voz, tan temblorosa como las manos que apenas podían sostener la copa de vino. Supuso que su rostro resultaba en aquellos momentos tan estúpido como habían sonado sus palabras. Lo que era aún peor: en la posición en la que estaba tumbado le resultaba imposible disimular la evidente erección que levantaba su túnica en la zona de la entrepierna. Trató de recolocarse en el diván, pero lo hizo de forma tan torpe que Flavia adivinó de inmediato cuáles eran sus intenciones.

La mujer sonrió y extendió la mano hasta tocar la pierna de Marco. Él sintió como si un relámpago recorriera todo su cuerpo desde el punto en el que ella había posado sus dedos hasta la punta de sus cabellos. No podía dejar de mirarla, de contemplar su rostro, sus ojos azules. Por un instante, Marco creyó comprender lo que Anquises había experimentado al ver a la diosa Venus aproximarse a él con mirada seductora, y al instante siguiente se odió a sí mismo por haber tenido un pensamiento como aquel.

—Desde que te conocí he pensado mucho en ti, Marco. Hay días en los que me siento muy sola… en esta casa tan grande. Las noches son muy largas, y cada vez más frías. ¿Querrías hacerme compañía?

Marco sabía que la actitud de Flavia no era normal. Aquel día habían estado a punto de matarlo a puñaladas un grupo de prostitutas bajo las gradan del circo, le habían drogado con un extraño incienso y se había despertado en la casa de una mujer rica que en aquel preciso momento trataba de convencerlo para que la acompañase a la cama. Él era consciente de su atractivo, y sabía hacer uso de él cuando era necesario. Pero incluso así, algo en su interior le decía que Flavia tenía una segunda intención. No era posible que le hubiera drogado para llevarle a su casa y tener relaciones sexuales con él, sin más. El mundo, por más que los poetas se empeñaran, no funcionaba así. Una voz en su cabeza, un último resquicio de racionalidad, le gritaba que se levantara de aquel diván, rechazara a Flavia y tratara por todos los medios de salir de aquella *domus*.

Sin embargo, incluso aquella débil voz quedó silenciada cuando Flavia deslizó el segundo tirante sobre su hombro y dejó que el vestido cayera por completo, dejando sus pechos al descubierto. La visión de aquel busto, ensalzado por el hermoso collar de piedras azules que colgaba del cuello, nubló por completo la mente de Marco y ya no fue capaz de pensar nada más. En su cabeza solo existía un profundo deseo de hacer el amor a aquella mujer durante toda la noche. De recorrer su piel con las manos, con la lengua, de descubrir todos sus secretos más

íntimos. De entregarse a ella y lograr que ella se le entregara, sin tregua, sin temores, sin miedo a que el sol apareciera en cualquier momento en el horizonte.

Marco se adelantó y agarró a Flavia con suavidad del cuello para atraerla hacia él y besarla. Sus labios resultaron ser tan dulces como los había imaginado. La lengua de Flavia jugó con la suya, y él respondió llevando su mano derecha hasta uno de sus pechos. Con la otra mano, Marco se desabotonó la túnica por la espalda y dejó que también su pecho quedara al descubierto. Flavia se separó para mirarle. Tomó su rostro con las dos manos y clavó sus ojos azules en los ojos oscuros de Marco.

—¿Me deseas?

—Más que a nada en este mundo… —balbució él. Trató de besarla de nuevo, pero ella mantuvo su cabeza entre las manos con firmeza.

—Ojalá esto hubiera acabado de forma diferente —dijo ella, en un tono de voz muy distinto al que había empleado hasta aquel momento. De la Injuria y la excitación había pasado a una profunda tristeza.

Marco estuvo a punto de preguntar si había algún problema, pero en aquel preciso instante observó que de algún lugar comenzaba a brotar una luz azul que iluminó el rostro de ambos. Tenue, al principio, más brillante cada vez. En un primer momento, Marco creyó que eran los ojos de Flavia, reflejando la luz de las lámparas. No tuvo tiempo de pensar nada más ni de intentar ubicar el punto desde el que brotaba aquella luminosidad azul. Sintió que aquella aura brillante crecía a su alrededor y lo envolvía, hasta el punto de que ya solo podía distinguir el rostro de Flavia, hermoso como si estuviera labrado en mármol, y las líneas de su cuerpo. La luz parecía brotar de ella, y al mismo tiempo la envolvía.

Marco comenzó a sentir una gran calidez que se adueñaba de todo su cuerpo. Una calidez que era poderosa y serena, como una invitación a arrojarse a aquella fuente de luz azul y dejarse engullir por ella. ¿Qué mejor forma de entregarse a Flavia que fundirse los dos en aquel torrente lumínico que los rodeaba? Sí, tenía que dejarse llevar, dejar que aquel azul lo absorbiera, se hiciera uno con él. Ya no importaba nada. No había preocupaciones. No había pasado, ni futuro. No había causas, ni consecuencias. Solamente aquellos ojos azules infinitos en los que Marco decidió que quería arrojarse para dormir en ellos toda la eternidad.

Estaba a punto dejarse llevar y engullir por el torrente de luz,

cuando un grito comenzó a brotar en su cabeza. Muy lejano y débil en un primer momento, pero más fuerte cada vez. Un grito que se abría paso en su interior, quebrando aquella aura azul que ya había empezado a impregnar todo su ser. Un grito que Marco no supo cómo ni por qué, pero que a él se le antojaba de un color negro azabache. ¿Podía un grito tener color? Ese, desde luego, lo tenía. El grito fue subiendo de intensidad hasta que Marco soltó el cuerpo de Flavia y se llevó las manos a sus propios oídos para tratar de apagarlo. Supuso que él mismo también estaba dando alaridos, pidiendo a aquella voz que parara, que se detuviera, que se marchara para que regresara la luz azul, pero no pudo escuchar su propia voz debido a que el rugido infinito que retumbaba en su cabeza lo inundaba todo. Cerró los ojos y continuó gritando durante un tiempo que le pareció una eternidad.

De una forma tan súbita como había comenzado, el grito se silenció, y solo entonces Marco abrió los ojos. Lo que vio le dejó sin aliento.

La luz azul no había desaparecido por completo, pero sí había retrocedido hasta ocupar solo el espacio que rodeaba a Flavia. Marco, a su vez, estaba envuelto por una extraña oscuridad, densa, casi material, que se enfrentaba con la luminosidad que emanaba de Flavia, con zarcillos que avanzaban y retrocedían. Dos fuerzas que se enfrentaban y trataban de imponerse la una a la otra.

Sintió que algo presionaba su cuello y descubrió que la lágrima de Perséfone estaba flotando frente a él, tirando de la cuerda que la ataba al cuerpo de Marco como si tuviera vida propia. Era aquella piedra negra la que emitía aquella oscuridad espesa y mantenía la luz azul lejos de Marco. Él intentó agarrarla para devolverla a su sitio, pero tuvo que apartar la mano de inmediato debido al calor que irradiaba. La fuerza de la lágrima de Perséfone se había desatado, por primera vez, fuera de su cuerpo, y estaba más allá de todo control.

Marco llevó la mirada hacia el rostro de la mujer y observó que del mismo modo que la oscuridad brotaba de su colgante, la luz azul tenía como origen el collar de piedras de Flavia. La joya también flotaba sobre el pecho de su dueña y tiraba de ella, tratando de unirse con la lágrima de Perséfone. Marco vio el rostro de la mujer y descubrió que estaba haciendo un enorme esfuerzo para controlar el collar, tanto como él mismo estaba haciendo para tratar de mantener la piedra negra cerca de su cuerpo.

Los dos colgantes estaban luchando con todas sus fuerzas, lanzando rayos de luz y oscuridad el uno contra el otro en un intento de imponerse. En medio de aquella lucha, Marco comprendió que, de no

haber sido por el poder de la lágrima de Perséfone, Flavia habría conseguido acabar con él del mismo modo que había hecho con otros hombres. Aquel collar, llamado con acierto Ojos de Venus, era donde residía el poder de la hechicera. El demonio que residía en la piedra negra se había negado a ser engullido por la luz azul y, seguramente, sin desearlo, había salvado a Marco al mismo tiempo que se salvaba él mismo.

Pese a los esfuerzos de Marco y Flavia, el poder de los dos colgantes era demasiado grande para ellos. Tiraron hacia atrás con todas sus fuerzas, pero los dos comenzaban a notar un lacerante dolor en el cuello, fruto de la presión ejercida por las piedras mágicas en su intento por juntarse. Poco a poco, fueron cediendo espacio, acercándose más y más sobre el diván hasta que, finalmente, la lágrima de Perséfone tocó uno de los zafiros del colgante de Flavia.

En aquel mismo instante, una explosión de luz de diferentes colores inundó la habitación y lanzó a Marco y a Flavia al suelo. La luz azul se extinguió al mismo tiempo que la oscuridad sobrenatural de la piedra negra se desvanecía como si nunca hubiera existido. Las llamas de las lámparas también se apagaron, y la habitación quedó completamente a oscuras y en silencio.

Unos momentos después se escucharon pasos y Popilia entró junto a la joven del rostro desfigurado por la quemadura.

—*Domina,* ¿qué ha ocurrido? ¿Qué os han hecho?

Mientras la chica de las cicatrices corría a atender a su ama, Popilia se afanó en encender las luces de las lámparas de aceite. Flavia se incorporó lentamente con ayuda de la esclava y miró a su alrededor con el rostro confundido.

—Estoy bien… —murmuró, llevándose la mano primero a la cabeza y después al collar, cuyas piedras acarició con ternura y preocupación.

—¿Qué os ha hecho ese hombre? ¿Queréis que acabe yo con él? Un puñal en el cuello puede ser igual de efectivo que la más poderosa de las magias…

—¡No! —gritó Flavia, agarrando a la muchacha del brazo—. No le hagas nada. Tengo que… tengo que hablar con él. Marchaos, por favor. Yo misma me ocuparé de todo.

La chica hizo un gesto contrariado, como si aquella orden la privara de un placer que hubiera anhelado profundamente.

—Como deseéis, *domina.*

Popilia, que había mantenido la calma en todo momento, terminó de

encender las lámparas y se acercó a Marco, que abría los ojos justo en aquel momento. Le lanzó una mirada amenazante e hizo un gesto a la esclava para que la acompañara fuera de la habitación. Si Flavia decía que podría hacerse cargo de todo por sí misma, debían confiar en ella.

En el momento en el que las dos chicas salieron de la habitación, Marco logró incorporarse agarrándose al diván. Estaba mareado y ligeramente desorientado. Se llevó la mano a la lágrima de Perséfone y la encontró fría y muerta, como siempre ocurría después de que se desataran sus poderes.

—¿Cómo has hecho eso? —preguntó Flavia, que ya estaba en pie frente a él. Todo rastro de dulzura y amabilidad había desaparecido de su voz.

—Trucos de trilero —respondió Marco, casi sin aliento. Se impulsó sobre el diván y logró sentarse en él.

—Eres el único…

—¿El único al que no has conseguido matar con el poder de ese collar? Digamos que no eres la única con piedras mágicas colgando de su cuello.

Marco dijo aquello como si la reacción de la lágrima de Perséfone hubiera dependido de él y no hubiera sido una acción completamente ajena a su voluntad. Había sido la piedra quien se había salvado a sí misma, aunque de paso hubiera conseguido salvarle también a él.

Flavia le miró con el rostro enrojecido por la ira y la frustración. Marco pensó que en aquel momento la mujer se debatía entre el deseo de matarlo por medios tan convencionales como un puñal en el corazón y el de intentar averiguar más acerca de sus poderes. Finalmente, ella se serenó y se sentó de nuevo en su diván, frente a Marco.

—Al final ha resultado que sí eras un hombre especial…

—Déjate de juegos, Flavia. ¿Dónde conseguiste ese collar? ¿Cómo aprendiste a utilizarlo así?

Ella suspiró. La jarra de vino había resistido de forma casi milagrosa sin caer al suelo, por lo que ella pudo servirse otra copa y beber un trago para terminar de tranquilizarse.

—¿Por qué habría de confiar en ti?

—Por la misma razón por la que yo sigo aquí sentado y no he corrido hacia la salida. Porque quieres respuestas, tanto como yo. Tú misma lo has dicho. Soy el único hombre que ha logrado resistir al poder de tu collar. Y tú quieres saber cómo lo he hecho. Quieres saber quién soy; y yo quién eres tú. Quién eres en realidad.

—¿Quién soy en realidad? —preguntó ella con tono sarcástico, y vació el contenido de la copa de vino—. ¿Te has fijado en las pinturas de esta habitación? Ya estaban aquí cuando compré la casa… Son hermosas, ¿verdad?

Marco miró a las paredes y se fijó en las pinturas de las que Flavia hablaba. Era una decoración muy semejante a la de la estancia en la que había caído rendido víctima del extraño incienso. Figuras que Marco interpretó como dioses charlando entre ellos, en escenas íntimas e incluso amorosas. Sin embargo, a diferencia de las pinturas que adornaban las paredes de la estancia junto al templo de Venus, bellas, pero toscas, las que decoraban la estancia de Flavia habían sido realizadas por un pintor con auténtico talento. Los detalles del cabello, de la piel, de las joyas y los pliegues del ropaje habían sido retratados con una fidelidad asombrosa.

—Son escenas de la historia de la diosa Venus. Venus con Anquises. Venus con Adonis. Venus con Marte, engañando a Vulcano… ¿Sabes qué tienen todas ellas en común, Marco?

Pensó en hacer algún tipo de comentario ingenioso, pero supuso que no sería bien recibido en aquellas circunstancias. Guardó silencio. Quería que Flavia hablara, y para ello era mejor dejar que ella misma se enredara en su discurso.

—Todas esas historias fueron inventadas por hombres. Poetas sedientos de escenas lujuriosas en las que una diosa se rinde a los encantos de un mortal, en las que una divinidad renuncia a su propia esencia para yacer con un hombre cualquiera… ¿Y sabes por qué hicieron eso? Porque esa visión de la diosa Venus es la culminación de lo que los hombres más desean en este mundo. No les basta con someter a las mujeres a sus deseos más bajos, no. Tienen que someter incluso a las diosas. Esos mitos son reflejo del deseo masculino de tener a cualquier ser femenino arrodillado y dispuesto a satisfacer sus necesidades sin rechistar. Si hasta Venus se abrió de piernas ante Anquises… ¿Cómo va a osar rechazarme esta simple mortal?

—Nunca lo había visto de esta manera…

—Por supuesto que no. Ni tú ni ningún otro hombre. Vais por el mundo creyendo que sois el centro del cosmos, que vuestra opinión es ley y vuestro deseo es norma. No concebís que puede haber otra manera de ver el mundo, de hacer las cosas… Todo gira alrededor de vuestra maldita *mentula*…

—¿Qué tiene todo esto que ver contigo, Flavia? —interrumpió

Marco—. ¿Qué tiene esto que ver con el hecho de que hayas intentado matarme hace unos instantes?

—Tiene todo que ver…

—¿Mataste también a esos hombres? ¿A Clímaco, el auriga? ¿A Aulo Ebucio? —preguntó él de forma abrupta, cansado de tanto rodeo.

—¿Y qué si lo hice? ¿Supones acaso que no merecían morir? ¿Sabes a cuántas esclavas había matado a golpes ese niño rico por el que preguntaste en el prostíbulo? ¿Sabes cuántas mujeres han sufrido por culpa de ese maldito auriga? ¿Acaso no recuerdas la historia que te conté en la fiesta de Atia? La mujer que se ahorcó tras ser descubierta en brazos de ese Clímaco… Su marido casi la mató a golpes, y la poca vida que le dejó, ella misma se la entregó a la soga. ¿Qué ocurrió con el marido? Se casó otra vez, con una chica más joven. ¿Y qué ocurrió con el auriga? En el mismo momento en el que ella colgaba de una viga, él yacía con otra muchacha, saciando sus deseos. ¿Crees de verdad que no merecía morir? Ya has conocido a Popilia… Ella no se quitó la vida, decidió seguir adelante gracias a que las chicas del templo la encontraron y trataron de curar sus heridas, las físicas, al menos. Pero sus otras heridas, aquellas que no se ven, esas no se curarán jamás. Su marido le arrancó la lengua, pero le arrebató algo más importante: su dignidad, su derecho a mirarse en un espejo y no odiar lo que ve en él. Popilia odia a esos hombres, pero se odia incluso más a sí misma. ¿Sabes por qué? Porque por mucho que hablemos con ella, por mucho que tratemos de desmontar las ideas que desde niña han construido en su cabeza, siente que la responsable de lo ocurrido es ella y solo ella por caer en los brazos de ese tipo. Y no le ocurre solamente a Popilia. Nos pasa a todas. Todas creemos en lo más hondo de nuestro ser que somos culpables del sufrimiento que los hombres nos han causado. Hasta ese punto habéis hecho bien vuestro trabajo con nosotras.

Flavia terminó de hablar y dio un trago de vino. Había perdido el control y había hablado de más.

—Yo nunca he golpeado a una mujer —dijo Marco, sin saber muy bien qué responder. Era imposible justificar la actitud de aquellos hombres, por mucho que fuera su firme intención averiguar la forma en la que habían muerto.

—Oh, por supuesto que no. Nunca has hecho daño a una mujer. Todos sois inocentes. Todos sois diferentes. El mismo Júpiter habría sido capaz de jurar eso por la Estigia mientras saltaba de la cama de una amante a otra…

—Yo nunca…

—¡Ahórrame la palabrería! ¿Nunca has mentido a una mujer? ¿Nunca has hecho promesas que no tenías intención de cumplir únicamente para llevarte a una pobre desgraciada a la cama? ¿Nunca has amenazado, nunca has insultado, gritado, chantajeado…? No son solo los golpes los que causan las heridas, Lemurio. Mira hacia atrás en tu vida y dime si no tengo razón. Dime que no hay ninguna mujer herida en tu camino. Dímelo mirándome a los ojos.

Marco cerró los ojos. No, no podía afirmar algo así. Por supuesto que había mujeres heridas en el camino que había recorrido. Pensó en sus muchas parejas sexuales, esclavas, casi todas ellas, pero también mujeres libres, seres con los que había yacido unas horas para olvidarlas poco después. Pensó en Antígona, su querida Antígona, posiblemente la mujer a la que más había amado en toda su vida. Recordó las peleas, los gritos, sus muchas infidelidades, las mentiras, las promesas rotas. Pensó en la muchacha que era cuando había llegado a sus brazos por primera vez, tan inocente, tan enamorada, tan ilusionada de verse correspondida por aquel misterioso joven al que había querido desde que era una niña. Y pensó en la mujer cínica y desengañada en la que se había convertido cuando finalmente su relación se había roto por completo. ¿Hasta qué punto era responsabilidad de Marco aquella transformación? Nunca había pensado en ello… Había dado por hecho que si la relación que les unía en aquellos momentos era cordial, se debía a que el daño causado no había sido tan terrible. ¿Cuántas heridas tenía Antígona dentro de ella, y cuántas llevaban la impronta de Marco?

—No, no puedo decir algo así… He causado mucho daño en mi vida. Tampoco yo soy inocente.

Al escuchar aquello, Flavia pareció relajarse, aunque mantuvo una postura rígida en el diván.

—Este collar llegó a mí en el momento en el que más lo necesitaba. En una época de mi vida en la que me debatía entre seguir viviendo una tortura diaria o quitarme la vida y acabar con todo. Me fue entregado para que acabara con mi sufrimiento… y el de todas las mujeres que se cruzaran en mi camino.

—Cuéntame tu historia, y yo te contaré la mía. Creo que es lo justo.

—¿Y después qué sucederá? ¿Me matarás? ¿Te mataré yo a ti?

—Eso lo decidiremos más tarde. Puede que la luz del día nos traiga una nueva forma de ver las cosas.

Ella suspiró.

—Sírveme más vino —pidió.

Marco se levantó y volvió a llenar la copa de su interlocutora. Había salido de su casa aquella mañana con la firme intención de encontrar a la bruja que estaba envejeciendo a los hombres hasta la muerte con sus artes, y se encontraba en aquel momento sentado con ella, bebiendo vino y a punto de contarle su propia historia. Lo que era peor, comenzaba a comprender sus motivaciones, y a sentir incluso un cierto respeto por ellas.

Flavia comenzó a hablar y no dejó de hacerlo hasta que las primeras luces del alba ya bañaban el lujoso peristilo de la *domus*. Habló de su infancia en la ciudad de Tarquinia, en el seno de una familia rica de la vieja nobleza etrusca. De un padre que entendía la educación de sus hijas como una sucesión de palizas y humillaciones constantes mientras reservaba para los hijos varones todas las atenciones y los miramientos. Un padre que, en el momento en el que Flavia alcanzó la adolescencia, ya no se conformó con golpearla, sino que quiso ir más allá, encaprichado de su recién florecida belleza. Un hombre que intentó por todos los medios forzar a su hija para llevarla hasta la cama de la que hacía tiempo que había expulsado a su madre, y que solo se detuvo ante la perspectiva de poder casar a la joven con un importante amigo de la familia. De aquel modo, Flavia se había visto prometida con un tipo diez años mayor que ella, un hombre hosco y desagradable por el que ella no sentía la más mínima atracción. Por supuesto, había obedecido la orden de su padre e incluso, al llegar el día de la boda, había acudido feliz a los esponsales, ya que veía en aquella ceremonia el final de su propio suplicio, el final de una vida de tortura en la que tenía que dedicar todas sus energías a evitar el acoso sexual del que había sido víctima desde años antes. Flavia había acudido al matrimonio como el esclavo acude ante el pretor el día en que va a ser liberado. Sin embargo, no tardó en darse cuenta de su error.

—Cualquiera de las cosas que me había hecho mi padre resultó una broma en comparación con lo que aquel hombre me hizo desde la misma noche de bodas. Todavía conservo algunas cicatrices en el cuerpo como recuerdo de aquellos días. Me golpeaba día y noche, sin motivo alguno. Me sometió a todo tipo de humillaciones y me obligó a hacer cosas cuya sola mención ofendería a los dioses más compasivos. Y cuando se cansó de mí, hizo que sus esclavos continuaran con aquellas prácticas, mientras él se limitaba a observar…

—¿Por qué no volviste con tu familia? —preguntó Marco. Toda una vida vivida en la Subura le había hecho contemplar un sinfín de

atrocidades que habían curtido su espíritu y le habían inmunizado hasta cierto punto contra determinados horrores. Sin embargo, la vida de la que le estaba hablando Flavia le produjo un erizamiento en el vello y una indignación que brotaba de lo más hondo de su ser. No comprendía cómo un ser humano podía tratar así a alguien de su propia familia, a una esposa, a una hija.

—¿Volver con mi familia? ¿Para qué? Para ser víctima de las mismas cosas a manos de mi padre en lugar de a manos de mi esposo… No, no podía volver. No tenía escapatoria. Más que la muerte.

Flavia le contó a Marco cómo se había ido encerrando en sí misma, rechazando cualquier tipo de contacto con amigas y conocidas. Solo salía de casa a escondidas para pasear por los lugares más solitarios que lograba encontrar. Espacios en los que pudiera estar sola con sus pensamientos y sentirse, al menos por unas horas, segura. Paseaba hasta quedar exhausta, pero siempre acababa regresando a casa.

—Fue entonces cuando el collar vino a mí —dijo mientras acariciaba la joya con cariño—. De los lugares más solitarios de Tarquinia, los viejos cementerios eran los más agradables. Lugares donde poder pasear entre los túmulos y las tumbas de los grandes reyes etruscos del pasado. Una tarde, era casi ya de noche, estalló una tormenta. Yo había tomado una decisión firme. Estaba desesperada… Había decidido que aquella misma noche pediría a mis esclavas que me prepararan un baño y, una vez sola, me abriría las venas de los brazos y me entregaría a la muerte. Aquella tormenta repentina me salvó de hacerlo. Llovía tanto que tuve que buscar refugio en una tumba cercana, una que, curiosamente, tenía la puerta abierta aquella tarde… Entré en la tumba y me dirigí a su interior para protegerme del viento y el frío. Entonces lo vi, al final de la cámara. Rodeado de una luz azulada que iluminaba la estancia. Estaba sobre un altar de piedra, solo, como si alguien lo hubiera colocado allí para que yo lo encontrara. El resto de la tumba estaba vacía, saqueada mucho tiempo antes. Solamente las pinturas de las paredes adornaban aquella estancia de muerte, pinturas de hombres y mujeres que tocaban la flauta y bailaban vestidos a la usanza de los antiguos etruscos… El collar me llamó con su luz, me pidió que lo tomara, que lo hiciera mío. Obedecí. Me puse el collar en torno al cuello. Y desde aquel momento supe qué era lo que tenía que hacer. Su luz azul acabó con todos mis miedos, me hizo sentirme fuerte, poderosa, invencible. Y así ha sido desde entonces… hasta hoy.

—Decidiste utilizar el poder de ese collar para matar a quienes te habían hecho daño.

—En un primer momento lo empleé para ese fin, sí. Pero después entendí que este objeto no había llegado a mí para que me cobrara una venganza personal. No, existía un objetivo superior y me comprometí con él. Una vez fui libre decidí venir a Roma a continuar con mi labor.

Marco no dijo nada. Aquella mujer era una asesina. Había usado un objeto dotado de un poder mágico increíble para acabar con la vida de numerosos hombres. ¿Pero podía él reprochárselo? ¿Merecía vivir alguno de los miserables de los que Flavia le había hablado? ¿No utilizaba él mismo sus propios poderes para perseguir la venganza contra los asesinos de su madre?

—No busco tu complicidad, Marco Lemurio. Mucho menos tu perdón. Hago lo que hago porque es lo correcto.

—¿No sientes remordimientos después de haber arrancado todas esas vidas?

—Ni por un instante —respondió ella con firmeza y sin sombra alguna de duda en sus palabras—. Y ahora, es tu turno. Te he contado mi historia. Sabes más de mí que cualquier otra persona aquí en Roma, incluidas las mujeres que viven conmigo. ¿Quién eres, Marco Lemurio?

Fue entonces el momento de Marco de contar a Flavia su propia historia. Habló de su madre, Neóbula, de su oficio y sus enseñanzas, y de la forma en la que había desaparecido en los oscuros tiempos de las proscripciones de Sila. Le habló de su vida desde entonces, de cómo se había visto obligado a usar sus conocimientos esotéricos para sobrevivir en las calles de la Subura. Aunque se sintió tentado de hacerlo, no mencionó a Crises ni el modo en el que la aparición del hermano de su madre había trastocado su existencia.

—Eso explica que tengas en tu poder un objeto como esa piedra negra —dijo Flavia, mirando con curiosidad al pecho de Marco, donde la lágrima de Perséfone permanecía oculta tras la túnica una vez más—. Siempre supuse que mi collar no era el único objeto con poderes mágicos que existía en el mundo. Pero nunca hasta el día de hoy me había cruzado con nadie con unos poderes semejantes.

—Son muchas las criaturas extrañas que acechan ahí fuera, Flavia. Seres que con una simple mirada podrían arrancarle la cordura al más valiente. Hechiceros y brujas con más poder del que yo llegaré a tener en toda mi vida. Muchos de ellos con intenciones más perversas que las tuyas, sedientos de poder y riqueza. ¿Qué crees que harían contigo si averiguaran la existencia de tu collar? ¿Crees que te dejarían tenerlo durante mucho tiempo?

—Tendrían que arrancarlo de mi cadáver —dijo ella, llevándose de nuevo la mano al collar en ademán protector.

—Sí, eso es exactamente lo que harían. Lo que me has visto hacer hoy a mí no es nada en comparación con lo que pueden hacer otros —. Marco pensó en el extraño personaje jorobado que les había atacado a Quinto y a él días antes. En él y en el hombre al que aquel individuo llamaba maestro. ¿Qué harían de llegar a conocer la existencia del collar de Flavia?—. Ese collar no está seguro contigo. Tarde o temprano, te lo arrebatarán. Y puedes Imaginar lo que alguien perverso podría hacer si llegara a controlar el poder de esas piedras azules.

—¿Qué estás sugiriendo? ¿Qué te lo entregue? ¿Quieres que esta pobre e indefensa mujer entregue el tesoro al poderoso hechicero que ha surgido de la nada para salvarla?

—No. No quiero tu collar. Creo que, aunque tú lo uses para fines que consideras correctos, es un objeto de esencia malvada. Lo mejor que podríamos hacer con él es destruirlo.

—Como te he dicho, tendrás que matarme para conseguirlo. No te lo voy a entregar, ni a ti ni a nadie. La salvación de muchas mujeres depende del poder de este collar.

—Es tu decisión. No voy a intentar convencerte, ni mucho menos a tratar de quitártelo por la fuerza. Solamente espero que no tengamos que arrepentimos de esto.

Marco hizo mención de levantarse, pero ella estiró el brazo y le retuvo. En el momento en el que sus dedos se cerraron sobre su brazo, Marco sintió una corriente de energía que le recorrió el cuerpo. Pese a que era consciente de que su anterior encuentro sexual frustrado había sido toda una pantomima por parte de Flavia para acabar con su vida, no podía evitar que aquella mujer continuara despertando en él una pasión difícil de controlar.

—Espera —le dijo ella sin soltarlo—. No has terminado tu historia aún. ¿Por qué andabas preguntando por esos hombres desaparecidos en el prostíbulo y en el circo? ¿Solo querías dar con la mujer que los había asesinado para satisfacer tu curiosidad o buscabas algo más?

Marco volvió a dejarse caer. No había dicho nada de la propuesta de Marco Antonio ni de sus deseos de liberar a Alda, porque desde el principio de la conversación había comprendido que ya no sería capaz de cumplir su parte del trato con el joven noble. No podía traicionar a Flavia denunciándola por haber asesinado a aquellos hombres, y mucho menos se sentía capaz de ser él mismo quien acabara con ella para

llevarle su cabeza a Antonio. Pese a todo lo que había hecho, Flavia no era una criatura malvada. No más de lo que lo era él mismo, en cualquier caso.

—Hay algo más… Pero eso ya no importa. Simplemente quiero regresar a casa.

—Marco, he matado a muchos hombres, y tú te has interesado por la desaparición de dos de ellos haciendo preguntas en varios lugares de Roma. ¿Crees que podría dejarte marchar sin más y continuar con mi vida confiando en que no habrá consecuencias para mí?

—Tienes mi palabra de que no haré nada que pueda perjudicarte.

—No es suficiente. La palabra de un hombre vale tanto como una corriente de aire. Cambia de forma impredecible. Dime por qué querías averiguar el paradero de esos dos desgraciados y te dejaré marchar. Un último acto de confianza por tu parte para que yo te demuestre la mía.

Marco se dejó caer de nuevo en el diván.

—Supongo que ya da igual que conozcas toda la historia… Me contrató un hombre, uno de los amigos de ese Aulo Ebucio, para que averiguara qué había ocurrido con él. Encontraron su cuerpo, envejecido, y aunque nadie suponía que fuera realmente él, el hombre que me contrató estaba convencido de que se trataba de su amigo. Quería que averiguara cómo había podido ocurrir algo así y le entregara al responsable. Él a cambio…

Marco guardó silencio.

—¿Qué te propuso a cambio? —insistió Flavia.

—La libertad de una mujer —dijo, al fin—. Una esclava. Me ofreció comprar su libertad.

—¿Has hecho todo esto para conseguir la libertad de una esclava? —dijo Flavia sorprendida.

—Así es. Suena estúpido, pero ese era mi único objetivo en todo esto.

Flavia soltó el brazo de Marco y le miró a la cara en silencio durante unos instantes. Marco se sentía como si le hubieran sorprendido en un acto extremadamente vergonzoso, y no pudo evitar bajar el rostro.

—¿La amas? A esa esclava, me refiero. ¿Amas a esa esclava?

—Sí… no. No lo sé. No sé si lo que siento es amor. Solo sé que quiero que sea libre para que ella decida su destino. Si elige estar conmigo, creo que podríamos ser felices juntos…

—¿Y si decide no estar contigo una vez ella sea libre? ¿Qué harás entonces?

—Seguir con mi vida, supongo —respondió Marco, aunque sabía que aquello era cualquier cosa menos una respuesta. La pregunta que había formulado Flavia llevaba días resonando en su cabeza. ¿Qué haría si Alda no deseaba compartir su vida con él una vez fuera libre? No lo sabía. Y en el fondo no le importaba realmente. Estuviera con él o no, Alda sería libre, y esa idea ya le proporcionaba a Marco una ligera satisfacción.

Flavia se levantó, con el rostro muy serio.

—Espera aquí —dijo—. Volveré de inmediato.

Salió de la estancia y dejó a Marco a solas con sus pensamientos. Al cabo de un rato, Flavia regresó y le tendió la mano abierta a Marco. Este pensó en un primer momento que le ofrecía la mano para ayudarle a levantarse, pero descubrió que en la palma había un pequeño objeto brillante. Era un anillo de plata, con un sello visible de formas geométricas.

—Este es el anillo que llevaba ese tal Ebucio el día que… El día que se tropezó conmigo. Quédatelo. Tal vez te sirva como prueba para demostrar que diste con la mujer que lo mató, y ese amigo suyo cumpla su promesa. Di que mataste a la bruja y recuperaste el anillo del muerto.

Marco estuvo a punto de preguntar si acostumbraba a quitar los anillos de todos los hombres a los que mataba, pero no dijo nada. Aquella pequeña joya podía suponer la solución a su gran dilema: cómo lograr la libertad de Alda sin hacer daño a Flavia. Extendió la mano y cogió el anillo.

—Gracias… —musitó—. ¿Por qué lo haces, Flavia? ¿Por qué me ayudas?

—Tal vez porque me interese que estés en deuda conmigo. Tal vez para ayudar a liberar a una mujer y darle la posibilidad de que sea feliz. O tal vez porque creo que realmente eres un hombre especial, Marco Lemurio.

Él miró el anillo con detenimiento y volvió a levantar la mirada.

—¿Estás segura de que no quieres desprenderte de ese collar? No quiero que te ocurra nada, Flavia.

—Y nada me ocurrirá. No necesito un hombre que me proteja, Marco. Y ahora márchate. Popilia te acompañará a la puerta.

—¿Volveré a verte? —preguntó él.

—Solo Venus lo sabe. Trata bien a esa esclava. Haz que la libertad merezca la pena para ella.

Él asintió y salió al pasillo sin mirar de nuevo a Flavia. Sentía en su mano cerrada el anillo de plata como una pieza esencial para construir la que podría ser su vida futura. Aquel objeto podía valer la libertad de Alda, un nuevo comienzo para ella y para él. Siempre que Antonio lo aceptara como prueba de que la muerte de Ebucio había sido vengada…

En el pasillo le aguardaba la joven Popilia. La muchacha le miró por primera vez con un rostro más sereno, menos cargado de rencor. Marco pensó que, sin duda, había escuchado parte de su conversación con Flavia y de alguna manera aquello había acabado por cambiar la opinión que tenía acerca de él.

—¿Me acompañas a la salida? —preguntó Marco. Ella asintió.

Caminaron por el pasillo hasta llegar a la bifurcación donde estaba la silla en la que languidecía el anciano al que Marco había visto antes de su conversación con Flavia. El hombre estaba exactamente en la misma postura y con la misma expresión en la cara, ausente, sumida en un universo de tinieblas. Al verle, comprendió de forma súbita quién era aquel personaje.

—¿Es… el marido de Flavia? —preguntó.

Popilia asintió y, por primera vez, Marco la vio sonreír con franca alegría. Un sentimiento que nacía de la constatación de que al menos aquel hombre que había torturado y humillado a una mujer estaba pagando por sus acciones.

Marco se agachó para mirar el rostro del anciano. El esposo de Flavia, envejecido de un modo prematuro y antinatural por obra del collar mágico, estaba perdido en otro mundo. Un mundo que Marco había visto durante unos instantes, en el que él mismo había estado a punto de caer preso. Un mundo hecho de infinitas luces azules. Flavia había logrado con su magia envejecer su cuerpo y destruir su espíritu, sin llegar a matarlo del todo. Una tortura más larga, dolorosa y satisfactoria para ella que la simple muerte. Marco no pudo evitar un escalofrío.

—Sácame de aquí, por favor —pidió.

Popilia, que seguía sonriendo mientras miraba al anciano, se recreó unos instantes más en la escena antes de echar a andar de nuevo por el pasillo.

XXIII

Humo

CUANDO MARCO salió finalmente al exterior, descubrió que la información que Saturnino le había dado acerca de la ubicación de la casa de Flavia era exacta. Estaba muy cerca de la *domus* de Atia, en la que noches antes se había celebrado la fiesta donde Marco y ella se habían conocido. Como toda la parte baja del Palatino, estaba ocupada por casas lujosas de caballeros y senadores de segunda fila, un punto intermedio entre las humildes viviendas de la plebe en la Subura o el Aventino y las enormes mansiones de la nobleza senatorial en lo alto de las colinas.

El amanecer había llegado a la ciudad de Roma. Las primeras luces del alba, todavía tenues y grisáceas, comenzaban a brillar sobre los tejados, sacando a la urbe de su sopor y animando a los trabajadores a comenzar la jornada, y a los borrachos y delincuentes a regresar a sus casas.

Con el anillo de plata firmemente apretado en la mano, Marco puso un pie en la calle y dejó que el aire fresco despejara sus ideas. Todavía sentía la cabeza embotada por el incienso con el que le habían drogado la noche anterior. Como le ocurría cuando llevaba muchas horas sin dormir, el mundo a su alrededor le parecía que tenía contornos difusos, casi oníricos. Le costaba pensar con claridad. El sueño en el que había caído por causa de aquella sustancia no le había hecho descansar en absoluto, sino todo lo contrario. Necesitaba llegar a su casa con urgencia para descansar unas horas y olvidar todo lo que había ocurrido aquella noche.

Al girar la esquina de la *domus* de Flavia se encontró de bruces con la esclava de la cara desfigurada por las quemaduras. La muchacha le

miró con odio y escupió junto a los pies de Marco.

—Mi ama no te ha matado —dijo con evidente disgusto.

—Eso parece —respondió Marco, que no tenía ganas de discutir. Solo quería dejarse caer en su propia cama.

—Por el momento…

Marco se alejó sin mirar atrás. Supuso que aquella joven, marcada de por vida por una experiencia horrible a manos de un hombre, jamás sería capaz de volver a mirar a un varón sin recordar al que había sido causante de sus heridas. Pensó una vez más en Flavia, acabando con la vida de aquellos desgraciados, absorbiendo su vitalidad hasta dejarlos reducidos a una carcasa seca y consumida gracias a los poderes del collar. No podía reprocharle nada. Si él mismo hubiera tenido ese poder y hubiera pasado por experiencias semejantes a las que había vivido la propia Flavia, seguramente habría sido capaz de hacer cosas mucho peores. ¿No llevaba él soñando desde hacía media vida con las crueles torturas a las que sometería a los asesinos de su madre en el momento en que diera con ellos? ¿No estaba dispuesto a hacer sufrir a Crisógono hasta el último aliento en el preciso instante en el que le hiciera confesar? La única diferencia entre Flavia y él, entre Flavia y el resto de los mortales, era que ella había tenido el poder para llevar a cabo su venganza y hacer justicia, mientras el resto solo podían soñar con ello.

Pensando en este tema, y sin poder evitar que el azul de los ojos de Flavia estuviera presente en todo momento en su mente, Marco descendió de la falda del Palatino y se encaminó hacia la Subura, atravesando una Roma que despertaba y se preparaba para una nueva jornada.

A pesar de que se detuvo en una fuente para mojarse la cabeza, tratando de que el agua fría le ayudara a despejarse, cuando llegó a su *ínsula*, Marco estaba casi dormido. Subió las escaleras con desgana, protestando casi en cada peldaño. Tenía ganas de dormir, pero al mismo tiempo ardía en deseos de levantarse ya descansado para ir hasta la *domus* de Marco Antonio y entregarle el anillo de su amigo. Si aquel niño rico cumplía su promesa, Alda podría ser libre en los próximos días. En el momento en que dejaba atrás la tercera planta recordó que también tenía pendiente una conversación con Céfiro. Su despedida del niño había sido muy violenta y desagradable, y no quería que aquella situación quedara enquistada y se convirtiera en un auténtico problema. Tenía que hablar con el pequeño esclavo y, tras pedirle disculpas, abordar el tema de su posible liberación en el futuro. Era una cuestión

acerca de la que Marco había reflexionado mucho en los últimos años. Desde el momento en el que Céfiro había crecido y la relación entre ambos se había hecho más estrecha, Marco había tenido claro que en algún momento le concedería al niño la libertad para que él mismo decidiera acerca de su destino. Pero siempre había pensado que el día de la liberación de Céfiro estaba aún muy lejano, cuando el esclavo dejara atrás la niñez y la adolescencia y tuviera la madurez suficiente para poder valerse por sí mismo. ¿Qué diferencia podía haber para un niño como Céfiro entre ser libre y esclavo? Marco suponía que ninguna. De hecho, conocía a niños libres que tenían bastantes más obligaciones en sus casas que las que Céfiro, siendo esclavo, asumía en la suya.

Estaba sumido en aquellas cavilaciones y sintiendo que el sopor se apoderaba de él, cuando, al llegar frente a la puerta de su propio apartamento, se encontró con un bulto arrojado en el rellano. En medio de la oscuridad pudo adivinar que se trataba de un hombre sentado en el suelo, con la espalda apoyada contra la madera de la puerta y la cabeza oculta por una capucha. No era la primera vez que Marco se encontraba con una escena así al llegar a su casa por la mañana. Eran muchos los borrachos que subían hasta aquella planta en busca de un lugar tranquilo en el que pasar la noche sin que nadie les importunara, confiando en despertarse antes de que los vecinos empezaran a deambular por la escalera. El propio Marco lo había hecho en alguna ocasión en otras *insulae*, cuando el sueño y la borrachera le habían derrotado estando demasiado lejos de su casa.

—Ya es de día, amigo. Tiempo de volver a casa —Marco le sacudió el brazo al hombre y este cayó desplomado al suelo, sin moverse—. Sí que has agarrado una buena…

Pero el hombre no estaba borracho. Marco advirtió que el ángulo en el que tenía doblado el cuello resultaba imposible para un ser vivo, por mucho vino que hubiera Ingerido previamente. Se agachó junto al hombre y le tocó el cuello, en busca de pulso, sin encontrarlo. La piel estaba fría, muestra inconfundible de que aquel individuo llevaba varias horas muerto. Con cuidado, Marco le retiró la capucha para verle el rostro, temiendo encontrarse la cara de alguno de sus vecinos. Sin embargo, el rostro que vio, con un rictus de dolor congelado en las facciones muertas, solo le resultaba vagamente familiar, y le costó un tiempo recordar dónde había visto a aquel hombre.

—¿Cómo has acabado tú en la puerta de mi casa? —dijo en voz baja mientras dejaba caer de nuevo la capucha sobre el rostro.

El hombre muerto que había ante Marco era el patético personaje

enamorado del demonio Caridemo en su forma humana. El mismo que le había asaltado días antes en las calles de la Subura con la esperanza de que Marco confesara haber matado al hermoso joven de cuyo recuerdo estaba obsesionado. En aquella ocasión, gracias a su verborrea y a las amenazas de Quinto, el hombre había acabado por marcharse, dando por buenas las explicaciones que Marco le había dado, según las cuales el hermoso Caridemo había partido hacia Sicilia. O eso había pensado Marco. Era evidente que el pobre desgraciado no se había creído aquella historia y había perseverado en su intento de encontrar de nuevo a Marco para vengarse de él, dando de algún modo con el paradero de su casa.

—¿Quién te ha hecho esto? —preguntó Marco a la oscuridad.

Y la oscuridad respondió.

Del lado opuesto del rellano, una zona a la derecha de la escalera donde no había más que un espacio muerto donde se acumulaba el polvo y los excrementos de ratón, surgió una risita chillona y cruel.

—Este amigo tuyo dura menos que el grande —dijo una voz—. Grita mucho, llora mucho también. Yo tengo que romper cuello para que no despierte a vecinos.

Marco reconoció aquella forma tan peculiar de hablar antes incluso de que el diminuto hechicero jorobado y contrahecho saliera de la zona de sombras y se acercara a él.

—Yo intento entrar en tu casa, pero magia muy poderosa en la puerta, Gran mago hace eso. Si tú dentro, yo no encuentro. Pero como tú, borracho y en la calle, yo tengo suerte. Ahora vienes conmigo y no peleas otra vez. El maestro quiere verte.

Marco intentó llevarse la mano a la lágrima de Perséfone, a sabiendas de que desatar su oscuro poder era la única esperanza de enfrentarse a aquel personaje y tener alguna posibilidad de salir con vida. La primera vez que se habían visto, el hechicero había derrotado incluso al demonio que habitaba en la piedra, y solo la oportuna aparición de una vecina armada con una enorme sartén de hierro había evitado que Marco cayera en sus manos.

Cuando su mano estaba a punto de cerrarse en torno al colgante, Marco sintió que sus dedos no le respondían. Lentamente, y sin que él pudiera evitarlo, su brazo derecho se extendió y se alejó de su pecho. Al instante sintió también una presión irresistible en el brazo izquierdo, que acabó por separarse del cuerpo, dejando a Marco en pie como si estuviera crucificado en un madero imaginario.

—No usa piedra negra otra vez. Muy difícil pelear así. ¿Tú vienes conmigo a ver al maestro o tengo que llevar por la fuerza?

Marco forcejeó para intentar liberar los brazos de la fuerza mágica que le mantenía inmovilizado, pero no lo consiguió. Se sentía como si dos grilletes le tuvieran encadenado a una pared inexistente.

—Si ese maestro quiere verme que deje de esconderse y venga aquí él mismo… —gruñó Marco mientras trataba de mover los brazos.

—Maestro no sale de casa… No, sol hace daño a maestro. Muy viejo él, piel frágil. Frágil como huesos tuyos.

El hechicero hizo un gesto con la mano y los brazos de Marco comenzaron a retorcerse hasta forzar las articulaciones del codo y el hombro. Aunque trató de reprimirlo, Marco no pudo evitar que se le escapara un grito de dolor. En aquel momento, comenzó a escuchar a Ulises ladrar al otro lado de la puerta mientras rascaba la madera. Marco pensó en Céfiro, y suplicó a los dioses que el niño no estuviera en la casa en aquellos momentos, y si lo estaba que siguiera durmiendo y no saliera al rellano bajo ningún concepto. Sabía que aquel extraño personaje no dudaría ni un instante en matar a Céfiro si el esclavo trataba de interponerse en su camino. Pensó en Quinto, con toda su fuerza y su envergadura, lanzado contra el muro como si se tratara de un muñeco de trapo. Céfiro no tendría ninguna posibilidad contra aquel hombre.

—Vienes conmigo o rompo huesos. Maestro me pide que lleve vivo. Pero no dice nada de brazos y piernas rotos.

Marco volvió a ahogar un grito. Si no se controlaba, o bien Céfiro o bien alguno de los vecinos acabarían por salir, firmando con ello su sentencia de muerte. No quería que por su causa muriera nadie aquella mañana. Miró a su rival, tan pequeño y de apariencia débil y, sin embargo, infinitamente más poderoso que él. ¿Hasta dónde llegaban los poderes de aquel al que llamaba maestro para que un hombre así le rindiera pleitesía?

—No voy a ir a ninguna parte contigo —dijo.

—No sé por qué maestro quiere verte a ti. No sabes magia, no tienes fuerza. Solo olor a vino y mucho orgullo.

El hechicero comenzó a mover las manos y Marco sintió que todo su cuerpo se elevaba como si una fuerza invisible tirara de él. Sin poder evitarlo, se vio levantado sobre el cadáver del cuerpo del amante de Caridemo y transportado por los aires hasta quedar suspendido sobre el hueco de la escalera. Bajo él se abrían cinco pisos de caída libre hasta el

portal de la *ínsula.*

—¿Bajas caminando o bajas volando? Tú decides.

Marco se quedó helado al ver al vacío sobre el que su cuerpo flotaba. Si el hombre decidía soltarlo en aquel momento, se estrellaría contra el suelo y moriría. Era imposible sobrevivir a una caída desde aquella altura. No tenía elección. Salvo que…

Marco recordó un pequeño objeto que llevaba en uno de los bolsillos de su túnica.

—De acuerdo… —murmuró—. Te acompañaré.

—Tú empiezas a comprender por fin. Yo águila, tú gusano. Yo lobo, tú conejo. Yo…

—Sí, sí, me hago una idea… ¿Podrías devolverme al suelo, maldito enano?

—Pongo en suelo, pero tú no haces tonterías. Próxima vez rompo brazo. No bromeo.

El hechicero movió una vez más las manos y el cuerpo de Marco flotó de regreso al rellano, dejando que se posara junto a los últimos escalones. En el momento en el que se vio libre de la acción mágica de su rival, Marco se llevó la mano al bolsillo y sacó una pequeña redoma. La abrió con el pulgar y dejó que su contenido se derramara sobre el suelo. El líquido hizo su efecto de forma inmediata. De la madera comenzó a brotar un humo espeso que despedía un olor repugnante parecido al de los huevos podridos.

—Yo digo que tú no haces tonterías. Ahora yo rompo brazo.

Sin embargo, el hombrecillo no logró hacer su hechizo con la suficiente velocidad. El agotamiento por haber empleado su magia durante demasiado tiempo y la espesa cortina de humo que se interpuso entre los dos, dio a Marco el tiempo suficiente para permitirle rodar sobre sí mismo y dejarse caer por los escalones hasta que pudo ponerse en pie y echar a correr escaleras abajo.

El humo comenzó a extenderse con rapidez, y dado que no había ventanas ni huecos por los que pudiera salir al exterior, llenó los pasillos de la *ínsula*, primero los del último piso, y poco a poco los de las plantas inferiores. Marco acababa de llegar al portal cuando comenzó a escuchar los primeros gritos que alertaban de un fuego en el edificio. Un vecino había visto el humo entrar por debajo de su puerta y había salido al rellano a investigar su procedencia y alertar al resto de los habitantes de la *ínsula*. Como todos los romanos aprendían desde niños, un incendio en el interior de una casa era una de las mayores

amenazas que existían en la vida urbana. En aquellas moles de varias plantas en las que la madera y otros materiales inflamables predominaban sobre la piedra, una simple llama podía convertirse en un infierno de fuego y humo capaz de arrasar todo un barrio en apenas unas horas.

—¡Fuego! ¡Fuego! —comenzó a gritar el hombre desde la puerta de su casa—. ¡Todo el mundo fuera! ¡Se quema la casa! ¡Fuego, fuego! ¡Por Júpiter que no estoy bromeando!

Marco se permitió mirar hacia atrás cuando se sintió seguro en el portal. Lamentaba alertar a sus vecinos de aquella manera, pues sabía que más de uno pasaría un mal rato al temer que sus escasas pertenencias podrían quedar calcinadas por las llamas. Sin embargo, él sabía que aquel humo era totalmente inofensivo y que se disolvería sin dejar más rastro que un leve olor a podrido en menos de una hora. Además, la confusión creada por los vecinos gritando y saliendo en tropel de sus casas era una distracción perfecta para poder escapar de su atacante. Aquel hombre conocía el paradero de su casa, y Marco sabía que aquello le obligaba a tener que ocuparse de él si pretendía recuperar su vida normal. Sin embargo, en aquel momento solo existía una prioridad para él: escapar.

Los vecinos de las primeras plantas comenzaron a salir al rellano al escuchar el griterío. Marco vio desde el pie de la escalera a un orondo padre de familia echar a correr en dirección al origen de los gritos cargado con un barreño lleno de agua sucia. Era justo lo que él necesitaba. Gente entorpeciendo al hechicero para que no pudiera seguirle en su huida escaleras abajo. Marco dudaba de que aquel hombrecillo fuera tan estúpido como para intentar enfrentarse a una turba de vecinos furiosos y asustados que lo primero que harían al ver a un desconocido en el edificio sería culparle de aquel misterioso incendio. No, sin duda, el mago trataría de pasar desapercibido…

Marco se quedó con la boca abierta al ver al pequeño personaje aparecer ante él, flotando por el hueco de la escalera, con el ceño fruncido por el esfuerzo y la frente perlada de gotas de sudor. De alguna manera, sus poderes le permitieron amortiguar la velocidad de la caída y llegar al suelo del portal, como si en lugar de una distancia de cinco pisos hubiera dado un pequeño salto insignificante.

—¿También sabes volar? —dijo Marco sorprendido y frustrado al ver su intento de fuga truncado.

—Yo aviso y tú no escuchas —dijo el hechicero—. Ahora yo

enfadado de verdad.

Extendió la mano y abrió los dedos. De inmediato, Marco sintió un impacto en el pecho que lo lanzó a través del portal hasta impactar con la pared. Cayó en el suelo sin resuello, a punto de perder la conciencia por el fuerte impacto que había recibido en la cabeza.

—Yo rompo los dos brazos y así no haces más tonterías —dijo el hombrecillo, que estaba visiblemente agotado por los esfuerzos realizados. Todo aquel despliegue de magia estaba acabando con su resistencia. Caminó hacia Marco cojeando y apuntó a su hombro derecho con el dedo índice.

Marco esperó a que llegara la explosión de dolor. No podía hacer nada más para defenderse. Había agotado todos sus recursos y trucos, tanto sobrenaturales como humanos. Aquel enano con joroba le había derrotado por segunda vez. Cada oleada de dolor que brotaba de su espalda amenazaba con hacerle perder la conciencia. Si se desmayaba, el hechicero podría hacer lo que quisiera con él, y llevarlo a cualquier lugar sin que Marco pudiera fijarse en el camino. Tenía que concentrarse al menos en continuar consciente costara lo que costara.

—Ahora tú… —comenzó a decir el hombrecillo, pero no pudo acabar la frase. En aquella ocasión fue él quien voló a través del portal. Cuando estaba a punto de golpearse con el muro, sin embargo, extendió las manos y detuvo el impacto, logrando caer al suelo y rodar para quedarse en una posición de defensa.

Al ver a su rival reaccionar con tanta habilidad, Marco se preguntó cómo era posible que un hombre que caminaba cojeando demostrara tanta agilidad en medio de una pelea. Con dificultad, debido al dolor que sentía en la espalda, giró el cuello para ver quién había acudido en su ayuda en aquella ocasión.

Del pasillo que conducía al estudio de Neóbula apareció una figura, esbelta y majestuosa, caminando con pasos largos y seguros. Llevaba una túnica de mangas anchas y sostenía en la mano derecha una espada de hoja larga y delgada.

—Qué alegría me da verte, viejo —dijo Marco, tratando de no perder la conciencia.

Crises le miró fugazmente, solamente para comprobar que su sobrino no estaba herido de gravedad.

—¿Quién eres tú? —dijo el pequeño hechicero al ver al anciano aparecer en el portal. En su voz ya no solo había enfado. Marco descubrió también un deje de miedo. El hombrecillo sabía que había

gastado casi todas sus fuerzas en torturar y perseguir a Marco, y no sabía si aquel recién llegado le supondría también un problema.

—Me llamo Crises, y soy el hombre que va a devolverte al lugar al que perteneces. La región más sombría del Hades.

El anciano no dio tiempo a que el hombrecillo respondiera. Se lanzó contra él alzando la espada, dispuesto a ensartarlo en su largo filo. El hechicero jorobado alzó las manos y murmuró unas palabras, y un torrente de energía salió de sus palmas en dirección a Crises. Este abrió su propia mano, sin detenerse en su carrera, y con un gesto de esfuerzo contuvo el ataque y lo desvió para evitar que impactara contra él. El hombrecillo dio un chillido casi ratonil y, con gran agilidad, esquivó la estocada de Crises y corrió a refugiarse al pie de la escalera. Una vez allí, rebuscó algo entre los bolsillos de su túnica y sacó cinco pequeñas esferas metálicas. Las sostuvo sobre su mano y, tras pronunciar unas palabras, las lanzó al aire. En el momento en el que Crises volvía a cargar contra él, el hechicero hizo un gesto con la mano y las cinco bolas se lanzaron contra su enemigo como cinco proyectiles letales dispuestos a perforar carne y huesos.

Crises las vio venir y detuvo su ataque para enfrentarse antes a aquella nueva amenaza. Esquivó las bolas agachándose, pero a sabiendas de que todavía no estaba a salvo, se giró sobre sí mismo para comprobar la trayectoria de los proyectiles. Una de las bolas se clavó con fuerza en el muro a escasa distancia del lugar desde el que Marco, maltrecho, contemplaba la escena. Las otras cuatro se detuvieron en el aire y, tras unos instantes flotando, volvieron a arremeter contra Crises. El anciano dio un salto a un lado para esquivarlas una segunda vez, pero en aquella ocasión no se limitó a dejarlas pasar. Con dos certeros movimientos logró golpear dos de las bolas con el filo de la espada, haciendo que saltaran chispas rojas. Las dos esferas, que resultaron estar huecas, cayeron al suelo, partidas por la mitad. Las otras dos regresaron a la mano de su propietario.

—Tú tienes buena espada y yo hoy muy cansado. No puedo matar a ti. Pero puedo herir a él —dijo, y arrojó las dos esferas hacia Marco. Este intentó moverse para esquivarlas, pero estaba demasiado aturdido y los proyectiles iban demasiado deprisa.

Crises hizo un gesto de sorpresa. No se esperaba aquel movimiento. Dio un salto y consiguió golpear con la espada una de las esferas justo antes de que esta impactara contra la cabeza de Marco. La otra se incrustó con fuerza en la pared, no sin antes pasar rozando la oreja de Marco.

—Échate en el suelo —ordenó Crises. Marco, con la oreja sangrando, obedeció.

El anciano se dio la vuelta para continuar con su pelea contra el pequeño hechicero. Sin embargo, este había desaparecido sin dejar rastro. Su último movimiento no había buscado herir de gravedad a Marco, sino distraer a Crises para lograr escapar. Este corrió hasta la calle para tratar de dar alcance a su enemigo, pero regresó al poco tiempo.

—Ha escapado —dijo.

En el rellano de la escalera, los gritos de alarma y miedo habían dado paso a exclamaciones enfadadas y confusas. Por mucho que se esforzaban, los vecinos no lograban encontrar el foco de donde procedía todo aquel humo. No había llamas, ni calor. Solo aquel humo gris y pestilente que mareaba a quien lo respiraba, más por el nauseabundo olor que por su consistencia tóxica.

—Ven conmigo —dijo Crises. Se agachó junto a Marco y lo levantó, sin poder reprimir un gemido de dolor al hacer fuerza con el brazo que él mismo tenía herido como fruto de su enfrentamiento con Cardixa días antes—. Tenemos mucho de lo que hablar. Y parece que el tiempo se nos ha agotado.

—¿Ese enano era amigo tuyo? —preguntó Marco, todavía aturdido y sin saber si su malestar se debía al golpe recibido, al agotamiento o a los restos del incienso que las prostitutas del templo de Venus le habían hecho respirar.

—Eso mismo te iba a preguntar yo —dijo Crises.

Condujo a Marco hasta el estudio de Neóbula. Él se dejó caer sobre la silla en el momento en el que una nueva oleada de dolor amenazaba con tumbarlo de nuevo. Antes de cerrar la puerta, Crises prestó atención a los gritos que procedían de la escalera.

—¿Sabes qué es lo que está ocurriendo ahí fuera? —preguntó.

—Creen que hay un incendio. Pero es solo humo. No te preocupes. Es cosa mía.

El anciano asintió y se volvió hacia él.

—Veo que tu hombro ha sanado —dijo Marco.

—Sí. Hiciste un buen trabajo. Neóbula te enseñó bien. Al menos en lo que respecta a las artes de la curación…

—Si llego a saber que esa herida te la habías hecho intentando matar a Cardixa, te habría dejado morir aquella noche.

Marco dijo aquella frase con una sonrisa sarcástica en el rostro, pero

ambos sabían que no bromeaba.

—Entonces hoy serían tres los muertos. Esa anciana númida, yo… y tú mismo —dijo Crises, señalando a la puerta para referirse a lo que acababa de ocurrir en el portal.

—¿Por qué lo hiciste? ¿Qué mal te había hecho esa mujer? ¿Era acaso una amenaza para alguien?

—Ya te lo expliqué. Es mi misión, aquello para lo que fui entrenado. Una misión en la que creo y por la que daría mi vida. Hay seres que no deberían caminar sobre la tierra, y personas con poderes y conocimientos que no les corresponden. Esas criaturas, sean humanas o no, son un peligro para todos, y deben ser exterminadas. Por eso es por lo que existimos nosotros, por lo que existo yo. Tu madre también fue entrenada para ello, fue educada en estos ideales, y los compartió… durante un tiempo, al menos.

Marco miró a Crises a los ojos, pensando que el anciano desviaría la mirada para evitar enfrentarse al reproche. Sin embargo, el anciano la sostuvo sin titubear ni un instante, y fue Marco finalmente quien acabó por bajar los ojos.

—¿Qué sabes de ese personaje que ha estado a punto de matarte ahí fuera? —preguntó al fin.

—Poco… casi nada. Es el mismo del que te hablé la noche en la que… te encontré en la escalera, herido. Me atacó hace unos días en el callejón. Me enfrenté a él, pero consiguió derrotarme con facilidad. A pesar de ser pequeño y tener el cuerpo deforme, es muy poderoso, tú mismo lo has podido comprobar.

—¿Qué quería de ti? ¿Por qué te eligió a ti precisamente?

Marco se rascó la cabeza. Una vez terminada la pelea, el sopor volvía a hacer presa de su cuerpo.

—No lo sé. Pero no pretendía matarme. Lo habría hecho sin problema de haber sido ese su objetivo. Quería llevarme ante alguien… Alguien a quien él llamó el maestro. Supongo que será otro mago, más poderoso.

Crises frunció el ceño y comenzó a pasear por el pequeño estudio mientras se atusaba la barba gris.

—Hay algo más —dijo Marco—. ¿Recuerdas aquella hechicera de la que te hablé? La que invocó las sombras del Hades para eliminar a los enemigos políticos de su marido… Ella también comentó sobre un maestro antes de… bueno, antes de que yo la matara.

El anciano cerró los ojos, y Marco decidió dejarle pensar en silencio.

Cuando los abrió de nuevo, lo hizo para mirar a Marco fijamente.

—Esto es serio, mucho más grave de lo que temí en un primer momento. Demasiados hechiceros en la ciudad de Roma, y uno de ellos, ese al que llaman el maestro, con un poder del que todavía no podemos sospechar su magnitud. Es una amenaza a la que no creo que pueda hace frente yo solo.

—¿Vas a volver a Grecia a pedir refuerzos? Me parece una buena idea. Tráeme aceite del Ática cuando vuelvas. Es el mejor para…

—¡Déjate de bromas, romano estúpido! —gritó Crises, dando un golpe en la mesa con la mano abierta. Marco guardó silencio de inmediato. En el tiempo que había transcurrido desde que había conocido al anciano, jamás le había visto perder el control de sus emociones. Incluso en los momentos en los que le había visto combatir contra algún enemigo, Crises había demostrado una extraordinaria frialdad, un control de su cuerpo y sus sentimientos que había sorprendido a Marco. En aquel momento, sin embargo, su rostro estaba desencajado por la ira y… ¿Era miedo lo que percibía en sus ojos?—. Esto ya no es un juego. No es un problema que puedas olvidar yéndote a la cama a dormir la borrachera y confiando en que al día siguiente habrá desaparecido. No eres consciente del problema que tenemos entre manos… ni del peligro que corre esta ciudad si no le ponemos remedio de inmediato.

—¿Y qué quieres que haga? Ya has visto lo que ese enano deforme ha hecho conmigo. Mis poderes son una broma en comparación con lo que vosotros dos sois capaces de hacer.

—Ya te dije lo que quiero que hagas. Únete a mí. Asume tu destino, asume quién eres y deja que te entrene para que alcances tus verdaderos límites. No sabes el potencial que tienes, no te permites a ti mismo desarrollar la semilla que tu madre sembró en ti. Acepta que este es el camino que se te marcó y únele a mí en esta lucha.

Marco negó ion la cabeza.

—No me uniré a ti si eso pasa por asesinar a inocentes como Cardixa. Ese no es mi camino, no lo será nunca. Como tampoco fue el de mi madre.

Crises cerró el puño lentamente.

—¿Es tu última palabra, romano? No habrá más oportunidades.

Marco recapacitó unos instantes. Le vinieron a la mente imágenes en las que se veía a sí mismo con una espada semejante a la de Crises, moviéndose con la gracia y la seguridad que el anciano demostraba en

el combate, diezmando las filas de sus enemigos. Se imaginó levantando columnas de agua y creando elementales de fuego, nublando la voluntad de los hombres con un simple susurro y curando las heridas más espantosas con una simple palabra. ¿No deseaba todo aquello? ¿No deseaba tener aquel poder? ¿Quién podría enfrentarse a él si alcanzaba aquel dominio de las artes de la magia?

Pero al mismo tiempo pensó en Flavia y en su collar. Si aceptaba lo que Crises le proponía, tendría que acabar con ella más tarde o más temprano. Si se sumaba a aquella lucha para exterminar a todas aquellas criaturas con poderes extraordinarios, acabaría por tener que enfrentarse a ella de nuevo. Y lo mismo que le ocurriría con Flavia le pasaría con muchos otros hombres y mujeres que practicaban la hechicería sin saber que había un grupo de cazadores dispuestos a acabar con sus vidas. Hombres y mujeres que en muchos casos eran inocentes de cualquier crimen, culpables solo de poseer un conocimiento que en su mayoría únicamente empleaban para hacer el bien.

Si aceptaba lo que Crises le sugería, tendría que manchar su espada con la sangre de aquellos hombres y mujeres. Todo a cambio de un poder al que su propia madre había renunciado. Neóbula no había querido pagar el precio que se le exigía, y por ello había renunciado a su tierra, a su familia, a su vida, para empezar de nuevo en una ciudad grande y hostil como era Roma. Marco pensó que, si él en aquel momento aceptaba la propuesta de Crises, de alguna manera estaría traicionando el legado de su madre, pisoteando su recuerdo y mancillando todo lo que ella había sido. Y aquello era algo a lo que Marco no estaba dispuesto.

—Es mi última palabra, tío —respondió, poniendo un énfasis irónico en el apelativo familiar.

Crises golpeó la mesa de nuevo, con más suavidad.

—Entonces la próxima vez que nos veamos será muy diferente. Si no eres de los míos, eres mi enemigo. Y como tal serás tratado.

Marco se puso en pie.

—Dime una cosa antes de irte. ¿Habrías considerado a mi madre, tu hermana, como una enemiga? ¿Qué habrías hecho de haberla encontrado viva? ¿Qué habría sucedido si Neóbula hubiera insistido en no acompañarte?

Crises no dudó.

—La habría matado. Mi misión no entiende de lazos de familia,

como tampoco de amor o amistad. Es demasiado lo que está en juego.

—Es una pena que se te adelantaran, ¿verdad? Es una pena que fuera otro quien diera la orden de asesinar a tu hermana en lugar de darte a ti la oportunidad de hacerlo con tus propias manos, como te habría gustado.

Un relámpago de cólera atravesó los ojos de Crises. Por un momento, Marco pensó que iba a atacarle con su espada. Sin embargo, el anciano recuperó la calma de inmediato.

—Neóbula no merecía morir así. Lo que le sucedió… jamás le habría ocurrido si ella hubiera continuado con su propio entrenamiento. O si hubiera tenido un hijo capaz de defenderla en lugar de haber parido un odre de vino débil y egoísta.

Marco se llevó la mano a la daga y la desenfundó con habilidad. Crises miró el arma como quien contemplaría una flor en el campo. Sonrió con desprecio.

—Márchate de mi casa —dijo—. O ni toda tu magia te salvará en esta ocasión.

El anciano asintió lentamente y, tras lanzar una última mirada a Marco y al estudio de su hermana, se dirigió hacia la puerta. Cuando estaba en el umbral volvió a girarse hacia el interior.

—Una última cosa. Si yo fuera tú tendría cuidado con las amistades que frecuento. Para un hombre estúpido, unos ojos azules pueden parecer inocentes. Pero quienes sabemos ver más allá… comprendemos el peligro que acecha en el interior de algunas criaturas. Por muy hermosas y seductoras que parezcan a simple vista.

Marco apretó la empuñadura de la daga. Flavia. De alguna manera, Crises le habla seguido y habla averiguado la identidad de la joven. Era probable que anduviera tras su pista, antes incluso de que el propio Marco supiera de su existencia. Si el anciano sabía de los poderes de Flavia, de la existencia de su collar, era poco lo que él podría hacer más allá de advertirle del peligro que corría.

—Márchate —repitió.

En aquella ocasión, Crises salió del estudio sin mirar atrás.

XXIV

El mago y los carniceros

MARCO aguardó en el estudio a que la situación en la escalera de la *ínsula* volviera a la normalidad. Como él había previsto, el humo había acabado por disolverse, dejando tras de sí un olor a putrefacción que, ese sí, tardaría días en desaparecer. Los vecinos, tras una búsqueda desesperada del origen del incendio, no habían sido capaces de dar con las llamas y, al ver que el humo se desvanecía, habían acabado por regresar a sus casas, tranquilos ya al constatar que no había amenaza real para sus viviendas. Concluyeron que aquel extraño humo probablemente había surgido de la combustión de un montón de paja húmeda que había acabado por apagarse por sí misma, y se habían olvidado del tema, no sin antes comentar entre ellos que aquellas cosas tan extrañas dejarían de ocurrir el día que echaran de la casa al maldito hechicero que vivía en la última planta.

Cuando dejó de escuchar ruidos en el exterior, Marco salió del estudio de Neóbula y subió las escaleras con la mente en blanco. Sentía un dolor sordo en la espalda y la parte trasera de la cabeza debido al golpe recibido al ser lanzado contra la pared. A aquel dolor se le sumaba un agotamiento extremo y, lo que era peor, una sensación de absoluta derrota, de impotencia. Un enano loco quería llevarle ante su maestro con solo los dioses sabían qué propósito. Además, el hermano de su madre, el hechicero más poderoso que Marco había conocido jamás, le había jurado que en el momento en que volvieran a verse lo harían como enemigos. Si existía alguna forma de salir de aquella situación, Marco no la veía.

Solamente el tacto del anillo, que llevaba puesto en la mano izquierda, le producía una cierta sensación de paz. Aquel objeto valía la

libertad de una mujer. Tras los últimos acontecimientos, Marco no estaba seguro de si la vida que podía ofrecerle a Alda, siempre amenazada por uno u otro peligro, era mejor que la que ya vivía como esclava. Sería ella quien tendría que decidir. Pero al menos, pensó Marco, lo haría como una mujer libre.

Cuando llegó a su propia puerta, descubrió que el cadáver del amante de Caridemo ya no estaba allí. Supuso que en medio de la confusión producida por el falso incendio, alguno de los vecinos lo habría encontrado y, creyendo que el pobre desgraciado había muerto por inhalación del humo, lo había sacado a la calle o a algún otro lugar lejos de la vista de todos. Marco sintió lástima por aquel personaje al que el amor y la obsesión habían llevado a una muerte que sin duda no merecía. Otra víctima de las artes de Venus. De ser amante de una criatura salida de las fauces del Hades a morir a manos de un hechicero enano y deforme. Y todo ello sin llegar a comprender la magnitud de los peligros que le habían rodeado en todo momento. En otras circunstancias, con más energía vital, Marco habría tratado de encontrar el cuerpo y se habría asegurado de que al menos era incinerado de forma adecuada. Aquella mañana, solo podía preocuparse por llegar a su propia cama y no desfallecer en el camino.

Abrió la puerta de su pequeño apartamento y, tras revisar las marcas mágicas que había hecho su madre en el quicio para impedir el paso a toda criatura sobrenatural, entró. Sin duda, el pequeño hechicero había tratado de forzar la puerta haciendo uso de su magia, pero aquellos símbolos mágicos trazados por Neóbula más de dos décadas atrás habían conseguido frustrar todos sus intentos. De no haber sido por aquella protección que su madre le había brindado, el hombrecillo habría aguardado a Marco en el interior de la casa, y el resultado de su enfrentamiento habría podido ser muy diferente. Una vez más, Neóbula le había salvado, a pesar de llevar quince años muerta.

Una vez dentro, Marco comprobó que todo estuviera en su sitio. En la sala al menos no había rastro de que algún extraño hubiera estado allí. El jergón de Céfiro estaba tal y como lo había dejado al marcharse el día anterior. Todo apuntaba a que el niño no había regresado a dormir durante la noche.

—¡Céfiro! —llamó para asegurarse de que el niño no estuviera en casa. En lugar del esclavo fue Ulises quien salió del dormitorio, moviendo la cola y con la lengua colgando. De alguna manera el maldito perro había logrado abrir la puerta de la habitación—. Como te hayas comido alguno de mis papiros te convierto en rata.

El animal fue hasta Marco y comenzó a lamerle las manos hasta que su afecto fue correspondido con una caricia en la cabeza.

—Seguramente te haría un favor. Hasta una rata es más bonita que tú, perro feo.

Ulises ladró, como si manifestara su oposición a aquella afirmación.

—Vamos a dormir un rato —dijo Marco. Y en aquello Ulises sí estuvo de acuerdo.

Pese al cansancio acumulado, Marco apenas fue capaz de dormir unas horas. Tuvo diferentes sueños que le mantuvieron inquieto, moviéndose en la cama, aunque cuando finalmente despertó no recordaba ninguno de ellos. Se lavó la cara y se puso una de sus dos túnicas, la que le pareció menos sucia y ajada. Levantó el tablón que cerraba el acceso al tejado y comprobó que la luz del día todavía brillaba con fuerza sobre Roma. Tenía tiempo de ir a casa de Marco Antonio y entregarle al joven el anillo de su amigo.

En la sala, Ulises hacía guardia junto a la puerta, sin duda deseoso de que su amo la abriera para poder él salir a la calle.

—¿Cómo es que no estás con Céfiro? —preguntó Marco—. ¿Tú también te has peleado con él?

El perro gimió, y Marco no supo si era una triste afirmación o un apremio para que se diera prisa en abrir la puerta. En cuanto Marco lo hizo, el perro salió corriendo escaleras abajo. Él mismo le siguió tras coger un pedazo de pan duro como una piedra y un trozo de carne de cerdo seca. El estómago rugió como protesta ante tan magro desayuno. Marco decidió que una vez hablara con Marco Antonio pasaría por una taberna a comer algo. No por la de Quelidón, desde luego. No quería ver a Alda hasta estar seguro de que el anillo que en aquel momento lucía él mismo en el dedo sería capaz de comprar su libertad.

Cuando salió del portal, no pudo evitar mirar a los dos lados del pequeño callejón, para asegurarse de que ni Crises ni el pequeño hechicero estaban por allí. Sabía que era una medida absurda, pero aun así no pudo evitar echar una mirada. Ninguno de los dos le habría esperado en la calle, a plena luz del día. Si volvían a caer sobre él, sería en otro lugar, a otra hora. Crises tal vez le concediera la oportunidad de defenderse si finalmente decidía matarlo. Marco no creía al anciano capaz de simplemente apuñalarlo por la espalda en cualquier soportal. No era su estilo.

Comprobó con alivio que el callejón se encontraba desierto, con excepción de un tipo grande con una larga barba negra que estaba

sentado a la sombra a escasa distancia del portal. Marco suspiró y suplicó a los dioses que al menos le concedieran un día de tranquilidad para poder asegurarse de que la liberación de Alda se convirtiera en una realidad. Echó a andar calle arriba, y justo en el momento en el que pasó junto al tipo de la barba, este alzó la mirada y le hizo un gesto.

—¿Marco Lemurio? —preguntó con acento extranjero.

No puede ser, pensó él. Ni hasta el final del callejón he conseguido llegar…

—¿Quién lo pregunta?

—Si eres Marco Lemurio tienes que acompañarme —dijo el hombre, y se puso en pie. Una vez erguido junto a Marco, este pudo verificar que aquel individuo le sacaba dos cabezas de estatura. Era una auténtica mole, posiblemente más alto que el propio Quinto.

—¿Ya se han cansado de mandar al enano y ahora envían al gigante? ¿Y qué poderes tienes tú? ¿También rompes huesos con un gesto de la mano? ¿O conviertes a la gente en rana con tus pedos? Dile a ese maestro tuyo que…

El hombre frunció el ceño, confundido, y alzó las manos.

—Alto, alto, amigo. No sé de lo que me estás hablando. Lo de romper huesos no se me da mal, pero no sé nada de convertir a la gente en rana, y menos con un pedo.

—¿No es tu maestro quien quiere verme? —preguntó Marco confundido.

—Bueno, de alguna manera sí… Quien quiere verte es Néstor, el magistrado del *collegium* de carniceros del Arco de los Huesos. Me ha ordenado que te lleve ante él esta mañana. O que al menos me asegure de que pasas por la sede del *collegium* en algún momento del día de hoy. Quiere proponerte algo. Y llevo todo el día aquí sentado preguntando a la gente que pasaba si alguno era el jodido Marco Lemurio… Así que haz el favor de acompañarme.

—Lo siento. No tengo tiempo.

Marco dio la espalda al hombre de la barba, dispuesto a seguir su camino. Sin duda se trataba de alguien interesado en contratar sus servicios. Pero en aquel momento no estaba interesado en aceptar ningún tipo de encargo. Ya tenía bastante en lo que pensar.

—Céfiro está allí con él.

Al escuchar el nombre del esclavo, Marco se dio la vuelta y sacó la daga como un acto reflejo. Recordó de forma súbita la proposición que el mismo Céfiro le había hecho, la idea que había sido origen de su

colosal pelea. El niño quería que le vendiera al *collegium* de los carniceros del Arco de los Huesos, y estos finalmente habían enviado a buscarlo. Marco miró al enorme personaje de la barba y se vio a sí mismo con aquel pequeño cuchillo en la mano. No pudo evitar sentirse ridículo con aquella triste daga frente a una mole como la de aquel gigante, que podría desarmarlo con un simple manotazo.

—¿Qué habéis hecho con Céfiro? ¡Dímelo!

El hombretón hizo un gesto de fastidio y señaló la daga de Marco.

—Oh, vamos, por Júpiter, guarda eso. No quiero tener que ponerme violento. Néstor me dejó claro que tenía que ser amable contigo…

—Céfiro —repitió Marco—. ¿Qué habéis hecho con él? Si le ha pasado algo te juro por todos…

—Céfiro está bien, no te preocupes. Es un muchacho extraordinario, ya lo pienso que lo es. Desde luego, si eres tú quien lo ha educado has hecho un buen trabajo. Ese niño llegará lejos, ya lo verás.

—No creo que el futuro de Céfiro sea asunto tuyo. Ni de nadie.

—Bueno… supongo que es precisamente de eso de lo que quiere hablar contigo Néstor. ¿Qué me dices? ¿Me acompañas y lo averiguamos? Y guarda ese cuchillo, no me gusta que me apunten así.

Marco guardó la daga lentamente.

—Iré contigo —dijo.

La visita a la casa de Marco Antonio tendría que esperar.

Caminaron por las calles de la Subura hasta llegar al Arco de los Huesos, una zona del barrio que Marco no solía frecuentar. Si los olores de la Subura eran ya de por sí bastante intensos, los del Arco de los Huesos eran especialmente penetrantes. El olor de la sangre, de la carne recién cortada, de las vísceras, le hacía sentirse mareado. Además, el *collegium* de los carniceros era, de todos los gremios que operaban en aquella zona de la ciudad, de los más violentos y con peor fama en toda Roma. Marco sabía y, como él, todos los habitantes de la Subura, que era mejor no tener problemas con ellos. Y la mejor forma de no tenerlos era no cruzarse en su camino.

El hombre al que habían enviado a buscar a Marco caminó en silencio a su lado durante todo el trayecto. En un momento dado señaló a un pequeño establecimiento en cuya puerta había dos cabras atadas y comiendo del suelo cáscaras de frutas y restos de verduras.

Esa es mi carnicería —dijo—. Por si algún día quieres probar la mejor carne de cabra de toda Roma.

—Lo tendré en cuenta —dijo Marco.

Finalmente, llegaron al propio arco que daba nombre al barrio, bajo el cual se encontraba la sede del *collegium*. Una puerta de madera junto a la cual hacía guardia un hombre de aspecto amenazante.

Es ahí. Espera fuera. Voy a avisar de que has llegado.

—¿Céfiro está ahí dentro? —preguntó Marco.

—Ya te he dicho que sí.

El hombre entró en la sede del *collegium* y dejó solo a Marco, que aprovechó el tiempo para observar aquella calle. No era la primera vez que pasaba por allí, desde luego, pero sí la primera que se paraba a observar el gran arco de piedra que se abría sobre la vía. Una vez más tocó el anillo de plata que llevaba en la mano, y deseó poder solucionar aquel asunto de Céfiro pronto. No podía presentarse en casa de Marco Antonio una vez hubiera caído la noche. No sería apropiado. Además, si la fama que tenía aquel muchacho noble era cierta, con la caída del sol había más posibilidades de encontrarle en cualquiera de las miles de tabernas que había en Roma que descansando en su casa. Lo cual era lo mismo que decir que sería imposible encontrarlo. Pensó en Céfiro, dentro de aquel sórdido *collegium* en compañía de los carniceros. Marco sospechaba cuál era el tema que le iban a plantear. Fuera cual fuera la propuesta, tenía muy clara su respuesta.

Cuando hubo pasado un rato, salió un hombre de talla menuda y rostro amable y se dirigió a Marco.

—¿Eres Marco Lemurio? —preguntó.

—Eso dicen, al menos.

—Qué curioso nombre —dijo el hombre, y soltó una risita.

—La familia de mi padre siempre fue muy bromista.

—Yo soy Antifrón, miembro del *collegium* de carniceros. Llevo las cuentas y ayudo al magistrado en algunas de sus tareas.

—No tienes pinta de carnicero —dijo Marco.

Antifrón se limitó a sonreír como única respuesta.

—¿Me permites que te cacheé en busca de armas? Es una norma que tenemos en este *collegium*. Nada de armas en la sede.

Marco mismo sacó la daga y se la tendió a su interlocutor.

—Es lo único que llevo. Puedes comprobarlo si quieres.

Antifrón cacheó a Marco a fondo, palpando sus ropas y debajo de ellas.

—Tal vez quieras hacer una exploración más profunda —comentó Marco, con sorna—. No te quedes con las ganas.

—Es suficiente así, gracias. Puedes pasar. Néstor te recibirá de inmediato. Está deseando conocerte.

—Estoy seguro de que sí.

El hombre que hacía guardia abrió la puerta y franqueó el paso a la pareja. Antifrón condujo a Marco al interior de la sede, en cuyos pasillos había varios hombres que entraban y salían de diversas habitaciones. En sus rostros se repetía una misma expresión al ver a Marco: desconfianza ante la presencia de un extraño en el lugar que ellos consideraban su hogar.

—Ahí. Te están esperando.

Marco entró en una estancia presidida por una gran mesa de madera, detrás de la cual un hombre escribía algo en una tablilla. La habitación estaba iluminada por varias lucernas, ya que la única luz del exterior procedía de una pequeña ventana situada en la parte alta de la pared que había tras la mesa. Cuando Marco estuvo dentro, alguien cerró la puerta tras él.

Al escuchar el sonido de la puerta cerrándose, el hombre que escribía sobre la mesa levantó la cabeza. Marco recordaba haber visto su rostro en algún momento, pero no fue capaz de recordar cuándo ni dónde.

—Marco Lemurio —dijo sonriendo—. Bienvenido a la sede de mi *collegium*. Soy Néstor, el magistrado que se encarga de gestionar esta comunidad.

—¿Dónde está Céfiro? —preguntó Marco con brusquedad.

—Oh, por supuesto. Estás preocupado por tu pequeño esclavo, es lógico. Es un chico muy especial.

—¿Dónde está?

—Ahí mismo —dijo señalando un diván situado en una de las esquinas de la habitación. Sobre el mueble había una pila de mantas a la que Marco no había prestado atención. Al fijarse con más detenimiento, comprobó que bajo las mantas se encontraba el pequeño Céfiro, durmiendo plácidamente—. Lleva toda la mañana esperando tu llegada. Al final, se ha quedado dormido. Anoche no durmió bien. Estaba muy nervioso.

—¿Durmió aquí? —preguntó Marco. Se acercó a Céfiro con sigilo para verificar que el niño se encontraba bien. El esclavo dormía profundamente, con rostro plácido y tranquilo.

—Sí. Y no es la primera vez. Supongo que con tu estilo de vida… nocturna… no te has dado cuenta de su ausencia.

—Voy a despertarlo y nos marcharemos —dijo Marco—. Os agradezco que le hayáis atendido tan bien. Ahora voy a llevármelo a casa.

—¿Tan pronto? No hemos tenido ocasión de hablar —El magistrado se puso en pie. En ningún momento de la conversación había perdido la sonrisa con la que había recibido a Marco. Una sonrisa en la que mostraba dos hileras de dientes blancos inmaculados.

—No tenemos nada de lo que hablar. Nos marchamos. Céfiro, eh, pequeño, despierta. Vamos, abre los ojos. Nos marchamos a casa, ¿de acuerdo?

El niño abrió los ojos de golpe. Aquella era una característica que había definido el sueño del esclavo desde que era muy pequeño. Se despertaba con el más mínimo susurro, con el más suave roce. De hecho, Marco pensó que el hecho de que hubiera permanecido dormido mientras él hablaba con el magistrado demostraba lo cansado que estaba.

—Marco… —susurró. Céfiro esbozó una sonrisa al ver el rostro de su amo inclinado sobre él. Sin embargo, casi al instante, esa sonrisa se borró. Como si un recuerdo que había permanecido aletargado durante el sueño le hubiera regresado a la cabeza de golpe. Su rostro se volvió duro y distante—. Has venido.

—Claro que he venido. Y ahora levántate y vayamos a casa. Tenemos que ir primero a un sitio, pero después te llevaré a cenar. Comparemos también algo de carne para Ulises. ¿Qué te parece?

—No —dijo el niño. Céfiro se sentó sobre el diván y se estiró para desperezarse—. No, no vamos a ningún sitio. ¿Has hablado ya con Néstor?

—¿Cómo que no vamos a ningún sitio? ¿Sigues enfadado conmigo por lo de la otra noche?

—Ya no estoy enfadado —respondió Céfiro, aunque el tono de su voz estaba cargado de rencor—. Pero quiero que hables con Néstor. ¿Habéis hablado ya?

—No hemos tenido tiempo —intervino el magistrado—. Tu amo acaba de llegar.

—No tengo nada que hablar contigo —insistió Marco, volviéndose hacia Néstor. Trató de mantener la calma a pesar de que la situación comenzaba a superarle. Céfiro había elegido el peor momento posible para obligarle a tener aquella conversación. Sin embargo, Lemurio sabía que estaba en una casa llena de hombres fieles a aquel magistrado que

insistía en hablar con él. Cualquier gesto hostil podía costarle muy caro.

—Por favor, siéntate y charlemos. Tal vez tenga algo interesante que…

—¡No hay nada de lo que hablar! —gritó Marco señalando a la cara del magistrado.

—¡Sí que lo hay! —gritó Céfiro, interponiéndose entre los dos—. Siéntate, Marco, por favor. Escúchale.

El magistrado, que por un instante había borrado la sonrisa al ver que Marco alzaba el tono, volvió a adoptar una expresión amable.

—Hagamos caso al niño. Al fin y al cabo, has venido por él, ¿no es así? Escucha lo que tenemos que decirte, y después toma una decisión.

Marco le miró a los ojos, todavía con el dedo apuntándole. Miró a Néstor y comprendió en aquel instante que aquel hombre era peligroso.

Mucho más que cualquier ladrón o asesino de la Subura. El magistrado tenía la mirada de quien estaba acostumbrado a ser obedecido al instante, sin rechistar. La mirada de quien sabe que tiene el poder de decretar la muerte de alguien solo por un mal gesto o una palabra de más. Era la misma mirada que Marco había podido ver en algunos de los nobles senadores con los que había tenido ocasión de hablar en alguna ocasión.

—Te escucharé. Y después nos marcharemos. ¿Tengo tu palabra? ¿Me das tu palabra de que nos dejarás marchar?

—Tienes mi palabra, Marco Lemurio. En cuanto hayamos hablado todos seremos libres de marcharnos de este lugar. No somos enemigos. No hay rencillas entre nosotros.

Marco asintió y se sentó en una de las sillas que había dispuestas frente a la mesa de madera. Néstor regresó a su sitio, bajo la ventana. Marco pensó que Céfiro se situaría de pie, a su lado, en el lugar que le correspondía a un esclavo. Sin embargo, el niño rodeó la mesa y se ubicó junto a Néstor.

—Os escucho —dijo Marco. Tenía una mala sensación acerca de lo que iba a ocurrir allí. Conocía a Céfiro, sabía lo obstinado que podía llegar a ser cuando una idea se le metía en la cabeza. Hasta aquel momento, su testarudez se había limitado a cuestiones infantiles, o eso suponía Marco. En aquel momento, sin embargo, Céfiro se había mezclado en asuntos que le superaban ampliamente. Se había juntado con gente muy peligrosa, hombres que dominaban las calles de la Subura con puño de hierro y que aplastaban sin miramientos a todo aquel que se interponía en su camino. Y todo, pensó Marco, había sido

culpa suya. Había permitido que Céfiro se hiciera mayor sin prestar atención a su educación, ni a sus preocupaciones, ni sus necesidades. Había vivido los últimos años como si no hubiera un niño que dependiera de él, y Céfiro, finalmente, había acabado por buscar en otro lugar lo que Marco no había sabido proporcionarle.

—Permíteme que no vaya directo al grano. Es un asunto importante, y creo que es justo que pongamos sobre la mesa toda la verdad —comenzó Néstor con voz suave y meliflua—. Conocí a Céfiro hace ya un tiempo, en circunstancias un tanto… difíciles. Digamos que él y sus amigos hicieron algo que molestó a mis socios del *collegium*, y tuvimos que encontrar una solución. Desde ese mismo instante, supe que este chico era especial, Supongo que no hace falta que detalle sus muchas virtudes, pues como amo suyo que eres sin duda las conoces.

—Las conozco —dijo Marco—. Las conozco bien.

—Entonces no te sorprenderá que yo quedara fascinado por el pequeño Céfiro. Y aquí tengo que pedirte disculpas. Me aproveché de las habilidades de tu esclavo. Le utilicé para algunos asuntos del *collegium*… Sé que es imperdonable que me tomara esa libertad, hacer uso de un esclavo que no me pertenece, que debería haberte consultado… Pero ya sabes cómo es la vida en la Subura. Cuando uno rige los destinos de todo un *collegium*, debe tomar decisiones rápidas, sin pararse a pensar, y sin tiempo para pedir permiso. Utilicé a Céfiro en algunas misiones, y tu pequeño esclavo demostró estar por encima incluso de las altas expectativas que habíamos puesto en él.

Céfiro no pudo evitar enrojecer al escuchar cómo le alababan. Marco le sonrió e intentó arrancar del esclavo algún gesto de complicidad, pero lo único que obtuvo fue una mirada esquiva que prefería posarse en Néstor que en él mismo.

—Céfiro ha llegado a ser… imprescindible para el *collegium*. Y no solo desde un punto de vista práctico, no. Todos le hemos cogido cariño. En muy poco tiempo ha llegado a ser casi uno más de nuestra familia. Es un sentimiento que compartimos todos, y creo que él también siente algo parecido, ¿verdad?

El esclavo asintió.

—En definitiva, Céfiro es uno más aquí. Solamente hay un pequeño obstáculo que impide que su pertenencia al *collegium* sea completa. Un obstáculo que podremos resolver si todos demostramos un poco de buena voluntad.

Marco se removió inquieto en la silla.

—No admitimos esclavos en el *collegium*. Desde luego, utilizamos a nuestros propios esclavos, pero ninguno de ellos podría llegar a ser un miembro de pleno derecho mientras no alcanzara la libertad. Y, por supuesto, no hacemos uso de esclavos ajenos. Lo que hemos hecho con Céfiro… ha sido una excepción hasta este momento.

—Estoy seguro de que te encanta escuchar el sonido de tu voz, magistrado. Pero soy un hombre ocupado y tengo asuntos que atender. ¿Qué es lo que quieres proponerme?

Néstor hizo un gran esfuerzo para conservar la sonrisa en el rostro, a pesar de que sus ojos dejaban claro que no le gustaba que le interrumpieran, y mucho menos en el tono que Marco estaba empleando.

—Quiero comprarte a Céfiro. Será mi esclavo un tiempo y después le liberaré. Acudiremos al pretor y le entregaremos la libertad que él tanto ansía. Más tarde entrará a trabajar como aprendiz en una de nuestras carnicerías, seguramente en la mía. Algún día llegará a tener su propio establecimiento. Será un miembro del *collegium*, un hombre libre, con un oficio próspero que le permitirá formar y mantener una familia. Puede que incluso llegue a ocupar mi puesto como magistrado cuando yo renuncie.

Marco respiró profundamente. Finalmente, había llegado la propuesta que tanto temía. Hasta aquel momento, la respuesta había estado muy clara en su cabeza. Un no rotundo, sin negociación posible. Sin embargo, la larga exposición de Néstor, los argumentos que había empleado, habían acabado por alcanzar su objetivo. Aquellas palabras habían logrado sembrar una semilla de duda en su interior, y la seguridad que antes tenía había comenzado a tambalearse.

¿Podía él ofrecer a Céfiro un futuro semejante? ¿Podía él proporcionarle un oficio, una forma honrada con la que ganarse la vida, una comunidad que le respetara y le apoyara en los momentos difíciles? Para aquellas preguntas, Marco sí tenía una respuesta. No, no podía, y seguramente no podría jamás, darle nada semejante. ¿Qué derecho tenía él a negarle un futuro así a alguien a quien quería, alguien que con el paso de los años había llegado a ser como su hermano pequeño, el hermano que nunca había llegado a tener?

Por mucho que le doliera, por mucho que perder a Céfiro le desgarrara el alma, tenía que permitir que el niño siguiera su propio camino y se labrase un futuro próspero y seguro, muy diferente de cualquier vida que habría podido tener si seguía a su lado.

Abrió la boca para dar una respuesta afirmativa, pero en el último momento sus ojos se cruzaron con los del pequeño esclavo. Y, en ese momento, Marco recordó la noche en la que le habla encontrado, apenas un bebé de menos de un año, llorando desconsolado por el hambre y por el miedo en las escaleras de un templo del Foro Boario. Recordó cómo por un instante había estado tentado de continuar su camino, de ignorar aquel llanto tan frecuente en las calles de Roma. Y cómo, en el último momento, una idea se había abierto paso en su cabeza y le había hecho detenerse. El rostro de su madre, de Neóbula, muerta entonces solo hacía cinco años. ¿Qué habría hecho su madre en aquella situación? ¿Habría permitido que aquel niño quedara a merced del frío de la noche, de las muchas amenazas que acechaban en las calles de Roma? Si no lo recogía, aquel bebé no llegaría a ver la luz del día. Con el rostro de su madre en la cabeza, Marco cogió al niño en sus brazos y lo llevó a casa.

En aquel momento, sentado frente a Néstor, Neóbula volvió a la mente de Marco, con fuerza, con una imagen muy nítida. ¿Habría aceptado ella vender a Céfiro únicamente porque pensara que no podría darle un futuro digno? Con aquella misma excusa, ella habría podido vender al propio Marco en el momento en el que su esposo desapareció y ella se quedó sola para sacar adelante a un niño tan pequeño. Pero no lo hizo. Luchó por él, por los dos, y logró sobrevivir en un mundo cruelmente hostil.

Neóbula no se había rendido, y solo la muerte había conseguido separarla de su hijo. Y él tampoco se rendiría. Céfiro se merecía un gran futuro, un futuro digno como hombre libre, pero sería él mismo quien se lo daría.

—¿Qué me dices, Marco Lemurio? ¿Pasamos a hablar del precio?

—No es necesario. La respuesta es no. No voy a vender a Céfiro. Ni a ti ni a nadie.

Aquella respuesta golpeó como una bofetada a Céfiro, que abrió los ojos y la boca. Néstor, en cambio, reaccionó con frialdad, aunque la sonrisa se borró de su rostro, en aquella ocasión para no regresar.

—¡No puedes hacerme esto! —gritó el niño.

—Céfiro… —dijo Marco, tendiendo una mano sobre la mesa hacia el esclavo. El niño dio un paso atrás, como si el contacto con su amo le repeliera. Las lágrimas comenzaron a caer por sus mejillas.

—¡No quiero seguir siendo esclavo! ¡No puedes negarte! ¡No tienes derecho!

—Calma, pequeño. Calma —Néstor acarició la espalda y el pelo del niño—. Estoy seguro de que tu amo no ha valorado la situación en su justa medida. Tal vez si escuchas la oferta que…

—Ya he escuchado bastante. No hay dinero en toda Roma que me haga cambiar de opinión. Ni aunque el mismo Lúculo me prometiera todo el oro del Ponto, aceptaría venderle a Céfiro. Mucho menos lo dejaré en manos de un matón como tú. Céfiro se viene conmigo.

Néstor alzó una mano y se puso en pie. Marco hizo lo mismo.

—Eres orgulloso. Eso es bueno. Aunque es curioso tanto orgullo, viniendo de un tipo que no tiene dónde caerse muerto y que vive de vender ungüentos contra la caída del cabello y de hacer creer a las viejas que pueden hablar con sus difuntos maridos gracias a él… Curioso, como digo, pero los dioses sabrán por qué te han dado esa cualidad. Lo que no has tenido en cuenta es…

—Céfiro, nos vamos.

—¡No he terminado de hablar! —gritó Néstor, y en aquella ocasión todo rastro de amabilidad desapareció de su tono y su cara. Sin embargo, logró controlarse y bajó la voz—. Me escucharás hasta el final, porque estás en mi casa, y sería una descortesía dejarme con la palabra en la boca. Después, podrás marcharte, ya que te he dado mi palabra.

Marco apretó los labios para contener una respuesta que sabía que podía costarle cara.

—Hace tiempo había una carnicería no muy lejos de aquí, según pasas el arco y continúas calle abajo hacia el Foro Boario. Pertenecía a un hombre bastante rico. Se decía de él que curaba la carne de cerdo como nadie. Usaba algunas especias, lo ahumaba de un modo especial… Todo el mundo quería comprar aquella carne. Era lógico, estaba deliciosa. Aquel hombre prosperó, se hizo rico… pero con la riqueza vino la soberbia. Y con la soberbia, la estupidez. Decidió que, como hombre rico que era, estaba por encima del resto de carniceros del Arco de los Huesos. Que no tenía que cumplir las normas, ni atenerse a los precios marcados por la asamblea, ni comprar el ganado a nuestros proveedores de confianza… Pensó que era mejor que nosotros, que era muy fuerte, que no necesitaba al *collegium*. Se le advirtió una vez, y no hizo caso. Se le advirtió una segunda vez, y siguió sin escuchar. No hubo una tercera ocasión. ¿Sabes lo que ocurrió con aquel hombre tan fuerte y soberbio?

—Supongo que me lo vas a decir —respondió Marco, sosteniendo la

mirada de Néstor.

—Lo matamos. A él y a toda su familia. Él fue el último. Matamos primero a sus hijos, para que él pudiera verlo y escuchar sus gritos. Después hicimos lo mismo con su mujer, no sin antes dejar que mis chicos se divirtieran un poco con ella. Al final, él mismo nos suplicó que le cortáramos el cuello. Y así lo hicimos. Después quemamos su carnicería y su casa, con los cuerpos del carnicero y su familia dentro. Hoy ese lugar es un corral en el que mis propios cerdos comen y cagan, justo sobre las cenizas de aquel estúpido que creyó que podía desafiarme.

Néstor dio la vuelta a la mesa y se encaró con Marco.

—Lo único que me queda por preguntarte, la única cuestión de importancia una vez hemos llegado a este punto es la siguiente. Si le hicimos todo eso a uno de los nuestros, a un miembro de nuestra familia, ¿qué opinas que haríamos con alguien como tú, Marco Lemurio?

Marco no pude contenerse. Alzó la mano y agarró a Néstor por el cuello de la túnica.

—Sal a la calle conmigo y demuéstramelo —dijo. Y estrelló su cabeza contra la nariz de Néstor.

En aquel instante, los acontecimientos se precipitaron. La puerta de la sala se abrió y un grupo de hombres armados con cuchillos entraron en tropel y cayeron sobre Marco, que se vio forzado a soltar la túnica del magistrado. Intentó resistirse, pero la cantidad de manos que lo agarraron por brazos y ropas acabaron por reducirlo sin darle posibilidad alguna de zafarse. En el pecho de Marco, la lágrima de Perséfone comenzó a arder por primera vez desde su encuentro con Flavia la noche anterior.

—¡Quietos! —gritó Néstor—. Que nadie le haga daño.

Los carniceros bajaron los cuchillos, sin soltar a Marco. El magistrado se llevó la mano a la nariz y comprobó que un pequeño hilo de sangre había comenzado a brotar de una sus fosas nasales. El golpe no había sido muy fuerte, y sin duda su nariz no estaba rota, aunque comenzaría a hincharse de un momento a otro.

Marco vio cómo Céfiro se subía sobre la mesa y miraba desde aquella posición privilegiada toda la escena. Esperaba encontrar en el rostro del niño un gesto de reproche hacia él, por lo que acaba de ocurrir, pero todo lo que vio fue miedo y una honda preocupación.

—Le di mi palabra a Marco Lemurio de que podría marcharse de

aquí —dijo Néstor—. Y, como todos sabéis, mí palabra es sagrada. Soltadlo.

Aunque en un primer momento dudaron, al final los hombres del *collegium* acabaron por obedecer la orden del magistrado y soltaron a Marco. Él, enrojecido por la ira y los nervios, se limitó a colocarse las ropas.

—Céfiro, ven conmigo —dijo, confiando en que el esclavo le obedeciera.

El niño, sin embargo, negó con la cabeza.

—Céfiro se queda —dijo Néstor—. Ahora márchate de mi casa, Lemurio.

Marco lanzó una última mirada a Céfiro, suplicándole sin palabras que cambiara de idea, que recapacitara y regresara con él. El esclavo bajó la cabeza. Marco entonces se dio la vuelta y se dirigió a la salida.

—Volveremos a vernos —dijo el magistrado—. Ten por seguro que volveremos a vernos.

Aunque Marco no quiso dar a aquellos hombres el placer de verle correr para escapar, aceleró el paso todo lo que pudo sin que su marcha se convirtiera en una carrera. Dejó atrás el Arco de los Huesos, dejó atrás el barrio de los carniceros, y se adentró en las callejas de otra zona de la Subura, lejos del área de influencia del *collegium* de Néstor. Solo entonces se volvió contra una columna y la golpeó con el dorso de la mano hasta que esta empezó a sangrarle. Se metió el puño en la boca y se mordió los nudillos para evitar prorrumpir en alaridos que habrían llamado la atención de todo el barrio.

A los ya numerosos problemas que tenía entre manos, se añadía además que uno de los *collegia* más poderosos de la Subura estaría pidiendo su cabeza antes de que el sol volviera a alzarse sobre los tejados de Roma. Si su vida valía poco antes de golpear al magistrado, en aquellos momentos podía considerar que era ya un cadáver andante.

Sin embargo, no era la certeza de que unos u otros acabarían por matarlo en cualquier momento lo que más le pesaba en aquel momento.

Era el rostro de Céfiro, rehuyendo su mirada, negándose a regresar con él a casa. Al final, el resultado de su negativa a vender al pequeño esclavo se saldaría con él muerto y flotando en el Tíber, y con Céfiro igualmente en manos de los carniceros. ¿Era posible ser más estúpido, cometer más errores en menos tiempo?

Recordó entonces la profecía que había escuchado en boca del cadáver al que había reanimado en el Campo de Marte. Quien hoy es tu

hermano, mañana será tu verdugo. Quien comparte hoy tu pan, mañana te lo quitará de la boca. ¿Se refería aquel ser a Céfiro? ¿Se estaba cumpliendo en aquellos momentos lo que aquella criatura le había vaticinado?

Marco abrió los ojos y se miró la mano, con la piel desgarrada por los golpes contra la columna. En medio de aquel destrozo, brillaba un pequeño objeto, reflejando los rayos de sol de la tarde romana. El anillo que Flavia le había dado, la prueba que necesitaba de que había encontrado a la bruja que estaba asesinando a los hombres de Roma. El objeto con el que Alda podría recuperar su libertad.

Marco volvió a cerrar los ojos e inspiró para reunir fuerzas. Tal vez él no llegaría a ver un nuevo amanecer. Pero al menos intentaría que Alda se convirtiera en una mujer libre a pesar de todo.

—Ese miserable va a pagar por este insulto. ¡Nadie desprecia de ese modo a este *collegium*! ¡Nadie!

Antifrón trataba de limpiar la nariz del magistrado con un paño limpio y húmedo, pero Néstor estaba tan exaltado que resultaba difícil hacerlo. Movía la cabeza, gritaba, gesticulaba, y mientras tanto la sangre seguía manando de su nariz.

—Magistrado, necesito que estés quieto para poder limpiarte la sangre —dijo el liberto.

Néstor obedeció… durante unos instantes. Después siguió hablando y moviéndose.

—Vamos a dejar que pasen unos días… Que se confíe. Que crea que nos hemos olvidado de él. Y después golpearemos con fuerza. Quiero que averigüéis el nombre de todos sus familiares, de sus amigos, hasta de sus putas favoritas. Vamos a enseñar a este barrio lo que pasa cuando se insulta al *collegium* del Arco de los Huesos.

—Por supuesto, magistrado.

Los dos hombres parecían haberse olvidado de Céfiro. El niño, sentado en el mismo diván donde había estado tumbado cuando Marco había entrado en la sala, escuchaba los improperios y amenazas de Néstor sin atreverse a intervenir. Estaba aterrorizado, sentía que había perdido por completo el control de una situación que, en aquel momento comenzaba a comprenderlo, era mucho más grande que él. Ya no se debatía si él se convertiría en alguien libre o no. Lo único que se había hablado en aquella sala desde que Marco había salido había sido sobre las formas en las que el *collegium* se vengaría de él. Y todas ellas acababan con su amo muerto.

Céfiro nunca había visto a Néstor perder el control de aquella manera. El magistrado siempre se había mostrado ante él como alguien frío, sereno, cruel y brutal cuando llegaba el momento de serlo, pero nunca como un ser sediento de venganza, ansioso por devolver un golpe, entregado a los gritos y los aspavientos. Marco había hecho que Néstor perdiera el control de la situación, y eso había llevado a que Céfiro descubriera una faceta del magistrado que antes no conocía.

—Podríamos incluso quemar la *ínsula* en la que vive. Y hacer después que todos sus vecinos supieran el motivo por el que habían perdido todo. Todos los que no murieran en el incendio, claro…

—No creo que eso nos hiciera muy populares en la Subura, magistrado.

—¿Populares? ¿Quién quiere ser popular, por Venus? Lo que quiero es mandar un mensaje claro. Hoy el equilibrio se ha roto, Antifrón, y tenemos que restablecerlo… como sea. Y todo pasa por acabar con ese Lemurio…

—Néstor —dijo Céfiro, bajando al suelo desde el diván.

—O tal vez sea mejor no matarlo. ¿Cómo es eso que hacen con las vestales cuando se demuestra que han roto su voto de castidad? Algo de emparedarlas y…

—Néstor —insistió Céfiro, acercándose al magistrado.

Antifrón y Néstor se volvieron hacia él, sorprendidos. El magistrado sonrió, pero aquella fue una sonrisa enloquecida y furiosa, muy diferente de la que esbozaba cuando se sentía que estaba al control de todo lo que le rodeaba.

—Céfiro… No sabía que aún estabas aquí.

—¿Dónde iba a estar si no? —preguntó el niño.

—Por supuesto —Néstor se levantó y apartó a Antifrón, que se resignó a que el magistrado siguiera con el labio manchado de sangre—. Esta es tu casa ahora. Aún no eres libre, pero es cuestión de días que solucionemos ese problema.

—No opino que sea necesario matar a Marco… a mi amo —dijo el niño con voz temblorosa—. Estoy seguro de que si hablo con él…

—El tiempo de las palabras ya ha pasado, Céfiro. Le dimos varias oportunidades. No quiso escuchar. Nos insultó, nos faltó al respeto. Mira mi nariz. ¿Acaso me he hecho esto al golpearme contra una puerta?

—Rómpele tú la nariz a él entonces. Siempre hablas de la necesidad de restablecer y mantener el equilibrio. Marco no ha matado a nadie…

Matarlo rompería el equilibro entonces, ¿no?

—No, Céfiro. Por supuesto que no. Lo de mi nariz es lo de menos. No soy yo el que está sangrando hoy… Somos todos nosotros. ¿Cómo piensas que se sienten ahora mismo todos los miembros del *collegium*? Ellos están heridos como yo lo estoy. Una ofensa así no se puede lavar con un golpe, ni con cien.

—Pero…

Néstor alzó la mano y Céfiro guardó silencio.

—¿Qué crees que pasaría si dejamos que tu amo siga vivo, Céfiro? ¿Cuánto crees que tardarían en enterarse el resto de *collegia* de la Subura, de toda Roma? ¿Y qué pasaría entonces? Pensarían que somos débiles, que se nos puede insultar impunemente. Se reirían de nosotros en las calles y, lo que es peor, dejarían de temernos y de respetarnos. Un *collegium* que no tiene el respeto de la gente deja de existir al poco tiempo. ¿Eso es lo que quieres? ¿Que desaparezcamos? ¿Dejar indefensos a todos esos hombres que te han acogido como uno más pese a lo que hiciste con el pobre Macrón?

—No —respondió el niño de inmediato—. Claro que no.

—Entonces, asume que tu amo debe morir. No te preocupes, sé que sientes un cierto afecto por él. No tendrás que tomar parte en ello. Nosotros nos encargaremos de todo. Somos una familia. Y uno debe proteger a su familia, por encima de todo.

Céfiro no pudo evitar que sus ojos comenzaran a mirar al suelo. Sentía unos terribles deseos de llorar. Néstor se acercó a él y le tomó el rostro entre las manos, obligándole a mirarle a los ojos.

—¿Acaso ya no quieres ser libre, mi pequeño Céfiro? —preguntó.

—Sí. Quiero ser libre.

Néstor puso los dedos en las comisuras de los labios del niño y le obligó a formar una sonrisa. No los retiró hasta que sintió que Céfiro estaba sonriendo de verdad.

—Y lo serás, Céfiro. Serás un hombre libre. En el momento en que Marco Lemurio esté muerto.

XXV

Ojos sin luz

CUANDO llegó a casa de Marco Antonio, la noche ya había comenzado a caer sobre Roma. Hacía muchas horas que los clientes se habían retirado de las puertas de las casas nobles de la ciudad, bien porque ya habían sido atendidos, bien porque supieran que ya no se les iba a recibir y tendrían que regresar al día siguiente. A pesar de haber sido expulsado del Senado tres años antes por las muchas acusaciones de corrupción y vida desordenada que pesaban sobre él, Léntulo Sura, el padrastro de Antonio, seguía contando con una notable cantidad de clientes, y cada día se agolpaban en su puerta caballeros y hombres de diversos puntos de Italia para pedirle algún tipo de favor. Cuando Marco llegó a la entrada de la *domus*, todos se habían marchado ya.

Con pocas esperanzas de ser recibido, Marco llamó a la puerta principal, que fue abierta por un inmenso portero africano, con la piel oscura como el carbón. Al escuchar que quería hablar con Marco Antonio y sin decir él mismo una palabra, el portero le indicó que aguardara en el atrio, desierto, mientras acudía a buscar al atriense. Marco se sorprendió de que le hubieran permitido traspasar el umbral. Supuso que en aquella casa las visitas nocturnas eran algo que no estaba fuera de lo habitual. Cuando llegó al atriense, Marco inclinó la cabeza en señal de respeto.

—Deseo ver a tu amo, a Marco Antonio.

—¿Eres uno de sus amigos de… la Subura? —preguntó el esclavo, mirando a Marco de arriba a abajo con gesto de desaprobación.

—Algo así —respondió Marco.

—Entonces da la vuelta a la *domus* y entra por detrás. Es la puerta que les corresponde a los de tu clase. Daré orden de que te abran por

allí. No voy a arriesgarme a que mi ama Julia te vea deambulando por los pasillos.

Marco contuvo las ganas de dar una respuesta mordaz a aquel esclavo presuntuoso. No quería arruinar las posibilidades de que Antonio le recibiera aquella misma noche. Sin decir nada, salió a la calle y rodeó la enorme *domus* de Léntulo hasta llegar a la parte trasera, la misma por la que había entrado la única vez en la que había hablado con Antonio en el interior de aquella casa. Una vez allí, golpeó la puerta y fue recibido por el mismo portero africano que custodiaba la entrada principal.

—¿Qué quieres? —dijo.

—¿Tú qué crees? Me acabas de ver en la otra puerta… El atriense me ha mandado que entre por aquí. Tengo que hablar con tu amo, Antonio.

—¿Cuál de ellos? —preguntó el esclavo. Marco recordó entonces que, según le había contado Saturnino, eran tres los hermanos Antonio que vivían en aquella casa, y Marco era el más pequeño de todos.

—Marco Antonio.

—Has tenido suerte. Marco Antonio está en casa. Pero tiene invitados. Consultaré si te puede recibir. ¿Tienes algún nombre con el que pueda presentarte?

—Marco Lemurio —respondió.

El enorme nubio desapareció y dejó solo a Marco en el patio. Cuando regresó, le hizo un gesto para que le siguiera.

—Algo importante debes traer entre manos, porque mi amo ha insistido en que te haga pasar de inmediato. Hasta ha mandado que se retiren las esclavas sirias que estaban con ellos… ¿Sabes hacer algo mejor que esas esclavas?

Marco sonrió.

—Depende de lo que se me pague por ello.

El nubio condujo a Marco por pasillos estrechos y sin iluminar, aquellos empleados por los sirvientes para atender a la familia del amo, hasta llegar a una modesta puerta que daba acceso a un pequeño salón decorado con exagerada profusión. No había ni un único palmo en las paredes, los techos y los suelos que no estuviera decorado con pinturas de colores o brillantes mosaicos. Numerosos pedestales sostenían esculturas y cerámicas de diversas formas y tamaños. En el centro, ocupando dos de los tres grandes divanes que presidían la estancia, dos jóvenes bebían vino tumbados.

—*Domine*, el hombre al que esperabas— dijo el nubio, y se retiró sin esperar respuesta, cerrando tras él la puerta.

Los dos jóvenes se giraron hacia el recién llegado. Antonio bebía vino en una hermosa copa dorada, mientras su compañero hacía lo mismo en una plateada, de menor tamaño. Marco reconoció de inmediato al otro invitado, Curión, el mismo que había acompañado a Antonio la noche en la que habían armado una trifulca en la taberna de Quelidón. Marco observó que Antonio lucía un rostro sonrosado y unas pupilas enrojecidas, propios de quien lleva horas bebiendo sin moderación. Curión, en cambio, parecía más sereno.

—¡Marco Lemurio! —exclamó Antonio con voz pastosa—. Bienvenido a mi casa… bueno, a la casa de mi padre… padrastro… lo que sea.

Dio un largo trago de vino.

—Confío en que me traigas algo interesante. Tenemos a dos esclavas esperando en el jardín, y a mi amigo Curión le ha costado mucho dinero contratar sus servicios. ¿Verdad, amigo?

Curión miró a Marco de la misma forma en la que lo había hecho el atriense unos momentos antes. Como quien examina una mercancía sospechosa de encontrarse en mal estado o de no ser de la suficiente calidad como para entrar en su despensa.

—¿No es este el tipo que te amenazó aquella noche, en aquel antro de la Subura? —preguntó.

—El mismo —respondió Antonio, y soltó una carcajada—. Pero no te preocupes. Ya lo hemos arreglado todo. Podría decirse que Lemurio y yo somos casi amigos. ¿No es así, Lemurio?

Marco asintió de modo imperceptible. No se sentía cómodo en aquella situación, Sabía que aquellos jóvenes ricos eran impredecibles, más aún cuando estaban borrachos, como lo estaba Antonio en aquel momento.

Podían cambiar de humor en cualquier momento y ordenar a sus esclavos que le molieran a palos solo por el placer de verle suplicar por su vida. Cuanto antes concluyera con aquel asunto, antes regresaría a la Subura, al mundo en el que se sentía cómodo y seguro.

O al menos así era antes de que medio barrio quisiera ver mi cabeza clavada en una estaca, pensó.

—¿Has conseguido averiguar algo acerca de lo que estuvimos hablando? —preguntó Antonio, mirando de reojo a Curión, que no entendía nada de lo que estaba ocurriendo.

—Algo aún mejor —dijo Marco—. Lo he solucionado. De forma definitiva.

Antonio se sentó en el diván.

—¿Tienes pruebas? —preguntó.

—Las tengo.

Marco se acercó a los dos jóvenes con pasos lentos y respetuosos, y les tendió el anillo de plata que le había dado Flavia la noche anterior. Antonio lo cogió y le dio vueltas en los dedos sin dejar de sonreír. Finalmente, se lo mostró a Curión.

—¿Lo reconoces? —preguntó.

—Es el anillo de Aulo Ebucio. O uno muy parecido.

—No es uno muy parecido. Es el suyo —respondió Antonio—. Mira esta muesca de aquí. Se la hizo el día que le rompió los dientes a aquel tabernero. Recuerdo perfectamente cómo se enfadó al ver su querido anillo con esta marca. No hay duda, es el anillo de Ebucio.

—¿Y cómo ha llegado el anillo de nuestro amigo desaparecido a las manos de esta rata? —preguntó Curión, visiblemente enfadado. Por un instante se llevó la mano a la cintura, como si buscara un arma que en aquellos momentos no llevaba encima.

—Calma, calma —intervino Antonio—. Todo tiene una explicación.

Antonio le contó a Curión cómo había acudido a Marco después de que Ebucio desapareciera y fuera hallado el cuerpo de un anciano muerto en el último lugar donde había sido visto este. Habló de la fama de Lemurio, de sus supuestas habilidades mágicas, y de cómo había llegado a un acuerdo con él para que encontrara a la asesina de su amigo.

—Te dije que ese cuerpo era el de Ebucio. Esa *mentula* es inconfundible, aunque estuviera vieja y arrugada —dijo Antonio—. El esclavo no mintió. Una especie de bruja mató a nuestro amigo… Marco Lemurio la ha encontrado. Y tú has perdido la apuesta.

—¿Pretendes que me crea que una hechicera con el poder de envejecer a los hombres hasta la muerte acabó con la vida de Aulo Ebucio? Es absurdo. ¡Ni mi abuela se tragaría esa historia!

Curión se puso en pie, ofendido, y arrojó la copa de vino al suelo, haciendo que su contenido se derramara. Antonio, lejos de alterarse, le miró con una sonrisa en los labios. Marco, sin embargo, no pudo evitar dar un paso atrás, más por prudencia que por miedo.

—¿Has contratado a un estafador de la Subura para que fingiera haber encontrado a esa supuesta hechicera? Eso es lo que has hecho,

¿verdad? De alguna manera has hallado el anillo de Ebucio, o has encargado una réplica exacta, y lo has usado para montar este teatro. ¿Y todo por ganar una apuesta? ¿Es que no tienes ningún respeto por los muertos?

Curión dio una patada a la copa, que voló por la habitación y fue a estrellarse en la cabeza de una escultura del dios Mercurio, que fingía surcar los aires con gracilidad.

—Tienes muy mal perder, amigo. No te preocupes, te perdono el dinero. Me basta con que reconozcas que yo tenía razón.

Curión cerró el puño y estuvo a punto de estamparlo en el rostro de Antonio. Logró finalmente contenerse y se marchó de la habitación por una puerta distinta de aquella por la que había entrado Marco.

—¡Pero no te lleves a las esclavas sirias! —gritó Antonio—. En fin… supongo que sí se las llevará. Maldito Curión, siempre reacciona así.

Marco Antonio bebió otro trago de vino con tranquilidad, como si aquella violenta escena nunca hubiera tenido lugar. Tres esclavos entraron de inmediato y recogieron el estropicio causado por Curión. Retiraron la copa y limpiaron los restos de vino derramado. Uno de ellos acudió con una jarra para llenar la copa de su amo, que lo agradeció con un gesto. Por la eficacia con la que actuaron los esclavos era evidente que aquellas escenas resultaban habituales en aquella casa.

—No te preocupes por Curión… se le pasará. Siempre se le pasa. Es rápido para el enfado, pero también lo es para el perdón y para el olvido —dijo Antonio, volviendo a tumbarse en el diván—. Ahora, cuéntame todo. Espero que esto no haya sido un engaño…

—*Domine*, como podéis comprobar, el anillo es real. No hay engaño. Se lo arrebaté a la mujer que mató a vuestro amigo. Y después acabé con ella. Era una mujer bárbara que se escondía en el cementerio de las Esquilias. Mataba a pobres incautos como vuestro amigo, y después les robaba sus posesiones para venderlas y ganar unas monedas. Parece ser que fueron varias sus víctimas, aunque Aulo Ebucio fue la única de importancia.

—¿Y cómo hacía eso de envejecer a los hombres? ¿Magia?

—No lo sé. No le di ocasión de mostrármelo. En el momento que confesó y me enseñó el anillo, le corté la cabeza. Esas hechiceras pueden ser peligrosas… y muy traicioneras. Solamente con una palabra pueden embrujar los sentidos y la voluntad de los hombres. Cuando murió, quemé su cuerpo en las propias Esquilias.

Antonio asintió fascinado, como un niño que escucha una historia de

fantasmas antes de irse a dormir. Por primera vez, al ver aquel rostro casi infantil en el que solo una ligera sombra de barba había hecho su aparición, Marco comprendió que estaba tratando con un niño. Un niño rico y soberbio, descendiente de una larga estirpe de senadores. Un niño precoz en sus apetitos sexuales, en el consumo de alcohol y las diversiones, en principio reservadas para los adultos, pero un niño, al fin y al cabo.

—¿Y cómo la encontraste? —preguntó.

—No fue difícil. Era una pobre desgraciada… una esclava fugitiva que únicamente los dioses saben cómo acabó controlando ese poder. Ya no volveremos a oír hablar de ella.

—Pobre Ebucio… Le avisamos varias veces de que esos paseos suyos en solitario por la Subura acabarían por traerle la ruina. Ahora su madre no tiene ni un cuerpo que incinerar…

—¿No vais a decirle la verdad a su familia? —preguntó Marco.

—¿Decirle a una madre que su hijo fue asesinado por una bruja y que todo lo que queda de él es el cadáver de un viejo? Me tomaría por loco, o pensaría que trato de burlarme de ella. Ya tengo fama de borracho, jugador, pendenciero… no quiero añadir la de demente.

Antonio miró el anillo de Ebucio una vez más y lo dejó sobre la mesita que había dispuesta en medio de los *triclinia.*

—¿Quieres acompañarme esta noche, Lemurio? No me gusta beber solo. Si Curión se ha llevado a esas esclavas sirias, puedo mandar que traigan otras.

—Tengo obligaciones que atender, *domine*. Tal vez en otra ocasión.
Marco Antonio le miró en silencio mientras bebía.

—En otra ocasión, entonces —dijo, al fin—. ¿Sabes? No todos los hijos de senadores invitarían a alguien de la plebe a beber con ellos. Pero yo soy… diferente. Algún día Roma sabrá hasta qué punto soy distinto de los demás. Ya te llamaré si vuelvo a necesitar tus servicios. Puedes marcharte.

Marco, sin embargo, se mantuvo en su sitio.

—Hay algo más, *domine*. Cuando hablamos por primera vez llegamos a un acuerdo. No ha sido a cambio de agradecimiento por lo que he hecho este trabajo.

—Tienes razón… Te prometí la libertad de esa esclava hispana de la taberna. ¿Sigue siendo ese tu deseo? ¿Estás seguro de que no prefieres una bolsa de monedas? Con eso podrías comprar cualquier esclava. Una más joven, o más guapa.

—No he cambiado de opinión. Esa mujer es importante para mí.

Antonio se tapó la mano con la boca para ocultar un pequeño eructo producido por la ingesta de vino y se estiró sobre el diván.

—Nunca comprenderé a los hombres que pierden la cabeza por una mujer. Hay tantas en el mundo… No creo que haya nadie en Roma a quien le gusten las mujeres más que a mí. ¿Pero elegir a una sola y darlo todo por ella? Es absurdo. Un signo de debilidad, incluso. Han caído reinos enteros porque un rey se encaprichó de una cara bonita… pero aquí seguimos los hombres, cometiendo una y otra vez el mismo error. No me pasará a mí, eso te lo aseguro. Ninguna mujer decidirá jamás mi destino.

—No todos tenemos esa firme determinación —comentó Marco.

—Cada uno tenemos nuestros defectos, supongo. Pero en fin… Cumpliré con mi parte del trato, por supuesto. Averiguaré quién es el amo de esa muchacha y se la compraré. Seguramente sea algún senador que oculta que una parte de su riqueza procede del vino y las putas. ¡Puede que sea incluso mi propio padrastro! Lo solucionaré en unos días, no te preocupes. Y después de comprarla, la liberaré y será tuya… siempre que ella quiera, claro. Una vez libre podría volar de regreso a sus tierras hispanas. ¿Has pensado en ello?

—Es un riesgo que estoy dispuesto a correr, *domine*.

—Como desees. Sería más seguro que la comprara para ti y la tuvieras como esclava un tiempo al menos… Pero eso ya no es asunto mío. Ahora, márchate. Si no quieres beber conmigo, prefiero estar solo. No soporto emborracharme mientras los demás se mantienen sobrios.

Marco, una vez más, permaneció en el mismo sitio, en pie.

—¿Quieres algo más? ¿Hay algún problema?

—¿Cómo sé que cumpliréis vuestra palabra? —preguntó Marco.

Antonio bajó la copa lentamente y la dejó sobre la mesa. Su rostro adolescente adoptó una expresión grave, casi adulta, la que tendría el hombre que llegaría a ser con el correr de los años.

—No me insultes, Lemurio. Un noble romano no tiene que dar garantías de que cumplirá lo pactado. No lo hace ante sus iguales, menos aún ante un… pordiosero de la Subura. Que te haya invitado a beber conmigo no significa que te permita tomarte determinadas confianzas. Tendrás a tu puta en unos días, como te he dicho. Y ahora sal de mi casa.

Marco no replicó. Era la segunda vez en aquel día que le echaban de un lugar con aquella misma frase. Y tanto en un caso como en otro, no

pudo hacer nada más que agachar la cabeza y marcharse en silencio. La libertad de Alda ya no estaba en sus manos. No había nada más que pudiera hacer. Abandonó la *domus* de Léntulo Sura en silencio, saliendo por la misma puerta trasera por la que le habían hecho entrar.

Tras detenerse a comer algo en un pequeño termopolio del Clivus Suburanus, Marco se dirigió de regreso a su propia casa. La noche ya había caído sobre Roma y, a pesar de lo tarde que se había despertado aquel día su cuerpo, comenzaba a notar los síntomas del cansancio. Demasiadas emociones vividas una vez más. Mientras caminaba, pensó en que al menos había logrado cerrar algunos de los asuntos que le atormentaban días atrás. Había descubierto a la asesina de Aulo Ebucio y, con ello, había hecho todo lo que estaba en su mano para que Alda alcanzara la libertad. Había tomado una decisión firme respecto a su relación con Crises, la de simplemente ignorar la existencia del anciano. Pensó en la carta de Varrón, en la que le conminaba a partir de inmediato rumbo a Pompeya. No podría demorar mucho más aquel viaje. Al fin y al cabo, era Varrón quien mantenía su despensa llena y pagaba el alquiler de su casa. Había descuidado los intereses del que era su patrón demasiado tiempo, y Marco no quería forzar demasiado la paciencia de aquel hombre que hasta el momento se había portado de forma decente con él.

Además, era en Pompeya donde se ocultaba Crisógono, el hombre que había decretado el asesinato de su madre, y Marco por fin contaba con un contacto en la ciudad que le facilitaría el paradero del odiado liberto de Sila. Acabar con Crisógono le permitiría cerrar otro episodio de su vida. Terminar de despedirse del fantasma de Neóbula y sentir que, de alguna manera, su muerte había sido vengada y ella podía descansar en paz.

Esperaría unos días para dar tiempo a Antonio a tramitar la liberación de Alda, y después, concluyera aquel asunto como concluyera, se pondría en marcha hacia el sur en compañía de Quinto. De hecho, alejarse de Roma un tiempo le vendría bien. En Pompeya estaría a salvo de aquel pequeño hechicero y de su maestro, así como del propio Crises y del *collegium* de carniceros que había jurado vengarse de él. Unos meses en el sur le permitirían poner distancia entre él y todos aquellos problemas, de forma que cuando regresara a Roma la situación estuviera más tranquila. Marco no era tan ingenuo como para pensar que aquellos asuntos se solucionarían solos si dejaba transcurrir el tiempo, pero desde luego sería más fácil abordarlos cuando los acontecimientos que los habían desencadenado no

estuvieran tan recientes.

El problema con Céfiro, por desgracia, no sería tan sencillo de solucionar. Marco no estaba dispuesto a perder al pequeño esclavo en manos de aquellos carniceros. Si era necesario, pediría a Quinto que metiera al niño en un saco y lo obligaría a marchar con ellos a Pompeya. Tal vez en el curso de aquel viaje, si Marco hablaba con él y le exponía la situación con más calma, el esclavo comenzara a ver las cosas de otra manera.

Marco hizo el camino hasta su casa sumido en sus pensamientos, pero atento a cualquier individuo que se acercara o se cruzara con él. Evitó acercarse al Arco de los Huesos, aunque aquello le supuso dar un rodeo hasta llegar a su propio callejón. Sabía que en los siguientes días sería conveniente que se ocultara en algún lugar a salvo de los miembros del *collegium*, que ya conocían la ubicación exacta de su hogar. Era probable que el mismo Céfiro hubiera sido quien les hubiera revelado aquel dato… Quien hoy es tu hermano, se convertirá en tu verdugo. Marco musitó una maldición.

No podía parar de pensar en el pequeño esclavo, en la forma en la que había esquivado su mirada, en cómo había buscado el contacto con ese Néstor tras apartarse de él… No podía creer que el niño estuviera colaborando en aquellos momentos con sus nuevos amigos para planear una venganza contra Marco. ¿Estaría de acuerdo en que le dieran una paliza o incluso en que lo mataran? ¿Valía tanto la libertad para él? Era algo impensable… Que el mismo niño que hasta hacía unos meses se metía en su cama en las noches en las que hacía un frío especialmente cruel o cuando tenía una pesadilla, pudiera estar confabulándose en aquellos momentos contra él… El mismo al que había enseñado a jugar a los dados, que había leído con él sus primeras palabras sentado en su regazo… No, Marco no podía creer algo así, se negaba a aceptarlo.

Entró en el portal de la *ínsula* y descubrió que había luz en el estudio de Neóbula. Una franja de luminosidad naranja salía por debajo de la puerta, demostrando que había alguien en su interior. Marco pensó que tal vez Céfiro había buscado refugio allí para evitar encontrarse con él en el apartamento. Si era así, aquel sería un momento perfecto para intentar arreglar las cosas o al menos empezar a hacerlo.

Sin embargo, no era Céfiro quien estaba en el estudio de Neóbula. Marco abrió la puerta y se encontró cara a cara con la última persona a la que habría querido ver en aquellos momentos. Crises le miró con sus ojos claros y fríos. No había sorpresa alguna en su expresión. Era evidente que estaba esperándole.

El anciano no estaba solo. Atada a una silla firmemente con varias cuerdas, y amordazada con un paño metido en la boca, había una mujer, con la cabeza caída sobre el pecho. Tenía el pelo rubio y largo cayendo sobre sus hombros, y llevaba puesto un magnífico vestido de color azulado.

—Flavia… —murmuró Marco—. ¿Qué has hecho, viejo desgraciado?

—Te estaba esperando, romano.

Marco apartó a Crises con un empujón y se arrodilló junto a Flavia. Comprobó de inmediato que estaba viva y respiraba con normalidad. Aunque presentaba alguna magulladura en el rostro, no tenía heridas de consideración. La mujer estaba inconsciente, solamente. Marco acarició su rostro con ternura y ella, al sentir el contacto, abrió los ojos y alzó la cabeza. Al verse atada, comenzó a forcejear para tratar de librarse de las cuerdas, sin lograrlo. Crises había hecho una serie de nudos que, cuanto más tiraba la presa, más prietos se volvían.

—Tranquila, Flavia. Voy a sacarte de aquí… Ha sido culpa mía. No pensé que… no pensé que te encontrara tan pronto.

—Creíste que no iría tras ella, ¿verdad? Creíste que me tomaría mi tiempo, que antes de cumplir con mi obligación pasaría por la taberna, o me echaría a dormir un rato. No, sobrino. Los peligros hay que atajarlos cuanto antes y cortarlos de raíz.

Marco se volvió hacia Crises y se encaró con él.

—¡Suéltala! ¡Suéltala o…!

Crises sonrió. No dijo nada, pero su mirada burlona y su sonrisa lo dijeron todo por él. ¿O qué? ¿Qué podía hacer Marco contra él? Tanto en un combate cuerpo a cuerpo como empleando medios mágicos, no tenía nada que hacer contra Crises. Sus poderes eran ínfimos en comparación con los del anciano, tanto como lo eran las garras de un cachorro en comparación con las de un león.

—Esta mujer tiene que morir, lo sabes tan bien como yo. Llevo mucho tiempo tras ella. Descubrí que tú mismo seguías sus pasos y decidí dejarte que llegaras hasta el final. Por un instante llegué a creer que cumplirías con tu obligación, que aunque te negabas a reconocerlo ante mí, tu sangre sería fuerte y te indicaría lo que debías hacer. Pensé que la matarías y acabarías con la amenaza que supone. Pero en lugar de eso te dejaste embaucar por sus ojos azules y su cabello rubio. No solo no la mataste, sino que pasaste la noche con ella.

—¡Ella no merece morir! Tú no lo entiendes…

—¡Eres tú quien no lo entiendes! Hay una fuerza naciendo aquí en

Roma. Una fuerza que por el momento es débil, pero que si no hacemos nada por impedirlo nos engullirá a todos. Hay criaturas ahí fuera que se unirán a esa fuerza en el momento en el que se revele… Y esta mujer, esta bruja, podría ser una de ellas.

—Flavia no tiene nada que ver con ese asunto. Ella… ella tiene unas motivaciones totalmente distintas.

—Ha matado al menos a veinte hombres en los últimos meses. No es inocente. Es un monstruo. Un monstruo… al que hoy le he quitado los colmillos —. Crises alzó la mano y le mostró a Marco el collar Ojos de Venus, que sin duda le había arrebatado a Flavia—. Este artefacto ha de ser destruido. Y quiero que seas tú el que lo haga.

—Jamás… Ya te lo dije. No colaboraré contigo en esto.

—Entonces, la mataré yo mismo. Y después destruiré el collar.

Crises hizo amago de desenvainar la espada, y Marco aprovechó aquel momento para golpearlo con todas sus fuerzas en la mandíbula. Un golpe así habría podido tumbar a un hombre corriente, pero Crises se limitó a llevarse la mano a la barbilla y a mirar con rabia a Marco.

—Has cometido tu último error.

El puño del anciano se hundió en el estómago de Marco, haciéndole que cayera sobre la mesa. El tablero gastado y carcomido no resistió el impacto y se partió por la mitad, llenando el pequeño estudio de astillas y fragmentos de madera. Marco se rehízo del golpe y se puso en pie, dispuesto a plantar cara… para verse de inmediato desbordado por una andanada de puñetazos y patadas que parecían caer sobre él desde todas partes. El rostro de Crises apenas denotaba cambio alguno, como si aquella pelea no le supusiera el más mínimo esfuerzo. En unos momentos, Marco se vio de nuevo en el suelo, con la punta de la espada del anciano apuntando a su garganta.

—¿Morirás por ella? ¿Es eso lo que quieres?

Marco, magullado y sangrando por diversos cortes, se volvió hacia Flavia, que había renunciado ya a librarse por sus propios medios. La observó y comprendió que, privada del poder del collar, no era más que una mujer ordinaria que nada podía hacer contra Crises. Flavia le devolvió la mirada y negó con la cabeza.

—Destruiré el collar —dijo Marco—. Lo haré si eso es lo que quieres.

—Veo que empiezas a comprender que…

—Y después la liberarás —concluyó Marco.

Crises apretó la punta de la espada contra la garganta de Marco.

—No puedo dejarla viva —dijo.

—Sin el collar es solo una mujer inofensiva. Lo encontró en una tumba de Etruria, ella misma me lo dijo. No conoce la fuente del poder de este objeto. Si lo destruimos ya no podrá hacer más daño. ¿Qué ha ocurrido desde que le has quitado el collar? ¿Ha podido resistirse acaso? No, porque sin el collar no es nadie, no es nada. ¿Vas a matar a una mujer inofensiva? ¿Es ese tu objetivo, tu gran misión? ¿Matar mujeres?

Crises respiró hondo. Por primera vez, Marco vio una sombra de duda en su rostro.

—Destruye el collar —dijo, al fin—. Y ella podrá marcharse.

Flavia comenzó a gritar bajo la mordaza y a tratar de nuevo de zafarse de las ataduras, a pesar de saber que todo intento era inútil.

Crises volvió a enfundar la espada y tendió la mano a Marco para que se levantara. Él se puso en pie, sin tomar la mano del anciano. Vio el collar en el suelo, en el mismo lugar en que Crises lo había dejado caer en medio de la pelea. En el momento antes de cogerlo pensó en si aquel objeto sería como la lágrima de Perséfone que colgaba en su pecho, un artefacto capaz de defenderse por sí mismo cuando se sentía amenazado. ¿Haría algo en el momento en el que Marco lo cogiera? Solo había una forma de averiguarlo…

Marco lo tomó y cerró los dedos en torno a la cadena de oro. No ocurrió nada. Observó el colgante, miró los zafiros azules y se sorprendió de verlos tan apagados, tan fríos. Cuando aquella joya colgaba del pecho de Flavia parecía brillar con luz propia, aunque estuviera en medio de la oscuridad. En aquel momento, era un simple collar de aspecto inofensivo.

—¿Cómo lo hago? —preguntó.

—Lo sabes bien —respondió Crises, y señaló hacia la cortina cerrada en el otro extremo del estudio—. Tu madre creó esa cámara precisamente para esto.

Marco asintió y caminó hasta la cortina, ignorando los gritos de Flavia. La descorrió y miró al interior de la pequeña sala vacía. Solo si se fijaba muy bien podía ver la multitud de marcas y señales que su madre había trazado para dotar a aquella cámara de sus poderes mágicos. Curvas y rectas que se cruzaban en mil modos distintos, y entre ellas todo tipo de letras y símbolos, algunos de los cuales Marco no pudo reconocer pese a que había dedicado mucho tiempo a estudiar los papiros de Neóbula. Las marcas llenaban todas las paredes, el suelo y el techo. Algunas estaban dibujadas, otras, sin embargo, estaban grabadas en la piedra.

Sintió en ese momento que la lágrima de Perséfone empezaba a calentarse en su pecho. Del mismo modo que había ocurrido cuando estuvo a punto de ser engullido por el poder del collar Ojos de Venus, la pequeña piedra negra pareció emitir un chillido agudo.

—Cuidado —dijo Crises—. Si entras ahí con esa piedra que cuelga de tu cuello, con la lágrima de Perséfone… ni yo mismo sé qué podría suceder. Arroja el collar desde fuera y aléjate.

Marco respiró hondo y obedeció. Arrojó el collar y, en ese preciso instante, Flavia lanzó un alarido ensordecedor y se dejó caer hacia adelante al quebrarse las patas de la silla en la que estaba atada. Eso hizo que algunos de los nudos que la mantenían apresada se soltaran y la mujer pudiera liberarse de las cuerdas. Sin dejar de gritar, Flavia se lanzó hacia la habitación en la que Marco había arrojado el collar.

Al ver la escena, Crises esbozó una sonrisa. El anciano sabía que, si la mujer entraba en aquella estancia en el momento en el que se desataban los poderes en ella contenidos, estaría muerta en cuestión de unos instantes.

Sin embargo, Marco fue más rápido que ella. Agarró a Flavia por la cintura y la obligó a alejarse. Ella lanzó manotazos y patadas, pero Marco logró contenerla con dificultad.

Mientras tanto, el collar había quedado en el centro de la habitación. En un primer momento, no ocurrió nada. La habitación permaneció a oscuras, y solo los gritos de Flavia resonaban entre sus cuatro paredes. Marco pensó que tal vez había que usar algún hechizo para activar los poderes de la cámara, pero concentrado como estaba en sujetar a Flavia y al ver que Crises permanecía quieto y a la expectativa, no hizo nada.

Finalmente, algo ocurrió. Los engranajes dorados y los zafiros del collar comenzaron a temblar, de forma casi imperceptible al principio, con más fuerza después. Al tiempo que el collar temblaba, el aspecto de las paredes empezó a cambiar. Las marcas y símbolos comenzaron a brillar con una luz blanca y pura que iluminó toda la estancia, inundando incluso el estudio de Neóbula. El temblor del collar aumentó hasta que el objeto empezó a botar por el suelo.

Marco entrecerró los ojos para ver mejor en medio de aquel resplandor y descubrió que en los eslabones y zafiros del collar habían empezado a aparecer pequeñas grietas que se hacían más y más grandes. Por aquellas grietas empezó a filtrarse la luz emitida por las marcas de las paredes, el suelo y el techo, logrando que estas se hicieran más grandes y que aparecieran más. Los zafiros se quebraron, el oro se

convirtió en pequeños fragmentos. Poco a poco, el collar quedó reducido a un montón de pequeñas piedras, que a su vez se redujeron a motas de polvo.

Solo cuando el collar hubo desaparecido por completo, la luz blanca empezó a mitigarse y desapareció.

Flavia dio un codazo a Marco y logró finalmente zafarse de él. De un manotazo se quitó la mordaza y se dejó caer al suelo, sin atreverse a entrar en la estancia en la que sus Ojos de Venus acaban de ser reducidos a una pequeña montaña de cenizas oscuras.

—No —gimió mientras golpeaba el suelo—. No…

—Tal y como te dije, ella puede marcharse ahora —dijo Crises.

Marco se arrodilló junto a Flavia y trató de consolarla. Ella le apartó de un violento golpe.

—¡No me toques! ¡No te atrevas a tocarme!

—Flavia… te he… te he salvado la vida.

Ella se puso en pie.

—Ya te lo dije una vez. No todas las mujeres necesitamos un hombre que nos salve la vida.

—Pero si estabas… —comenzó a decir Marco, pero prefirió no terminar la frase.

La mujer echó a andar hacia la puerta del estudio y salió de la habitación corriendo.

—¡Flavia, espera! —gritó Marco.

—¿Vas a humillarte más aún? —preguntó Crises.

Marco se cubrió el rostro con las manos.

—Márchate —dijo al anciano—. Te lo ruego, márchate. Sal de mi vida. ¡Sal de mi vida!

—Soy parte de ti. Te guste o no.

—¡Jamás! —gritó Marco—. ¡Jamás serás parte de mí!

—Ayer proferí palabras muy duras contra ti, Marco. Me marché dispuesto a matarte. Como te dije, si no eres uno de los míos, eres un enemigo.

—¡Mátame entonces de una vez! ¡Clávame tu espada en el pecho y acaba con todo!

Marco se puso en pie y agarró a Crises por el pecho de la túnica, intentando provocar un estallido de cólera del anciano. Al comprobar que este no reaccionaba, le soltó y comenzó a patear los trozos de madera, restos de la mesa y la silla rotas, que había en el suelo.

—Se acerca una gran amenaza. Ahora lo veo claro. Y te necesitaré a mi lado para luchar contra ella. Aún no lo entiendes, pero llegará el momento en el que lo harás. Y entonces vendrás a mí… Aceptarás tu destino a mi lado, pues no te quedará otro camino. De lo contrario…

Marco se volvió hacia Crises.

—De lo contrario, Roma será destruida. Esta ciudad y todo lo que amas arderá y se borrará de la memoria de los hombres. Si no te unes a mí, sellarás el destino de Roma.

—Estás loco, anciano —dijo Marco.

—El tiempo te abrirá los ojos. Solo espero que para entonces no sea demasiado tarde.

Crises se colocó la túnica y se ajustó el cinturón del que colgaba la espada.

—No nos encontraremos en un tiempo. Tengo que viajar lejos… Preguntas que hacer, volúmenes que leer… Pero volveremos a vernos, Marco Lemurio. Hasta entonces, que no te maten, sobrino. Eres mucho más valioso de lo que crees.

El anciano se dio la vuelta y se marchó, dejando a solas a Marco en medio del estudio de Neóbula.

XXVI

Libertad

MARCO estaba convencido de que en los días que siguieron a la destrucción del collar de Flavia tendría un mal encuentro con alguna de las muchas personas que se habían empeñado en convertirse en sus enemigos. Ya fuera el hechicero deforme, ya fueran los miembros del *collegium* de carniceros, alguno acabaría dando con él. Sin embargo, los días fueron pasando y nada sucedió.

Al principio, Marco se resignó a permanecer en su casa, leyendo los papiros de Neóbula, memorizando algunas fórmulas, practicando pequeños hechizos sencillos. En un primer momento, su cuerpo agradeció aquella pausa obligada, ya que recuperó parte del sueño atrasado que había acumulado. Al tercer día, sin embargo, cuando el agobio por el encierro empezó a ser insoportable y la comida de la despensa a escasear, se animó a salir a la calle. Salidas rápidas, las primeras, cubierto con una capa con capucha que le cubría el rostro. Iba hasta un termopolio cercano y compraba algo de comida para engullirla con rapidez y regresar a su *ínsula*. Poco a poco, al ver que nada ocurría, que la venganza de los carniceros no caía sobre él y que el pequeño mago con joroba tampoco daba señales de vida, empezó a animarse a salir más tiempo y con menos precauciones.

En todos aquellos días. Céfiro no regresó al apartamento. En cada ocasión en que Marco escuchaba pasos en la escalera, suplicaba a los dioses para que la puerta se abriese y el niño entrara en la sala corriendo para abrazarse a él. Pero nunca ocurría. Aquellos pasos siempre procedían de algún vecino que subía o bajaba las escaleras, ajeno al sufrimiento del inquilino de la última planta. En muchas ocasiones, Marco llegó a creer que si Céfiro hubiera hecho acto de

presencia en aquellos momentos y le hubiera pedido de nuevo que lo liberara, él habría accedido de inmediato sin dudarlo. La incertidumbre de no saber dónde estaba el niño, si se encontraba bien o mal, era mucho peor que cualquier cosa que le pudiera pasar una vez fuera libre.

Marco pensó en hablar con Antígona o incluso con Aristóbulo para pedirles que buscaran a Céfiro por las calles, que preguntaran por el niño, para tratar de recabar alguna información. Sin embargo, finalmente prefirió no recurrir a ellos para evitarles el riesgo de que acabaran mezclados en unos problemas que podían afectarles de forma directa. Si los carniceros llegaban a enterarse de que una chica o un liberto andaban por la Subura preguntando por Céfiro, podrían relacionarles con él, y eso podría haberles traído problemas.

Tampoco Ulises hizo acto de presencia en aquellos días. Marco supuso que el animal estaría con Céfiro, ya que era el niño quien había ejercido como su verdadero amo y quien se había ocupado de sus necesidades. ¿Qué iba a encontrar el perro en aquella casa en ausencia del esclavo más que algún comentario mordaz por parte de Marco acerca de su aspecto o, en el mejor de los casos, una palmada de afecto en la cabeza?

Visitó algunas tabernas, pero no se atrevió a pasar por la de Quelidón. El miedo de encontrarse allí a Alda sentada sobre las rodillas de algún cliente o subiendo al piso de arriba de la mano de otro era demasiado fuerte. Si Marco Antonio le había engañado, o si simplemente no había conseguido que el misterioso amo de la esclava hispana se la vendiera, ella habría seguido haciendo su miserable trabajo, ajena a los esfuerzos de Marco por liberarla. Él sabía que más tarde o más temprano tendría que pasarse por la taberna para averiguar si había habido alguna novedad que afectara a la hispana. Al fin y al cabo, no estaba seguro de que Marco Antonio, o quien quiera que se encargara de aquel asunto en nombre del chico, le haría saber a Alda que había sido Marco el que había logrado su liberación. Podía ocurrir que ella, al serle notificada su nueva condición de mujer libre, se limitara a guardar sus escasas pertenencias en un hatillo y se marchara de Roma, saliendo de la vida de Marco para siempre.

Cuando hubieron pasado diez días, Marco reunió fuerzas para acudir a la taberna de Quelidón. Llegó a la puerta del establecimiento pasada la media mañana y se encontró con Tito sentado en un taburete y con la barbilla apoyada en su sempiterna porra.

—Me debes dinero —dijo.

Marco recordó que la última vez que había estado allí se había marchado sin pagar lo que había consumido.

—Sabes que siempre pago —dijo Marco, con la voz temblorosa. Estaba tan nervioso como una vestal en un espectáculo de gladiadores. Miró la puerta abierta de la taberna y pensó que si se encontraba allí dentro con una Alda todavía esclava, no podría evitar dar media vuelta y regresar a su casa. ¿Cómo decirle a la hispana que sus esfuerzos habían fracasado? ¿Que ella había tenido razón al tachar sus planes de locuras imposibles? No, no podría afrontarlo. Si ocurría algo así, regresaría a su casa y comenzaría a preparar el equipaje para viajar a Pompeya.

—Estás nervioso —dijo Tito, con su tono siempre seco y cortante—. ¿Es por ese dinero que me debes?

—No, no es por ese dinero que te debo. —Marco metió la mano en su bolsa y sacó varias monedas de bronce, que depositó en la mano del portero—. ¿Suficiente?

—No —respondió él, con algo parecido a una sonrisa en el rostro, a un gesto de alegría y complicidad que Marco no había visto nunca en la cara del portero—. Pero supongo que hoy puedo invitarte a una ronda. Vamos, entra.

Marco obedeció, confundido ante la actitud de Tito. Cuando se vio rodeado por el familiar ambiente de la taberna, oscuro, caluroso y con un aroma a comida y vino, pensó que aquella era la primera vez en toda su vida que el portero hablaba de invitarle a algo. ¿Qué había pasado para que ocurriera algo así?

Miró a su alrededor y comprobó que, aunque los clientes seguían entregados a sus asuntos, todas las esclavas que atendían las mesas se giraron hacia él. Incluso una joven que besaba con pasión a un cliente alzó la mirada para contemplar a Marco sin separar los labios de su pareja. De inmediato, Marco recordó el día en el que había entrado en la taberna y Antonio había dado orden de que lo llevaran a su presencia en el momento en el que pusiera un pie en el establecimiento.

¿Le habrían tendido una emboscada los carniceros del Arco de los Huesos? En ese caso, Marco estaba seguro de que Tito al menos habría tratado de advertirle del peligro que le esperaba dentro. El hosco portero no podía definirse como una de sus amistades más cercanas, pero siempre se había mostrado justo con él en deferencia a lo buen cliente que era. Pero Tito no solo no le había hecho gesto alguno, sino que incluso le había perdonado una parte de la deuda que tenía con él.

Una de las esclavas, una mujer veterana que debido a su edad pasaba ya más tiempo limpiando las mesas y sirviendo el vino que atendiendo a los clientes en el piso de arriba, se acercó a él, con el rostro serio.

—Te esperan arriba, Lemurio. En la habitación del fondo. No en la pequeña, justo en la anterior.

Ahí estaba la respuesta. Alguien había dado orden una vez más de que si Lemurio aparecía por la taberna le hicieran subir a una de las habitaciones. Porque sabían que, más tarde o más temprano, acabaría por visitar de nuevo la taberna de Quelidón. Supuso que se trataría de Néstor, el magistrado de los carniceros, dispuesto a cobrarse su venganza… o tal vez a negociar de nuevo por las buenas la compra de Céfiro.

—¿Hay muchos hombres arriba? —preguntó.

La mujer se encogió de hombros.

—Solo la persona que quiere verte.

Marco miró a los hombres presentes en la sala. La mayor parte de los rostros que reconoció eran de clientes habituales, hombres que vivían en diversos puntos de la Subura y que tenían diferentes oficios, ninguno relacionado con el comercio de la carne. No había allí miembros del *collegium* de carniceros que él pudiera reconocer.

Iba a preguntar de nuevo a la esclava, pero ella ya se había alejado entre las mesas a seguir cumpliendo con sus obligaciones. ¿Quién era el hombre que le esperaba en aquella habitación si no se trataba de Néstor? Pensó en Saturnino, pero desechó la idea de inmediato. Su amigo le habría esperado allí abajo, bebiendo vino con el resto de los clientes. En aquel momento, una idea se abrió paso en su cabeza. Si Antonio quería informarle de algún asunto relacionado con la compra de Alda, sin duda trataría de localizarle allí, en la taberna, ya que era el único sitio del que sabía con certeza que Marco frecuentaba. Antonio no sabía dónde estaba su casa, y aunque no le habría resultado difícil averiguarlo, sin duda el chico habría preferido buscarle en la taberna para tratar de ponerse en contacto con él.

Con aquel pensamiento en mente, pero con la prudencia de asegurarse de que su daga estaba en el lugar que le correspondía, Marco subió las escaleras y se dirigió a la habitación.

No había nadie haciendo guardia en el pasillo. Aquello era señal de que quien fuera que le estuviera esperando dentro no era ni un noble ni un magistrado de un *collegium*. Confiando en que se tratara de un

emisario de Marco Antonio, abrió la puerta.

Quien le esperaba dentro no era un esclavo ni un cliente de Antonio. Tampoco era, como Marco había sospechado, un senador, un caballero, ni el magistrado de algún *collegium* de la plebe. Ni siquiera era un hombre.

Alda se apartó el pelo del rostro y miró a Marco. Estaba sentada en la misma cama sobre la que se había visto obligada a entregarse a centenares de hombres en los años que había servido como esclava en la taberna. Aquella cama que había sido su potro de tortura, la representación más cruel de las cadenas que la ataban a la esclavitud, servía en aquel momento de asiento a una mujer cuya mirada había cambiado desde la última vez que Marco la había visto. Ella no dijo nada. Pero a Marco le bastó observar su rostro para comprender que todo había salido bien.

Antonio había cumplido su parte del trato. Alda era una mujer libre.

—Alda… —Marco no supo qué decir. Había pasado aquellos diez días de encierro pensando en aquel momento, imaginando qué diría, qué haría cuando se encontrase con la hispana. Pero en el momento de la verdad se quedó sin palabras. Simplemente, no supo qué decir.

Ella se levantó y caminó hacia él con pasos firmes y decididos. Marco sonrió, dejando que todo su cuerpo se relajara para entregarse al beso que sin duda ella se disponía a darle, feliz al fin de reunirse con el que había sido su libertador…

En lugar de la calidez de un beso, Marco sintió el frío filo de un puñal presionando contra su garganta.

—Alda… —acertó a decir—. ¿Qué…

—¿Por qué? —preguntó ella—. ¿Por qué lo has hecho? ¿Qué pretendes hacer conmigo?

—Yo… no te entiendo…

De todas las reacciones que había imaginado que Alda podía tener al verse libre, aquella era la última que Marco había podido esperar. ¿La liberaba y ella a cambio le cortaba el cuello? ¿Qué locura era aquella?

—¿Por qué me has liberado, Lemurio? Habla o te corto el cuello aquí mismo y me bebo tu sangre.

—Por Júpiter que… No entiendo.

—Habla —dijo ella, y para dar énfasis a su orden hizo un pequeño corte superficial en la piel de Marco, de forma que una pequeña cantidad de sangre llegara a manar de la herida.

—Yo… quería que fueras libre… Se me presentó la ocasión de

cobrar un favor a alguien importante y pensé… pensé que…

—¿Pensaste que me echaría en tus brazos en el momento en que te viera? ¿Que dejaría de ser esclava y puta en esta taberna para convertirme en esclava y puta en tu casa a cambio de un techo y un plato de comida? ¿Eso es lo que supusiste? ¿Que podrías tenerme para ti?

—No —dijo Marco, a sabiendas de que había algo de verdad en las palabras de la hispana. ¿Acaso no había soñado con que ella compartiera su vida con él? ¿No había sido esa su principal intención, hacer de Alda una mujer libre para que viviera a su lado como tal?

—¿Entonces por qué? Nadie libera a una esclava sin esperar nada a cambio… El mundo no funciona así.

—No me importa cómo funcione el mundo —dijo Marco al fin, recuperando en parte la calma. De la sorpresa estaba pasando a la ira a gran velocidad. Se había jugado la vida para lograr que aquella mujer se viera libre de las cadenas. ¿Y el premio que recibía era una puñalada en la garganta?—. Tuve la ocasión de devolver la libertad a alguien a quien aprecio, alguien que se ha portado bien conmigo en estos años en los que muy poca gente lo ha hecho. Tuve la oportunidad y la aproveché. Tienes razón en una cosa: soñaba con que quisieras quedarte conmigo, con que usarías tu libertad para elegirme y compartir tu vida. Pero eso ya solo depende de ti… Eres libre, Alda. Libre de estar conmigo, o sola, o con quien te plazca. Libre de quedarte en Roma o de regresar a tu tierra. Si hubiera querido mantenerte atada a mí, simplemente te habría comprado. Habrías pasado a ser mi esclava. Pude haberlo hecho así…, pero no lo hice. No te pedí a ti, pedí tu libertad. Ahora puedes hacer lo que quieras con ella. Incluso cortarme el cuello si es eso lo que quieres.

Alda giró la cabeza y apretó los labios. Finalmente, sin separar el puñal de su cuello, acercó su rostro al de Marco y le besó. Él se quedó sorprendido. Nunca le habían besado mientras le amenazaban con un cuchillo tan cerca de la garganta. Finalmente, se rindió al beso.

Lentamente, Alda bajó el cuchillo.

—Estás loco, cazador de licántropos —dijo ella al separarse.

—¿Yo estoy loco? —preguntó él, y sin esperar a que Alda bajara el cuchillo volvió a besarla—. ¿Cómo has sabido que vendría?

Alda retiró el cuchillo y volvió a sentarse en la cama.

—Tito me informó de que era una mujer libre hace tres días. Me dijo que alguien me había comprado y después había hecho todos los

trámites para concederme la libertad… y que todo lo había hecho porque te debía un favor a ti. Al principio ninguna le creímos. Pero ya conoces a Tito. Le verás antes bailando disfrazado de egipcia que gastando una broma… Yo no entendía nada. No sabía qué hacer, ni dónde ir. Las chicas me recomendaron que fuera a tu casa, pero yo… no quería hacer algo así. No estaba segura de cuáles eran tus intenciones. Así que pregunté si podía quedarme aquí unos días. Tito gruñó y protestó, pero finalmente aceptó. Siempre y cuando me encargara de la cocina y de limpiar las habitaciones. Me dijo que como mujer libre ya no podía seguir atendiendo a los clientes, que si se enteraba el amo podría enfadarse mucho. Decidí quedarme, hasta que se me aclararan las ideas. Esta taberna es el único hogar que he conocido en los últimos años. Más allá de esa puerta… hay un mundo que me es completamente desconocido. Les pedí a las chicas que me avisaran si te veían. Quería hablar contigo a solas. Hasta Tito aceptó hacer de centinela. Creo que en el fondo le enternece nuestra historia… Cuando te vio acercarte, nos hizo una señal y yo subí a esta habitación, a esperarte.

Ahora entiendo la risita de ese cabrón, pensó Marco.

—Y aquí estás. El hombre que me ha liberado. Y todavía no sé si clavarte este cuchillo o seguir besándote. No sé cómo se hace esto de ser libre.

—Ven conmigo, Alda —dijo él, sentándose en la cama junto a ella—. Unos días al menos. Tómate un tiempo para conocerme fuera de esta taberna. Y después podrás tomar tu decisión.

Alda acarició el rostro de Marco.

—¿Que yo te conozca a ti? Hablas como si tú ya me conocieras a mí a la perfección. Como si estuvieras completamente seguro de que quieres pasar tu vida conmigo… Y no me conoces, Marco. Conoces a una puta a la que pagabas para que te hiciera compañía. ¿Crees que realmente era yo esa mujer? ¿Que me has visto en alguna ocasión tal cual soy?

—Te estoy viendo ahora. Y estas caricias nadie las ha pagado.

Ella retiró la mano lentamente.

—Estás loco, cazador de licántropos —repitió—. Maravillosamente loco.

Él volvió a intentar besarla, pero Alda se apartó con delicadeza. Se levantó y fue hacia el pequeño ventanuco que había sobre el cabecero de la cama. Estaba cerrado con unas sólidas contraventanas de madera, pero Alda lo abrió, dejando que entrara en la habitación algo de luz

natural y de brisa de otoño. La hispana dejo que el viento jugara con su cabello oscuro y respiró hondo.

—¿Qué hace uno cuando es libre, Marco? —preguntó.

—Sobrevivir. Día tras día.

—No es mucho mejor que ser esclavo entonces… —comentó ella con un deje de amargura.

—Al menos puedes decidir con quién te metes en la cama —dijo él —. Alda, eres libre. Puedes tomar tus propias decisiones. ¿Qué quieres hacer? ¿Quieres ir a pasear al foro, a la orilla del río? ¿Quieres subir al Capitolio y ver el atardecer desde allí? Roma es tuya. Es nuestra, si queremos.

Alda se giró hacia él.

—Roma es de quien puede pagarla, Marco. Y ni tú ni yo tenemos dinero para ello.

Él no respondió. Al fin y al cabo, la hispana tenía razón. La libertad era un concepto extraño cuando uno estaba atado por las cadenas del hambre y la miseria.

—Supongo que… mañana podré empezar a preocuparme por estas cosas. ¿Sabes lo que quiero hacer hoy? ¿Sabes lo que me apetece de verdad?

—Dímelo —Marco pensó en añadir que si le pedía que detuviera el sol en el firmamento para ella en aquel mismo instante, él lo haría encantado, pero decidió que aquello resultaba demasiado empalagoso, incluso para la situación que estaba viviendo.

—Quiero quedarme en esta habitación contigo. Quiero olvidar que ahí fuera existe un mundo que me convirtió en esclava un día. Quiero olvidarme de todo… durante una noche, al menos. Quiero… ser feliz, Marco. ¿Crees que podremos conseguirlo? ¿Crees que podremos atrapar la felicidad en esta habitación durante unas horas? ¿Podremos dejar todos los males del mundo más allá de esa puerta?

Él se puso en pie y la cogió de las manos. Alda estaba radiante, con la luz del sol entrando por el pequeño ventanuco y jugando con los brillos de sus rizos.

—Podemos intentarlo al menos.

Y la besó. El primero de los miles de besos que se dieron aquella noche.

Marco se despertó cuando la luz de la mañana que entraba por el ventanuco comenzó a incidir directamente sobre su rostro. Lo primero que pensó al abrir los ojos era que hacía tiempo que no dormía tan

profundamente, con tal sensación de paz. Su segundo pensamiento fue para Alda.

Se dio la vuelta en la cama… y la encontró vacía. El hueco dejado por la hispana todavía podía apreciarse en el colchón. Incluso su aroma flotaba en el ambiente, mezclado con los olores del sexo y el vino. Habían pasado toda la tarde y la noche juntos, sin dejar de tocarse en ningún momento. De los besos habían pasado a las caricias, y de ahí a entregarse a la noche de amor más sincera y apasionada que Marco había conocido en su vida. La sensación de saber que aquella mujer estaba a su lado porque así lo deseaba ella y no porque su condición de esclava la forzaba a hacerlo le daba una dimensión totalmente nueva a su relación. Por primera vez Marco tenía la certeza de que era con él, y no con su dinero, con quien Alda estaba en la cama. Cuando finalmente se habían quedado dormidos los dos, ahítos de besos, vino y algo de comida que habían hecho que le subieran a la habitación, lo hicieron abrazados, entrelazados como cuerdas de un mismo y complicado nudo que nadie, ni con mano ni con espada, habría sido capaz de separar.

Pese a ello, Marco se despertó solo en la habitación. Se incorporó y buscó a Alda por la estancia, sin encontrarla. No había rastro alguno de la hispana. No estaba ella, pero tampoco sus vestidos, prendas que en algún momento de la tarde anterior habían quedado arrojadas en una esquina de la pequeña habitación.

Se dijo que la hispana seguramente habría bajado a la taberna a comer algo. Intentó convencerse de ello a pesar de que en su cabeza comenzó a abrirse paso una idea terrible a la que Marco no quiso prestar atención; la idea de que Alda se hubiera marchado aprovechando su sueño. Que aquella noche no hubiera sido el principio de algo, como él pensaba, sino una larga y dulce despedida final.

Marco saltó de la cama y se vistió a toda prisa. En su apresuramiento, derramó una jarra de vino, cuyo contenido se esparció por el suelo de madera. Salió de la habitación, todavía despeinado y con la expresión lenta y perezosa de quien se acaba de despertar. Bajó corriendo las escaleras, confiando en encontrarse a Alda sentada en una de las mesas y comiendo algo.

Sin embargo, la hispana no estaba tampoco en la sala principal de la taberna. Solo tres clientes madrugadores apuraban el primer vaso de vino de la jornada y dos borrachos a los que Tito aún no había echado a la calle dormitaban; uno sobre la mesa, el otro con la espalda recostada contra la pared. Alda no estaba allí, ni entre los clientes, ni entre las pocas esclavas que atendían el negocio en aquel momento.

Marco se disponía a preguntar a una de las esclavas, una chica muy joven, también de procedencia hispana, con el pelo oscuro y la piel muy morena, cuando ella se le adelantó. Aquella esclava acababa de llegar a la taberna, Marco sospechaba que comprada por el amo como reemplazo de Alda.

—¿Eres Marco Lemurio? —preguntó ella en un torpe latín con fuerte acento extranjero.

—Sí —respondió él—. ¿Sabes algo de Alda? ¿Dónde está?

—Se ha marchado —dijo la esclava, y en aquel momento Marco sintió que un estallido de pena y rabia nacía en su interior. Sus peores pronósticos se habían cumplido.

—¿Dónde? ¿Dónde se ha marchado?

—A su hogar. Ella tiene suerte… —dijo la esclava con un punto de envidia en la voz.

—¿A Hispania? ¿Cuándo se ha marchado? Tal vez si salgo ahora mismo pueda…

—Ella me dejó un encargo. Me obligó a memorizar un mensaje. Ni ella ni yo sabemos escribir así que tuvimos que hacerlo así… ¿Quieres que te lo diga?

—Sí —respondió Marco, ansioso—. Vamos, habla.

—Me dijo que está muy agradecida por lo que has hecho. Por devolverle la libertad, y por esta noche… ¿Cómo dijo?… maravillosa, sí. Comentó que ningún hombre se había portado con ella como tú lo has hecho. También que no la siguieras, que no trataras de encontrarla. Que si se quedara contigo ninguno de los dos seríais felices. Y que… esto no lo recuerdo bien… ah sí, que prefería recordarte tal y como te ha visto esta noche. Que nunca te olvidaría.

Marco se dejó caer sobre una banqueta.

Se había ido. Pese a todo, pese al esfuerzo que había supuesto conseguir su libertad, pese a la noche que habían pasado juntos, pese a la dulzura de aquellos últimos besos, al calor de los abrazos… Alda se había marchado. Había preferido usar sus recién estrenadas alas para volar lejos antes que volver a plegarlas para permanecer a su lado.

La joven esclava se marchó, dejando a solas a Marco con sus pensamientos, pero regresó al instante, llevando una jarra de vino y un cuenco de comida humeante.

—También me dijo que te trajera vino y comida caliente en cuanto bajaras. Que eso te ayudaría.

Marco, con el rostro arrasado por el dolor, levantó el rostro y miró a

la joven esclava. Asintió, muy lentamente, y se sirvió un vaso de vino.

XXVII

Familia

ANTES del amanecer, una gran parte de los miembros del *collegium* de los carniceros ya se encontraban reunidos en la sala que servía tanto de lugar de reuniones como de despacho de Néstor, el magistrado. Habían sido citados allí antes de que saliera el sol, con orden de ir armados y con material para hacer un enorme fuego. Los carniceros, como ocurría siempre que Néstor daba una orden, cumplieron el mandato de forma puntual y rigurosa. Todos ellos se presentaron en la sede del *collegium* en el momento indicado, todos portando sus largos cuchillos e incluso alguna vieja espada que había conocido tiempos mejores. Y todos llevaron estacas con paños viejos enrollados en sus extremos y redomas con aceite para empapar los tejidos y crear con ellos antorchas.

Néstor les fue dando la bienvenida a todos y los hizo pasar al despacho. A diferencia de otros *collegia*, el de los carniceros del Arco de los Huesos no disponía de una gran sala de reuniones. Tampoco la necesitaba, ya que su organización no dependía tanto de las decisiones de una asamblea como de las que tomara el magistrado de manera directa, El despacho de Néstor servía para que él pudiera reunirse y discutir con los miembros más importantes e incluso para informar a un grupo no muy numeroso de las decisiones tomadas. Aquello era exactamente lo que Néstor iba a hacer aquella madrugada: informar a un grupo de compañeros de lo que habla decidido hacer con el tipo que le había insultado días atrás y al que habían dejado continuar con vida más tiempo del que muchos creían conveniente.

Los carniceros fueron entrando a la estancia y ubicándose donde podían. Las sillas y taburetes habían sido retiradas con el fin de ganar más espacio, y la mesa tras la cual se solía situar el magistrado se había

arrinconado contra la pared trasera, justo debajo del pequeño ventanuco por el que entraba la única luz natural a la habitación. Además de la mesa, los únicos muebles que había en la sala eran el banco ubicado junto a la puerta y un armario de madera carcomida y vieja en el que Antifrón guardaba sus tablillas con anotaciones y material para encender y alimentar las lucernas. Sobre el banco alguien había apilado varias mantas, sin que nadie se molestara en retirarlas de allí después.

Néstor se mostraba tranquilo y sonriente. A pesar de los días que habían transcurrido desde su entrevista con Marco, su nariz todavía presentaba un aspecto hinchado. El magistrado daba la bienvenida a sus hombres como si en lugar de disponerse a ordenar la muerte de un hombre, estuviera haciendo de anfitrión en una fiesta en la que se celebrara el nacimiento de un hijo o un acuerdo de matrimonio. Daba palmadas en la espalda, abrazos, alababa el aspecto de unos y otros, todo ello sin perder la sonrisa. Había hecho aquello mismo muchas veces, y sabía perfectamente cómo motivar a sus hombres para que en el momento de la verdad ninguno de ellos dudara en hacer lo que tenía que hacer.

Céfiro contemplaba la escena desde el pasillo con rostro serio, sin atreverse a entrar aún en el despacho. Todavía era un esclavo, y además no era miembro de aquel *collegium*. El niño sabía que debía guardar deferencia a los hombres libres, a los miembros de pleno derecho, y permitir que entraran antes que él. Solo cuando todos hubieran ocupado su lugar podría él solicitar estar presente en aquella reunión. No le preocupaba. Sabía, pues Néstor así se lo había dicho, que su papel en la reunión sería importante. Al fin y al cabo, todo lo que ocurriría aquel día había tenido como principal causa su deseo de ser libre.

Junto a Céfiro había dos niños de su propio grupo. Mayores que él, más altos, con cuerpos que mostraban que ambos estaban a punto de entrar de lleno en la adolescencia. A pesar de haber pasado mucho tiempo con el *collegium* de los carniceros en los días que habían seguido al asesinato de Hispalo, Céfiro no había desatendido sus obligaciones como líder de su banda. De hecho, su amistad con Néstor, el magistrado, había logrado reforzar aquel liderazgo.

Al ver a los dos muchachos junto a Céfiro, haciendo guardia en el pasillo, algunos de los carniceros se extrañaron y se mostraron molestos. Habían consentido que el pequeño esclavo se uniera a ellos en atención a los servicios que había mostrado al *collegium* y como señal de obediencia a Néstor, que demostraba una especial debilidad por el niño;

pero aquello no significaba que hubieran olvidado que ese grupo de mocosos había asesinado de forma brutal a Macrón, uno de los suyos, hacía menos de un mes. La presencia de aquellos dos niños era para ellos una ofensa que solamente estaban dispuestos a aceptar si Néstor les confirmaba que era absolutamente necesario.

—Céfiro se siente más cómodo con ellos cerca. Entendamos al niño… lo que va a ocurrir hoy no es fácil para él —comentaba Néstor en voz baja a todo aquel que le preguntaba acerca de la presencia de los dos muchachos.

La mayoría se limitaba a fruncir el ceño y a guardar silencio. Solo alguno se atrevió a poner objeciones.

—Supongo que no entrarán a la asamblea…

—Tranquilo, no lo harán. Se quedarán en el pasillo. Nuestra comprensión tiene un límite. No os preocupéis por eso.

Todos los carniceros entraron en la sala y comenzaron a hablar entre ellos. Ninguno sabía qué decisión había tomado Néstor acerca del tal Marco Lemurio, que se había atrevido a golpearle y a insultarle en aquel mismo lugar. No eran pocos los que opinaban que el magistrado debía haberles dejado que lo mataran allí mismo en el instante en el que todo había ocurrido. Pese a todo, se mostraban entusiasmados ante la idea de poder devolver el golpe por fin. La orden de acudir a aquella reunión con material para hacer fuego les daba una idea aproximada de lo que iba a ocurrir. Algunos apostaban por que cogerían al tal Lemurio y lo atarían a una estaca sobre un montón de leña para quemarlo vivo. Otros, que lo llevarían a una casa en las afueras de Roma y la prenderían fuego con él dentro. Los más retorcidos habían llegado a sugerir que aquel suplicio se reservaría para alguno de los seres queridos de Lemurio, mientras a él se le obligaba a contemplarlo todo antes de ser ejecutado él mismo. Mientras esperaban a que Néstor les diera la respuesta definitiva, los carniceros comentaban aquellas posibilidades sin demostrar el más mínimo temor o remordimiento. Eran hombres que estaban acostumbrados a convivir con la muerte y la violencia; para ellos, la supresión de un rival con el fuego o el hierro formaba parte de la normalidad de sus vidas, tanto como el sacrificio de una res o el deshuesado de un pollo.

En el momento en el que comprobó que todos estaban dentro de la sala, Néstor hizo una señal hacia el pasillo. Céfiro asintió y, tras hacer él mismo un gesto a sus dos compañeros, entró en el despacho del magistrado. El niño pidió a los hombres que estaban más cerca de la

puerta que se retiraran un momento, de manera que él pudiera cerrarla y la reunión pudiera celebrarse en la más estricta intimidad. Cuando lo hubo hecho, se abrió paso entre los asistentes hasta llegar a la mesa, y una vez allí se encaramó a ella.

—No hay mucha luz —dijo el niño a Néstor en voz baja—. Deberíamos encender todas las lámparas.

El magistrado asintió, y el niño fue por toda la estancia prendiendo las llamas de las lucernas que había en cada esquina y sobre la propia mesa. De aquel modo, la habitación quedó iluminada de forma adecuada. El propio Céfiro regresó junto a Néstor llevando una gran lucerna llena de aceite en la mano.

—¿Te importaría que me subiera a la mesa? No veo nada desde aquí —preguntó.

—Adelante. Vas a tener además que hablar con estos hombres y ellos tienen que verte bien.

—¿Yo tendré que dirigirme a la asamblea? —preguntó Céfiro.

—Sí. Al fin y al cabo, todo esto lo hacemos por ti.

El esclavo se retiró una gota de sudor de la frente. Néstor pensó que el pequeño estaba muy nervioso. Tanto como no le había visto nunca, ni siquiera en la noche en la que se habían presentado en aquella herrería abandonada para cobrarse la venganza por la muerte de Macrón. El magistrado entendió que aquel nerviosismo era algo lógico. Aquel día, Céfiro iba a cumplir el oscuro deseo de la mayor parte de los esclavos: matar a su amo. El niño se subió a la mesa y, sin soltar la lucerna, contempló al grupo de hombres que, ya en silencio, le observaban detenidamente. Algunos con rostro orgulloso, como quien mira a alguien y reconoce a uno de los suyos. Otros, sin poder disimular los recelos que aún sentían hacia aquel niño que había sido la causa de la muerte de uno de sus compañeros. La llama de la lucerna iluminaba el rostro de Céfiro arrojando sombras cambiantes sobre su rostro. No fueron pocos los que pensaron en aquel momento que el niño parecía mayor, más maduro, más severo. Lisandro, el enorme tracio de barba negra y espesa, saludó al niño desde el centro de la sala, y este le respondió con una sonrisa nerviosa.

Los escasos murmullos que aún se escuchaban en la sala se apagaron en el momento en el que el magistrado alzó la mano pidiendo silencio.

—Hermanos —comenzó Néstor—, una vez más os doy las gracias. Por vuestra presencia, por vuestros desvelos, por vuestra entrega y, sobre todo, por vuestra confianza. Esa confianza que depositasteis en mí

hace tiempo y que día a día renováis con una lealtad sin fisuras. Sabéis, porque muchas veces os lo he dicho y demostrado, que yo no soy más que ninguno de vosotros. No soy vuestro líder, ni vuestro patrón. Soy simplemente uno más de esta familia, uno al que habéis honrado con una carga especial de responsabilidad, con el poder de tomar decisiones que resulten positivas para el colectivo de carniceros del Arco de los Huesos. Saben los dioses que en muchas ocasiones he deseado librarme de esta carga que con el paso de los años se torna pesada, casi insoportable. Pero miro vuestros rostros, os veo a vosotros, trabajando, luchando, sacando adelante a vuestras familias, y de cada una de vuestras caras saco un torrente de energía que me ayuda a seguir. Por eso, una vez más os doy las gracias. ¡Sin vosotros, este *collegium* hace tiempo que habría claudicado ante sus muchos enemigos!

Los presentes rugieron y aplaudieron en una cerrada ovación. Uno de los carniceros, un hombre menudo y enclenque al que habían relegado a las últimas filas, intentaba alzar la cabeza sobre el resto de sus compañeros para tratar de ver algo. Desesperado, decidió subirse sobre el banco en el que estaban apiladas las mantas, pisándolas sin miramiento.

—A alguien se le ha caído el vino aquí… —comentó. Se tocó el calzado y lo descubrió húmedo y pringoso. Por algún motivo, las mantas parecían mojadas. Estaba a punto de decir algo al hombre que tenía más cerca cuando Néstor continuó su discurso. El carnicero decidió que aquello no tenía importancia. Ya se cambiaría de calzado cuando acabaran con aquel trabajo.

Y a pesar de eso, a pesar de que no soy más que un compañero, mi cargo de magistrado me convierte de algún modo en el rostro visible del *collegium*. Son varias las ocasiones en las que, tratando de hacernos daño a todos, me lo han hecho a mí. Nuestros enemigos saben que, atacando al magistrado, atacan a todo el *collegium*. ¡Y por Júpiter que es un orgullo ser yo el yunque sobre el que esos desgraciados descargan sus martillos! ¡Pues no olvidéis que cuando me golpean a mí, nos golpean a todos! ¡Cuando me insultan a mí, nos insultan a todos! ¡Cuando me hieren a mí, nos hieren a todos!

En la sala resonaron nuevos gritos de aprobación acompañados de cuchillos elevados en al aire.

Hace unos días, invitamos a un hombre aquí, a nuestro hogar. Teníamos una propuesta que hacerle, una propuesta honrada. Queríamos comprarle un esclavo a aquel hombre. Queríamos comprarle a un muchacho que ha demostrado que en el futuro podría convertirse

en un miembro destacado de esta familia. Estábamos dispuestos a pagar un precio justo. No había engaño ni doblez alguna en nuestras intenciones. ¿Y qué ocurrió? ¿Qué sucedió entonces, compañeros?

Rugidos de ira.

¡Nos insultó! ¡En nuestra propia casa! Llegó incluso a golpearme. Y sé, compañeros, hermanos, que el dolor de aquel golpe lo sentisteis todos. Cada gota de sangre que derramé aquella tarde fue sangre derramada por todo el *collegium*. Fue la sangre de nuestra familia la que manchó este suelo. Y yo me pregunto… ¿Podemos consentir algo así? ¿Estamos dispuestos a consentir que este insulto quede impune?

¡No! —gritaron todos los carniceros al unísono— ¡No! ¡No!

Por supuesto que no —concluyó Néstor, en un tono más calmado—. Hoy vamos a devolver ese golpe. Vamos a dar su merecido a aquel hombre, a ese enemigo de nuestra familia, y de paso vamos a mandar un mensaje a toda la Subura, a toda Roma. ¡No se insulta al *collegium* de carniceros! ¡No se ofende a la gente del Arco de los Huesos!

Céfiro esbozó una media sonrisa y asintió.

—He sabido que en la misma *ínsula* en la que vive ese Marco Lemurio habitan también otras personas que le son muy queridas. Ese edificio, queridos hermanos, esa guarida donde se esconde nuestro enemigo, va a arder hoy. Nosotros seremos la mano que lleve la justicia y limpie por medio del fuego la ofensa que hemos recibido. Es posible que estéis pensando que en esa casa viven también personas inocentes, y lo entiendo. Pero llegados a este punto tenemos que elegir. ¿Queremos que sea esa casa la que arda o que sean las nuestras? Porque si hay una cosa que tengo muy clara es que, si no devolvemos este golpe, nuestros enemigos se sentirán fuertes y vendrán a por nosotros. Y mañana serán vuestras casas, con vuestras mujeres e hijos dentro, las que arderán hasta los cimientos. ¡Acompañadme hoy para que esto no suceda! ¡Adelantaos a su fuego con vuestro fuego!

—¡Fuego! ¡Fuego! —corearon los presentes. Alguno hizo incluso un amago de encender en aquel momento su antorcha, pero fue disuadido por algún compañero, que le hizo ver el peligro de hacer algo así en un edificio que en su mayoría estaba construido con madera y otros materiales inflamables.

—Antes de marcharnos, voy a dar la palabra al muchacho que ha sido causa de esta situación. Digo causa y no culpa, pues nada ha hecho él más que ansiar la libertad como hace cualquier esclavo honrado. En nada ha faltado a su amo, en nada le ha ofendido. Y, sin embargo, ha

recibido la humillación como único premio a su fidelidad. Algunos de vosotros sois hijos de esclavos liberados. Algunos incluso sois libertos vosotros mismos y conocéis lo que supone la privación de la libertad. Escuchad ahora a este niño, a este esclavo que fue ayer nuestro enemigo, que purgó su crimen y se convirtió en un amigo. ¡Y que dentro de unos años bien podría ser uno de los nuestros!

Néstor dio un paso a un lado para dejar que Céfiro, todavía en pie sobre la mesa, pudiera dirigirse a los asistentes a aquella reunión. El niño temblaba como una pequeña hoja agitada por el viento. Era evidente que estaba muy nervioso, que la situación le superaba ampliamente. En su mano, la lucerna llena de aceite se agitaba, y su llama amenazaba con apagarse en cualquier momento, fruto de aquellos temblores. Céfiro respiró profundamente y comenzó a hablar, en un tono más bajo e inseguro del que le habría gustado.

—Yo no sé hablar como Néstor. Pido a los dioses que algún día me concedan el don de la palabra como se lo han concedido a él. Soy solo un niño, un esclavo que, en sus sueños de libertad, en sus sueños de querer crecer más rápido, ha cometido muchos errores. El primer error que cometí fue ordenar la muerte de vuestro compañero. Pagamos aquel error con la vida de uno de los nuestros, y aprendí la lección.

Los carniceros asintieron y se miraron entre ellos. No tenían muy claro si el niño se estaba disculpando ante ellos o eran otras sus intenciones.

—He cometido además muchos otros errores. Pero hoy los voy a solucionar. Como ha dicho Néstor, con fuego.

Céfiro sintió que se quedaba sin voz. En los días anteriores, desde el momento en el que Néstor le había revelado su plan para acabar con Marco y lograr la libertad de Céfiro, el niño había elaborado todo un discurso que pronunciar en aquellos momentos. Se había imaginado proyectando su voz en aquella estancia, moviendo las manos para dar énfasis a todas y cada una de sus palabras, arrancando ovaciones y vítores del auditorio para llegar al esperado clímax final. Sin embargo, al verse sobre aquella mesa, frente a aquellos hombres armados, con sus rostros barbados y sus ojos inyectados en sangre, se sintió muy pequeño. Cobró conciencia de la debilidad de su voz, de lo ridículo de sus aspavientos. Por primera vez en mucho tiempo se sintió como el niño que era, y en lugar del largo y elaborado discurso, solo una idea quedó en su cabeza.

Quiero irme a casa, pensó. Quiero irme a casa.

Sin decir nada más, Céfiro alzó la lucerna y la lanzó al otro extremo de la habitación. El recipiente de barro se rompió al impactar contra la pared, y el aceite que contenía la lámpara se derramó sobre el montón de mantas apiladas sobre el banco. Aquel era el momento clave de su plan. Si aquello fallaba, tenía muchas probabilidades de no llegar a ver la luz de un nuevo día. No saldría vivo de aquella habitación.

Tras unos momentos en los que no ocurrió nada, la pequeña llama de la lucerna prendió la mancha de aceite, y se convirtió en un gran fogonazo que se extendió por las raídas mantas y por el propio banco de madera. Céfiro se había encargado de empapar de aceite, mantas y muebles antes de la reunión, para asegurarse de que el fuego se extendiera con rapidez.

Las llamas no tardaron en crecer y comenzar a lamer las paredes primero y después las vigas del techo, hechas de una madera ya seca y carcomida, que prendió también de inmediato.

En ese momento estalló la confusión. Algunos de los que habían visto a Céfiro lanzar la lucerna creyeron que el niño había tropezado, que aquel incendio era producto de un desgraciado accidente, y se apresuraron a tratar de apagar las llamas. Lo único que consiguieron, sin embargo, fue que el propio material inflamable que llevaban con ellos para fabricar las antorchas se prendiera y aumentara el fuego. Uno de los carniceros vio cómo su ropa se prendía y comenzaba a arder, quemándole la carne y la barba.

Al constatar que aquel incendio era una amenaza real, algunos intentaron abrir la puerta para salir. Sin embargo, y pese a todos sus esfuerzos, no pudieron mover la enorme hoja de madera. Los primeros en llegar empujaron y tiraron, sin lograr moverla. Los nervios hicieron pronto presa de aquellos hombres que ya no solo se veían cerca de las llamas, sino encerrados en una habitación que en unos instantes podría convertirse en una trampa mortal.

Al otro lado de la puerta, los dos compañeros de Céfiro empujaban los dos enormes tablones con los que habían bloqueado la puerta. Tenían orden de su líder de aguantar el tiempo que pudieran, hasta que la puerta empezara a ceder, bien por el propio fuego, bien por los golpes de los carniceros. Los dos chicos comprobaron que su presencia allí no era necesaria. Habían colocado los tablones de forma que cualquier intento de abrir la puerta hacia el exterior era imposible, salvo que alguien desde el interior le aplicara una fuerza sobrehumana. Permanecieron unos instantes al otro lado, escuchando los gritos de los carniceros que comenzaban a abrasarse vivos en el interior y, tras

echarse una mirada cómplice el uno al otro, salieron corriendo.

—Esto es por lo que le hicisteis a Hispalo —murmuró uno de ellos, y escupió en el umbral de la sede del *collegium* antes de desaparecer en las sombras de la noche. Cuando Céfiro le había contado su plan al resto de los niños, todos habían estado de acuerdo en llevarlo a cabo. No solo querían vengarse de lo que los carniceros les habían hecho a ellos, sino que no estaban dispuestos a permitir que Marco Lemurio, el único hombre que les había abierto las puertas de su casa cuando los encapuchados secuestraban niños por las calles, muriera a manos de aquellos carniceros.

Mientras esto ocurría en el pasillo, en el interior de la sala en llamas, Céfiro contemplaba cómo el fuego se apoderaba de los techos y del escaso mobiliario de madera. El pequeño armario prendió en el momento en el que las llamas tocaron sus tablones, convirtiéndose en un nuevo foco en el mismo instante en el que el aceite almacenado en su interior ardió y pasó a ser un combustible más para la hoguera.

Céfiro sabía que era cuestión de tiempo que alguno de los carniceros se volviera hacia él y comprendiera que aquel fuego no era producto de un accidente, sino de una acción meditada por su parte. El esclavo solo reaccionó cuando vio al enorme Lisandro apartar a dos de sus compañeros, uno de ellos con la túnica en llamas, y se abría paso a golpes hacia la mesa en la que él se encontraba.

—¡Ha sido él! —gritó el enorme tracio mientras señalaba a Céfiro.

Aquella mole de músculos avanzando hacia donde se encontraba le hizo reaccionar. Tenía que moverse si pretendía salir de aquel lugar con vida. Con agilidad, se encaramó a la pequeña ventana que había sobre la mesa y gateó hacia el exterior. Lisandro, sin embargo, fue más rápido y logró agarrarlo de una pierna. Céfiro notó un fuerte tirón y sintió que, a pesar de estar agarrado al alféizar de la ventana, el fornido carnicero acabaría consiguiendo arrastrarlo de nuevo al interior, donde con toda probabilidad lo mataría a golpes en medio del infierno de llamas. Sin dudarlo un instante, el niño sacó el pequeño y afilado estilete que siempre llevaba oculto bajo sus ropas y, tras volverse sobre sí mismo, dio un tajo en la mano peluda que estaba aferrada a su tobillo.

Lisandro apartó la mano y aulló de dolor. En aquel momento, un fragmento del techo de madera, ya casi completamente devorado por las llamas, cayó sobre él y le golpeó en la cabeza. El enorme tracio cayó al suelo inconsciente, mientras el fuego se extendía por su ropa y su barba.

Antes de escapar, Céfiro echó una última mirada al interior.

Fue entonces cuando sus ojos se cruzaron con los de Néstor que, parado junto a la enorme mesa, le miraba con el rostro confundido. Nada quedaba en él de la seguridad que había demostrado en su discurso anterior.

El magistrado era un monarca que veía cómo su imperio se desmoronaba ante sus ojos sin poder hacer nada para evitarlo. Estaba tan bloqueado que no acertaba ni a apartarse de las llamas que, cada vez más cerca de él, amenazaban con prender sus ropas.

Néstor entonces vio a Céfiro encaramado a la ventana y por fin lo comprendió todo.

—¿Por qué? —preguntó, logrando que su voz se antepusiera a los gritos de dolor y desesperación y al crepitar de las llamas.

—Tú mismo lo dijiste. Hay que proteger a la familia.

Sin esperar respuesta, Céfiro se dejó caer al otro lado de la ventana y aterrizó en el suelo de un callejón. Sabía que, de cuantos estaban presentes en la asamblea, él era el único lo suficientemente pequeño para poder salir por aquel ventanuco. Si sus compañeros habían cumplido su parte bloqueando la puerta, y todo indicaba que así era, los carniceros morirían abrasados en aquel edificio que ya era presa de las llamas en toda su estructura.

Céfiro no se engañaba a sí mismo. Cuando días atrás había decidido dar aquel golpe, era consciente de que aquello suponía una condena a muerte para él y todos los suyos. Aunque Néstor y los que habían asistido a aquella reunión fallecieran abrasados, había otros muchos carniceros que no tardarían en rehacer las estructuras de *collegium* y en nombrar a un nuevo magistrado. Sin duda el elegido no tendría ni el carisma ni la capacidad de Néstor, pero desde luego, capaz o no, se pondría como primer objetivo acabar con el niño que había causado la muerte de sus compañeros. No habría agujero en Roma en el que pudiera esconderse cuando aquello ocurriera.

Céfiro estaba convencido de todo aquello. Pero la única alternativa era dejar que Marco, Antígona, Periandro y todos sus vecinos murieran por culpa de su inconsciencia, de su estupidez infantil. Y eso era algo que Céfiro no estaba dispuesto a permitir. En el momento en el que la muerte de Marco había comenzado a ser una realidad, todos sus sueños de libertad se habían evaporado como una fina humareda en medio de un huracán. Marco era su amigo, su hermano, su padre. Marco había sido todo para él desde que tenía uso de razón. Podía ser insoportable

en ocasiones, irresponsable y descuidado. Podía ser desagradecido y poco atento con él. Pero era su familia. Y aquello bastaba.

Céfiro habría prendido fuego a toda Roma antes de permitir que algo le sucediera a Marco.

Su pequeño golpe, aunque no había solucionado sus problemas, sin duda le había permitido ganar algo de tiempo. No había confiado sus planes al propio Marco porque estaba seguro que, de haberlo sabido, su amo no le habría permitido que hiciera una locura semejante. El plan conllevaba mucho riesgo para el propio Céfiro, y Marco sin duda habría intentado disuadirlo. Por ese motivo, el niño había preferido mantenerse lejos de su casa, lejos de su amo, en el tiempo que había transcurrido desde la pelea con Néstor hasta aquella madrugada. Manteniéndose alejado no solo había evitado que Marco sospechara algo, sino que además había conseguido que los carniceros siguieran confiando en él y creyeran que el niño se sumaría a cualquier acción que decidieran acometer contra su amo.

Mientras la sede del *collegium* ardía con gran parte de sus miembros dentro, Céfiro echó a correr por el callejón, pasó bajo el Arco de los Huesos y, bajo la mirada atónita de los primeros vecinos que habían salido de sus casas a averiguar qué estaba sucediendo, se perdió por las calles de la Subura.

—Alegra esa cara, hombre —dijo Quinto tras subir el último fardo al carro—. En Pompeya también hay tabernas.

Marco no respondió. Estaba sentado en el pescante del carro, aguardando a que Quinto terminara de cargar los últimos bultos de su equipaje. Llevaba puesta una pesada capa con la capucha, cubriendo su cabeza y su rostro sombrío. El sol aún no había aparecido en el cielo, pero las primeras luces del alba comenzaban a iluminar la mañana romana. Por primera vez en muchos meses, Marco sintió frío en todo el cuerpo y no pudo evitar tiritar bajo la capa. Se preguntó si era solo el frío de la mañana lo que atenazaba su cuerpo, o si era un frío interior que nacía de su corazón lo que provocaba aquellos escalofríos.

Había perdido a Alda por querer liberarla. Había perdido a Céfiro por negarse a concederle la libertad. Los había perdido a los dos. En su inmensa estupidez no había sido capaz de retener a ninguno de ellos a su lado.

Marco se sentía solo. Tan solo como no se había sentido desde los días que habían seguido a la desaparición de su madre, muchos años antes. Aquella soledad le pesaba como una losa en el corazón, y casi

podía sentirla sobre el cuerpo, tirando físicamente de él hacia abajo. Solo quería cerrar los ojos, dormir, y aguardar lo que el futuro trajera.

Había reunido las últimas fuerzas que le quedaban para hacer los preparativos del viaje a Pompeya. En realidad, había sido Quinto quien se había ocupado de casi todo. Con el dinero de Varrón, había comprado un carro, dos caballos de tiro y provisiones para el largo trayecto que les esperaba. Trasíbulo, el escriba, se había encargado de mandar cartas a los clientes de Varrón en la ciudad de la Campania para que estuvieran listos a la llegada de Marco. Lo único que Lemurio había tenido que hacer era guardar en un saco las escasas pertenencias que quería llevarse con él y asegurarse de que tanto su casa como el estudio de Neóbula, destrozado en parte tras la pelea con Crises, quedaran bien cerrados. Antígona y Aristóbulo se encargarían de asegurarse de que nadie entrara allí en su ausencia.

La despedida de la propia Antígona había sido corta y fría. Pese a los intentos de la joven por averiguar qué era lo que tenía a Marco sumido en aquel estado triste y apático, solo había obtenido gruñidos y evasivas como respuesta. Finalmente, a sabiendas de lo inaccesible que podía llegar a ser Marco cuando se lo proponía, Antígona había desistido. Le había deseado buen viaje y había regresado a sus quehaceres.

—¡Todo listo! —exclamó Quinto con una sonrisa en los labios. El esclavo se había mostrado entusiasmado ante la perspectiva del viaje desde el mismo momento en el que Marco le había informado de que partirían en cuanto todo estuviera listo. En aquel momento, cubierto también él por una capa para combatir el frío de los caminos, daba saltos alrededor del carro, feliz, mientras comprobaba que todo estuviera bien amarrado y seguro.

—Vámonos, entonces —murmuró Marco.

Quinto dio un salto y se situó junto a él. Tomó las riendas y azuzó a los caballos para que se echaran a andar. Las dos bestias comenzaron a tirar del carro con brío, y las ruedas giraron sobre el irregular suelo del callejón. En unos instantes, cogieron velocidad y se dirigieron hacia el Clivus Suburanus, la calle principal de la Subura, desde el cual se dirigirían a una de las puertas de la ciudad, rumbo a la vía Apia y al sur.

—Aunque no me lo quieras contar sé que lo que te pasa está relacionado con una mujer… Se huele el desamor desde lejos. Esa cara pálida, esa mirada de muerto… Lo sé, lo sé, no quieres hablar de ello, y lo respeto. Yo también me he visto en esa situación, sé lo que duele. De

hecho, fue en Pompeya donde…

Marco se arrebujó en la capa mientras escuchaba a Quinto. Tenía la firme intención de ir sentado en el pescante junto al esclavo únicamente hasta que llegaran a la vía Apia. Una vez estuvieran en el camino, se pasaría a la caja del carro y se tumbaría entre los bultos del equipaje. El viaje hasta Pompeya duraría varios días, pero él estaba dispuesto a hacer todo el trayecto dormido o al menos dormitando.

Quinto continuaba desgranando su vieja historia de amor y Marco comenzaba a sentir los primeros dolores en sus nalgas poco acostumbradas al traqueteo de aquel vehículo, cuando un grito los sacó a los dos de su ensimismamiento. El esclavo se giró. Alguien corría tras el carro, tratando de alcanzarlos. Era un niño.

Sobre sus cabezas, los primeros rayos de sol comenzaban a iluminar con su luz cálida los tejados y las zonas más altas de las fachadas de la ciudad.

—Nos sigue un niño —dijo Quinto—. Y creo que está gritando tu nombre.

Marco se retiró la capucha de la cabeza y se giró también.

—Para el carro —ordenó. Quinto tiró de las riendas y los caballos, obedientes y mansos, se detuvieron.

Marco bajó de un salto del carro a las piedras de la calle. Su cabeza no sabía cómo interpretar la imagen que estaban viendo sus ojos. Céfiro corría hacia él como si escapara de un perseguidor invisible. El niño estaba llorando, pero al mismo tiempo que se retiraba las lágrimas de los ojos reía a carcajadas. ¿Era aquel un último intento del pequeño esclavo por suplicarle que le concediera la libertad, que le vendiera al *collegium* de los carniceros?

—Céfiro. ¿Qué…?

Pero Marco no pudo terminar la frase.

El niño se lanzó contra él y lo tiró al suelo, haciendo que Marco quedara sentado sobre las piedras del suelo. Aunque en un primer momento, Marco pensó que Céfiro, enloquecido, había decidido atacarle en plena calle, el niño no le dio tiempo a reaccionar. Le abrazó con tanta fuerza como le permitió su pequeño cuerpo agotado por la carrera. Céfiro pegó su rostro contra el pecho de su amo y rompió a llorar desconsolado.

—Perdóname, Marco. Perdóname.

Lemurio se quedó en un primer momento tan sorprendido que se limitó a mirar la cabeza del esclavo con los ojos muy abiertos. En el

momento en el que comprendió que no había ningún truco oculto en aquel abrazo, que era un gesto de amor y arrepentimiento totalmente sincero, rodeó él también al niño con sus brazos y le acarició el pelo con ternura.

—No tengo nada que perdonarte —dijo Marco, sin poder evitar que a él mismo dos lágrimas le rodaran por las mejillas.

Amo y esclavo permanecieron un buen rato abrazados en el suelo mientras otros carros y muchos transeúntes pasaban a su lado y les insultaban por estar bloqueando la calle. Aunque alguno tuvo tentaciones de intentar apartarlos del camino a la fuerza, la simple visión del enorme Quinto sobre el pescante del carro le disuadió de interrumpir la escena. Finalmente, fue el propio esclavo de Varrón el que hizo que Marco y Céfiro volvieran a la realidad.

—Deberíamos movernos, Lemurio —dijo—. Después del alba, la vía Apia se llena de carros que entran en Roma…

Céfiro separó el rostro del pecho de Marco, observó a su amo vestido con ropas de viaje, miró al carro y se puso en pie de un salto.

—¿Te vas de viaje? —preguntó.

—Sí. Pensé que… —Marco buscó alguna excusa para argumentar el haber sido sorprendido huyendo de Roma sin interesarse por la suerte del esclavo, al que hacía días que no veía.

—Perfecto. Vámonos entonces. Porque… puedo ir contigo, ¿verdad?

Marco miró a Céfiro sin responder. Las lágrimas habían desaparecido y el niño parecía lleno de energía, dispuesto a acometer cualquier aventura que se les pusiera por delante. Por fin, pensó, el mismo Céfiro de siempre.

—¿Quieres venir conmigo? —preguntó él.

—Por supuesto. Nunca me has llevado de viaje. ¿Dónde nos vamos?

—¡A Pompeya! —exclamó Quinto entusiasmado.

—No sé dónde está Pompeya… Pero supongo que estará lo bastante lejos. Cuanto más lejos de Roma mejor.

Céfiro subió al pescante del carro y se sentó junto a Quinto. Marco, confundido por el repentino interés del esclavo por salir de la ciudad, le imitó. Una vez estuvo sentado, Céfiro apoyó la cabeza en su regazo y cerró los ojos.

—Me alegro de haber vuelto a casa —dijo el niño—. Marco sabía que en aquellos momentos no estaban en su casa, el pequeño apartamento de la Subura, pero entendió a la perfección lo que el niño quería decir.

Quinto azuzó a los caballos con las riendas y estos retomaron el camino para alivio de los que se habían quedado atascados tras ellos. Lentamente, el carro fue avanzando por el Clivus Suburanus, ya iluminado por los primeros rayos del sol matutino.

Mientras acariciaba el pelo del niño, Marco observó que una extraña multitud procedente de diversos puntos del barrio se cruzaba con ellos y se dirigía a toda prisa al otro extremo de la Subura.

—¿Qué habrá ocurrido? —preguntó.

Quinto detuvo el carro junto a un grupo de mujeres que conversaban al lado de una fuente mientras esperaban que sus cántaros se llenaran de agua y les preguntó por el motivo de tal alboroto.

—Parece que hay un incendio en el Arco de los Huesos. Algo serio… con muchos muertos. Una desgracia… —dijo una de las mujeres.

Marco miró a Céfiro, que tenía los ojos todavía cerrados y se había arrebujado bajo la capa de su amo. Lucía una beatífica sonrisa en el rostro, como si en su tranquilidad infantil todos los problemas le resultaran ajenos.

—Céfiro, no sabrás tú…

—Mejor no preguntes —dijo el niño.

Marco frunció el ceño, pero decidió que el esclavo tenía razón. En aquel momento era mejor no preguntar.

—Quinto, acelera el paso.

—¡A Pompeya! —volvió a gritar el esclavo, al tiempo que azuzaba a los caballos con las riendas para aumentar la velocidad.

Cuando estaban a punto de llegar a una de las grandes puertas de la ciudad, escucharon un golpe en la parte trasera del carro. Los tres pasajeros se giraron alarmados, cada uno temiendo encontrarse con un enemigo diferente. Sin embargo, no eran ni carniceros, ni hechiceros enanos quienes se habían subido a su carro de un salto. Era un perro mestizo de color pardo y cuerpo enclenque, con solo una oreja y la cola casi amputada, que los saludó con un ladrido. Un ladrido que era mezcla de alegría por el encuentro y reproche por haberse olvidado de él.

—Ulises —dijo Céfiro—, y saltó a la caja del carro con el perro para acariciarlo en el lomo y la barriga.

—Nunca nos libraremos de este perro feo —comentó Marco con una sonrisa. Miró a Céfiro jugando con el animal y, por primera vez en muchos días, sintió que una extraña calidez se abría paso en su interior. Pensó que aunque hubiera perdido a Alda, al menos había recuperado a

su familia.

De este modo, bajo la luz anaranjada de una mañana de otoño, el carro fue dejando atrás lentamente el barrio de la Subura y se dirigió hacia las afueras de Roma, rumbo al sur.

Epílogo

FLAVIA contempló su reflejo en la superficie del pequeño espejo. Una reliquia muy antigua que había llevado con ella a Roma al abandonar Tarquinia para siempre. Recordó que su abuela siempre decía acerca de aquel espejo que había pertenecido a las grandes reinas tirrenas de aquella ciudad, mujeres que gobernaron en el pasado, antes de que toda Etruria cayera en manos de Roma. Mujeres de las cuales los miembros de su familia decían ser orgullosos descendientes. Alrededor del espejo había una serie de signos grabados, signos que Flavia no podía leer, pues el conocimiento de aquella escritura de su pueblo hacía tiempo que había dejado de interesar a nadie con excepción de un puñado de eruditos.

Observó sus ojos azules, claros, profundos. Era la parte de su cuerpo que más le había fascinado desde la más tierna infancia. Aquellos ojos azules habían sido siempre su orgullo, su seña de identidad, el foco que atraía todas las miradas, tiernas cuando era una niña, lujuriosas e interesadas cuando se convirtió en una mujer. Ojos que se habían apagado en el momento en el que, tras la promesa de liberación que el matrimonio había supuesto para ella, Flavia había constatado que solo se había librado de las garras de su monstruoso padre para caer en las de un esposo incluso más sádico y brutal.

Miró sus ojos en el espejo, llenos de brillo, de inteligencia, de planes, de futuro. No, el brillo de aquellos ojos jamás se volvería a apagar. Habían recuperado su esplendor en el momento en el que, sumida en la más absoluta desesperación, había encontrado el collar en aquella tumba de la necrópolis etrusca. Aquel collar, los poderes que le había otorgado, le habían devuelto no solo el brillo en la mirada, sino las ganas de vivir. Le habían permitido vengarse del hombre que la había torturado y humillado, dejarlo reducido a un cuerpo casi inerte que solo vivía por y para el sufrimiento. Le habían dado dignidad, un proyecto

vital. Flavia le debía todo a aquel collar.

Dejó el espejo con suavidad sobre el tocador y acarició una caja de madera de color completamente negro que había junto a él. Había encargado hacer aquella caja con una madera traída desde más allá de la tierra de los nubios para los escasos momentos en los que el collar no colgaba de su cuello. Aquellos contados instantes en los que Flavia sentía que necesitaba descansar de la influencia enorme y magnética del aquel objeto y se permitía una breve tregua de su embriagador poder. La caja era muy sencilla, sin decoración alguna, solo madera desnuda y pulida en toda su belleza natural. Nada hacía sospechar la magnitud del poder que en ella se albergaba.

Flavia abrió la caja y ahí estaba el collar. Aquel objeto al que las ricas matronas romanas, en cuyos círculos se había introducido ella tras su llegada a Roma, deseosas de copiar su belleza, habían bautizado como Ojos de Venus en el momento en que habían pedido a Flavia que permitiera que un orfebre tratara de copiarlo y fabricar otros iguales. Flavia había accedido, aunque con dos condiciones. La primera fue que aquel orfebre sirio solo podría ver el collar estando este sobre su pecho, sin tocarlo en ningún momento. La segunda, que debía fabricar para la propia Flavia una réplica exacta del colgante, la primera de cuantas hiciera. Flavia había accedido a aquella propuesta porque deseaba que todas aquellas mujeres pudieran, de alguna manera, compartir la belleza de la joya, aunque no lograran replicar sus poderes. De aquel modo, el artesano había comenzado a recibir peticiones de las mujeres más ricas y poderosas de Roma. Todas querían tener su collar Ojos de Venus, aunque la mayoría ni siquiera sabía ya a quién pertenecía la joya original.

El original que, en aquel momento, en aquella mañana de otoño en la que Marco abandonaba Roma rumbo al sur, estaba guardado en su caja de ébano, protegido de cualquier amenaza.

Flavia sonrió y recorrió con los dedos la superficie fría y brillante de los zafiros. Aquel anciano la había atacado a traición, en plena calle, y había conseguido arrastrarla hasta la cochambrosa *ínsula* en la que vivía Marco Lemurio. Por fortuna para aquel hechicero soberbio, el colgante que Flavia llevaba en aquel momento no era el auténtico, sino la copia. Ella se había resistido y él, ingenuo como solo podía serlo un hombre convencido de su propio poder, había creído derrotarla estando ella en la plenitud de sus habilidades. La réplica había sido destruida en aquella extraña cámara que había en casa de Marco, una estancia cuya magia superaba todos los conocimientos que Flavia había podido reunir

acerca de aquel arte arcano.

Después de ver la destrucción de los falsos Ojos de Venus, Flavia se había convencido por completo de que Lemurio era mucho más que un simple trilero, tal y como ella misma había empezado a sospechar la noche en la que había intentado matarlo. Marco había resultado ser una caja de sorpresas, y no solo por los poderes y conocimientos que parecía ocultar en aquel estudio, sino porque había demostrado una humanidad y una compasión como Flavia no había conocido jamás en ningún hombre. Se había arriesgado a enfrentarse al anciano, que a todas luces era mucho más poderoso que él, solo por tratar de salvar la vida de Flavia y la existencia del collar que él creía auténtico. La joya habría sobrevivido con o sin la intervención de Marco, ya que se encontraba a salvo en casa de Flavia, oculta en su caja de ébano. Pero la propia Flavia habría muerto aquella noche de no haber intercedido Marco por ella. El anciano brujo estaba dispuesto a matarla, y de hecho Flavia estaba convencida de que, a pesar de lo que le había prometido a Marco, en algún momento volvería a intentarlo.

Acarició el collar una segunda vez, lo sacó de su caja y se lo puso en el cuello, sintiendo de inmediato cómo un torrente de energía emanaba del objeto y recorría todo su cuerpo. De alguna manera, cuando se ponía la joya, esta pasaba a ser parte de su cuerpo, tan íntimamente unida a ella como lo estaban sus propios ojos azules. Flavia se dejó llevar por el poder del colgante, se entregó a aquella sensación de plenitud, de invulnerabilidad, de fuerza infinita. Se embriagó con la luz azul que emanaba de los zafiros y calentaba sus músculos, su piel, su corazón. Flavia seguía sentada frente a su tocador cuando entró Popilia, la joven sin lengua a la que ella había adoptado como protegida. Flavia se giró y Popilia le indicó por gestos que había alguien esperándola en otro lugar de la casa. Un hombre había entrado en aquella casa e insistía en verla.

—¿Habéis permitido que un desconocido entre en esta casa? —preguntó ella. De inmediato la imagen de Crises se formó en su mente. ¿Había decidido aquel anciano regresar para acabar con ella, rompiendo la promesa que le había hecho a Marco Lemurio?

Popilia intentó explicar con gestos que no habían podido detenerlo, aunque lo habían intentado. Con sus peculiares señas, le indicó que el extraño era un hombre muy pequeño, con una joroba en la espalda y andares bamboleantes debido a una pierna más corta que la otra.

—¿No habéis podido impedir la entrada a un enano deforme? —preguntó ella indignada.

Popilia hizo un gesto que Flavia no supo interpretar. Como si quisiera decir que el extraño personaje era capaz de golpearlas con un solo gesto de su mano. Aquello despertó la curiosidad de Flavia.

—De acuerdo. Le recibiré en el salón pequeño.

Flavia aguardó unos momentos a que Popilia se le adelantara y ella misma se dirigió a la estancia en la que le aguardaba el visitante. Cuando le vio, comprobó que las indicaciones de su amiga Popilia se habían quedado cortas. El hombre era incluso más menudo de lo que ella se había imaginado. Una enorme protuberancia en la espalda le obligaba a inclinar los hombros y a mantener la cabeza ladeada. En su rostro lucía una media sonrisa entre burlona y cruel.

—Mis esclavas me han indicado que has entrado aquí por la fuerza ¿Quién eres y porque has venido a mi casa? —preguntó ella directamente.

—No importa quién soy yo —dijo el hombrecillo con voz aguda mientras se frotaba las manos de forma compulsiva y observaba descaradamente el cuerpo de Flavia—, importa quién me envía. Y lo que quiere de ti.

—De acuerdo. ¿Quién te envía?

—Mi maestro. Él es muy poderoso. Grandes poderes… que desea compartir. Ha oído hablar de ti, mujer de ojos de azules. Quiere conocerte. Quiere ofrecer enseñanzas. Tú puedes ser muy poderosa si vienes conmigo a ver al maestro.

Flavia contempló en silencio al extraño personaje durante unos instantes. Pensó en Crises y en la forma en la que había conseguido derrotarla sin esfuerzo alguno. Se vio a sí misma atada a la silla, suplicando por su vida. ¿Habría cambiado algo el tener con ella el collar? Con Marco la magia azul de las piedras no había dado resultado. ¿Habría sido diferente con aquel anciano? ¿Lo sería en el momento en que tuviera que enfrentarse a un enemigo verdaderamente poderoso?

Hasta aquel momento Flavia solo había tenido que vérselas con simples hombres. Machos engreídos, cuya única fuente de poder nacía de una sociedad que les otorgaba el derecho a dominar a las mujeres. Simples peleles a los que había podido manipular y destruir sin apenas esfuerzo. ¿Pero qué ocurriría cuando surgiera ante ella un rival realmente digno? Un hombre como Marco Lemurio.

Comprendió que el poder del collar no era suficiente. Necesitaba aumentar sus conocimientos, sus fuerzas.

—Te acompañaré a ver a tu maestro —dijo, al fin.

El pequeño hechicero soltó una risita semejante al grito de una rata y sonrió, mostrando sus dientes afilados.

SOBRE EL AUTOR



Luis Manuel López Román, (Madrid, 1982) ha dedicado toda su vida a sus dos grandes pasiones: la Historia y la Literatura. Ha sido investigador universitario especializado en la República romana y actualmente es profesor de secundaria. Como novelista es autor de la Saga de Marco Lemurio. Sus dos primeras partes: *Oscura Roma* y *La*

sangre de Baco, fueron publicadas por Esfera de los Libros.

Publicado por Historia Rei Militaris SL
Calle Aguarón, 22-local dcha. 50014 Zaragoza
www.hrmediciones.com
Maquetador: José Antonio Gutiérrez López
Diseño de portada: José Antonio Gutiérrez López
Correctora: Laura Yuste Montero
Coordinador editorial: José I. Pasamar López
Autor: Luis Manuel López Román
ISBN 9788417859527
Depósito Legal ZG 620 – 2022
Impreso en España